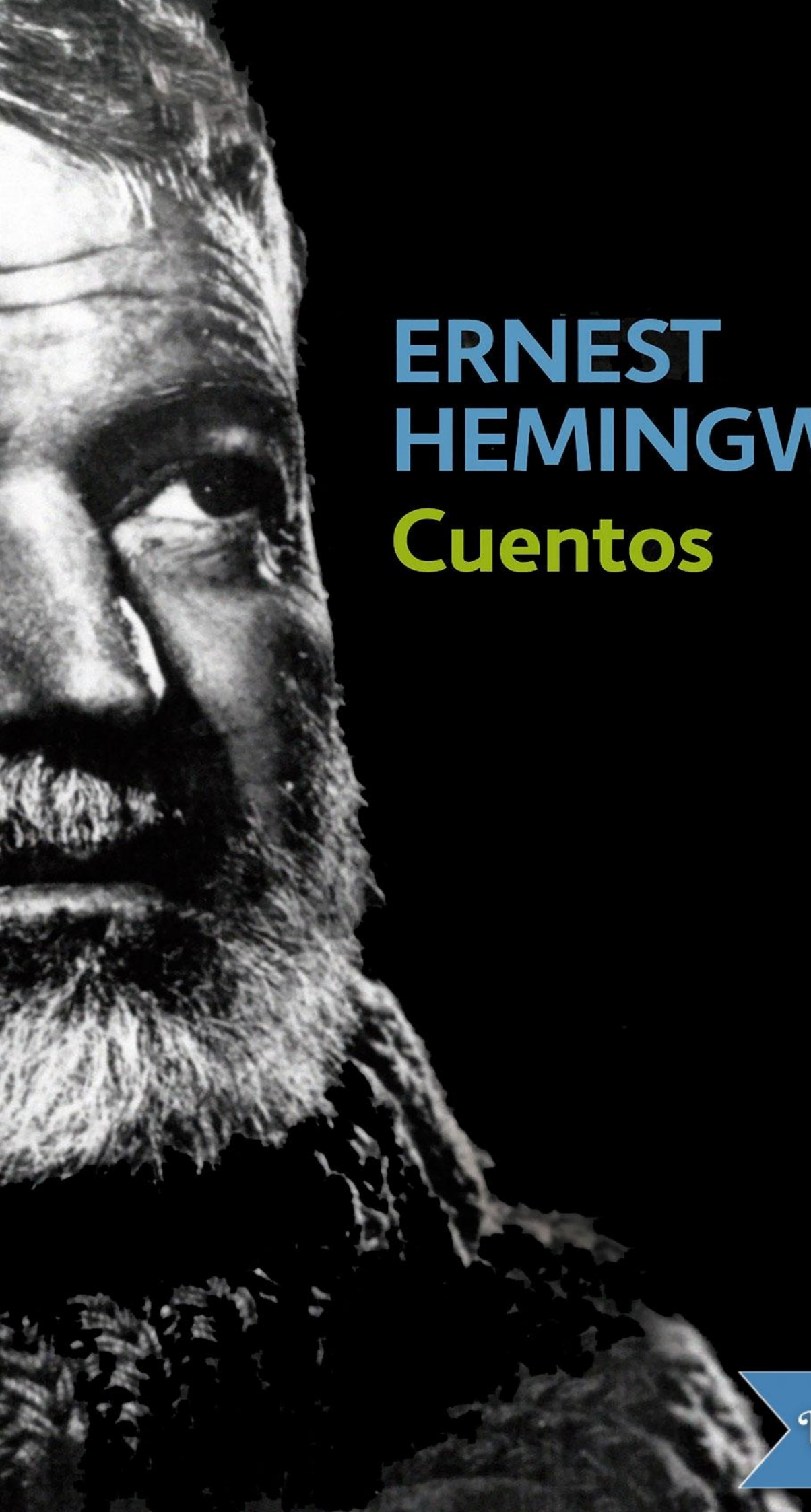


ERNEST HEMINGWAY

Cuentos

Lectulandia

Los cuentos de Ernest Hemingway no son solo lo mejor de su obra, según suele admitir la crítica, sino también fundamentales para entender el siglo.

Esta edición recupera la recopilación que el propio Hemingway hiciera de todos sus cuentos en 1938, conocida como *Los cuarenta y nueve primeros cuentos*, donde se encuentran relatos tan magistrales como «Los asesinos», «Las nieves del Kilimanjaro» o «Padres e hijos». El mundo estético y moral de Hemingway —ese espacio traspasado por la soledad, la individualidad y la brutalidad— se encuentra aquí destilado, seco, sobrio, cegador, latente. La caza, la pesca, el boxeo, la guerra, el alcohol, el deseo o la derrota son algunos de los materiales con que se construye esta obra cuyo aliento perdura con un vigor insospechado.

Ernest Hemingway

Cuentos

ePub r1.0

Titivillus 09.03.2021

Título original: *The First Forty-Nine Stories*
Ernest Hemingway, 1938
Traducción: Damián Alou
Prólogo: Gabriel García Márquez, por «Mi Hemingway personal» (publicado originalmente el 29 de julio de 1981)

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

ÍNDICE

Mi Hemingway personal

CUENTOS

La breve vida feliz de Francis Macomber
La capital del mundo
Las nieves del Kilimanjaro
El viejo en el puente
Allá en Michigan
En el muelle de Esmirna
Campamento indio
El médico y la esposa del médico
El fin de algo
El vendaval de tres días
El belicoso
Un relato muy breve
La patria del soldado
El revolucionario
El señor y la señora Elliot
Gato bajo la lluvia
Fuera de temporada
A campo traviesa por la nieve
Mi viejo
El gran río Two-Hearted. Primera parte
El gran río Two-Hearted. Segunda parte
El invicto
En otro país
Colinas como elefantes blancos
Los asesinos
«Che ti dice la patria?»
Cincuenta de los grandes
Una sencilla indagación
Diez indios
Un canario para regalar
Un idilio alpino
Carrera de persecución
Hoy es viernes
Relato banal

Ahora me acuesto
Después de la tormenta
Un lugar limpio y bien iluminado
La luz del mundo
Dios les conserve la alegría, caballeros
Un cambio radical
Tal como nunca serás
La madre de un marica
Escribe un lector
Homenaje a Suiza
Un día de espera
Una historia natural de los muertos
Vino de Wyoming
El jugador, la monja y la radio
Padres e hijos

Mi Hemingway personal

Lo reconocí de pronto, paseando con su esposa, Mary Welsh, por el bulevar de Saint Michel, en París, un día de la lluviosa primavera de 1957. Caminaba por la acera opuesta en dirección del jardín de Luxemburgo, y llevaba unos pantalones de vaquero muy usados, una camisa de cuadros escoceses y una gorra de pelotero. Lo único que no parecía suyo eran los lentes de armadura metálica, redondos y minúsculos, que le daban un aire de abuelo prematuro. Había cumplido cincuenta y nueve años, y era enorme y demasiado visible, pero no daba la impresión de fortaleza brutal que sin duda él hubiera deseado, porque tenía las caderas estrechas y las piernas un poco escuálidas sobre sus bastos. Parecía tan vivo entre los puestos de libros usados y el torrente juvenil de la Sorbona que era imposible imaginarse que le faltaban apenas cuatro años para morir.

Por una fracción de segundo —como me ha ocurrido siempre— me encontré dividido entre mis dos oficios rivales. No sabía si hacerle una entrevista de prensa o solo atravesar la avenida para expresarle mi admiración sin reserva. Para ambos propósitos, sin embargo, había el mismo inconveniente grande: yo hablaba desde entonces el mismo inglés rudimentario que seguí hablando siempre, y no estaba muy seguro de su español de torero. De modo que no hice ninguna de las dos cosas que hubieran podido estropear aquel instante, sino que me puse las manos en bocina, como Tarzán en la selva, y grité de una acera a la otra: «Maeeeestro». Ernest Hemingway comprendió que no podía haber otro maestro entre la muchedumbre de estudiantes, y se volvió con la mano en alto, y me gritó en castellano con una voz un tanto pueril: «Adiooóos, amigo». Fue la única vez que lo vi.

Yo era entonces un periodista de veintiocho años, con una novela publicada y un premio literario en Colombia, pero estaba varado y sin rumbo en París. Mis dos maestros mayores eran los dos novelistas norteamericanos que parecían tener menos cosas en común. Había leído todo lo que ellos

habían publicado hasta entonces, pero no como lecturas complementarias, sino todo lo contrario: como dos formas distintas y casi excluyentes de concebir la literatura. Uno de ellos era William Faulkner, a quien nunca vi con estos ojos y a quien solo puedo imaginarme como el granjero en mangas de camisa que se rascaba el brazo junto a dos perritos blancos, en el retrato célebre que le hizo Cartier Bresson. El otro era aquel hombre efímero que acababa de decirme adiós desde la otra acera, y me había dejado la impresión de que algo había ocurrido en mi vida, y que había ocurrido para siempre.

No sé quién dijo que los novelistas leemos las novelas de los otros solo para averiguar cómo están escritas. Creo que es cierto. No nos conformamos con los secretos expuestos en el frente de la página, sino que la volteamos al revés, para descifrar las costuras. De algún modo imposible de explicar desarmamos el libro en sus piezas esenciales y lo volvemos a armar cuando ya conocemos los misterios de su relojería personal. Esa tentativa es descorazonadora en los libros de Faulkner, porque este no parecía tener un sistema orgánico para escribir, sino que andaba a ciegas por su universo bíblico como un tropel de cabras sueltas en una cristalería. Cuando se logra desmontar una página suya, uno tiene la impresión de que le sobran resortes y tornillos y que será imposible devolverla otra vez a su estado original. Hemingway, en cambio, con menos inspiración, con menos pasión y menos locura, pero con un rigor lúcido, dejaba sus tornillos a la vista por el lado de fuera, como en los vagones de ferrocarril. Tal vez por eso Faulkner es un escritor que tuvo mucho que ver con mi alma, pero Hemingway es el que más ha tenido que ver con mi oficio.

No solo por sus libros, sino por su asombroso conocimiento del aspecto artesanal de la ciencia de escribir. En la entrevista histórica que le hizo el periodista George Plimpton para *Paris Review* enseñó para siempre —contra el concepto romántico de la creación— que la comodidad económica y la buena salud son convenientes para escribir, que una de las dificultades mayores es la de organizar bien las palabras, que es bueno releer los propios libros cuando cuesta trabajo escribir para recordar que siempre fue difícil, que se puede escribir en cualquier parte siempre que no haya visitas ni teléfono, y que no es cierto que el periodismo acabe con el escritor, como tanto se ha dicho, sino todo lo contrario, a condición de que se abandone a tiempo. «Una vez que escribir se ha convertido en el vicio principal y el mayor placer —dijo—, solo la muerte puede ponerle fin». Con todo, su lección fue el descubrimiento de que el trabajo de cada día solo debe interrumpirse cuando ya se sabe cómo se va a empezar al día siguiente. No creo que se haya dado

jamás un consejo más útil para escribir. Es, ni más ni menos, el remedio absoluto contra el fantasma más temido de los escritores: la agonía matinal frente a la página en blanco.

Toda la obra de Hemingway demuestra que su aliento era genial, pero de corta duración. Y es comprensible. Una tensión interna como la suya, sometida a un dominio técnico tan severo, es insostenible dentro del ámbito vasto y azaroso de una novela. Era una condición personal, y el error suyo fue haber intentado rebasar sus límites espléndidos. Es por eso que todo lo superfluo se nota más en él que en otros escritores. Sus novelas parecen cuentos desmedidos a los que les sobran demasiadas cosas. En cambio, lo mejor que tienen sus cuentos es la impresión que causan de que algo les quedó faltando, y es eso precisamente lo que les confiere su misterio y su belleza. Jorge Luis Borges, que es uno de los grandes escritores de nuestro tiempo, tiene los mismos límites, pero ha tenido la inteligencia de no rebasarlos.

Un solo disparo de Francis Macomber contra el león ensaña tanto como una lección de cacería, pero también como un resumen de la ciencia de escribir. En algún cuento suyo escribió que un toro de lidia, después de pasar rozando el pecho del torero, se volvió «como un gato doblando una esquina». Creo, con toda humildad, que esa observación es una de las tonterías geniales que solo son posibles en los escritores más lúcidos. La obra de Hemingway está llena de esos hallazgos simples y deslumbrantes, que demuestran hasta qué punto se ciñó a su propia definición de que la escritura literaria —como el iceberg— solo tiene validez si está sustentada debajo del agua por los siete octavos de su volumen.

Esa conciencia técnica será sin duda la causa de que Hemingway no pase a la gloria por ninguna de sus novelas, sino por sus cuentos más estrictos. Hablando de *Por quién doblan las campanas*, él mismo dijo que no tenía un plan preconcebido para componer el libro, sino que lo inventaba cada día a medida que lo iba escribiendo. No tenía que decirlo: se nota. En cambio, sus cuentos de inspiración instantánea son invulnerables. Como aquellos tres que escribió en la tarde de un 16 de mayo en una pensión de Madrid, cuando una nevada obligó a cancelar la corrida de toros de la feria de San Isidro. Esos cuentos —según él mismo le contó a George Plimpton— fueron «Los asesinos», «Diez indios» y «Hoy es viernes», y los tres son magistrales.

Dentro de esa línea, para mi gusto, el cuento donde mejor se condensan sus virtudes es uno de los más cortos: «Gato bajo la lluvia». Sin embargo, aunque parezca una burla de su destino, me parece que su obra más hermosa y

humana es la menos lograda: *Al otro lado del río y entre los árboles*. Es, como él mismo reveló, algo que comenzó por ser un cuento y se extravió por los manglares de la novela. Es difícil entender tantas grietas estructurales y tantos errores de mecánica literaria en un técnico tan sabio, y unos diálogos tan artificiales y aun tan artificiosos en uno de los más brillantes orfebres de diálogos de la historia de las letras. Cuando el libro se publicó, en 1950, la crítica fue feroz. Porque no fue certera. Hemingway se sintió herido donde más le dolía, y se defendió desde La Habana con un telegrama pasional que no pareció digno de un autor de su tamaño. No solo era su mejor novela, sino también la más suya, pues había sido escrita en los albores de un otoño incierto, con las nostalgias irreparables de los años vividos y la premonición nostálgica de los pocos años que le quedaban por vivir. En ninguno de sus libros dejó tanto de sí mismo ni consiguió plasmar con tanta belleza y tanta ternura el sentimiento esencial de su obra y de su vida: la inutilidad de la victoria. La muerte de su protagonista, de apariencia tan apacible y natural, era la prefiguración cifrada de su propio suicidio.

Cuando se convive por tanto tiempo con la obra de un escritor entrañable, uno termina sin remedio por revolver su ficción con su realidad. He pasado muchas horas de muchos días leyendo en aquel café de la place de Saint Michel que él consideraba bueno para escribir, porque le parecía simpático, caliente, limpio y amable, y siempre he esperado encontrar otra vez a la muchacha que él vio entrar una tarde de vientos helados, que era muy bella y diáfana, con el pelo cortado en diagonal, como un ala de cuervo. «Eres mía y París es mío», escribió para ella, con ese inexorable poder de apropiación que tuvo su literatura. Todo lo que describió, todo instante que fue suyo, le sigue perteneciendo para siempre. No puedo pasar por el número 112 de la calle del Odeón, en París, sin verlo a él conversando con Sylvia Beach en una librería que ya no es la misma, ganando tiempo hasta que fueran las seis de la tarde por si acaso llegaba James Joyce. En las praderas de Kenia, con solo mirarlas una vez, se hizo dueño de sus búfalos y sus leones, y de los secretos más intrincados del arte de cazar. Se hizo dueño de toreros y boxeadores, de artistas y pistoleros que solo existieron por un instante, mientras fueron suyos. Italia, España, Cuba, medio mundo está lleno de los sitios de los cuales se apropió con solo mencionarlos. En Cojímar, un pueblecito cerca de La Habana donde vivía el pescador solitario de *El viejo y el mar*, hay un templete conmemorativo de su hazaña con un busto de Hemingway pintado con barniz de oro. En Finca Vigía, su refugio cubano donde vivió hasta muy poco antes de morir, la casa está intacta entre los árboles sombríos, con sus libros

disímiles, sus trofeos de caza, su atril de escribir, sus enormes zapatos de muerto, las incontables chucherías de la vida y del mundo entero que fueron suyas hasta su muerte, y que siguen viviendo sin él con el alma que les infundió por la sola magia de su dominio. Hace unos años entré en el automóvil de Fidel Castro —que es un empecinado lector de literatura— y vi en el asiento un pequeño libro empastado en cuero rojo. «Es el maestro Hemingway», me dijo. En realidad, Hemingway sigue estando donde uno menos se lo imagina —veinte años después de muerto—, tan persistente y a la vez tan efímero como aquella mañana, desde la acera opuesta del bulevar de Saint Michel.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

CUENTOS

La breve vida feliz de Francis Macomber

Era hora de comer y estaban sentados bajo la doble lona verde de la tienda comedor, fingiendo que no había pasado nada.

—¿Queréis zumo de lima o limonada? —preguntó Macomber.

—Yo tomaré un gimlet —le dijo Robert Wilson.

—Yo también tomaré un gimlet. Necesito tomar algo —dijo la mujer de Macomber.

—Supongo que es lo mejor —coincidió Macomber—. Dígale que prepare tres gimlets.

El criado ya había comenzado a prepararlos, sacando las botellas de las bolsas de lona isotérmicas, empapadas de humedad en el viento que soplaba a través de los árboles que sombreaban las tiendas.

—¿Qué debería darles? —preguntó Macomber.

—Una libra sería más que suficiente —le dijo Wilson—. No querrá malcriarlos.

—¿El capataz lo repartirá?

—Desde luego.

Media hora antes Francis Macomber había sido triunfalmente transportado hasta su tienda, desde los límites del campamento, a hombros y brazos del cocinero, los criados, el despellejador y los porteadores. Los porteadores de armas no habían tomado parte en el desfile. Cuando los muchachos nativos lo depositaron en el suelo a la puerta de su tienda, Macomber les estrechó a todos la mano, recibió sus felicitaciones y luego entró y se sentó en la cama hasta que llegó su mujer. Cuando ella entró no le dijo nada, él salió de la tienda enseguida para lavarse la cara y las manos en la jofaina portátil que había fuera y dirigirse luego a la tienda comedor, donde se sentó en una cómoda silla de lona a la brisa y a la sombra.

—Ya ha conseguido su león —le dijo Robert Wilson—, y un león condenadamente bueno.

La señora Macomber se volvió rauda hacia Wilson. Era una mujer extremadamente guapa y bien conservada, poseía la belleza y posición social que cinco años atrás le habían permitido exigir cinco mil dólares para

promocionar, con fotografías, un producto de belleza que nunca había utilizado. Llevaba once años casada con Francis Macomber.

—Era un buen león, ¿verdad? —dijo Francis Macomber. Ahora su esposa le miraba. Miraba a los dos hombres como si nunca los hubiera visto.

A uno, Wilson, el cazador profesional, sabía que no lo había visto antes de emprender el safari. Era de estatura mediana y pelo pajizo, bigotillo de pelos cortos y tiesos, la cara muy roja y unos ojos extremadamente azules con unas arruguillas blancas en las comisuras que se hacían más profundas cuando sonreía. Ahora él le sonreía, y ella apartó la mirada de su cara y la dirigió a la caída de sus hombros bajo la chaqueta holgada que llevaba, con cuatro grandes cartuchos en las presillas donde debería haber habido el bolsillo izquierdo, a sus manos grandes y morenas, a sus pantalones viejos, sus botas muy sucias, y luego volvió a su cara roja. Se fijó en que el rojo recocido de su cara quedaba delimitado por una línea blanca que señalaba la frontera de su sombrero Stetson, que ahora colgaba de uno de los colgadores del palo de la tienda.

—Bueno, por el león —dijo Robert Wilson. Volvió a sonreír a la señora Macomber, y esta, sin sonreír, miró con curiosidad a su marido.

Francis Macomber era muy alto, muy bien formado si no te importaba que tuviera los huesos tan largos, atezado, con el pelo rapado como un galeote, labios bastante finos, y se le consideraba un hombre apuesto. Llevaba la misma clase de ropas de safari que Wilson, solo que las suyas eran nuevas. Tenía treinta y cinco años, se mantenía muy en forma, era buen deportista, poseía varios récords de pesca mayor, y acababa de demostrarse a sí mismo, a la vista de todo el mundo, que era un cobarde.

—Por el león —dijo—. Nunca podré agradecerle lo que hizo.

Margaret, su esposa, apartó la mirada de él y la dirigió a Wilson.

—No hablemos del león —dijo ella.

Wilson le dirigió una mirada sin sonreír y ahora fue ella quien le sonrió.

—Ha sido un día muy raro —dijo—. ¿No debería llevar el sombrero puesto aunque estemos debajo de una lona? Me lo dijo usted, por si no lo recuerda.

—Puede que me lo ponga —dijo Wilson.

—Sabe que tiene la cara muy roja, señor Wilson —le dijo ella, y volvió a sonreír.

—La bebida —dijo Wilson.

—No lo creo —dijo ella—. Francis bebe mucho, pero la cara nunca se le pone roja.

—Hoy está roja —dijo Macomber intentando hacer un chiste.

—No —dijo Margaret—. La mía es la que está hoy roja. Pero la del señor Wilson lo está siempre.

—Debe de ser una cuestión racial —dijo Wilson—. Y digo yo, ¿qué les parece si dejamos de hablar de mi belleza?

—Pero si acabo de empezar.

—Pues vamos a dejarlo —dijo Wilson.

—La conversación va a ser difícil —dijo Margaret.

—No seas tonta, Margot —dijo su marido.

—De difícil nada —dijo Wilson—. Ha conseguido un león magnífico.

Margot los miró a los dos, y ambos se dieron cuenta de que estaba a punto de llorar. Wilson hacía ya rato que se lo veía venir, y le aterraba. Pero Macomber ya había superado ese terror.

—Ojalá no hubiera ocurrido. Oh, ojalá no hubiera ocurrido —dijo ella, y se dirigió a su tienda. No emitió ningún sonido, pero los dos vieron que le temblaban los hombros bajo la camisa de color rosa, resistente al sol.

—Las mujeres se disgustan —le dijo Wilson al hombre alto—. En realidad no ha sido nada. Los nervios demasiado tensos, y una cosa y otra…

—No —dijo Macomber—. Supongo que ahora llevaré esa cruz el resto de mi vida.

—Tonterías. Tomemos una copa de este matagigantes —dijo Wilson—. Olvídelo todo. No ha sido nada.

—Lo intentaremos —dijo Macomber—. De todos modos, nunca olvidaré lo que hizo por mí.

—Nada —dijo Wilson—. Tonterías.

De modo que se quedaron sentados a la sombra. Habían instalado el campamento bajo unas acacias de ancha copa, y detrás de ellos había un precipicio salpicado de rocas, delante una extensión de hierba que iba hasta la orilla de un arroyo lleno de rocas, y más allá un bosque. Tomaron sus bebidas de lima, enfriadas al punto, y evitaron mirarse a los ojos mientras los criados preparaban la mesa para comer. Wilson se dio cuenta de que todos los criados ya estaban al corriente, y cuando vio al criado personal de Macomber mirando a su amo lleno de curiosidad mientras ponía los platos en la mesa le espetó unas palabras en swahili. El chico apartó la mirada. Estaba pálido.

—¿Qué le estaba diciendo? —preguntó Macomber.

—Nada. Le he dicho que se espabilara o me encargaría de que le dieran quince de los buenos.

—¿Quince qué? ¿Azotes?

—Es ilegal —dijo Wilson—. Se supone que debemos multarlos.

—¿Y usted aún los azota?

—Oh, sí. Si decidieran quejarse armarían un follón de mil demonios. Pero no se quejan. Lo prefieran a las multas.

—¡Qué raro! —dijo Macomber.

—No, la verdad es que no es raro —dijo Wilson—. Usted, ¿qué preferiría, perder el sueldo o que le dieran unos buenos azotes?

Pero enseguida se avergonzó de haberle hecho aquella pregunta, y antes de que Macomber pudiera contestar añadió:

—A todos nos dan una paliza todos los días, sabe, de uno u otro modo.

Eso tampoco lo arregló. Dios mío, se dijo. Qué diplomático soy.

—Sí, a todos nos dan una paliza —dijo Macomber, todavía sin mirarle—. Siento muchísimo lo del león. No tiene por qué salir de aquí, ¿verdad? Quiero decir que nadie tiene por qué enterarse, ¿no cree?

—¿Quiere decir si lo contaré en el Mathaiga Club? —Ahora Wilson lo miraba fríamente. No se esperaba eso. Así que además de un maldito cobarde es un maldito cabrón, se dijo. Me caía bastante bien hasta hoy. Pero con los americanos nunca se sabe.

—No —dijo Wilson—. Soy un cazador profesional. Nunca hablamos de nuestros clientes. Puede estar tranquilo por lo que a eso respecta. Además, se supone que es de mal tono pedirnos que no hablemos.

Acababa de decidir que lo más fácil sería romper cualquier asomo de amistad. Comería solo, y durante las comidas podría leer. Todos comerían solos. Durante el safari mantendría con ellos esa relación más formal —¿cómo lo llamaban los franceses?, distinguida consideración— y sería muchísimo más fácil que tener que pasar por toda esa basura emocional. Le insultaría y romperían limpiamente su amistad. Luego podría leer algún libro a la hora de comer y seguiría bebiéndose el *whisky* de los Macomber. Esa era la frase adecuada para cuando un safari iba mal. Te topabas con otro cazador y le preguntabas: «¿Cómo va todo?», y él te contestaba: «Oh, todavía sigo bebiéndome su *whisky*», y sabías que todo se había ido al garete.

—Lo siento —dijo Macomber, y lo miró con esa cara de americano que seguiría siendo adolescente hasta que alcanzara la mediana edad, y Wilson observó su pelo cortado a cepillo, su mirada apenas furtiva, la hermosa nariz, sus finos labios y la apuesta barbilla—. Siento mucho no haberme dado cuenta. Hay muchas cosas que ignoro.

Qué podía hacer, pues, se dijo Wilson. Estaba a punto de acabar con aquella relación de una manera rápida y limpia, y el miserable se ponía a

disculparse después de haberlo insultado.

—No se preocupe por lo que yo pueda decir —replicó Wilson—. Tengo que ganarme la vida. Ya sabe que en África ninguna mujer falla cuando dispara a su león y ningún hombre blanco sale nunca por piernas.

—Pues yo salí corriendo como un conejo —dijo Macomber.

Bueno, qué demonios había que hacer con un hombre que hablaba así, se preguntó Wilson.

Wilson miró a Macomber con sus ojos azules y apagados de quien sabe manejar una ametralladora y el otro le devolvió la sonrisa. Tenía una agradable sonrisa si no te fijabas en cómo lo delataban los ojos cuando estaba ofendido.

—A lo mejor puedo arreglarlo cuando cacemos búfalos —dijo Macomber —. Cazaremos búfalos, ¿verdad?

—Por la mañana, si quiere —le dijo Wilson. Tal vez se había equivocado. Desde luego, así era como había que tomárselo. Desde luego, no se sabía nunca con estos americanos. Ahora ya volvía a estar del lado de Macomber. Si conseguía olvidarse de esa mañana. Pero claro, no podía. Aquella había sido una mala mañana con ganas.

—Aquí viene la *memsahib* —dijo. Volvía de su tienda, parecía haberse refrescado y se la veía alegre y encantadora. Su cara era un óvalo perfecto, tan perfecto que esperabas que fuera estúpida. Pero no lo era, se dijo Wilson, no, no era estúpida.

—¿Cómo está el guapo señor Wilson de cara roja? ¿Te encuentras mejor, Francis, tesoro?

—Oh, mucho mejor —dijo Francis.

—Ya no quiero pensar más en eso —dijo Margaret, sentándose a la mesa —. ¿Qué más da que Francis sea bueno o no matando leones? No es su oficio. Es el oficio del señor Wilson. El señor Wilson impresiona bastante matando cualquier cosa. Usted mata cualquier cosa, ¿verdad?

—Oh, lo que sea —dijo Wilson—. Sencillamente, lo que sea. —Son las más duras del mundo; las más duras, las más crueles, las más depredadoras y las más atractivas, y sus hombres se han ablandado o se han quedado con los nervios destrozados mientras ellas se endurecían. ¿O es que solo escogen a los hombres que pueden manejar? Aunque a la edad en que se casan eso no pueden saberlo, se dijo Wilson. Dio gracias por haber aprobado ya la asignatura de las mujeres americanas, porque aquella era muy atractiva.

—Iremos a cazar búfalos por la mañana —le dijo a Margaret.

—Yo iré —dijo ella.

—No, no irá.

—Oh, sí, iré. ¿Puedo, Francis?

—¿Por qué no te quedas en el campamento?

—Por nada del mundo —dijo ella—. No me perdería algo como lo de hoy por nada del mundo.

Cuando Margaret se fue a llorar, estaba pensando Wilson, parecía una mujer estupenda de verdad. Parecía comprender, darse cuenta de las cosas, que se apenaba por él y por ella y que sabía cuál era realmente la situación. Está fuera veinte minutos y ahora vuelve recubierta de esa crueldad femenina americana. No hay quien pueda con ellas. Desde luego, no hay quien pueda con ellas.

—Mañana montaremos otro numerito para ti —dijo Francis Macomber.

—Usted no viene —dijo Wilson.

—Está usted muy equivocado —le contestó ella—. Y tengo muchísimas ganas de verle actuar de nuevo. Esta mañana ha estado fabuloso, si es que es fabuloso volarle la cabeza a un animal.

—Aquí está la comida —dijo Wilson—. Está contenta, ¿verdad?

—¿Por qué no? No he venido aquí a bostezar.

—Bueno, no ha sido aburrido —dijo Wilson. Desde donde estaba podía ver las rocas del río y la orilla elevada del otro lado, con los árboles, y se acordó de lo ocurrido por la mañana.

—Oh, no —dijo ella—. Ha sido encantador. Y mañana. No sabe lo impaciente que estoy por salir mañana.

—Lo que le ofrece es alce africano —dijo Wilson.

—Son aquellos animales que parecen vacas y saltan como liebres, ¿verdad?

—Supongo que es una manera de describirlos —dijo Wilson.

—La carne es muy buena —dijo Macomber.

—¿Lo has matado tú? —preguntó Margaret.

—Sí.

—No son peligrosos, ¿verdad?

—Solo si te caen encima —dijo Wilson.

—Me alegra saberlo.

—¿Por qué no dejas de joder, Margot? —dijo Macomber, cortando el bistec de alce africano y colocando un poco de puré de patata, salsa y zanahoria en el tenedor vuelto del revés que atravesaba el trozo de carne.

—Supongo que podré —dijo ella—, ya que lo has expresado tan finamente.

—Esta noche brindaremos con champán por el león —dijo Wilson—. A mediodía hace demasiado calor.

—Oh, el león —dijo Margot—. ¡Se me había olvidado el león!

Así que, se dijo Robert Wilson, lo que pasa es que ella le está tomando el pelo, ¿no? ¿O quizá es la manera que tiene de montar el numerito? ¿Cómo ha de comportarse una mujer cuando descubre que su marido es un maldito cobarde? Es condenadamente cruel, pero todas son crueles. Son las que mandan, desde luego, y para mandar a veces hay que ser cruel. Sin embargo, ya estoy hasta las narices de su maldito terrorismo.

—Tome un poco más de alce —le dijo a Margaret cortésmente.

Al caer la tarde Wilson y Macomber salieron en el vehículo con el conductor nativo y dos porteadores de armas. La señora Macomber se quedó en el campamento. Hacía demasiado calor para salir, dijo, ya los acompañaría por la mañana temprano. Cuando se alejaban, Wilson la vio de pie debajo del gran árbol, y le pareció más guapa que hermosa, con su camisa caqui levemente rosada, el pelo negro echado para atrás y recogido en una trenza en la nuca, su cutis tan lozano, se dijo, como si estuviera en Inglaterra. Los saludó con la mano cuando el coche se alejó a través de la llanura pantanosa de altas hierbas y giró para cruzar entre los árboles y adentrarse en las pequeñas colinas cubiertas de sabana.

En la sabana encontraron un rebaño de impalas, y salieron del coche y acecharon un viejo macho de cuernos largos y de gran envergadura, y Macomber lo mató con un meritorio disparo que derribó al animal a unos doscientos metros de distancia y puso al rebaño en desenfrenada huida, los animales saltando y encaramándose en las grupas de los que iban delante, con unos saltos en los que estiraban las largas piernas de una manera tan increíble que parecía que flotaran, como en los saltos que a veces se dan en sueños.

—Ha sido un buen disparo —dijo Wilson—. Son un objetivo pequeño.

—¿La cabeza vale la pena? —preguntó Macomber.

—Es excelente —le dijo Wilson—. Si dispara así no tendrá ningún problema.

—¿Cree que mañana encontraremos algún búfalo?

—Es muy posible. Salen a pacer a primera hora de la mañana, y con suerte podemos pillarlos en campo abierto.

—Me gustaría poder borrar lo del león —dijo Macomber—. No es muy agradable que tu esposa te vea hacer algo así.

Yo hubiera dicho que era aún más desagradable hacerlo, se dijo Wilson, con esposa o sin esposa, o hablar de ello tras haberlo hecho. Pero lo que dijo

fue:

—Yo no pensaría más en eso. Cualquiera puede asustarse al ver un león por primera vez. Asunto concluido.

Pero aquella noche, después de la cena y un *whisky* con soda junto al fuego antes de irse a la cama, mientras Francis Macomber estaba echado en la cama y escuchaba los ruidos de la noche, no todo había concluido. Ni había concluido ni estaba empezando. Estaba ahí exactamente como había ocurrido, con algunas partes indeleblemente subrayadas, y él se sentía triste y avergonzado. Pero más que vergüenza sentía un miedo frío y hueco en su interior. El miedo seguía allí como un hueco frío y viscoso, y en el lugar que antes ocupaba su seguridad en sí mismo se abría un vacío, y eso le provocaba náuseas. Y ahora seguía con él.

Había comenzado la noche antes, cuando se despertó y oyó el león rugiendo en algún lugar inconcreto, río arriba. Era un sonido grave, rematado por una especie de gruñido mezclado con tos que parecía proceder de delante de su tienda, y cuando Francis Macomber se despertó en plena noche para oírlo tuvo miedo. Oía a su esposa respirando plácidamente, dormida. No había nadie a quien poder decirle que tenía miedo, con quien compartir el miedo, y echado, solo, ignoraba ese proverbio somalí que dice que un hombre valiente siempre le tiene miedo a un león tres veces; la primera vez que ve su rastro, la primera vez que lo oye rugir y la primera vez que se enfrenta a él. Por la mañana, mientras desayunaba a la luz de un farol en la tienda comedor, antes de que el sol saliera, el león volvió a rugir y Francis pensó que estaba en los límites del campamento.

—Parece un viejo —dijo Robert Wilson, levantando la mirada de sus arenques ahumados y su café—. Escuche cómo tose.

—¿Está muy cerca?

—Más o menos a un kilómetro y medio río arriba.

—¿Lo veremos?

—Echaremos un vistazo.

—¿Llega tan lejos su rugido? Se oye como si estuviera en el campamento.

—Se le puede oír desde muy lejos —dijo Robert Wilson—. Es curioso lo lejos que puede llegar. Esperemos que sea un gato que valga la pena cazar. Los criados dijeron que había uno muy grande por aquí.

—Si le disparo, ¿dónde debo apuntar para detenerle? —preguntó Macomber.

—Entre los hombros —dijo Wilson—. En el cuello si cree que podrá darle. Busque el hueso. Derríbelo.

—Espero darle en el lugar adecuado —dijo Macomber.

—Usted dispara muy bien —le dijo Wilson—. Tómese su tiempo. Asegure el tiro. El primero es el que cuenta.

—¿A qué distancia estará?

—No se sabe. En eso el león también dice la suya. No dispare hasta que esté lo bastante cerca para asegurar el tiro.

—¿A menos de cien metros? —preguntó Macomber.

Wilson lo miró rápidamente.

—Cien metros está bien. Puede que tenga que ser un poco menos. No se arriesgue a disparar a más distancia. Cien metros es una distancia razonable. A esa distancia le dará siempre que quiera. Ahí viene la *memsahib*.

—Buenos días —dijo Margaret—. ¿Vamos a ir a por el león?

—En cuanto acabe de desayunar —dijo Wilson—. ¿Cómo se siente?

—De maravilla —dijo ella—. Estoy muy emocionada.

—Iré a supervisar que todo esté a punto. —Wilson se marchó. Cuando se iba, el león volvió a rugir.

—Viejo gruñón —dijo Wilson—. Te haremos callar.

—¿Qué pasa, Francis? —le preguntó su mujer.

—Nada —dijo Macomber.

—Sí, algo te pasa —dijo ella—. ¿Por qué estás tan alterado?

—No me pasa nada —dijo él.

—Dímelo —dijo ella mirándolo—. ¿No te encuentras bien?

—Son esos condenados rugidos —dijo—. Lleva así toda la noche, ¿sabes?

—¿Por qué no me has despertado? —dijo ella—. Me habría encantado oírlo.

—Tengo que matar a ese maldito animal —dijo Macomber, abatido.

—Bueno, para eso estás aquí, ¿no?

—Sí. Pero estoy nervioso. Oír esos rugidos me pone los nervios de punta.

—Bueno, pues como dijo Wilson, mátalo y acaba con esos rugidos.

—Sí, cariño —dijo Francis Macomber—. Es fácil de decir, ¿verdad?

—No tendrás miedo, ¿verdad?

—Claro que no. Pero estoy nervioso después de oírlo rugir toda la noche.

—Dispararás de maravilla y lo matarás —dijo ella—. Sé que lo harás. Estoy terriblemente ansiosa por verlo.

—Acaba tu desayuno y nos pondremos en marcha.

—Aún no es de día —dijo ella—. Es una hora ridícula.

Justo en ese momento el león rugió con un gemido cavernoso, repentinamente gutural, una vibración ascendente que pareció sacudir el aire y

acabó en un suspiro y en un gruñido intenso y cavernoso.

—Suena casi como si estuviera aquí —dijo la mujer de Macomber.

—Dios mío —dijo Macomber—. Odio ese condenado ruido.

—Es de lo más impresionante.

—Impresionante. Es aterrador.

Robert Wilson apareció sonriente con su Gibbs de calibre 505, feo, chato y de boca sorprendentemente grande.

—Vamos —dijo—. Su porteador de armas ya tiene el Springfield y el rifle de gran calibre. Todo está en el coche. ¿Lleva la munición?

—Sí.

—Estoy lista —dijo la mujer de Macomber.

—Hay que hacer que deje de armar tanto jaleo —dijo Wilson—. Siéntese delante. La *memsahib* puede ir detrás conmigo.

Subieron al coche, y en el gris de la primera luz del día remontaron el río entre los árboles. Macomber abrió la recámara de su rifle y vio las balas con sus casquillos metálicos, echó el cerrojo y puso el seguro. Vio que le temblaba la mano. Se metió la mano en el bolsillo y tocó los cartuchos que llevaba, y pasó los dedos por los cartuchos que llevaba en las presillas de la pechera de la chaqueta. Se volvió hacia Wilson, sentado en la parte de atrás del vehículo, sin puerta y cuadrado, junto a su mujer, los dos sonriendo de la emoción, y Wilson se inclinó hacia delante y le susurró:

—Fíjese en cómo bajan los pajarracos. Eso significa que el abuelete ha abandonado su presa.

En la otra ribera del río Macomber vio, por encima de los árboles, buitres dando vueltas y bajando en picado.

—Es probable que se acerque a beber por aquí —le susurró Wilson—. Antes de echarse un rato. Mantenga los ojos abiertos.

Conducían lentamente por la elevada ribera del río, que en aquel lugar caía en picado hasta el lecho lleno de rocas, y avanzaron serpenteando entre los árboles. Macomber estaba atento a la otra orilla cuando notó que Wilson lo agarraba del brazo. El coche se detuvo.

—Ahí está —oyó decir en un susurro—. Vaya hacia delante y a la derecha. Baje y mátelo. Es un león maravilloso.

Entonces Macomber vio el león. Estaba de pie, casi de lado, con la gran cabeza levantada y vuelta hacia ellos. La brisa de primera hora de la mañana que soplaba hacia ellos le revolvía la oscura melena, y el león parecía enorme, perfilado sobre la orilla del río a la luz gris de la mañana, los hombros pesados, su cuerpo, en forma de tonel, formando una curva suave.

—¿A qué distancia está? —preguntó Macomber, levantando el rifle.

—A unos setenta y cinco metros. Baje y mátelo.

—¿Por qué no le disparo desde donde estoy?

—No se dispara desde el coche —oyó que Wilson le decía al oído—. Baje. No va a quedarse ahí todo el día.

Macomber salió por la abertura curva que había al lado del asiento delantero, primero puso el pie en el estribo y luego en el suelo. El león permanecía allí, mirando majestuosa y fríamente hacia ese objeto que sus ojos solo le mostraban en silueta, y que abultaba como un superrinoceronte. No le llegaba olor de hombre, y contemplaba el objeto moviendo su gran cabeza de un lado a otro. A continuación, mientras seguía contemplando el objeto, sin temor, pero vacilando antes de bajar a beber a la orilla con un cosa así delante de él, vio la figura de un hombre separarse del objeto; volvió su pesada cabeza para alejarse hacia el resguardo de los árboles cuando oyó un estampido, casi un chasquido, y sintió el impacto de una sólida bala del 30-06 que le perforó el flanco y le desgarró el estómago causándole una náusea repentina y caliente. Echó a trotar, pesado, con sus grandes patas, balanceando el vientre herido, a través de los árboles en dirección a las hierbas altas, donde podría protegerse, y el estampido se repitió y lo oyó pasar desgarrando el aire. Hubo otro estampido y sintió el golpe en las costillas inferiores y cómo la bala lo penetraba, la sangre caliente y espumosa en la boca, y galopó hacia las hierbas altas, donde podría acurrucarse y no ser visto y atraer esa cosa que provocaba esos estampidos lo bastante cerca para dar un salto y coger al hombre que la esgrimía.

Cuando Macomber salió del coche no pensaba en lo que el león sentiría. Solo sabía que las manos le temblaban, y mientras se alejaba del coche le parecía casi imposible conseguir mover las piernas. Tenía los muslos agarrotados, pero sentía el pálpito de los músculos. Levantó el rifle, apuntó a la inserción de la cabeza del león entre los hombros y apretó el gatillo. No pasó nada, y eso que apretó hasta que pensó que se le iba a romper el dedo. Entonces se dio cuenta de que no había quitado el seguro, y cuando bajó el rifle para quitarlo avanzó otro paso helado, y el león, al ver cómo su silueta se separaba de la silueta del coche, se volvió e inició un trotecillo, y, cuando Macomber disparó, oyó un golpe sordo que significaba que la bala había dado en el blanco; pero el león seguía moviéndose. Macomber volvió a disparar y todos vieron que la bala levantó una salpicadura de tierra, y el león siguió trotando. Volvió a disparar, acordándose de que debía apuntar más abajo, y todos oyeron el impacto de la bala en el blanco, y el león pasó a galopar y ya

estaba en medio de las hierbas altas antes de que Macomber hubiera tenido tiempo de cargar el rifle.

Macomber comenzó a sentir náuseas, le temblaban las manos que sostenían el Springfield, aún en posición de disparo, y su esposa y Robert Wilson estaban a su lado. Y también los dos porteadores de armas, hablando entre ellos en wakamba.

—Le he dado —dijo Macomber—. Le he dado dos veces.

—Le dio en las tripas y luego un poco más adelante —dijo Wilson sin entusiasmo. Los porteadores de armas parecían muy serios. Ahora callaban.

—Puede que lo haya matado —prosiguió Wilson—. Tendremos que esperar un poco antes de ir a averiguarlo.

—¿A qué se refiere?

—Esperaremos a que se desangre un poco antes de ir a buscarlo.

—Oh —dijo Macomber.

—Es un león de primera —dijo Wilson con alegría—. Aunque se ha metido en un mal sitio.

—¿Por qué es un mal sitio?

—Porque no podrá verlo hasta que lo tenga encima.

—Ah —dijo Macomber.

—Vamos —dijo Wilson—. La *memsahib* puede quedarse en el coche. Le echaremos un vistazo al rastro de sangre.

—Quédate aquí, Margot —le dijo Macomber a su mujer. Tenía la boca muy seca y le costaba mucho hablar.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Porque lo dice Wilson.

—Vamos a echar un vistazo —dijo Wilson—. Quédese aquí. Incluso lo verá mejor desde aquí.

—Muy bien.

Wilson le habló en swahili al conductor. Este asintió y dijo:

—Sí, *bwana*.

A continuación bajaron la empinada orilla y cruzaron el río, trepando por encima de las rocas y sorteándolas y subieron a la otra ribera, ayudándose de algunas raíces que sobresalían, y siguieron la ribera hasta llegar al lugar por donde había trotado el león cuando Macomber le disparó por primera vez. Había sangre oscura en la hierba corta que los porteadores de armas señalaron con unos tallos, y el reguero se escurría hasta los árboles de la ribera.

—¿Qué hacemos? —preguntó Macomber.

—No tenemos muchas opciones —dijo Wilson—. No podemos traer el coche. La orilla es demasiado empinada. Dejaremos que se agarrote un poco y luego usted y yo iremos a buscarlo.

—¿No podríamos prender fuego a la hierba? —preguntó Macomber.

—Demasiado verde.

—¿No podemos enviar batidores?

Wilson lo miró de arriba abajo.

—Claro que podemos —dijo—. Pero es casi un asesinato. Verá, sabemos que el león está herido. A un león que no está herido se le puede empujar. Irá avanzando, huyendo del ruido. Pero un león herido está dispuesto a atacar. No lo ve hasta que lo tiene encima. Se quedará totalmente pegado al suelo en un escondrijo en el que se diría que no cabe ni una liebre. No parece muy acertado enviar a los criados a este tipo de espectáculo. Alguien podría resultar malherido.

—¿Y los porteadores de armas?

—Oh, ellos vendrán con nosotros. Es su *shauri*. Han firmado un contrato para eso, ¿sabe? Aunque tampoco se les ve muy contentos, ¿no cree?

—No quiero meterme ahí —dijo Macomber. Le salió antes de saber lo que decía.

—Ni yo —dijo Wilson alegremente—. Aunque la verdad es que no tengo elección. —Entonces, como si no se le hubiera ocurrido hasta ese momento, miró a Macomber y de repente se dio cuenta de que temblaba y de su patética expresión.

—Naturalmente, no tiene por qué hacerlo —dijo—. Para eso me ha contratado, sabe. Por eso soy tan caro.

—¿Quiere decir que irá solo? ¿Por qué no lo dejamos allí?

Robert Wilson, que hasta ese momento solo se había preocupado del león y del problema que presentaba, y que no había pensado en Macomber excepto para darse cuenta de que estaba hablando demasiado, súbitamente se sintió como el que abre la puerta equivocada de una habitación de hotel y ve algo vergonzoso.

—¿A qué se refiere?

—¿Por qué no lo dejamos allí?

—¿Quiere decir que finjamos que no le hemos dado?

—No. Simplemente dejarlo ahí.

—Eso no se hace.

—¿Por qué?

—Para empezar, seguro que está sufriendo. Además, otros podrían tropezarse con él.

—Entiendo.

—Pero usted se puede quedar al margen.

—Me gustaría ir —dijo Macomber—. Es solo que estoy asustado.

—Yo iré delante —dijo Wilson— y Kongoni irá el último. Manténgase detrás de mí y ligeramente a un lado. Muy probablemente le oiremos gruñir. Si le vemos, dispararemos los dos. No se preocupe por nada. Le cubriré. De hecho, sería mejor que no viniera. Sería mucho mejor. ¿Por qué no se va con la *memsahib* mientras yo me encargo de todo?

—No, quiero ir.

—Muy bien —dijo Wilson—. Pero no venga si no quiere. Este es mi *shauri*, ¿sabe?

—Quiero ir —dijo Macomber.

Se sentaron bajo un árbol y fumaron.

—¿Quiere volver y hablar con la *memsahib* mientras esperamos? —preguntó Wilson.

—No.

—Iré yo y le diré que tenga paciencia.

—Bueno —dijo Macomber. Se quedó allí sentado, con las axilas sudadas, la boca seca, sintiendo un vacío en el estómago, queriendo reunir el valor para decirle a Wilson que liquidara el león sin él. No podía saber que Wilson estaba furioso por no haberse dado cuenta antes del estado en que se encontraba y no haberle mandado con su mujer. Mientras estaba allí sentado apareció Wilson.

—He traído el rifle de gran calibre —dijo—. Cójalo. Creo que ya le hemos dado tiempo. Vamos.

Macomber cogió el rifle de gran calibre y Wilson dijo:

—Manténgase unos cinco metros detrás de mí y a la derecha y haga exactamente lo que le diga.

A continuación habló en swahili con los dos porteadores de armas, que ponían cara de funeral.

—Vamos —dijo.

—¿Podría beber un sorbo de agua? —preguntó Macomber. Wilson le dijo algo al porteador de más edad, que llevaba una cantimplora en el cinturón, y el hombre se la quitó, desenroscó el tapón y se la entregó a Macomber, que la cogió pensando que parecía muy pesada y notando la envoltura de fieltro peluda y barata. La levantó para beber y miró delante de él, las hierbas altas y

los árboles de copas aplanadas que había detrás. Soplaba brisa en dirección a ellos, y la hierba se ondulaba suavemente al viento. Miró al porteador y se dio cuenta de que también él sentía miedo.

A unos treinta metros de donde comenzaban las hierbas altas yacía el león, aplastado contra el suelo. Tenía las orejas gachas y el único movimiento que se permitía era sacudir arriba y abajo su larga cola de pelo negro. Se había puesto en guardia nada más llegar a ese escondite; sentía náuseas a causa de la herida en el vientre, y la herida de los pulmones lo había debilitado, haciendo aflorar una fina espuma roja en la boca cada vez que respiraba. Tenía los flancos mojados y calientes, y las moscas se arremolinaban en torno a los pequeños orificios que las balas habían abierto en su pellejo pardo; sus grandes ojos amarillos, entrecerrados con odio, miraban en línea recta, y solo parpadeaban cuando le llegaba el dolor, al respirar, y sus garras se clavaban en la tierra blanda y recocida. Todo él, dolor, náusea, odio y todas las fuerzas que le restaban, se tensaban en una concentración absoluta para cuando hubiera que atacar. Oía hablar a los hombres y esperaba, haciendo acopio de todas sus fuerzas para acometer en cuanto los hombres se adentraran en la hierba. Cuando oía las voces la cola se le tensaba y la sacudía arriba y abajo, y, cuando se acercaron al límite de las hierbas, emitió su medio gruñido mezclado con tos y atacó.

Kongoni, el porteador de más edad, en cabeza siguiendo el rastro de sangre; Wilson, que vigilaba las hierbas atento a cualquier movimiento, el rifle de gran calibre a punto; el segundo porteador, mirando delante y escuchando; Macomber, cerca de Wilson con el rifle montado; acababan de adentrarse en la hierba cuando Macomber oyó el medio gruñido mezclado con tos ahogado de sangre y vio el movimiento que silbaba entre las hierbas. Cuando se dio cuenta estaba corriendo; corriendo desaforadamente, presa del pánico en campo abierto, corriendo hacia el río.

Oyó el ¡patapum! del rifle de gran calibre de Wilson, seguido de un segundo ¡patapum!, y al volverse vio el león, que ahora tenía un aspecto horrible y al que parecía faltarle la mitad de la cabeza, arrastrándose hacia Wilson en el límite de las altas hierbas, mientras el hombre de cara roja manipulaba el cerrojo de su rifle feo y chato y apuntaba cuidadosamente, y otro ¡patapum! salía de la boca, y la mole reptante, pesada y amarilla del león se quedaba rígida, la enorme cabeza mutilada se deslizaba hacia delante, y Macomber, solo en el claro al que había llegado corriendo, empuñando un rifle cargado mientras dos negros y un blanco lo miraban con desprecio, supo

que el león estaba muerto. Se acercó a Wilson, cuya estatura parecía toda ella un puro reproche, y Wilson lo miró y le dijo:

—¿Quiere sacar fotos?

—No —dijo Macomber.

No dijeron nada más hasta llegar al coche. Entonces Wilson dijo:

—Un león de primera. Los criados lo despellejarán. Nosotros nos podemos quedar a la sombra.

La esposa de Macomber no le había dirigido la mirada, ni él a ella, y Macomber se había sentado junto a ella en el asiento de atrás, mientras Wilson iba delante. En una ocasión le cogió la mano sin dirigirle la vista, y ella la apartó. Al mirar hacia al otro lado del río, donde los porteadores de armas desollaban el león, se dio cuenta de que ella lo había visto todo. Mientras estaban allí sentados, su mujer extendió el brazo y puso la mano en el hombro de Wilson. Este se volvió y ella se inclinó hacia delante por encima del asiento y le besó en la boca.

—Oh, vaya —dijo Wilson, poniéndose más rojo aún de lo que era su color natural.

—El señor Robert Wilson —dijo ella—. El guapo señor Wilson de cara roja.

A continuación volvió a sentarse al lado de Macomber y miró hacia el otro lado del río, donde yacía el león, con las patas delanteras desnudas y levantadas, a la vista los blancos músculos y los tendones, y la barriga blanca e hinchada, mientras los negros le iban arrancando la piel. Al final los porteadores cargaron la piel, húmeda y pesada, y se subieron a la parte de atrás del coche, enrollándola antes de subir, y partieron. Nadie dijo nada más hasta que estuvieron de regreso en el campamento.

Esa era la historia del león. Macomber no sabía lo que el león había sentido antes de echar a correr, ni cuando atacó, cuando la increíble descarga de un 505 con una velocidad de salida de dos toneladas le dio en el morro, ni lo que lo impulsó a seguir avanzando, cuando el segundo estampido le destrozó las patas traseras y continuó arrastrándose hacia ese objeto que retumbaba y explotaba y le había destruido. Wilson sí sabía algo de lo que sentía el león, y lo había expresado diciendo: «Un león de primera», pero Macomber tampoco sabía cuáles eran los sentimientos de Wilson acerca de todo eso. Tampoco sabía lo que sentía su esposa, más allá de que no quería saber nada de él.

Su mujer ya se había enfadado con él otras veces, pero nunca duraba. Él era muy rico, y sería mucho más rico, y sabía que ella no le abandonaría

nunca. Era una de las pocas cosas que sabía de verdad. Sabía eso, de motos —eso fue antes—, de coches, de cazar patos, de pesca, salmón, trucha y en alta mar, de sexo en los libros, muchos libros, demasiados libros, de todos los deportes de pista, de perros, no mucho de caballos, de no perder el dinero que tenía, de casi todas las demás cosas que tenían que ver con su mundo, y que su mujer no le dejaría. Su mujer había sido una gran belleza, y seguía siendo una gran belleza en África, pero en su país ya no era una belleza tan llamativa como para dejarlo y encontrar algo mejor, y ella lo sabía y él lo sabía. A ella se le había pasado la oportunidad de dejarlo y él lo sabía. Si él hubiese sido mejor con las mujeres probablemente a ella habría comenzado a preocuparle que él pudiera encontrar una nueva y bella esposa; pero ella le conocía demasiado bien y sabía que no tenía que preocuparse. Además, él siempre había sido muy tolerante, cosa que parecería la mejor de sus virtudes de no ser la más siniestra.

Con todo, se les consideraba una pareja relativamente feliz, una de esas parejas de las que siempre se rumorea que se van a separar pero nunca ocurre, y, tal como lo expresó un columnista de sociedad, añadían más que una pizca de aventura a su tan envidiado e imperecedero romance mediante un safari en lo que se conocía como el «África más oscura» hasta que Martin Johnson la iluminó en tantas pantallas cinematográficas, donde perseguían al viejo Simba, el león, al búfalo, a Tembo el elefante y coleccionaban especímenes para el Museo de Historia Natural. El mismo columnista había informado que habían estado a punto tres veces en el pasado, y era cierto. Pero siempre se reconciliaban. Su unión poseía una base sólida. Margot era demasiado hermosa para que Macomber se divorciara, y él tenía demasiado dinero para que ella le dejara.

Eran ya las tres de la mañana, y Francis Macomber, que había dormido un rato después de dejar de pensar en el león, se despertó y volvió a dormirse, y de repente volvió a despertarse, asustado por un sueño en el que tenía encima la cabeza ensangrentada del león, y mientras escuchaba el fuerte latido de su corazón se dio cuenta de que su mujer no estaba en el otro catre de la tienda. Con esa idea se quedó despierto dos horas.

Transcurrido ese tiempo su mujer entró en la tienda, levantó la mosquitera y se instaló confortablemente en su catre.

—¿Dónde has estado? —preguntó Macomber en la oscuridad.

—Hola —dijo ella—. ¿Estás despierto?

—¿Dónde has estado?

—Salí a tomar un poco el aire.

—Y un cuerno.

—¿Qué quieres que diga, cariño?

—¿Dónde has estado?

—Salí a tomar un poco el aire.

—No sabía que ahora tenía ese nombre. Eres una zorra.

—Bueno, y tú un cobarde.

—Muy bien —dijo él—. ¿Y qué?

—Por mí, nada. Pero por favor, no hablemos, cariño, porque tengo mucho sueño.

—Crees que voy a tragar con todo.

—Sé que lo harás, cariño.

—Bueno, pues no.

—Por favor, cariño, no hablemos. Tengo mucho sueño.

—Esto no se iba a repetir. Me prometiste que se había acabado.

—Bueno, pues resulta que no se ha acabado —dijo ella dulcemente.

—Me dijiste que si hacíamos este viaje eso no se repetiría. Me lo prometiste.

—Sí, cariño. Esa era mi intención. Pero ayer el viaje se fue al garete. No tenemos por qué hablar de eso, ¿verdad?

—En cuanto has tenido la oportunidad la has aprovechado, ¿verdad?

—Por favor, no hablemos. Tengo tanto sueño, cariño.

—Pues pienso hablar.

—Pues no te preocupes por mí, porque yo tengo intención de dormir. —Y eso hizo.

Antes de que amaneciera estaban los tres a la mesa, desayunando, y Francis Macomber descubrió que, de todos los hombres a los que había odiado, Robert Wilson era el que más odiaba.

—¿Ha dormido bien? —preguntó Wilson con su voz ronca, llenando una pipa.

—¿Y usted?

—De primera —le dijo el cazador profesional.

Cabrón, se dijo Macomber, cabrón insolente.

Así que ella lo despertó al entrar, se dijo Wilson, mirándolos a los dos con sus ojos azules e inexpresivos. Bueno, ¿por qué no la pone en su sitio? ¿Qué cree que soy, un maldito santo de yeso? Que la ponga en su sitio. Es culpa de él.

—¿Cree que encontraremos algún búfalo? —preguntó Margot, apartando un plato de albaricoques.

—Es posible —dijo Wilson, y le sonrió—. ¿Por qué no se queda en el campamento?

—Por nada del mundo —le dijo ella.

—¿Por qué no le ordena que se quede en el campamento? —le dijo Wilson a Macomber.

—Ordéneselo usted —le dijo fríamente Macomber.

—Dejémonos de dar órdenes —dijo Margot, y volviéndose hacia Macomber— y de tonterías, Francis. —Lo dijo en una voz bastante amable.

—¿Está preparado? —preguntó Macomber.

—Cuando quiera —le dijo Wilson—. ¿Quiere que la *memsahib* venga?

—¿Importa algo lo que yo quiera?

Al diablo, se dijo Robert Wilson. Al diablo una y mil veces. Así que esas tenemos. Bueno, pues como quieran.

—Tanto da —dijo.

—¿Está seguro de que no le gustaría quedarse solo en el campamento con ella y dejar que vaya yo solo a cazar el búfalo? —preguntó Macomber.

—Eso no lo puede hacer —dijo Wilson—. Si yo fuera usted no diría tonterías.

—No digo tonterías. Estoy disgustado.

—Una mala palabra, disgustado.

—Francis, ¿quieres hacer el favor de hablar con sensatez? —dijo su esposa.

—Hablo con toda la maldita sensatez del mundo —dijo Macomber—. ¿Ha probado alguna vez una comida tan inmunda como esta?

—¿Estaba mala la comida? —preguntó Wilson sin inmutarse.

—No tan mal como todo lo demás.

—Me gustaría que se calmara un poco, hombre —dijo Wilson sin alterarse—. Uno de los criados que sirve la mesa entiende un poco de inglés.

—Que se vaya al infierno.

Wilson se puso en pie y se alejó dando bocanadas a su pipa. Le dijo unas palabras en swahili a uno de los porteadores de armas que estaba esperándole. Macomber y su mujer se quedaron sentados a la mesa. Él miraba fijamente la taza de café.

—Si armas una escena te dejo, cariño —dijo Margot sin alterarse.

—No lo harás.

—Ponme a prueba.

—No me dejarás.

—No —dijo ella—. No te dejaré si te comportas.

—¿Comportarme? Hay que ver. Comportarme.

—Sí. Compórtate.

—¿Por qué no pruebas a comportarte tú?

—Llevo mucho tiempo intentándolo. Muchísimo.

—Odio a ese cerdo de cara roja —dijo Macomber—. Odio su sola presencia.

—Pues es muy simpático.

—Oh, cállate —casi gritó Macomber. Justo en ese momento apareció el coche. Se paró delante de la tienda comedor y salieron el conductor y los dos porteadores de armas. Wilson se acercó y se quedó mirando a marido y mujer sentados a la mesa.

—¿Vamos a cazar? —preguntó.

—Sí —dijo Macomber poniéndose en pie—. Sí.

—Más vale que cojan un jersey. Hará frío en el coche —dijo Wilson.

—Cogeré mi chaqueta de piel —dijo Margot.

—La tiene el criado —dijo Wilson. Se subió delante con el conductor, y Francis Macomber y su mujer se sentaron detrás sin hablar.

Espero que a este idiota no se le ocurra pegarme un tiro en la nuca, se dijo Wilson. En un safari las mujeres son un fastidio.

El coche rechinaba al cruzar el río por un vado lleno de rocas a la luz gris de la mañana, y subió la otra empinada orilla en ángulo. Allí Wilson había ordenado abrir un paso a golpe de pala el día antes para que pudieran alcanzar aquella zona ondulada y boscosa que parecía un parque.

Era una buena mañana, se dijo Wilson. Había un denso rocío, y cuando las ruedas aplastaban las hierbas y las matas bajas le llegaba el olor de las frondas aplastadas. Era un olor como a verbena, y le gustaba el olor tempranero del rocío, los helechos aplastados y el aspecto de los troncos de los árboles, negros entre la neblina matinal, a medida que el coche se abría paso por esa vegetación sin caminos, parecida a la de un parque. Había apartado de su mente a los dos que iban detrás y estaba pensando en los búfalos. Los búfalos que él perseguía se pasaban las horas de sol en un pantano de densa vegetación donde era imposible disparar, pero por la noche pacían en una zona de campo abierto, y si podían interponerse entre ellos y el pantano con el coche, Macomber tendría muchas posibilidades de disparar en un terreno abierto. No quería cazar búfalos ni ninguna otra cosa con Macomber en una zona de vegetación densa. La verdad es que no quería cazar ni búfalos ni ninguna otra cosa con Macomber en ninguna parte, pero era un cazador profesional, y en su vida había cazado con gente rara de verdad. Si

hoy conseguían un búfalo ya solo les quedaría el rinoceronte, y el pobre hombre ya habría pasado por esa peligrosa prueba y todo volvería a estar en orden. Podría romper con la mujer y Macomber también lo superaría. Al parecer había pasado por aquello muchas veces. Pobre desgraciado. Debía de tener algún método para superarlo. Bueno, al fin y al cabo la culpa era de ese pobre idiota.

Él, Robert Wilson, llevaba un catre de dos plazas para acomodar cualquier fruta madura que le cayera del cielo. Había cazado para cierta clientela, internacional, libertina, deportista, en la que las mujeres parecían no quedar del todo satisfechas con el safari hasta que compartían ese catre con el cazador profesional. Él las despreciaba cuando las tenía lejos, aunque algunas le habían gustado bastante en el momento, y se ganaba la vida con ellas; y sus normas eran también las de él desde el momento en que lo contrataban.

Obedecía las normas de quienes le contrataban excepto en lo que se refería a la caza. En la caza él tenía sus propias normas, y los demás o se atenían a ellas o se buscaban a otro. También sabía que todos le respetaban por eso. Aunque ese Macomber era un tipo raro. Que me aspen si no lo es. Y la mujer. Bueno, la mujer. Sí, la mujer. Mmm, la mujer. Bueno, eso lo dejaría correr. Se volvió. Macomber estaba apesadumbrado y furioso. Margot le sonrió. Hoy parecía más joven, más inocente y lozana, con una belleza no tan profesional. Dios sabe qué hay en su corazón, se dijo Wilson. La noche anterior no había hablado mucho. Además, era un placer contemplarla.

El coche ascendió una ligera pendiente y prosiguió entre los árboles. A continuación se adentró en un claro que era como una pradera cubierta de hierba, manteniéndose al abrigo de los árboles de la linde. El conductor iba despacio y Wilson observaba atentamente la extensión de la pradera hasta donde se perdía, en el horizonte. Hizo parar el coche y estudió la planicie con sus binoculares. Luego le hizo seña al conductor de que siguiera y el coche avanzó con lentitud, evitando los socavones dejados por los jabalíes y esquivando montículos de barro construidos por las hormigas. A continuación, observando el campo abierto, Wilson se volvió de repente y dijo:

—¡Dios mío, ahí están!

Y Macomber, mirando hacia donde le señalaban mientras el coche avanzaba a saltos y Wilson le hablaba rápidamente en swahili al conductor, vio tres enormes animales negros que parecían casi cilíndricos de tan largos y gruesos, como grandes tanques negros, que galopaban por el otro extremo de la pradera abierta. Galopaban con el cuello y el cuerpo rígidos, y pudo ver los

cuernos negros, abiertos y curvados hacia arriba mientras avanzaban con la cabeza adelantada; no movían la cabeza.

—Son tres búfalos viejos —dijo Wilson—. Les cortaremos el paso antes de que lleguen al pantano.

El coche iba a más de setenta kilómetros por hora a campo abierto, y mientras Macomber miraba los búfalos estos se hacían más y más grandes, hasta que llegó a distinguir el aspecto gris, costroso y sin vello de un toro enorme, el cuello que formaba parte de sus hombros, y el negro brillante de sus cuernos. Galopaba un poco rezagado del resto, que iban en hilera con su paso firme y veloz; y luego el coche dio un bandazo como si se hubiera subido a una carretera, los animales se aproximaron y vio la veloz enormidad del toro, y el polvo sobre su piel de escaso pelo, la amplia protuberancia del cuerno y el hocico de fosas nasales anchas y dilatadas, y ya levantaba el rifle cuando Wilson le gritó: «¡Desde el coche no, idiota!», y no tuvo miedo, solo odió a Wilson, y hubo un frenazo y el coche derrapó, clavándose de lado en el suelo hasta quedar casi parado, y Wilson salió por un lado y él por el otro, trastabillando al tocar con los pies el suelo porque el coche aún estaba en marcha, y enseguida disparó al toro mientras este seguía galopando, oyó cómo las balas le impactaban, vació el rifle mientras el animal se alejaba a paso firme, y al final recordó que debía dirigir sus disparos entre los hombros, y cuando intentaba recargar torpemente vio que el toro estaba en el suelo. Había caído de rodillas y sacudía la cabeza. Al ver que los otros dos seguían galopando le disparó al líder y le dio. Volvió a disparar y falló, y oyó el ¡patapum! del rifle de Wilson y vio cómo el líder se desplomaba de narices.

—Dele al otro —dijo Wilson—. ¡Ahora dispare usted!

Pero el otro toro seguía galopando al mismo ritmo y Macomber falló, levantando una salpicadura de polvo, y Wilson falló y el polvo formó una nube y Wilson gritó: «¡Vamos, está demasiado lejos!», y le cogió del brazo y ya volvían a estar en el coche, Macomber y Wilson agarrados a los laterales y avanzando a toda mecha, dando bandazos por encima del terreno irregular, acercándose al toro, que seguía con su galope constante, veloz, de cuello grueso y línea recta.

Estaban detrás de él y Macomber estaba cargando el rifle, tirando los casquillos al suelo, se le encasquilló el arma, la desencasquilló, y ya estaban casi encima del toro cuando Wilson gritó: «¡Para!» y el coche derrapó y casi vuelcan y Macomber cayó hacia delante sobre los pies, cargó el rifle y disparó lo más adelante que pudo apuntar a la espalda negra, redondeada y al galope, apuntó y volvió a disparar, y otra vez, y otra, y no falló ni una vez, pero las

balas no parecían afectar al animal. Entonces disparó Wilson, el estampido le dejó sordo, y vio que el toro se tambaleaba. Macomber volvió a disparar, apuntando cuidadosamente, y el animal cayó de rodillas.

—Muy bien —dijo Wilson—. Buen trabajo. Este es el tercero.

Macomber se sintió ebrio de euforia.

—¿Cuántas veces ha disparado? —preguntó.

—Solo tres —dijo Wilson—. Usted mató al primer toro. El más grande. Yo le he ayudado a acabar con los otros dos. Temía que se metieran en la espesura. Usted los mató. Yo solo le he echado una mano. Ha disparado condenadamente bien.

—Subamos al coche —dijo Macomber—. Tengo sed.

—Primero vamos a rematar a ese búfalo —le dijo Wilson. El búfalo estaba de rodillas y sacudía furiosamente la cabeza, bramando furioso desde sus ojos hundidos a medida que se le acercaban.

—Ojo que no se levante —dijo Wilson. Y añadió—: Póngase un poco de lado y dele en el cuello, justo detrás de la oreja.

Macomber apuntó cuidadosamente al centro de ese cuello enorme y zarandeado por la rabia y disparó. La cabeza se desplomó hacia delante.

—Ya está —dijo Wilson—. Le ha dado en el espinazo. Son unos animales impresionantes, ¿verdad?

—Vamos a echar un trago —dijo Macomber. En su vida se había sentido tan bien.

En el coche, la mujer de Macomber estaba pálida.

—Eres maravilloso, cariño —le dijo a Macomber—. Menuda persecución.

—¿Ha sido duro?

—Ha sido espantoso. Nunca había estado tan asustada.

—Echemos un trago —dijo Macomber.

—Desde luego —dijo Wilson—. Déselo a la *memsahib*. —Margot bebió del *whisky* que había en la petaca y se estremeció un poco al tragar. Le entregó la petaca a Macomber, que se la pasó a Wilson.

—Ha sido de lo más emocionante —dijo Margot—. Me ha dado un terrible dolor de cabeza. No sabía que se permitía disparar desde el coche.

—Nadie ha disparado desde el coche —dijo Wilson fríamente.

—Me refería a perseguirlos con un coche.

—Normalmente no se hace —dijo Wilson—. Aunque tal como lo hemos hecho me ha parecido bastante deportivo. Nos hemos arriesgado más conduciendo por esta planicie llena de baches que si hubiéramos cazado a pie. Los búfalos podrían habernos atacado cada vez que disparábamos de haber

querido. Les hemos dado todas las oportunidades. De todos modos no se lo mencione a nadie. Es ilegal, si a eso se refería.

—A mí me ha parecido muy injusto —dijo Margot— perseguir a esos grandes animales indefensos en coche.

—¿Ah, sí? —dijo Wilson.

—¿Qué pasaría si se enteraran en Nairobi?

—Que para empezar perdería mi licencia. Y otras cosas desagradables —dijo Wilson, echando un trago de la petaca—. Me quedaría sin trabajo.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Bueno —dijo Macomber, y sonrió por primera vez en todo el día—. Ahora ella le tiene pillado.

—Siempre sabes decir las cosas con tanta delicadeza, Francis —dijo Margot Macomber. Wilson los miró a los dos. Si un cabrón se casa con una zorra, pensaba, ¿qué clase de animales serán los hijos? Lo que dijo fue—: Hemos perdido a uno de los porteadores. ¿Se han dado cuenta?

—Dios mío, no —dijo Macomber.

—Ahí viene —dijo Wilson—. Se encuentra bien. Debe de haberse caído cuando dejamos atrás el primer búfalo.

Vieron acercarse al porteador de mediana edad, tocado con su gorro de punto, su túnica caqui, sus pantalones cortos y sus sandalias de goma. Cojeaba, y se le veía sombrío y disgustado. Cuando llegó se dirigió a Wilson, y todos vieron el cambio que sufrió la cara del cazador.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Margot.

—Dice que el primer toro se ha levantado y se ha metido en la espesura. —Wilson habló con una voz totalmente inexpresiva.

—Oh —dijo Macomber, pálido.

—Entonces va a ser como lo del león —dijo Margot, llena de impaciencia.

—Ni de casualidad va a ser como lo del león —le dijo Wilson—. ¿Quiere otro trago, Macomber?

—Sí, gracias —dijo Macomber. Pensó que volvería a experimentar la misma sensación que con el león, pero no fue así. Por primera vez en su vida sintió que no tenía miedo. En lugar de miedo le invadía una auténtica euforia.

—Vamos a echarle un vistazo a ese segundo búfalo —dijo Wilson—. Le diré al conductor que ponga el coche en la sombra.

—¿Qué van a hacer? —preguntó Margaret Macomber.

—Echarle un vistazo al búfalo —dijo Wilson.

—Yo también voy.

—Vamos.

Los tres se acercaron a la negra mole del segundo búfalo, la cabeza echada hacia delante, sobre la hierba, los cuernos enormes y separados.

—Es una cabeza magnífica —dijo Wilson—. Debe de tener más de un metro de envergadura.

Macomber lo miraba encantado.

—A mí me parece algo repugnante —dijo Margot—. ¿Podemos ir a la sombra?

—Claro —dijo Wilson—. Mire —le dijo a Macomber, y señaló—: ¿Ve aquella espesura?

—Sí.

—Ahí es donde se ha metido el primer toro. El porteador dice que cuando él se cayó del coche el toro estaba en el suelo. Se quedó mirando cómo perseguíamos a toda velocidad a los otros dos búfalos. Cuando se volvió se encontró con el búfalo en pie y mirándole. El porteador corrió como un demonio y el toro se fue lentamente hacia esos matorrales.

—¿Podemos ir a por él ahora? —dijo Macomber, impaciente.

Wilson lo estudió lentamente. Que me aspen si esto no es raro, se dijo. Ayer estaba hecho un flan y hoy se comería el mundo.

—No, démosle un rato.

—Por favor, vamos a la sombra —dijo Margot. Tenía la cara blanca y parecía enferma.

Se dirigieron al coche, que estaba bajo un solitario árbol de copa ancha, y se metieron en él.

—Lo más probable es que esté muerto ahí dentro —observó Wilson—. Dentro de un rato iremos a echar un vistazo.

Macomber sintió una felicidad desmedida e irracional que nunca había experimentado.

—Dios mío, menuda persecución —dijo—. Nunca había sentido nada igual. ¿No ha sido maravilloso, Margot?

—A mí me ha parecido horroroso.

—¿Por qué?

—Me ha parecido horroroso —dijo con amargura—. Detestable.

—¿Sabe?, no creo que nunca vuelva a tener miedo de nada —le dijo Macomber a Wilson—. Algo pasó dentro de mí después de ver el búfalo y comenzar a perseguirlo. Como cuando revienta un dique. Ha sido pura emoción.

—Te depura el hígado —dijo Wilson—. A la gente le pasan cosas muy raras.

La cara de Macomber resplandecía.

—Algo me ha pasado —dijo—. Me siento completamente distinto.

Su esposa no dijo nada y le miró con extrañeza. Estaba sentada en el extremo del asiento y Macomber se inclinaba hacia delante mientras hablaba con Wilson, que estaba de lado, hablando por encima del respaldo del asiento delantero.

—¿Sabe?, me gustaría probar con otro león —dijo Macomber—. Ahora ya no me dan miedo. Después de todo, ¿qué pueden hacerte?

—Exactamente —dijo Wilson—. Lo peor que pueden hacerte es matarte. ¿Cómo es ese fragmento? Shakespeare. Es buenísimo. A ver si me acuerdo. Oh, es buenísimo. Durante una época solía repetírmelo. Vamos a ver. «A fe mía que no me importa; un hombre solo puede morir una vez; le debemos a Dios una muerte y tanto da cómo se la paguemos; el que muere este año, el que viene ya se ha librado». Buenísimo, ¿eh?

Se avergonzó de haber revelado aquellas palabras que habían guiado su vida, pero había visto alcanzar la mayoría de edad a algunos hombres, y era algo que siempre le conmovía. Era totalmente distinto de cumplir los veintiún años.

Había hecho falta un momento singular en la cacería, una acción precipitada que no había dado opción a pensárselo de antemano, para provocar aquello en Macomber, pero tanto daba cómo había sucedido, lo cierto era que había sucedido. Míralo ahora, se dijo Wilson. Lo que pasa es que algunos siguen siendo unos críos durante mucho tiempo, se dijo Wilson. Algunos toda la vida. Siguen pareciendo unos chavales cuando cumplen los cincuenta. El gran niño-hombre americano. Qué gente tan extraña. Pero ahora ese Macomber le caía bien. Un tipo bien raro. Probablemente eso también significaría que dejaría de ser un cornudo. Bueno, eso sí que estaría bien. Eso estaría de primera. El tipo probablemente ha estado toda la vida asustado. No sabe cómo empezó. Pero ya lo ha superado. Con el búfalo no ha tenido tiempo de estar asustado. Eso y que también estaba furioso. Y el coche. Los coches te hacen sentirte más como en casa. Ahora está que se come el mundo. En la guerra había visto a gente a la que le pasaba algo parecido. Te cambiaba más eso que perder la virginidad. Se te iba el miedo como si te lo hubieran extirpado. Y en su lugar surgía otra cosa. Lo más importante de un hombre. Lo que le hacía hombre. Las mujeres también lo sabían. Adiós al maldito miedo.

Desde la otra punta del asiento Margaret Macomber los miró a los dos. En Wilson no había ningún cambio. Vio a Wilson tal como lo había visto el día antes, cuando comprendió por primera vez cuál era su gran talento. Pero ahora veía el cambio ocurrido en Francis Macomber.

—¿Siente también usted toda esta felicidad por lo que va a ocurrir? —preguntó Macomber, explorando aún su nueva abundancia.

—No debe mencionarlo —le dijo Wilson, observando la cara del otro—. Se lleva más decir que está asustado. Y mire lo que le digo, también tendrá miedo muchas veces.

—Pero ¿no siente felicidad por lo que vamos a hacer?

—Sí —dijo Wilson—. Eso ocurre. Pero no hay que hablar demasiado de esto. Déjelo. Si habla demasiado de una cosa pierde la gracia.

—No decís más que tonterías, los dos —dijo Margot—. Solo porque habéis cazado unos animales inocentes desde un coche habláis como si fuerais héroes.

—Lo siento —dijo Wilson—. Me he disparado. —Empieza a estar preocupada por lo ocurrido, se dijo.

—Si no sabes de qué hablas, ¿por qué te metes? —le preguntó Macomber a su mujer.

—De repente te has vuelto muy valiente, así, sin más —dijo su mujer, zahereña. Pero su desprecio era vacilante. Tenía miedo de algo.

Macomber se rio, una carcajada muy natural y campechana.

—Y que lo digas —dijo—. Ya lo puedes decir, ya.

—¿Y no es un poco tarde? —dijo Margot con amargura. Porque durante muchos años había hecho todo lo que había podido, y nadie tenía la culpa de que su matrimonio hubiera llegado a esa situación.

—No para mí —dijo Macomber.

Margot no dijo nada, pero se reclinó en la esquina del asiento.

—¿Cree que le hemos dado tiempo suficiente? —le preguntó alegremente Macomber a Wilson.

—Podemos ir a echar un vistazo —dijo Wilson—. ¿Le queda munición?

—El porteador sí.

Wilson dijo unas palabras en swahili, y el porteador, que estaba desollando una de las cabezas, se enderezó, sacó una caja de balas del bolsillo y se las llevó a Macomber, que llenó el cargador y se metió el resto en el bolsillo.

—También podría utilizar el Springfield —dijo Wilson—. Está acostumbrado a él. Dejaremos el Mannlicher en el coche con la *memsahib*. Su

porteador puede llevar el arma pesada. Yo tengo este maldito cañón. Y ahora deje que le explique una cosa. —Se había guardado esto para el final porque no quería preocupar a Macomber—. Cuando un búfalo ataca lo hace con la cabeza alta y echada hacia delante. No se le puede disparar al cerebro porque la protuberancia de los cuernos lo protege. Solo se le puede disparar a la nariz. Solo hay otro disparo bueno, y es al pecho, o, si está de lado, al cuello o a los hombros. Una vez han recibido un disparo se ponen hechos una furia. No intente ninguna filigrana. Elija la opción más sencilla. Ya han acabado de desollar la cabeza. ¿Nos ponemos en marcha?

Llamó a los porteadores, que llegaron sacudiéndose las manos, y el de más edad se subió atrás.

—Solo me llevaré a Kongoni —dijo Wilson—. El otro puede quedarse a vigilar que no vengan los pajarracos.

Mientras el coche avanzaba lentamente por el claro, hacia la isla de árboles tupidos que formaban una lengua de follaje siguiendo un cauce seco que cortaba el terreno pantanoso abierto, Macomber sintió que de nuevo el corazón le latía con fuerza y volvía a tener la boca seca, pero era excitación, no miedo.

—Por aquí es por donde ha entrado —dijo Wilson. A continuación le dijo al porteador en swahili—: Sigue el rastro de sangre.

El coche estaba en paralelo a los matorrales. Macomber, Wilson y el porteador se bajaron. Macomber volvió la mirada y vio a su mujer con el rifle a su lado, mirándolo. La saludó con la mano, pero ella no le devolvió el saludo.

La vegetación era muy espesa, y el terreno estaba seco. El porteador de mediana edad sudaba profusamente, y Wilson se inclinó el sombrero delante de los ojos y su nuca roja apareció justo delante de Macomber. De repente el porteador le dijo algo en swahili a Wilson y echó a correr hacia delante.

—Está muerto ahí delante —dijo Wilson—. Buen trabajo. —Se volvió para coger la mano de Macomber, y mientras se la estrechaban, sonriéndose mutuamente, el porteador se puso a gritar como un loco y le vieron salir de la espesura corriendo de lado, veloz como un cangrejo, y el toro también salió, el morro levantado, la boca apretada, goteando sangre, el gran cabezón hacia delante, a la carga, los ojillos hundidos inyectados en sangre mientras los miraba. Wilson, que estaba delante, se había arrodillado y disparaba, y Macomber, mientras disparaba, no oyendo sus disparos a causa del estruendo del arma de Wilson, vio fragmentos como de pizarra que saltaban de la enorme protuberancia de los cuernos, y la cabeza sufrió una sacudida, y

volvió a disparar a las anchas fosas nasales y vio cómo los cuernos sufrían otra sacudida y salían volando algunos fragmentos, y ahora no veía a Wilson, y, apuntando con cuidado, volvió a disparar, y tenía la enorme mole del búfalo casi encima, y el rifle estaba casi alineado con la cabeza que acometía, el morro levantado, y podía ver aquellos ojillos malignos, y la cabeza empezó a descender y sintió un repentino destello cegador, candente que estallaba dentro de su cabeza, y ya nunca volvió a sentir nada más.

Wilson se había hecho a un lado para poder disparar a los hombros. Macomber había permanecido impertérrito apuntando a la nariz, disparando cada vez un pelín alto y dándole en la pesada cornamenta, sacándole esquirlas y astillas como si le disparara a un tejado de pizarra, y la señora Macomber, en el coche, le había disparado al búfalo con el Mannlicher del 6,5 porque pensó que iba a cornear a Macomber, pero le había dado a su marido, unos cinco centímetros por arriba y un poco a un lado de la base del cráneo.

Ahora Francis Macomber estaba tendido en el suelo, a dos metros de donde yacía el búfalo, y su mujer se arrodillaba a su lado, Wilson junto a ella.

—Yo no le daría la vuelta —dijo Wilson.

La mujer lloraba histérica.

—Yo de ti volvería al coche —dijo Wilson—. ¿Dónde está el rifle?

Ella regresó con la cabeza, la cara deformada. El porteador recogió el rifle.

—Déjalo como está —dijo Wilson. Y luego—: Ve a buscar a Abdulá para que dé fe de cómo se ha producido el accidente.

Wilson se arrodilló, sacó un pañuelo del bolsillo y lo extendió sobre la cabeza a cepillo de Francis Macomber. La sangre empapó la tierra seca y suelta.

Wilson se incorporó y vio el búfalo tendido de lado, las patas extendidas, su vientre de pelo ralo poblado de garrapatas. Menudo toro, registró automáticamente su cerebro. Aquí hay un metro de cornamenta. O más. Mucho más. Llamó al conductor y le dijo que extendiera una manta sobre el búfalo y se quedara junto a él. A continuación se acercó al coche, donde la mujer lloraba en un rincón.

—Menuda la has hecho —dijo en una voz sin inflexiones—. Pero si de todos modos él te habría dejado.

—Cállate —dijo ella.

—Por supuesto, ha sido un accidente —dijo—. Lo sé.

—Cállate —dijo ella.

—No te preocupes —dijo él—. Habrá que pasar por algunos momentos desagradables, pero haré que saquen algunas fotos muy útiles para la investigación. También está el testimonio de los porteadores y del conductor. Estás completamente a salvo.

—Cállate —dijo ella.

—Hay muchísimas cosas que hacer —dijo él—. Y tendré que mandar un camión al lago para que telegrafíen pidiendo un avión que nos lleve a los tres a Nairobi. ¿Por qué no le envenenaste? Es lo que hacen en Inglaterra.

—Cállate. Cállate. Cállate —gritó la mujer.

Wilson la miró con sus ojos azules e inexpresivos.

—Ya he terminado —dijo él—. Me había enfadado un poco. Tu marido había empezado a caerme bien.

—Oh, por favor, cállate —dijo ella—. Por favor, cállate.

—Eso está mejor —dijo Wilson—. Pedirlo por favor es mucho mejor. Ahora me callo.

La capital del mundo

Madrid está lleno de chavales que se llaman Paco, que es el diminutivo de Francisco, y por Madrid corre el chiste de un padre que va a Madrid e inserta un anuncio en la sección de «Clasificados» de *El Liberal*, que dice: PACO, REÚNETE CONMIGO EL MARTES A MEDIODÍA EN EL HOTEL MONTANA. TODO ESTÁ PERDONADO. PAPÁ, y que hay que llamar a un escuadrón de la Guardia Civil para dispersar a los ochocientos jóvenes que han contestado al anuncio. Pero nuestro Paco, que trabajaba de camarero en la pensión Luarca, no tenía padre alguno que le perdonara, ni nada que el padre le tuviera que perdonar. Tenía dos hermanas mayores que eran camareras de planta de la Luarca, y que habían conseguido el puesto por ser del mismo pueblo que una antigua camarera de la Luarca que había resultado ser muy hacendosa y honesta, lo que dio un buen nombre al pueblo y a sus productos; y esas hermanas se habían pagado el viaje en autobús hasta Madrid y habían conseguido ese empleo como aprendizas de camarera. Paco era de un pueblo situado en una zona de Extremadura en la que las condiciones eran increíblemente primitivas, la comida escasa y las comodidades desconocidas, y él había trabajado duro desde que tenía memoria.

Era un muchacho de buena complexión, pelo muy negro y bastante crespo, buenos dientes y una piel que sus hermanas envidiaban, y siempre tenía una sonrisa franca en los labios. Era rápido con los pies, trabajaba bien y quería a sus hermanas, de aspecto hermoso y sofisticado; adoraba Madrid, que seguía siendo un lugar increíble, y amaba su trabajo, que, al ser en un lugar muy bien iluminado, con ropa blanca y limpia, al llevar traje de noche y haber abundante comida en la cocina, parecía románticamente hermoso.

Había entre ocho y doce personas más que vivían en la Luarca y comían en el comedor, pero para Paco, que era el más joven de los tres camareros que servían las mesas, los únicos que realmente existían eran los toreros.

Los matadores de segunda categoría vivían en esa pensión porque San Jerónimo era una buena calle, la comida era excelente y la pensión completa salía barata. Para un torero es necesario aparentar si no prosperidad, sí al menos respetabilidad, pues en España la dignidad y el decoro se valoran más que el coraje, y los toreros se alojaban en el Luarca hasta que se les acababan

las últimas pesetas. No se recuerda que ningún torero dejara la Luarca por un hotel mejor o más caro; los toreros de segunda fila nunca acababan siendo de primera; pero la caída desde la Luarca era rápida, pues cualquiera que estuviera haciendo algo podía quedarse allí y a ningún huésped se le presentaba la factura sin que la pidiera hasta que la mujer que estaba al frente del establecimiento sabía que el caso no tenía remedio.

En aquella época había tres auténticos matadores que se alojaban en la Luarca, así como dos picadores muy buenos, y un excelente banderillero. La Luarca era un lujo para los picadores y los banderilleros, quienes, con la familia en Sevilla, necesitaban alojarse en Madrid durante la temporada de primavera; pero estaban muy bien pagados, y al ser empleados fijos de toreros que habían firmado numerosos contratos para la inminente temporada probablemente sacarían más por cabeza que cualquiera de los tres matadores. Uno de los tres matadores estaba enfermo e intentaba ocultarlo; otro había sido una revelación y había estado un momento de moda, y el tercero era un cobarde.

El cobarde había sido excepcionalmente valiente y extraordinariamente diestro hasta que recibió una cornada especialmente atroz en el bajo vientre al inicio de su primera temporada de matador, y todavía poseía muchas de las enérgicas maneras de sus días de éxito. Era jovial hasta el exceso y reía constantemente sin provocación. Cuando tenía éxito era muy aficionado a las bromas pesadas, pero ya lo había dejado. Requerían una seguridad en sí mismo que él ya no poseía. Este matador tenía una expresión inteligente y muy franca y se comportaba con mucha clase.

El matador que estaba enfermo procuraba que nunca se le notara y ponía meticulosidad en comer un poco de todos los platos que le servían. Tenía muchos pañuelos que él mismo lavaba en su habitación, y últimamente había empezado a vender sus trajes de luces. Había vendido uno a bajo precio antes de Navidad y otro en la primera semana de abril. Eran trajes muy caros, los había conservado bien y le quedaba uno. Antes de caer enfermo había sido una gran promesa, un torero incluso sensacional, y, aunque no sabía leer, guardaba recortes que decían que en su debut en Madrid había sido mejor que Belmonte. Comía solo en una mesa pequeña y casi no levantaba la cabeza.

El matador que antaño fuera una revelación era muy bajito y moreno y muy digno. Comía solo en una mesa aparte, rara vez sonreía y nunca reía. Era de Valladolid, donde la gente es tremendamente seria, y era un matador competente; pero su estilo se había vuelto anticuado antes de que consiguiera ganarse el cariño del público con sus virtudes, que eran el valor y una serena

habilidad, y su nombre en los carteles no atraía a nadie al ruedo. Su novedad había sido que era tan bajo que apenas podía ver por encima de la cruz del toro, pero había otros toreros bajitos, y no había conseguido imponerse en los gustos del público.

Uno de los picadores era un hombre flaco, con cara de halcón y pelo gris, complexión ligera pero brazos y piernas como el hierro, que siempre llevaba botas camperas por dentro de los pantalones, bebía demasiado cada noche y miraba amorosamente a cualquier mujer de la pensión. El otro era de cara grande y morena, guapo, con el pelo negro como el de un indio y manos enormes. Los dos eran grandes picadores, aunque del primero se decía que había perdido gran parte de su habilidad a causa de la bebida y la disipación, y del segundo se decía que era demasiado cabezota y pendenciero para permanecer con ningún matador más de una temporada.

El banderillero era de mediana edad, pelo gris, rápido como un gato a pesar de sus años, y sentado a la mesa parecía un hombre de negocios moderadamente próspero. Las piernas todavía eran buenas para esa temporada, y él era lo bastante inteligente y experimentado para mantenerse regularmente empleado durante bastante tiempo cuando ya no fuera así. La diferencia será que cuando se esfume la velocidad de sus pies siempre tendrá miedo, mientras que ahora se le veía tranquilo, y seguro en el ruedo como fuera de él.

Aquella noche todos habían salido ya del comedor, excepto el picador de cara de halcón que bebía demasiado, el subastador de relojes en ferias y fiestas que tenía en la cara una mancha de nacimiento y que también bebía demasiado, y dos sacerdotes gallegos que estaban sentados a una de las mesas del rincón y que bebían, si no demasiado, desde luego bastante. En aquella época el vino estaba incluido en la pensión completa, y los camareros acababan de llevar más botellas de Valdepeñas a la mesa del subastador, luego a la del picador y por fin a la de los dos sacerdotes.

Los tres camareros estaban en la otra punta de la habitación. La regla de la casa era que debían permanecer de servicio hasta que los comensales de cuyas mesas eran responsables se hubieran marchado, pero el que servía a los dos sacerdotes tenía que acudir a una reunión anarcosindicalista y Paco accedió a encargarse también de su mesa.

En el piso de arriba el matador que estaba enfermo se había echado en la cama, boca abajo, solo. El matador que ya había dejado de ser una revelación estaba sentado mirando por la ventana a punto de salir a tomar un café. El matador que era un cobarde tenía a la hermana mayor de Paco en su

habitación e intentaba que esta le hiciera algo que ella se negaba a hacer entre carcajadas. Este matador decía:

—Venga, fierecilla.

—No —dijo la hermana—. ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Como un favor.

—Acabas de comer y ahora me quieres a mí de postre.

—Solo una vez. ¿Qué tiene de malo?

—Déjame en paz. Déjame en paz, te lo advierto.

—Pero si no es nada.

—Déjame en paz, te lo advierto.

En el comedor, el camarero más alto, que ya llegaba tarde a la reunión, dijo:

—Mira cómo beben esos cerdos enlutados.

—Esa no es manera de hablar —dijo el segundo camarero—. Son clientes decentes. No beben demasiado.

—Para mí sí es manera de hablar —dijo el alto—. En España hay dos maldiciones: los curas y los toros.

—Desde luego no el toro individual ni el cura individual —dijo el segundo camarero.

—Sí —dijo el camarero alto—. Solo atacando al individuo puedes atacar a toda la clase. Es necesario matar al toro individual y al cura individual. A todos. Así no habrá más.

—Ahórratelo para la reunión —dijo el otro camarero.

—Lo que pasa en Madrid es una barbaridad —dijo el camarero alto—. Son las once y media y estos aún empinando el codo.

—Han empezado a comer a las diez —dijo el otro camarero—. Hay muchos platos, ya lo sabes. El vino es barato y lo han pagado. No es un vino fuerte.

—¿Cómo va a existir la solidaridad de los trabajadores con memos como tú? —preguntó el camarero alto.

—Mira —dijo el segundo camarero, que tendría unos cincuenta años—. He trabajado toda la vida. Tendré que trabajar el resto de mi vida. No tengo ninguna queja en contra del trabajo. Trabajar es normal.

—Sí, pero la falta de trabajo mata.

—Siempre he trabajado —dijo el camarero de más edad—. Vete a la reunión. No es necesario que te quedes.

—Eres un buen camarada —dijo el camarero alto—. Pero te falta ideología.

—Mejor que me falte eso que lo otro —dijo el camarero de más edad—. Vete a la reunión.

Paco no había dicho nada. Todavía no entendía de política, pero siempre le producía un estremecimiento oír al camarero alto decir que había que matar a los curas y a la Guardia Civil. Para él, el camarero alto representaba la revolución, y la revolución también era romántica. A él le gustaría ser un buen católico, un revolucionario, tener un trabajo estable como ese, y, al mismo tiempo, ser torero.

—Ve a la reunión, Ignacio —dijo—. Yo me encargaré de tu mesa.

—Los dos nos encargaremos —dijo el camarero de más edad.

—Con uno hay de sobra —dijo Paco—. Vete a la reunión.

—Pues me voy —dijo el camarero alto—. Y gracias.

Mientras tanto, en el piso de arriba, la hermana de Paco se había escabullido del abrazo del matador con la misma habilidad con que un luchador se desembaraza de una llave, y decía, ahora enfadada:

—Así son los muertos de hambre. Un torero fracasado. Con una tonelada de miedo encima. Si tienes tanto de eso, úsalo en el ruedo.

—Así es como habla una puta.

—Una puta también es una mujer, pero yo no soy una puta.

—Lo serás.

—No por ti.

—Déjame —dijo el matador, que, repelido y rechazado, sentía regresar la desnudez de su cobardía.

—¿Dejarte? Como si te tuviera agarrado —dijo la hermana de Paco—. ¿No quieres que te haga la cama? Para eso me pagan.

—Déjame —dijo el matador, deformando su cara ancha y bien proporcionada en una mueca como de llanto—. Puta. Maldita puta.

—Matador —dijo ella cerrando la puerta—. Mi matador.

Dentro de la habitación el matador se sentó en la cama. Su cara aún exhibía esa mueca que, en el ruedo, se convertía en sonrisa constante que asustaba a la gente de las primeras filas capaces de entender lo que veían.

—Y encima esto —decía en voz alta—. Y encima esto. Y encima esto.

Recordaba cuando era bueno, solo tres años antes. Recordaba el peso del profuso brocado de oro de su chaquetilla de torero sobre los hombros aquella calurosa tarde de mayo, cuando su voz era aún la misma en el ruedo que en el café, y cómo con el filo goteando en la punta apuntaba a ese lugar que estaba en lo alto de las espaldas del toro, ese polvoriento músculo que sobresalía como una joroba negra, recubierto de vello corto, que quedaba por encima de

los cuernos astillados en la punta de tanto embestir la madera, que se agacharon cuando entró a matar, y cómo la espada se hundió como si se adentrara en una montaña de mantequilla, con la palma de la mano empujando la empuñadura, el brazo izquierdo cruzado abajo, el hombro izquierdo hacia delante, el peso en la pierna izquierda, y de repente el peso ya no estaba en la pierna. Su peso estaba en el bajo vientre, y cuando el toro levantó la cabeza dejó de ver el cuerno, que estaba dentro de él y dio dos vueltas antes de que se lo sacaran. Así que ahora, cuando entraba a matar, cosa que rara vez ocurría, era incapaz de mirar las astas, ¿y qué sabía una puta como esa de lo que pasaba antes de ser toreado? Y esas que se reían de él, ¿habían pasado por algo parecido? Eran todas unas putas, y ya sabían adónde podían irse.

Abajo, en el comedor, el picador estaba mirando a los sacerdotes. Si hubiera alguna mujer en el comedor, la miraría a ella. Si no hubiera mujeres, miraría con gusto a algún extranjero, un inglés, pero como no había mujeres ni extranjeros, contemplaba con deleite e insolencia a los dos sacerdotes. Mientras estaba mirando, el subastador con la mancha de nacimiento en la cara se levantó, dobló la servilleta y salió, dejando mediada la última botella que había ordenado. Si pagara las facturas de la Luarca, se habría acabado la botella.

Los dos sacerdotes no le devolvieron la mirada al picador. Uno de ellos decía:

—Ya hace diez días que espero para verle, y me paso cada día sentado en la antecámara y no me recibe.

—¿Qué se le va a hacer?

—Nada. ¿Qué se puede hacer? No se puede ir contra la autoridad.

—Yo llevo aquí dos semanas y nada. Espero y no me reciben.

—Vivimos en una región abandonada. Cuando se acabe el dinero, tendremos que volver.

—A la región abandonada. ¿Qué más le da Galicia a Madrid? Somos una provincia pobre.

—Así se entiende la acción de nuestro hermano Basilio.

—De todos modos, tampoco confío plenamente en la integridad de Basilio Álvarez.

—Madrid es donde empiezas a comprender. Madrid está matando a España.

—Si sencillamente te recibieran y te dijeran que no.

—No. Tienes que acabar arruinado y exhausto de tanto esperar.

—Bueno, ya veremos. Puedo esperar tanto como cualquier otro.

En aquel momento el picador se puso en pie, se acercó a la mesa de los sacerdotes y se los quedó mirando, sonriendo con su pelo gris y su cara de halcón.

—Un torero —le dijo un sacerdote al otro.

—Y uno bueno —dijo el picador, y salió del comedor, con su chaqueta gris ceñida en el talle, estevado, pantalones ajustados sobre sus botas camperas de tacón alto que repiqueteaban en el suelo mientras caminaba con paso firme y arrogante, sonriendo para sí. Vivía en un mundo pequeño, hermético, profesional, de eficacia personal, triunfo nocturnamente alcohólico e insolencia. Encendió un cigarrillo, y ladeándose el sombrero en el vestíbulo salió al café.

Los sacerdotes se fueron inmediatamente después del picador, con prisa al darse cuenta de que eran los últimos clientes del comedor, donde ya solo quedaban Paco y el camarero de mediana edad. Despejaron las mesas y se llevaron las botellas a la cocina.

En la cocina estaba el muchacho que lavaba los platos. Era tres años mayor que Paco, y muy cínico y amargado.

—Toma —le dijo el camarero de mediana edad, le sirvió un vaso de Valdepeñas y se lo dio.

—¿Por qué no? —dijo el muchacho, cogiendo el vaso.

—¿Tú, Paco? —preguntó el camarero de mediana edad.

—Gracias —dijo Paco. Los tres bebieron.

—Me voy —dijo el camarero de mediana edad.

—Buenas noches —le dijeron.

Salió y se quedaron los dos solos. Paco cogió una de las servilletas que habían utilizado los sacerdotes y, erguido, con los talones hincados, bajó la servilleta desplegada, y con la cabeza siguiendo el gesto, dibujó con los brazos el movimiento de una lenta y amplia verónica. Se dio la vuelta, y adelantando ligeramente el pie derecho, hizo el segundo pase, le ganó un poco de terreno al toro imaginario y pegó un tercer pase, lento, perfectamente medido y suave, a continuación se llevó la servilleta a la cintura y alejó las caderas del toro en una media verónica.

El lavaplatos, que se llamaba Enrique, lo miró con aire crítico y socarrón.

—¿Qué tal el toro? —dijo.

—Muy bravo —dijo Paco—. Mira.

Esbelto y erguido, dio cuatro pases perfectos, serenos, elegantes, garbosos.

—¿Y el toro? —preguntó Enrique junto al fregadero, con su vaso de vino en la mano y su delantal.

—Aún va a dar mucha guerra —dijo Paco.

—Me pones enfermo —dijo Enrique.

—¿Por qué?

—Fíjate.

Enrique se quitó el delantal, y, llamando al toro imaginario, esculpió cuatro verónicas perfectas, lánguidas y gitanas, y acabó con una revolera que hizo describir al delantal un rígido arco que pasó ante el hocico del toro cuando este se alejó.

—Fíjate —dijo—. Y yo lavo platos.

—¿Por qué?

—Miedo —dijo Enrique—. El mismo miedo que tendrías tú en el ruedo con un toro.

—No —dijo Paco—. Yo no tendría miedo.

—¡Y una leche! —dijo Enrique—. Todos tienen miedo. Pero un torero puede controlar su miedo para poder trabajarse al toro. Yo estuve en una capea de aficionados, y tuve tanto miedo que no podía dejar de correr. A todos les hizo mucha gracia. Así que tú también tendrías miedo. Si no fuera por el miedo, cualquier limpiabotas de España sería torero. Tú, un chico del campo, estarías tan asustado como yo lo estuve.

—No —dijo Paco.

Lo había hecho muchas veces en su imaginación. Demasiadas veces había visto los cuernos, el hocico húmedo del toro, la oreja temblando, la cabeza gacha para embestir, el percutir de las pezuñas y el toro caliente pasando a su lado mientras él giraba la capa, para volver a embestir mientras él hacía girar la capa otra vez, y otra, y otra, y otra, para acabar haciendo girar al toro a su alrededor en una espléndida media verónica, y alejándose de él con paso cimbreante, con pelos de toro atrapados en los ornamentos dorados de su chaquetilla de tanto que se arrimaba al animal; el toro se había quedado hipnotizado y el público aplaudía. No, no tendría miedo. Otros sí. Él no. Sabía que no tendría miedo. Y aun cuando llegara a tener miedo, sabía que podría hacerlo igual. Tenía confianza.

—No tendría miedo —dijo.

Enrique dijo otra vez:

—Y una leche —y añadió—: ¿Y si lo intentáramos?

—¿Cómo?

—Mira —dijo Enrique—. Piensas en el toro, pero no piensas en los cuernos. El toro tiene tanta fuerza que los cuernos desgarran como cuchillos, se clavan como bayonetas, y matan como garrotes. Mira. —Abrió un cajón de la mesa y sacó dos cuchillos de carne—. Los ataré a las patas de la silla. Luego te haré de toro con la silla delante de la cabeza. Los cuchillos son los cuernos. Si eres capaz de hacer esos pases, entonces será otra cosa.

—Préstame el delantal —dijo Paco—. Lo haremos en el comedor.

—No —dijo Enrique, que de repente ya no estaba amargado—. No lo hagas, Paco.

—Sí —dijo Paco—. No tengo miedo.

—Lo tendrás cuando veas venir los cuchillos.

—Ya veremos —dijo Paco—. Dame el delantal.

En ese momento, mientras Enrique ataba los dos cuchillos de hoja grande y afiladísima a las patas de la silla con la ayuda de dos servilletas sucias, rodeando el mango hasta dejarlo bien apretado y luego haciendo un nudo, las dos camareras, las hermanas de Paco, se dirigían al cine a ver *Anna Christie*, de Greta Garbo. Uno de los dos sacerdotes estaba sentado en ropa interior leyendo su breviario, y el otro se había puesto una camisa de dormir y pasaba el rosario. Todos los toreros, excepto el que estaba enfermo, hicieron su aparición nocturna en el café Fornos, donde el picador grande y de pelo oscuro jugaba al billar, y el matador serio y bajito estaba sentado a una concurrida mesa delante de un café con leche, junto con el banderillero de mediana edad y otros obreros de cara seria.

El picador de pelo gris y bebedor estaba sentado con una copa de cazalla delante, y miraba con deleite una mesa en la que el matador cuyo valor se había esfumado estaba acompañado de otro matador que había renunciado a la espada para volver a ser banderillero, y dos prostitutas de aspecto muy trajinado.

El subastador estaba en la esquina de la calle hablando con unos amigos. El camarero alto se encontraba en la reunión anarcosindicalista esperando la oportunidad de hablar. El camarero de mediana edad estaba sentado en la terraza del café Álvarez tomando una caña. La propietaria de la Luarca ya dormía, echada boca arriba con el cabezal entre las piernas; era una mujer grande, gruesa, honesta, limpia, de buen trato, muy religiosa, y no había pasado un día sin que echara de menos a su marido y rezara por él, fallecido hacía ya veinte años. En su habitación, solo, el matador que estaba enfermo yacía boca abajo en la cama con un pañuelo apretado contra los labios.

En el comedor desierto, Enrique ató el último nudo a la servilleta que sujetaba los cuchillos a las patas de la silla y la levantó. Apuntó hacia delante las patas con los cuchillos y se colocó la silla encima de la cabeza, los dos cuchillos señalando hacia delante, uno a cada lado de la cabeza.

—Pesa —dijo—. Mira, Paco. Es muy peligroso. No lo hagas. —Estaba sudando.

Paco se quedó de cara a él. Sujetó el delantal, agarrándolo en un pliegue con cada mano, pulgares al cielo, índice al suelo, extendido para llamar la atención del toro.

—Embiste recto —dijo—. Gira como un toro. Embiste todas las veces que quieras.

—¿Cómo sabrás cuándo cortar el pase? —preguntó Enrique—. Es mejor hacer tres y luego una media.

—Muy bien —dijo Paco—. Pero embiste recto. ¡Eh, torito! ¡Vamos, torito!

Corriendo con la cabeza gacha, Enrique fue hacia él y Paco apartó el delantal justo cuando el cuchillo pasaba muy cerca de su vientre, y entonces era para él el cuerno de verdad, negro con la punta blanca, liso; y cuando Enrique pasó a su lado y se volvió para embestir de nuevo, era la masa caliente y flanqueada de sangre del toro lo que pasó, con sus fuertes pisadas; y a continuación se volvió como un gato y regresó mientras Paco ondulaba la capa lentamente. Luego el toro dio media vuelta y embistió de nuevo, y, mientras contemplaba la punta que acometía, colocó el pie izquierdo cinco centímetros demasiado adelantado y el cuchillo no pasó, sino que se hundió con la misma facilidad que si entrara en un odre, y hubo un chorro caliente por encima y alrededor de la repentina rigidez interior del acero, y Enrique gritó:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Deja que te lo saque! ¡Deja que te lo saque! —Y Paco se deslizó hacia la silla, sin dejar de agarrar la capa delantal, y Enrique tiró de la silla mientras el cuchillo giraba dentro de Paco.

Ahora el cuchillo estaba fuera, y Paco sentado en el suelo, en medio de un charco tibio cada vez más grande.

—Pon la servilleta encima. ¡Aprieta! —dijo Enrique—. Aprieta fuerte. Voy corriendo a buscar al médico. Tienes que contener la hemorragia.

—Deberíamos tener una vasija de goma —dijo Paco. Había visto cómo la utilizaban en el ruedo.

—Vuelvo enseguida —dijo Enrique, llorando—. Todo lo que quería era que vieras el peligro.

—No te preocupes —dijo Paco. Su voz sonó muy lejana—. Pero trae al médico.

En el ruedo te levantaban y te llevaban corriendo al quirófano. Si la arteria femoral se vaciaba antes de que llegaras llamaban al cura.

—Avisa a uno de los curas —dijo Paco, apretando la servilleta contra el bajo vientre. No se podía creer que aquello le hubiera pasado a él.

Pero Enrique ya corría por la calle San Jerónimo hacia la casa de socorro que abría toda la noche, y Paco se quedó solo, primero sentado en el suelo, luego aovillado, luego desplomado, hasta que todo acabó, y sintió que la vida se le escapaba como el agua sucia se vacía de la bañera cuando se quita el tapón. Tenía miedo y se sentía débil e intentó pronunciar un acto de contrición; recordó cómo empezaba, pero antes de que acabara de decir, lo más deprisa que pudo: «Señor mío Jesucristo, porque te amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón haberte ofendido, me propongo firmemente…», se sintió demasiado débil, y se quedó boca abajo en el suelo, y todo acabó rápidamente. Una arteria femoral abierta se vacía mucho más deprisa de lo que uno cree.

Cuando el médico de la casa de socorro subió las escaleras acompañado de un policía que llevaba a Enrique del brazo, las dos hermanas ya estaban en el cine de la Gran Vía, donde quedaron enormemente decepcionadas por la película de la Garbo, que mostraba a la gran estrella en un ambiente pobre y miserable, cuando todo el mundo estaba acostumbrado a verla rodeada de gran lujo y esplendor. Al público le desagradó vivamente la película, y protestó silbando y pateando. Las demás personas del hotel hacían más o menos lo mismo que antes del accidente, excepto los dos curas, que habían finalizado sus devociones y se disponían a acostarse, y el picador de pelo gris, que había trasladado su bebida a la mesa donde estaban las dos trajinadas prostitutas. Poco después salió del café con una de ellas. Precisamente la que el matador que había perdido el valor había invitado a beber.

Aquel muchacho, Paco, nunca supo nada de todo eso, ni de lo que harían todas esas personas al día siguiente o en días venideros. No tuvo ni idea de cómo vivieron de verdad ni de cómo acabaron. Ni siquiera se dio cuenta de que acabaron. Murió, como suele decirse en español, lleno de ilusiones. No le dio tiempo a perder ninguna, ni siquiera, al final, de completar el acto de contrición. Ni siquiera tuvo tiempo de decepcionarse con la película de la Garbo que decepcionó a todo Madrid.

Las nieves del Kilimanjaro

El Kilimanjaro es una montaña cubierta de nieve de 5963 metros de altura, y se dice que es la montaña más alta de África. Su cima occidental se denomina la Ngàje Ngài —la casa de Dios— masai. Cerca de la cima occidental se encuentra el cadáver de un leopardo reseco y congelado. Nadie ha conseguido explicar qué buscaba el leopardo en aquellas alturas.

—Lo más asombroso es que no duele —dijo el hombre—. Así es como sabes que empieza.

—¿De verdad que no duele?

—En absoluto. Aunque lo siento muchísimo por el olor. Debe de molestarte.

—¡Por favor, no digas eso!

—Míralos —dijo él—. ¿Ahora es la visión o el olor lo que los atrae?

El catre del hombre se hallaba en la amplia sombra de una mimosa, y él miraba en dirección a la deslumbrante luz de la pradera, más allá de la sombra, donde se habían posado obscenamente tres grandes pajarracos, mientras en el cielo volaban una docena más proyectando al pasar sombras que se movían rápidamente.

—Llevan ahí desde el día en que se averió el camión —dijo él—. Hoy es el primer día que se atreven a posarse. Al principio observaba muy atentamente la manera que tienen de volar por si alguna vez quería utilizarlos en un relato. Tiene gracia ahora.

—Ojalá no lo hicieras —dijo ella.

—Solo estoy hablando —dijo él—. Es mucho más fácil si hablo. Pero no quiero molestarte.

—Sabes que no me molestas —dijo ella—. Es que me pone muy nerviosa no poder hacer nada. Creo que será mejor que nos lo tomemos con la mayor calma posible hasta que venga el avión.

—O hasta que no venga.

—Por favor, dime qué puedo hacer. Tiene que haber algo.

—Puedes cortarme la pierna, y a lo mejor consigues que esto se me pase, aunque lo dudo. O puedes pegarme un tiro. Ahora eres una buena tiradora. Te he enseñado a disparar, ¿verdad?

—Por favor, no hables así. ¿Quieres que te lea algo?

—¿Leer? ¿El qué?

—Cualquier libro que haya en la maleta que no hayamos leído.

—Soy incapaz de atender —dijo él—. Charlar es lo más sencillo. Podemos discutir, y así pasará el tiempo.

—No pienso discutir. Nunca he querido discutir. No discutamos más. Tanto da lo nerviosos que nos pongamos. A lo mejor vuelven hoy con otro camión. A lo mejor viene el avión.

—No quiero moverme —dijo el hombre—. Ahora no tiene sentido moverme, como no sea para hacértelo más fácil.

—Eso es cobardía.

—¿No puedes dejar que un hombre se muera lo más cómodamente posible sin insultarle? ¿De qué sirve ponerme verde?

—No te vas a morir.

—No seas tonta. Ya me estoy muriendo. Pregúntales a esos cabrones. —Miró hacia donde estaban posados los enormes y asquerosos pajarracos, con sus cabezas peladas hundidas entre la joroba de las plumas. Aterrizó otro pajarraco, corriendo ligero y luego caminando patoso y lento hacia los demás.

—Revolotean alrededor de todos los campamentos. Nunca te fijas. No te morirás si no te rindes.

—¿Dónde has leído eso? Qué boba eres.

—Podrías pensar en los demás.

—Por el amor de Dios —dijo él—, a eso me he dedicado siempre.

El hombre se recostó y se quedó un rato callado, y miró hacia el tembloroso calor de la planicie que había en la linde de la maleza. Unas cuantas gacelas se recortaban diminutas y blancas contra el amarillo, y a lo lejos vio una manada de cebras, blancas contra el verde de la maleza. Era un campamento agradable, bajo grandes árboles, al pie de una colina, con agua en abundancia, y, cerca, una charca casi seca donde las gangas luchaban por las mañanas.

—¿No te gustaría que te leyera? —preguntó la mujer. Estaba sentada en una silla de lona junto a su catre—. Se está levantando brisa.

—No, gracias.

—A lo mejor viene el camión.

—Me importa un bledo el camión.

—A mí no.

—Hay tantas cosas que a ti te importan un bledo y a mí no.

—No tantas, Harry.

—¿Y una copa?

—Se supone que no te conviene. El libro de Black dice que hay que evitar el alcohol. No deberías beber.

—¡Molo! —gritó él.

—Sí, *bwana*.

—Trae *whisky* con soda.

—Sí, *bwana*.

—No deberías beber —dijo ella—. A eso me refería cuando hablé de rendirse. Dice que no te conviene. Sé que no te conviene.

—No —dijo él—. Me hace bien.

Así que ya ha acabado todo, se dijo él. Y ahora nunca tendría ocasión de acabarlo él mismo. Así era como acababa todo, riñendo por una copa. Desde que la gangrena se le instalara en la pierna derecha había dejado de sentir dolor, y con el dolor había desaparecido el horror, y todo lo que sentía ahora era un gran cansancio y una inmensa cólera de que aquello fuera el final. Por aquel final, ahora inminente, sentía muy poca curiosidad. Durante años le había obsesionado; pero ahora, en sí mismo, no significaba nada. Era curioso lo fácil que resultaba afrontarlo si se estaba lo bastante cansado.

Ahora ya nunca escribiría todo lo que no había escrito porque pensaba que no sabía lo suficiente para escribirlo bien. Bueno, ahora tampoco tendría que fracasar en su intento de escribirlo. A lo mejor es que nunca podrías escribirlo, y por eso demorabas y aplazabas el comienzo. Bueno, ahora ya nunca lo sabría.

—Ojalá no hubiéramos venido —dijo la mujer. Lo miraba, el vaso en la mano y mordiéndose el labio—. En París nunca te habría pasado esto. Siempre decías que te encantaba París. Podríamos habernos quedado en París o ir a otro lado. Te dije que iría a donde quisieras. Si querías cazar podríamos haber ido a cazar a Hungría y estar cómodos.

—Tu maldito dinero —dijo el hombre.

—Eso no es justo —dijo ella—. Fue siempre tan tuyo como mío. Lo dejé todo y fui allí donde tú querías ir y he hecho todo lo que has querido. Pero ojalá no hubiéramos venido.

—Dijiste que esto te encantaba.

—Me encantaba cuando estabas bien. Pero ahora lo odio. No entiendo por qué ha tenido que pasarte esto en la pierna. ¿Qué hemos hecho para que te

pase esto?

—Supongo que lo que hice fue olvidar ponerme yodo cuando me hice el arañazo. No le presté atención porque nunca sufro infecciones. Luego, cuando la herida se puso fea, probablemente fue por culpa de esa solución diluida de ácido fénico que utilizamos cuando se acabaron los demás antisépticos. Paralizó los diminutos vasos sanguíneos y comenzó la gangrena. —La miró—. ¿Qué más?

—No me refiero a eso.

—Si hubiésemos contratado un buen mecánico en lugar de un conductor kikuyu medio idiota, habría comprobado el aceite y no se habría quemado ese cojinete del camión.

—No me refiero a eso.

—Si no hubieses dejado a los tuyos, a tu maldita familia de Old Westbury, Saratoga, Palm Beach, para encargarte de mí…

—Bueno, yo te amaba. Eso no es justo. Y te amo ahora. Siempre te amaré. ¿Es que no me amas?

—No —dijo el hombre—. No creo. Nunca te he amado.

—Harry, ¿qué estás diciendo? Estás mal de la cabeza.

—No, ya no tengo cabeza, así que no puede estar mal.

—No te bebas eso —dijo ella—. Cariño, no te bebas eso. Tenemos que hacer todo lo que podamos.

—Hazlo tú —dijo él—. Yo estoy cansado.

* * *

En su mente vio una estación de ferrocarril en Karagatch, y él de pie con su equipaje y lo que era el faro del Simplon-Orient desgarrando la oscuridad, y él abandonando Tracia tras la retirada. Era una de las cosas que se había guardado para escribir más adelante, junto con aquella escena matinal, a la hora del desayuno, en la que miraba por la ventana y veía nieve en las montañas de Bulgaria y el secretario de Nansen[1] *le preguntaba al viejo si era nieve y el viejo lo miraba y le decía: No, eso no es nieve. Es demasiado pronto para que haya nieve. Y el secretario les repetía a las otras chicas: No, ya ven. No es nieve, y todas ellas decían: No es nieve, nos hemos equivocado. Pero claro que era nieve y él las mandó allí cuando llevó a cabo el intercambio de poblaciones. Y fue la nieve que hollaron hasta que murieron ese invierno.*

Era también nieve lo que aquel año cayó durante toda la semana de

Navidad en el Gauertal, el año en que vivieron en la casa del leñador con la gran estufa cuadrada de porcelana que ocupaba media habitación, y durmieron en colchones rellenos de hojas de haya, la época en que llegó aquel desertor con los pies sangrando en la nieve. Dijo que la policía le pisaba los talones y ellos le dieron calcetines de lana y estuvieron charlando con los gendarmes hasta que las huellas se borraron.

En Schrunz, el día de Navidad, la nieve brillaba tanto que te hacía daño a los ojos cuando mirabas desde el Weinstube *y veías a todo el mundo volviendo de la iglesia. Fue allí donde subieron por la carretera color amarillo orina y alisada por los trineos que, paralela al río, subía las empinadas colinas de pinos, los esquís pesados en la espalda, y donde bajaron la gran pendiente del glaciar que quedaba por encima de la Madlener-haus, la nieve tan lisa como el glaseado de una tarta y ligera como polvo y se acordó del rumor sordo de la velocidad mientras bajaban como pájaros.*

Aquella vez que hubo tormenta se quedaron una semana incomunicados a causa de la nieve en la Madlener-haus, jugando a las cartas en medio del humo junto a la luz del farol y las apuestas eran cada vez más altas y herr *Lent fue el que más perdió. Al final lo perdió todo. Todo, el dinero de la Skischule y todas las ganancias de la temporada y luego todo el capital. Lo veía cogiendo las cartas, con su larga nariz, y abriendo* Sans Voir. *En aquella época se jugaba siempre. Cuando no había nieve jugabas y cuando había demasiada jugabas. Pensó en todas las horas de su vida que se había pasado jugando.*

Pero no había escrito ni una línea de eso, ni de ese frío y luminoso día de Navidad en que las montañas asomaban al otro lado de la planicie que Barker había sobrevolado para ir al otro lado de las líneas y bombardear el tren que se llevaba de permiso a los oficiales austríacos, ametrallándolos mientras se dispersaban y corrían. Se acordó de que luego Barker entró en el comedor de oficiales y se puso a contarlo. Y que todos se quedaron callados hasta que alguien exclamó: «Maldito cabrón asesino».

Los austríacos que mataron entonces fueron los mismos con los que él esquió después. No, no los mismos. Hans, con el que esquió todo aquel año, había estado en los Kaiser-Jägers, y cuando iban a cazar liebres juntos en el pequeño valle que quedaba por encima del aserradero charlaban de la batalla de Pasubio y del ataque a Perticara y Asalone, y él no había escrito ni una palabra acerca de eso. Ni de Monte Corona, ni de Sette Communi, ni de Arsiero.

¿Cuántos inviernos había vivido en el Vorarlberg y en el Arlberg? Fueron cuatro y se acordó de aquel hombre que tenía un zorro para vender cuando entraron en Bludenz, época de comprar regalos, y el sabor a pepita de cereza del buen kirsch, del rumor que emitía la nieve en polvo al deslizarse velozmente por encima de la corteza dura mientras cantaba «¡Jai, Jou, dijo Rolly!», mientras bajaba el último trecho hacia el pronunciado descenso, enfilándolo recto, luego sorteando el huerto en tres giros y cruzando la cuneta y aterrizando sobre la helada carretera que había detrás de la posada. Soltabas de un golpe la fijación de los esquís, te los sacabas de una patada y los apoyabas contra la pared de madera de la posada, la luz de las lámparas saliendo por la ventana, mientras dentro, en el calor revuelto de humo que olía a vino joven, alguien tocaba el acordeón.

—¿Dónde nos alojamos cuando estuvimos en París? —le preguntó a la mujer que estaba sentada a su lado en una silla de lona, en el presente, en África.

—En el Crillon. Ya lo sabes.

—¿Por qué tendría que saberlo?

—Era donde nos alojábamos siempre.

—No. No siempre.

—Allí y en el Pavillion Henri-Quatre de Saint Germain. Decías que te encantaba alojarte allí.

—El amor es un montón de estiércol —dijo Harry—. Y yo soy el gallo que se sube encima a cacarear.

—Si tienes que morirte —dijo ella—, ¿es absolutamente necesario que aniquiles todo lo que dejas atrás? Lo que quiero decir es: ¿tienes que llevártelo todo? ¿Tienes que matar a tu caballo, a tu esposa y quemar tu silla y tu armadura?

—Sí —dijo él—. Tu maldito dinero era mi armadura. Mi Swift y mi Armour[2].

—Basta.

—Muy bien. Me callaré. No quiero ofenderte.

—Ahora ya es un poco tarde.

—Muy bien. Seguiré ofendiéndote. Es más divertido. Lo único que me gustaba hacer contigo ahora ya no puedo hacerlo.

—No, eso no es cierto. Te gustaba hacer muchas cosas, y todo lo que querías hacer yo lo hacía.

—Oh, por amor de Dios, deja de fanfarronear, ¿quieres?

Él la miró y la vio llorar.

—Escucha —dijo él—. ¿Te crees que es divertido? No sé por qué lo hago. Supongo que se trata de intentar matar para mantenerte vivo. Estaba bien cuando comenzamos a charlar. No quería empezar todo esto, y ahora estoy más cabreado que una mona y soy contigo todo lo cruel que puedo. Cariño, no prestes atención a lo que diga. Te quiero, de verdad. Sabes que te quiero. Nunca he querido a nadie como te quiero a ti.

Se encomendó a la mentira habitual con que se ganaba la vida.

—Eres muy bueno conmigo.

—Zorra —dijo Harry—. Zorra ricachona. Eso es poesía. Ahora estoy lleno de poesía. De podredumbre y poesía. De podrida poesía.

—Basta, Harry, ¿por qué has de convertirte ahora en un demonio?

—No me gusta dejar nada —dijo el hombre—. No me gusta dejar nada atrás.

* * *

Era de noche y él había estado durmiendo. El sol había caído tras la colina, una sombra cruzaba toda la planicie y algunos animalillos pacían cerca del campamento; cabezas que se agachaban veloces y colas agitándose, él observaba cómo ahora se mantenían lejos de la maleza. Los pajarracos ya no esperaban en el suelo. Estaban todos pesadamente posados en un árbol. Había muchos más. Su criado estaba sentado junto a la cama.

—La *memsahib* se ha ido a cazar —dijo el muchacho—. ¿Qué quiere, *bwana*?

—Nada.

Ella se había ido a matar un trozo de carne, y, sabiendo lo mucho que a él le gustaba observar la caza, se había ido bien lejos para no perturbar el pequeño rincón de la planicie que él alcanzaba a ver. Siempre fue muy considerada, se dijo. Con cualquier cosa que supiera, hubiera leído, o le hubieran contado.

Ella no tenía la culpa de que cuando se conocieron él ya estuviera acabado. ¿Cómo iba una mujer a saber que no pensabas nada de lo que decías; que hablabas solo por costumbre y para sentirte cómodo? En cuanto él dejó de ser sincero, tuvo más éxito con las mujeres que cuando les decía la verdad.

No era tanto que mintiera como que no hubiera ninguna verdad que contar. Él había vivido su vida y ahora había acabado, y él siguió viviéndola

de nuevo con distintas personas y más dinero, con lo mejor de algunos lugares viejos, y con algunos nuevos.

Procurabas no pensar y todo era maravilloso. Habías de tener buen estómago para que eso no te hiciera pedazos, como les pasaba a muchos, y adoptabas la pose de que no te importaba nada el trabajo que hacías antes, ahora que ya no podías hacerlo. Pero en tu interior te decías que escribirías acerca de esas personas; acerca de los riquísimos; que no formabas parte de ellos, sino que eras un espía en su patria; que los abandonarías y escribirías acerca de ellos, y por una vez quien escribiría sería alguien que sabía de qué estaba escribiendo. Pero nunca lo haría, porque cada día de no escribir, de comodidad, de ser lo que despreciaba, embotaba sus aptitudes y ablandaba su voluntad de trabajar, con lo que al final no hacía nada. La gente a la que ahora conocía se sentía mucho más cómoda cuando él no trabajaba. África era donde había sido más feliz en los buenos tiempos de su vida, de modo que allí había ido para empezar otra vez. Habían emprendido ese safari con la mínima comodidad. No habían pasado apuros, pero tampoco se habían rodeado de lujos, y él se había dicho que así podría volver a ponerse en forma. Que de alguna manera podría eliminar la grasa de su alma del mismo modo que un boxeador se iba a las montañas a entrenar y ponerse en forma para eliminarla de su cuerpo.

A ella le había gustado. Decía que le encantaba. A ella le encantaba todo lo que fuera emocionante, implicara un cambio de escenario, donde hubiera gente nueva y todo resultara agradable. Y él había experimentado la ilusión de recobrar la fuerza de voluntad para trabajar. Y ahora, si así acababa todo, y él sabía que así iba a acabar, no debía volverse como algunas serpientes, que se mordían a sí mismas porque se habían roto el espinazo. No era culpa de esa mujer. De no haber sido ella habría sido otra. Si había vivido en una mentira debía intentar morir en la misma mentira. Oyó un disparo tras la colina.

Disparaba muy bien, aquella zorra rica, esa amable cuidadora y destructora de su talento. Bobadas. Él mismo había destruido su talento. ¿Iba a culpar a esa mujer por tenerlo bien atendido? Él había destruido su talento al no utilizarlo, traicionándose a sí mismo y a lo que creía, bebiendo hasta el punto de embotar la agudeza de sus percepciones, por indolencia, por pereza, y por esnobismo, y por orgullo y por prejuicio, por una cosa o por otra. ¿Qué era eso? ¿Un catálogo de libros antiguos? ¿Qué era su talento, de todos modos? Tenía cierto talento, desde luego, pero en lugar de utilizarlo había comerciado con él. Nunca se trataba de lo que había hecho, sino siempre de lo que podía hacer. Y había decidido ganarse la vida con algo que no era el lápiz

ni la pluma. ¿No resultaba extraño, también, que cada vez que se enamoraba de otra mujer esta tuviera más dinero que la anterior? Pero cuando ya no estaba enamorado, cuando solo mentía, como hacía con ella, que tenía más dinero que ninguna, que tenía todo el dinero del mundo, que tenía marido e hijos, que había tenido amantes y había quedado insatisfecha con ellos, y que lo adoraba como escritor, como hombre, como compañero y como posesión que la llenaba de orgullo; era extraño que, ahora que él no la amaba y le mentía, fuera capaz de darle más por su dinero que cuando la había amado de verdad.

Todos debemos tener madera para hacer lo que hacemos, se dijo. Lo que hagamos para vivir es lo que mide nuestro talento. Él, de una u otra forma, había vendido vitalidad toda su vida, y cuando conseguías mantener tus afectos al margen ofrecías mucho más que el precio que te pagaban. Había descubierto que ahora tampoco escribiría acerca de eso. No, no escribiría de eso, aunque desde luego era algo que valía la pena.

Entonces la vio, caminando por el terreno abierto hacia el campamento. Vestía pantalones de montar y llevaba su rifle. Los dos muchachos acarreaban una gacela colgando y la seguían. Seguía siendo una mujer hermosa, se dijo, y tenía un cuerpo agradable. No le hacía ascos a la cama, y en ella tenía un gran talento, no era guapa, pero a él le gustaba su cara, leía muchísimo, le gustaba montar y disparar, y desde luego bebía demasiado. Su marido había muerto cuando era relativamente joven, y durante una época se había entregado a sus dos hijos —que ya se habían hecho unos hombrecitos, que no la necesitaban y cuya presencia les incomodaba— a sus establos de caballos, a los libros y a la botella. Le encantaba leer por la tarde, antes de cenar, y mientras leía bebía *whisky* con soda. Durante la cena ya estaba bastante borracha, y tras beberse una botella de vino en la cena ya estaba lo bastante ebria para irse a dormir.

Eso fue antes de tener amantes. En la época de los amantes ya no bebía tanto, porque no necesitaba estar borracha para dormir. Pero los amantes la aburrían. Había estado casada con un hombre que nunca la había aburrido, y esos hombres la aburrían mucho.

Entonces uno de sus hijos murió en un accidente de avión, y después de eso ya no quiso amantes, y como la bebida ya no le servía de anestésico, tuvo que construirse otra vida. De repente le daba un miedo atroz estar sola. Pero quería estar acompañada de alguien a quien ella respetara.

Todo empezó de una manera muy sencilla. A ella siempre le había gustado lo que él escribía y siempre había envidiado la vida que llevaba. Ella creía que él hacía exactamente lo que quería. Los pasos mediante los cuales

ella lo adquirió y la manera en que por fin se enamoró de él formaron parte de una progresión regular en la que ella se edificó una nueva vida y él liquidó lo que quedaba de la suya antigua.

Él hizo un trueque a cambio de seguridad, de comodidad, eso no podía negarlo, ¿y a cambio de qué más? No lo sabía. Ella le habría comprado todo lo que él hubiera querido. Él lo sabía. Además, ella era una mujer condenadamente estupenda. Prefería estar en la cama con ella que con cualquier otra; porque era más rica, porque era agradable y agradecida y porque nunca hacía escenas. Y ahora esa vida que ella había construido tocaba a su fin porque él no se había puesto yodo dos semanas atrás, cuando una espina le arañó la rodilla mientras caminaba para fotografiar un rebaño de antílopes acuáticos que estaban parados, las cabezas levantadas, escrutando mientras sus hocicos sondeaban el aire, las orejas aguzadas para oír el primer ruido que los haría correr hacia la maleza. Además, habían salido disparados antes de que consiguiera sacar la foto.

Ahora ella se acercaba.

Él volvió la cabeza sobre el catre en dirección a ella.

—Hola —dijo.

—He matado a una gacela macho —dijo—. Haremos un buen caldo y diré que te preparen puré de patatas con un poco de leche en polvo. ¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor.

—¿No es estupendo? Ya me imaginaba que estarías mejor, ¿sabes? Cuando me fui estabas durmiendo.

—He dormido muy bien. ¿Has ido muy lejos?

—No. Solo he rodeado la colina. He tumbado a la gacela de un buen disparo.

—Disparas maravillosamente ¿sabes?

—Me encanta. Me ha encantado África. De verdad. Cuando estás bien, es lo más divertido que me ha pasado. No sabes lo divertido que ha sido cazar contigo. Me ha encantado este país.

—A mí también me encanta.

—Cariño, no sabes lo maravilloso que es ver que te encuentras mejor. No soportaba que te sintieras de aquella manera. No vuelvas a hablarme como lo hiciste antes, ¿de acuerdo? ¿Me lo prometes?

—No —dijo él—. No recuerdo lo que dije.

—No tienes por qué destruirme. ¿No te parece? No soy más que una mujer de mediana edad que te ama y quiere hacer lo que tú quieras. Ya me

han destruido dos o tres veces. No querrás destruirme otra vez, ¿verdad?

—Me gustaría destruirte unas cuantas veces en la cama —dijo él.

—Sí. Esa es una destrucción de la buena. Así es como hemos de ser destruidos. El avión llegará mañana.

—¿Cómo lo sabes?

—Estoy segura. Tiene que venir. Los criados han preparado la madera y la hierba para las hogueras. Hoy he bajado y le he echado otro vistazo. Hay mucho sitio para aterrizar y todo está a punto para encender las hogueras en los dos extremos.

—¿Qué te hace pensar que vendrá mañana?

—Estoy segura. Ya va con retraso. Cuando estemos en la ciudad te curarán la pierna y luego haremos un poco de destrucción de la buena. No esas cosas terribles que dijiste.

—¿Tomamos una copa? El sol se está poniendo.

—¿Crees que deberías?

—Ya estoy tomando una.

—Tomaremos una juntos. ¡Molo, *letti dui whisky-soda*! —gritó.

—Más vale que te pongas las botas para los mosquitos —le dijo él.

—Esperaré a bañarme…

Mientras oscurecía bebieron, y justo antes de que anocheciera y ya no hubiera luz para disparar, una hiena cruzó el claro en dirección a la colina.

—Esa cabrona cruza todas las noches —dijo el hombre—. Todas las noches durante dos semanas.

—Es la que hace ruido por la noche. No me molesta. Aunque son unos animales asquerosos.

Mientras bebían juntos, el único dolor que él experimentaba era la incomodidad de tener que estar echado en la misma posición, y mientras los criados encendían una fogata cuya sombra jugueteaba sobre las tiendas, sintió que volvía a aceptar esa vida de placentera capitulación. Ella era muy buena con él. Esa tarde él había sido cruel e injusto. Ella era una mujer estupenda, realmente maravillosa. Y justo entonces le vino le idea de que iba a morir.

Le vino como una corriente; no como una corriente de agua o viento, sino como una vacuidad repentina y hedionda, y lo raro fue que la hiena pasara por el borde de esa sensación con un trotecillo ligero.

—¿Qué ocurre, Harry? —le preguntó ella.

—Nada —dijo él—. Es mejor que te pongas al otro lado. A barlovento.

—¿Molo te ha cambiado el vendaje?

—Sí. Ahora solo utilizo la solución bórica.

—¿Cómo te sientes?

—Un poco mareado.

—Voy a bañarme —dijo ella—. Saldré enseguida. Comeré contigo y luego meteremos el catre en la tienda.

Hemos hecho bien en dejar de reñir, pensó Harry. Nunca había reñido mucho con aquella mujer, mientras que con las mujeres a las que había amado había reñido tanto que al final, de manera irremediable, la corrosión de tanto reñir había matado todo aquello que compartían. Él había amado demasiado, había exigido demasiado y había acabado destruyéndolo todo.

Se acordó de cuando estuvo solo en Constantinopla, tras reñir con ella en París y marcharse. Había ido de putas sin parar, y cuando acabó, y vio que no conseguía matar la soledad, sino solo empeorarla, le escribió, a ella, a la primera, a la que le dejó, una carta en la que le decía que nunca había sido capaz de matar la soledad… Que una vez creyó haberla visto delante del Regence y le vino un mareo y una náusea, y que cuando iba por el bulevar y veía a una mujer que se le parecía un poco se ponía a seguirla, temiendo descubrir que no era ella, temiendo perder la sensación que aquello le proporcionaba. Que todas las mujeres con las que se acostaba hacían que la añorara aún más. Que lo que ella le había hecho nunca le importaría, pues no podía curarse de amarla. Le escribió esa carta en el club, completamente sobrio, y la mandó a Nueva York pidiéndole que le escribiera a la oficina de París. Eso parecía seguro. Y aquella noche la echó tanto de menos que se sintió hueco por dentro, y estuvo paseando y pasó por delante de Maxim's, y recogió a una chica y se la llevó a cenar. Luego fue a un local a bailar con ella, y ella bailaba muy mal, y la dejó por una puta armenia que iba caliente, que le rozaba con el vientre al bailar tanto que casi se escalda. Tras una pelea se la quitó a un teniente de artillería inglés. El artillero le dijo que salieran fuera y pelearon en la calle, sobre los adoquines, en la oscuridad. Él le pegó dos veces, fuerte, en un costado de la mandíbula, y cuando vio que el otro no caía entendió que la pelea iba a ir en serio. El artillero le castigó el cuerpo y luego le pegó junto al ojo. Él le soltó un gancho de izquierda y fue a parar al suelo y el artillero se le tiró encima y le agarró la guerrera y le arrancó la manga y él le pegó dos veces detrás de la oreja y le sacudió con la derecha mientras lo apartaba. Cuando el artillero cayó golpeó primero con la cabeza y él se fue corriendo con la chica porque oyeron llegar a la policía militar. Se metieron en un taxi y fueron hasta Rimmily Hissa, siguiendo el

Bósforo y rodeándolo, y luego salieron al frescor de la noche y se fueron a la cama y ella estaba tan bien dispuesta como parecía, pero suave, como un pétalo de rosa, como jarabe, el vientre liso, grandes pechos y no necesitaba ningún almohadón bajo las nalgas, y él se fue antes de que ella se despertara y a la primera luz del día se le veía hecho una pena y apareció en el Pera Palace con un ojo morado, con la guerrera en la mano porque le faltaba una manga.

Aquella misma noche partió para Anatolia, y en ese mismo viaje, posteriormente, recordó haberse pasado el día cruzando campos de amapolas que cultivaban para conseguir opio, y lo raro era que aquello le ponía, y que todas las distancias parecían distorsionadas, hasta llegar al lugar donde habían llevado a cabo el ataque con los oficiales de Constantino, recién llegados, que no se enteraban de nada, y la artillería había disparado a las tropas y el observador inglés había llorado como un niño.

Ese fue el día en que vio por primera vez cadáveres de hombres con faldas blancas de ballet y zapatos de punta levantada con pompones. Los turcos habían llegado continuamente y agrupados, y había visto correr a los hombres con falda y a los oficiales que les disparaban y luego también corrían, y él y el observador inglés habían corrido hasta que les dolieron los pulmones y la boca les sabía a peniques y se pararon detrás de unas rocas y los turcos volvían tan apiñados como siempre. Luego vio cosas en las que nunca pudo volver a pensar, y después aún vio otras mucho peores. De modo que cuando en esa época volvió a París no podía hablar de ello ni soportaba que se lo mencionaran. Y luego, en el café, al pasar, estaba ese poeta americano con un montón de platillos delante de él y esa estúpida mirada en su cara de patata, hablando del movimiento dadá con un rumano que decía que su nombre era Tristan Tzara, que siempre llevaba monóculo y tenía dolor de cabeza, y, de nuevo en su apartamento con su esposa, a la que ahora volvía a amar, de nuevo las riñas, de nuevo la locura, encantado de estar en casa, la oficina le mandaba el correo al piso. Y así, una mañana, cuando la carta de respuesta a la que había enviado le llegó encima de una bandejita y vio la letra se quedó helado de pies a cabeza e intentó esconder la carta debajo de otra. Pero su esposa dijo: «¿Qué es esa carta, querido?», y ese fue el fin del principio de aquello.

Recordaba los buenos momentos que había pasado con todas ellas, y las riñas. Siempre elegían los mejores lugares para reñir. ¿Y por qué siempre reñían cuando él se sentía mejor? Nunca había escrito acerca de sus riñas porque, al principio, no quería herir a nadie, y luego le parecía que ya había

suficientes cosas sobre las que escribir y podía pasar sin eso. Pero siempre había pensado que al final escribiría sobre el tema. Había tanto que escribir. Había visto cambiar el mundo; no solo los acontecimientos; había visto muchos y había observado a la gente, y también había presenciado el cambio más sutil y se acordaba de cómo era la gente en épocas distintas. Él había formado parte de ese cambio, había estado presente y era su deber escribirlo; pero ya no lo haría nunca.

—¿Cómo te encuentras? —dijo ella. Acababa de salir de la tienda después del baño.

—Muy bien.

—¿Puedes comer? —Él vio a Molo detrás de ella. Traía la mesa plegable, y detrás había otro criado con los platos.

—Quiero escribir —dijo él.

—Deberías tomar un poco de caldo para recuperar fuerzas.

—Esta noche me voy a morir —dijo él—. No necesito recuperar fuerzas.

—No seas melodramático, Harry, por favor —dijo ella.

—¿Por qué no utilizas el olfato? Estoy podrido hasta la mitad del muslo. ¿Por qué demonios iba a engañarme con el caldo? Molo, trae *whisky* con soda.

—Por favor, trae el caldo —dijo ella con amabilidad.

—Muy bien.

El caldo estaba demasiado caliente. Tuvo que dejarlo en el cuenco hasta que se enfrió y luego se lo tragó sin sentir náuseas.

—Eres una mujer estupenda —dijo—. No me hagas caso.

Ella lo miró con aquella cara tan conocida y admirada por los lectores de *Spur* y *Town & Country*, apenas desmejorada por la bebida, apenas desmejorada por la cama, pero *Town & Country* jamás enseñó esos magníficos pechos ni esos útiles muslos ni esas manos que acariciaban suavemente la espalda, y él la miró y vio su conocida y agradable sonrisa, y de nuevo sintió la llegada de la muerte.

Esta vez no fue una corriente. Fue un soplo, como el viento que hace parpadear una vela y alarga la llama.

—Que me saquen la mosquitera y la cuelguen del árbol, y que enciendan una hoguera. Esta noche no voy a entrar en la tienda. No vale la pena moverse. Es una noche despejada. No lloverá.

De manera que así era como te morías, en medio de susurros que no oías. Bueno, ya no habrá más riñas. Eso sí podía prometerlo. No iba a estropear la única experiencia que nunca había tenido. Aunque probablemente la estropearía. Lo estropeaba todo. Bueno, quizá no lo hiciera.

—No sabes taquigrafía, ¿verdad?

—Nunca aprendí —le dijo ella.

—No pasa nada.

No había tiempo, por supuesto, aunque este parecía condensarse de tal manera que, si conseguías ponerlo todo en orden, podrías resumirlo en un solo párrafo.

Había una casa de troncos, cuyas grietas habían sido rellenadas con argamasa blanca, situada en una colina que quedaba sobre un lago. Junto a la puerta había una campana colgada de un poste para llamar a la gente a la hora de comer. Detrás de la casa estaban los campos, y detrás de los campos estaba el bosque. Una hilo de álamos de Lombardía unía la casa al embarcadero. Otros álamos dibujaban el cabo. Una carretera subía las colinas por la orilla del bosque y por esa carretera él cogía moras. Luego la casa de troncos se quemó y todas las armas que estaban en el estante hecho con patas de ciervo encima de la chimenea se quemaron, y después los cañones, con el plomo fundido en las recámaras, y las culatas se quemaron, se quedaron en ese montón de cenizas que se utilizaron para hacer lejía para los grandes calderos de hierro donde fabricaban jabón, y le preguntaste a tu abuelo si podías quedártelas para jugar, y él dijo que no. Ya ves, esas eran sus armas y nunca compró otras. Tampoco volvió a cazar. La casa fue reconstruida en el mismo lugar, esta vez con tablones, y pintada de blanco, y desde el porche veías los álamos y más allá el lago; pero no volvió a haber más armas. Los cañones de las escopetas que colgaban de patas de ciervo en la pared de la casa de troncos se quedaron en medio de ese montón de ceniza y nadie volvió a tocarlas.

En la Selva Negra, después de la guerra, alquilamos un arroyo truchero y había dos maneras de llegar a él. Una era bajando al valle desde Triberg y rodeándolo por la carretera, a la sombra de los árboles que bordeaban la carretera blanca, y luego subiendo una carretera secundaria que cruzaba las colinas, pasaba junto a un montón de pequeñas granjas, junto con las grandes casas de la Schwarzwald[3]*, hasta que esa carretera atravesaba el arroyo. Ahí era donde comenzábamos a pescar.*

La otra era subiendo una cuesta empinada hasta la linde del bosque y luego cruzando la cumbre de las colinas por el bosque de pinos, para aparecer al borde de un prado, y luego cruzar este prado hasta el puente. Había abedules siguiendo el río, y no era grande, sino estrecho, claro y rápido, con remansos allí donde había erosionado la tierra bajo las raíces de los abedules. En el hotel de Triberg al propietario la temporada le iba la mar de bien. Era todo muy agradable y éramos todos grandes amigos. Al año siguiente llegó la inflación y el dinero que él había ganado el año anterior no fue suficiente para comprar víveres para abrir el hotel y se ahorcó.

Podrías dictar todo esto, pero no podrías dictar lo de la place Contrescarpe, donde las floristas secaban las flores en la calle y el tinte se quedaba sobre la calzada de donde salía el autobús y los viejos y viejas, borrachos de vino y de marc del malo; y los niños con las narices moqueándoles de frío; el olor a sudor sucio y la pobreza y la ebriedad del café des Amateurs y las putas del Bal Musette, el local encima del cual vivían. La portera que entretenía al soldado de caballería de la Garde Republicaine, el casco emplumado sobre una silla. La inquilina que había al otro lado del pasillo, cuyo marido era ciclista, y la alegría que tuvo aquella mañana en la crémerie *cuando abrió* L'Auto *y vio que había quedado tercero en la París-Tours, su primera carrera importante. Se sonrojó y rio y subió escaleras arriba gritando con el periódico deportivo amarillo en la mano. El marido de la mujer que estaba al frente del Bal Musette era taxista, y cuando él, Harry, tenía que coger el avión a primera hora, el marido llamaba a la puerta para despertarlo y los dos bebían un vaso de vino blanco sobre el zinc de la barra antes de ponerse en marcha. Entonces conocía a sus vecinos del barrio porque todos eran pobres.*

Por la place *circulaban dos tipos de personas: los borrachos y los* sportifs. *Los borrachos mataban su pobreza de ese modo; los* sportifs *se la sacaban de encima con el ejercicio. Eran los descendientes de los partidarios de la Comuna y no tenían que esforzarse para conocer las ideas políticas de los demás. Sabían quién había disparado contra sus padres, sus parientes, sus hermanos y sus amigos cuando entraron las tropas de Versalles y le arrebataron la ciudad a la Comuna y ejecutaron a todos los que pudieron coger que tuvieran callos en las manos, o que llevaran gorra, o cualquier otra señal que delatara que se trataba de un trabajador. Y en medio de esa pobreza, en ese barrio que quedaba al otro lado de una Boucherie Chevaline y una cooperativa vinícola, él escribió el comienzo de todo lo que vendría después. Nunca amó ninguna otra parte de París como amó aquella, con sus*

árboles frondosos, las viejas casas enlucidas de blanco y pintadas de marrón en la parte de abajo, el verde parterre del autobús en esa plaza redonda, el tinte de las flores púrpura sobre la calzada, la pronunciada pendiente que bajaba de la colina de la rue Cardinal Lemoine hasta el río, y al otro lado el mundo apretado y abarrotado de la rue Mouffetard. La calle que subía hacia el Panthéon y la otra que siempre cogía con la bicicleta, la única calle asfaltada de todo el barrio, lisa bajo los neumáticos, con las casas altas y estrechas y el hotel barato donde murió Paul Verlaine. En el apartamento donde vivían solo había dos habitaciones, y él tenía una habitación en el piso de arriba de aquel hotel que le costaba sesenta francos al mes, donde escribía y desde donde podía ver los tejados y las chimeneas y todas las colinas de París.

Desde el apartamento solo podías ver la tienda del carbonero. También vendía leña y vino, vino malo. La cabeza dorada del caballo que presidía la fachada de la Boucherie Chevaline, donde colgaban las carcasas de un dorado amarillo y rojo en un escaparate que daba a la calle, y la cooperativa pintada de verde donde compraba el vino; vino bueno y barato. El resto eran paredes enlucidas y las ventanas de los vecinos. Los vecinos que, por la noche, cuando alguien estaba tendido borracho en la calle, gimiendo y refunfuñando en esa típica ivresse *francesa que tanto se empeñaban en convencerte de que no existía, abrían las ventanas y te llegaba el rumor de la cháchara.*

«¿Dónde está el policía? Cuando no lo necesitas el muy maricón siempre está. Debe de estar encamado con alguna portera. Ve a buscar al agente». Hasta que alguien tiraba un cubo de agua desde una ventana y paraban los gemidos. «¿Qué ha sido eso? Agua. Ah, eso ha sido inteligente». Y las ventanas se cerraban. Marie, su femme de ménage, *protestaba contra la jornada de ocho horas y decía: «Si tu marido trabaja hasta las seis solo se emborracha un poco cuando vuelve a casa y no gasta demasiado. Si solo trabaja hasta las cinco se emborracha todas las noches y no tiene dinero. Es la esposa del obrero la que sufre la reducción de la jornada».*

—¿No quieres un poco más de caldo? —le preguntaba ahora la mujer.

—No, muchísimas gracias. Está buenísimo.

—Prueba un poquito.

—Preferiría un *whisky* con soda.

—No te conviene.

—No. No me conviene. Cole Porter escribió la letra y la música. Saber que estás loca por mí.

—Sabes que me gusta que bebas.

—Oh, sí. Solo que no me conviene.

Cuando se vaya, pensó él, haré todo lo que quiera. No todo lo que quiera, sino lo que pueda. ¡Ay!, qué cansado estaba. Demasiado cansado. Iba a dormir un ratito. Se quedó callado y la muerte no estaba. Debe de haber cogido otra calle. Iba en pareja, en bicicleta, y se movían sobre la calzada en un completo silencio.

No, nunca había escrito acerca de París. No del París que le importaba. Pero ¿y todo lo demás acerca de lo que nunca había escrito?

Del rancho y del gris plateado de las matas de salvia, el agua rápida y clara en las zanjas de irrigación, y el verde intenso de la alfalfa. El sendero se adentraba en las colinas y en verano el ganado era miedoso como un ciervo. Los berridos y el ruido constante y la masa en lento movimiento levantando polvo cuando los conducías en otoño. Y detrás de las montañas, la cumbre nítidamente dibujada a la luz de la tarde, que, cuando bajaba a caballo por el sendero a la luz de la luna, se erguía luminosa al otro lado del valle. Ahora se acordaba de cuando se adentraba en el bosque, en la oscuridad, agarrándose a la cola del caballo cuando no se veía y de todas las historias que tenía intención de escribir.

De aquel peón medio retrasado al que un día dejaron en el rancho y le dijeron que no permitiera que nadie se acercara al heno, de aquel viejo cabrón de los Forks que le pegaba al muchacho cuando trabajaba para él, y que se paró a pedir forraje. El muchacho se negó y el viejo dijo que le iba a sacudir otra vez. El muchacho cogió el rifle que había en la cocina y le pegó un tiro cuando el viejo intentó entrar en el granero, y cuando volvieron al rancho el viejo llevaba muerto una semana, se había congelado en el corral y los perros se habían comido un trozo. Pero lo que quedaba lo envolviste en una manta y lo ataste y lo subiste a un trineo y el muchacho tuvo que ayudarte a levantarlo, y los dos lo arrastrasteis por la carretera esquiando, y luego recorristeis noventa kilómetros hasta el pueblo para entregar al muchacho. El chaval no tenía ni idea de que lo arrestarían. Pensaba que había cumplido con su deber y que tú eras su amigo y que le darías una recompensa. Había ayudado a transportar al viejo para que todo el mundo supiera lo malo que este había sido y que había intentado robar un forraje

que no le pertenecía, y cuando el sheriff le puso las esposas el chaval no se lo podía creer. En ese momento se echó a llorar. Esa historia aún no la había escrito. Sabía al menos una veintena de historias de por allí que nunca había escrito. ¿Por qué?

—Diles por qué —dijo él.

—¿Por qué qué, cariño?

—Por qué nada.

Ahora ella no bebía mucho, le tenía a él. Pero si viviera nunca escribiría acerca de ella, él lo sabía. Ni tampoco acerca de los demás. Los ricos eran aburridos y bebían demasiado, o jugaban demasiado al *backgammon*. Eran aburridos y reiterativos. Se acordó del pobre Julian y del romántico temor reverencial que le inspiraban, y que una vez comenzó un relato que decía: «Los muy ricos son distintos de ti y de mí». Y que alguien le dijo a Julian: Sí, tienen más dinero. Pero eso no le hizo gracia a Julian. Pensaba que eran una raza especial, llena de *glamour*, y averiguar que no lo era lo dejó tan hecho polvo como tantas otras cosas que lo dejaban hecho polvo.

Él despreciaba a la gente que se quedaba hecha polvo. Que comprendieras una cosa no significaba que tuviera que gustarte. Se creía capaz de superar cualquier cosa porque nada podía afectarle si no le importaba.

Muy bien, ahora no le importaba la muerte. Algo que siempre había temido era el dolor. Podía soportar el dolor como cualquier hombre, hasta que duraba demasiado y le iba socavando, pero en este caso se trataba de algo que le había dolido muchísimo, y justo en el momento en que había pensado que el dolor le podría, había cesado.

Se acordó de mucho tiempo atrás, cuando Williamson, el oficial de granaderos, fue herido por una bomba de mano que una patrulla alemana lanzó una noche en la que él estaba cruzando la alambrada, y que, chillando, imploró que alguien lo matara. Era un hombre grueso, muy valiente, y un buen oficial, aunque aficionado a los alardes descabellados. Pero aquella noche quedó atrapado en la alambrada, con una bengala iluminándole y las tripas esparcidas por la alambrada, de modo que para llevarlo vivo tuvieron que cortárselas. Pégame un tiro, Harry. Por amor de Dios, pégame un tiro. Una vez tuvieron una discusión relativa a que Dios nunca te enviaba nada que no pudieras soportar, y que según la teoría de alguien eso significaba

que cuando el dolor llegaba a cierto punto te desmayabas automáticamente. Pero él siempre se había acordado de Williamson, aquella noche. Williamson no consiguió perder el conocimiento hasta que le dieron todas sus tabletas de morfina, que se había guardado para su uso personal, y luego resultó que no le hicieron nada.

Con todo, lo que él tenía ahora era muy llevadero, y si la cosa no empeoraba, no había de qué preocuparse. Excepto que le habría gustado tener una compañía mejor.

Pensó un poco en qué clase de compañía le gustaría tener.

No, se dijo, cuando todo lo que haces lo haces con demasiada insistencia y demasiado tarde, no puedes esperar que quede nadie a tu alrededor. Todo el mundo se ha ido. La fiesta ha terminado y ahora estás con tu anfitriona.

Morirme me está aburriendo tanto como todo lo demás, se dijo:

—Es una lata —dijo en voz alta.

—¿El qué, cariño?

—Cualquier maldita cosa que hagas demasiado tiempo.

Miró la cara de ella, que estaba entre él y el fuego. Estaba recostada hacia atrás en la silla, y la luz de la hoguera le brillaba en las agradables facciones de la cara, y él se dio cuenta de que tenía sueño. Oyó que la hiena emitía un ruido justo en la frontera del fuego.

—He estado escribiendo —dijo él—. Pero me he cansado.

—¿Crees que podrás dormir?

—Desde luego. ¿Por qué no te acuestas?

—Me gusta estar sentada aquí contigo.

—¿Sientes algo raro? —le preguntó él.

—No. Solo un poco de sueño.

—Yo sí —dijo él.

Acababa de sentir otra vez la cercanía de la muerte.

—Sabes que lo que nunca he perdido es la curiosidad —le dijo él.

—Nunca has perdido nada. Eres el hombre más completo que he conocido.

—Dios mío —dijo él—. Qué poco saben las mujeres. ¿Qué ha sido eso? ¿Tu intuición?

Porque, justo en ese momento, la muerte se había acercado y había apoyado su cabeza en el pie del catre y él podía oler su aliento.

—Nunca te creas eso de la guadaña y la calavera —le dijo él—. Lo mismo pueden ser dos policías en bicicleta, o un pajarraco. O puede tener el hocico ancho, como una hiena.

Ahora se le había acercado un poco más, pero ya no tenía forma. Simplemente ocupaba espacio.

—Dile que se vaya.

No se fue, sino que se acercó un poco más.

—Tienes un aliento apestoso —le dijo—. Hedionda cabrona.

Se le acercó aún más y él fue incapaz de hablarle, y cuando ella vio que él no podía hablar se le acercó un poco más, y entonces él intentó echarla sin decir nada, pero ella siguió aproximándose, y ahora ya le apoyaba todo el peso sobre el pecho, y mientras se le acurrucaba encima y él no podía moverse, ni hablar, oyó que la mujer decía:

—Ahora *bwana* duerme. Levantad suavemente el catre y metedlo en la tienda.

Él no podía hablar para decirle que la ahuyentara y la muerte se le acurrucó aún más y la notó más pesada, y ya no podía respirar. Y entonces, cuando levantaron el catre, de repente se sintió mejor y el peso le desapareció del pecho.

* * *

Era por la mañana, y ya hacía un rato que era por la mañana cuando Harry oyó la avioneta. Apareció casi insignificante y a continuación describió un amplio círculo y los criados salieron corriendo y encendieron las fogatas utilizando queroseno y amontonando hierba, de manera que había una gran hoguera humeante a cada extremo de la explanada, y la brisa matinal arrastró el humo hacia el campamento y la avioneta describió dos círculos más, esta vez a poca altura, y a continuación descendió planeando, niveló las alas y aterrizó suavemente, y avanzando hacia él vio al viejo Compton vestido con pantalones esport, chaqueta de *tweed* y un sombrero de fieltro marrón.

—¿Qué pasa, machote? —dijo Compton.

—Tengo la pierna mal —contestó él—. ¿Quieres desayunar?

—Gracias. Tomaré un poco de té. Es el Puss Moth, sabes. No podré llevarme a la *memsahib*. Solo hay sitio para uno. Tu camión está de camino.

Helen se había llevado a Compton aparte y hablaba con él. Compton regresó más alegre que nunca.

—Te meteremos en el avión enseguida —dijo—. Luego volveré a por la *memsahib*. Me temo que tendré que pararme en Arusha para repostar. Es mejor que nos pongamos en camino.

—¿Y el té?

—Tampoco me apetecía, ¿sabes?

Los criados levantaron el catre, rodearon las tiendas verdes y bajaron la pared rocosa hasta la planicie; pasaron junto a las fogatas en las que ahora ardía una viva llama, la hierba ya consumida del todo y el viento avivando el fuego, y llegaron hasta el avión. Fue difícil subirle, pero una vez dentro se recostó en el asiento de cuero, y la pierna quedó bien recta a un lado del asiento de Compton. Compton puso en marcha el motor y subió a la avioneta. Dijo adiós con la mano a Helen y a los criados, y a medida que el traqueteo se transformaba en el conocido rugido de siempre, dieron media vuelta, con Compie atento a los socavones hechos por los jabalíes, y el rugido se extendió por la explanada delimitada por las fogatas, y la recorrieron dando botes; con el último bote alzaron el vuelo y él los vio a todos allí abajo, saludando con la mano, y el campamento situado junto a la colina, más llano ahora, y la planicie cada vez más vasta, arboledas, y la maleza allanándose, y las pistas que seguían los rebaños discurrían tersas hasta charcas secas, y había una nueva que nunca había visto. Las cebras, ahora de lomos pequeños y redondeados, y los ñúes, unos puntitos cabezudos, parecían ascender mientras se movían como largos dedos por la planicie, desperdigándose en cuanto la sombra los alcanzaba, qué diminutos eran ahora, y no había galope en el movimiento, y la planicie que se perdía en la distancia, ahora gris amarillenta, y delante la espalda de *tweed* del viejo Compie y el sombrero de fieltro marrón. Luego ya estaban sobre las primeras colinas y los ñúes saltaban hacia ellos, y luego vieron montañas con repentinas gargantas de bosques verdes y las sólidas laderas de bambú, y de nuevo el espeso bosque, esculpido en cimas y depresiones hasta que lo cruzaron, y las colinas se suavizaban y apareció otra planicie, caliente ahora, de un marrón púrpura, y el calor producía un traqueteo, y Compie volvió la cabeza para ver cómo iba él. Y luego delante de ellos hubo otras montañas oscuras.

Y entonces, en lugar de ir a Arusha, giraron a la izquierda, y él se dijo que tenían gasolina suficiente, y al mirar abajo vio una nube de color rosa que se deshilachaba, moviéndose sobre el suelo y en medio del aire, como la primera nieve de una tormenta que aparece de la nada, y supo que las langostas llegaban del sur. Entonces comenzaron a ascender y dio la impresión de que iban hacia el este, y entonces todo se oscureció y hubo una tormenta, y el

agua era tan espesa que parecía que volaran a través de una cascada, y salieron de la tormenta y Compie se volvió hacia él y le sonrió y le señaló algo con el dedo y allí, delante, todo lo que pudo ver, tan ancha como todo el mundo, inmensa, alta e increíblemente blanca al sol, fue la cumbre cuadrada del Kilimanjaro. Y entonces supo que era allí adonde se dirigía.

Justo en ese momento la hiena dejó de gimotear en medio de la noche y comenzó a producir un sonido extraño, humano, casi de llanto. La mujer lo oyó y se agitó inquieta. No se despertó. Soñaba que estaba en su casa de Long Island y que era la noche antes de la presentación en sociedad de su hija. El padre de la chica estaba allí, y había sido muy grosero. Entonces la hiena emitió un ruido tan fuerte que la despertó, y por un momento no supo dónde estaba y tuvo mucho miedo. Cogió la linterna, la encendió y la dirigió hacia el otro catre, que habían entrado después de que Harry se durmiera. Vio su cuerpo bajo la mosquitera, pero había conseguido sacar la pierna del catre, y ahora le quedaba colgando. El vendaje se había deshecho y estaba en el suelo, y ella fue incapaz de mirar.

—Molo —llamó—. ¡Molo! ¡Molo!

Entonces dijo:

—¡Harry, Harry! —Y aún subió más la voz—. ¡Harry! Por favor. ¡Oh, Harry!

No hubo respuesta y no le oyó respirar.

Fuera, la hiena emitió el mismo sonido que la había despertado. Pero ella no lo oyó por culpa de los latidos de su corazón.

El viejo en el puente

Un viejo con gafas de montura de acero y la ropa cubierta de polvo estaba sentado a un lado de la carretera. Había un pontón que cruzaba el río, y lo atravesaban carros, camiones y hombres, mujeres y niños. Los carros tirados por bueyes subían tambaleándose la empinada orilla cuando dejaban el puente, y los soldados ayudaban empujando los radios de las ruedas. Los camiones subían chirriando y se alejaban a toda prisa y los campesinos avanzaban hundiéndose en el polvo hasta los tobillos. Pero el viejo estaba allí sentado sin moverse. Estaba demasiado cansado para continuar.

Mi misión era cruzar el puente, explorar la cabeza de puente que había más allá, y averiguar hasta dónde había avanzado el enemigo. La cumplí y regresé por el puente. Ahora había menos carros y poca gente a pie, y el hombre seguía allí.

—¿De dónde viene? —le pregunté.

—De San Carlos —dijo, y sonrió.

Era su ciudad natal, por lo que le llenó de satisfacción mencionarla, y sonrió.

—Cuidaba de los animales —explicó.

—Oh —dije, sin entenderlo del todo.

—Sí —dijo—, ya ve, me quedé cuidando de los animales. Fui el último que salió de San Carlos.

No tenía pinta de pastor ni de vaquero, y tras observar su ropa negra y cubierta de polvo, su rostro gris cubierto de polvo y sus gafas de montura de acero, dije:

—¿Qué animales eran?

—Animales diversos —dijo negando con la cabeza—. Tuve que dejarlos.

Yo estaba contemplando el puente y el aspecto de paisaje africano del delta del Ebro y me preguntaba cuánto tardaríamos en ver al enemigo, y todo el rato estaba atento por si oía los primeros ruidos que delataran ese misterioso suceso denominado contacto, y el hombre seguía allí sentado.

—¿Qué animales eran? —pregunté.

—En total tres clases de animales —explicó—. Había dos cabras y un gato y cuatro pares de palomos.

—¿Y los ha dejado? —le pregunté.

—Sí. Por culpa de la artillería. El capitán me dijo que me fuera por culpa de la artillería.

—¿Y no tiene familia? —pregunté, vigilando el otro extremo del puente, donde los últimos carros bajaban deprisa la pendiente de la orilla.

—No —dijo—, solo los animales que le he dicho. Al gato, naturalmente, no le pasará nada. Un gato sabe cuidarse, pero no quiero ni pensar qué va a ser de los otros.

—¿En qué bando está usted? —le pregunté.

—Yo no tengo bando —dijo—. Tengo setenta y seis años. Llevo andados doce kilómetros y creo que ya no puedo seguir.

—Este no es un buen lugar para pararse —dije—. Si puede llegar, hay camiones en el desvío a Tortosa.

—Esperaré un poco —dijo—, y luego seguiré. ¿Adónde van esos camiones?

—A Barcelona —le dije.

—No conozco a nadie en esa dirección —dijo—, pero muchas gracias. Se lo repito, muchas gracias.

Me miró sin expresión, cansado, y a continuación, necesitando compartir su preocupación con alguien, dijo:

—Al gato no le pasará nada, estoy seguro. No hay por qué inquietarse por un gato. Pero a los demás, ¿qué cree que les pasará a los demás?

—Bueno, probablemente tampoco les pasará nada.

—¿De verdad lo cree?

—¿Por qué no? —dije mirando la otra orilla, donde ya no había carretas.

—Pero ¿qué harán cuando empiece el fuego de la artillería, si a mí me dijeron que me fuera por culpa de la artillería?

—¿Dejó abierta la jaula de los palomos? —pregunté.

—Sí.

—Entonces saldrán volando.

—Sí, seguro que saldrán volando. Pero los demás. Más vale no pensar en los demás —dijo.

—Si ya ha descansado, yo de usted me iría —le insistí—. Levántese e intente andar.

—Gracias —dijo, y se puso en pie, avanzó haciendo eses y volvió a sentarse sobre el polvo, dejándose caer.

—Yo solo cuidaba de los animales —dijo sin energía, pero ya no hablaba conmigo—. Solo cuidaba de los animales.

No se podía hacer nada por él. Era Domingo de Pascua y los fascistas avanzaban hacia el Ebro. Era un día gris y las nubes iban bajas, por lo que sus aviones no volaban. Eso, y que los gatos supieran cuidarse solos, era toda la buena suerte que tendría aquel hombre.

Allá en Michigan

Jim Gilmore llegó a Hortons Bay procedente de Canadá. Le compró la herrería al viejo Horton. Jim era bajo, moreno, con un grueso bigote y manos grandes. Sabía herrar caballos, y no tenía pinta de herrero ni cuando llevaba el mandil de cuero. Vivía encima de la herrería y comía en casa de A. J. Smith.

Liz Coates trabajaba para los Smith. La señora Smith, que era una mujer oronda y limpia, decía que Liz Coates era la chica más pulcra que había visto nunca. Liz tenía buenas piernas, vestía siempre delantales de guinga limpios, y Jim se había fijado en que llevaba el pelo perfectamente recogido en la nuca. Le gustaba su cara porque era muy alegre, pero nunca pensaba en ella.

A Liz le gustaba mucho Jim. Le gustaban sus andares cuando salía de la herrería, y a menudo se asomaba a la puerta de la cocina para verle caminar calle abajo. A Liz le encantaba su bigote. Le encantaba la blancura de sus dientes cuando sonreía. Le gustaba muchísimo que no tuviera pinta de herrero. Le encantaba que A. J. Smith y la señora Smith estuvieran tan encantados con Jim. Un día descubrió que le encantaba el vello negro que cubría los brazos de Jim y lo blancos que eran estos hasta la línea del bronceado cuando se lavaba en la palangana que había en el exterior de la casa. Que aquello le gustara la hacía sentirse rara.

Hortons Bay, la población, no eran más que cinco casas en la carretera principal que comunicaba Boyne City y Charlevoix. Había una tienda y una oficina de correos con una falsa fachada alta y a veces una ranchera aparcada delante de ella, la casa de los Smith, la casa de los Stroud, la casa de los Fox, la casa de los Horton y la casa de los Van Hoosen. Las casas se hallaban en una gran alameda, y la carretera era muy arenosa. Había tierras de labranza y árboles madereros a ambos lados de la carretera. Carretera arriba, un poco más lejos, estaba la iglesia metodista, y carretera abajo, en la otra dirección, la escuela local. La herrería estaba pintada de rojo y quedaba delante de la escuela.

Un empinado camino arenoso descendía de la colina a la bahía a través de los árboles. Desde la puerta trasera de casa de los Smith se veían los árboles que bajaban hasta el lago, y también la otra orilla de la bahía. En primavera y verano la vista era muy hermosa, con el cielo azul y luminoso, y el lago, justo

delante del cabo, arrugado por la brisa de Charlevoix y el lago Michigan. Desde la puerta trasera de la casa de los Smith, Liz podía ver las barcazas que transportaban mena rumbo a Boyne City. Cuando las miraba le parecía que no se movían, pero si entraba y secaba algunos platos y luego volvía a salir, ya habían rebasado el cabo y no se veían.

Liz pensaba constantemente en Jim Gilmore. Él no parecía fijarse mucho en ella. Hablaba de la herrería con A. J. Smith, y del Partido Republicano y de James G. Blaine[4]. Por las noches leía el *Toledo Blade* y el periódico de Grand Rapids junto a la lámpara del salón o se iba a pescar a la bahía con un arpón y un farol en compañía de A. J. Smith. En otoño, él, Smith y Charley Wyman cogían una ranchera, una tienda de campaña, manduca, hachas, sus rifles y dos perros, y se iban a cazar ciervos a las planicies cubiertas de pinos que hay más allá de Vanderbilt. Liz y la señora Smith se pasaban cuatro días cocinando para ellos antes de que partieran. Liz quería preparar algo especial para Jim, pero al final no lo hizo porque le daba miedo pedir huevos y harina a la señora Smith, y si los compraba temía que la señora Smith la pillara cocinando. A la señora Smith no le hubiera importado, pero Liz tenía miedo.

Todo el tiempo que Jim estuvo de cacería Liz no dejó de pensar en él. Fue horrible su ausencia. No podía dormir de tanto pensar en él, aunque descubrió que pensar en él también era divertido. Si se abandonaba a sus pensamientos era aún mejor. La noche anterior al día de su vuelta no pegó ojo, es decir, ella pensó que no había dormido porque se le confundió un sueño en el que soñaba que no dormía y el no dormir de verdad. Cuando vio llegar la ranchera por la carretera se sintió débil y como mareada. Estaba impaciente por ver a Jim y le parecía que todo se arreglaría cuando él llegara. La ranchera se detuvo allí delante, bajo el gran olmo, y la señora Smith y Liz salieron. Los hombres iban sin afeitar y había tres ciervos en la parte de atrás de la ranchera, cuyas delgadas patas asomaban rígidas por el borde del cajón del vehículo. La señora Smith besó a Alonzo y él la abrazó. Jim dijo: «Hola, Liz», y sonrió. Liz no sabía qué sucedería cuando Jim volviera, aunque estaba segura de que pasaría algo. No pasó nada. Los hombres habían vuelto a casa, eso era todo. Jim apartó los sacos de arpillera que cubrían los ciervos y Liz los observó. Uno era un gran macho. Estaba rígido y duro y costó sacarlo de la ranchera.

—¿Lo has matado tú? —preguntó Liz.

—Sí. ¿No es una maravilla? —Jim se lo echó al hombro para llevarlo al ahumadero.

Aquella noche Charley Wyman se quedó a cenar en casa de los Smith. Era demasiado tarde para regresar a Charlevoix. Los hombres se lavaron y se quedaron en el salón esperando la cena.

—¿No queda nada en esa garrafa, Jimmy? —preguntó A. J. Smith, y Jim se dirigió a la ranchera, que estaba en el granero, y regresó con la garrafa de *whisky* que los hombres se habían llevado a la cacería. Era de quince litros, y aún quedaba un resto chapoteando en el fondo. De vuelta a la casa Jim echó un buen trago. Era difícil levantar una garrafa tan grande. Se le derramó *whisky* por la pechera de la camisa. Los dos hombres sonrieron cuando Jim entró con la garrafa. A. J. Smith pidió vasos y Liz se los trajo. A. J. Smith sirvió tres buenos tragos.

—Esta va por ti, A. J. —dijo Charley Wyman.

—Por este ciervo de todos los demonios, Jimmy —dijo A. J.

—Por todos a los que no les hemos dado, A. J. —dijo Jimmy, y apuró su vaso.

—Esto sí que sienta bien a un hombre.

—En esta época del año te cura todos los males.

—¿Otra, muchachos?

—Así me gusta, A. J.

—Hasta el fondo, chicos.

—Por el año que viene.

Jim comenzó a sentirse de primera. Le encantaba el sabor y el efecto del *whisky*. Le alegraba haber vuelto a su cómoda cama, a la comida caliente, a su herrería. Tomó otro trago. Los hombres entraron a cenar muy contentos, pero se comportaron como es debido. Liz se sentó a la mesa después de haber llevado las viandas y comió con la familia. Fue una buena cena. Los hombres comieron con ganas. Después de cenar regresaron al salón y Liz fregó los platos con la señora Smith. Luego la señora Smith se fue arriba y al poco Smith también subió. Jim y Charley seguían en el salón. Liz estaba sentada en la cocina, junto a la lumbre, fingiendo leer y pensando en Jim. No quería acostarse todavía porque sabía que Jim se iría y quería verlo salir para poder llevarse su imagen a la cama.

Estaba pensando intensamente en Jim cuando este salió. Le brillaban los ojos y tenía el pelo un tanto alborotado. Liz bajó la vista hacia el libro. Jim se le acercó por detrás y se quedó a su espalda de modo que ella podía sentir su respiración, y a continuación la rodeó con sus brazos. Notó los pechos grandes y duros de Liz, y los pezones erectos bajo sus manos. Liz se asustó

muchísimo. Nadie la había tocado nunca, pero se dijo: «Por fin ha venido a mí. Ha venido de verdad».

Liz se quedó rígida porque estaba muy asustada y no sabía qué hacer, y entonces Jim la apretó con fuerza contra la silla y la besó. Fue una sensación tan brusca, dolorosa y ofensiva que creyó que no podría soportarla. Sentía a Jim a través del respaldo de la silla y no podía soportarlo, y entonces sintió una especie de chasquido en su interior y la sensación se volvió más cálida, más suave. Jim seguía apretándola con fuerza contra la silla y ahora ella lo deseaba. Jim dijo:

—Vamos a dar una vuelta.

Liz cogió su chaqueta del colgador de la cocina y salieron. Jim la rodeaba con el brazo y cada pocos pasos se detenían, se apretaban el uno contra el otro y Jim la besaba. No había luna, y la arena del camino les llegaba a los tobillos mientras caminaban entre los árboles en dirección al muelle y al almacén de la bahía. El agua lamía los pilares y en la otra orilla de la bahía el cabo estaba a oscuras. Hacía frío, pero Liz se sentía muy acalorada estando tan cerca de Jim. Se sentaron al abrigo del almacén y Jim atrajo a Liz hacia sí. Ella estaba asustada. Una de las manos de Jim se introdujo bajo su vestido y le acarició los pechos, y la otra mano se quedó en su regazo. Liz estaba muy asustada y no sabía qué iba a hacer él exactamente, pero se le arrimó aún más. A continuación la mano que ella sentía tan grande en su regazo se deslizó hasta su pierna y comenzó a subir.

—No, Jim —dijo Liz. La mano de Jim siguió subiendo.

—No lo hagas, Jim. No lo hagas. —Ni Jim ni la manaza de Jim le prestaron atención.

Las tablas eran duras. Jim le había subido el vestido e intentaba hacerle algo. Liz estaba asustada pero quería que se lo hiciera. Lo deseaba pero le daba miedo.

—No lo hagas, Jim. No lo hagas.

—Tengo que hacerlo. Voy a hacerlo. Sabes que tenemos que hacerlo.

—No, no tenemos que hacerlo, Jim. No tenemos que hacerlo. Oh, no está bien. Oh, es muy grande y duele mucho. No puedes hacerlo. Oh Jim. Jim. Oh.

Las tablas de abeto del embarcadero eran duras y astillosas y frías, y Jim le pesaba encima y le había hecho daño. Liz lo apartó. Se sentía muy incómoda y entumecida. Jim se había dormido. No iba a moverse. Liz salió de debajo de él, se incorporó, se alisó la falda y la chaqueta e intentó hacer algo con el pelo. Jim dormía con la boca entreabierta. Liz se inclinó sobre él y lo besó en la mejilla. Seguía dormido. Liz le levantó un poco la cabeza y se la

zarandeó. Jim se volvió y tragó saliva. Liz se echó a llorar. Se acercó al borde del embarcadero y miró el agua. Una neblina subía de la bahía. Tuvo frío y se sintió desgraciada y vacía. Regresó hasta donde estaba Jim y le zarandeó una vez más para estar segura. Estaba llorando.

—Jim —dijo—. Jim. Por favor, Jim.

Jim se removió y se aovilló aún más. Liz se quitó la chaqueta, se inclinó sobre él y lo tapó. Lo arropó con mucho esmero. Luego cruzó el embarcadero y subió el empinado camino arenoso hasta la casa. Una fría neblina ascendía desde la bahía a través de los bosques.

En el muelle de Esmirna

Lo raro, dijo, era que todos los días a medianoche se pusieran a chillar. No sé por qué chillaban a esa hora. Estábamos en el puerto y ellos estaban todos en el embarcadero y a medianoche se ponían a chillar. Girábamos el reflector hacia ellos para que se callaran. Eso siempre funcionaba. Les enfocábamos con el reflector y lo movíamos arriba y abajo dos o tres veces y se callaban. Una vez que yo estaba de oficial al mando en el embarcadero, un oficial turco se me acercó hecho una furia porque uno de nuestros marineros le había insultado de mala manera. Así que le dije que enviaríamos al tipo de vuelta al barco y sería severamente castigado. Le pedí que me lo señalara. De modo que señaló al ayudante del artillero, un tipo de lo más inofensivo. Dijo que lo había insultado de una manera terrible y reiterada; me hablaba con ayuda de un intérprete. No imaginaba cómo el ayudante del artillero podía saber el suficiente turco para insultarle. Lo llamé y le dije:

—Y por si acaso hubieras hablado con alguno de los oficiales turcos.

—No he hablado con ninguno de ellos, señor.

—Estoy seguro —le dije—, pero es mejor que subas a bordo y no vuelvas a bajar del barco en lo que queda de día.

Luego le dije al turco que había mandado al hombre a bordo y que lo trataría con mucha severidad. Oh, con el máximo rigor. Eso le encantó. Nos hicimos grandes amigos.

Lo peor, dijo, eran las mujeres con bebés muertos. No había manera de que una mujer renunciara a su bebé muerto. Había bebés que llevaban seis días muertos. No los soltaban. No se podía hacer nada. Al final había que quitárselos. Luego había una anciana, el caso más extraordinario de todos. Se lo conté a un médico y me dijo que le mentía. Las estábamos sacando del muelle, había que llevarse a los muertos, y esta anciana estaba echada sobre una especie de camilla. Me dijeron: «¿Quiere echarle un vistazo, señor?». De modo que fui a echarle un vistazo, y justo entonces se murió y se quedó totalmente rígida. Estiró las piernas y se estiró desde la cintura y se quedó rígida. Como si llevara toda la noche muerta. Estaba muerta y absolutamente rígida. Se lo conté a un médico amigo mío y me dijo que era imposible.

Estaban todos en el muelle y no era como si hubiera habido un terremoto ni nada parecido porque con los turcos nunca se sabía. Nunca se sabía lo que harían los turcos. ¿Te acuerdas de cuando nos ordenaron que no entráramos para llevarnos a más? Aquella mañana, cuando llegamos, yo estaba muerto de miedo. Tenían una buena cantidad de baterías y podrían habernos borrado del mapa. Teníamos que entrar, ir pegados al muelle, soltar el ancla de delante y la de atrás y luego bombardear el barrio turco de la ciudad. Nos habrían borrado del mapa, pero nosotros habríamos mandado la ciudad al infierno. Cuando llegamos no nos lanzaron más que unas cuantas salvas de fogueo. Kemal bajó y echó al comandante turco. Por abuso de autoridad o algo así. Se le subieron un poco los humos. Aquello habría sido un auténtico desastre.

Te acordarás del puerto. Había muchas cosas bonitas flotando en el agua. Fue la única vez en la vida que algo me ha afectado tanto como para tener pesadillas. Te preocupabas menos de las mujeres que estaban dando a luz que de las que estaban con sus hijos muertos. Parían sin ningún problema. Es sorprendente que murieran tan pocas. Simplemente las cubrías con algo y las dejabas que siguieran con lo suyo. Siempre escogían los sitios más oscuros de la bodega para tenerlos. Les daba igual todo una vez habían salido del muelle.

Los griegos también eran buena gente. Cuando los evacuaron tenían con ellos todos sus animales de carga, y como no podían llevárselos les rompieron las patas delanteras y los arrojaron al agua somera. Todas aquellas mulas con las patas delanteras rotas empujadas al agua somera. Fue un asunto agradable. Puedes creerme si te digo que fue de lo más agradable.

Capítulo I

Todo el mundo estaba borracho. Toda la batería caminaba borracha por la carretera, en la oscuridad. Nos dirigíamos a la Champaña. El teniente seguía montando su caballo por los campos y se decía a sí mismo: «Estoy borracho, te lo digo, mon vieux. *Oh, estoy muy trompa». Seguimos toda la noche por la carretera, en la oscuridad, y el asistente se colocaba junto a mi cocina y decía: «Apágala. Es peligroso. La verán». Estábamos a cincuenta kilómetros del frente, pero el ayudante se preocupaba por el fuego de mi cocina. Fue divertido ir por aquella carretera. Eso fue cuando yo era cabo de cocina.*

Campamento indio

En la orilla del lago había otro bote de remos preparado. Los dos indios estaban de pie, esperando.

Nick y su padre subieron a la popa del bote, los indios lo empujaron y uno de ellos subió y comenzó a remar. Tío George iba sentado en la popa del bote del campamento. El indio joven alejó el bote de la orilla, se montó en él y se puso a remar para llevar a tío George.

Los dos botes se deslizaron en la oscuridad. Nick oía los escálamos del otro bote un poco más adelante, en la neblina. Los indios remaban con golpes rápidos y secos. Nick estaba recostado y su padre lo rodeaba con el brazo. Hacía frío en el agua. El indio que les llevaba remaba con mucho empeño, pero el otro bote estaba cada vez más lejos en medio de la neblina.

—¿Adónde vamos, papá? —preguntó Nick.

—Al campamento indio. Hay una señora india muy enferma.

—Oh —dijo Nick.

Al otro lado de la bahía encontraron el otro bote varado sobre la playa. Tío George fumaba un puro en la oscuridad. El indio joven empujó el bote sobre la arena. Tío George dio un puro a cada indio.

Echaron a andar y cruzaron un prado empapado de rocío, detrás del indio joven, que llevaba un farol. Luego se adentraron en el bosque y siguieron un sendero hasta llegar a un camino para transporte de troncos que atravesaba las colinas. En ese camino había más luz, pues los árboles estaban talados a ambos lados. El indio joven se detuvo y apagó el farol y todos siguieron andando por el camino.

Doblaron un recodo y apareció un perro ladrando. Delante se veían las luces de las chozas en las que vivían los indios que trabajaban arrancando las cortezas de los árboles. Más perros salieron a su encuentro. Los dos indios los enviaron de vuelta a las chozas. Había luz en la ventana de la choza más cercana a la carretera. Una anciana, de pie, en la entrada, sostenía un farol.

Dentro, sobre una litera de madera, yacía una joven india. Llevaba dos días intentando dar a luz. Todas las ancianas del campamento la habían ayudado. Los hombres se habían alejado carretera arriba para sentarse en la oscuridad a fumar lejos del alcance de sus gritos. Chilló en el momento

mismo en que los dos indios y Nick entraron en la choza detrás del padre de Nick y de tío George. La joven estaba en la litera inferior, y se la veía enorme bajo la colcha. Tenía la cabeza vuelta a un lado. En la litera de arriba estaba su marido. Tres días antes se había hecho un corte muy grave en el pie con un hacha. Fumaba en pipa. La estancia olía muy mal.

El padre de Nick pidió que pusieran un poco de agua al fuego, y mientras se calentaba habló con Nick.

—Esta mujer va a tener un bebé, Nick —le dijo.

—Lo sé —dijo Nick.

—No lo sabes —dijo su padre—. Escúchame. Lo que está haciendo ahora es lo que se llama estar de parto. El bebé quiere nacer y ella quiere que nazca. Todos sus músculos intentan que el bebé nazca. Eso es lo que sucede cuando grita.

—Entiendo —dijo Nick.

En ese momento la mujer volvió a chillar.

—Oh, papá, ¿no puedes darle algo para que deje de gritar? —preguntó Nick.

—No. No tengo ningún anestésico —dijo su padre—. Pero no importa que chille. No oigo sus gritos porque no son importantes.

El marido, en la litera de arriba, se volvió hacia la pared.

La mujer que estaba en la cocina le indicó al médico que el agua ya estaba caliente. El padre de Nick entró en la cocina y vertió la mitad del agua en una palangana. Dentro del agua que quedaba en el hervidor echó varias cosas que sacó del interior de un pañuelo.

—Esto tiene que hervir —dijo, y comenzó a frotarse las manos en la palangana con el trozo de jabón que se había llevado del campamento. Nick veía cómo las manos de su padre enjabonadas se frotaban una con otra. Mientras su padre se lavaba las manos a conciencia, empezó a hablar—: Ya ves, Nick, se supone que los bebés tienen que salir de cabeza, pero a veces están mal colocados. Cuando pasa esto todo el mundo tiene problemas. A lo mejor tendré que operarla. Lo sabremos dentro de un momento.

Cuando estuvo satisfecho con la limpieza de sus manos entró en la estancia y se puso a trabajar.

—¿Te importa apartar la colcha, George? —dijo—. Preferiría no tocarla.

Poco después comenzó a operar. Tío George y otros tres indios sujetaban a la mujer. Ella le mordió a tío George en el brazo y el tío dijo: «¡Maldita zorra india!». El joven indio que había acompañado a tío George se rio de él. Nick le sujetaba la palangana a su padre. Aquello llevó mucho tiempo. Su

padre levantó al bebé, le dio unas palmadas para que respirara y se lo entregó a la anciana.

—Mira, es un chico, Nick —dijo—. ¿Qué te ha parecido hacer de interno?

Nick dijo:

—No ha estado mal. —Apartaba la mirada para no ver lo que estaba haciendo su padre.

—Mira. Con esto ya está —dijo su padre, y puso algo en la palangana.

Nick no lo miró.

—Y ahora —dijo su padre— tengo que darle unos cuantos puntos. Puedes mirar o no, Nick, como quieras. Voy a coserle la incisión que he hecho.

Nick no miró. Su curiosidad había desaparecido hacía ya bastante rato.

Su padre acabó y se puso en pie. Tío George y los tres indios se levantaron. Nick llevó la palangana a la cocina.

Tío George se miró el brazo. El indio joven sonrió al recordar el incidente.

—Te pondré un poco de agua oxigenada, George —dijo el médico. Se inclinó sobre la india. Ahora estaba callada y tenía los ojos cerrados. Se la veía muy pálida. No sabía qué había sido del bebé ni nada.

—Volveré por la mañana —dijo el médico, incorporándose—. A mediodía debería llegar la enfermera de Saint Ignace. Ella traerá todo lo que necesitamos.

Se sentía eufórico y locuaz, igual que los jugadores de fútbol en el vestuario después de un partido.

—Esto ha sido digno del boletín médico, George —dijo—. Hacer una cesárea con una navaja y coserla con tres metros de hijuela ahusada de tripa.

Tío George estaba apoyado en la pared, mirándose el brazo.

—Oh, muy bien, eres un gran hombre —dijo.

—Debería echarle un vistazo al orgulloso padre. En estos asuntos son los que peor lo llevan —dijo el médico—. Debo decir que este se lo ha tomado con bastante calma.

Apartó la manta de la cabeza del indio. Cuando retiró la mano estaba empapada. Se subió al borde de la litera inferior con la lámpara en una mano, y vio al indio echado con la cara hacia la pared. Tenía la garganta rebanada de oreja a oreja. La sangre había formado un charco allí donde su cuerpo combaba la litera. Su cabeza descansaba sobre el brazo izquierdo. La navaja abierta, con el borde hacia arriba, yacía entre las mantas.

—Saca a Nick de aquí, George —dijo el médico.

Ya era tarde. Nick, de pie en la puerta de la cocina, vio perfectamente la litera superior cuando su padre, con la lámpara en una mano, inclinó hacia

atrás la cabeza del indio.

Comenzaba a ser de día cuando volvieron hacia el lago por el camino para transportar troncos.

—Me arrepiento muchísimo de haberte traído, Nickie —dijo su padre, ahora que se le había pasado la euforia tras la intervención—. Ha sido espantoso y nada conveniente para ti.

—¿Las mujeres siempre lo pasan tan mal cuando tienen un bebé? —preguntó Nick.

—No, este ha sido un caso muy, muy excepcional.

—¿Por qué se mató ese hombre, papá?

—No lo sé, Nick. Supongo que no lo podía aguantar más.

—¿Se matan muchos hombre, papá?

—No muchos, Nick.

—¿Y muchas mujeres?

—Casi ninguna.

—¿Ninguna?

—Bueno, sí. Alguna.

—¿Papá?

—Sí.

—¿Adónde ha ido tío George?

—Volverá enseguida.

—¿Se sufre al morir, papá?

—No, creo que no mucho, Nick. Todo depende.

Iban sentados en el bote, Nick en la proa, su padre remando. El sol salía por encima de las colinas. Saltó una lubina, formando un círculo en el agua. Nick dibujaba una estela con su mano en el agua. Parecía templada en el frío de la mañana.

Tan de mañana, en el lago, sentado en la proa de aquel bote, mientras su padre remaba, tuvo la seguridad de que nunca moriría.

Capítulo II

Los minaretes asomaban bajo la lluvia en las afueras de Adrianópolis, al otro lado de la planicie fangosa. En la carretera de Karagatch había un atasco de carros de unos cincuenta kilómetros de longitud. Los búfalos y el ganado tiraban de los carros embarrados. Ni principio ni fin. Solo carros cargados con todas sus pertenencias. Viejos y viejas, empapados, avanzaban manteniendo el ganado en movimiento. Las aguas amarillas del Maritza discurrían casi hasta el nivel del puente. Los carros quedaban atascados en el puente, y los camellos pasaban balanceándose entre ellos. La caballería griega guiaba la procesión. En los carros, las mujeres y los niños se acomodaban entre colchones, espejos, máquinas de coser, fardos. Había una mujer de parto, y a su lado una muchacha la cubría con una manta y lloraba. Lo contemplaba muerta de miedo. Llovió durante toda la evacuación.

El médico y la esposa del médico

Dick Boulton venía del campamento indio a cortar troncos para el padre de Nick. Lo acompañaban su hijo Eddy y otro indio llamado Billy Tabeshaw. Llegaron por el bosque y entraron por la cancela trasera, y Eddy llevaba la larga sierra de través. Se alabeaba sobre su hombro y producía un sonido musical al caminar. Billy Tabeshaw llevaba dos grandes alzaprimas de gancho. Dick transportaba tres hachas bajo el brazo.

Se volvió y cerró la cancela. Los demás caminaron delante de él hacia la orilla del lago, donde los troncos yacían enterrados en la arena.

Los troncos se habían salido de las grandes hileras flotantes que el vapor *Magic* remolcaba lago abajo rumbo al aserradero. Habían ido a parar a la playa, y si no se hacía nada con ellos, tarde o temprano la tripulación del *Magic* recorrería la orilla en un bote de remos, divisaría los troncos, colocaría una punta de hierro con una anilla en el extremo de cada uno y los remolcaría al lago para formar una nueva remesa. Pero también era posible que los madereros nunca fueran a buscarlos, pues no valía la pena reunir a una cuadrilla para recoger unos cuantos troncos. Si nadie iba a por ellos se irían empapando de agua y se pudrirían.

El padre de Nick siempre supuso que era eso lo que sucedería, y contrató a los indios para que bajaran del campamento, cortaran los troncos con la sierra de través y los partieran con una cuña para convertirlos en haces de leña y tacos para la chimenea. Dick Boulton rodeó la cabaña y se dirigió al lago. Había cuatro grandes troncos de haya casi enterrados en la arena. Eddy agarró la sierra por una de las asas y la colgó en la horquilla de un árbol. Dick colocó las tres hachas sobre el pequeño embarcadero. Dick era mestizo, y muchos de los granjeros del lago pensaban que era blanco. Era muy perezoso, pero un gran trabajador una vez entraba en faena. Sacó un rollo de tabaco del bolsillo, arrancó un pedazo para masticar y habló con Eddy y Billy Tabeshaw en ojibway.

Hundieron los extremos de sus alzaprimas en uno de los troncos y lo balancearon para arrancarlo de la arena. Aplicaron todo el peso de su cuerpo a la alzaprima. El tronco se movió. Dick Boulton se volvió hacia el padre de Nick.

—Bueno, Doc —dijo—, ha robado usted un buen trozo de madera.

—No digas eso, Dick —respondió el médico—. Es el agua la que lo ha traído.

Eddy y Billy Tabeshaw habían sacado el tronco de la arena húmeda y lo hacían rodar hacia el agua.

—Metedlo dentro —gritó Dick Boulton.

—¿Para qué? —preguntó el médico.

—Para lavarlo. Para quitarle la arena antes de serrarlo. Quiero ver a quién pertenece —dijo Dick.

El tronco estaba dentro del lago. Eddy y Billy Tabeshaw se apoyaban sobre sus alzaprimas, sudando al sol. Dick se arrodilló en la arena y miró la marca del martillo del medidor en la punta del tronco.

—Pertenece a White and McNally —dijo poniéndose en pie mientras se sacudía las rodilleras de los pantalones.

El médico se sentía muy incómodo.

—Entonces será mejor que no lo serremos, Dick —dijo tajante.

—No sea quisquilloso, Doc —dijo Dick—. No sea quisquilloso. Tanto me da de dónde lo haya robado. No es asunto mío.

—Si crees que robamos los troncos, déjalos donde están y vuélvete con tus herramientas al campamento —dijo el médico. Se había puesto rojo.

—No se caliente por tan poco, Doc —dijo Dick. Escupió el tabaco sobre el tronco, y el salivazo resbaló, diluyéndose en el agua—. Sabe tan bien como yo que los robamos. A mí me importa un pito.

—Muy bien. Si crees que los robamos, coge tus cosas y lárgate.

—Vamos, Doc…

—Coge tus cosas y lárgate.

—Escuche, Doc.

—Si vuelves a llamarme Doc otra vez, haré que te tragues los dientes.

—Oh no, no lo hará, Doc.

Dick Boulton se quedó mirando al médico. Dick era un hombre corpulento. Y conocía bien sus fuerzas. Le gustaba meterse en peleas. Era feliz. Eddy y Billy Tabeshaw se apoyaron en sus alzaprimas y miraron al médico. El médico se mordisqueó los pelos de la barba bajo su labio inferior y miró a Dick Boulton. Luego se dio media vuelta y remontó la colina hasta la cabaña. Con solo verle la espalda se dieron cuenta de lo furioso que estaba. Todos lo vieron remontar la colina y meterse en la cabaña.

Dick dijo algo en ojibway. Eddy soltó una carcajada, pero Billy Tabeshaw estaba muy serio. No sabía inglés, pero había estado sudando durante toda la

discusión. Era gordo y con cuatro pelos en el bigote, como un chino. Recogió las dos alzaprimas. Dick juntó las hachas y Eddy descolgó la sierra del árbol. Se pusieron en marcha. Pasaron junto a la cabaña y se adentraron en el bosque por la cancela de atrás. Dick dejó la verja abierta, y Billy Tabeshaw volvió atrás y la cerró. Se alejaron por el bosque.

En la cabaña, el médico, sentado en la cama de su habitación, vio un montón de revistas médicas en el suelo, junto a la cómoda. Todavía las rodeaba la faja sin abrir. Eso le irritó.

—¿No vas a volver al trabajo, querido? —preguntó la esposa del médico desde la habitación donde estaba echada, con las persianas bajadas.

—¡No!

—¿Ocurre algo?

—He tenido una discusión con Dick Boulton.

—Oh —dijo su esposa—. Espero que no perdieras los estribos, Henry.

—No —dijo el médico.

—Recuerda, quien domina su espíritu es más grande que quien conquista una ciudad —dijo su esposa. Pertenecía a la Iglesia de la ciencia cristiana. Su Biblia, su ejemplar de *Science and Health* y su *Quarterly* estaban en una mesita, junto a la cama, en la habitación en penumbra.

Su marido no contestó. Ahora estaba sentado en la cama, limpiando una escopeta. Empujó el cargador, lleno de cartuchos amarillos y pesados, y los extrajo. Se desperdigaron sobre la cama.

—Henry —lo llamó su mujer. Hubo un silencio—. ¡Henry!

—Sí —dijo el médico.

—¿No le habrás dicho nada a Boulton que pudiera enfurecerlo, verdad?

—No —dijo el médico.

—¿Cuál ha sido entonces el problema, cariño?

—Poca cosa.

—Cuéntamelo, Henry. Por favor, no intentes ocultarme nada. ¿Cuál ha sido el problema?

—Bueno, Dick me debe mucho dinero por curarle la neumonía a su squaw, y supongo que buscaba bronca para no tener que pagármelo en trabajo.

Su esposa se quedó callada. El médico limpió meticulosamente la escopeta con un trapo. Volvió a empujar los cartuchos contra el muelle del cargador. Se sentó con la escopeta en las rodillas. Le tenía mucho cariño. Luego volvió a oír la voz de su mujer desde la habitación en penumbra.

—Querido, la verdad es que no me puedo creer de ningún modo que a nadie se le ocurriera hacer algo así.

—¿No? —dijo el médico.

—No. No me puedo creer que alguien haga algo así de manera intencionada.

El médico se puso en pie y colocó la escopeta en un rincón, detrás de la cómoda.

—¿Vas a salir, querido? —dijo su esposa.

—Creo que iré a dar una vuelta —dijo el médico.

—Cariño, si ves a Nick dile que su madre quiere verle —dijo su esposa.

El médico salió al porche. La puerta mosquitera dio un portazo a su espalda. Oyó a su esposa contener el aliento al oír el golpe.

—Lo siento —dijo delante de su ventana, aún con las persianas cerradas.

—No pasa nada, cariño —dijo ella.

Caminó hasta la verja en medio del calor y luego siguió el sendero que se adentraba en el bosquecillo de abetos. Se estaba fresco, en el bosque, incluso en un día tan caluroso. Encontró a Nick sentado con la espalda apoyada en un árbol, leyendo.

—Tu madre quiere que vayas a verla —dijo el médico.

—Quiero ir contigo —dijo Nick.

Su padre lo miró desde lo alto de su estatura.

—Muy bien. Vamos, pues —dijo su padre—. Dame el libro. Me lo meteré en el bolsillo.

—Sé dónde hay ardillas negras, papá —dijo Nick.

—Muy bien —dijo su padre—. Vamos.

Capítulo III

Nos encontrábamos en un huerto en Mons. El joven Buckley apareció con su patrulla tras haber cruzado el río. El primer alemán que vi trepó por la tapia del jardín. Esperamos hasta que hubo pasado una pierna y le disparamos a quemarropa. Llevaba mucho equipo encima y parecía terriblemente sorprendido y cayó dentro del huerto. Tres más saltaron la tapia un poco más abajo. También les disparamos. Todos llegaban tan tranquilos.

El fin de algo

Antaño, Hortons Bay era una población maderera. No había manera de escapar al ruido de las grandes sierras del aserradero que había junto al lago. Luego un año ya no llegaron más troncos. Las barcazas madereras fondearon en la bahía y cargaron toda la madera cortada que permanecía apilada en el patio. Se llevaron todas las pilas de madera. Los mismos hombres que habían trabajado en la enorme serrería sacaban toda la maquinaria que se podía desmontar y la cargaban a bordo de una de las barcazas. La barcaza salía de la bahía y avanzaba hacia lago abierto transportando las dos grandes sierras, el carro que subía los troncos hasta las sierras circulares, giratorias, y todos los rodillos, ruedas, cintas y hierros apilados sobre una carga de madera que tenía la altura del casco. La bodega abierta estaba cubierta con una lona y amarrada muy tensa, la barcaza avanzaba a toda vela por el lago, transportando todo lo que había hecho que un aserradero fuera un aserradero y Hortons Bay una población.

Los barracones de una planta, la cafetería, el almacén de la empresa, las oficinas del aserradero y el inmenso aserradero propiamente dicho quedaron desiertos en medio de hectáreas de serrín que cubrían el pantanoso prado junto a la orilla del lago.

Diez años más tarde, mientras Nick y Marjorie remaban siguiendo la costa, no quedaba del aserradero más que las piedras calizas blancas y rotas de sus cimientos asomando a través de la nueva vegetación pantanosa. Nick y Marjorie practicaban la pesca de remolque por el borde del promontorio del canal, donde el fondo descendía repentinamente desde los bajíos arenosos hasta una profundidad de cuatro metros de agua oscura. Remolcaban sedal mientras se dirigían hacia el cabo a colocar los anzuelos nocturnos para la trucha arco iris.

—Ahí están nuestras viejas ruinas, Nick —dijo Marjorie.

Nick, sin dejar de remar, contempló las piedras blancas entre los árboles verdes.

—Ahí está —dijo.

—¿Te acuerdas de cuando era un aserradero? —preguntó Marjorie.

—Muy poco —dijo Nick.

—Parece más bien un castillo —dijo Marjorie.

Nick no dijo nada. Siguieron remando hasta que dejaron de ver el aserradero, siguiendo la línea de la costa. A continuación Nick cruzó la bahía.

—No pican —dijo Nick.

—No —dijo Marjorie. Estaba concentrada en su caña mientras iban de una punta a otra, incluso cuando hablaban. Le encantaba pescar. Le encantaba pescar con Nick.

Muy cerca del bote, una gran trucha salió a la superficie. Nick clavó con fuerza uno de los remos para que el bote diera la vuelta, y el cebo, que viraba mucho más atrás, pasara junto al lugar donde comía la trucha. Cuando el dorso de la trucha asomó del agua, los pececillos que servían de cebo saltaron frenéticos. Rociaron la superficie como un puñado de perdigones arrojados al agua. Otra trucha asomó a la superficie, alimentándose al otro lado del bote.

—Están comiendo —dijo Marjorie.

—Pero no van a picar —dijo Nick.

Hizo girar la barca para que pasara por donde comían los peces, y a continuación se dirigió al cabo. Marjorie no enrolló el sedal hasta que el bote tocó la orilla.

Tiraron del bote hasta dejarlo en la playa, y Nick cogió un cubo con percas vivas. Las percas nadaban en el agua del cubo. Nick cogió tres con las manos, les cortó la cabeza y les quitó la piel mientras Marjorie, con las manos en el cubo, por fin consiguió coger una, le cortó la cabeza y le quitó la piel. Nick miró el pescado de Marjorie.

—No le quites la aleta ventral —dijo—. Servirá igual para cebo, pero es mejor que conserve la aleta ventral.

Enganchó al anzuelo, por la cola, cada una de las percas despellejadas. En cada caña había dos anzuelos unidos a un plomo. A continuación Marjorie se subió al bote y remó hacia el otro lado del canal, sujetando el sedal con los dientes y mirando a Nick, que estaba de pie en la orilla, con la caña en la mano y soltando carrete.

—Ya vale —le gritó a Marjorie.

—¿Lo suelto? —le contestó Marjorie, sujetando el sedal con la mano.

—Claro. Suéltalo. —Marjorie dejó caer el sedal por la borda y contempló cómo los cebos se hundían en el agua.

Volvió con el bote y tendió el segundo sedal de la misma manera. Cada vez Nick colocaba alguna pesada madera arrastrada por el agua sobre el mango de la caña para que se mantuviera sólida, y colocaba debajo un trozo más pequeño formando ángulo. Recogía sedal para que quedara tenso hasta

donde el cebo reposaba en el suelo arenoso del canal y colocaba el freno en el carrete. Cuando una trucha iba a comer allá abajo y mordía el cebo, tiraba del sedal del carrete muy deprisa y hacía que el freno la delatara.

Marjorie remó hasta el cabo a unos cuantos metros de donde lo había hecho la primera vez para no pasar por encima del sedal. Luego remó con energía, y el bote volvió a la playa. Lo acompañaron unas pequeñas olas. Marjorie salió del bote y Nick tiró de él hasta sacarlo del agua.

—¿Qué ocurre, Nick? —preguntó Marjorie.

—No lo sé —dijo Nick, recogiendo madera para encender un fuego.

Con las maderas arrastradas por el agua hicieron un fuego. Marjorie se dirigió al bote y tomó una manta. La brisa nocturna se llevaba el humo hacia el cabo, de modo que Marjorie extendió la manta entre el fuego y el lago.

Marjorie se sentó en la manta de espaldas al fuego y esperó a Nick. Él se acercó y se sentó en la manta, junto a ella. Detrás de ambos estaban los tupidos árboles del cabo, con los segundos renuevos del año, y delante la bahía, con la desembocadura del río Hortons. Todavía no había oscurecido del todo. La luz del fuego llegaba hasta el agua. Ambos podían ver los dos carretes de acero colocados en ángulo cerca del agua oscura. Los carretes refulgían al fuego.

Marjorie sacó el cesto con la cena.

—No tengo hambre —dijo Nick.

—Come, Nick.

—Bueno.

Los dos comieron sin hablar y contemplaron las dos cañas y la luz del fuego en el agua.

—Esta noche habrá luna —dijo Nick. Miró hacia el otro lado de la bahía, en dirección a las colinas que comenzaban a destacarse contra el cielo. Sabía que más allá de las colinas salía la luna.

—Lo sé —dijo Marjorie, feliz.

—Tú lo sabes todo —dijo Nick.

—¡Oh, Nick, por favor, cállate! ¡Por favor, por favor, no empieces!

—No puedo evitarlo —dijo Nick—. Es verdad. Tú lo sabes todo. Ese es el problema. Y sabes que es verdad.

Marjorie no dijo nada.

—Te lo he enseñado todo. Lo sabes todo y sabes que es así. De todos modos, ¿qué hay que no sepas?

—Oh, cállate —dijo Marjorie—. Ya sale la luna.

Se quedaron sentados sobre la manta sin tocarse y observaron cómo salía la luna.

—Deja de decir tonterías —dijo Marjorie—. ¿Qué te pasa, de verdad?

—No lo sé.

—Claro que lo sabes.

—No, no lo sé.

—Dímelo.

Nick se quedó mirando la luna, que empezaba a asomar sobre las colinas.

—Ya no es divertido.

Le daba miedo mirar a Marjorie. En aquel momento la miró. Estaba allí sentada, dándole la espalda. Nick miró su espalda.

—Ya no es divertido. Nada de esto es divertido.

Marjorie no dijo nada. Nick siguió hablando.

—Es como si todo se hubiera ido al infierno en mi interior. No lo sé, Marge. No sé qué decir.

Nick seguía mirándole la espalda.

—¿El amor ya no es divertido? —dijo Marjorie.

—No —dijo Nick. Marjorie se levantó. Nick se quedó sentado con la cabeza entre las manos.

—Me llevo el bote —le dijo Marjorie—. Tú puedes volver a pie doblando el cabo.

—Muy bien —dijo Nick—. Empujaré el bote.

—No hace falta —dijo Marjorie. Ella estaba en el bote y el bote en el agua, bañado por la luz de la luna. Nick regresó y se tendió con la cara en la manta, junto al fuego. Oyó a Marjorie remando en la oscuridad.

Se quedó echado mucho rato. Y mientras estaba allí oyó cómo Bill entraba en el calvero a través del bosque. Notó cómo Bill se acercaba al fuego. Bill tampoco lo tocó.

—¿Se ha ido por las buenas? —dijo Bill.

—Sí —dijo Nick, echado, la cara en la manta.

—¿Te ha hecho una escena?

—No, no ha habido ninguna escena.

—¿Cómo te sientes?

—¡Oh, vete a paseo, Bill! Vete un rato a paseo.

Bill escogió un sándwich del cesto de la cena y se acercó a las cañas para echarles un vistazo.

Capítulo IV

Era un día de un calor espantoso. Habíamos construido una barricada absolutamente perfecta que iba de un lado a otro del puente. Sencillamente, aquello no tenía precio. Una gran reja de hierro forjado, vieja, de la entrada de una casa. Demasiado pesada para levantarla, y podías disparar por los huecos y ellos tendrían que trepar por ella. Aquello era inmejorable. Intentaron saltarla, y los cazamos desde cincuenta metros. Se abalanzaron sobre ella, y los oficiales salieron de uno en uno e intentaron retirarla. Era un obstáculo absolutamente perfecto. Sus oficiales eran excelentes. Nos quedamos terriblemente destrozados cuando nos enteramos de que el flanco había cedido y teníamos que retirarnos.

El vendaval de tres días

La lluvia paró cuando Nick dobló para enfilar el camino que atravesaba el huerto. Ya habían recogido la fruta, y el viento de otoño soplaba entre los árboles pelados. Nick se detuvo y cogió una manzana wagner del suelo, a la orilla del camino, reluciente en medio de la hierba marrón a causa de la lluvia. Se metió la manzana en el bolsillo de su gruesa chaqueta cruzada.

El camino salía del huerto y llegaba hasta lo alto de la colina. Había allí una cabaña, un porche austero, humo saliendo de la chimenea. Detrás estaba el garaje, el gallinero y los árboles madereros con el segundo renuevo del año, que formaban una especie de seto contra el bosque de atrás. Los grandes árboles se mecían al viento en la lejanía. Era la primera tormenta de otoño.

Mientras Nick cruzaba el campo abierto que quedaba por encima del huerto, la puerta de la cabaña se abrió y salió Bill. Se quedó en el porche con la mirada perdida.

—Bueno, Wemedge[5] —dijo.

—Hola, Bill —dijo Nick, subiendo los escalones.

Se quedaron el uno junto al otro, mirando el paisaje, el huerto que quedaba al otro lado del camino, los campos más bajos y el bosque del cabo hasta el lago. El viento soplaba directamente sobre el lago. Veían la espuma que se formaba en el cabo de Ten Mile.

—Cómo sopla —dijo Nick.

—Soplará así tres días —dijo Bill.

—¿Está tu padre en casa? —dijo Nick.

—No. Ha salido con la escopeta. Entra.

Nick entró en la cabaña. En el hogar había un buen fuego. El viento lo hacía rugir. Bill cerró la puerta.

—¿Quieres echar un trago? —dijo.

Fue a la cocina y volvió con dos vasos y una jarra de agua. Nick cogió la botella de *whisky* del estante que había sobre la chimenea.

—¿Así? —dijo.

—Así está bien —dijo Bill.

Se sentaron delante del fuego y bebieron *whisky* irlandés y agua.

—Tiene un gusto ahumado buenísimo —dijo Nick, y miró el fuego a través del vaso.

—Es la turba —dijo Bill.

—La turba no se puede convertir en licor —dijo Nick.

—Eso tanto da —dijo Bill.

—¿Has visto turba alguna vez? —preguntó Nick.

—No —dijo Bill.

—Yo tampoco —dijo Nick.

Sus zapatos, justo delante del fuego, comenzaban a echar vapor.

—Será mejor que te quites los zapatos —dijo Bill.

—No llevo calcetines.

—Quítatelos y sécalos. Te traeré unos calcetines —dijo Bill. Fue al piso de arriba, entró en el desván, y Nick lo oyó caminar sobre su cabeza. El piso de arriba, debajo del tejado, estaba abierto, y era ahí donde Bill y su padre, y también Nick, dormían a veces. Al fondo había un vestidor. Movían los catres para apartarlos de la lluvia y se tapaban con telas impermeables.

Bill bajó con un par de gruesos calcetines de lana.

—Ya no es tiempo de ir por ahí sin calcetines —dijo.

—Odio volver a ponérmelos —dijo Nick. Se puso los calcetines y se dejó caer en la butaca, colocando los pies sobre la pantalla que había delante del fuego.

—Vas a abollar la pantalla —dijo Bill. Nick retiró los pies y los puso a un lado del fuego.

—¿Tienes algo para leer? —preguntó.

—Solo el periódico.

—¿Qué hicieron los Cards?

—Perdieron dos partidos seguidos con los Giants.

—Debió de ser pan comido para ellos.

—Para ellos no es nada —dijo Bill—. Mientras McGraw pueda seguir comprando a todos los buenos jugadores de la liga, no hay nada que hacer.

—No puede comprarlos a todos —dijo Nick.

—Compra todos los que quiere —dijo Bill—. O hace que estén descontentos para que tengan que vendérselos.

—Como hizo con Heinie Zim —le dio la razón Nick.

—Ese idiota le irá de perlas.

Bill se levantó.

—Sabe batear —sugirió Nick. El calor que llegaba de la chimenea le cocía las piernas.

—También es un buen jugador de campo —dijo Bill—. Pero pierde partidos.

—A lo mejor para eso lo quiere McGraw —sugirió Nick.

—A lo mejor.

—Siempre hay más de lo que sabemos —dijo Nick.

—Desde luego. Pero para vivir tan apartados estamos bastante bien informados.

—Y si no ves los caballos te es más fácil elegirlos.

—Así es.

Bill cogió la botella de *whisky*. Su manaza la abarcó por completo. Lo vertió en el vaso que Nick le tendió.

—¿Cuánta agua?

—La misma.

Se sentó en el suelo junto a la butaca de Nick.

—Me gusta cuando llegan las tormentas de otoño, ¿y a ti? —dijo Nick.

—Es estupendo.

—La mejor época del año —dijo Nick.

—¿No sería horroroso vivir en la ciudad? —dijo Bill.

—Me gustaría ver la final —dijo Nick.

—Bueno, ahora son siempre en Nueva York o Filadelfia —dijo Bill—. O sea, que nos iba a dar igual.

—¿Crees que los Cards ganarán alguna vez el campeonato?

—No mientras vivamos —dijo Bill.

—Caramba, se volverían locos —dijo Nick.

—¿Te acuerdas de cuando iban tan bien, antes de tener el accidente de tren?

—¡Chico! —dijo Nick al recordarlo.

Bill extendió el brazo para coger el libro que estaba sobre la mesa debajo de la ventana. Estaba boca abajo, tal como lo había dejado al salir. Sostuvo el vaso con una mano y el libro con la otra, recostándose contra la butaca de Nick.

—¿Qué lees?

—*Richard Feverel*[6].

—Fui incapaz de hincarle el diente.

—No está mal —dijo Bill—. No es un mal libro, Wemedge.

—¿Qué más tienes que no haya leído? —preguntó Nick.

—¿Has leído *The Forest Lovers*[7]?

—Sí. Aquel en que todas las noches se meten en la cama con la espada desenvainada entre ellos.

—Ese es un buen libro, Wemedge.

—Es un libro de primera. Lo que nunca entendí es qué pintaba la espada. Tendría que estar siempre con el filo vertical, porque si quedaba plana podrías rodar encima de ella como si tal cosa.

—Es un símbolo —dijo Bill.

—Claro —dijo Nick—, pero no es práctico.

—¿Has leído *Fortitude*?

—Está bien —dijo Nick—. Eso es un libro de verdad. Es ese en el que su viejo le va detrás todo el tiempo. ¿Tienes alguno más de Walpole[8]?

—*The Dark Forest* —dijo Bill—. Trata de Rusia.

—¿Y qué sabe él de Rusia? —preguntó Nick.

—No lo sé. Con estos tíos nunca se sabe. A lo mejor estuvo allí de joven. El tipo tiene un montón de información.

—Me gustaría conocerle —dijo Nick.

—A mí me gustaría conocer a Chesterton —dijo Bill.

—Ojalá estuviera ahora aquí —dijo Nick—. Mañana lo llevaríamos a pescar al Voix.

—Me pregunto si le gustaría ir a pescar —dijo Bill.

—Claro —dijo Nick—. Debe de ser el tío más formidable que existe. ¿Te acuerdas de *Flying Inn*?

—«Si un ángel del cielo te trajera otras cosas para beber, le agradecerías sus amables intenciones; e irías y las vaciarías bajo la sentina».

—Y que lo digas —dijo Nick—. Supongo que es mejor persona que Walpole.

—Oh, ya lo creo, eso seguro —dijo Bill.

—Pero Walpole es mejor escritor.

—No lo sé —dijo Nick—. Chesterton es un clásico.

—Walpole también es un clásico —insistió Bill.

—Ojalá estuvieran los dos aquí —dijo Nick—. Mañana los llevaríamos a pescar al Voix.

—Emborrachémonos —dijo Bill.

—De acuerdo —asintió Nick.

—A mi viejo no le importará —dijo Bill.

—¿Estás seguro? —dijo Nick.

—Lo sé —dijo Bill.

—Ya estoy un poco borracho —dijo Nick.

—No estás borracho —dijo Bill.

Se levantó del suelo y cogió la botella de *whisky*. Nick le tendió el vaso. Tenía los ojos fijos en él mientras Bill le servía.

Bill le llenó el vaso hasta la mitad.

—Ponte el agua que quieras —dijo—. Solo queda para otro trago.

—¿No tienes más? —preguntó Nick.

—Hay mucho más, pero mi padre solo quiere que beba del que ya está abierto.

—Entiendo —dijo Nick.

—Dice que abrir botellas es lo que te convierte en un borracho —explicó Bill.

—Es verdad —dijo Nick. Estaba impresionado. Nunca había pensado en ello. Siempre había creído que lo que te convertía en un borracho era beber solo.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó respetuosamente.

—Está bien —dijo Bill—. A veces se le va un poco la cabeza.

—Es un buen tipo —dijo Nick. Se puso agua en el vaso y la mezcló lentamente con el *whisky*. Había más *whisky* que agua.

—Puedes estar seguro de que sí —dijo Bill.

—Mi viejo también es un buen tío —dijo Nick.

—Ya lo puedes decir —dijo Bill.

—Dice que nunca ha tomado una copa en su vida —afirmó Nick, como si anunciara un hecho científico.

—Bueno, es médico. Mi viejo es pintor. Es diferente.

—Se ha perdido muchas cosas —dijo Nick con tristeza.

—Nunca se sabe —dijo Bill—. Todo tiene sus contrapartidas.

—Es él el que dice que se ha perdido muchas cosas —confesó Nick.

—Bueno, mi padre lo ha pasado mal —dijo Bill.

—Todo tiene sus compensaciones —dijo Nick.

Se quedaron mirando el fuego y meditando esa profunda verdad.

—Voy a buscar leña al porche de atrás —dijo Nick. Al mirar el fuego había observado que se estaba apagando. También deseaba demostrar que aunque bebiera no perdía su sentido práctico. Aun cuando su padre nunca hubiera probado el alcohol, Bill no iba a conseguir emborracharle antes de estar él mismo borracho.

—Trae un trozo bien grande de haya —dijo Bill, que también quería demostrar que no había perdido su sentido práctico.

Nick entró con el tronco por la cocina, y al pasar derribó una olla de la mesa. Colocó el leño en el suelo y recogió la olla. Contenía albaricoques secos en remojo. Recogió meticulosamente los albaricoques del suelo, algunos habían rodado bajo los fogones, y volvió a colocarlos en la olla. Le echó un poco más de agua del cubo que había junto a la mesa. Se sentía muy orgulloso de sí mismo. Había actuado con un gran sentido práctico.

Entró cargando el leño y Bill se levantó de la butaca y le ayudó a ponerlo en el fuego.

—Un tronco de primera —dijo Nick.

—Lo he estado guardando para el mal tiempo —dijo Bill—. Un tronco como este arderá toda la noche.

—Así quedarán brasas para encender el fuego por la mañana —dijo Nick.

—Tienes razón —dijo Bill. Procuraban hablar con la máxima seriedad.

—Tomemos otra copa —dijo Nick.

—Creo que hay otra botella en el armario —dijo Bill.

Se arrodilló en el rincón, delante del armario, y sacó una botella cuadrada.

—Es escocés —dijo.

—Traeré un poco más de agua —dijo Nick. Volvió a la cocina. Llenó la jarra con el cazo, sumergiéndolo en el agua fresca de manantial del cubo. Cuando volvía a la sala pasó junto a un espejo del comedor y se miró. Se vio una cara extraña. Le sonrió a la cara del espejo y esta le devolvió la sonrisa. Se guiñó el ojo y siguió andando. No era su cara, pero no le importaba.

Bill había servido más *whisky*.

—Menudo tangazo me has puesto —dijo Nick.

—Nosotros podemos con todo, Wemedge —dijo Bill.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Nick, levantando el vaso.

—Por la pesca —dijo Bill.

—Muy bien —dijo Nick—. Caballeros, brindemos por la pesca.

—Por toda la pesca —dijo Bill—. En todas partes.

—Por la pesca —dijo Nick—. Por eso brindamos.

—Es mejor que el béisbol —dijo Bill.

—No tiene ni punto de comparación —dijo Nick—. No entiendo cómo se nos ha ocurrido hablar de béisbol.

—Ha sido un error —dijo Bill—. El béisbol es un deporte para patanes.

Se bebieron todo lo que les quedaba en el vaso.

—Y ahora brindemos por Chesterton.

—Y por Walpole —le interrumpió Nick.

Nick vertió el licor. Bill el agua. Se miraron. Se sentían estupendamente.

—Caballeros —dijo Bill—, brindemos por Chesterton y Walpole.

—Eso mismo, caballeros —dijo Nick.

Bebieron. Nick llenó los vasos. Se sentaron en las grandes butacas delante del fuego.

—Eres muy sabio, Wemedge —dijo Bill.

—¿A qué te refieres? —preguntó Nick.

—Por haber roto con Marge —dijo Bill.

—Supongo —dijo Nick.

—Era lo que había que hacer. De lo contrario, ahora estarías en casa trabajando para reunir dinero suficiente para casarte.

Nick no dijo nada.

—Un hombre, en cuanto se casa, está jodido del todo —añadió Bill—. Ya no tiene nada más. Nada. Ni una maldita cosa. Está listo. Ya has visto cómo acaban los que se casan.

Nick no dijo nada.

—Lo tienen escrito en la cara —dijo Bill—. Tienen esa expresión de gordo casado. Están listos.

—Claro —dijo Nick.

—Probablemente fue una pena romper —dijo Bill—. Pero siempre puedes encontrar a otra que te guste, y entonces ya está. Enamórate de quien quieras, pero no dejes que te destrocen la vida.

—Sí —dijo Nick.

—De haberte casado con ella, habrías tenido que casarte con toda la familia. Acuérdate de su madre y de ese tipo con quien se casó.

Nick asintió.

—Imagínatelos todo el día por tu casa y teniendo que ir a comer el domingo a la suya y teniéndolos a comer en la tuya, y todo el rato la madre diciéndole a Marge lo que tiene que hacer y cómo ha de comportarse.

Nick permaneció en silencio.

—Has salido airoso del asunto —dijo Bill—. Ahora Marge puede casarse con alguien como ella, tener su propia casa y ser feliz. No se puede mezclar el agua y el aceite. Eso sería como si yo me casara con Ida, la que trabaja para Stratton. A ella probablemente también le gustaría.

Nick no dijo nada. El licor había ido apagando todo lo que estaba fuera de él y lo había dejado solo. Bill había desaparecido. Ahora ya no estaba sentado ante del fuego ni yendo a pescar mañana con Bill y su padre ni nada parecido. No estaba borracho. Todo se había esfumado. Todo lo que sabía era que antaño tenía a Marjorie y que ahora la había perdido. Ella se había ido y era él

quien la había echado. Eso era todo lo que importaba. Quizá nunca volviera a verla. Era lo más probable. Todo había terminado, acabado.

—Tomemos otra copa —dijo Nick.

Bill le sirvió. Nick se echó un poco de agua.

—De haber seguido por ese camino ahora no estaríamos aquí —dijo Bill.

Era cierto. Su plan original había sido volver a casa y conseguir un trabajo. Luego planeaba quedarse en Charlevoix todo el invierno para estar cerca de Marge. Ahora no sabía lo que iba a hacer.

—Probablemente ni siquiera iríamos a pescar mañana —dijo Bill—. Actuaste como debías, desde luego.

—No pude evitarlo —dijo Nick.

—Lo sé. Así son las cosas —dijo Bill.

—De repente todo se acabó —dijo Nick—. No sé cómo ocurrió. No pude evitarlo. Fue como el vendaval de tres días, que llega de repente y se lleva todas las hojas de los árboles.

—Bueno, se ha acabado. Eso es lo importante —dijo Bill.

—Fue culpa mía —dijo Nick.

—Tanto da de quién fuera la culpa —dijo Bill.

—Supongo que sí —dijo Nick.

La única verdad era que Marjorie se había ido y probablemente nunca volvería a verla. Habían hablado de ir a Italia juntos y de lo bien que lo pasarían allí. De los lugares a los que irían juntos. Ahora todo se había acabado.

—Lo más importante es que se haya terminado —dijo Bill—. Te lo digo, Wemedge, mientras duró estuve preocupado. Lo has hecho bien. Tengo entendido que la madre está muy cabreada. Le había dicho a mucha gente que estabais prometidos.

—No estábamos prometidos —dijo Nick.

—Corría la voz de que lo estabais.

—No pude evitarlo —dijo Nick—. No lo estábamos.

—¿No ibais a casaros? —preguntó Bill.

—Sí. Pero no estábamos prometidos —dijo Nick.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó Bill en tono de interrogatorio.

—No lo sé. Pero hay una diferencia.

—Yo no la veo —dijo Bill.

—Muy bien —dijo Nick—. Emborrachémonos.

—Muy bien —dijo Bill—. Emborrachémonos de verdad.

—Emborrachémonos y luego vayamos a nadar —dijo Nick.

Apuró su vaso.

—Lo siento muchísimo por ella, pero ¿qué podía hacer? —dijo Nick—. ¡Ya sabes cómo era su madre!

—Era terrible —dijo Bill.

—De repente todo se acabó —dijo Nick—. No debería hablar de ello.

—Y no estás hablando —dijo Bill—. He sido yo quien ha empezado y ahora termino. No volveremos a hablar de ello nunca más. Tú no quieres pensar en eso. Podrías liarte con ella otra vez.

A Nick eso no se le había ocurrido. Le había parecido tan definitivo. Esa idea le hizo sentirse mejor.

—Claro —dijo—. Siempre hay ese peligro.

Ahora se sentía feliz. No había nada irrevocable. Podía ir al pueblo el sábado por la noche. Era jueves.

—Siempre hay una oportunidad —dijo.

—Pero tienes que ir con pies de plomo —dijo Bill.

—Iré con pies de plomo —dijo Nick.

Se sentía feliz. No había acabado. No había nada perdido. El sábado bajaría al pueblo. Se sentía más ligero, como se sentía antes de que Bill comenzara a hablar de eso. Siempre había una salida.

—Cojamos las escopetas y bajemos al cabo a ver si encontramos a tu padre —dijo Nick.

—Vale.

Bill cogió dos escopetas del armero de la pared. Abrió una caja de cartuchos. Nick se puso la chaqueta y los zapatos. Los zapatos, al secarse, se habían quedado rígidos. Todavía estaba bastante borracho, pero tenía la cabeza clara.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Nick.

—De primera. Llevo una buena castaña. —Bill se estaba abrochando el suéter.

—No sirve de nada emborracharse.

—No. Deberíamos salir afuera.

Se dirigieron a la puerta. Soplaba un vendaval.

—Con este aire los pájaros no podrán volar —dijo Nick.

Pusieron rumbo al huerto.

—Esta mañana he visto una becada —dijo Bill.

—A lo mejor la encontramos —dijo Nick.

—Con este viento no se puede disparar —dijo Bill.

Ahora que estaban fuera, la cuestión de Marge no parecía tan trágica. Ni siquiera era muy importante. El viento lo disipaba todo.

—Viene del gran lago —dijo Nick.

Oyeron el estampido de una escopeta en dirección contraria al viento.

—Ese es papá —dijo Bill—. Está en el pantano.

—Tomemos un atajo —dijo Nick.

—Atajaremos por el prado de abajo, a ver qué encontramos —dijo Bill.

—De acuerdo —dijo Nick.

Nada de eso era importante ahora. El viento lo disipó de su cabeza. Siempre podía bajar al pueblo el sábado por la noche. Era una suerte tener eso en la recámara.

Capítulo V

Fusilaron a los seis ministros del gabinete a las seis y media de la mañana contra la tapia del hospital. En el patio había charcos de agua. Sobre las losas del patio había hojas muertas y mojadas. Llovía a cántaros. Todas las contraventanas del hospital estaban atrancadas con clavos. Uno de los ministros estaba enfermo de tifus. Dos soldados lo llevaron abajo y lo sacaron a la lluvia. Intentaron que se mantuviera erguido contra la tapia pero acabó sentado en un charco de agua. Los otros cinco estaban de pie, totalmente inmóviles contra la tapia. Al final el oficial les dijo a los soldados que no valía la pena intentar que se mantuviera en pie. Cuando dispararon la primera descarga estaba sentado en el agua con la cabeza sobre las rodillas.

El belicoso

Nick se puso en pie. Se encontraba bien. Levantó la mirada de la vía cuando las luces del furgón de cola desaparecían al doblar la curva. Había agua a ambos lados de la vía, y a continuación el pantano de alerces.

Se palpó la rodilla. Tenía los pantalones rotos y la piel raspada. Se había pelado las manos y tenía arena y carbonilla bajo las uñas. Se dirigió al borde de la vía, descendió la suave pendiente hasta llegar al agua y se lavó las manos. Se las lavó meticulosamente en el agua fría, sacándose la suciedad de las uñas. Se acuclilló y se remojó la rodilla.

Ese maldito cabrón del guardafrenos. Ya le daría un escarmiento algún día. Volvería a saber de él. Bonita manera de comportarse.

—Ven aquí, muchacho —le había dicho—. Tengo algo para ti.

Nick había picado. Menuda bromita miserable. Otro día no volverían a pillarle.

—Ven aquí, muchacho, tengo algo para ti. —Y luego *bam* y cayó de bruces junto a la vía.

Nick se frotó el ojo. Le estaba saliendo un buen chichón. Se le pondría el ojo morado, desde luego. Ya le dolía. Ese hijo de puta de guardafrenos.

Se tocó con los dedos el chichón que tenía junto al ojo. Bueno, solo era un ojo morado. Esa había sido la única consecuencia. Poca cosa. Ojalá pudiera verlo. Pero no podía verlo en el reflejo del agua. Estaba oscuro y se encontraba bastante lejos de cualquier parte. Se secó las manos en los pantalones, se levantó y remontó el terraplén hasta los raíles.

Echó a andar siguiendo la vía. Estaba bien balastada y era de buen caminar, la arena y la grava apretadas entre las traviesas formaban un camino sólido. El terso lecho de la vía se adentraba en el pantano como si fuera una carretera elevada. Nick siguió andando. Debía de llevar a alguna parte.

Nick se había subido al tren de carga cuando aminoró el paso cerca del empalme de Walton para cambiar de vía. El tren, con Nick ya a bordo, había cruzado Kalkaska cuando empezaba a oscurecer. Ahora Nick debía de estar cerca de Mancelona. Cinco o seis kilómetros de pantano. Siguió andando sin abandonar la vía, procurando pisar el balasto que había entre las traviesas, el fantasmal pantano en la niebla que se levantaba. Le dolía el ojo y tenía

hambre. No aflojó el paso, fue dejando atrás kilómetros y kilómetros de vía. El pantano era idéntico a ambos lados de las vías.

Más adelante había un puente. Nick lo cruzó, y sus botas emitieron un sonido hueco sobre el hierro. Abajo, el agua se veía negra entre las rendijas de las traviesas. Nick dio una patada a un clavo suelto, que cayó al agua. Más allá del puente había unas colinas. Todo era alto y oscuro a ambos lados de la vía. Siguiendo los raíles, Nick vio un fuego.

Avanzó por la vía hacia el fuego, con cautela. Estaba a un lado de la vía, por debajo del terraplén de la línea de ferrocarril. Solo había visto la luz que emitía. La vía salía a través de una zanja, y el fuego estaba en una zona de campo abierto que llegaba hasta el bosque. Nick bajó con cuidado el terraplén y se adentró en el bosque para acercarse al fuego que brillaba entre los árboles. Era un hayedo y pisaba los espinosos zurrones de los hayucos al caminar entre los árboles. El fuego era vivo, justo al borde de los árboles. Junto a él había sentado un hombre. Nick esperó detrás del árbol y observó. El hombre parecía estar solo. Estaba sentado con la cabeza entre las manos mirando el fuego. Nick echó a andar y entró en el círculo de luz de la hoguera.

El hombre estaba allí sentado mirando el fuego. Cuando Nick se detuvo bastante cerca de él, el hombre no se movió.

—¡Hola! —dijo Nick.

El hombre levantó la mirada.

—¿Dónde te han puesto el ojo a la funerala? —dijo.

—El guardafrenos me dio un puñetazo.

—¿En el mercancías?

—Sí.

—Vi a ese cabrón —dijo el hombre—. Pasó por aquí hará una hora y media. Se paseaba por encima de los vagones dando palmas y cantando.

—¡El muy cabrón!

—Debía de estar contento de haberte arreado —dijo el hombre, muy serio.

—Ya le zurraré yo.

—Pégale una pedrada otra vez que lo intente —le aconsejó el hombre.

—Ya lo pillaré.

—Eres un tipo duro, ¿verdad?

—No —contestó Nick.

—Los chavales de tu edad sois duros.

—Tienes que serlo —dijo Nick.

—Eso es lo que he dicho.

El hombre miró a Nick y sonrió. A la luz del fuego Nick vio que tenía la cara desfigurada. La nariz estaba hundida, los ojos eran muy finos, los labios tenían una forma rara. Nick no se dio cuenta enseguida, solo vio que la cara del hombre tenía una forma extraña y que estaba mutilada. Era de un color como de masilla. A la luz del fuego tenía el aspecto de un muerto.

—¿No te gusta mi jeta? —preguntó el hombre.

Nick se sintió avergonzado.

—Claro —dijo.

—¡Mira esto! —El hombre se quitó al gorra.

Solo tenía una oreja. Estaba hinchada y aplastada contra el lado de la cara. Donde debería haber estado la otra oreja había un muñón.

—¿Alguna vez habías visto algo parecido?

—No —dijo Nick. Sintió ligeras náuseas.

—Y supe encajarlo —dijo el hombre—. ¿No te crees que supe encajarlo, chaval?

—¡Apuesto a que sí!

—Todos me zurraban —dijo el hombrecillo—. No podían hacerme daño.

Miró a Nick.

—Siéntate —dijo—. ¿Quieres comer?

—No te molestes —dijo Nick—. Voy a seguir hasta la ciudad.

—¡Escucha! —dijo el hombre—. Llámame Ad.

—¡Claro!

—Escucha —dijo el hombre—. No estoy muy bien.

—¿Qué te pasa?

—Estoy loco.

Se puso la gorra. A Nick le entraron ganas de reír.

—Tú estás perfectamente —dijo.

—No, no es verdad. Estoy loco. Escucha, ¿has estado loco alguna vez?

—No —dijo Nick—. ¿Cómo te dio a ti?

—No lo sé —dijo Ad—. Cuando te da no te enteras. Me conoces, ¿verdad?

—No.

—Soy Ad Francis.

—¿En serio?

—¿No me crees?

—Sí.

Nick sabía que debía de ser cierto.

—¿Sabes cómo los derroté?

—No —dijo Nick.

—El corazón me va lento. Late tan solo cuarenta veces por minuto. Pon la mano.

Nick vaciló.

—Vamos —dijo el hombre cogiéndole la mano—. Cógeme la muñeca. Pon los dedos aquí.

El hombrecillo tenía la muñeca gruesa y los músculos le sobresalían bajo el hueso. Nick sintió el lento bombeo bajo los dedos.

—¿Tienes reloj?

—No.

—Yo tampoco —dijo Ad—. No sirve de nada si no tienes reloj.

Nick le soltó la muñeca.

—Escucha —dijo Ad Francis—. Vuelve a cogerme la muñeca. Tú cuentas los latidos y yo cuento hasta sesenta.

Nick sintió el lento y duro pálpito bajo los dedos y comenzó a contar. Oyó que el hombre contaba lentamente: uno, dos, tres, cuatro, cinco, etcétera, en voz alta.

—Sesenta —acabó Ad—. Lo que es un minuto. ¿Cuántas has contado tú?

—Cuarenta —dijo Nick.

—Eso es —dijo alegremente Ad—. Nunca se acelera.

Un hombre descendió el terraplén de la vía férrea y cruzó el claro hasta el fuego.

—¡Hola, Bugs! —dijo Ad.

—¡Hola! —respondió Bugs. Era una voz de negro. Por su manera de andar, Nick supo que era un negro. Se quedó de espaldas a ellos, inclinado sobre el fuego. Se enderezó.

—Este es mi colega Bugs —dijo Ad—. Él también está loco.

—Encantado de conocerte —dijo Bugs—. ¿De dónde eres?

—De Chicago —dijo Nick.

—Una bonita ciudad —dijo el negro—. No he oído tu nombre.

—Adams. Nick Adams.

—Dice que nunca ha estado loco, Bugs —dijo Ad.

—Aún le queda mucho por conocer —dijo el negro. Estaba desenvolviendo un paquete junto al fuego.

—¿Cuándo vamos a comer, Bugs? —preguntó el boxeador profesional.

—Ahora mismo.

—¿Tienes hambre, Nick?

—Un hambre de mil demonios.

—¿Has oído eso, Bugs?

—Oigo casi todo lo que se dice.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Sí. He oído lo que ha dicho el caballero.

Estaba colocando lonchas de jamón en una sartén. A medida que la sartén se iba calentando, la grasa chisporroteaba, y Bugs, acuclillado ante el fuego sobre sus largas piernas de negro, dio la vuelta al jamón y cascó unos huevos en la sartén, que inclinó de un lado a otro para que los huevos se impregnaran de la grasa caliente.

—¿Le importaría cortar un poco de pan de esa bolsa, señor Adams? —dijo Bugs volviéndose hacia Nick.

—Claro.

Nick extendió el brazo hacia la bolsa y sacó una hogaza de pan. Cortó seis rebanadas. Ad le observó y se inclinó hacia delante.

—Déjame tu cuchillo, Nick —dijo.

—No, no lo haga —dijo el negro—. No suelte el cuchillo, señor Adams.

El boxeador volvió a echarse hacia atrás.

—¿Le importaría pasarme el pan, señor Adams? —preguntó Bugs. Nick se lo entregó.

—¿Le gustaría mojar pan en la grasa del jamón? —preguntó el negro.

—¡Apuesto que sí!

—Quizá será mejor que esperemos un poco. Es mejor al final de la comida. Tome.

El negro cogió una loncha de jamón y la colocó sobre una de las rebanadas de pan, a continuación deslizó un huevo encima.

—Cierre el sándwich, por favor, y déselo al señor Francis, si no le es molestia.

Ad cogió el sándwich y se puso a comer.

—Vigile que no se le escurra el huevo —le advirtió el negro—. Este es para usted, señor Adams. Lo que queda me lo comeré yo.

Nick mordió el sándwich. El negro estaba sentado delante de él, al lado de Ad. El jamón y los huevos, recién fritos, sabían de maravilla.

—Hay que ver qué hambre tiene el señor Adams —dijo el negro. El hombrecillo al que Nick conocía de nombre como campeón de boxeo permanecía en silencio. No había dicho nada desde que el negro comentara lo del cuchillo.

—¿Puedo ofrecerle una rebanada de pan mojado en la grasa caliente del jamón? —dijo Bugs.

—Muchas gracias.

El hombrecillo miró a Nick.

—¿Quiere usted un poco, señor Adolph Francis? —dijo Bugs señalando la sartén.

Ad no contestó. Estaba mirando a Nick.

—¿Señor Francis? —le llamó el negro con una voz suave.

Ad no contestó. Estaba mirando a Nick.

—Estoy hablando con usted, señor Francis —dijo el negro en voz baja.

Ad seguía mirando a Nick. Tenía la gorra inclinada sobre los ojos. Nick se puso nervioso.

—Demonios, ¿crees que esto es manera de comportarse? —Le espetó a Nick desde debajo de la gorra—. ¿Quién demonios te crees que eres? Chulo de mierda. Te presentas sin que nadie te llame y te comes mi comida y cuando te pido el cuchillo te pones chulo.

Le lanzó a Nick una mirada furiosa. Tenía la cara blanca y los ojos, bajo la gorra, eran prácticamente invisibles.

—Das risa. ¿Quién demonios te ha pedido que te presentaras aquí?

—Nadie.

—Ya lo puedes decir, nadie. Y tampoco te ha pedido nadie que te quedes. Te presentas aquí y te haces el chulo comentando mi cara y te fumas mis cigarrillos y te bebes mi licor y luego me hablas haciéndote el chulo. ¿Es que no sabes lo que te espera?

Nick no dijo nada. Ad se puso en pie.

—Te lo diré, cobarde cabrón de Chicago. Te voy a poner el culo rojo a hostias. ¿Qué te parece eso?

Nick dio un paso atrás. El hombrecillo se le acercó lentamente, caminando con torpeza, el pie izquierdo avanzaba con normalidad, y el derecho a rastras.

—Pégame —dijo Ad moviendo la cabeza—. Intenta pegarme.

—No quiero pegarte.

—No saldrás de esta tan fácilmente. Te voy a dar una paliza, ¿entiendes? Vamos, atácame.

—Déjalo ya —dijo Nick.

—Muy bien, como quieras, cabrón.

El hombrecillo bajó la mirada a los pies de Nick. Mientras estaba con la vista baja, el negro, que le había seguido al alejarse de la hoguera, se puso en posición y le soltó un golpe en la base del cráneo. Ad cayo hacia delante y Bugs dejó caer la cachiporra, envuelta en una tela, sobre la hierba. El hombrecillo se quedó allí, con la cara sobre la hierba. El negro lo levantó, la

cabeza colgándole, y lo llevó cerca de la hoguera. La cara de Ad no tenía buen aspecto, los ojos estaban abiertos. Bugs lo tendió suavemente en el suelo.

—¿Podría traerme un poco de agua del cubo, señor Adams? —dijo—. Me temo que le he dado un poco fuerte.

Con la mano, el negro salpicó la cara del hombre y le tiró suavemente de las orejas. Los ojos se cerraron.

Bugs se puso en pie.

—Está bien —dijo—. Nada de qué preocuparse. Lo siento, señor Adams.

—No pasa nada. —Nick miraba al hombrecillo. Vio la cachiporra sobre la hierba y la recogió. Tenía el mango flexible, y cuando la tuvo en la mano se dobló. Estaba hecha de un cuero negro gastado con un pañuelo envolviendo el extremo más pesado.

—El mango es de barba de ballena. —El negro sonrió—. Ya no se fabrican como esta. No sabía si era usted capaz de cuidarse solo, y, en cualquier caso, no quería que le hiciera daño ni le dejara otra señal.

El negro volvió a sonreír.

—Pero tú sí le has dado.

—Yo sé hacerlo. No se acordará de nada. Es la única manera de calmarlo cuando se pone así.

Nick seguía mirando al hombrecillo, que aún estaba echado con los ojos cerrados a la luz de la hoguera.

—No se preocupe por él, señor Adams. Le he visto así muchísimas veces.

—¿Qué le volvió loco? —preguntó Nick.

—Oh, muchas cosas —respondió el negro junto al fuego—. ¿Querría tomar una taza de café, señor Adams?

Le entregó a Nick una taza de café y alisó el abrigo que había colocado bajo la cabeza del hombre inconsciente.

—Para empezar, le dieron demasiadas palizas. —El negro dio un sorbo al café—. Pero eso solo lo dejó un poco tarado. Además, su hermana era su mánager, y en los periódicos venga a decir que si eran hermano y hermana, y que si ella amaba a su hermano y que si él amaba a su hermana, y luego se casaron en Nueva York y todo acabó siendo muy desagradable.

—Me acuerdo de eso.

—Claro. Naturalmente, no eran más hermano y hermana que yo y él, pero a mucha gente aquello no le gustaba, y los dos comenzaron a tener sus desacuerdos, y un día ella se fue y ya no volvió.

Se bebió el café y se limpió los labios con la palma de la mano, de color rosa.

—Se volvió loco. ¿Quiere un poco más de café, señor Adams?

—Gracias.

—La vi un par de veces —añadió el negro—. Era una mujer guapísima. Se parecía tanto a él que pasaban por gemelos. Si no le hubieran partido tantas veces la cara no sería feo.

Calló. La historia parecía haber terminado.

—Lo conocí en la cárcel —dijo el negro—. Después de que ella se fuera atizaba a todo el mundo y lo metieron en la cárcel. Yo estaba preso por haber rajado a uno.

Sonrió, y añadió en voz baja:

—Enseguida le cogí aprecio, y cuando salí le busqué. Le gusta pensar que estoy loco y no me importa. Me gusta estar con él y me gusta ver el país, y no tengo que robar para hacerlo. Me gusta vivir como un señor.

—¿Y a qué os dedicáis? —preguntó Nick.

—Oh, a nada. Simplemente vamos de un lado a otro. Él tiene dinero.

—Debió de ganar mucho.

—Desde luego. Aunque se lo gastó todo. O se lo quitaron. Pero ella le envía dinero. —Atizó el fuego—. Es una mujer estupenda —dijo—. Se parece tanto a él que podría pasar por su hermana gemela.

El negro echó un vistazo a Ad, que respiraba pesadamente. Tenía el pelo, rubio, sobre la frente. Su cara desfigurada, en reposo, parecía la de un niño.

—Voy a despertarlo, señor Adams. Y, si no le importa, preferiría que se esfumara. No me gusta no ser hospitalario, pero si vuelve a verlo podría alterarse otra vez. Detesto tener que atizarle, pero cuando se pone así no se puede hacer otra cosa. Tengo que mantenerlo más o menos alejado de la gente. No le importa, ¿verdad, señor Adams? No, no me dé las gracias, señor Adams. Le habría advertido de lo que podía pasar, pero como parecía que usted le caía simpático, pensé que todo iría bien. Encontrará la próxima población a unos tres kilómetros siguiendo la vía. La llaman Mancelona. Adiós. Me gustaría que se quedara a pasar la noche, pero ahora ya es imposible. ¿Quiere llevarse un poco de pan con jamón? ¿No? Es mejor que se lleve un sándwich. —Todo eso lo dijo con una voz de negro grave, bien modulada, educada.

—Bueno. Adiós, señor Adams. Adiós y buena suerte.

Nick se alejó de la hoguera, cruzó el calvero y llegó a las vías del tren. Cuando ya no se le podía ver desde la hoguera se puso a escuchar. La voz

grave del negro seguía hablando. Nick no podía oír sus palabras. Luego oyó al hombrecillo decir:

—Me duele muchísimo la cabeza, Bugs.

—Se sentirá mejor, señor Francis —le tranquilizó la voz del negro—. Beba una taza de café caliente.

Nick subió el terraplén y siguió las vías del tren. Vio que tenía el sándwich de jamón en la mano y se lo metió en el bolsillo. Antes de que la línea férrea formara una curva y se adentrara en la colinas, ascendía en pendiente. Desde allí Nick volvió la vista atrás y pudo ver la luz del fuego en el calvero.

Capítulo VI

Nick se recostaba en la tapia de la iglesia, donde le habían arrastrado para alejarlo de las ametralladoras de la calle. Las dos piernas asomaban en una postura forzada. Le habían dañado la columna vertebral. Tenía la cara sudorosa y sucia. El sol le daba en la cara. Era un día muy caluroso. Rinaldi, un tipo de espalda ancha, con todo el equipo por el suelo, yacía boca abajo arrimado a la tapia. Nick miraba al frente y le brillaban los ojos. El muro rosado de la casa de enfrente se había derrumbado, y una cama de hierro colgaba retorcida hacia la calle. Dos austríacos yacían muertos entre los escombros, a la sombra de la casa. Calle arriba había más muertos. En la ciudad las cosas avanzaban. Iban bien. Los camilleros llegarían en cualquier momento. Nick volvió la cabeza lentamente y miró a Rinaldi.

—Senta, *Rinaldi*, Senta. *Tú y yo hemos firmado una paz aparte*.

Rinaldi estaba echado al sol, inmóvil, y respiraba con dificultad.

—No somos patriotas.

Nick volvió la cabeza con cuidado hacia el otro lado, sonriendo y sudando. Rinaldi era un público decepcionante.

Un relato muy breve

Una calurosa tarde, en Padua, lo llevaron a la azotea y pudo ver la ciudad desde lo alto. En el cielo había vencejos de chimenea. Al cabo de un rato oscureció y encendieron los reflectores. Los demás bajaron y se llevaron las botellas con ellos. Él y Luz los oían desde el balcón. Luz se sentó en la cama. Se sentía tranquila y fresca en la noche calurosa.

Luz estuvo tres semanas en el turno de noche. Se lo permitieron con mucho gusto. Cuando lo operaron, ella se encargó de prepararlo para la mesa de operaciones; y bromearon con lo de amigo o enema. Se sometió a la anestesia con el firme propósito de controlarse y no parlotear de cualquier cosa al llegar los momentos de estúpida locuacidad. Cuando comenzó a andar con muletas, él solía tomarse la temperatura para que Luz no tuviera que levantarse. Había pocos pacientes, y todos lo sabían. Apreciaban a Luz. Cuando él regresaba por los pasillos se imaginaba a Luz en su cama.

Antes de regresar él al frente, entraron en el Duomo y rezaron. Era un lugar silencioso, en penumbra, y había más gente rezando. Querían casarse, pero no había tiempo para las amonestaciones, y ninguno de los dos tenía la partida de nacimiento. Se sentían como si estuvieran casados, pero querían que todo el mundo lo supiera, y también querían estar casados por lo que pudiera pasar.

Luz le escribió muchas cartas que a él no le llegaron hasta después del armisticio. Al frente le llegó un fajo de quince que él clasificó por orden cronológico y leyó seguidas. En todas le hablaba del hospital, de lo mucho que lo amaba y de que se le hacía imposible estar sin él y de lo terrible que era echarlo de menos por la noche.

Después del armisticio convinieron en que él volviera a su país para conseguir un trabajo y poder casarse. Luz no iría hasta que él tuviera un buen trabajo, y pudiera ir a Nueva York para reunirse con ella. Quedó entendido que él no bebería, y que en Estados Unidos no vería a sus amigos ni a nadie. Lo único que tenía que hacer era conseguir un trabajo y casarse. En el tren de Padua a Milán riñeron porque ella no quería ir a Estados Unidos enseguida. Cuando tuvieron que despedirse, en la estación de Milán, se dieron un beso,

pero no habían hecho las paces. A él le sentó muy mal tener que despedirse de ese modo.

Él se fue a Estados Unidos en un barco que zarpó de Génova. Luz regresó a Pordenone para abrir un hospital. Era un lugar solitario y lluvioso, y había un batallón de *arditi*[9] acuartelado en la población. En aquella ciudad lluviosa y llena de barro, el comandante del batallón le hizo el amor a Luz, y ella, que no conocía a los italianos, al final le mandó una carta a Estados Unidos para decirle que lo suyo había sido tan solo un amorío adolescente. Lo lamentaba, y sabía que probablemente él no lo comprendería, pero quizá algún día la perdonaría y le estaría agradecido, y le dijo que esperaba, de una manera totalmente inesperada, casarse en primavera. Ella lo amaba como siempre, pero ahora comprendía que había sido un amor adolescente. Le deseaba que tuviera éxito profesional, y creía absolutamente en él. Sabía que eso era lo mejor.

El comandante no se casó con ella en primavera, ni nunca. Luz jamás obtuvo respuesta a la carta que envió a Chicago. Poco tiempo después él contrajo gonorrea, contagiado por la dependienta de unos grandes almacenes de la zona comercial de Chicago mientras iban en un taxi por Lincoln Park.

Capítulo VII

Mientras el bombardeo reducía a añicos la trinchera de Fossalta, él se pegaba al suelo y sudaba y rezaba oh, Jesucristo, sácame de aquí. Jesús de mi vida sácame de aquí. Cristo por favor por favor Cristo. Si me salvas de la muerte haré todo lo que digas. Creo en ti y le diré a todo el mundo que eres lo único que importa. Por favor por favor Jesús de mi vida. El bombardeo se desplazó a otro lado del frente. Nos pusimos a trabajar en la trinchera y por la mañana salió el sol y el día era caluroso y bochornoso y alegre y tranquilo. La noche siguiente, de vuelta en Mestre, no le habló de Jesús a la chica con la que subió a la habitación de la villa Rossa. Ni a ella ni a nadie, nunca.

La patria del soldado

Antes de ir a la guerra, Krebs asistía a una facultad metodista de Kansas. Hay una foto en la que se le ve con los miembros de su fraternidad, todos ellos exactamente de la misma estatura y con el mismo tipo de cuello de camisa. Se alistó en los marines en 1917 y no regresó a Estados Unidos hasta que la segunda división volvió del Rin en el verano de 1919.

Hay una foto en la que se le ve en el Rin con dos chicas alemanas y otro cabo. A Krebs y el cabo parece que el uniforme les esté pequeño. Las alemanas no son guapas. El Rin no aparece en la foto.

Cuando Krebs regresó a su ciudad natal de Oklahoma, se habían acabado ya los recibimientos a los héroes. Él regresó mucho más tarde. Todos los hombres de la población llamados a filas habían sido obsequiados con un elaborado recibimiento a su vuelta. Había habido mucha histeria. Ahora se había impuesto una fase de reacción. La gente parecía pensar que era más bien ridículo que Krebs volviera tan tarde, años después de acabada la guerra.

Al principio Krebs, que había estado en el bosque de Belleau, Soissons, la Champaña, Saint Mihiel y la Argonne, no quería hablar de la guerra. Luego sintió la necesidad de hablar, pero nadie quería escucharle. Aquel pueblo había oído demasiados relatos de atrocidades para que los hechos reales lo emocionaran. Krebs descubrió que para que le hicieran caso tenía que mentir, y después de haberlo hecho un par de veces él también tuvo una reacción en contra de la guerra y en contra de hablar de ella. A causa de las mentiras que había contado se apoderó de él una aversión hacia todo lo que le había ocurrido en la guerra. Todas las ocasiones que le habían hecho que se sintiera bien y seguro de sí mismo cuando se acordaba de ellas; aquellas ocasiones tan distantes en las que había hecho lo que correspondía, lo único que puede hacer un hombre, de manera fácil y natural, cuando podría haber hecho otra cosa, perdían ahora todo su brillo y su valor y se perdían en el olvido.

Sus mentiras eran de poca monta y consistían en atribuirse cosas que otros habían visto, hecho u oído, y postular como ciertos incidentes apócrifos comunes a todos los soldados. Ni en la sala de billar causaban sensación sus mentiras. Sus conocidos, que habían oído detallados relatos de mujeres alemanas a las que encontraron encadenadas a metralletas en el bosque de

Argonne, y que no podían comprender, o su patriotismo les impedía interesarse por ese detalle, que existiera algún alemán que manejara una ametralladora y no estuviera encadenado a ella, se quedaban fríos ante sus historias.

Krebs acabó sintiendo náuseas por las experiencias resultantes de la falsedad o la exageración, y si de vez en cuando se topaba con alguien que había sido soldado de verdad y hablaban unos minutos en el guardarropa de una sala de baile, caía en la fácil pose del soldado veterano entre otros soldados: que todo el tiempo había estado terrible, espantosamente asustado. Así lo olvidó todo.

Por esa época, era finales de verano, se quedaba en la cama durmiendo hasta tarde, se levantaba para bajar al centro y coger un libro en la biblioteca, almorzaba en casa, leía en el porche delantero hasta que se aburría y luego paseaba por el pueblo y pasaba las horas más calurosas del día en la fresca penumbra de la sala de billares. Le encantaba jugar al billar.

Por la noche practicaba con el clarinete, iba andando hasta el centro, leía y se iba a la cama. Seguía siendo un héroe ante sus dos hermanas pequeñas. Su madre le habría llevado el desayuno a la cama de habérselo pedido. A menudo entraba en su cuarto cuando él estaba en la cama y le pedía que le hablara de la guerra, pero al final la mujer acababa distrayéndose. A su padre tanto le daba.

Antes de que Krebs se fuera a la guerra no le dejaban conducir el coche de la familia. Su padre tenía negocios inmobiliarios y quería que el coche estuviera siempre a su disposición por si tenía que llevar clientes al campo para enseñarles alguna granja. El coche siempre estaba aparcado delante del edificio del First National Bank, en cuya segunda planta su padre tenía una oficina. Ahora, después de la guerra el coche seguía siendo el mismo.

Lo único que había cambiado en el pueblo era que las chicas habían crecido. Pero vivían en un mundo tan complejo de alianzas ya definidas y enemistades cambiantes que Krebs carecía de la energía y el valor para irrumpir en él. De todos modos, le gustaba mirarlas. Había tantas chicas guapas. Casi todas llevaban el pelo corto. Cuando se fue a la guerra tan solo las niñas llevaban el pelo así, o las chicas que eran unas frescas. Todas llevaban suéter y vestidos camiseros de cuello redondo holandés. Todas cortadas por el mismo patrón. Le gustaba mirarlas desde el porche delantero mientras ellas caminaban por el otro lado de la calle. Le gustaba mirarlas mientras caminaban bajo la sombra de los árboles. Le gustaban los cuellos redondos holandeses que sobresalían de sus suéteres. Le gustaban sus medias

de seda y sus zapatos planos. Le gustaba el pelo al estilo paje y su manera de andar.

Cuando estaba en el centro no le llamaban mucho la atención. No le gustaban cuando las veía en la heladería del griego. Lo cierto es que no las deseaba. Eran demasiado complicadas. Eran otra cosa. Vagamente deseaba a alguna chica, pero no quería tener que hacer nada para conseguirla. Le habría gustado tener una chica, pero sin verse obligado a ir detrás de ella mucho tiempo. No quería meterse en la política ni en las intrigas necesarias. No quería tener que cortejar. No quería tener que contar más mentiras. No valía la pena.

Tampoco deseaba las consecuencias. No quería cargar con ninguna consecuencia. Quería seguir viviendo sin consecuencias. Además, tampoco necesitaba ninguna chica. Era algo que le había enseñado el ejército. No estaba mal fingir que necesitabas encontrar una chica. Casi todo el mundo lo hacía. Pero no era cierto. No necesitabas ninguna chica. Eso era lo gracioso. Uno primero se jactaba de que las chicas no significaban nada para él, que nunca pensaba en ellas, que era insensible a sus encantos. Y luego se jactaba de que no podía pasar sin chicas, que las necesitaba continuamente, que no podía irse a la cama sin ellas.

Era todo mentira. Las dos cosas eran mentira. No necesitabas chicas a no ser que pensaras en ellas. Lo aprendió en el ejército. Y además, tarde o temprano, siempre conseguías alguna. Cuando estabas de verdad preparado para las chicas, siempre conseguías alguna. No tenías ni que pensar en ello. Tarde o temprano llegaban. Lo había aprendido en el ejército.

Ahora habría tenido una chica si ella se hubiera acercado a él sin querer hablar. Pero en su país todo era demasiado complicado. Sabía que nunca podría volver a pasar por aquello. La molestia no valía la pena. Eso era lo bueno de las chicas francesas y alemanas. Que te ahorrabas todo ese parloteo. No podías hablar mucho y no necesitabas hacerlo. Era sencillo y erais amigos. Se acordó de Francia y luego comenzó a pensar en Alemania. En general, le había gustado más Alemania. No había querido irse de Alemania. No quería volver a casa. Sin embargo, había vuelto. Estaba sentado en el porche delantero.

Le gustaban las chicas que caminaban por el otro lado de la calle. Le gustaban más que las chicas francesas o las alemanas. Pero el mundo en que ellas vivían no era el mundo en que vivía él. Le habría gustado tener a una de esas chicas. Pero no valía la pena. Todas cortadas por el mismo patrón. Y era un bonito patrón. Era fascinante. Pero tendría que hablar. Y la necesidad

tampoco le acuciaba tanto. De todos modos, le gustaba mirarlas. No valía la pena. No ahora que todo comenzaba a ir bien otra vez.

Estaba sentado en el porche leyendo un libro sobre la guerra. Era un libro de historia, y leía acerca de todos los combates en que había participado. Era lo más interesante que había leído nunca. Se dijo que ojalá hubiera más mapas. Con un sentimiento positivo anhelaba leer todas las buenas historias cuando salieran con buenos y detallados mapas. Ahora sí que estaba aprendiendo de verdad sobre la guerra. Había sido un buen soldado. Y eso era importante.

Una mañana, cuando ya llevaba más o menos un mes en casa, su madre entró en su dormitorio y se sentó en la cama. Se alisó el delantal.

—Anoche tuve una charla con tu padre, Harold —dijo—, y está dispuesto a dejarte coger el coche por las noches.

—¿Sí? —dijo Krebs, que aún no estaba del todo despierto—. ¿Coger el coche? ¿Sí?

—Sí. Tu padre lleva ya algún tiempo pensando que deberías poder coger el coche cuando él no lo necesita, siempre que quieras, pero hasta anoche no lo hablamos.

—Seguro que tú lo convenciste —dijo Krebs.

—No. Fue idea de tu padre comentar el asunto.

—Sí. Seguro que tú lo convenciste. —Krebs se incorporó.

—¿Bajarás a desayunar, Harold? —dijo su madre.

—En cuanto me vista —dijo Krebs.

Su madre salió del dormitorio y él la oyó freír algo en el piso de abajo mientras se lavaba, se afeitaba y se vestía para bajar a desayunar al comedor. Mientras comía su hermana apareció con el correo.

—Bueno, Hare —dijo su hermana—. Estás hecho una marmota. ¿Para qué te levantas?

Krebs se la quedó mirando. Le caía bien. Era su hermana preferida.

—¿Has traído el periódico? —preguntó.

Ella le entregó *The Kansas City Star* y él le quitó la faja de papel marrón y lo abrió por la página de deportes. Dobló *The Star* y lo apoyó contra la jarra de agua, sujetándolo con su plato de cereales para poder leerlo mientras comía.

—Harold —dijo su madre desde la puerta de la cocina—, Harold, por favor, no revuelvas el periódico. Tu padre no puede leer el *Star* si está revuelto.

—No lo revolveré —dijo Krebs.

Su hermana se sentó a la mesa y lo observó mientras leía.

—Esta tarde vamos a jugar a béisbol en el gimnasio del cole —dijo—. Yo voy a lanzar.

—Bien —dijo Krebs—. ¿Qué tal el brazo?

—Lanzo mejor que la mayoría de los chicos. Les digo que tú me enseñaste. Las demás chicas no son muy buenas.

—¿De veras? —dijo Krebs.

—Les digo que eres mi novio. ¿Eres mi novio, Hare?

—Pues claro que sí.

—¿Acaso tu hermano no puede ser tu novio solo porque es tu hermano?

—No lo sé.

—Claro que lo sabes. ¿Acaso no podrías ser mi novio, Hare, si yo tuviera edad y tú quisieras?

—Claro. Ahora ya eres mi chica.

—¿De verdad soy tu chica?

—Claro.

—¿Me quieres?

—Ajá.

—¿Me querrás siempre?

—Desde luego.

—¿Irás a verme jugar esta tarde?

—Puede.

—Mmm, Hare, no me quieres. Si me quisieras, irías a verme jugar esta tarde.

La madre de Krebs entró en el comedor procedente de la cocina. Llevaba un plato con dos huevos fritos y un poco de beicon crujiente encima y un plato con tortitas de trigo sarraceno.

—Vete, Helen —dijo—. Quiero hablar con Harold.

Colocó el plato con los huevos y el beicon delante de él y le llevó una jarra de jarabe de arce para las tortitas. A continuación se sentó a la mesa delante de Krebs.

—Me gustaría que dejaras un momento el periódico, Harold —dijo.

Krebs bajó el periódico y lo dobló.

—¿Ya has decidido lo que vas a hacer, Harold? —dijo su madre, quitándose las gafas.

—No —dijo Krebs.

—¿Y no crees que ya va siendo hora? —No había maldad alguna en sus palabras. Parecía preocupada.

—No había pensado en ello —dijo Krebs.

—Dios tiene una labor para cada uno —dijo su madre—. En su reino no puede haber manos ociosas.

—Yo no estoy en su reino —dijo Krebs.

—Todos nosotros estamos en su reino.

Krebs se sintió avergonzado y resentido como siempre.

—He estado muy preocupada por ti, Harold —prosiguió su madre—. Conozco las tentaciones a las que seguramente has estado expuesto. Sé lo débiles que son los hombres. Me acuerdo de lo que tu querido abuelo, mi padre, nos contó de la guerra civil, y he rezado por ti. Todo el día rezo por ti, Harold.

Krebs miró la grasa del beicon que se endurecía en su plato.

—Tu padre también está preocupado —añadió su madre—. Cree que ya no tienes ambición, que no tienes una meta clara en la vida. Charley Simmons, que es de tu misma edad, tiene un buen empleo y va a casarse. Los muchachos están sentando la cabeza; todos están decididos a llegar a algo; es evidente que muchachos como Charley Simmons van camino de convertirse en el orgullo de su comunidad.

Krebs no dijo nada.

—No me mires así, Harold —dijo su madre—. Sabes que te amo, y por tu propio bien quiero decirte cómo están las cosas. Tu padre no quiere obstaculizar tu libertad. Cree que se te debería permitir conducir el coche. Si quieres llevar a dar una vuelta a alguna de esas chicas tan guapas, estaremos encantados. Queremos que lo pases bien. Pero tendrás que ponerte a trabajar, Harold. A tu padre le da igual por dónde empieces. Como él dice, todo trabajo es honorable. Pero tienes que empezar a hacer algo. Me pidió que hablara contigo esta mañana y que luego te pasaras a verle por su oficina.

—¿Eso es todo? —dijo Krebs.

—Sí. ¿Es que no quieres a tu madre, cariño?

—No —dijo Krebs.

Su madre se lo quedó mirando desde el otro lado de la mesa. Le brillaban los ojos. Se echó a llorar.

—No quiero a nadie —dijo Krebs.

Eso no sirvió de nada. No podía decírselo, no podía hacer que lo comprendiera. Era una estupidez haberlo dicho. Solo había pretendido herirla. Se le acercó y le cogió el brazo. Su madre lloraba con la cabeza entre las manos.

—No lo he dicho en serio —dijo—. Solo estaba enfadado. No es verdad que no te quiera.

Su madre siguió llorando. Krebs la rodeó con su brazo.

—¿No me crees, madre?

Su madre negó con la cabeza.

—Por favor, madre, por favor. Créeme.

—Muy bien —dijo su madre, ahogándose. Levantó la mirada hacia él—. Te creo, Harold.

Krebs le besó el pelo. Su madre le acercó la cara.

—Soy tu madre —dijo—. Te apretaba contra mi corazón cuando eras un recién nacido.

Krebs se sintió mal y con una leve náusea.

—Lo sé, mamá —dijo—. Intentaré ser un buen muchacho por ti.

—¿Quieres arrodillarte y rezar conmigo, Harold? —le preguntó su madre.

Se arrodillaron junto a la mesa del comedor y la madre de Krebs rezó.

—Ahora reza tú, Harold —dijo ella.

—No puedo —dijo Krebs.

—Inténtalo, Harold.

—No puedo.

—¿Quieres que yo rece por ti?

—Sí.

Así que su madre rezó por él y luego se levantaron, y Krebs besó a su madre y salió de casa. Lo había hecho para no complicarse la vida. No obstante, nada de eso le había afectado. Lo sentía por su madre, que le había hecho mentir. Se iría a Kansas City y encontraría un trabajo, así ella se quedaría más tranquila. Tal vez le armaría alguna otra escena antes de irse. No pasaría por la oficina de su padre. Eso se lo ahorraría. Quería que su vida transcurriera sin sobresaltos. De momento lo había conseguido. Bueno, de todos modos, ya se había acabado. Iría a la escuela y vería jugar a Helen.

Capítulo VIII

A las dos de la mañana dos húngaros entraron en un estanco de la calle Quince y Grand Avenue. Drevitts y Boyle venían de la comisaría de la calle Quince en un Ford. Los húngaros salían de un callejón marcha atrás con su ranchera. Boyle le pegó un tiro al que estaba en el asiento de la ranchera y otro al que estaba en el cajón. Drevitts se asustó al comprobar que los dos estaban muertos. Diablos, Jimmy, dijo, no deberías haberlo hecho. Nos vamos a meter en un buen follón.

—Eran ladrones, ¿no? —dijo Boyle—. Son espaguetis, ¿no? ¿Quién demonios va a decir nada?

—Puede que esta vez no pase nada —dijo Drevitts—, pero ¿cómo sabías que eran espaguetis cuando los has liquidado?

—Espaguetis —dijo Boyle—. Huelo a los espaguetis a un kilómetro de distancia.

El revolucionario

En 1919 viajaba por Italia en ferrocarril trajinando un trozo de hule expedido por el cuartel general del partido, donde, escrito con tinta indeleble, decía que era un camarada que había sufrido mucho bajo los Blancos en Budapest y solicitaba a los camaradas que lo ayudaran como pudieran. Lo utilizaba como billete. Era muy tímido y bastante joven, y los empleados del ferrocarril se lo pasaban los unos a los otros. No tenía dinero, y le daban de comer detrás de la barra en las cafeterías del ferrocarril.

Le encantaba Italia. Era un hermoso país, decía. Todo el mundo era amable. Había estado en muchas ciudades, había caminado mucho y visto muchos cuadros. Había comprado reproducciones de Giotto, Masaccio y Piero della Francesca, y las llevaba envueltas en un ejemplar de *Avanti*. Mantegna no le gustaba.

Se presentó en Bolonia, y lo llevé conmigo a la Romaña, donde yo debía encontrarme con un hombre de manera imperiosa. Pasamos un buen viaje juntos. Era primeros de septiembre y el campo estaba hermoso. Él era húngaro, un muchacho muy simpático y muy tímido. Los hombres de Horthy[10] le habían hecho algunas cosas malas. Habló un poco de ello. A pesar de Hungría, creía a pie juntillas en la revolución mundial.

—¿Y cómo va el movimiento en Italia? —preguntó.

—Muy mal —dije.

—Pero irá mejor —dijo—. Aquí lo tenéis todo. Este es el país en el que todo el mundo tiene fe. Aquí será donde empezará todo.

No dije nada.

En Bolonia se despidió de nosotros para coger un tren hasta Milán, y luego hasta Aosta para entrar en Suiza atravesando las montañas. Le hablé de los Mantegnas que había en Milán. «No», dijo, con mucha timidez, no le gustaba Mantegna. Le escribí las direcciones de algunos restaurantes donde comer en Milán y las de los camaradas. Me lo agradeció muchísimo, pero en su mente no rondaba otra cosa que la idea de cruzar el paso montañoso. Estaba ansioso por atravesarlo mientras aún hiciera buen tiempo. Le encantaban las montañas en otoño. Lo último que supe de él fue que los suizos lo tenía encarcelado cerca de Sion.

Capítulo IX

Al primer matador el cuerno le atravesó la mano de la espada y el público lo abucheó. El segundo matador resbaló y el toro lo enganchó por el vientre, y con una mano se agarró al cuerno y la otra la apretó contra la herida, y el toro lo lanzó contra la barrera y el cuerno salió, y el torero quedó tendido en la arena, y a continuación se levantó como si estuviera borracho como una cuba e intentó apartar a manotazos a los hombres que se lo llevaban y pidió a gritos su espada, pero se desmayó. Salió el chaval y tuvo que matar cinco toros porque en una corrida solo hay tres toreros, y en el último toro estaba tan cansado que era incapaz de clavarle la espada. Apenas podía levantar el brazo. Lo intentó cinco veces y el público guardó silencio porque era un buen toro, y parecía que había de ser o el toro o él, y al final lo consiguió. Se sentó en la arena y vomitó, y le echaron una capa por encima mientras el público vociferaba y lanzaba objetos al ruedo.

El señor y la señora Elliot

El señor y la señora Elliot hacían todo lo que podían por encargar un bebé. Lo intentaban con toda la frecuencia que la señora Elliot era capaz de soportar. Lo intentaron en Boston después de casarse y siguieron intentándolo en el barco. Allí no lo intentaron muy a menudo porque la señora Elliot se mareaba bastante. Se mareaba, y cuando se mareaba lo hacía como suelen marearse las mujeres del sur. Me refiero a las mujeres del sur de Estados Unidos. Como todas las mujeres sureñas, la señora Elliot se quedaba enseguida hecha un trapo cuando se mareaba en un barco, cuando viajaba de noche o si tenía que levantarse muy temprano por la mañana. Muchas de las personas que iban en el barco la tomaban por la madre de Elliot. Otras personas que sabían que estaban casados creían que ella estaba embarazada. En realidad ella tenía cuarenta años. Cuando empezó a viajar fue como si los años se le echaran encima.

Parecía mucho más joven, de hecho parecía no tener edad, cuando Elliot se casó con ella después de varias semanas de cortejarla, tras haberla conocido en un salón de té y haber sido amigos bastante tiempo antes de besarla una noche.

Cuando Hubert Elliot se casó, hacía un curso de posgrado de derecho en Harvard. Era poeta y tenía una renta de casi diez mil dólares al año. Escribía poemas muy largos muy deprisa. Tenía veinticinco años y no se había acostado con ninguna mujer hasta que se casó con la señora Elliot. Quería mantenerse puro para poder aportarle a su esposa la misma pureza de cuerpo y mente que esperaba de ella. En su fuero interno lo llamaba llevar una vida recta. Había estado enamorado de varias chicas antes de besar a la señora Elliot, y tarde o temprano acababa diciéndoles que había llevado una vida limpia. Casi todas las chicas dejaban de interesarse en él. Le escandalizaba y horrorizaba que las chicas se prometieran y se casaran con hombres de quienes sabían que se habían arrastrado por el fango. Una vez intentó prevenir a una chica que conocía acerca de un hombre de quien casi podía probar que había sido un sinvergüenza en la universidad, y todo acabó en un incidente muy desagradable.

El nombre de pila de la señora Elliot era Cornelia. Le había enseñado a Hubert a llamarla Calutina, que era como la apodaba su familia en el sur. Su madre lloró cuando llevó a Calutina a casa después de la boda, pero se animó muchísimo al enterarse de que iban a vivir en el extranjero.

Cornelia había dicho: «Mi dulce muchachito», y lo abrazó con más fuerza cuando él le dijo que se había mantenido limpio para ella. Cornelia también era pura. «Bésame así otra vez», le dijo.

Hubert le explicó que había aprendido a besar de ese modo oyéndole contar una historia a un tipo. Estaba encantado con su experimento, y lo llevaron lo más lejos que pudieron. A veces, cuando llevaban mucho rato besándose, Cornelia le pedía que le dijera otra vez que se había mantenido casto para ella. La declaración siempre volvía a ponerla en situación.

Al principio Hubert no había pensado en casarse con Cornelia. Nunca había pensado en ella de ese modo. Había sido muy buena amiga suya, y un día, en la pequeña trastienda del local en el que habían estado bailando al son de un gramófono mientras la amiga de Cornelia estaba atendiendo a un cliente, ella levantó la mirada hacia él y él la besó. Nunca se acordaba de cuándo se decidió que iban a casarse. Pero se habían casado.

El día que se casaron pasaron la noche en un hotel de Boston. Los dos quedaron decepcionados, pero al final Cornelia se durmió. Hubert no podía dormir y varias veces salió y anduvo paseando por el pasillo del hotel enfundado en el nuevo albornoz Jaeger que había comprado para el viaje de novios. Mientras caminaba vio los pares de zapatos, zapatos pequeños y zapatos grandes, delante de las puertas de las habitaciones del hotel. Aquello hizo que el corazón comenzara a latirle con fuerza, y volvió corriendo a su habitación, pero Cornelia dormía. No le gustaba despertarla, y pronto se calmó y se quedó dormido tranquilamente.

Al día siguiente visitaron a la madre de Hubert y al otro zarparon hacia Europa. Tuvieron la posibilidad de concebir, pero Cornelia no podía intentarlo a menudo, aunque quería un hijo más que ninguna otra cosa en el mundo. Atracaron en Cherburgo y fueron a París. Intentaron concebir a su hijo en París. A continuación se dirigieron a Dijon, donde había una universidad de verano y adonde habían ido algunas de las personas que habían viajado en el barco con ellos. Descubrieron que en Dijon no había nada que hacer. Hubert, no obstante, escribió muchos poemas y Cornelia se los pasó a máquina. Había poemas muy largos. Él era muy severo con los errores, y solo con que encontrara uno le hacía rehacer la página entera. Ella

lloraba mucho, y antes de irse de Dijon intentaron concebir un buen número de veces.

Llegaron a París al mismo tiempo que casi todos sus amigos del barco. Estaban hartos de Dijon, y en cualquier caso ahora ya podrían decir que después de graduarse en Harvard o Columbia o Wabash habían estudiado en la Universidad de Dijon, en la Côte d'Or. Muchos de ellos habrían preferido ir a Languedoc, Montpellier o Perpiñán, si es que hay universidades allí. Pero estos lugares están demasiado lejos. Dijon está a solo cuatro horas y media de París, y en el tren hay un vagón restaurante.

De manera que pasaron unos días rondando por el café du Dôme, evitando la Rotonde, al otro lado de la calle, porque siempre está lleno de extranjeros, y luego los Elliot alquilaron un castillo en Touraine a través de un anuncio que habían leído en el *Herald* de Nueva York. Por entonces Elliot ya tenía algunos amigos, todos ellos admiradores de su poesía, y la señora Elliot había convencido a Hubert para que invitara a la amiga que trabajaba en el salón de té de Boston a visitarlos. A la señora Elliot se la vio mucho más alegre después de la llegada de esta, y juntas se pegaron muchas lloreras. La amiga era varios años mayor que Cornelia y la llamaba Cariño. Ella también procedía de una familia sureña muy antigua.

Los tres, y varios amigos de Elliot que lo llamaban Hubie, fueron al castillo de Touraine. Descubrieron que Touraine era un lugar muy llano y caluroso que se parecía mucho a Kansas. Por entonces Elliot ya tenía poemas suficientes para un libro. Iba a publicarlo en Boston, y había enviado un cheque a un editor y firmado un contrato con él.

Al poco tiempo sus amigos comenzaron a regresar a París. Touraine no había resultado ser el lugar que parecía al principio. Pronto todos sus amigos se marcharon con un joven poeta rico y soltero a una población turística de la costa cercana a Trouville. Allí fueron todos muy felices.

Elliot permaneció en el castillo de Touraine porque lo había alquilado para todo el verano. Él y la señora Elliot intentaron con todas sus fuerzas concebir un bebé en el dormitorio grande y caluroso, en la cama grande y dura. La señora Elliot estaba aprendiendo a escribir a máquina sin mirar el teclado, pero descubrió que, aunque escribía más deprisa, cometía más errores. Ahora era la amiga quien prácticamente mecanografiaba todos los manuscritos. Hacía un trabajo pulcro y eficaz y parecía disfrutar.

Elliot había empezado a beber vino blanco y vivía recluido en su habitación. De noche escribía mucha poesía, y por las mañanas se le veía exhausto. Ahora la señora Elliot y su amiga dormían juntas en la gran cama

medieval. Por la noche cenaban juntos en el jardín, bajo un plátano, y soplaba la cálida brisa nocturna y Elliot bebía vino blanco y la señora Elliot y su amiga charlaban, y eran todos bastante felices.

Capítulo X

Le dieron bien en las patas al caballo blanco, y al final este se puso derecho. El picador desenredó los estribos y se subió a la silla. Las entrañas del caballo colgaban formando un racimo azul y se mecieron adelante y atrás cuando el animal comenzó un medio galope; los monosabios le iban dando detrás de las patas con unas varas. Avanzó dando tumbos hasta la barrera. Se quedó parado y uno de los monosabios lo cogió de la brida y tiró para que avanzara. El picador le clavó las espuelas, se inclinó hacia delante y agitó la pica delante del toro. La sangre manaba por entre las patas delanteras del caballo. El animal se balanceaba nervioso. El toro no se decidía a embestir.

Gato bajo la lluvia

En el hotel solo había dos americanos. No conocían a ninguna de las personas con las que se cruzaban en la escalera cuando iban y venían de su habitación. La habitación estaba en la segunda planta, con vistas al mar. También daba al jardín público y al monumento a los caídos. En el jardín público había grandes palmeras y unos bancos verdes. Cuando hacía buen tiempo siempre había un artista con su caballete. A los artistas les gustaba cómo crecían las palmeras y los vivos colores de los hoteles que daban a los jardines y al mar. Los italianos llegaban desde muy lejos para ver el monumento a los caídos. Era de bronce y relucía bajo la lluvia. Estaba lloviendo. Las palmeras goteaban. El agua formaba charcos en los caminos de grava. El mar rompía en una larga línea bajo la lluvia, retrocedía sobre la playa para volver a coger fuerza y romper otra vez en una larga línea bajo la lluvia. En la plaza donde estaba el monumento a los caídos no quedaba ningún coche. Al otro lado de la plaza, en la entrada de un café, un camarero contemplaba la plaza solitaria.

La esposa americana estaba sentada junto a la ventana, mirando la calle. Fuera, justo debajo de la ventana, una gata se acurrucaba bajo una de las empapadas mesas verdes. La gata intentaba reducir al máximo su tamaño para no mojarse.

—Voy a bajar a recoger a ese gatito —dijo la americana.

—Ya lo haré yo —se ofreció el marido desde la cama.

—No, lo haré yo. El pobrecito está debajo de una mesa procurando no mojarse.

El marido siguió leyendo, incorporado al pie de la cama con ayuda de dos almohadones.

—No te mojes —le dijo.

La mujer bajó y el propietario del hotel se levantó y la saludó con la cabeza al pasar junto a su despacho. Su escritorio estaba en el fondo del despacho. Era un anciano muy alto.

—*Il piove* —dijo la mujer. Le caía bien el propietario.

—*Sì, sì, signora, brutto tempo*. Muy mal tiempo.

Se quedó detrás de su escritorio, en el extremo en penumbra del despacho. Le caía bien a la mujer. Le gustaba la tremenda seriedad con que recibía cualquier queja. Le gustaba su dignidad. Le gustaba la manera en que quería servirla. Le gustaba cómo asumía su papel de propietario del hotel. Le gustaba su cara vieja y tosca y sus manos grandes.

Pensando en cuánto le gustaba, abrió la puerta y miró fuera. Ahora llovía con más fuerza. Un hombre con un impermeable cruzaba la plaza vacía hacia el café. El gato debía de estar más o menos a la derecha. Quizá podría llegar sin tener que dejar la protección de los aleros. Mientras estaba en la puerta, se abrió un paraguas a su espalda. Era la doncella que les limpiaba la habitación.

—No debe mojarse —dijo en italiano, sonriendo. Evidentemente, el propietario la había llamado.

Con la doncella sujetándole el paraguas, recorrió el camino de grava hasta que estuvo bajo su ventana del hotel. Allí estaba la mesa, de un verde abrillantado por la lluvia, pero el gato había desaparecido. La doncella levantó la mirada.

—*Ha perduto qualche cosa, signora*?

—Había un gato —dijo la americana.

—¿Un gato?

—*Sì, il gatto*.

—¿Un gato? —La doncella se echó a reír—. ¿Un gato bajo la lluvia?

—Sí —dijo la americana—, debajo de la mesa. —Y a continuación—: Vaya, me moría de ganas de tenerlo. Quería un gatito.

Cuando hablaba en inglés, la cara de la doncella se tensaba.

—Venga, *signora* —dijo—. Volvamos. Se mojará.

—Supongo que tiene razón —dijo la americana.

Regresaron por el camino de grava y entraron en el hotel. La doncella se quedó fuera para cerrar el paraguas. Cuando la americana pasó junto al despacho, el patrón le hizo una inclinación de cabeza desde su escritorio. La americana sintió en su interior algo pequeño y tirante. El patrón la hacía sentir muy pequeña y al mismo tiempo realmente importante. Por un momento tuvo la sensación de ser alguien de una importancia suprema. Subió las escaleras. Abrió la puerta de su habitación. George estaba en la cama, leyendo.

—¿Has encontrado el gato? —preguntó, bajando el libro.

—Se había ido.

—A saber adónde habrá ido —dijo el marido, descansando la vista de la lectura.

Ella se sentó en la cama.

—Me apetecía tanto tener ese gato —dijo ella—. No sé por qué, pero me apetecía muchísimo tenerlo. Quería a ese pobre gatito. No es divertido ser un pobre gatito bajo la lluvia.

George volvía a leer.

La mujer se le acercó, se sentó delante del espejo del tocador y se miró con el espejo de mano. Estudió su perfil, primero un lado y luego el otro. A continuación se estudió la nuca y el cuello.

—¿No crees que sería buena idea dejarme crecer el pelo? —preguntó mirándose de nuevo el perfil.

George levantó la mirada y le vio la nuca, con el pelo tan corto como el de un muchacho.

—Me gusta como lo llevas.

—Pues ya estoy harta —dijo—. Estoy harta de parecer un chico.

George cambió de postura en la cama. No había apartado los ojos de ella desde que comenzaran a hablar.

—Estás guapísima —dijo.

Ella dejó el espejo sobre el tocador, fue hacia la ventana y miró afuera. Estaba oscureciendo.

—Quiero tener el pelo largo y poder echármelo para atrás y sentirlo terso y apretado. Hacerme un gran moño en la nuca que me pese —dijo—. Quiero tener un gatito en el regazo y que ronronee cuando lo acaricie.

—¿Ah, sí? —dijo George desde la cama.

—Y quiero comer en una gran mesa con mis propios cubiertos de plata y quiero velas. Y quiero que sea primavera y quiero cepillarme el pelo delante de un espejo y quiero un gatito y quiero ropa nueva.

—Oh, cállate y búscate algo para leer —dijo George. Ahora volvía a leer.

Su esposa miraba por la ventana. Casi había oscurecido del todo, y seguía lloviendo sobre la palmera.

—De todos modos, quiero un gato —dijo—. Quiero un gato. Quiero un gato ahora. Si no puedo tener el pelo largo ni divertirme, al menos puedo tener un gato.

George no la escuchaba. Estaba leyendo su libro. Su esposa miraba por la ventana, allí donde las luces de la plaza habían comenzado a encenderse.

Alguien llamó a la puerta.

—*Avanti* —dijo George. Levantó la mirada del libro.

En el vano estaba la doncella. Llevaba un enorme gato pardo apretado contra ella y con el cuerpo colgando.

—Perdone —dijo—, el patrón me ha pedido que traiga esto a la *signora*.

Capítulo XI

La multitud no paraba de vociferar y arrojaba trozos de pan al ruedo, luego las almohadillas y las botas de vino, todo ello sin dejar de silbar y gritar. Al final el toro estaba agotado de tantas malas estocadas. Dobló las rodillas y se tendió en el suelo y un miembro de la cuadrilla se le acercó a la nuca y le dio la puntilla. El público saltó la barrera y rodeó al torero y dos hombres lo agarraron y lo sujetaron mientras otro le cortaba la coleta y la agitaba y un chaval la cogió y se escapó corriendo. Luego vi al torero en el café. Era muy bajito, de piel muy morena y estaba bastante borracho, y dijo que, después de todo, eso ya le había pasado antes. La verdad es que no soy un buen torero.

Fuera de temporada

Con las cuatro liras que había ganado cavando el jardín del hotel, Peduzzi cogió una buena borrachera. Vio al señorito que bajaba por el sendero, y le habló en un tono misterioso. El señorito le dijo que no había comido, pero que estaría preparado para salir en cuanto hubiera acabado el almuerzo. Cuarenta minutos o una hora.

En la cantina que había cerca del puente le fiaron tres grapas más porque se mostró muy misterioso y confiado al referirse al trabajo que tenía para la tarde. Era un día de viento; el sol salía de detrás de las nubes y luego caía un chaparrón y lo ocultaba. Un día maravilloso para pescar truchas.

El señorito salió del hotel y le preguntó por las cañas. ¿Y si su esposa iba detrás con las cañas? «Sí —dijo Peduzzi—, que nos siga». El señorito volvió al hotel y habló con su mujer. Él y Peduzzi se fueron carretera abajo. El señorito llevaba una mochila sobre los hombros. Peduzzi vio a la mujer, que parecía tan joven como su marido y llevaba botas de montaña y una boina azul, echar a andar tras ellos carretera abajo, llevando las cañas de pescar sin ensamblar, una en cada mano.

—*Signorina* —la llamó, guiñándole el ojo al señorito—, acérquese y camine con nosotros. *Signora*, venga aquí. Caminemos todos juntos. —Peduzzi quería que los tres bajaran juntos la calle de Cortina.

La mujer se quedó rezagada, siguiéndolos bastante huraña.

—*Signorina* —la llamó cariñosamente Peduzzi—, venga aquí con nosotros. —El señorito se volvió y gritó algo. La mujer dejó de ir rezagada y los alcanzó.

Peduzzi saludaba profusamente a todo aquel que se encontraban en la calle principal del pueblo. *Buon dì, Arturo*! Levantaba el sombrero. El empleado del banco se lo quedó mirando desde la puerta del café fascista. Grupos de tres o cuatros personas, delante de las tiendas, se quedaban mirando al trío. Los albañiles, que trabajaban en los cimientos del nuevo hotel con sus chaquetas llenas de polvo, levantaron la vista a su paso. Nadie les dirigió la palabra ni les hizo ademán alguno a excepción del mendigo del pueblo, viejo y enjuto, con la barba incrustada de saliva, que levantó el sombrero cuando pasaron.

Peduzzi se detuvo delante de una tienda cuyo escaparate estaba lleno de botellas y sacó su botella vacía de grapa del interior de su vieja chaqueta militar.

—Algo para beber, un poco de marsala para la *signora*, algo, algo para beber. —Hizo gestos con la botella. Era un día maravilloso—. Marsala, ¿le gusta el marsala, *signorina*? ¿Un poco de marsala?

La mujer seguía malhumorada.

—Tendrás que arreglártelas tú solo —dijo—. No entiendo una palabra de lo que dice. Está borracho, ¿verdad?

El señorito parecía no oír a Peduzzi. Pensaba: ¿por qué demonios menciona el marsala? Eso es lo que bebe Max Beerbohm[11].

—*Geld* —dijo por fin Peduzzi, agarrando al señorito de la manga—. *Lire*. —Sonrió, reacio a insistir en el tema, pero con la necesidad de hacer actuar al señorito.

El señorito sacó la cartera y le entregó un billete de diez liras. Peduzzi subió los peldaños que conducían a la puerta de la tienda Especialidad en Vinos Nacionales y Extranjeros. Estaba cerrada.

—Está cerrado hasta las dos —dijo con desdén alguien que pasaba por la calle. Peduzzi bajó los peldaños. Estaba ofendido.

—Tanto da —dijo—, podemos conseguirlo en la Concordia.

Se dirigieron hasta la Concordia de tres en fondo. En el porche de la Concordia, donde se apilaban los trineos oxidados, el señorito dijo:

—*Was wollen Sie*?

Peduzzi le entregó el billete de diez liras doblado y redoblado.

—Nada —dijo—, lo que sea. —Estaba avergonzado—. Marsala, quizá. No lo sé. ¿Marsala?

La puerta de la Concordia se cerró detrás del señorito y su esposa.

—Tres marsalas —le dijo el señorito a la chica que había detrás del mostrador.

—Querrá decir dos —dijo ella.

—No —dijo—, una para un *vecchio*.

—Oh —dijo—, un *vecchio*. —Rio y bajó la botella. Sirvió tres bebidas de aspecto turbio en tres vasos. La mujer estaba sentada a la mesa, bajo la línea de periódicos que colgaban en la pared. El señorito colocó uno de los marsala delante de ella.

—Más vale que te lo bebas —dijo—, puede que te haga sentir mejor.

Ella estaba sentada, mirando el vaso. El señorito salió del local con un vaso para Peduzzi, pero no lo vio.

—No sé dónde está —dijo, volviendo a la pastelería con el vaso.

—Quería un cuarto —dijo la mujer.

—¿Cuánto vale un cuarto de litro? —le preguntó a la chica el señorito.

—¿Del *bianco*? Una lira.

—No, del marsala. Vierta también estos dos —dijo, entregándole su vaso y el que había servido para Peduzzi. La muchacha llenó la medida de cuarto de litro de vino con un embudo—. Una botella para llevarlo —dijo el señorito.

La muchacha se fue a buscar una botella. Todo aquello la divertía.

—Lamento que te sientas tan mal, Tiny —dijo el señorito—. Lamento haberte hablado como lo hice en la comida. Los dos llegamos a la misma conclusión desde ángulos diferentes.

—Me da igual —dijo ella—. Ahora ya todo me da igual.

—¿Tienes frío? —preguntó él—. Ojalá te hubieras traído otro suéter.

—Llevo puestos tres suéteres.

La chica de la pastelería regresó con una botella marrón muy delgada y vertió el marsala en su interior. El señorito le pagó cinco liras más. Salieron por la puerta. Todo aquello divertía a la chica. Peduzzi caminaba arriba y abajo al otro extremo de la calle, a resguardo del viento, con las cañas en la mano.

—Vamos —dijo—, yo llevaré las cañas. ¿Qué más da que alguien las vea? Nadie nos molestará. Nadie se va a meter conmigo en Cortina. Conozco a todo el municipio. He sido soldado. Aquí me conoce todo el mundo. Vendo ranas. ¿Que está prohibido pescar? No pasa nada. Es igual. No hay problema. Les digo que hay grandes truchas. Muchísimas.

Fueron colina abajo en dirección al río. La población quedaba a su espalda. El sol estaba cubierto y lloviznaba.

—Miren —dijo Peduzzi, señalado a una chica que estaba a la puerta de una casa mientras pasaban—. Es mi hija.

—Su médico —dijo la mujer—, ¿tiene que enseñarnos a su médico[12]?

—Ha dicho que es su hija —dijo el señorito.

La chica entró en la casa cuando Peduzzi señaló.

Siguieron bajando la colina a través de los campos y luego viraron para seguir la ribera del río. Peduzzi hablaba deprisa, con muchos guiños de complicidad. Mientras caminaban de tres en fondo, el aire echó el aliento de Peduzzi a la cara de la mujer. En otra ocasión él le dio un codacito en las costillas. A veces Peduzzi hablaba en el dialecto de d’Ampezzo y a veces en el dialecto alemán del Tirol. No sabía muy bien cuál de los dos comprendían

mejor el señorito y su mujer, de modo que se había pasado al bilingüismo. Pero cuando el señorito dijo «*Ja, ja*», Peduzzi decidió hablar solo en tirolés. El señorito y su esposa no entendían nada.

—Todo el mundo nos ha visto pasar con estas cañas. Probablemente ahora nos esté siguiendo un guardabosque. Ojalá no nos hubiésemos metido en esta bobada. Y encima este maldito cretino está borracho perdido.

—Naturalmente no tienes arrestos para dar media vuelta —dijo la mujer —. Naturalmente tienes que seguir adelante.

—¿Por qué no regresas tú? Vuelve, Tiny.

—Pienso quedarme contigo. Si han de meterte en la cárcel, que nos metan a los dos.

Giraron bruscamente en la ribera y Peduzzi se quedó inmóvil, con el abrigo agitándose al viento, gesticulando en dirección al río. Era marrón y fangoso. Un poco más lejos, a la derecha, había un vertedero.

—Dímelo en italiano —dijo el señorito.

—*Un' mezz'ora. Piu d'un' mezz'ora*.

—Dice que falta al menos media hora. Vuelve, Tiny. De todos modos, con este viento vas a pasar frío. Hace un día de perros, y de todos modos tampoco vamos a pasarlo bien.

—Muy bien —dijo ella, y trepó por la ribera cubierta de hierba.

Peduzzi estaba en el río y no se dio cuenta de que la mujer se iba hasta que no estuvo arriba, casi fuera del alcance de su vista.

—*Frau*! —le gritó—. *Frau*! *Fräulein*! No vaya.

La mujer rebasó la cima de la colina.

—¡Ha desaparecido! —dijo. Eso pareció impresionarlo.

Quitó las gomas elásticas que mantenían unidas las diferentes partes de las cañas y comenzó a montar una.

—Pero si acaba de decir que faltaba media hora.

—Oh, sí. Otra buena media hora. Pero este sitio también es bueno.

—¿De verdad?

—Claro. Este sitio es bueno, y el otro también.

El señorito se sentó en la orilla y montó una de las cañas, puso el carrete e hizo pasar el sedal por las guías. Se sentía incómodo, y le daba miedo que en cualquier momento apareciera un guardabosque o una cuadrilla de ciudadanos. Se veían las casas de la población y el campanario sobre el borde de la colina. Sacó su caja de hijuelas. Peduzzi se inclinó hacia delante e introdujo el pulgar y el índice, duros y planos, y enmarañó las hijuelas humedecidas.

—¿Tiene algún plomo?

—No.

—Tiene que tener algún plomo. —Peduzzi estaba alterado—. Tiene que tener *piombo*. Un poco de *piombo*. Aquí. Justo encima del anzuelo, o el cebo flotará en el agua. Lo necesita. Solo un poco de *piombo*.

—¿Usted tiene?

—No. —Peduzzi buscó desesperadamente en sus bolsillos. A través de la tela cribó la borra que había en el forro de los bolsillos militares interiores—. No me queda. Necesitamos *piombo*.

—Entonces no podemos pescar —dijo el señorito, y desmontó la caña, enrollando el sedal a través de las guías—. Mañana conseguiremos algo de *piombo* y pescaremos.

—Pero escúcheme, *caro*, debe tener *piombo*. Si no la hijuela quedará plana sobre el agua. —A Peduzzi el día se le iba haciendo añicos ante sus ojos —. Debe tener *piombo*. Con un poco basta. Su material está limpio y nuevo, pero no tiene plomo. Yo podría haber traído. Me dijo que tenía de todo.

El señorito miró el riachuelo descolorido por la nieve que se derretía.

—Lo sé —dijo—, mañana conseguiremos un poco de *piombo* y pescaremos.

—¿A qué hora de la mañana? Dígamelo.

—A las siete.

Salió el sol. Era cálido y agradable. El señorito se sintió aliviado. Ya no estaba quebrantando la ley. Sentado en la ribera, sacó la botella de marsala del bolsillo y se la pasó a Peduzzi. Peduzzi se la devolvió. El señorito echó un trago y se la pasó a Peduzzi. Peduzzi se la devolvió.

—Beba —dijo—, beba. Es su marsala.

Después de otro trago, el señorito le entregó la botella. Peduzzi la había estado observando atentamente. Cogió la botella apresuradamente y la inclinó. Los pelos grises en los pliegues de su cuello oscilaron mientras bebía, con los ojos fijos en el extremo de la estrecha botella marrón. Se bebió todo el marsala. El sol brillaba mientras bebía. Era maravilloso. Después de todo, era un día estupendo. Un día maravilloso.

—*Senta*, *caro*! Por la mañana a las siete. —Había llamado *caro* varias veces al señorito y no había pasado nada. Era un buen marsala. Le relucían los ojos. Tenía muchos días como ese por delante. Comenzaría a las siete de la mañana.

Empezaron a subir la colina hacia la ciudad. El señorito iba delante. Ya había subido un buen trecho de la colina. Peduzzi lo llamó.

—Escuche, *caro*, ¿me haría el favor de prestarme cinco liras?

—¿Para hoy? —preguntó el joven frunciendo el entrecejo.

—No, no para hoy. Démelas hoy para mañana. Mañana yo traeré de todo. *Pane*, *salami*, *formaggio*, cosas buenas para todos. Usted, yo y la *signora*. Cebo para pescar, pececillos, no solo gusanos. A lo mejor puedo conseguir un poco de marsala. Todo por cinco liras. Cinco liras, por favor.

El señorito buscó en su cartera y sacó un billete de dos liras y dos de uno.

—Gracias, *caro*. Gracias —dijo Peduzzi, con el mismo tono en que un miembro del Carleton Club acepta el *Morning Post* que le ofrece otro miembro. Eso era vida. Se había acabado trabajar en el jardín del hotel, partiendo estiércol helado con un bieldo. La vida estaba llena de posibilidades.

—Hasta las siete en punto, entonces, *caro* —dijo, dándole una palmada en la espalda al señorito.

—A lo mejor no voy —dijo el señorito, metiéndose la cartera en el bolsillo.

—¿Qué? —dijo Peduzzi—. Traeré pececillos para el cebo, *signor*. Salami, de todo. Usted y yo y la *signora*. Los tres.

—A lo mejor no voy —dijo el señorito—, lo más probable es que no vaya. Le dejaré un recado al *padrone* en la recepción del hotel.

Capítulo XII

Si por un casual lo tenías justo delante, podías ver cómo Villalta increpaba al toro y lo insultaba, y cuando el toro embestía se doblaba hacia atrás firme como un roble cuando lo azota el viento, las piernas bien apretadas, arrastrando la muleta y la espada tras ella, siguiendo la curva. A continuación insultaba al toro, agitaba la muleta delante de él, volvía a doblarse cuando el animal embestía, los pies firmes, la muleta describiendo la curva, y a cada pase el rugido de la multitud.

Cuando entraba a matar lo hacía con la misma energía. El toro lo miraba fijamente, odiándolo. Con un solo movimiento sacaba la espada de entre los pliegues de la muleta y apuntaba, llamaba al toro, ¡Toro!, ¡Toro!, y el toro y Villalta embestían al mismo tiempo y por un momento eran uno solo. Villalta se hacía uno con el toro y a continuación todo acababa. Villalta erguido y la empuñadura roja de la espada apenas asomando entre la espalda del toro. Villalta saludaba al público y el toro se desangraba, miraba fijamente a Villalta mientras las piernas se le aflojaban.

A campo traviesa por la nieve

El funicular dio otra sacudida y se paró. Ya no podía seguir, la nieve se había endurecido en los raíles. El vendaval que azotaba la superficie expuesta de la montaña había barrido la nieve hasta dejar una placa dura. Nick, después de encerar sus esquís en el vagón de equipajes, introdujo las botas en los hierros de sujeción del pie y ajustó el cierre. Saltó desde el vagón de lado sobre la placa, giró dando un saltito, y, acuclillándose y con los palos inclinados, se deslizó veloz por la pendiente.

Sobre el manto blanco que había abajo, George bajó, subió y bajó hasta desaparecer. La velocidad y un repentino descenso en picado vaciaron la mente de Nick mientras bajaba una empinada ondulación en la ladera de la montaña hasta que en su cuerpo solo sintió la maravillosa sensación de volar, de caer. Llegó a un suave ascenso, y luego la nieve pareció desaparecer a sus pies mientras bajaba, bajaba, cada vez más rápido hasta alcanzar la última prolongada y pronunciada pendiente. Tan acuclillado que prácticamente iba sentado sobre los esquís, procurando mantenerse bajo el centro de gravedad, la nieve salpicándolo como una tormenta de arena, sabía que iba demasiado deprisa. Pero no aflojó. Sabía que si frenaba se caería. Entonces tropezó con una zona de nieve blanda acumulada por el viento en un hueco del terreno; cayó y dio varias vueltas en medio de un entrechocar de esquís, sintiéndose como un conejo al que acaban de disparar, y luego se quedó atascado, con las piernas cruzadas y los esquís en ángulo recto con el suelo, la nariz y las orejas inundados de nieve.

George estaba un poco más lejos, ladera abajo, sacudiéndose la nieve de su anorak con grandes manotazos.

—Menuda castaña —le gritó a Nick—. Esa asquerosa nieve blanda. Yo también me he caído.

—¿Qué tal en lo alto del barranco? —Nick sacó los esquís del suelo de una patada y se puso en pie.

—Tienes que mantenerte a la izquierda. Hay una pendiente bastante rápida y hay que hacer una cristianía al llegar al fondo por culpa de una alambrada.

—Espera un momento e iremos juntos.

—No, ve tú primero. Me gusta ver cómo bajas los barrancos.

Nick Adams adelantó a George, con la espalda ancha y la cabeza rubia aún un poco salpicadas de nieve. A continuación sus esquís comenzaron a deslizarse borde abajo y descendió en picado, levantando un susurro en la cristalina nieve en polvo, y era como si flotara y cayera mientras subía y bajaba por las ondulaciones del barranco. Se mantuvo a la izquierda, y al final, lanzado a toda velocidad hacia la alambrada, manteniendo las rodillas juntas y muy apretadas y girando el cuerpo como si apretara una tuerca, hizo girar bruscamente los esquís a la derecha en medio de una nube de nieve y aminoró la velocidad en paralelo a la ladera de la colina y a la alambrada.

Levantó la mirada hacia la colina. George bajaba en posición de telemark, arrodillado; una pierna adelantada y doblada, la otra rezagada; los palos colgaban como las finas patas de un insecto, levantando ráfagas de nieve cuando tocaban la superficie, y por fin toda la figura arrodillada apareció describiendo una hermosa curva a la derecha, en cuclillas, una pierna adelantada y la otra rezagada, el cuerpo inclinado en dirección contraria al giro, los palos acentuando la curva como puntos de luz, todo en medio de una enorme nube de nieve.

—Me ha dado miedo hacer una cristianía —dijo George—, la nieve era demasiado profunda. La tuya ha sido preciosa.

—Tal como tengo la pierna no puedo hacer el telemark —dijo Nick.

Nick bajó el alambre superior con el esquí y George pasó por encima. Nick le siguió hasta la carretera. Tomaron por la carretera con las rodillas dobladas hasta adentrarse en un bosque de pinos. La carretera se convirtió en hielo reluciente, con manchas naranja y amarillo tabaco causadas por el arrastre de troncos. Los esquiadores se mantenían en la zona de nieve del lateral. La carretera bajaba bruscamente hacia un arroyo y luego iba recta colina arriba. A través del bosque vieron un edificio alargado de aleros bajos y muy castigado por los estragos del tiempo. A través de los árboles era de un amarillo descolorido. Desde más cerca se distinguían los marcos de las ventanas pintados de verde. La pintura se caía. Nick aflojó el cierre de los esquís con uno de los palos y se los quitó de una patada.

—Me parece que ahora tendremos que llevarlos a la espalda —dijo.

Se puso a subir la empinada carretera con los esquís al hombro, clavando los clavos de sus talones en el suelo helado. Oyó a George que respiraba y clavaba los talones justo detrás de él. Apilaron los esquís a un lado de la posada y se sacudieron la nieve de los pantalones el uno al otro, dieron unas patadas en el suelo para limpiarse las botas y entraron.

Dentro estaba bastante oscuro. Una gran estufa de porcelana relucía en un ángulo de la habitación. El techo era bajo. A cada lado de la sala se alineaban unos lisos bancos tras unas mesas oscuras y manchadas de vino. Cerca de la estufa había dos suizos sentados fumando en pipa y con dos chatos de un vino joven y turbio. Los muchachos se quitaron las chaquetas y se sentaron contra la pared al otro lado de la estufa. En la estancia contigua una voz dejó de cantar y una chica con un delantal azul apareció por la puerta para preguntarles qué querían beber.

—Una botella de Sion —dijo Nick—. ¿Te parece bien, Gidge?

—Claro —dijo George—. Tú sabes más que yo de vino. A mí me gusta todo.

La chica se fue.

—No hay nada como el esquí, ¿verdad? —dijo Nick—. Lo que se siente la primera vez que te lanzas por una pendiente larga.

—Ajá —dijo George—. Es demasiado bonito para decirlo con palabras.

La chica llevó el vino y les costó sacar el corcho. Finalmente Nick la abrió. La chica salió y la oyeron cantar en alemán en la habitación contigua.

—Estas manchas en el corcho no significan nada —dijo Nick.

—Me pregunto si le queda algo de tarta.

—Preguntémosle.

La chica volvió y Nick observó que bajo su delantal la tripa se le abombaba, embarazada. Por qué no me di cuenta la primera vez que se acercó, se dijo.

—¿Qué estabas cantando? —le preguntó.

—Opera, ópera alemana. —No pareció muy dispuesta a profundizar en el tema—. Si quieren tenemos tarta de manzana.

—No es muy cordial, ¿verdad? —dijo George.

—Oh, bueno. No nos conoce y a lo mejor habrá pensado que íbamos a reírnos de lo que cantaba. Probablemente es de la zona de habla alemana, y trabajar aquí la pone a la defensiva, y además está embarazada y es soltera, y eso también la pone a la defensiva.

—¿Cómo sabes que no está casada?

—No lleva anillo. Demonios, por aquí las chicas no se casan hasta que no se la hacen.

La puerta se abrió y entró un grupo de leñadores, dando patadas en el suelo y emitiendo vaho. La camarera llevó tres litros de vino joven para los leñadores, y estos se sentaron en dos mesas, fumando en silencio, sin los sombreros, reclinados contra la pared o apoyados en la mesa. Fuera, los

caballos de los trineos de madera hacían repicar sus agudas campanillas cada vez que sacudían la cabeza.

George y Nick se sentían felices. Se tenían mucho aprecio. Sabían que aún les esperaba el camino de vuelta.

—¿Cuándo tienes que volver a la universidad? —preguntó Nick.

—Esta noche —respondió George—. He de coger el tren de las diez cuarenta procedente de Montreux.

—Ojalá pudieras quedarte y hacer el Dent du Lys mañana.

—Tengo que hacerme un hombre de provecho —dijo George—. Diantres, Nick, ¿no te gustaría que pudiéramos ir juntos por ahí? Coger nuestros esquís y subirnos a un tren hasta donde hubiera buenas zonas para esquiar y alojarnos en bares y cruzar el Oberland y subir hasta Valais y cruzar el Engadine; coger tan solo un juego de herramientas y meter unos cuantos suéteres y pijamas en nuestra mochila y que le dieran morcilla a la facultad y a todo.

—Sí, así podríamos cruzar la *Schwarzwald*. Diantres, qué lugares tan preciosos.

—Ahí es donde fuiste a pescar el verano pasado, ¿verdad?

—Sí.

Comieron la tarta de manzana y se acabaron el vino.

George se recostó en la pared y cerró los ojos.

—El vino siempre me hace sentir así —dijo.

—¿Te hace sentir mal?

—No. Me siento bien, pero raro.

—Sé a qué te refieres —dijo Nick.

—Claro —dijo George.

—¿Pedimos otra botella? —preguntó Nick.

—Por mí no —dijo George.

Se quedaron allí sentados. Nick con los codos apoyados en la mesa, George recostado contra la pared.

—¿Helen va a tener un hijo? —dijo George, abandonando la pared y acercándose a la mesa.

—Sí.

—¿Cuándo?

—A finales del verano que viene.

—¿Te alegras?

—Sí. Ahora sí.

—¿Volverás a Estados Unidos?

—Supongo.
—¿Quieres volver?
—No.
—¿Y Helen?
—No.
George se quedó callado, mirando la botella vacía y los vasos vacíos.
—Es un infierno, ¿verdad?
—No. No exactamente —dijo Nick.
—¿Por qué no?
—No lo sé —dijo Nick.
—¿Alguna vez iréis a esquiar juntos cuando estéis en Estados Unidos?
—No lo sé —dijo Nick.
—Las montañas no son gran cosa —dijo George.
—No —dijo Nick—. Son demasiado rocosas. Hay demasiados árboles y están demasiado lejos.
—Sí —dijo George—, es lo que pasa en California.
—Sí —dijo Nick—, es lo que pasa en todos los lugares en que he estado.
—Sí —dijo George—, no hay más.
Los suizos se levantaron, pagaron y se fueron.
—Ojalá fuésemos suizos —dijo George.
—Todos tienen bocio —dijo Nick.
—No me lo creo —dijo George.
—Ni yo —dijo Nick.
Los dos rieron.
—A lo mejor nunca volvemos a esquiar juntos, Nick —dijo George.
—Tenemos que hacerlo —dijo Nick—. Si tú no me acompañas no merece la pena.
—Muy bien, repetiremos —dijo George.
—Tenemos que hacerlo —asintió Nick.
—Ojalá pudiéramos hacer una promesa —dijo George.
Nick se levantó. Se abrochó el anorak. Se inclinó hacia George y cogió los dos palos de esquí, que estaban apoyados contra la pared. Clavó uno de los palos en el suelo.
—Hacer promesas no sirve de nada —dijo.
Abrieron la puerta y salieron. Hacía mucho frío. La nieve se había endurecido. La carretera subía la colina y se adentraba en el pinar.
Cogieron los esquís, amontonados contra la pared de la posada. Nick se puso los guantes. George ya había echado a andar, con los esquís a la espalda.

Ahora volverían a casa juntos.

Capítulo XIII

Oí los tambores que avanzaban calle abajo y luego los pífanos y las gaitas y entonces doblaron la esquina, bailando. Ocupaban toda la calle. Maera le vio y luego yo también le vi. Cuando se paró la música para que todos se agacharan, él se encorvó en medio de la calle con los demás, y cuando la música volvió a iniciarse él se puso en pie de un salto y se fue calle abajo con ellos. Estaba completamente borracho.

Ve tras él, dijo Maera, a mí me odia.

De modo que me fui calle abajo, llegué hasta donde estaban y lo agarré mientras estaba en cuclillas esperando a que volviera a comenzar la música y le dije: Vamos, Luis. Por amor de Dios, que esta tarde tienes corrida. No me escuchó, pendiente como estaba de que recomenzara la música.

Le dije: No seas idiota, Luis. Volvamos al hotel.

Y la música volvió a empezar y él se puso en pie de un salto y se soltó de una sacudida y se puso a bailar. Le agarré del brazo y él se soltó y dijo: Déjame en paz, no eres mi padre.

Volví al hotel. Maera estaba en el balcón esperando que lo llevara de vuelta. Al verme se metió en el cuarto y bajó disgustado.

Bueno, dije, después de todo no es más que un mexicano salvaje e ignorante.

Sí, dijo Maera, ¿y quién toreará si lo cogen?

Nosotros, supongo, dije.

Sí, nosotros, dijo Maera. Nosotros matamos los toros de los salvajes, los toros de los borrachos, los toros de los que bailan el riau-riau. Sí. Nosotros los matamos. Y tanto que los matamos. Sí. Sí. Sí.

Mi viejo

Supongo que, visto ahora, mi viejo tenía propensión a engordar, a ser uno de esos hombrecillos gordezuelos que se ven por ahí habitualmente, pero lo cierto es que nunca lo fue, excepto un poco al final, y no fue culpa suya, entonces solo se dedicaba a las carreras de obstáculos, y podía permitirse cargar con más peso. Recuerdo que se ponía un impermeable encima de un par de jerséis y por encima aún una gran sudadera, y me hacía correr con él poco antes de mediodía, cuando el sol picaba. Probablemente ya habría hecho un trayecto de prueba con uno de los caballos de Razzo a primera hora de la mañana, después de haber llegado de Turín a las cuatro de la madrugada y haber ido directamente a los establos en taxi, y luego, con el rocío envolviéndolo todo y el sol todavía saliendo, le habría ayudado a quitarse las botas y a ponerse unas zapatillas de deporte y todos esos suéteres y habríamos salido a correr.

—Vamos, muchacho —me decía, esprintando y frenando sobre las puntas de los pies delante del vestuario del jóquey—, en marcha.

Entonces comenzábamos a dar vueltas por la zona interior de la pista, una vez quizá, con él delante, a buen ritmo, y luego nos dirigíamos a la verja y cogíamos una de esas carreteras con árboles a ambos lados y salíamos de San Siro. Cuando llegábamos a la carretera yo iba delante, y podía correr sin ningún problema, y me volvía y él ya había empezado a sudar. Sudaba mucho e iba pisándome los talones con los ojos clavados en mi espalda, y cuando me pillaba mirándole, sonreía y me decía: «Qué manera de sudar, ¿eh?». Cuando mi viejo sonreía, nadie podía evitar sonreír también. Seguíamos corriendo en dirección a las montañas y entonces mi viejo chillaba: «¡Hey, Joe!», y yo me volvía y le veía sentado bajo un árbol, en torno al cuello una toalla que se había traído enrollada a la cintura.

Yo retrocedía y me sentaba a su lado y él sacaba una cuerda del bolsillo y comenzaba a saltar a la comba al sol con el sudor empapándole la cara, y él venga saltar a la comba en medio de una nube de polvo blanco y la cuerda patatí, patatí, pat, pat, pat, y el sol cada vez más caliente, y él saltando cada vez más deprisa, subiendo y bajando un trecho de la carretera. Os digo que era un gusto ver a mi viejo saltar a la cuerda. Podía hacerla girar deprisa o

despacio y con todo tipo de filigranas. Deberíais haber visto cómo nos miraban a veces los italianos cuando pasaban a nuestro lado, dirigiéndose a la ciudad con sus grandes bueyes blancos tirando del carro. Desde luego nos miraban como si pensaran que el viejo se había vuelto majara. Comenzaba a hacer girar la cuerda muy deprisa hasta que los italianos se paraban y se lo quedaban mirando, y luego volvían a poner en marcha los bueyes chasqueando la lengua y pinchándolos con la aguijada.

Cuando me sentaba a verlo saltar a la comba bajo el sol estoy seguro de que me sentía orgulloso de él. Sin duda era divertido y se ejercitaba con mucha intensidad y acababa saltando a un ritmo regular que le borraba el sudor de la cara como si fuera agua y a continuación colgaba la cuerda del árbol y se me acercaba y se sentaba a mi lado y se reclinaba contra el árbol con la toalla y un jersey envolviéndole el cuello.

—Te aseguro que se pasa un infierno intentando mantener el peso —decía, y se reclinaba y cerraba los ojos y respiraba larga y profundamente—. No es como cuando eres un chaval. —Luego se ponía en pie y antes de comenzar a enfriarse íbamos corriendo de vuelta a los establos. Así era como lograba mantener el peso. Siempre estaba preocupado. La mayoría de los jóqueys son capaces de perder todo el peso que quieren cabalgando. Un jóquey pierde un kilo cada vez que monta, pero mi viejo estaba ya muy enjuto y era incapaz de mantener el peso a raya si no hacía todo ese ejercicio.

Recuerdo que una vez en San Siro, Regoli, un italiano menudo que corría para Buzoni, cruzó el cercado de entrenamiento y se dirigió al bar en busca de algo fresco; y que se daba golpes en las botas con la fusta tras haberse pesado antes de la carrera, y que mi padre también se había pesado, y salió con la silla bajo el brazo y la cara completamente roja y cansado y con la camisa que le quedaba pequeña, y se quedó ahí mirando al joven Regoli, que estaba en el bar al aire libre, fresco y con aspecto infantil, y le dije: «¿Qué pasa, papá?», porque pensaba que Regoli le había golpeado o algo parecido, y mi viejo simplemente se quedó mirando a Regoli y dijo: «Oh, a la porra», y se fue al vestuario.

Bueno, a lo mejor nos habría convenido más quedarnos en Milán y correr en Milán y Turín, porque si alguna vez ha habido una carrera fácil, han sido esas dos. «Pianola, Joe», decía mi viejo cuando desmontaba en el compartimiento del ganador después de una carrera de obstáculos que los italianos consideraban endemoniada. Una vez le pregunté.

—Esta carrera se corre sola. Es la velocidad a la que vas lo que hace que los obstáculos sean peligrosos, Joe. Aquí no hay velocidad, y los obstáculos

tampoco son especialmente complicados. Pero siempre es la velocidad, no los obstáculos, lo realmente peligroso.

San Siro era el mejor hipódromo que he visto, pero mi viejo decía que era una vida de perros. Ir y venir entre San Siro y Mirafiore y tener que hacer el trayecto casi todos los días de la semana y tener que coger el tren nocturno una noche sí y otra no.

A mí también me volvían locos los caballos. Tienen un no sé qué, cuando salen y cruzan la pista hasta el poste de salida. Caminan casi como si bailaran, vigorosos, y el jóquey los controla con firmeza y quizá afloja un poco y los deja correr unos metros. Y una vez estaban en la barrera aquello ya era demasiado. Sobre todo en San Siro, con esa gran área interior verde y las montañas a lo lejos y el grueso juez de salida italiano con su gran fusta y los jóqueys acariciando a los caballos, y entonces la barrera se levantaba de golpe y sonaba la campana y todos salían al unísono y la columna comenzaba a deshacerse. Ya sabéis cómo es la salida de una carrera de caballos. Si estás en la tribuna con un par de prismáticos todo lo que ves son los caballos que se agitan nerviosos y la campana que suena y parece que suena durante mil años y entonces aparecen barriendo la curva. Aunque yo lo veía de manera muy diferente.

Pero mi viejo me dijo un día, en el vestuario, cuando se estaba poniendo la ropa de calle: «Estos animales no son caballos, Joe. En París matarían a esa pandilla de jamelgos y solo aprovecharían el pellejo y las pezuñas». Ese fue el día en que ganó el premio Commercio con Lantorna, a la que hizo salir disparada los cien últimos metros como un corcho expulsado de una botella.

Fue justo después del premio Commercio cuando nos retiramos y abandonamos Italia. Mi viejo, Holbrook y un gordo italiano que llevaba un sombrero de paja y no dejaba de secarse la cara con un pañuelo, tuvieron una discusión en una mesa de la Galleria. Los tres hablaban en francés y querían convencer a mi viejo de que hiciera algo. Al final mi viejo se quedó callado, mirando fijamente a Holbrook, y los dos siguieron dándole la bulla, primero uno y luego el otro, y el gordo italiano siempre interrumpía a Holbrook.

—Ve a comprarme el *Sportsman*, ¿te importa, Joe? —dijo mi viejo, y me entregó un par de *soldi* sin apartar la mirada de Holbrook.

De modo que salí de la Galleria y fui delante del Scala y compré un periódico, y al volver me quedé un poco apartado de los tres porque no quería entrometerme y mi viejo estaba reclinado en su silla con la mirada fija en el café y jugueteando con una cucharilla, y Holbrook y el italiano grande estaban de pie, y el italiano grande se secaba la cara y negaba con la cabeza.

Y me acerqué y mi viejo actuó como si aquellos dos no estuvieran presentes y dijo: «¿Quieres un helado, Joe?». Holbrook bajó la mirada hacia mi viejo y dijo de manera lenta y pausada: «Hijo de puta», y él y el italiano gordo se alejaron entre las mesas.

Mi viejo se quedó allí sentado y medio me sonrió, pero tenía la cara pálida y era como si tuviera unas náuseas de mil demonios y yo también sentí náuseas porque me di cuenta de que algo había ocurrido, y no entendía cómo alguien podía llamar hijo de puta a mi viejo e irse como si tal cosa. Mi viejo abrió el *Sportsman* y se pasó un rato estudiando los hándicaps y luego dijo: «En este mundo hay que tragar mucha quina, Joe». Y tres días más tarde nos fuimos de Milán para siempre en el tren de Turín a París, después de subastar delante de los establos de Turner todo lo que no nos cabía en un baúl y una maleta.

Llegamos a París una mañana temprano y aparecimos en una estación sucia y alargada que mi viejo me dijo era la Gare de Lyon. Viniendo de Milán, París era una ciudad grande y horrible. En Milán tienes la impresión de que todo el mundo va a alguna parte y que todos los tranvías van a alguna parte y no hay ningún tipo de confusión, mientras que en París todo es un follón y nunca te aclaras. De todos modos, al final llegó a gustarme un poco, y desde luego tiene los mejores hipódromos del mundo. Da la impresión de que eso sea lo que mantiene a la ciudad en movimiento, y casi lo único en que puedes confiar es que cada día los autobuses irán a cualquier hipódromo donde haya una carrera, atravesarán lo que sea para llegar a su destino. Nunca llegué a conocer bien París, porque tan solo iba una o dos veces por semana con mi viejo desde Maisons, y él siempre se sentaba en el café de la Paix, en el lado de la Opéra, con el resto de la pandilla de Maisons, y me imagino que es una de las zonas más concurridas de la ciudad. Pero desde luego parece raro que una gran ciudad como París no tuviera una Galleria, ¿no?

Bueno, pues nos fuimos a vivir a Maisons-Laffite, donde vive casi todo el mundo a excepción de la pandilla de Chantilly, en la pensión de una tal señora Meyers. Maisons es casi el lugar más fantástico para vivir que he visto en mi vida. La población no vale gran cosa, pero hay un lago y un bosque fantástico al que solíamos ir a holgazanear todo el día unos cuantos chavales, y mi viejo me hizo un tirachinas y pillamos muchas cosas, pero la mejor fue una urraca. Un día el joven Dick Atkinson cazó un conejo con ella, y todos nos sentamos debajo de un árbol y Dick tenía algunos cigarrillos y de repente el conejo pegó un salto y se escabulló entre la maleza y lo perseguimos pero no pudimos dar con él. Caramba, qué bien lo pasamos en Maisons. La señora

Meyers me daba el almuerzo por la mañana y me pasaba el día fuera. Aprendí a hablar francés rápidamente. Es un idioma fácil.

En cuanto llegamos a Maisons mi viejo escribió a Milán para solicitar su licencia, y estuvo bastante preocupado hasta que llegó. Solía sentarse en el café de Paris de Maisons con la pandilla, un nutrido grupo que había conocido cuando montaba en París, antes de la guerra, cuando vivía en Maisons, y tenía mucho tiempo para pasarlo en el café, pues el trabajo en los establos de caballos de carreras, para un jóquey al menos, se acaba a las nueve de la mañana. Sacaban el primer grupo de caballos a galopar a las cinco y media de la mañana y trabajaban con el segundo a las ocho. Eso significa que te tienes que levantar tempranísimo y acostarte también tempranísimo. Y si además un jóquey corre para alguien, no puede irse por ahí a emborracharse, porque el entrenador no le pierde de vista si es un chaval, y si ya no es un chaval siempre se vigila a sí mismo. De manera que cuando un jóquey no está trabajando se sienta en el café de Paris con la pandilla y a lo mejor se pasan dos o tres horas allí sentados delante de, pongamos, un vermut con soda, y hablan y cuentan historias y juegan a billar y es como una especie de club o como la Galleria de Milán. Solo que no es como la Galleria porque allí continuamente pasa gente y están las mesas siempre ocupadas.

Bueno, al final mi viejo consiguió la licencia. Se la enviaron sin más comentarios y corrió un par de veces. Amiens, el interior del país y ese tipo de cosas, pero no parecía conseguir ningún contrato. Todo el mundo le apreciaba, y siempre que yo entraba en el café, a mediodía, me encontraba a alguien bebiendo con él, pues mi viejo no era agarrado como casi todos esos jóqueys que conservan el primer dólar que ganaron corriendo en la Exposición Internacional de Saint Louis de 1904. Eso era lo que mi viejo decía cuando se metía con George Burns. Pero daba la impresión de que nadie quisiera dejarle montar ningún caballo, a mi viejo.

Cada día cogíamos el coche e íbamos a donde hubiera carreras, y eso era lo más divertido de todo. Me alegraba cuando los caballos volvían de pasar el verano en Deauville. Aun cuando eso significara dejar de vagar por el bosque, pues entonces nos íbamos a Enghien o Tremblay o Saint Cloud y los mirábamos desde la tribuna de los entrenadores y los jóqueys. Todo lo que aprendí de las carreras de caballos lo aprendí de ir con la pandilla y lo divertido era ir todos los días.

Me acuerdo de una vez en Saint Cloud. Era una carrera de doscientos mil francos con siete participantes y Kzar era el gran favorito. Me acerqué hasta la zona de entrenamiento para ver a los caballos con mi viejo y te juro que

nunca los has visto iguales. Kzar es un gran caballo amarillo que parece hecho para correr. Nunca he visto nada parecido. Lo paseaban por el cercado de entrenamiento y cuando me pasó por el lado me sentí como vacío por dentro al verlo tan hermoso. Nunca hubo un caballo de carreras tan maravilloso, tan enjuto, tan hecho para correr. Y se paseaba por el cercado caminando de una manera tan serena y pausada, con mucha tranquilidad, como si supiera lo que tenía que hacer, sin dar sacudidas ni ponerse de manos ni desorbitar los ojos como esos jamelgos a los que acaban de dopar. Había tanta gente que no pude volver a verlo, solo sus patas caminando y un trozo de amarillo. Mi viejo echó a andar entre el gentío y yo le seguí hasta el vestuario de los jóqueys, que estaba entre los árboles, y allí también había mucha gente, pero el hombre que estaba en la puerta con un sombrero hongo saludó con la cabeza a mi viejo y entramos y todo el mundo estaba sentado vistiéndose y poniéndose la camisa por encima de la cabeza y colocándose las botas, y había un olor caliente a sudor y linimento y fuera la multitud se apiñaba para verlos por la ventana.

Mi viejo se acercó a George Gardner, que se estaba poniendo los pantalones, y se sentó a su lado.

—¿Algún soplo, George? —dice con una voz de lo más normal, porque no sirve de nada andarse por las ramas, pues George o lo podía decir o no podía.

—No ganará —dice George en voz muy baja, inclinándose hacia delante y abotonándose los pantalones.

—¿Quién ganará? —dice mi viejo, acercándose a George para que nadie pudiera oírle.

—Kircubbin —dice George—, y si gana, guárdame un par de boletos.

Mi viejo le dice algo a George con voz normal y George dice:

—Nunca apuestes por nadie que yo te diga —en broma, y salimos y atravesamos la multitud que estaba mirando, rumbo a la máquina de apuestas de cien francos. Pero yo sabía que algo gordo se estaba cociendo, porque George es el jóquey de Kzar. Por el camino mi viejo coge una de esas hojas amarillas que indican cómo van las apuestas de salida y Kzar solo se paga 5 a 10, Cefisidote es el siguiente y está 3 a 1, y el quinto en la lista es Kircubbin que está 8 a 1. Mi viejo apuesta cinco mil a Kircubbin ganador y mil colocado y volvemos a la tribuna, subimos las escaleras y buscamos un lugar desde el que ver la carrera.

Estábamos de lo más apretados, y primero apareció un hombre con una levita larga y un sombrero alto y gris con una fusta doblada en la mano, y

luego los caballos uno tras otro, con los jóqueys montados y un mozo de cuadra a cada lado sujetando la brida y caminando a su lado. El primero en salir fue la imponente figura amarilla de Kzar. La primera vez que lo veías no parecía tan grande, hasta que te fijabas en la longitud de sus piernas y en su complexión y en su manera de moverse. Caramba, jamás vi un caballo igual. George Gardner lo montaba y se movían lentamente detrás del viejo del sombrero alto y gris, que caminaba como si fuera el maestro de ceremonias de un circo. Detrás de Kzar, avanzando suavemente y amarillo al sol, había un hermoso caballo negro con una hermosa cabeza, montado por Tommy Archibald; y detrás del negro venía una hilera de cinco caballos más, todos moviéndose lentamente, como en una procesión, al pasar junto a la tribuna y el *pesage*. Mi viejo dijo que el negro era Kircubbin, y yo le eché un buen vistazo y parecía un caballo magnífico, desde luego, pero nada que ver con Kzar.

Todo el mundo vitoreó a Kzar cuando pasó y no hay duda que era un caballo de primera. La procesión pasó por el otro lado, por delante de la *pelouse*, y luego regresó al extremo más cercano de la pista y el maestro de ceremonias hizo que los mozos de cuadra soltaran a los caballos para que pudieran galopar junto a las tribunas mientras se dirigían a la línea de salida, y así todo el mundo podría verlos a sus anchas. Cuando sonó la campana no estuvieron ni un segundo en el poste de salida, y se les pudo ver a lo lejos avanzando en grupo por la zona interior de la pista, tomando la primera curva como si fueran caballitos de juguete. Yo los observaba con los prismáticos, y Kzar iba bastante rezagado y uno de los bayos marcaba el ritmo. Pasaron por delante de nosotros y Kzar seguía a la cola y Kircubbin delante y corriendo con bastante soltura. Caramba, es tremendo cuando pasan a tu lado y luego los ves alejarse y se van haciendo cada vez más pequeños y vuelven a estar agrupados en las curvas y luego se dirigen a la recta y te entran ganas de decir palabrotas y maldecir o algo peor. Por fin tomaron la última curva y llegaron a la recta con ese Kircubbin encabezando la carrera. Todo el mundo parecía desconcertado y decían «Kzar» pero sin energía y los caballos resonaban cada vez más cerca en la recta, y entonces algo asomó en grupo dentro de mis prismáticos, una especie de mancha amarilla en forma de cabeza de caballo y todos comenzaron a chillar «Kzar» como si se hubieran vuelto locos. Kzar iba más deprisa de lo que yo había visto en mi vida y se acercaba a Kircubbin, que iba todo lo veloz que puede ir un caballo negro con un jóquey arreándole con la fusta con todas sus fuerzas, y durante un segundo estuvieron cuello con cuello, pero Kzar parecía ir el doble de rápido con esas descomunales

zancadas y la cabeza echada hacia delante… pero fue mientras iban cuello con cuello cuando pasaron por delante del poste de llegada y enseguida aparecieron los números de los ganadores el primero fue el 2, lo que significaba que había ganado Kircubbin.

Estaba temblando y me sentía muy raro por dentro, y luego nos quedamos atrapados entre la multitud que subía las escaleras hasta llegar delante del tablero que indicaba cuánto se pagaba por Kircubbin. La verdad es que mientras miraba la carrera me había olvidado de cuánto había apostado mi padre por Kircubbin. Yo deseaba con todas mis fuerzas que ganara Kzar. Pero ahora que todo había acabado era estupendo saber que teníamos el ganador.

—¿No ha sido una buena carrera, papá? —le dije.

Me miró con un aire divertido, con su bombín echado para atrás.

—George Gardner es un jóquey fenomenal, desde luego —dijo—. Porque hay que ser un jóquey fenomenal para impedir que gane Kzar.

Naturalmente, desde el principio supe que había gato encerrado. Pero que mi viejo me lo dijera con tanto descaro le quitó para mí toda la gracia, y ya no volví a encontrársela, ni siquiera cuando en el tablón colocaron los números y sonó la campana para ir a cobrar y vimos que Kircubbin se pagaba 67.5 a 10. Todo el mundo iba diciendo: «¡Pobre Kzar! ¡Pobre Kzar!». Y me dije: «Ojalá fuera jóquey y pudiera montarlo en lugar de ese hijo de puta». Y fue muy raro que llamara a George Gardner hijo de puta, porque siempre me había caído bien y además nos había dado el nombre del ganador, pero supongo que en el fondo eso es lo que es.

Después de la carrera mi viejo tenía un montón de dinero y me llevó a París más a menudo. Si había carreras en Tremblay, pedía que lo dejaran en la ciudad de vuelta a Maisons, y él y yo nos sentábamos en el café de la Paix y mirábamos pasar la gente. Era curioso estar sentado allí. Por allí pasaban riadas de gente y se te acercaban todo tipo de individuos que querían venderte algo, y a mí me encantaba estar sentado allí con mi viejo. Fue la época en que más nos divertimos. Se nos acercaban unos tipos que vendían unos curiosos conejos que saltaban si apretabas una perilla de goma, y venían y mi viejo bromeaba con ellos. Hablaba el francés tan bien como el inglés y aquellos tipos lo conocían porque siempre se reconoce a los jóqueys, y además siempre nos sentábamos en la misma mesa y estaban acostumbrados a vernos allí. Había tipos que vendían documentos matrimoniales y chicas que vendían huevos de goma que cuando los apretabas salía un gallo, y había un tipo que parecía una lombriz y que llevaba postales de París que enseñaba a todo el mundo, y naturalmente nadie le compraba nunca, y entonces regresaba y te

mostraba las que estaban debajo, y eran postales guarras y mucha gente curioseaba y compraba alguna.

Caramba, me acuerdo de toda la gente rara que pasaba por ahí. A la hora de cenar se acercaban chicas que buscaban a alguien que las invitara, y hablaban con mi viejo y le gastaban alguna broma en francés y me daban unas palmaditas en la cabeza y seguían su camino. Recuerdo una vez a una mujer americana sentada con su hija en la mesa de al lado y las dos comían helado y yo no dejaba de mirar a la chica y era tremendamente guapa y yo le sonreía y ella me sonreía pero eso fue todo lo que pasó porque luego yo la buscaba a ella y a su madre cada día e imaginaba lo que le diría y me preguntaba si de llegar a conocerla su madre me permitiría llevarla a pasear a Auteuil o a Tremblay pero jamás volví a ver a ninguna de las dos. De todos modos, supongo que tampoco habría servido de nada, porque al recordarlo me viene a la cabeza que pensaba que la mejor manera de abordarla sería decirle: «Perdone, ¿quiere que le dé el nombre de algún ganador en las carreras de Enghien de hoy?», y después de eso a lo mejor habría pensado que yo era uno de esos que vendían pronósticos en lugar de alguien que quería ofrecérselo gratis.

Nos sentábamos en el café de la Paix, mi viejo y yo, y teníamos mucho ascendiente con el camarero, porque mi viejo bebía *whisky*, que costaba cinco francos, lo que significaba una buena propina cuando se contaban los platillos. Nunca le había visto beber tanto como entonces, pero en aquella época no corría, y además decía que el *whisky* le ayudaba a mantener el peso. Pero yo observaba que estaba engordando. Se distanció de su antigua pandilla de Maisons y parecía que lo único que le gustaba era estar sentado en el bulevar conmigo. Pero cada día gastaba dinero en las carreras. Cuando acababa la última carrera, si aquel día había perdido, se sentía compungido, y no se le pasaba hasta que se sentaba a la mesa y se tomaba su primer *whisky*.

Estaba leyendo el *Paris-Sport* y me miraba y decía:

—¿Dónde está tu novia, Joe? —para meterse conmigo, por lo que le había contado de la chica de la mesa de al lado. Y yo me ponía rojo, pero me gustaba que me tomara el pelo sobre el asunto. Me hacía sentir bien—. Mantén los ojos bien abiertos —decía—, volverá.

Me hacía preguntas, y cuando yo le contestaba se reía de algunas cosas que le decía. Y entonces se ponía a hablarme de cualquier cosa. De que había corrido en Egipto, o en Saint Moritz con la pista cubierta de hielo, antes de que muriera mi madre, y de la época de la guerra, cuando solía haber carreras sin premio en el sur de Francia, o de las apuestas, o de la gente que pasaba, o

de cualquier cosa para que no decayera la conversación. De las carreras en que los jóqueys hacían correr los caballos a toda leche. Caramba, podía pasarme horas escuchando a mi viejo, sobre todo cuando se había tomado un par de copas. Me hablaba de cuando era niño en Kentucky e iba a cazar mapaches, y de los buenos tiempos en Estados Unidos, antes de que todo se fuera al garete. Y me decía: «Joe, si algún día pillamos una buena apuesta, volverás a Estados Unidos e irás a la escuela».

—¿Por qué tengo que volver para ir a la escuela si dices que todo se ha ido al garete? —le preguntaba.

—Eso es distinto —me decía, y llamaba al camarero y pagaba la pila de platillos y cogíamos un taxi hasta la Gare Saint Lazare y nos subíamos al tren con dirección Maisons.

Un día en Auteuil, tras una de esas carreras de obstáculos en las que después se vende a los caballos, mi viejo compró el ganador por treinta mil francos. Tuvo que pujar un poco para conseguirlo, pero finalmente el establo dejó ir al caballo y en una semana mi viejo obtuvo su permiso y sus colores. Caramba, qué orgulloso me sentía de que mi viejo fuera propietario. Arregló con Charles Drake tener su propio espacio en el establo, y dejó de ir a París y comenzó a ir a correr y a sudar otra vez, y él y yo éramos todo el equipo del establo. Nuestro caballo se llamaba Gilford, era de raza irlandesa y sabía saltar bien y con estilo. Mi viejo pensaba que entrenarlo y montarlo él mismo era una buena inversión. Yo estaba orgulloso de todo aquello, y Gilford me parecía tan buen caballo como Kzar. Era un buen saltador, sólido, un bayo muy veloz en el llano, si le pedías que lo fuera, y también tenía muy buena estampa.

Caramba, qué orgulloso estaba de él. La primera vez que corrió con mi viejo encima acabó tercero en una carrera de obstáculos de dos mil quinientos metros, y cuando mi viejo se bajó del animal, todo sudoroso y feliz en el compartimiento de la caballeriza, y entró a pesarse, me sentí tan orgulloso de él como si fuera la primera vez que quedaba colocado. Ya veis, cuando alguien lleva tiempo sin correr se te hace difícil creer que haya corrido alguna vez. Ahora todo era diferente, porque cuando estábamos en Milán ni siquiera las grandes carreras parecían importarle a mi viejo, cuando ganaba no se entusiasmaba ni nada, y ahora yo no podía dormir la noche antes de una carrera, y sabía que mi viejo también estaba entusiasmado, aun cuando no lo demostrara. Cuando montas tu propio caballo todo es completamente distinto.

La segunda vez que Gilford y mi viejo corrieron era un domingo lluvioso, en Auteuil, en el Prix du Marat, una carrera de obstáculos de cuatro mil

quinientos metros. En cuanto mi viejo se fue subí corriendo a la tribuna con los prismáticos nuevos que él me había comprado para que mirara la carrera. Salían del otro extremo de la pista, y en la barrera había algún problema. Uno con anteojeras estaba armando mucho alboroto y encabritándose y una vez rompió la barrera, pero pude ver a mi viejo vistiendo nuestra chaqueta negra, con una cruz blanca y una gorra negra, sentado sobre Gilford y dándole palmaditas. Entonces salieron de golpe y se perdieron detrás de los árboles y corrieron y corrieron pies para qué os quiero y las ventanillas donde se vendían las apuestas se cerraron de golpe. Caramba, estaba tan emocionado que me daba miedo mirar, pero enfoqué los prismáticos al lugar por el que sabía que saldrían de entre los árboles, y cuando salieron, con la chaqueta negra ocupando el tercer lugar, todos saltaron sobre el obstáculo como pájaros. Luego los perdimos otra vez de vista y se acercaron entre el resonar de los cascos colina abajo y todos corrían de maravilla, con qué facilidad, y saltaron la cerca en grupo y se alejaron de nosotros sin separarse. Iban tan apretados y con el paso tan sincronizado que parecía que pudieras caminar sobre sus espaldas y cruzar de un lado a otro. Entonces llegó el momento de sortear el doble seto y alguien se cayó. No pude ver quién era, pero al cabo de un minuto el caballo estaba en pie y galopaba suelto, y los competidores, aún agrupados, doblaban la larga curva a la izquierda que enfilaba hacia la recta. Saltaron la tapia de piedra y recorrieron apretados la recta hacia la gran ría que quedaba justo a la derecha de la tribuna. Los vi venir y le chillé a mi viejo cuando pasaron por delante, y él lideraba la cabeza por un cuerpo e iba tomando distancia, ligero como un mono, todos cada vez más cerca de la ría. Saltaron juntos el gran seto de la ría y hubo una colisión, y dos de los caballos salieron del obstáculo de lado, y siguieron corriendo, y los otros tres quedaron amontonados. No veía a mi viejo por ninguna parte. Un caballo que estaba de rodillas se levantó y el jóquey agarró la brida y lo montó y se fue a toda velocidad por si podía llegar tercero. El otro caballo se había levantado y se alejaba, solo, sacudía la cabeza y galopaba con la rienda colgando, y el jóquey se fue trastabillando a un lado de la pista hasta quedar apoyado contra la cerca. A continuación Gilford rodó a un lado hasta apartarse de mi padre, se puso en pie y echó a correr sobre tres patas, con la delantera izquierda inerte, y ahí estaba mi padre, echado sobre la hierba boca arriba y con un lado de la cabeza cubierto de sangre. Bajé corriendo la tribuna y me topé con un gentío. Llegué a la barandilla y un policía me agarró y me sujetó y dos camilleros grandes iban a recoger a mi padre y al otro lado de la pista vi tres caballos, ahora ya uno tras otro, saliendo de los árboles y sorteando el obstáculo.

Mi viejo estaba muerto cuando lo trajeron, y mientras el médico le escuchaba el corazón con un trasto metido en las orejas oí un disparo en la pista que significaba que habían sacrificado a Gilford. Me derrumbé junto a mi viejo cuando entraron la camilla en la habitación del hospital, y me agarré a la camilla y lloré y lloré, y se le veían tan blanco y ausente y tan terriblemente muerto y no pude evitar pensar que si mi viejo había muerto quizá no hubiera hecho falta sacrificar a Gilford. Quizá se le hubiera curado la pata. No lo sé. Yo quería muchísimo a mi viejo.

Luego entraron dos tipos y uno de ellos me dio unas palmaditas en la espalda y luego se acercó a mi viejo y le echó un vistazo y luego extendió una sábana del catre y lo cubrió; el otro había llamado por teléfono y en francés daba instrucciones de que mandaran una ambulancia para llevarlo a Maisons. Yo no podía dejar de llorar, lloraba, y como me ahogaba, y George Gardner entró y se sentó a mi lado en el suelo y me rodeó con sus brazos y me dijo:

—Vamos, Joe, muchacho. Levántate y salgamos a esperar la ambulancia.

George y yo salimos a la verja y yo intentaba dejar de berrear y George me limpió la cara con el pañuelo y nos quedamos un poco atrás mientras un gentío salía por la verja. Dos tipos se detuvieron junto a nosotros mientras esperábamos a que el gentío saliera por la puerta y uno de ellos contaba un fajos de boletos de apuestas y dijo:

—Bueno, Butler ya ha tenido lo suyo.

El otro dijo:

—Me importa un pito lo que le haya pasado, al muy ladrón. Lo tenía bien merecido por los tejemanejes que se traía.

—Ya lo puedes decir —dijo el otro, y rompió en dos el fajo de boletos.

Y George Gardner me miró para ver si había oído lo que decían, y yo lo había oído y él dijo:

—No escuches a estos dos mangantes, Joe. Tu viejo era un gran tipo.

Pero no lo sé. Parece que cuando se ponen, acaban despellejando a cualquiera.

Capítulo XIV

Maera yacía inmóvil, la cabeza sobre los brazos, la cara en la arena. Sentía el calor y la viscosidad de la hemorragia. Cada vez presagiaba la llegada del cuerno. A veces el toro tan solo le daba un golpe con la cabeza. Una vez sintió que el cuerno lo atravesaba completamente y se clavaba en la arena. Alguien agarró al toro por la cola. Maldecían al animal y le pasaban la capa por la cara. Entonces el toro desapareció. Unos hombres levantaron a Maera y echaron a correr con él hacia la barrera, se metieron en el portal y siguieron el pasillo en curva que iba por debajo de la tribuna hasta la enfermería. Dejaron a Maera sobre una litera y uno de los hombres se fue a buscar al médico. Los otros se quedaron a su lado. El médico llegó corriendo del corral, donde había estado cosiendo a los caballos de los picadores. Tuvo que dejarlo y lavarse las manos. En la tribuna que había sobre su cabeza se oía un enorme estruendo. Maera sintió que todo se hacía más y más grande, y luego más y más pequeño. Luego se hizo más y más grande y luego más y más pequeño. Después todo comenzó a pasar por delante de sus ojos cada vez más rápido, como cuando se acelera una película. Luego ya estaba muerto.

El gran río Two-Hearted

PRIMERA PARTE

El tren siguió su camino hasta perderse de vista, doblando una de las colinas de árboles quemados. Nick se sentó sobre el fardo de lona y ropa de cama que el encargado del vagón de equipajes había arrojado por la puerta del vagón. No se veía ninguna población, nada más que los raíles y tierra calcinada. No quedaba ni rastro de los trece bares que antaño flanquearan la única calle de Seney. Los cimientos del hotel Mansion House asomaban del suelo. La piedra estaba desportillada y partida por el fuego. Era todo lo que quedaba de Seney. Incluso la superficie había ardido.

Nick contempló la extensión de colina quemada, donde había esperado encontrar las desperdigadas casas del pueblo, y a continuación recorrió la vía férrea hasta el puente que quedaba sobre el río. El río estaba allí. Se arremolinaba contra los pilares de madera del puente. Nick bajó la vista hacia el agua clara y marrón, del color de los guijarros del fondo, y contempló las truchas que mantenían su posición en el agua oscilando las aletas. Mientras las observaba estas iban cambiando de posición girando en rápidos ángulos, solo para volver a quedar firmes otra vez en el agua veloz. Nick se pasó un buen rato mirándolas.

Observaba cómo procuraban mantenerse de cara a la corriente, todas esas truchas en aquel agua profunda y veloz, ligeramente deformadas tal y como él las veía a través de la superficie vítrea y convexa, ondulándose tersa contra la resistencia de los largos pilares de madera del puente. Allí al fondo estaban las truchas grandes. Al principio Nick no las vio. Luego las descubrió pegadas al fondo de grava, en medio de una inestable neblina de grava y arena, que la corriente levantaba a rachas.

Nick miraba el agua desde el puente. Era un día caluroso. Un rey pescador remontaba la corriente a saltos. Hacía mucho tiempo que Nick no miraba un río y veía truchas. Le llenaban de satisfacción. Al tiempo que la sombra del rey pescador remontaba la corriente, una gran trucha se lanzó río arriba en un ángulo muy abierto, solo su sombra dibujaba el ángulo, y luego perdió la sombra cuando salió a la superficie, el sol se reflejó en ella, y a continuación,

cuando volvió a sumergirse, su sombra pareció flotar río abajo con la corriente, sin oponer resistencia, hasta ese pilón bajo el puente donde se tensó para plantarle cara a la corriente.

El corazón de Nick también pareció tensarse. Experimentó la vieja sensación de antaño.

Se volvió y miró río abajo. La corriente se extendía sobre el mismo fondo de guijarros con bajíos y grandes rocas y un remanso profundo en una curva al pie de un risco.

Nick retrocedió por las traviesas hasta donde se encontraba su mochila, en medio de las cenizas que había junto a la vía. Se sentía feliz. Ajustó las correas de la mochila al fardo de ropa, tensándolas, se echó la mochila a la espalda, metió los brazos por las correas y se quitó un poco de peso de los hombros apoyando la frente contra la ancha cinta que se unía a la mochila. Pero seguía siendo demasiado pesada. De hecho, pesaba un montón. Llevaba en la mano su maletín de pescar y se inclinaba hacia delante para mantener el peso de la mochila en lo alto de los hombros, siguiendo el camino paralelo a la vía del tren, dejando atrás, en el calor, la población calcinada. Luego rodeó una colina flanqueada por dos laderas altas y marcadas por el fuego hasta llegar a un camino que volvía a internarse en campo abierto. Siguió andando por el camino doliéndose del peso de la mochila. El camino era cuesta arriba, y el ascenso era difícil. Le dolían los músculos y hacía calor, pero Nick se sentía feliz. Tenía la sensación de haberlo dejado todo atrás, la necesidad de pensar, la necesidad de escribir, otras necesidades. Todo quedaba atrás.

Desde el momento en que se había bajado del tren y el encargado de los equipajes había arrojado su mochila por la puerta abierta del vagón las cosas habían sido distintas. Seney era cenizas, el paisaje era cenizas y había cambiado, pero no importaba. Era imposible que todo se hubiera quemado. Lo sabía. Siguió andando por el camino, sudando al sol, ascendiendo para alcanzar la sierra que separaba la vía férrea de las grandes planicies de pinares.

El camino hacía alguna bajada, pero no dejaba de subir. Nick seguía adelante. Finalmente, el camino, tras haber discurrido en paralelo a la ladera de la colina quemada, llegó a la cima. Nick se reclinó contra un tocón y soltó las correas de la mochila. Delante de él, hasta donde alcanzaba su vista, estaba la planicie de pinos. El paisaje quemado se detenía a la izquierda, en la sierra. Más allá, islas de pinos oscuros se alzaban en la planicie. Más lejos, a la izquierda, se veía la línea del río. Nick la siguió con la mirada y vio los reflejos del sol en el agua.

Delante de él no había más que la planicie de pinos, hasta las lejanas colinas azules que marcaban la elevación del lago Superior. Apenas podía verlas, tenues y remotas en la calurosa luz que flotaba sobre la planicie. Si miraba demasiado fijamente desaparecían. Pero si solo las entremiraba, allí estaban, las lejanas montañas de esas tierras altas.

Nick se sentó en el chamuscado tocón y fumó un cigarrillo. Tenía la mochila en equilibrio sobre el tocón, sin desprenderse del todo de las correas, y un hueco la separaba de su espalda. Nick se sentó a fumar y miró el paisaje. No le hacía falta ni situarse. Sabía dónde se encontraba por la posición del río.

Mientras fumaba extendió las piernas delante de él, observó un saltamontes que avanzaba por el suelo y que saltó sobre su calcetín de lana. El saltamontes era negro. Mientras caminaba cuesta arriba había levantado muchos saltamontes del suelo. Eran todos negros. No eran los grandes saltamontes de alas amarillas y negras o rojas y negras, que cuando levantaban el vuelo emitían un runruneo con el escudo dorsal. No eran más que saltamontes corrientes, pero de un color negro hollín. Mientras caminaba Nick se había preguntado qué les pasaba, aunque sin pensar realmente en ellos. Ahora, al contemplar ese saltamontes negro que le mordisqueaba la lana del calcetín con su labio cuádruple, comprendió que se habían vuelto negros de vivir en medio de la tierra calcinada. Comprendió que el incendio debió de declararse el año anterior, y que los saltamontes ahora eran todos negros. Se preguntó cuánto tiempo permanecerían así.

Extendió el brazo con cuidado y agarró el saltamontes por las alas. Le dio la vuelta y el animal movió las patas en el vacío. Nick le miró el vientre articulado. Sí, era completamente negro, iridiscente donde el dorso y la cabeza tenían polvo.

—Vete, saltamontes —dijo Nick, hablando en voz alta por primera vez—. Vuela hacia otra parte.

Lanzó el saltamontes al aire y le vio alejarse hacia un tocón carbonizado que había al otro lado del camino.

Nick se puso en pie. Reclinó la espalda hacia el peso de la mochila, que reposaba erguida sobre el tocón, y metió los brazos en las correas. Se puso en pie con la mochila a la espalda en la cima de la colina, contemplando el paisaje que atravesaba el río lejano, y bajó la colina alejándose del camino. El terreno era cómodo para andar. A doscientos metros colina abajo la línea de paisaje quemado se interrumpía. Luego había una zona de helechos dulces que le llegaban a la altura del tobillo, y después algunos grupos de pinos; una

campiña extensa y ondulada con frecuentes subidas y bajadas, de suelo arenoso, de nuevo llena de vida.

Nick se orientaba por el sol. Sabía dónde quería cruzar el río y se mantenía en la planicie cubierta de pinos, subiendo pequeñas elevaciones para ver otras más allá de donde estaba, y a veces desde lo alto de una elevación veía una gran isla de tupidos pinos, a la derecha o la izquierda. Partió algunas ramillas de ese helecho que parecía brezo y las colocó debajo de las correas de la mochila. El roce las partía y le llegaba el olor mientras caminaba.

Estaba cansado y hacía mucho calor en aquel pinar de terreno irregular y sin sombra. Sabía que en cualquier momento podía llegar al río con solo girar a la izquierda. No podía estar a más de un kilómetro y medio. Pero siguió andando hacia el norte para llegar lo más río arriba que pudiera en un día de camino.

Durante un rato, mientras caminaba, Nick había visto las grandes islas de pinos que asomaban en el terreno elevado y ondulante que atravesaba. Empezó a descender, y luego, al volver a ascender lentamente hacia la cima del puente, giró y se dirigió hacia los pinos.

En la isla de pinos no había sotobosque. Los troncos de los árboles se alzaban erguidos o se inclinaban hacia el de al lado. Los troncos eran rectos y marrones, sin ramas. Las ramas estaban muy altas. Algunos se entrelazaban para formar una sólida sombra sobre el suelo marrón del bosque. En torno a la arboleda había un espacio pelado. Era marrón y blando al pisarlo. Era a causa de la capa de agujas de pino, que se extendía más allá de la anchura de las altas ramas. Los árboles eran altos y las ramas se movían allá arriba, dejando que el sol penetrara por el espacio que el instante anterior habían cubierto de sombra. Justo al borde de esta extensión del bosque proliferaban los helechos en el suelo.

Nick se quitó la mochila y se tendió a la sombra. Se echó boca arriba y miró los pinos. Al estirarse descansaron su cuello, su espalda y sus riñones. Le gustaba sentir la tierra contra la espalda. Levantó la mirada al cielo, entre las ramas, y luego cerró los ojos. Los abrió y volvió a mirar hacia arriba. Arriba, en las ramas, soplaba viento. Cerró los ojos y se quedó dormido.

Nick se despertó agarrotado y con calambres. El sol estaba casi bajo. Cuando levantó la mochila sintió todo su peso y las correas le hicieron daño. Se inclinó con la mochila puesta, recogió el maletín de pescar y salió de entre los pinos cruzando la depresión de la zona de helechos en dirección al río. Sabía que no podía estar a más de un kilómetro y medio.

Bajó la ladera de la colina cubierta de tocones hasta llegar a un prado. Al borde del prado fluía un río. Nick se alegró de haber llegado al río. Anduvo río arriba por el prado. Mientras caminaba, el rocío le empapaba los pantalones. Tras el calor del día, el rocío caía veloz y denso. El río discurría sin ruido alguno. Era demasiado rápido y liso. Al borde del prado, antes de subir a una zona de terreno elevado para acampar, Nick miró el río, donde las truchas asomaban del agua. Asomaban para atrapar los insectos que llegaban del pantano, al otro lado del río, cuando el sol se ponía. Las truchas saltaban del agua para atraparlos. Mientras Nick atravesaba el breve prado que discurría junto al río, las truchas pegaban buenos saltos en el agua. Cuando volvió a mirar el río se dijo que los insectos debían de haberse posado en la superficie, pues las truchas se alimentaban sin parar. En toda la amplia extensión de río que abarcaban sus ojos las truchas asomaban, haciendo círculos en la superficie del agua, como si empezara a llover.

El terreno se elevaba, con árboles y arena, hasta dominar el prado, el tramo de río y el pantano. Nick dejó la mochila y el maletín de pesca en el suelo y buscó una zona llana. Tenía mucha hambre y quería montar el campamento antes de cocinar. Había una zona bastante nivelada entre dos pinos. Sacó el hacha de la mochila y cortó dos raíces que sobresalían. Eso le dejó el suelo lo bastante nivelado para poder dormir. Alisó con la mano el suelo arenoso y arrancó todos los helechos. Cuando acabó le olían bien las manos. Alisó la tierra sin raíces. No quería que hubiera bultos bajo las mantas. Cuando hubo alisado el suelo extendió las tres mantas. Una la puso doblada tocando el suelo. Las otras dos las extendió encima.

Con el hacha cortó un reluciente trozo de pino de uno de los tocones e hizo estacas para la tienda. Las quería largas y sólidas para que aguantaran bien en aquel terreno. Una vez hubo sacado la tienda de campaña y la hubo extendido en el suelo, la mochila, apoyada contra un pino, parecía mucho más pequeña. Nick ató la cuerda que hacía de cumbrera de la tienda al tronco de uno de los pinos, levantó la tienda del suelo tirando del otro extremo y lo ató al otro pino. La tienda colgaba de la cuerda como una manta de lona de un hilo de tender. Nick clavó una de las estacas que había cortado bajo la punta posterior de la lona y la convirtió en tienda extendiendo los lados con las estacas. Tensó los lados e incrustó las estacas en el suelo lo más profundo que pudo, golpeándolas con la parte plana del hacha hasta que los nudos de las cuerdas quedaron enterrados y la lona quedó tensa como un tambor.

Nick colocó estopilla en la boca abierta de la tienda para que no entraran mosquitos. Se metió en la tienda por debajo de la mosquitera con varias cosas

que había cogido de la mochila para poner en la cabecera de la cama, bajo el tejado a dos aguas de la tienda. Dentro de la tienda la luz se filtraba por la lona marrón. El olor a lona era agradable. Ya se había creado un ambiente misterioso y hogareño. Nick se sintió feliz al meterse en la tienda. En ningún momento del día se había sentido infeliz. Aunque eso era diferente. Ahora ya estaba todo hecho. Era algo que había que hacer. Ahora estaba hecho. Había sido un viaje difícil. Estaba muy cansado. Ahora estaba hecho. Había acampado. Se había instalado. Nada podía importunarle. Era un buen lugar para acampar. Estaba ahí, en un buen lugar. Estaba en el hogar que se había creado. Ahora tenía hambre.

Salió reptando por debajo de la estopilla. Fuera estaba bastante oscuro. En la tienda había más luz.

Nick se dirigió hacia la mochila, palpó con los dedos en el fondo y encontró un clavo largo dentro de una bolsa de papel llena de clavos. Lo clavó en el pino, manteniéndolo recto y golpeándolo suavemente con la parte llana del hacha. Colgó la mochila en el clavo. Todas sus provisiones estaban en la mochila. Ahora estaban lejos del suelo y protegidas.

Nick tenía hambre. Le parecía que nunca había tenido tanta hambre. Abrió y vació en una sartén una lata de cerdo con judías y una lata de espaguetis.

—Si estoy dispuesto a llevar esto, tengo derecho a comérmelo —dijo Nick. Su voz le sonó extraña en el anochecer del bosque. No volvió a hablar.

Encendió una hoguera con unos trozos de pino que sacó de un tocón con el hacha. Sobre el fuego colocó una parrilla, clavando las cuatro patas en el suelo con la bota. Nick colocó la sartén sobre la parrilla. Tenía aún más hambre. Las judías y los espaguetis se calentaron. Nick los removió y los mezcló. Comenzaron a borbotear, formando burbujillas que ascendían a la superficie con dificultad. Olía bien. Nick sacó un frasco de *ketchup* y cortó cuatro rebanadas de pan. Ahora las burbujillas asomaban más deprisa. Nick se sentó junto al fuego y levantó la sartén. Vertió la mitad del contenido dentro del plato de hojalata. Se extendió lentamente por el plato. Nick sabía que estaba demasiado caliente. Le echó un poco de *ketchup*. Sabía que los espaguetis y las judías seguían estando demasiado calientes. Miró el fuego, luego la tienda, ahora no iba a echarlo todo a perder quemándose la lengua. Durante años había sido incapaz de disfrutar los plátanos fritos porque nunca había podido esperar a que se enfriaran. Tenía la lengua muy sensible. Tenía mucha hambre. Al otro lado del río, en el pantano, en la casi oscuridad, vio levantarse la niebla. Miró la tienda una vez más. Muy bien. Tomó una cucharada del plato.

—Issto —dijo Nick—. Issto bendito —dijo, feliz.

Se comió todo el plato sin acordarse del pan. Volvió a servirse y con el segundo plato sí se acompañó del pan, rebañando hasta dejar el plato reluciente. No había comido nada desde el café y el sándwich de jamón que había tomado en el restaurante de la estación de Saint Ignace. Había sido una experiencia estupenda. Ya había tenido tanta hambre otras veces, pero había sido incapaz de satisfacerla. De haber querido, podría haber acampado horas antes. En el río había muchos lugares buenos para acampar. Pero ese era bueno.

Nick colocó dos astillas de pino bajo el fuego. Las llamas se avivaron. Se le había olvidado de poner agua para el café. De la mochila sacó un cubo de lona plegable, bajó la colina y cruzó el prado hasta el río. La otra orilla estaba rodeada de bruma blanca. Cuando se arrodilló en el borde del río y metió el cubo de lona en el agua sintió la hierba húmeda y fría. Una vez en el agua, el cubo se hinchó y la corriente tiró de él con fuerza. El agua estaba helada. Nick enjuagó el cubo y se lo llevó lleno al campamento. Lejos del río no hacía tanto frío.

Hundió otro clavo grande en el pino y colgó el cubo lleno de agua. Sumergió la cafetera, llenándola hasta la mitad, echó unas astillas más al fuego bajo la parrilla y colocó la cafetera encima. No recordaba cómo hacía el café. Recordaba haberlo discutido con Hopkins, pero no cuál había sido su postura. Decidió dejar hervir el agua. Entonces se acordó de cuál era el método de Hopkins. Antaño había discutido de todo con Hopkins. Mientras esperaba a que el café hirviera, abrió una pequeña lata de albaricoques. Le gustaba abrir latas. Vació la lata de albaricoques en una taza de hojalata. Mientras observaba el café, se bebió el almíbar de los albaricoques, con cuidado al principio para evitar que se derramara, luego con aire meditabundo, sorbiéndolos. Eran mejores que los frescos.

El café hirvió mientras lo observaba. La tapa se levantó y el café y los posos se derramaron por un lado de la cafetera. Nick la sacó de la parrilla. Era un triunfo para Hopkins. Puso azúcar en la taza de los albaricoques, ahora vacía, y vertió un poco de café para que se enfriara. La cafetera quemaba demasiado, y utilizó su sombrero para agarrarla por el asa. No dejaría que siguiera haciéndose dentro de la cafetera. No la primera taza. Lo haría al estilo de Hopkins de pe a pa. Hop se lo merecía. Tomaba café que era una cosa seria. Era el tío más serio que Nick había conocido. No tristón, sino serio. De eso hacía mucho tiempo. Hopkins hablaba sin mover los labios. Había jugado al polo. Había ganado millones de dólares en Texas. Había

pedido dinero prestado a fin de comprar un billete para Chicago cuando le llegó el telegrama de que su primer gran pozo había empezado a producir. Podría haber enviado un telegrama pidiendo dinero. Pero eso habría sido demasiado lento. A la chica de Hop la llamaban la Venus Rubia. A Hop no le importaba porque tampoco era realmente su chica. Hopkins, muy seguro de sí, decía que ninguno de ellos se burlaría de su novia de verdad. Tenía razón. Hopkins se fue cuando llegó el telegrama. Eso fue en el río Black. El telegrama tardó ocho días en llegarle. Hopkins le regaló a Nick su pistola automática Colt del calibre 22. Le regaló su cámara a Bill. Lo hizo para que siempre le recordaran. Al verano siguiente irían todos juntos a pescar otra vez. Ese Hop Cabeza Loca era rico. Compraría un yate y recorrerían la orilla norte del lago Superior. Estaba entusiasmado pero serio. Se despidieron y todos se pusieron tristes. Aquello interrumpió la excursión. Nunca volvieron a ver a Hopkins. De eso hacía mucho tiempo, en el río Black.

Nick se bebió el café, el café según Hopkins. El café era amargo. Nick rio. Era un buen final para esa historia. Su mente se puso en marcha. Sabía que podía detenerla porque estaba muy cansado. Vació la cafetera y echó los posos sobre el fuego. Encendió un cigarrillo y entró en la tienda. Se quitó los zapatos y los pantalones, se sentó sobre las mantas, enrolló los pantalones alrededor de los zapatos para que le hicieran de almohadón y se metió bajo la manta.

A través de la entrada de la tienda observaba el resplandor del fuego cuando el viento de la noche lo avivaba. Era una noche plácida. En el pantano no se oía nada. Nick se estiró cómodamente bajo la manta. Un mosquito zumbó cerca de su oído. Nick se incorporó y encendió una cerilla. El mosquito estaba posado en la lona, sobre su cabeza. Nick le acercó rápidamente la cerilla. El mosquito emitió un satisfactorio siseo en la llama. La cerilla se apagó. Nick volvió a echarse bajo la manta. Se puso de lado y cerró los ojos. Tenía sueño. Fue notando el avance del sueño. Se acurrucó bajo la manta y se durmió.

Capítulo XV

Ahorcaron a Sam Cardinella a las seis de la mañana en el pasillo de la cárcel del condado. El pasillo era alto y estrecho, con hileras de celdas a ambos lados. Todas las celdas estaban ocupadas. Habían llevado a los presos para ejecutarlos. En las cinco celdas de arriba había cinco hombres condenados a la horca. Tres de los que iban a ahorcar eran negros. Estaban muy asustados. Uno de los blancos estaba sentado en su catre con la cabeza entre las manos. El otro estaba echado con una manta envolviéndole la cabeza.

Salieron a la tarima por una puerta que había en la pared. En total eran siete, incluyendo los dos sacerdotes. A Sam Cardinella lo llevaban en brazos. Estaba así desde las cuatro de la mañana.

Mientras le ataban las piernas con unas correas, dos guardas lo mantenían de pie y los dos sacerdotes le susurraban. «Sé un hombre, hijo mío», le dijo uno de los sacerdotes. Cuando se acercaron a él para colocarle la capucha, Sam Cardinella perdió el control del esfínter. Los dos guardas que lo mantenían en pie lo soltaron. Los dos ponían cara de asco. «¿Y si lo sentamos en una silla, Will?», preguntó uno de los guardas. «Sí, mejor traed una», dijo un hombre que llevaba un sombrero hongo.

Cuando todos se hubieron apartado de la trampilla, que era muy pesada, hecha de roble y acero, y articulada sobre cojinetes de bolas, Sam Cardinella se quedó allí sentado, atado fuertemente con las correas, el sacerdote más joven arrodillado junto a la silla. El sacerdote se apartó justo antes de que la trampilla se abriera.

El gran río Two-Hearted

SEGUNDA PARTE

Por la mañana el sol estaba alto y comenzaba a hacer calor en la tienda. Nick salió reptando bajo la mosquitera que cubría la entrada de la tienda y le echó un vistazo a la mañana. Cuando salió sintió la hierba húmeda en las manos. Llevaba los pantalones y los zapatos en la mano. El sol acababa de coronar la colina. Ahí estaban el prado, el río y el pantano. Había abedules en medio del verdor del pantano, al otro lado del río.

El río era claro y vibrante a esa hora de la mañana. Unos doscientos metros río abajo había tres troncos atravesados en la corriente. Hacían fluir el agua tersa y profunda por encima de ellos. Mientras Nick observaba, un visón cruzó el río sobre los troncos y se metió en el pantano. Nick estaba eufórico. El río y la mañana, tan temprano, le ponían eufórico. Tenía demasiada prisa para perder el tiempo con el desayuno, pero sabía que debía hacerlo. Encendió una pequeña hoguera y colocó la cafetera encima.

Mientras el agua se calentaba, cogió un frasco vacío y se dirigió a la linde del terreno elevado que llevaba al prado. El prado estaba húmedo de rocío y Nick quería atrapar saltamontes que le sirvieran de cebo antes de que el sol secara la hierba. Encontró muchísimos saltamontes de primera. Estaban en la base de los tallos. A veces se aferraban al tallo. El rocío los dejaba fríos y húmedos, y no podían saltar hasta que el sol los calentaba. Nick los iba cogiendo, solo los marrones de tamaño mediano, y los introducía en el frasco. Dio la vuelta a un tronco y al abrigo del borde descubrió cientos de saltamontes. Era una pensión para saltamontes. Nick recogió unos cincuenta marrones de tamaño medio en el frasco. Mientras los iba recogiendo, los demás se calentaban al sol y comenzaban a saltar. Volaban con sus saltos. Al principio hacían un vuelo y se quedaban rígidos allí donde aterrizaban, como si estuvieran muertos.

Nick sabía que cuando se acabara el desayuno estarían tan saltarines como siempre. De no haber rocío en la hierba le habría llevado todo el día llenar un frasco de buenos saltamontes, y habría tenido que aplastar a muchos al intentar atraparlos con su sombrero. Se lavó las manos en el río. Estar cerca

del río le ponía eufórico. A continuación se dirigió a la tienda. Los saltamontes ya saltaban torpemente en la hierba. En el frasco, calentado por el sol, saltaban en masa. Nick colocó una ramilla de pino a modo de tapón. Tapaba lo bastante la boca del frasco, de manera que los saltamontes no podían salir y entraba aire suficiente.

Había vuelto a poner el tronco como estaba sabiendo que allí podría encontrar saltamontes todas las mañanas.

Nick apoyó el frasco lleno de saltamontes contra un tronco de pino. Rápidamente mezcló un poco de harina de trigo sarraceno con agua y removió la mezcla hasta que no quedaron grumos, una taza de harina y una taza de agua. Colocó un puñado de café en la cafetera, sacó un poco de grasa de una lata y la extendió sobre la sartén caliente. Cuando estuvo humeante vertió con suavidad la mezcla de harina y agua. Se extendió como lava, la grasa chisporroteando violentamente. En los bordes la masa comenzó a endurecerse, luego se puso marrón y luego crujiente. La superficie borboteaba lentamente hasta volverse porosa. Nick despegó la masa marronosa con un astilla de pino. Sacudió la sartén a un lado y a otro y la tortita quedó suelta en la superficie. Mejor que no la lance, se dijo. Deslizó la astilla de madera limpia debajo de la tortita y le dio la vuelta. Chisporroteó en la sartén.

Cuando estuvo preparada volvió a untar de grasa la sartén. Utilizó toda la masa. Preparó otra tortita grande y una más pequeña.

Nick se comió una tortita grande y otra más pequeña, cubiertas de compota de manzana. Puso compota de manzana en la tercera tortita, la dobló dos veces, la envolvió en papel de aceite y se la puso en el bolsillo de la camisa. Volvió a meter el tarro de compota de manzana en la mochila y cortó pan para preparar dos sándwiches.

En la mochila encontró una cebolla grande. La cortó en dos y le quitó la sedosa piel exterior. A continuación cortó una mitad en rodajas y se preparó sándwiches de cebolla. Los envolvió en papel de aceite, se los colocó en el otro bolsillo de la camisa caqui y lo abrochó. Colocó la sartén al revés sobre la parrilla, se bebió el café, endulzado y de color *beige* por la leche condensada, y arregló el campamento. Era un buen campamento.

Nick sacó su caña de pescar con mosca del maletín de pesca, la ensambló y metió el maletín dentro de la tienda. Colocó el carrete y pasó el sedal por las guías. Mientras pasaba el sedal tuvo que sujetarlo con las manos para que no se le saliera a causa de su propio peso. Era un sedal pesado y ahusado, de dos hebras. Nick había pagado ocho dólares por él mucho tiempo atrás. Lo hacían pesado para que se levantara en el aire y cayera hacia delante plano, grave y

recto, y se pudiera así lanzar una mosca que no pesara nada. Nick abrió la caja de aluminio donde estaban las hijuelas. Las hijuelas estaban enrolladas entre almohadillas húmedas de franela. Nick había mojado las almohadillas en el depósito de agua fría del tren que lo había llevado a Saint Ignace. Dentro de las almohadillas húmedas las hijuelas de tripa se habían ablandado y Nick desenrolló una y con un lazo la ató al extremo del pesado sedal. Colocó un anzuelo en el extremo de la hijuela. Era un anzuelo pequeño; muy fino y elástico.

Nick lo sacó de su librillo de anzuelos, sentado con la caña sobre su regazo. Probó el nudo y la elasticidad del anzuelo tensando el sedal. Era una buena sensación. Procuró que el anzuelo no se le clavara en el dedo.

Echó a andar río abajo, con la caña en la mano, el frasco de saltamontes colgado del cuello gracias a una correa atada con nudos sencillos alrededor del cuello del frasco. Colgada del cinturón mediante un anzuelo llevaba la red de mano. Sobre el hombro transportaba un gran saco de harina vacío atado en cada punta con una cuerda. La cuerda le recorría la espalda. El saco le iba golpeando las piernas.

Nick se sentía incómodo y profesionalmente feliz con todo el equipo colgándole del cuerpo. El frasco con los saltamontes le iba golpeando el pecho. Los bolsillos de la camisa estaban abultados con el almuerzo y el librillo de anzuelos.

Se adentró en el río. Le dio impresión. Los pantalones se le pegaron a las piernas. Sus zapatos hollaron la grava. El agua estaba tan fría que le impresionó.

La corriente, veloz, se le arremolinaba en las piernas. En el lugar en el que se metió, el agua le llegaba por las rodillas. Fue andando a favor de la corriente. La gravilla resbalaba bajo sus zapatos. Observó el remolino que formaba el agua alrededor de cada una de sus piernas y tumbó el frasco para sacar un saltamontes.

El primer saltamontes dio un salto en el cuello del frasco y cayó al agua. Lo engulló el remolino que había en torno a la pierna derecha de Nick y salió a la superficie un poco más allá, corriente abajo. Flotaba en el agua veloz, agitando las patas. Desapareció en un rápido círculo, rompiendo la tersa superficie del agua. Una trucha lo había atrapado.

Otro saltamontes se asomó en el frasco. Le temblaron las antenas. Estaba sacando las patas delanteras del frasco para saltar. Nick lo cogió por la cabeza y lo sujetó mientras le introducía el fino anzuelo bajo la barbilla, clavándoselo hasta el tórax y los últimos segmentos del abdomen. El saltamontes agarró el

anzuelo con las patas delanteras, escupiendo un líquido color tabaco. Nick lo metió en el agua.

Con la caña en la mano derecha soltó sedal contra el tirón del saltamontes en la corriente. Con la mano izquierda fue sacando sedal del carrete y dejándolo suelto. Podía ver al saltamontes en las breves olas de la corriente. De repente desapareció.

El sedal sufrió una sacudida. Nick aguantó la tensión del sedal. Era el primero que picaba. Sujetando ahora la caña viva perpendicular a la corriente, fue recogiendo sedal con la izquierda. La caña se doblaba con las sacudidas, la trucha se movía con ímpetu contra la corriente. Nick sabía que era pequeña. Levantó la caña recta en el aire. Se dobló de la tensión.

Vio la trucha en el agua sacudiendo la cabeza y el cuerpo contra la variable tangente del sedal en el río.

Nick cogió el sedal con la izquierda y sacó a la superficie la trucha que, ya cansada, daba golpes contra la corriente. Tenía el dorso jaspeado, de un color claro, de grava vista a través del agua, y el lomo centelleaba al sol. Nick se inclinó con la caña debajo del brazo derecho y metió la mano en la corriente. Cogió la trucha, que no paraba, con la mano derecha empapada, mientras le quitaba la lengüeta del anzuelo de la boca, y la volvió a arrojar al río.

La trucha quedó vacilante en medio de la corriente, luego bajó al fondo y se colocó junto a una piedra. Nick extendió la mano para tocarla, metiendo el brazo en el agua hasta el codo. La trucha seguía inmóvil en medio de la corriente, descansado sobre la grava, junto a una piedra. Cuando los dedos de Nick la tocaron, cuando sintieron su tacto terso y frío bajo el agua, desapareció, desapareció como una sombra por el fondo del río.

Está bien, se dijo Nick. Solo estaba cansada.

Se había mojado la mano antes de tocar la trucha para no alterar la delicada mucosidad que la recubría. Si tocabas una trucha con la mano seca un hongo blanco atacaba el lugar sin protección. Años antes, cuando pescaba en ríos abarrotados, con pescadores río arriba y pescadores río abajo, Nick se había tropezado una y otra vez con truchas muertas, cubiertas de ese hongo blanco, detenidas en una roca o flotando tripa arriba en algún remanso. A Nick no le gustaba pescar con más gente en el río. A no ser que formaran parte de tu grupo, estropeaban la pesca.

Fue río abajo, con el agua más arriba de las rodillas, cruzó los cincuenta metros de agua poco profunda que quedaba por encima del montón de troncos atravesados en la corriente. No volvió a poner cebo en el anzuelo y lo sostuvo en la mano mientras caminaba. Estaba seguro de que en los bajíos cogería

algunas truchas pequeñas, pero no las quería. A esa hora del día no habría truchas grandes en los bajíos.

De repente el agua le llegó a los muslos, y estaba fría. Delante de él estaba el agua tranquila y represada que quedaba por encima de los troncos. El agua era tersa y oscura; a la izquierda, la linde inferior del prado; a la derecha, el pantano.

Nick se echó hacia atrás contra la corriente y sacó un saltamontes del frasco. Enganchó el saltamontes al anzuelo y le escupió encima para dar buena suerte. A continuación sacó varios metros de sedal del carrete y arrojó el saltamontes a las aguas oscuras y rápidas. Se fue flotando hacia los troncos, y luego el peso del sedal se llevó el cebo bajo la superficie. Nick tenía la caña en la mano derecha y dejaba que el sedal se deslizara entre sus dedos.

Hubo una larga sacudida. Nick pegó un tirón y la caña cobró vida peligrosamente, se dobló, el sedal se tensó, salió del agua, se tensó, todo ello en un tirón fuerte, peligroso, constante. Nick se dio cuenta de que la hijuela se partiría si la tensión aumentaba y soltó sedal.

El carrete vibró en un chillido mecánico cuando el sedal se desenrolló velozmente. Demasiado deprisa. Nick no pudo controlar la velocidad a que salía, y el sonido que emitía el carrete se fue haciendo más agudo a medida que se soltaba sedal.

Ya con el alma del carrete asomando, el corazón casi detenido de la emoción, echándose hacia atrás contra la corriente que le subía helada por los muslos, Nick metió el pulgar de la mano izquierda en el carrete para sujetarlo. Resultaba incómodo meter el pulgar dentro de la estructura del carrete.

A medida que Nick ejercía presión, el sedal se tensaba y de repente quedó duro, y al otro lado de los troncos una enorme trucha salió del agua y saltó a gran altura. Cuando saltó, Nick bajó la punta de la caña. Pero al bajar la punta para mitigar la tensión sintió que de todos modos esta era demasiado grande; el sedal estaba demasiado duro. Naturalmente, la hijuela se había roto. Cuando el sedal dejaba de ser elástico y se volvía seco y duro no había lugar a dudas. Luego se aflojó.

Nick recogió el sedal con la boca seca y el corazón más lento. Nunca había visto una trucha tan grande. Había sentido su peso, una fuerza que no podía controlar, y luego había visto su mole al saltar. Parecía tan ancha como un salmón.

A Nick le temblaba la mano. Recogió sedal lentamente. Había sido demasiada emoción. Sintió una especie de mareo, y se dijo que sería mejor que se sentara.

La hijuela estaba rota por donde se ataba al anzuelo. Nick lo cogió con la mano. Pensó en la trucha, que ahora estaría en algún lugar del fondo, inmóvil sobre la grava, donde casi no llegaba luz, bajo los troncos, con el anzuelo clavado en la boca. Nick sabía que los dientes de la trucha cortarían el hilo del anzuelo. El anzuelo se le incrustaría en la mandíbula. Seguro que la trucha estaba de mal humor. Cualquier cosa de ese tamaño estaría enfadada. Eso era una trucha. Se había tragado un sólido anzuelo. Sólido como una roca. El animal también le había parecido una roca antes de escapar. Dios, qué grande era. Dios, nunca había oído hablar de una trucha tan grande.

Nick salió del agua y se quedó de pie en el prado, con el agua resbalándole por los pantalones y saliéndole de los zapatos con un sonido de chapoteo. Se acercó a los troncos y se sentó en uno. No quería forzar sus sensaciones.

Retorció los dedos de los pies dentro de los zapatos y sacó un cigarrillo del bolsillo de la pechera. Lo encendió y lanzó la cerilla dentro del agua veloz que pasaba por debajo de los troncos. Una diminuta trucha salió para coger la cerilla mientras esta daba vueltas en la rápida corriente. Nick se rio. Se acabaría el cigarrillo.

Se quedó sentado en el tronco, fumando, secándose al sol, un sol que le calentaba la espalda, el río poco profundo delante de él, allí donde se adentraba en el bosque, curvándose hacia el bosque, los bajíos, el centelleo de la luz, grandes rocas alisadas por el agua, cedros a lo largo de la ribera y abedules blancos, los troncos calientes al sol, lisos para sentarse, sin corteza, grises al tacto; lentamente le abandonó el sentimiento de decepción. Se apagó lentamente, el sentimiento de decepción que le había invadido de repente tras la emoción y le había dolorido los hombros. Ahora todo iba bien. Tenía la caña sobre los troncos. Nick ató un nuevo anzuelo a la hijuela, tensando la tripa hasta formar un fuerte nudo.

Colocó el cebo, a continuación cogió la caña y se encaminó hacia la otra punta de los troncos para meterse en el agua, allí donde no era demasiado profunda. Rebasados los troncos había un hondo remanso. Nick rodeó el banco de arena que había cerca de la orilla del pantano hasta que salió del lecho poco profundo del río.

A la izquierda, donde acababa el prado y comenzaba el bosque, había un gran olmo desarraigado. Arrancado en una tormenta, yacía horizontal en medio del bosque, las raíces con grumos de tierra y hierba creciendo en ellos, formando una sólida orilla junto al río. El río se desviaba hacia el borde del árbol desarraigado. Desde donde Nick se encontraba podía ver profundos

canales, como surcos, que el flujo de la corriente formaba en el lecho menos profundo del río. Había guijarros donde él se encontraba, y guijarros y muchísimas rocas más allá; el lecho del río, donde se curvaba cerca de las raíces del árbol, estaba cubierto de marga, y entre los surcos de agua más profunda frondas de algas verdes se mecían en la corriente.

Nick balanceó la caña hacia atrás y hacia delante, y el sedal, curvándose hacia delante, proyectó el saltamontes y lo dejó en uno de los profundos canales que había entre las algas. Una trucha picó y Nick la enganchó.

Manteniendo la caña en dirección al árbol desarraigado y chapoteando hacia atrás en la corriente, Nick, con la caña doblada y vibrante, forcejeó con la trucha, que intentaba sumergirse, para sacarla del peligro de las algas y llevarla a río abierto. Sujetando la caña, que se movía con fuerza contra la corriente, Nick fue recogiendo sedal. La trucha tiraba, pero estaba cada vez más cerca, la elasticidad de la caña resistía el tirón, a veces daba fuertes sacudidas bajo el agua, pero la caña la iba acercando. Las sacudidas habían llevado a Nick río abajo. Con la caña encima de su cabeza, llevó la trucha hasta la red y entonces la levantó.

La trucha colgaba pesada en la red, una trucha de dorso jaspeado y flancos plateados. Nick le quitó el anzuelo; flancos pesados, fácil de sujetar, una mandíbula inferior grande y protuberante; la dejó caer, palpitante, en el interior del largo saco que le colgaba de los hombros y se metía en el agua.

Nick abrió la boca del saco contra la corriente y lo llenó de agua. El saco se hizo pesado. Lo levantó, el fondo aún en el río, y el agua se derramó por los lados. En la parte inferior estaba la gran trucha, viva en el agua.

Nick avanzó corriente abajo. El saco iba delante de él y se hundía pesadamente en el agua, tirándole de los hombros.

Hacía calor y sentía el sol caliente en la nuca.

Nick tenía una buena trucha. No le importaba coger muchas. Ahora el río era poco profundo y ancho. Había árboles en las dos riberas. Los de la ribera izquierda formaban breves sombras sobre la corriente al sol de mediodía. Nick sabía que había truchas en cada sombra. Por la tarde, después de que el sol hubiera avanzado hacia las colinas, las truchas estarían en las frías sombras que habría al otro lado del río.

Las más grandes se quedarían cerca de la orilla. Al menos en el río Black siempre se las podía pescar allí. Cuando el sol estaba bajo todas se incorporaban a la corriente. Justo cuando el sol formaba un resplandor cegador en el agua, antes de ponerse, podías encontrar una trucha grande en cualquier lugar de la corriente. Entonces era casi imposible pescar, pues la

superficie del agua era tan cegadora como un espejo al sol. Naturalmente podías pescar río arriba, pero en un río como el Black, o como en el que estaba ahora, tenías que andar contracorriente y en una zona profunda, y el agua te cubría cada vez más. Con esa corriente no era divertido pescar río arriba.

Nick avanzó por la extensión de bajíos atento a las rebalsas profundas de las riberas. Un abedul crecía muy cerca del río, de manera que las ramas caían sobre el agua. La corriente retrocedía al dar contra las hojas. Siempre había truchas en un lugar así.

Nick no quería pescar en esa rebalsa. Estaba seguro de que el anzuelo se le engancharía en las ramas.

Parecía un lugar bastante profundo. Soltó el saltamontes para que la corriente se lo llevara bajo el agua, hasta quedar bajo la rama que colgaba. El sedal pegó una fuerte sacudida y Nick tiró. La trucha se retorcía con fuerza, medio fuera del agua entre las hojas y ramas. El sedal se había enganchado. Nick tiró con fuerza y la trucha se soltó. Enrolló el sedal, y sosteniendo el anzuelo en la mano, siguió río abajo.

Delante, cerca de la orilla izquierda, había un gran tronco. Nick vio que estaba hueco; apuntaba río arriba y la corriente entraba en él tersa, y solo unas breves ondas se extendían a cada lado del tronco. El agua se hacía más profunda. La parte superior del tronco hueco estaba gris y seca. Quedaba en parte a la sombra.

Nick sacó el corcho del frasco de saltamontes y uno se quedó pegado a él. Lo sacó, lo enganchó al anzuelo y lo lanzó. Mantuvo la caña lo bastante lejos para que el saltamontes, sobre la superficie del agua, siguiera la corriente que se metía en el tronco hueco. Nick bajó la caña y el saltamontes quedó flotando. Hubo una fuerte sacudida. Nick reaccionó haciendo oscilar la caña. Era como si hubiera enganchado el mismísimo tronco, solo que al otro extremo de la caña había algo vivo.

Intentó sacar el pez y meterlo en la corriente. Cedió, pesadamente.

El sedal se aflojó y Nick pensó que la trucha se había ido. Entonces la vio, muy cerca, en la corriente, sacudiendo la cabeza, intentando sacarse el anzuelo. Tenía la boca completamente cerrada. Luchaba contra el anzuelo en la clara corriente.

Enganchando el sedal con la mano izquierda, Nick hizo oscilar la caña para que el sedal se tensara, e intentó llevar la trucha hacia la red, pero había desaparecido, y el sedal seguía dando fuertes sacudidas. Nick luchó con la trucha corriente arriba, dejándola que azotara el agua y se enfrentara a la

elasticidad de la caña. Se pasó la caña a la izquierda, llevando la trucha río arriba, aguantando su peso, luchando con la caña, y a continuación la dejó caer en la red. La levantó fuera del agua, era un pesado semicírculo en la red, la red goteaba, le quitó el anzuelo y la metió en el saco.

Abrió la boca del saco, miró en el interior y vio dos grandes truchas vivas en el agua.

A través de un agua cada vez más profunda, Nick se acercó al tronco hueco. Se quitó el saco por encima de la cabeza, las truchas se agitaron cuando salieron del agua. Lo colgó de tal manera que las truchas quedaran perfectamente sumergidas en el agua. A continuación se subió a lo alto del tronco y se sentó, el agua de los pantalones y los zapatos regresó al río. Dejó la caña, se deslizó a la zona en sombra del tronco y sacó los sándwiches del bolsillo. Mojó los sándwiches en el agua fría. La corriente se llevó las migas. Se comió los sándwiches y sacó el sombrero lleno de agua para beber, el agua desbordándose del sombrero justo antes de que bebiera.

A la sombra, sentado en el tronco, se estaba fresco. Sacó un cigarrillo y frotó una cerilla para encenderlo. La cerilla se hundió en la madera gris, formando un finísimo surco. Nick se inclinó a un lado del tronco, encontró una parte dura y frotó la cerilla. Se sentó a fumar y a mirar el río.

Delante, el río se estrechaba y se adentraba en un pantano. La corriente se volvía lisa y profunda y el pantano se veía tupido de cedros con los troncos muy juntos, las ramas tupidas. Sería imposible caminar por un pantano como ese. Las ramas crecían muy bajas. Para poderte mover deberías mantenerte casi al nivel del suelo. No podrías adentrarte en la maleza. Probablemente por eso los animales que vivían en los pantanos eran como eran, se dijo Nick.

Pensó que ojalá se hubiera llevado algo para leer. Le apetecía leer. No le apetecía adentrarse en el pantano. Miró el río. Un cedro enorme se inclinaba cruzándolo a lo ancho. Más allá de ese árbol el río se adentraba en el pantano.

Nick no quería meterse ahí ahora. Sentía aversión a andar con el agua por las axilas para pescar truchas grandes en lugares donde era imposible sacarlas a tierra. En los pantanos las riberas eran peladas, los grandes cedros se entrelazaban sobre la cabeza de uno, el sol no pasaba, solo a retazos; en las aguas rápidas y profundas, a la media luz, la pesca sería trágica. En los pantanos la pesca era una aventura trágica. No era algo que Nick deseara. Por hoy no deseaba seguir río abajo.

Sacó el cuchillo, lo abrió y lo clavó en el tronco. Luego levantó el saco, metió la mano y sacó una de las truchas. Sujetándola cerca de la cola, con dificultad, viva en su mano, la golpeó contra el tronco. La trucha se

estremeció y se quedó rígida. Nick la colocó encima del tronco, a la sombra, y le rompió el cuello a la otra del mismo modo. Las colocó la una junto a la otra sobre el tronco. Eran unas truchas estupendas.

Nick las limpió, abriéndolas desde el ano a la punta de la mandíbula. Las entrañas, las agallas y la lengua salieron de una sola pieza. Las dos eran machos; largas tiras de lecha de un color blanco grisáceo, tersas y limpias. Las entrañas salieron todas juntas, limpias y compactas. Nick lanzó los despojos a la orilla para que se los comieran los visones.

Lavó las truchas en el río. Cuando las sacó del agua parecían vivas. Todavía no habían perdido el color. Se lavó las manos y se las secó en el tronco. A continuación colocó las truchas en el saco, extendido sobre el tronco, las envolvió, ató el fardo y las colocó en la red de mano. Todavía tenía el cuchillo clavado en el tronco. Lo limpió en la madera y se lo metió en el bolsillo.

Nick se puso en pie sobre el tronco, sujetando la caña, la red de mano colgándole pesada, a continuación se metió en el agua y se dirigió a la orilla. Trepó a la ribera y se dirigió al bosque, hacia terreno elevado. Regresaba al campamento. Volvió la vista atrás. El río apenas asomaba entre los árboles. Le quedaban aún muchos días para ir a pescar al pantano.

L’envoi

El rey trabajaba en el jardín. Pareció muy contento de verme. Paseamos por el jardín. Esta es la reina, dijo. Estaba podando un rosal. Cómo está, dijo la reina. Nos sentamos a una mesa bajo un gran árbol y el rey pidió whisky con soda. Al menos tenemos buen whisky, dijo. El comité revolucionario, me dijo, no le permitía salir del territorio de palacio. Creo que Plastiras[13] *es muy buen hombre, pero terriblemente difícil. Creo que hizo bien fusilando a esos tipos. Si Kerensky hubiera fusilado a unos cuantos, las cosas habrían sido diferentes. ¡Claro que, en estas situaciones, lo importante es que no te fusilen a ti!*

Lo pasamos muy bien. Hablamos mucho rato. Como todos los griegos, quería ir a Estados Unidos.

El invicto

Manuel García subió las escaleras hasta el despacho de don Miguel Retana. Dejó la maleta en el suelo y llamó a la puerta. No hubo respuesta. Manuel, de pie en el pasillo, percibió que había alguien en la oficina. Lo percibió a través de la puerta.

—Retana —dijo, aguzando el oído.

No hubo respuesta.

Está ahí, ya lo creo, se dijo Manuel.

—Retana —dijo, y dio un golpe en la puerta.

—¿Quién llama? —dijo alguien en el despacho.

—Soy yo, Manolo —dijo Manuel.

—¿Qué quieres? —preguntó la voz.

—Quiero trabajar —dijo Manuel.

Se oyeron varios chasquidos en la puerta y esta se abrió. Manuel entró, trajinando la maleta.

Un hombre menudo estaba sentado tras un escritorio al otro extremo de la oficina. Sobre su cabeza colgaba la cabeza de un toro, disecada por un taxidermista de Madrid; en las paredes había fotografías enmarcadas y carteles de corridas de toros.

El hombrecillo se quedó mirando a Manuel.

—Pensaba que te habían matado —dijo.

Manuel golpeteó el escritorio con los nudillos. El hombrecillo siguió mirándolo desde el otro lado del escritorio.

—¿En cuántas corridas has toreado este año? —preguntó Retana.

—En una —respondió Manuel.

—¿Solo en una? —preguntó el hombrecillo.

—Eso es todo.

—Leí algo en los periódicos —dijo Retana. Se recostó en la silla y miró a Manuel.

Manuel miró la cabeza de toro disecada. La había visto muchas veces. Sentía cierto interés familiar por ella. Había matado a su hermano, el que prometía, unos nueve años atrás. Manuel se acordaba de aquel día. Había una placa de latón sobre la pieza de roble en la que estaba montada la cabeza.

Manuel no podía leerla, pero se imaginaba que era en recuerdo de su hermano. Bueno, había sido un buen chico.

La placa decía: «El toro Mariposa del duque de Veragua, que recibió nueve varas a cambio de la vida de siete caballos, y causó la muerte de Antonio García, novillero, el 27 de abril de 1909».

Retana se dio cuenta de que miraba la cabeza disecada del toro.

—El lote que el duque me ha enviado para el domingo traerá escándalo —dijo—. Todos tienen las piernas de mantequilla. ¿Qué dicen en el café?

—No lo sé —dijo Manuel—. Acabo de llegar.

—Sí —dijo Retana—. Todavía llevas el equipaje.

Aún recostado tras el gran escritorio, miró a Manuel.

—Siéntate —dijo—. Quítate la gorra.

Manuel se sentó; sin la gorra tenía otra cara. Se le veía pálido, y la coleta, sujeta hacia delante en la cabeza para que no asomara por debajo de la gorra, le daba un aspecto extraño.

—No tienes buena cara —dijo Retana.

—Acabo de salir del hospital —dijo Manuel.

—Me dijeron que te habían cortado la pierna —dijo Retana.

—No —dijo Manuel—. Está bien.

Retana se inclinó hacia delante y empujó una caja de madera llena de cigarrillos hacia Manuel.

—Coge un cigarrillo —dijo.

—Gracias.

Manuel lo encendió.

—¿Fumas? —dijo ofreciéndole la cerilla a Retana.

—No —dijo Retana haciendo un gesto con la mano—. No fumo nunca.

Retana lo observó fumar.

—¿Por qué no te buscas un empleo? —dijo.

—No quiero un empleo —dijo Manuel—. Soy torero.

—Ya no quedan toreros —dijo Retana.

—Yo soy un torero —dijo Manuel.

—Sí, mientras torees —dijo Retana.

Manuel rio.

Retana no dijo nada y miró a Manuel.

—Te pondré en una nocturna, si quieres —le ofreció Retana.

—¿Cuándo? —preguntó Manuel.

—Mañana por la noche.

—No quiero ir de sobresaliente de nadie —dijo Manuel. Así se hicieron matar todos. Así fue como murió Salvador. Dio unos golpecitos en la mesa con los nudillos.

—Es todo lo que tengo —dijo Retana.

—¿Por qué no me pones en alguna para la semana que viene? —sugirió Manuel.

—No tienes gancho —dijo Retana—. La gente solo quiere al Litri, a Rubito, a La Torre. Esos muchachos son buenos.

—La gente iría a verme —dijo Manuel, optimista.

—No, no iría. Ya no saben quién eres.

—Aún me queda mucho temple —dijo Manuel.

—Te estoy ofreciendo una corrida mañana por la noche —dijo Retana—. Puedes torear con Hernández, el chaval, y matar dos novillos después de los charlots.

—¿De quién son los novillos? —preguntó Manuel.

—No lo sé. Lo que tengan en los corrales. Lo que los veterinarios desechen para las corridas de la tarde.

—No me gusta ir de sobresaliente —dijo Manuel.

—Puedes tomarlo o dejarlo —dijo Retana. Se inclinó hacia delante, sobre sus papeles. Había dejado de interesarse por la conversación. Por un momento Manuel le había recordado los viejos tiempos, pero ya había perdido el interés. Le gustaría que sustituyera a Larita, porque le saldría barato. También tenía otros que le saldrían baratos. De todos modos, le gustaría ayudarle. Le había dado una oportunidad. Si la quería o no, era cosa suya.

—¿Cuánto sacaré? —preguntó Manuel. Aún le daba vueltas a la idea de rechazar la oferta. Pero sabía que debía aceptarla.

—Doscientas cincuenta pesetas —dijo Retana. Había pensado ofrecerle quinientas, pero cuando abrió la boca le salieron doscientas cincuenta.

—A Villalta le pagas siete mil —dijo Manuel.

—Tú no eres Villalta —dijo Retana.

—Ya lo sé —dijo Manuel.

—Él sí trae público, Manolo —dijo Retana a modo de explicación.

—Claro —dijo Manuel. Se puso en pie—. Dame trescientas, Retana.

—Muy bien —aceptó Retana. Metió la mano en un cajón para sacar un papel.

—¿Puedes darme cincuenta pesetas ahora? —preguntó Manuel.

—Claro —dijo Retana. Sacó de la cartera un billete de cincuenta pesetas y lo dejó plano sobre la mesa.

Manuel lo cogió y se lo metió en el bolsillo.

—¿Qué me dices de la cuadrilla? —preguntó.

—Están los muchachos que siempre trabajan para mí por las noches —dijo Retana—. Lo hacen bien.

—¿Y los picadores? —preguntó Manuel.

—No son gran cosa —admitió Retana.

—Necesito tener un buen picador —dijo Manuel.

—Pues consigue uno —dijo Retana—. A ver si encuentras uno.

—Con esto no —dijo Manuel—. No voy a pagar una cuadrilla con sesenta duros.

Retana no dijo nada, pero miró a Manuel desde el otro lado del escritorio.

—Sabes que necesito un buen picador —dijo Manuel.

Retana no dijo nada, pero miró a Manuel como desde muy lejos.

—No está bien —dijo Manuel.

Retana aún lo estaba estudiando, recostado en su silla, estudiándolo desde una gran distancia.

—Están los picadores normales —le ofreció.

—Ya —dijo Manuel—. Conozco a tus picadores normales.

Retana no sonrió. Manuel supo que la discusión había acabado.

—Todo lo que quiero es una oportunidad —dijo Manuel, tratando de ser razonable—. Cuando salgo ahí fuera quiero que las cosas se hagan como mejor me conviene. Solo hace falta un buen picador.

Le estaba hablando a alguien que ya no lo escuchaba.

—Si quieres algo extra —dijo Retana—, ve a buscarlo tú mismo. Allí tendrás una cuadrilla normal. Si quieres, trae a tus propios picadores. La charlotada acaba a eso de las diez y media.

—Muy bien —dijo Manuel—. Si así es como lo ves.

—Así es como lo veo —dijo Retana.

—Te veré mañana por la noche —dijo Manuel.

—Allí estaré —dijo Retana.

Manuel levantó la maleta y salió.

—Cierra la puerta —le gritó Retana.

Manuel volvió la mirada. Retana estaba inclinado sobre la mesa, mirando unos papeles. Manuel tiró de la puerta con fuerza hasta que emitió un chasquido.

Bajó las escaleras y salió al caluroso resplandor del día. En la calle hacía mucho calor, y la luz que se reflejaba en los edificios blancos se le hizo repentina y deslumbrante. Avanzó a la sombra por la empinada calle que

conducía a la Puerta del Sol. Sintió la sombra sólida y fresca como agua corriente. El calor le llegaba repentino en cada cruce. Manuel no vio a ningún conocido entre la gente con que se cruzó.

Justo antes de la Puerta del Sol entró en un café.

Era un café tranquilo. Había unos cuantos hombres sentados a las mesas, junto a la pared. En una mesa había cuatro hombres jugando a las cartas. Casi todos los hombres que estaban junto a la pared fumaban. Delante de ellos había tazas de café y copas de licor vacías. Manuel cruzó la sala grande hasta llegar a otra más pequeña que estaba en la parte de atrás. En un ángulo había un hombre sentado a una mesa, dormido. Manuel se sentó a una de las mesas.

Entró un camarero y se quedó junto a la mesa de Manuel.

—¿Has visto a Zurito? —le preguntó Manuel.

—Estuvo antes de comer —respondió el camarero—. No volverá antes de las cinco.

—Tráeme un café con leche y una copa de lo de siempre —dijo Manuel.

El camarero regresó con una bandeja en la que había un café con leche y una copa de licor. En la izquierda llevaba una botella de coñac. Lo colocó sobre la mesa y un muchacho que lo había seguido vertió café y leche en la taza desde dos jarras relucientes y con grandes asas.

Manuel se quitó la gorra y el camarero observó la coleta sujeta hacia delante. Le guiñó el ojo al muchacho que llevaba el café mientras servía el coñac en la copita que estaba junto al café de Manolo.

—¿Torea aquí? —preguntó el camarero, tapando la botella.

—Sí —dijo Manuel—. Mañana.

El camarero se quedó allí de pie, con la botella apoyada en una cadera.

—¿Está con los charlots? —preguntó.

El muchacho que llevaba el café apartó la mirada, avergonzado.

—No, con los normales.

—Pensaba que iban a ser Chávez y Hernández —dijo el camarero.

—No. Yo y otro.

—¿Cuál? ¿Chávez o Hernández?

—Creo que Hernández.

—¿Qué le pasa a Chávez?

—Se ha lastimado.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Retana.

—Eh, Luisito —gritó el camarero a la sala de al lado—. A Chávez lo han cogido.

Manuel había sacado los terrones de azúcar de su envoltorio y los metió en el café. Lo removió y se lo bebió de un trago, dulce, hirviente, que le calentó el estómago vacío. También apuró el coñac.

—Ponme otra copa —le dijo al camarero.

El camarero abrió la botella y le llenó la copa, vertiendo otro trago entero en el platillo. Otro camarero apareció delante de la mesa. El chico que había llevado el café había desaparecido.

—¿Chávez está malherido? —le preguntó a Manuel el segundo camarero.

—No lo sé —dijo Manuel—. Retana no me lo dijo.

—A él le importa un pimiento —dijo un camarero alto. Manuel no le había visto. Debía de haberse acercado en ese mismo momento.

—En esta ciudad, si estás con Retana tienes el éxito asegurado —dijo el camarero alto—. Y si no estás con él, más vale que te pegues un tiro.

—Tú lo has dicho —dijo el otro camarero que había entrado—. Y ya lo has dicho antes.

—Ya puedes decir que lo he dicho —dijo el camarero alto—. Sé de lo que hablo cuando hablo de ese pájaro.

—Mira lo que ha hecho por Villalta —dijo el primer camarero.

—Y eso no es todo —dijo el camarero alto—. Mira lo que ha hecho por Marcial Lalanda. Mira lo que ha hecho por Nacional.

—Tú lo has dicho, muchacho —dijo el camarero bajo.

Manuel los miró, los dos hablando de pie delante de su mesa. Se había bebido el segundo coñac. Se habían olvidado de él. No les interesaba.

—Fíjate en esa pandilla de camellos —añadió el camarero alto—. ¿Alguna vez has visto a este Nacional II?

—Lo vi el domingo pasado, ¿no? —dijo el primer camarero que le había atendido.

—Es una jirafa —dijo el camarero bajo.

—¿Qué te decía? —dijo el camarero alto—. Son los chicos de Retana.

—Oye, ponme otra copa de eso —dijo Manuel. Se había vertido en la copa el coñac que el camarero había derramado en el platillo y se lo había bebido mientras hablaban.

El camarero que le había servido le llenó el vaso sin pensar, y los tres salieron de la sala charlando.

En el ángulo más lejano, el hombre seguía durmiendo, roncando levemente al inspirar, con la cabeza apoyada contra la pared.

Manuel apuró el coñac. A él también le había entrado sueño. Hacía demasiado calor para salir a la calle. Además, no tenía nada que hacer. Quería

ver a Zurito. Dormiría mientras lo esperaba. Le dio una patada a la maleta, que estaba debajo de la mesa, para asegurarse de que seguía allí. Quizá sería mejor ponerla debajo de la silla, contra la pared. Se inclinó y la colocó bajo el asiento. A continuación se inclinó hacia delante, recostó la cabeza en la mesa y se durmió.

Cuando se despertó había alguien sentado a su mesa, delante de él. Era un hombre grande con una cara morena y triste, como de indio. Llevaba un rato allí sentado. Le había hecho seña al camarero de que se fuera, leía el periódico y de vez en cuando miraba a Manuel, que estaba dormido con la cabeza sobre la mesa. Leía el periódico con esfuerzo, formando las palabras en los labios al leer. Cuando se cansaba, miraba a Manuel. Estaba sentado pesadamente en la silla, con el sombrero negro cordobés inclinado hacia delante.

Manuel se incorporó y se lo quedó mirando.

—Hola, Zurito —dijo.

—Hola, muchacho —dijo el grandullón.

—Me he quedado dormido. —Manuel se frotó la frente con el dorso del puño.

—Eso me ha parecido.

—¿Cómo va todo?

—Bien. ¿Cómo te va a ti?

—No tan bien.

Los dos se quedaron callados. Zurito, el picador, miró la cara pálida de Manuel. Manuel se fijó en las enormes manos del picador, que doblaba el periódico para metérselo en el bolsillo.

—Tengo que pedirte un favor, Manos —dijo Manuel.

Manosduras era el apodo de Zurito. Cada vez que lo oía pensaba en sus manazas. Las colocó sobre la mesa, bien a la vista, consciente de lo grandes que eran.

—Vamos a echar un trago —dijo.

—Claro —dijo Manuel.

El camarero llegó, se fue y volvió. Salió de la sala mirando a los dos hombres de la mesa.

—¿Qué pasa, Manolo? —Zurito puso el vaso sobre la mesa.

—¿Me harías de picador con dos toros mañana por la noche? —le preguntó Manuel, levantando la mirada hacia Zurito.

—No —dijo Zurito—. Ya no hago de picador.

Manuel bajó la mirada hacia su vaso. Esperaba esa respuesta; ahora la había oído. Bueno, ya tenía el no.

—Lo siento, Manolo, pero ya no hago de picador —dijo Zurito mirándose las manos.

—No pasa nada —dijo Manuel.

—Soy demasiado viejo —dijo Zurito.

—Solo te lo quería preguntar —dijo Manuel.

—¿Es para la corrida nocturna de mañana?

—Sí. Pensaba que si tenía un buen picador, podría sacarla adelante.

—¿Cuánto te pagan?

—Trescientas pesetas.

—A mí me pagan más por picar.

—Lo sé —dijo Manuel—. No tenía derecho a preguntártelo.

—¿Por qué sigues toreando, Manolo? —preguntó Zurito—. ¿Por qué no te cortas la coleta?

—No lo sé —dijo Manuel.

—Eres casi tan viejo como yo —dijo Zurito.

—No lo sé —dijo Manuel—. Tengo que hacerlo. Todo lo que quiero es tener otra oportunidad. No puedo dejarlo, Manos.

—Sí que puedes.

—No, no puedo. He intentado mantenerme lejos del toreo.

—Sé lo que sientes. Pero eso no es bueno. Deberías dejarlo y no volver.

—No puedo. Además, últimamente me ha ido bien.

Zurito lo miró a la cara.

—Has estado en el hospital.

—Pero lo estaba haciendo muy bien cuando tuve la cogida.

Zurito no dijo nada. Vertió en la copa el coñac que tenía en el platillo.

—Los periódicos dijeron que no se había visto una faena mejor —dijo Manuel.

Zurito se lo quedó mirando.

—Ya sabes que cuando me lo tomo en serio soy bueno —dijo Manuel.

—Eres demasiado viejo —dijo el picador.

—No —dijo Manuel—. Eres diez años mayor que yo.

—Conmigo es diferente.

—No soy demasiado viejo —dijo Manuel.

Se quedaron callados, Manuel observaba la cara del picador.

—Me iba estupendamente hasta que tuve la cogida —sugirió Manuel—. Deberías haberme visto, Manos —dijo Manuel en tono de reproche.

—No quiero ir a verte —dijo Zurito—. Me pone nervioso.

—Últimamente no has venido a verme.

—Te he visto muchas veces.

Zurito miró a Manuel, evitando sus ojos.

—Deberías dejarlo, Manolo.

—No puedo —dijo Manuel—. Ahora lo estoy haciendo bien, te lo digo yo.

Zurito se inclinó hacia delante, con las manos sobre la mesa.

—Escucha. Te haré de picador, y si mañana por la noche no sale bien la faena lo dejas. ¿De acuerdo? ¿Lo harás?

—Claro.

Zurito se echó hacia atrás, aliviado.

—Tienes que dejarlo —dijo—. Nada de tomarme el pelo. Tienes que cortarte la coleta.

—No tendré que dejarlo —dijo Manuel—. Ya me verás. Aún sirvo.

Zurito se puso en pie. Estaba cansado de discutir.

—Tienes que dejarlo —dijo—. Yo mismo te cortaré la coleta.

—No, no lo harás —dijo Manuel—. No te daré la oportunidad.

Zurito llamó al camarero.

—Vamos —dijo Zurito—. Vamos a casa.

Manuel metió la mano bajo la silla para coger la maleta. Se sentía feliz. Sabía que Zurito le haría de picador. Era el mejor picador que había. Ahora todo era sencillo.

—Vamos a casa a comer —dijo Zurito.

Manuel estaba en el patio de caballos esperando que los charlots acabaran. Zurito estaba a su lado. Se encontraban en una zona oscura. La alta puerta que conducía al ruedo estaba cerrada. Encima de ellos oyeron una carcajada, luego otra. A continuación, silencio. A Manuel le gustaba el olor a establo del patio de caballos. Olía bien en la oscuridad. Se oyó otro clamor procedente del ruedo y luego aplausos, aplausos prolongados que duraron y duraron.

—¿Los has visto alguna vez? —preguntó Zurito, en la oscuridad una figura grande que se cernía sobre él.

—No —dijo Manuel.

—Son bastante divertidos —dijo Zurito. Sonrió para sí en la oscuridad.

Las puertas altas y dobles que daban al ruedo ajustaban perfectamente. Cuando se abrieron Manuel vio el ruedo a la dura luz de los arcos voltaicos, la

plaza, oscura alrededor, se alzaba a gran altura; caminando por el borde del ruedo corrían y saludaban dos hombres vestidos de vagabundos, seguidos por un tercero con uniforme de botones de hotel que se inclinaba y recogía los sombreros y bastones lanzados a la arena y los devolvía a la oscuridad.

Se encendió la luz eléctrica del patio.

—Me subiré a uno de esos ponis mientras tú recoges a los chicos —dijo Zurito.

Detrás de ellos se oyó el cascabeleo de las mulas que salieron a la arena a llevarse al toro muerto.

Los miembros de la cuadrilla, que habían presenciado la actuación de los cómicos desde el pasillo que había entre la barrera y los asientos, regresaron y se pusieron a charlar en grupo bajo la luz eléctrica del patio. Un mozo de buena planta, vestido de plata y naranja, se acercó a Manuel y le sonrió.

—Soy Hernández —dijo, y le tendió la mano.

Manuel se la estrechó.

—Hoy tenemos puros elefantes —dijo el muchacho con tono jovial.

—No son más que bichos grandes con cuernos —coincidió Manuel.

—A usted le ha tocado el peor lote —dijo el muchacho.

—No pasa nada —dijo Manuel—. Cuanto más grandes son, más carne para los pobres.

—Nunca lo había oído —sonrió Hernández.

—Es más viejo que el hambre —dijo Manuel—. Alinee a su cuadrilla, para que pueda ver lo que tenemos.

—Algunos muchachos son buenos —dijo Hernández. Era un tipo muy jovial. Había estado en dos corridas nocturnas y comenzaba a tener admiradores en Madrid. Le alegraba que la corrida estuviera a punto de comenzar.

—¿Dónde están los picadores? —preguntó Manuel.

—Están en los corrales, peleándose para ver quién consigue los caballos más hermosos —dijo Hernández con una sonrisa.

Las mulas salieron por la puerta apresuradamente, entre chasquidos de látigo y repicar de campanillas, y el joven toro marcó un surco en la arena.

Formaron para el paseíllo en cuanto se hubieron llevado al toro.

Manuel y Hernández iban delante. Los mozos de la cuadrilla estaban detrás, con las pesadas capas recogidas sobre el brazo. Detrás, los cuatro picadores, montados, mantenían erectas sus picas de punta de acero en la penumbra del corral.

—Es increíble que Retana no nos haya puesto suficiente luz para ver los caballos —dijo un picador.

—Sabe que estaremos más contentos si no vemos bien a estos animales —respondió otro picador.

—Esto que monto apenas me levanta del suelo —dijo el primer picador.

—Bueno, son caballos.

—Claro, son caballos.

Charlaron, montados en la oscuridad sobre sus descarnados caballos.

Zurito no dijo nada. Tenía el único caballo del lote al que no le flaqueaban las piernas. Lo había probado, haciéndole dar vueltas por los corrales, y respondía al freno y a las espuelas. Le había quitado la venda del ojo izquierdo y cortado las cuerdas que le sujetaban las orejas en la base. Era un caballo bueno y sólido, sólido de patas. Era todo lo que necesitaba. Su intención era montarlo durante toda la corrida. Desde que lo había montado, sentado en la penumbra en la gran silla acolchada, esperando el paseo, ya había visualizado cómo picaría durante la corrida. Los demás picadores seguían hablando a ambos lados. Él no los oía.

Los dos matadores estaban juntos delante de los tres peones, con las capas plegadas sobre el brazo izquierdo, igual que ellos. Manuel pensaba en los tres mozos que tenía detrás. Los tres eran madrileños. Como Hernández, muchachos de unos diecinueve años. Le gustaba la planta de uno de ellos, gitano, serio, distante, de tez oscura. Se volvió hacia él.

—¿Cómo te llamas, chico? —le preguntó al gitano.

—Fuentes —dijo el gitano.

—Un buen nombre —dijo Manuel.

El gitano sonrió, enseñando los dientes.

—Coge al toro y hazlo correr un poco cuando salga —dijo Manuel.

—Muy bien —dijo el gitano. Tenía un aire serio. Se puso a pensar en cómo lo haría.

—Llegó el momento —le dijo Manuel a Hernández.

—Venga. Vamos.

Siguieron con la cabeza erguida, meneándose con la música, el brazo derecho moviéndose como en un desfile, cruzaron la arena bajo los arcos voltaicos, la cuadrilla tras ellos y los picadores aún más atrás. Detrás iban los monosabios y las mulas con sus campanillas. El público aplaudió a Hernández cuando cruzaron el ruedo. Arrogantes, cimbreándose, miraban al frente al caminar.

Le hicieron una reverencia al presidente, y la procesión se dividió entre sus componentes. Los toreros se dirigieron a la barrera y cambiaron sus pesadas capas por los capotes, más ligeros. Las mulas salieron. Los picadores galoparon dando bandazos por el ruedo, y dos de ellos desaparecieron por la puerta por la que habían salido. Los monosabios barrieron la arena hasta dejarla bien lisa.

Manuel bebió un vaso de agua servido por uno de los ayudantes de Retana, que le hacía de apoderado y de mozo de estoques. Hernández, que había estado hablando con su apoderado, se le acercó.

—Vaya éxito has tenido, muchacho —le felicitó Manuel.

—Les caigo bien —dijo Hernández, feliz.

—¿Cómo ha ido el paseo? —le preguntó Manuel al hombre de Retana.

—Como una boda —dijo su apoderado—. Estupendo. Parecíais Joselito y Belmonte.

Zurito avanzó montado en su caballo, una voluminosa estatua ecuestre. Hizo girar al animal y lo encaró al toril, al extremo opuesto del ruedo de donde salía el toro. Era extraño estar bajo los arcos voltaicos. Él siempre había picado en el calor de la tarde y había ganado un buen dinero. No le gustaba hacerlo bajo la luz artificial. Ojalá empezaran pronto.

Manuel se le acercó.

—Pícalo, Manos —dijo—. Bájale los humos.

—Lo picaré, muchacho. —Zurito escupió en la arena—. Lo haré saltar fuera del ruedo.

—Métele bien, Manos —dijo Manuel.

—Le meteré bien —dijo Zurito—. ¿Por qué no sale?

—Ya viene —dijo Manuel.

Zurito permanecía ahí sentado, con los pies en el estribo, sus grandes piernas a horcajadas sobre la armadura cubierta con piel de gamuza que rodeaba al caballo, las riendas en la izquierda, la larga pica en la derecha, su ancho sombrero bien calado sobre los ojos para protegerlos de las luces, observando la lejana puerta del toril. Al caballo le vibraron las orejas. Zurito le dio unos golpecitos con la izquierda.

Se abrió la puerta roja del toril y durante un momento Zurito se quedó mirando el pasillo vacío que había en la otra punta del ruedo. Luego salió el toro a la carrera, resbalando con las cuatro patas al emerger bajo las luces, y a continuación cargó al galope, moviéndose suavemente en un veloz galope, durante el cual no se oyó más que el resoplar de sus anchas fosas nasales al embestir, contento de que lo hubieran soltado del oscuro corral.

En la primera fila de asientos, un tanto aburrido, sobre la pared de cemento que tenía delante de las rodillas, inclinándose para poder escribir, el crítico sustituto de *El Heraldo* garabateó: «Campañero negro, cuarenta y dos, salió a ciento veinte kilómetros por hora con mucho empuje…».

Manuel, que contemplaba el toro apoyado en la barrera, hizo señal con la mano y el gitano salió, arrastrando el capote. El toro, a todo galope, giró y embistió contra el capote, la cabeza gacha y la cola levantada. El gitano se movió en zigzag, y cuando pasó por delante del toro, este le vio y abandonó la capa para embestir al hombre. El gitano esprintó y saltó la valla roja de la barrera, y el toro la golpeó con los cuernos. Por dos veces se lanzó contra ella con los cuernos, golpeando la madera a ciegas.

El crítico de *El Heraldo* encendió un cigarrillo y le lanzó la cerilla al toro, y a continuación escribió en su cuaderno: «Grande y con la suficiente cornamenta para satisfacer a los clientes que pagan, Campañero mostró tendencia a pisarles el terreno a los toreros».

Manuel salió a la dura arena mientras el toro seguía midiéndose con la valla. Con el rabillo del ojo vio a Zurito montado a lomos del caballo blanco cerca de la barrera, más o menos a un cuarto del ruedo a la izquierda. Manuel mantenía la capa delante de él, un pliegue en cada mano, y le gritó al toro: «¡Eh! ¡Eh!». El toro se volvió, pareció apoyarse en la valla para tomar impulso antes de embestir a lo loco, cargando contra la capa al tiempo que Manuel se hacía a un lado, pivotaba sobre sus talones y movía la capa justo delante de los cuernos. Al final del giro volvía a estar cara a cara con el toro, y mantenía la capa en la misma posición, justo delante de su cuerpo, y volvió a pivotar a la siguiente embestida del toro. Cada vez que giraba la multitud gritaba.

Le dio cuatro capotazos al toro, levantando la capa hasta que el movimiento la hinchaba, y cada vez dejaba al toro en posición de embestir. Luego, tras el quinto capotazo, se apoyó la capa en la cadera y pivotó, de manera que la capa se movió como la falda de una bailarina de *ballet* y enroscó al toro a su alrededor como un cinturón. Al apartarse dejó al toro delante de Zurito y su caballo blanco, plantado firme, el caballo encarado al toro, las orejas hacia delante, los labios nerviosos, y Zurito con el sombrero hasta los ojos, inclinado hacia delante, la larga pica asomando por delante y por detrás de él, en ángulo agudo bajo el brazo derecho, a medio camino del suelo, la punta triangular de hierro encarada al toro.

El segundo crítico de *El Heraldo* dio una calada a su cigarrillo y escribió: «El veterano Manolo encadenó una serie de aceptables verónicas, acabando

en un recorte muy del estilo Belmonte que arrancó los aplausos de los habituales, y entramos en el tercio de la caballería».

Zurito midió la distancia entre el toro y el extremo de la pica. Mientras miraba, el toro se preparó y embistió, los ojos clavados en el pecho del caballo. Cuando agachó la cabeza para engancharlo, Zurito hundió la punta de la pica en el músculo en forma de giba sobre la espalda del toro, apoyó todo el peso sobre la vara, y con la izquierda tiró de las riendas del caballo blanco para que levantara las patas delanteras. Lo llevó hacia la derecha mientras empujaba el toro por debajo a fin de que los cuernos pasaran sin peligro bajo el vientre del caballo, y cuando el caballo descendió, temblando, la cola del toro le acarició el pecho al embestir la capa que Hernández le ofrecía.

Hernández corrió de lado, sacando al toro de allí debajo y alejándolo con la capa hacia el otro picador. Lo fijó con un capotazo, encarándolo directamente a caballo y jinete, y retrocedió. Cuando el toro vio al caballo, embistió. La lanza del picador se deslizó por su espalda, y cuando el impacto de la embestida levantó al caballo, el picador ya estaba medio fuera de la silla, levantando la pierna derecha al fallar con la lanza y cayendo hacia la izquierda para mantener el caballo entre él y el toro. El caballo, levantado y corneado, se derrumbó con el toro, que intentaba ensartarlo otra vez, y el picador empujó con las botas al caballo y se soltó, esperando a que lo levantaran, se lo llevaran y lo pusieran en pie.

Manuel dejó que el toro embistiera al caballo caído; no tenía prisa, el picador estaba a salvo; además, a un picador como ese no le iría mal preocuparse. La próxima vez duraría más. ¡Mierda de picadores! Miró al otro lado y vio a Zurito un poco separado de la barrera, el caballo rígido, esperando.

—¡Eh! —le gritó al toro—. ¡Toma! —Agarró la capa con las manos para que el animal la viera. El toro se apartó del caballo y embistió la capa, y Manuel, corriendo de lado con la capa totalmente desplegada, se detuvo, giró sobre los talones, y el toro se encontró bruscamente delante de Zurito.

«Campañero aceptó un par de varas a cambio de la muerte de un rocinante, con Hernández y Manolo al quite», escribió el crítico de *El Heraldo*. «No le tuvo miedo al hierro y demostró a las claras que no le gustan los caballos. El veterano Zurito resucitó parte de su antiguo talento con la pica, sorprendentemente la suerte…».

—¡Olé! ¡Olé! —gritaba el hombre que estaba sentado a su lado. El grito se perdió entre el rugido de la multitud, y le dio al crítico una palmada en la espalda. El crítico levantó la vista para ver a Zurito, justo debajo de él,

inclinándose ampliamente sobre el caballo, la vara surgiendo en ángulo agudo de su axila, sujetando la pica casi por la punta, apoyando en ella todo el peso del cuerpo, manteniendo a raya al toro, el toro empujando y atacando para llegar al caballo, y Zurito, el tronco muy inclinado, encima de él, conteniéndolo, conteniéndolo, y haciendo girar al caballo lentamente en dirección contraria a la presión, de modo que el caballo quedara fuera de peligro. Zurito percibió el momento en que el caballo quedaba a salvo y el toro podía pasar de largo, y relajó por completo el acerado tope de su resistencia, y la punta triangular de acero de la pica desgarró la joroba musculosa en la espalda del toro mientras este se soltaba y se encontraba con la capa de Hernández delante del hocico. El toro embistió a ciegas la capa, y el muchacho lo llevó a una zona más abierta del ruedo.

Zurito le daba unas palmaditas al caballo y miraba cómo el toro embestía la capa que Hernández le ponía delante, bajo aquellas luces brillantes, mientras la multitud vociferaba.

—¿Has visto eso? —le dijo a Manuel.

—Ha sido una maravilla —dijo Manuel.

—Esta vez lo he enganchado bien —dijo Zurito—. Míralo ahora.

Al final de un capotazo muy cerrado, el toro cayó de rodillas. Se levantó enseguida, pero desde la otra punta del ruedo Manuel y Zurito vieron el resplandor de la sangre al manar, un flujo homogéneo contra el negro de la espalda del toro.

—Esta vez lo he enganchado bien —dijo Zurito.

—Es un buen toro —dijo Manuel.

—Si me dan otra oportunidad, lo mataré —dijo Zurito.

—Cambiarán el tercio antes de que puedas —dijo Manuel.

—Míralo ahora —dijo Zurito.

—Tengo que ir ahí —dijo Manuel, y echó a correr hacia el otro lado del ruedo, donde los monosabios sacaban un caballo por la brida hacia el toro, golpeándole en las piernas con palos y todo, en procesión, intentando que avanzara hacia el toro, que estaba con la cabeza gacha, rascando el suelo, sin decidirse a atacar.

Zurito, dirigiendo su caballo hacia la escena, sin perder detalle, frunció el entrecejo.

Por fin el toro amufó, los monosabios corrieron hacia la barrera, el picador picó desde demasiado atrás, y el toro se le metió debajo del caballo, lo levantó y se lo echó a la espalda.

Zurito se quedó mirando. Los monosabios, con sus camisas rojas, corrieron a liberar al picador, que, de nuevo en pie, maldecía y agitaba los brazos. Manuel y Hernández estaban preparados con sus capas. Y el toro, el enorme toro negro, con un caballo a la espalda, las pezuñas de este colgando en el aire, la brida atrapada entre los cuernos. Un toro negro con un caballo a la espalda, trastabillando sobre sus cortas patas, luego arqueando el cuello y levantándolo, empujando, embistiendo para quitarse al caballo de encima, el caballo resbalando hacia la arena. A continuación el toro amufó la capa que Manuel le había desplegado.

Manuel se dio cuenta de que ahora el toro era más lento. Sangraba profusamente. Tenía todo el flanco lustroso de sangre.

Manuel volvió a ofrecerle el capote. Ahí estaba, los ojos abiertos, feo, mirando la capa. Manuel se hizo a un lado y levantó los brazos, tensando el capote delante del toro para la verónica.

Ahora estaba de cara al toro. Sí, bajaba un poco la cabeza. La llevaba más arrastrada. Eso era por Zurito.

Manuel agitó la capa; ahí viene; se hizo a un lado con otra verónica. Embiste con una tremenda precisión, se dijo. Ya ha tenido suficiente lucha, ahora está acechando. Ahora está cazando. Me tiene entre ceja y ceja. Pero yo siempre le doy la capa.

Sacudió la capa delante del toro; ahí viene; se hizo a un lado. Esta vez ha estado muy cerca. No quiero torearlo tan de cerca.

El borde del capote, allí donde había frotado el lomo del toro, estaba manchado de sangre.

Muy bien, esta es la última.

Manuel, de cara al toro, tras haber girado con él a cada acometida, le ofreció la capa con las manos. El toro lo miró. Los ojos vigilantes, los cuernos proyectados hacia delante, el toro lo miraba, vigilante.

—¡Eh! —dijo Manuel—. ¡Toro! —Se echó para atrás y agitó la capa hacia delante. Ahí viene. Se hizo a un lado, movió el capote hacia atrás y pivotó, de manera que el toro siguió el remolino de la capa y luego se encontró con nada, aturdido por el pase, dominado por la capa. Manuel le sacudió el capote en las narices con una mano, para demostrar que el toro estaba clavado, y se alejó.

No hubo aplausos.

Manuel cruzó la arena hacia la barrera, mientras Zurito salía del ruedo. Había sonado la trompeta para dar paso al tercio de banderillas mientras

Manuel capeaba. Ni siquiera se había enterado. Los monosabios cubrieron con una lona los dos caballos muertos y echaron serrín a su alrededor.

Manuel se acercó a la barrera para beber agua. El hombre de Retana le entregó un pesado botijo.

Fuentes, el gitano alto, tenía un par de banderillas en la mano, manteniéndolas muy juntas, unos finos palos rojos con puntas de anzuelo. Miró a Manuel.

—Venga, ve —dijo Manuel.

El gitano salió al trote. Manuel dejó el botijo en el suelo y miró la escena. Se secó la cara con el pañuelo.

El crítico de *El Heraldo* extendió el brazo hacia la botella de champán tibio que tenía entre las piernas, echó un trago y acabó el párrafo: «… el veterano Manolo no arrancó ningún aplauso tras una vulgar serie de lances y entramos así en el tercio de banderillas».

El toro estaba solo en el centro del ruedo, aún inmóvil. Fuentes, alto, la espalda recta, caminaba hacia él de manera arrogante, los brazos extendidos, las dos banderillas rojas, una en cada mano, sujetas con los dedos, las puntas hacia delante. Fuentes avanzaba. Detrás de él, a un lado, había un peón con una capa. El toro lo miró y abandonó su aturdimiento.

Sus ojos miraban a Fuentes, que ahora estaba quieto. Fuentes echó el tronco para atrás y lo citó. Sacudió las dos banderillas, la luz se reflejó en las puntas de acero y llamó la atención del toro.

El toro levantó la cola y amufó.

Fue directo, con los ojos fijos en el hombre. Fuentes permaneció inmóvil, el tronco para atrás, las banderillas hacia delante. Cuando el toro bajó la cabeza para cornear, Fuentes se echó para atrás, juntó los brazos y los levantó, las dos manos tocándose, las banderillas como dos líneas rectas que descendían, e inclinándose hacia delante clavó las puntas en la espalda del toro, asomándose sobre los cuernos del toro y girando sobre las dos banderillas rectas, las piernas muy juntas, el cuerpo curvándose a un lado para dejar pasar el toro.

—¡Olé! —gritó el público.

El toro corneaba el aire como poseído, saltaba como una trucha, levantando las cuatro patas del suelo. Sacudía las rojas banderillas con sus saltos.

Manuel, de pie en la barrera, observó que siempre lanzaba los cuernos a la derecha.

—Dile que le coloque el próximo par a la derecha —le dijo al muchacho que enseguida le llevó a Fuentes el siguiente par de banderillas.

Sintió una pesada mano sobre el hombro. Era Zurito.

—¿Cómo te sientes, muchacho?

Manuel estaba mirando el toro.

Zurito se inclinó hacia delante en la barrera, apoyando el peso del cuerpo en los brazos. Manuel se volvió hacia él.

—Lo estás haciendo bien —dijo Zurito.

Manuel negó con la cabeza. Ahora no tenía nada que hacer hasta el siguiente tercio. El gitano era muy bueno con las banderillas. En el siguiente tercio el toro le vendría en buenas condiciones. Era un buen toro. Hasta entonces todo había sido fácil. Lo único que le preocupaba de la faena era la suerte de espadas. Aunque tampoco le preocupaba de verdad. Ni siquiera pensaba en ello. Pero mientras estaba allí le entró una vaga aprensión. Miró al toro, planeando su faena, la labor con el trapo rojo, consistente en reducir al toro, volverlo dócil.

El gitano volvía a encaminarse hacia el toro, casi pavoneándose, de manera insultante, como un bailarín, las rojas banderillas temblando a su cadencia. El toro lo miró, ya sin aturdimiento, acechándolo, esperando a que se acercara lo suficiente para estar seguro de engancharlo, de clavarle los cuernos.

Mientras Fuentes se dirigía hacia el toro, este embistió. Fuentes corrió en diagonal un cuarto de círculo cuando el toro atacó, y cuando pasó por su lado corrió hacia atrás, se detuvo, se combó hacia delante, se puso de puntillas, con los brazos rectos, y le hundió las banderillas en los grandes músculos de la espalda aprovechando el error del toro.

El público se volvió loco de entusiasmo.

—Este chaval pronto dejará las corridas nocturnas —le dijo a Zurito el hombre de Retana.

—Es bueno —dijo Zurito.

—Mírale ahora.

Lo miraron.

Fuentes estaba de pie con la espalda contra la barrera. Dos miembros de la cuadrilla estaban detrás de él, a punto de menear las capas por encima de la barrera para distraer al toro.

El toro, con la lengua fuera, el tronco palpitante, miraba al gitano. Se dijo que ahora ya lo tenía. De nuevo contra las tablas rojas. Solo una breve embestida y ya lo tenía. El toro lo miraba.

El gitano se dobló hacia atrás, retrocedió los brazos, las banderillas apuntando al toro. Citó al animal, repicó con los pies. El toro pareció suspicaz. Quería al hombre. No más púas en la espalda.

Fuentes se acercó un poco más al toro. Doblado hacia atrás. Volvió a llamarlo. Alguien de entre el público gritó una advertencia.

—Está demasiado cerca —dijo Zurito.

—Fíjate —dijo el hombre de Retana.

El tronco doblado hacia atrás, citando al toro con las banderillas, Fuentes saltó, levantando los dos pies del suelo. Al saltar, el toro levantó la cola y embistió. Fuentes aterrizó sobre las puntas de los pies, con los brazos rectos, todo el cuerpo arqueándose hacia delante, y clavó las banderillas al tiempo que apartaba rápidamente el cuerpo del asta derecha.

El toro chocó contra la barrera, donde los capotes en movimiento lo habían atraído tras perder de vista al hombre.

El gitano corrió al lado de la barrera hasta Manuel, llevándose el aplauso del público. Tenía el traje desgarrado, no había esquivado del todo la punta del cuerno. Pero eso también le hacía feliz, y lo mostraba a los espectadores. Dio la vuelta al ruedo. Zurito lo vio pasar, sonriendo, señalando su traje. Él también sonrió.

Ahora había otro mozo plantando el último par de banderillas. Nadie le prestaba atención.

El hombre de Retana introdujo un bastón dentro del trapo rojo de la muleta, lo envolvió con la tela y se lo entregó a Manuel por encima de la barrera. De la funda de las espadas sacó una, y, sujetándola por la vaina de cuero, se la dio a Manuel por encima de la valla. Manuel sacó la hoja por la empuñadura roja y la vaina se marchitó.

Miró a Zurito. El hombretón vio que estaba sudando.

—Ahora es todo tuyo, muchacho —dijo Zurito.

Manuel asintió.

—Lo tienes a punto —dijo Zurito.

—Como a ti te gusta —le aseguró el hombre de Retana.

Manuel asintió.

El trompeta, arriba, bajo el tejado, sopló para anunciar el último acto, y Manuel cruzó la arena hacia donde, arriba en los palcos a oscuras, debía de estar el presidente.

En la primera fila de asientos, el crítico sustituto de *El Heraldo* dio un buen trago de champán tibio. Había decidido que no valía la pena anotar cuanto ocurría, y que ya redactaría la crónica de la corrida más tarde en la

oficina. De todos modos, ¿qué caray estaba reseñando? No era más que una corrida nocturna. Si se perdía algo, ya lo sacaría de los periódicos de la mañana. Echó otro trago de champán. Tenía una cita en Maxim's a las doce. De todos modos, ¿quiénes eran esos toreros? Niños y vagabundos. Un hatajo de vagabundos. Se metió la libreta en el bolsillo y miró en dirección a Manuel, que, muy solo en el ruedo, ejecutaba un saludo con la montera hacia un palco que no veía en lo alto de la plaza a oscuras. En el ruedo el toro estaba inmóvil, mirando a la nada.

—Le dedico a usted este toro, señor presidente, y a la afición de Madrid, la más inteligente y generosa del mundo —era lo que estaba diciendo Manuel. Era una fórmula. La dijo completa. Era un poco larga para usarla de noche.

Hizo una reverencia a la oscuridad, se enderezó, lanzó la montera por encima del hombro, y, con la muleta en la mano izquierda y la espada en la derecha, se dirigió hacia el toro.

Manuel se acercó al toro. El toro lo miró; sus ojos eran veloces. Manuel observó la manera en que las banderillas le colgaban sobre el hombro izquierdo y el continuo manar de la sangre que le había provocado Zurito. Observó cómo tenía las patas el toro. Cuando andaba hacia delante, con la muleta en la izquierda y la espada en la derecha, observaba las patas del toro. El toro no podía embestir sin juntar las patas. Ahora estaba directamente apoyado sobre ellas, embotado.

Manuel caminó hacia él, mirándole las patas. Todo iba bien. Podía hacerlo. Debía conseguir que el toro bajara la cabeza para poder pasar entre las astas y matarlo. No pensaba en la espada, no pensaba en matar al toro. Pensaba en las cosas de una en una. De todos modos, todo lo que iba a suceder en ese momento le angustiaba. Mientras caminaba hacia delante, sin perder de vista las patas del toro, vio sucesivamente sus ojos, el hocico húmedo y la amplia curva de sus cuernos apuntando hacia delante. El toro tenía círculos de luz en torno a los ojos. Miraba a Manuel. Se decía que iba a pillar a ese pequeño de la cara pálida.

Manolo, ahora inmóvil y extendiendo el trapo rojo de la muleta con la espada, empujando el trapo con la punta para que la espada, que ahora tenía en la izquierda, extendiera la franela roja como el foque de un barco, observó las puntas de los cuernos del toro. Una estaba astillada de tanto chocar contra la barrera. La otra era fina como una púa de puercoespín. Mientras extendía la muleta, Manuel observó que la base blanca del cuerno estaba manchada de rojo. Al tiempo que observaba todas esas cosas perdió de vista las patas del toro. El toro miraba fijamente a Manuel.

Ahora está a la defensiva, se dijo Manuel. Se está reservando. Tengo que conseguir largarle de ahí y bajarle la cabeza. Que tenga siempre la cabeza baja. Zurito le ha hecho bajar la cabeza una vez, pero ahora ya ha vuelto a recuperarse. Sangrará si le hago moverse otra vez y eso le hará bajarla.

Sujetando la muleta, con la espada en la mano izquierda, abriéndola delante de él, llamó al toro.

El toro lo miró.

Manuel, insolente, se dobló hacia atrás y agitó la franela extendida.

El toro vio la muleta. A la luz de los arcos voltaicos era de un vivo escarlata. Las patas del toro se tensaron.

Ahí viene. ¡Zas! Manuel se volvió cuando el toro se puso en marcha y levantó la muleta de manera que pasara sobre los cuernos del toro y le barriera el ancho lomo de la cabeza a la cola. El toro había saltado limpiamente en el aire con la embestida. Manuel no se había movido.

Al final del pase, el toro se volvió como un gato doblando una esquina y se encaró a Manuel.

Ahora estaba otra vez a la ofensiva. Su embotamiento había desaparecido. Manuel observó la sangre fresca que brillaba sobre la espalda negra y goteaba por la pierna del toro. Sacó la espada de la muleta y la cogió con la derecha. Con la muleta en la izquierda, a poca altura, inclinándose hacia la izquierda, citó al toro. Las patas del toro se tensaron, los ojos en la muleta. Ahí viene, se dijo Manuel. ¡Eh!

Giró con la embestida, removiendo la muleta delante del toro, los pies firmes, la espada siguiendo la curva, un punto de luz bajo los arcos.

El toro volvió a embestir cuando el pase natural acabó y Manuel levantó la muleta para un pase de pecho. Plantado con firmeza, el toro pasó junto a su pecho con la muleta levantada. Manuel apartó la cabeza hacia atrás para que no le dieran las banderillas. El cuerpo caliente y negro del toro le rozó el pecho al pasar.

Demasiado cerca, maldita sea, se dijo Manuel. Zurito, apoyado en la barrera, habló rápidamente con el gitano, que se fue corriendo hacia Manuel con una capa. Zurito se caló el sombrero y miró a Manuel.

Manuel volvía a mirar al toro, la muleta baja y hacia la izquierda. El toro tenía la cabeza baja y miraba la muleta.

—Si esto lo hiciera Belmonte, se volverían locos —dijo el hombre de Retana.

Zurito no dijo nada. Estaba mirando a Manuel, en el centro del ruedo.

—¿De dónde ha sacado el jefe a este tipo? —preguntó el hombre de Retana.

—Del hospital —dijo Zurito.

—Ahí es donde no tardará en volver —dijo el hombre de Retana. Zurito se volvió hacia él.

—Toca madera —le dijo, señalando la barrera.

—Era broma, hombre —dijo el hombre de Retana.

—Toca madera.

El hombre de Retana se inclinó y dio tres golpes en la barrera.

—Mira la faena.

En el centro del ruedo, bajo las luces, Manuel estaba arrodillado, de cara al toro, y cuando levantó la muleta con las dos manos, el toro embistió, con la cola erguida.

Manuel apartó el cuerpo en un giro, y cuando el toro volvió a embestir, describió un semicírculo con la muleta que dejó al toro de rodillas.

—Vaya, este sí que es un gran torero —dijo el hombre de Retana.

—No, no lo es —dijo Zurito.

Manuel se levantó, y, con la muleta en la izquierda y la espada en la derecha, agradeció el aplauso de la plaza a oscuras.

El toro, encorvándose, se había vuelto a levantar y esperaba, con la cabeza baja.

Zurito habló con otros dos miembros de la cuadrilla y estos salieron a echarle un capote a Manuel. Ahora tenía a cuatro hombres detrás. Hernández lo había seguido desde que saliera con la muleta. Fuentes estaba mirando, la capa apretada contra el cuerpo, alto, en reposo, observando con una mirada indolente. Entonces se acercaron los dos. Hernández les hizo una señal de que se colocaran uno a cada lado. Manuel encaraba solo al toro.

Manuel hizo una señal a los hombres de las capas de que retrocedieran. Reculando cautelosos, vieron su cara blanca y sudorosa.

¿Es que no saben que no deben entrometerse? ¿Es que quieren llamar la atención del toro con las capas, ahora que está fijado y a punto? Ya tenía bastante de que preocuparse, y encima eso.

El toro estaba con las cuatro patas en ángulo recto, mirando la muleta. Manolo recogió la muleta en la mano izquierda. Los ojos del toro lo miraban. El cuerpo le pesaba. Llevaba la cabeza gacha, pero no demasiado.

Manuel le levantó la muleta. El toro no se movió. Solo miraba con los ojos.

Es de plomo, se dijo Manuel. Está ahormado. Ya lo tengo donde quería. Tragará.

Pensaba en términos taurinos. A veces pensaba algo y la jerga concreta no le venía a la cabeza y era incapaz de expresar el pensamiento. Sus instintos y su saber funcionaban de manera automática, pero su cerebro funcionaba lentamente y en palabras. Lo sabía todo de los toros. No tenía ni que pensar en ellos. Solo hacer lo que tocaba en cada momento. Sus ojos se fijaban en cosas y su cuerpo tomaba las medidas necesarias sin pensar. Si se lo pensaba, estaba listo.

Ahora, cara a cara con el toro, era consciente de muchas cosas al mismo tiempo. Estaban los cuernos, el que estaba astillado y el que estaba liso y afilado, la necesidad de perfilarse hacia el asta izquierda, de lanzarse corto y derecho, de bajar la muleta para que el toro la siguiera, y, pasando por encima de los cuernos, clavar toda la espada en ese puntito del tamaño de una moneda de duro justo en la nuca, entre la pronunciada pendiente que formaban los hombros del toro. Debía hacer todo eso y luego salir de entre los cuernos. Era consciente de que debía hacer todo eso, pero su único pensamiento en palabras era: «Corto y derecho».

«Corto y derecho», se dijo recogiendo la muleta. Corto y derecho, sacó la espada de la muleta, se perfiló sobre el cuerno astillado, cruzó la muleta por delante del cuerpo, de manera que la mano derecha con la espada y su línea visual formaron el signo de la cruz, y, poniéndose de puntillas, apuntó la hoja goteante de la espada hacia el lugar que quedaba entre los hombros del toro.

Corto y derecho se lanzó a por el animal.

Hubo un choque, y sintió que salía despedido por los aires. Empujó la espada mientras se alzaba del suelo y volaba, y se le escapó de la mano. Golpeó el suelo y ya tenía el toro encima. Manuel, desde el suelo, pateó el hocico del toro con la zapatilla. Dio patadas y patadas, pero seguía teniendo encima al toro, que no atinaba a cornearlo de lo emocionado que estaba, empujándolo con la cabeza, clavando los cuernos en la arena. Manolo daba patadas como un hombre que mantiene una pelota en el aire, conseguía que el toro no le diera una cornada limpia.

Manuel sintió en la nuca el viento de las capas que se agitaban ante el toro, y luego el toro se alejó, le pasó raudo por encima. Oscuro cuando la barriga le pasó por encima. Ni siquiera lo pisó.

Manuel se puso en pie y recogió la muleta. Fuentes le entregó la espada. El impacto contra el omóplato la había doblado. Manuel la enderezó con la ayuda de la rodilla y corrió hacia el toro, colocándose ahora junto a uno de los

caballos muertos. Al correr, la chaquetilla le iba dando golpes bajo la axila, ahí donde el toro se la había desgarrado.

—Sácalo de aquí —le gritó Manuel al gitano. El toro había husmeado la sangre del caballo muerto y desgarrado con los cuernos la lona que lo cubría. Embistió contra la capa de Fuentes, con la lona colgándole del cuerno astillado, y el público rio. El toro sacudió la cabeza para desembarazarse de la lona. Hernández, acercándosele desde atrás, agarró el extremo de la lona y se la quitó limpiamente del cuerno.

El toro lo persiguió en un amago de embestida y se detuvo en seco. Volvía a estar a la defensiva. Manuel avanzaba hacia él con la espada y la muleta. Manuel sacudió la muleta delante de él. El toro no embistió.

Manuel se perfiló hacia el toro, apuntando de nuevo con la hoja goteante de la espada. El toro estaba inmóvil, más muerto que vivo, incapaz de otra embestida.

Manuel se puso de puntillas, enfiló el acero y cargó.

De nuevo hubo otro choque y sintió que lo levantaban, hasta acabar golpeando el suelo con dureza. Esta vez no tuvo opción de patear. Tenía el toro encima. Manuel se quedó tieso como un muerto, con la cabeza sobre los brazos, y el toro le empujó. Le golpeó la espalda, le golpeó la cara en la arena. Sintió el cuerno que se clavaba en la arena entre sus brazos doblados. El toro le golpeó en los riñones. Metió la cara en la arena. El asta se le metió por una de las mangas y el toro se la desgarró. Unos brazos tiraron de Manuel y el toro siguió las capas.

Manuel se levantó, encontró la espada y la muleta, probó la punta de la espada con el pulgar y a continuación corrió hacia la barrera a por una nueva espada.

El hombre de Retana le entregó la espada por encima de la barrera.

—Límpiate la cara —dijo.

Manuel, corriendo de nuevo hacia el toro, se limpió la cara ensangrentada con un pañuelo. No había visto a Zurito. ¿Dónde estaba?

La cuadrilla se había alejado del toro y esperaban con sus capas. El toro volvía a estar embotado después de la acción.

Manuel caminó hacia él con la muleta. Se detuvo y la agitó. El toro no reaccionó. La pasó a derecha e izquierda, a izquierda y derecha por delante del hocico del toro. El toro la siguió con la mirada, pero no embistió. Estaba esperando a Manuel.

Manuel estaba preocupado. Lo único que podía hacer era entrar a matar. Corto y derecho. Se perfiló cerca del toro, cruzó la muleta delante del cuerpo

y se lanzó. Al empujar la espada, sacudió el cuerpo a la izquierda para esquivar el asta. El toro pasó junto a él y la espada salió despedida por los aires, centelleando bajo los arcos voltaico, para caer golpeando la arena con la roja empuñadura.

Manuel corrió a recogerla. Estaba doblada y la enderezó con la rodilla.

Mientras regresaba corriendo hacia el toro, clavado de nuevo ahora, pasó junto a Hernández, que estaba allí con la capa.

—Es todo hueso —dijo para animarlo.

Manuel asintió, limpiándose la cara. Se metió el pañuelo ensangrentado en el bolsillo.

Ahí estaba el toro. Cerca de la barrera, ahora. Maldita sea. A lo mejor era todo hueso. A lo mejor no había lugar por donde clavar la espada. ¡Y un cuerno! Él les enseñaría.

Intentó hacerle un pase con la muleta, pero el toro no se movió. Agitó bruscamente la muleta delante del toro. No sirvió de nada.

Recogió la muleta, sacó la espada, se perfiló y le entró al toro. Sintió cómo la espada se combaba al empujarla, echando el peso sobre ella, y luego salió despedida por los aires, y cayó encima del público con el filo hacia arriba. Manuel había esquivado los cuernos mientras la espada saltaba.

Las primeras almohadillas que salieron de la oscuridad no alcanzaron a darle. Luego le dio una en la cara, su cara ensangrentada que miraba hacia el público. Iban cayendo rápidamente. Cubriendo la arena. Alguien arrojó una botella de champán desde muy cerca. Le dio a Manuel en el pie. Se quedó allí mirando la oscuridad, el origen de todo lo que ahora volaba hacia él. Entonces algo surcó el aire en un susurro y cayó a su lado. Manuel se inclinó y lo recogió. Era la espada. La enderezó con la rodilla e hizo un gesto dirigido al público.

—Gracias —dijo—. Gracias.

¡Oh, malditos cabrones! ¡Malditos cabrones! ¡Malditos y asquerosos cabrones! Mientras corría le dio una patada a una almohadilla.

Ahí estaba el toro. El mismo de siempre. ¡Muy bien, maldito cabrón de los cojones!

Manuel pasó la muleta por delante del hocico negro del toro.

No se movió.

¡No piensas moverte! Muy bien. Se le acercó y le pinchó el húmedo hocico con la afilada punta de la muleta.

Ya tenía el toro encima cuando reculó de un salto, y al tropezar con una almohadilla sintió el cuerno que le entraba por el costado. Agarró el asta con

las dos manos y se echó hacia atrás, procurando que no le entrara más. El toro lo lanzó y se liberó de la cornada. Se quedó tendido. Todo iba bien. El toro se había ido.

Se puso en pie tosiendo y sintiéndose roto y destrozado. ¡Esos malditos cabrones!

—Dame la espada —gritó—. Dámela.

Fuentes se le acercó con la espada y la muleta.

Hernández le echó un brazo por los hombros.

—Váyase a la enfermería, hombre —dijo—. No sea tonto.

—Apártate —dijo Manuel—. Vete al infierno.

Se retorció y se soltó. Hernández se encogió de hombros. Manuel corrió hacia el toro.

Y el toro ahí estaba, pesado, firmemente plantado.

¡Muy bien, cabrón! Manuel sacó la espada de la muleta, apuntó con el mismo movimiento y le entró. Sintió cómo la espada entraba completamente. Hasta el guardamano. Cuatro dedos y el pulgar dentro del toro. Tenía sangre en los nudillos, y estaba encima del toro.

El toro dio una sacudida mientras él estaba encima, y pareció hundirse; luego Manuel ya estaba libre y en pie. Miró al toro, que se derrumbaba lentamente a su lado, y entonces, de repente, ya estaba patas arriba.

Luego le hizo un gesto al público, la mano caliente con la sangre del toro.

¡Muy bien, cabrones! Quiso decir algo, pero se puso a toser. Hacía un calor sofocante. Bajó la mirada buscando la muleta. Debía ir a saludar al presidente. ¡Al infierno el presidente! Estaba sentado, mirando algo. Era el toro. Ahora patas arriba. La gruesa lengua fuera. Algo se arrastraba por su vientre y bajo las piernas. Se arrastraba por donde tenía poco pelo. El toro muerto. ¡Al infierno el toro muerto! ¡Al infierno todos! Se sentó de nuevo, tosiendo. Alguien se le acercó y lo levantó.

Lo llevaron hacia la enfermería, corriendo con él a cuestas por el ruedo, bloqueados en la puerta cuando las mulas salieron; luego surcaron el pasillo a oscuras, y algunos resoplaron mientras lo llevaban escaleras arriba y a continuación lo tendían.

Lo esperaban el médico y dos hombres de blanco. Lo colocaron sobre la mesa. Le cortaron la camisa. Manuel estaba cansado. Todo el pecho le quemaba por dentro. Comenzó a toser y le pusieron algo en la boca. Todo el mundo parecía muy ajetreado.

La luz eléctrica le daba en los ojos. Los cerró.

Oyó que alguien subía pesadamente las escaleras. Luego dejó de oírlo. A continuación oyó un ruido que llegaba desde muy lejos. Era el público. Bueno, alguien tendría que matar al otro toro. Le habían cortado la camisa. El médico le sonrió. Ahí estaba Retana.

—Hola, Retana —dijo Manuel. No podía oír su propia voz.

Retana le sonrió y le dijo algo. Manuel no pudo oírlo.

Zurito estaba de pie junto a la mesa, inclinado sobre donde estaba trabajando el médico. Llevaba la ropa de picador, sin sombrero.

Zurito le dijo algo. Manuel no pudo oírlo.

Zurito hablaba con Retana. Uno de los hombres de blanco sonrió y le entregó a Retana unas tijeras. Retana se las dio a Zurito. Zurito le dijo algo a Manuel. No pudo oírlo.

Al infierno con la mesa de operaciones. Ya había estado en muchas mesas de operaciones. No iba a morirse. Si fuera a morirse habrían llamado a un sacerdote.

Zurito le decía algo. Sujetaba las tijeras.

Eso era. Iban a cortarle la coleta.

Manuel se incorporó en la mesa de operaciones. El doctor reculó, furioso. Alguien lo agarró y lo inmovilizó.

—No puedes hacerme una cosa así, Manos —le dijo.

De repente oyó con claridad la voz de Zurito.

—Muy bien —dijo Zurito—. No lo haré. Era broma.

—Lo estaba haciendo bien —dijo Manuel—. No he tenido suerte. Eso ha sido todo.

Manuel se recostó. Entonces le pusieron algo en la cara. Todo le resultaba muy familiar. Inhaló profundamente. Se sentía muy cansado. Estaba muy, muy cansado. Le quitaron lo que le habían puesto en la cara.

—Lo estaba haciendo bien —dijo Manuel débilmente—. Lo estaba haciendo muy bien.

Retana miró a Zurito y se dirigió hacia la puerta.

—Yo me quedaré con él —dijo Zurito.

Retana se encogió de hombros.

Manuel abrió los ojos y miró a Zurito.

—¿No lo estaba haciendo bien, Manos? —preguntó, pidiendo confirmación.

—Claro —dijo Zurito—. Lo estabas haciendo muy bien.

El ayudante del médico colocó la mascarilla sobre la cara de Manuel y este inhaló profundamente. Zurito, incómodo, se quedó mirando.

En otro país

En otoño la guerra seguía en todas partes, pero nosotros ya no íbamos a volver. En otoño hacía frío en Milán y oscurecía muy temprano. Luego encendían el alumbrado eléctrico y era agradable pasearse por las calles mirando los escaparates. Había mucha caza colgando en el exterior de las tiendas, y la nieve espolvoreaba las pieles de los zorros y el viento agitaba sus colas. Los ciervos estaban rígidos, pesados y huecos, y unos pajarillos revoloteaban al viento y el viento les agitaba las plumas. Era un otoño frío y el viento llegaba de las montañas.

Cada tarde íbamos todos al hospital, y había diversas rutas para cruzar la ciudad andando a través del crepúsculo. Dos de ellas seguían los canales, pero eran muy largas. De todos modos, siempre tenías que cruzar un canal por un puente para entrar en el hospital. Se podía elegir entre tres puentes. En uno de ellos una mujer vendía castañas asadas. El fuego de carbón emitía un calor agradable, y luego las castañas estaban calentitas dentro del bolsillo. El hospital era muy viejo y muy hermoso, y se entraba por una verja, se cruzaba un patio y se salía por otra verja al otro lado. Generalmente había cortejos fúnebres que salían del patio. Más allá del viejo hospital estaban los nuevos pabellones de ladrillo, y ahí nos encontrábamos cada tarde, todos muy educados y muy interesados por cualquier novedad, y nos sentábamos en las máquinas que tanto nos iban a ayudar.

El médico se acercó a la máquina en la que yo estaba sentado y me dijo:

—¿Qué era lo que más le gustaba antes de la guerra? ¿Practicaba algún deporte?

Yo dije:

—Sí, fútbol.

—Muy bien —dijo—. Podrá volver a jugar a fútbol, y mejor que antes.

La rodilla no se me doblaba, y la pierna me caía rígida de la rodilla al tobillo como si no tuviera pantorrilla. La máquina tenía que doblarme la rodilla y hacer que se moviera como si montara un triciclo. Pero todavía no se doblaba, y lo que ocurría era que la máquina daba una sacudida cuando llegaba el momento de doblarla. El médico decía:

—Esto pasará. Es usted un joven muy afortunado. Volverá a jugar al fútbol como un campeón.

En la máquina de al lado había un comandante que tenía la mano pequeña como la de un bebé. Me guiñó el ojo cuando el médico le examinó la mano, puesta entre dos correas de cuero que se movían arriba y abajo y le estiraban los dedos rígidos. Le dijo al médico:

—¿Yo también podré jugar al fútbol, capitán médico? —Había sido un gran esgrimista; antes de la guerra era el mejor de Italia.

El médico entró en su despacho, que estaba en la parte de atrás, y trajo la foto de una mano que había estado tan atrofiada como la del comandante, antes de ser rehabilitada por la máquina, claro, y que después había sido un poco más grande. El comandante cogió la foto con la mano buena y la miró cuidadosamente.

—¿Una herida? —preguntó.

—Un accidente industrial —dijo el médico.

—Muy interesante, muy interesante —dijo el comandante, y se la devolvió al médico.

—¿Tiene confianza?

—Ninguna —dijo el comandante.

Había tres muchachos que venían cada día y que tenían más o menos mi misma edad. Los tres eran de Milán, y uno de ellos era abogado, otro pintor, y el otro había pretendido ser militar. Cuando acabábamos con las máquinas, a veces volvíamos juntos al café Cova, que estaba cerca del Scala. Atajábamos por el barrio comunista porque éramos cuatro. La gente nos odiaba porque éramos oficiales, y desde una taberna alguien nos gritó al pasar: *A basso gli ufficiali*! Otro muchacho que a veces venía con nosotros llevaba la cara cubierta con un pañuelo de seda negro porque no tenía nariz y tenían que reconstruirle la cara. Había ido al frente recién salido de la academia militar y lo habían herido al cabo de una hora de estar en primera línea. Le reconstruyeron la cara, pero venía de una familia muy antigua, y nunca acabaron de acertarle la nariz. Se fue a Sudamérica y acabó trabajando en un banco. Pero eso fue hace mucho tiempo, y por entonces ninguno de nosotros sabía lo que ocurriría luego. Solo sabíamos que la guerra seguía en todas partes, pero que nosotros ya no íbamos a volver.

Todos teníamos las mismas medallas, excepto el muchacho de la cara vendada con seda negra, que no había estado en el frente el tiempo suficiente para conseguir una medalla. El muchacho alto y pálido que iba a ser abogado había sido teniente de *Arditi* y la medalla que tenía cada uno de nosotros él la

tenía por triplicado. Había convivido mucho tiempo con la muerte y era una persona un poco distante. Todos éramos un poco distantes, y no había nada que nos uniera, excepto que nos encontrábamos todas las tardes en el hospital. Aunque cuando caminábamos hacia el café Cova, en la oscuridad, atravesando el barrio antiguo de la ciudad, con luces y canciones saliendo de las tabernas, y a veces teniendo que bajar a la calzada porque un grupo de hombres y mujeres se aglomeraba en la acera y tendríamos que haberlos empujado para pasar, nos sentíamos unidos, formando parte de algo que había ocurrido y que ellos, la gente a la que le desagradábamos, no comprendía.

Nosotros sí comprendíamos qué era el Cova, un lugar lujoso y cálido y no demasiado iluminado, y ruidoso y lleno de humo a ciertas horas, y siempre había chicas en las mesas y revistas ilustradas colgando de la pared. Las chicas del Cova eran muy patriotas; descubrí que las personas más patriotas de Italia eran las chicas de los cafés… y creo que aún lo siguen siendo.

Al principio los muchachos se mostraron muy corteses al referirse a mis medallas y me preguntaron qué había hecho para conseguirlas. Les enseñé los periódicos, que estaban escritos en un lenguaje muy hermoso y lleno de *fratellanza* y *abnegazione*, aunque lo que realmente decían, si eliminabas los adjetivos, era que me habían dado las medallas porque era estadounidense. Después de eso su actitud hacia mí cambió un poco, aunque yo era su amigo cuando un desconocido se metía con nosotros. Yo era un amigo, pero nunca fui realmente uno de ellos después de que leyeran lo que decían los periódicos, porque con ellos la cosa había sido muy distinta, y habían hecho cosas muy distintas para ganarse las medallas. A mí me habían herido, cierto; pero todos sabíamos que, después de todo, que te hirieran era un accidente. Yo nunca me avergoncé de las insignias, de todos modos, y a veces, tras la hora del cóctel, en mi imaginación hacía todo lo que ellos habían hecho para conseguir sus medallas; pero al volver a casa por la noche, por las calles vacías y con el viento frío y las tiendas cerradas, procurando mantenerme cerca de las luces de la calle, sabía que yo nunca habría hecho lo que ellos, y tenía muchísimo miedo de morir, y a menudo me echaba en la cama solo, con miedo a morirme y preguntándome qué pasaría cuando tuviera que volver al frente.

Los tres muchachos de las medallas eran como halcones de presa, y yo no era ningún halcón, aunque pudiera parecérselo a los que nunca habían cazado; pero ellos tres sí sabían la verdad, así que nos distanciamos. Pero seguí siendo amigo del muchacho al que habían herido en su primer día en el frente, porque él ya nunca sabría cómo se habría comportado; de manera que a él

tampoco podían aceptarlo, y a mí me caía bien porque pensaba que a lo mejor él tampoco habría acabado siendo un halcón.

El comandante, que había sido un gran esgrimista, no creía en el valor, y mientras estábamos sentados en las máquinas se pasaba mucho tiempo corrigiéndome la gramática. Me había felicitado por cómo hablaba italiano, y charlábamos con mucha facilidad. Un día le dije que el italiano me parecía un idioma tan fácil que no me lo tomaba con mucho interés; todo parecía tan fácil de decir.

—Ah sí —dijo el comandante—. ¿Por qué no empieza entonces a utilizar la gramática?

De modo que empecé a utilizar la gramática, y el italiano pronto se me hizo un idioma tan difícil que me daba miedo hablar con el comandante hasta que no tenía la gramática perfectamente construida en mi mente.

El comandante acudía al hospital con mucha regularidad. No creo que faltara nunca, aunque estoy seguro de que no creía en las máquinas. Hubo una época en que ninguno de nosotros creía en las máquinas, y un día el comandante dijo que todo eso eran sandeces. Las máquinas eran nuevas, y a nosotros nos tocaba probarlas. Era una idea idiota, dijo, «una teoría, como cualquier otra». Yo no me había aprendido la gramática, y me dijo que yo era un intolerable idiota y una vergüenza, y él un bobo por haberse molestado en enseñarme. Era un hombre menudo y se sentaba muy erguido en su silla, con la mano derecha dentro de la máquina, mirando fijamente a la pared mientras las correas saltaban arriba y abajo con los dedos en su interior.

—¿Qué hará cuando acabe la guerra, si es que acaba? —me preguntó—. ¡Y dígalo en buena gramática!

—Me iré a Estados Unidos.

—¿Está casado?

—No, pero espero casarme.

—Pues más tonto aún —dijo. Parecía muy enfadado—. Un hombre no debe casarse.

—¿Por qué, *signor* Maggiore?

—No me llame «*signor* Maggiore».

—¿Por qué un hombre no debe casarse?

—No puede casarse. No puede casarse —dijo, furioso—. Si ha de perderlo todo, no debería ponerse en una situación que le lleve a perderlo efectivamente. No debería ponerse en una situación en la que pueda perder nada. Debería encontrar algo que no pueda perder.

Hablaba con mucha cólera y amargura, y miraba fijo al frente al hablar.

—¿Y por qué habría de perderlo todo?

—Lo perderá todo —dijo el comandante. Estaba mirando la pared. Luego bajó los ojos hasta la máquina, sacó su mano de las correas con brusquedad y la golpeó fuerte contra el muslo—. Lo perderá —casi gritó—. ¡No discuta conmigo! —A continuación llamó al encargado de las máquinas—. Venga y apague este maldito trasto.

Se fue a la otra habitación para la fototerapia y el masaje. A continuación le oí preguntarle al médico si podía utilizar el teléfono y cerró la puerta. Cuando volvió a entrar en la sala donde yo estaba, me había sentado en otra máquina. Él llevaba su capote y tenía la gorra puesta, y vino directamente hacia mi máquina y me puso la mano en el hombro.

—Lo siento mucho —dijo, y me dio unos golpecitos en el hombro con la mano buena—. No quería ser grosero. Mi mujer acaba de morir. Debe perdonarme.

—Oh —dije, sintiéndolo por él—. Lo siento mucho.

Se mordió el labio inferior y dijo:

—Es muy difícil. Soy incapaz de resignarme.

Su mirada me pasó de largo y se perdió en la ventana. Luego se echó a llorar.

—Soy completamente incapaz de resignarme —dijo, y se quedó sin habla. Y a continuación, llorando, con la cabeza erguida mirando a la nada, con un porte marcial, con lágrimas en ambas mejillas y mordiéndose el labio, pasó junto a las máquinas y salió.

El médico me dijo que la mujer del comandante, que era muy joven y con la que no se había casado hasta que le declararon definitivamente mutilado de guerra, había muerto de neumonía. Solo llevaba unos días enferma. Nadie se esperaba que muriera. El comandante había estado tres días sin ir al hospital. A los tres días llegó a la hora de siempre, con un crespón negro en la manga del uniforme. Cuando regresó, había grandes fotos enmarcadas por toda la pared, de todo tipo de heridas antes y después de haber sido curadas por las máquinas. Delante de la máquina del comandante había tres fotos de manos como la suya que se habían recuperado del todo. No sé de dónde las sacó el médico. Siempre creí que habíamos sido los primeros en usar las máquinas. Al comandante las fotos le dieron bastante igual, porque solo miraba por la ventana.

Colinas como elefantes blancos

Las colinas al otro lado del valle del Ebro eran alargadas y blancas. A este lado no había sombra ni árboles, y la estación quedaba entre dos líneas férreas, al sol. El edificio de la estación proyectaba una sombra cálida, y una cortina hecha de cuentas de bambú colgaba de la puerta abierta que daba al bar, para que no entraran moscas. El americano y la chica que iba con él estaban en una mesa a la sombra, fuera del edificio. Hacía mucho calor, y el expreso procedente de Barcelona llegaría en cuarenta minutos. Se detenía en ese empalme dos minutos y seguía hacia Madrid.

—¿Qué bebemos? —preguntó la chica. Se había quitado el sombrero y lo había dejado encima de la mesa.

—Hace mucho calor —dijo el hombre.

—Pidamos una cerveza.

—Dos cervezas —dijo el hombre, dirigiéndose al otro lado de la cortina.

—¿Grandes? —preguntó una mujer desde la puerta.

—Sí. Dos grandes.

La mujer llevó dos vasos de cerveza y dos posavasos. Colocó los posavasos de fieltro y los vasos de cerveza en la mesa y miró al hombre y a la chica. La chica contemplaba la línea de las colinas. Se veían blancas al sol, y el campo era marrón y árido.

—Parecen elefantes blancos —dijo.

—No he visto ninguno —dijo el hombre, y dio un trago de cerveza.

—No, no puedes haberlos visto.

—Podría haberlos visto —dijo el hombre—. Que tú digas que no puedo haberlos visto no prueba nada.

La chica miró la cortina de tiras.

—Hay algo pintado —dijo—. ¿Qué dice?

—Anís del Toro. Es una bebida.

—¿Podemos probarla?

El hombre gritó «Oiga» a través de la cortina. La mujer salió del bar.

—Cuatro reales.

—Queremos dos Anís del Toro.

—¿Con agua?

—¿Lo quieres con agua?

—No lo sé —dijo la chica—. ¿Con agua es bueno?

—No está mal.

—¿Los quieren con agua? —preguntó la mujer.

—Sí, con agua.

—Sabe a regaliz —dijo la chica, y dejó el vaso en la mesa.

—Es lo que pasa con todo.

—Sí —dijo la chica—. Todo sabe a regaliz. Sobre todo las cosas que has querido probar durante mucho tiempo, como la absenta.

—Oh, basta ya.

—Has empezado tú —dijo la chica—. Yo me estaba divirtiendo. Lo estaba pasando bien.

—Bueno, pues intentemos pasarlo bien.

—Muy bien. Yo lo intentaba. He dicho que las montañas parecían elefantes blancos. ¿No ha sido algo brillante?

—Eso ha sido brillante.

—Quería probar esta bebida nueva. Es todo lo que hacemos, ¿no? Mirar cosas y probar bebidas nuevas.

—Supongo.

La chica miró hacia las colinas.

—Son unas colinas preciosas —dijo—. La verdad es que no parecen elefantes blancos. Tan solo me refería al color de su piel a través de los árboles.

—¿Tomamos otra copa?

—Vale.

Un viento cálido lanzó la cortina de tiras contra la mesa.

—La cerveza es buena y fría —dijo el hombre.

—Es deliciosa —dijo la chica.

—La verdad es que se trata de una operación de lo más simple, Jig —dijo el hombre—. Ni siquiera puede decirse que sea una operación.

La chica miró al suelo, donde se apoyaban las patas de la mesa.

—Sé que no te afectará, Jig. No es nada, de verdad. Es solo para dejar que entre el aire.

La chica no dijo nada.

—Iré contigo y estaré todo el tiempo a tu lado. Tan solo dejan que entre el aire y luego todo es perfectamente natural.

—¿Y qué haremos luego?

—Luego estaremos bien. Igual que estábamos antes.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Eso es lo único que nos preocupa. Es lo único que nos hace infelices.

La chica miró la cortina de tiras, extendió la mano y cogió dos de las tiras.

—¿Y crees que luego todo irá bien y seremos felices?

—Sé que lo seremos. No debes tener miedo. Conozco a muchas personas que lo han hecho.

—Y yo —dijo la chica—. Y luego han sido muy felices.

—Bueno —dijo el hombre—, si no quieres no tienes que hacerlo. No te obligaría a hacerlo si no quisieras. Pero sé que es algo de lo más sencillo.

—¿Y lo quieres de verdad?

—Creo que es lo mejor. Pero no quiero que lo hagas si realmente no quieres hacerlo.

—¿Y si lo hago serás feliz y las cosas serán como antes y me querrás?

—Te quiero ahora. Sabes que te quiero.

—Lo sé. Pero si lo hago, ¿entonces podré volver a decir que las cosas son como elefantes blancos y que a ti te guste?

—Me encantará. Ahora ya me encanta, lo que pasa es que no puedo pensar en eso. Ya sabes cómo me pongo cuando me preocupo.

—¿Si lo hago dejarás de preocuparte?

—No me preocuparé por eso porque es de lo más sencillo.

—Entonces lo haré. Porque me da igual lo que me pase.

—¿A qué te refieres?

—A que no me importa lo que me pase.

—Bueno, a mí sí me importa.

—Oh, sí. Pero a mí no me importa. Y lo haré y entonces todo irá bien.

—No quiero que lo hagas si es así como te sientes.

La chica se puso en pie y se dirigió hacia el final de la estación. Al otro lado había campos de cereales y árboles en las riberas del Ebro. Más allá, pasado el río, estaban las montañas. La sombra de una nube cruzaba el campo de cereales y la chica vio el río a través de los árboles.

—Y podríamos tener todo esto —dijo la chica—. Y podríamos tenerlo todo y cada día hacemos que sea más imposible.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que podríamos tenerlo todo.

—Podemos tenerlo todo.

—No, no podemos.

—Podemos tener todo el mundo.

—No, no podemos.

—Podemos ir a todas partes.

—No, no podemos. Ya no es nuestro.

—Es nuestro.

—No, no lo es. Y una vez que se lo llevan, ya no puedes recuperarlo.

—Pero no se lo han llevado.

—Bueno, espera y verás.

—Vuelve a la sombra —dijo el hombre—. No debes ponerte así.

—No me pongo de ninguna manera —dijo la chica—. Es solo que sé algunas cosas.

—No quiero que hagas nada que no quieras…

—Y que no sea bueno para mí —dijo ella—. Lo sé. ¿Podemos tomar otra cerveza?

—De acuerdo. Pero tienes que comprender que…

—Lo entiendo —dijo la chica—. ¿Podríamos, quizá, dejar de hablar?

La chica volvió a sentarse y miró las colinas, en el lado seco del valle, y el hombre la miró a ella y la mesa.

—Tienes que comprender —dijo el hombre— que no quiero que lo hagas si tú no quieres. Estoy totalmente dispuesto a pasar por ello si significa algo para ti.

—¿Es que no significa nada para ti? Podríamos superarlo.

—Claro que significa algo para mí. Pero no quiero a nadie más que a ti. No quiero a nadie más. Y sé que es de lo más sencillo.

—Sí, sabes que es de lo más sencillo.

—Está muy bien que tú lo digas, pero yo lo sé.

—Y ahora, ¿podrías hacerme un favor?

—Haré lo que quieras.

—Por favor por favor por favor por favor por favor por favor por favor, ¿podrías callarte?

El hombre no dijo nada, pero miró las maletas colocadas junto a la pared de la estación. Tenían las etiquetas de los hoteles donde habían pernoctado.

—Pero no quiero que lo hagas —dijo él—, me da completamente igual.

—Voy a chillar —dijo la chica.

La mujer salió de entre la cortina con dos vasos de cerveza y los colocó sobre los posavasos de fieltro.

—El tren llegará en cinco minutos —dijo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó la chica.

—Que el tren llegará en cinco minutos.

La chica dirigió una jovial sonrisa de agradecimiento a la mujer.

—Será mejor que lleve las maletas al otro lado de la estación —dijo el hombre. Ella le sonrió.

—Muy bien. Luego vuelve y nos acabaremos la cerveza.

El hombre levantó las dos pesadas maletas y rodeó la estación hasta las otras vías. Miró hacia donde se perdían las vías, pero no pudo ver el tren. Al volver cruzó el interior del bar, donde bebía la gente que esperaba el tren. Bebió un anís en la barra y miró a la gente. Todos esperaban sensatamente el tren. Salió por la cortina de tiras. La chica estaba sentada a la mesa y le sonrió.

—¿Te encuentras mejor? —dijo él.

—Me encuentro bien —dijo ella—. No me pasa nada. Me encuentro bien.

Los asesinos

La puerta de la cafetería Henry's se abrió y entraron dos hombres. Se sentaron a la barra.

—¿Qué desean? —les preguntó George.

—No lo sé —dijo uno de los hombres—. ¿Qué quieres comer, Al?

—No lo sé —dijo Al—. No sé qué quiero comer.

Estaba oscureciendo. El alumbrado se encendió al otro lado de la ventana. Los dos hombres sentados a la barra leyeron el menú. Nick Adams los observaba desde la otra punta de la barra. Estaba charlando con George cuando entraron.

—Tomaré lomo de cerdo asado con salsa de manzana y puré de patatas —dijo el primer hombre que había hablado.

—Todavía no está preparado.

—Entonces, ¿por qué demonios lo pones en la carta?

—Es la carta de la cena —les explicó George—. Se empieza a servir a las seis.

George miró el reloj de pared que había detrás de la barra.

—Son las cinco.

—El reloj marca las cinco y veinte —dijo el otro hombre.

—Va veinte minutos adelantado.

—Oh, al diablo con el reloj —dijo el primero—. ¿Qué tienes para comer?

—Puedo prepararles un sándwich de lo que quieran —dijo George—. Pueden tomar huevos con jamón, huevos con beicon, hígado y beicon o un bistec.

—Ponme croquetas de pollo con guisantes, salsa de nata y puré de patatas.

—Eso es la cena.

—Todo lo que pedimos es la cena, ¿eh? Ese es el truco.

—Puedo prepararles huevos con jamón, huevos con beicon, hígado…

—Tomaré huevos con beicon —dijo el hombre llamado Al. Llevaba un sombrero hongo y un abrigo negro abrochado en el pecho. Tenía la cara pequeña y blanca, y los labios finos. Llevaba una bufanda de seda y guantes.

—A mí ponme huevos con beicon —dijo el otro. Era más o menos de la misma estatura que Al. Eran distintos de cara, pero iban vestidos como

gemelos. Los dos llevaban abrigos demasiado ajustados. Se sentaban inclinados hacia delante, con los codos sobre la barra.

—¿Tienes algo para beber? —preguntó Al.

—Zarzaparrilla, cerveza sin alcohol, ginger ale.

—Me refiero a si tienes algo para beber.

—Lo que acabo de decirle.

—Es caluroso este pueblo —dijo el otro—. ¿Cómo se llama?

—Summit.

—¿Habías oído hablar de él? —le preguntó Al a su amigo.

—No —dijo el amigo.

—¿Qué hacéis aquí por las noches? —preguntó Al.

—Cenan —dijo su amigo—. Todos vienen aquí y se pegan la gran cena.

—Eso es —dijo George.

—¿Así que es eso? —le preguntó Al a George.

—Claro.

—Eres un chico bastante listo, ¿verdad?

—Claro —dijo George.

—Bueno, pues no lo eres —dijo el otro hombrecillo—. ¿Lo es, Al?

—Es tonto —dijo Al. Se volvió hacia Nick—. ¿Cómo te llamas?

—Adams.

—Otro chico listo —dijo Al—. ¿No es un chico listo, Max?

—Este pueblo está lleno de chicos listos —dijo Max.

George puso los dos platos, uno de huevos con jamón y otro de huevos con beicon, sobre la barra. Al lado colocó dos platitos de patatas fritas y cerró la ventanilla que daba a la cocina.

—¿Cuál es su plato? —le preguntó a Al.

—¿No lo recuerdas?

—Huevos con jamón.

—Un chico listo —dijo Max. Se inclinó hacia delante y cogió el plato de huevos con jamón. Los dos hombres comieron con los guantes puestos. George los observó comer.

—¿Qué estás mirando? —Max miraba a George.

—Nada.

—Sí que estabas mirando. Me mirabas a mí.

—A lo mejor el chico lo hacía en broma, Max —dijo Al.

George rio.

—No te rías —le dijo Max—. No quiero verte reír, ¿entendido?

—Muy bien —dijo George.

—Así que piensa que todo va muy bien. —Max se volvió hacia Al—. Piensa que todo va muy bien. Esta sí que es buena.

—Oh, es un pensador —dijo Al. Siguieron comiendo.

—¿Cómo se llama el chico listo que hay al final de la barra? —le preguntó Al a Max.

—Eh, chico listo —le dijo Max a Nick—. Ponte al otro lado de la barra con tu amigo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Nick.

—No ocurre nada.

—Es mejor que vayas al otro lado de la barra —dijo Al. Nick le obedeció.

—¿Qué ocurre? —preguntó George.

—Nada que os interese —dijo Al—. ¿Quién es el que está en la cocina?

—El negro.

—¿Qué quieres decir con el negro?

—El negro que cocina.

—Dile que venga.

—¿Qué ocurre?

—Dile que venga.

—¿Dónde se cree que está?

—Sabemos perfectamente dónde estamos —dijo el hombre llamado Max —. ¿Parecemos tontos?

—Tú pareces tonto hablando así —le dijo Al—. ¿Por qué demonios discutes con el chaval? Escucha —le dijo a George—, dile al negro que venga.

—¿Qué van a hacerle?

—Nada. Utiliza la cabeza, chico listo. ¿Qué íbamos a hacerle a un negro?

George abrió la ventanilla que daba a la cocina.

—Sam —llamó—. Ven aquí un momento.

La puerta de la cocina se abrió y entró el negro.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Los dos hombres de la barra le echaron un vistazo.

—Muy bien, negro. Quédate ahí —dijo Al.

Sam, el negro, con el delantal puesto, miró a los dos hombres de la barra.

—Sí, señor —dijo. Al se bajó del taburete.

—Me voy a la cocina con el negro y el chico listo —dijo—. Vuelve a la cocina, negro. Ve con él, chico listo. —El hombrecillo se fue detrás de Nick y Sam, el cocinero, hacia la cocina. La puerta se cerró tras ellos. El hombre llamado Max estaba sentado justo delante de George. No miraba a George,

sino el espejo que se extendía paralelo a la barra. Henry's había sido un salón, ahora reconvertido en cafetería.

—Bueno, chico listo —dijo Max mirando al espejo—. ¿Por qué no dices algo?

—¿De qué va todo esto?

—Eh, Al —gritó Max—, el chico listo quiere saber de qué va todo esto.

—¿Por qué no se lo dices? —dijo la voz de Al desde la cocina.

—¿De qué crees que va?

—No lo sé.

—¿Qué crees?

Max no dejaba de mirar al espejo mientras hablaba.

—No sabría decirlo.

—Eh, Al, el chico listo dice que no sabría decir de qué va todo esto.

—Le oigo perfectamente —dijo Al desde la cocina. Había colocado un frasco de *ketchup* para dejar abierta la ventanilla que utilizaban para pasar los platos—. Escucha, chico listo —le dijo a George desde la cocina—. Aléjate un poco de la barra. Muévete un poco a la izquierda, Max. —Era como un fotógrafo preparando una foto de grupo.

—Dime, chico listo —dijo Max—. ¿Qué crees que va a ocurrir?

George no dijo nada.

—Te lo diré —dijo Max—. Vamos a matar a un sueco. ¿Conoces a un sueco grandote llamado Ole Andreson?

—Sí.

—Viene a cenar cada noche, ¿verdad?

—Viene a veces.

—Viene a las seis en punto, ¿verdad?

—Si viene.

—Todo eso ya lo sabemos —dijo Max—. Habla de otra cosa. ¿Alguna vez vas al cine?

—De vez en cuando.

—Deberías ir más al cine. Las películas son buenas para un chico listo como tú.

—¿Por qué van a matar a Ole Andreson? ¿Qué les ha hecho?

—No ha tenido oportunidad de hacernos nada. Nunca nos ha visto.

—Y solo va a vernos una vez —dijo Al desde la cocina.

—¿Por qué van a matarlo entonces? —dijo George.

—Lo hacemos por un amigo. Solo para hacerle un favor a un amigo, chico listo.

—Cállate —dijo Al desde la cocina—. Estás abriendo demasiado esa bocaza.

—Bueno, tengo que entretener al chico listo. ¿Verdad, chico listo?

—Estás abriendo demasiado la bocaza —dijo Al—. El negro y mi chico listo se divierten solos. Los tengo atados como a un par de amigas en el convento.

—¿He de suponer que estuviste en un convento?

—Nunca se sabe.

—Estuviste en un convento kosher. Ahí es donde estuviste.

George miró el reloj.

—Si entra alguien le dices que la cocina está cerrada, y si insisten les dices que tú mismo se lo prepararás. ¿Lo has entendido, chico listo?

—Muy bien —dijo George—. ¿Y qué hará luego con nosotros?

—Eso dependerá —dijo Max—. Es una de esas cosas que nunca sabes hasta que llega el momento.

George levantó la mirada hacia el reloj. Eran las seis y cuarto. La puerta de la calle se abrió. Entró un conductor de tranvía.

—Hola, George —dijo—. ¿Puedo cenar?

—Sam ha salido —dijo George—. Volverá en una media hora.

—Será mejor que vaya un poco más arriba —dijo el conductor. George miró el reloj. Eran las seis y veinte.

—Eso ha estado bien, chico listo —dijo Max—. Eres un auténtico caballerete.

—Sabía que le volaría la cabeza —dijo Al desde la cocina.

—No —dijo Max—. No es eso. El chico listo es muy simpático. Es un chico simpático. Me cae bien.

A las seis cincuenta y cinco, George dijo:

—No va a venir.

Habían entrado otras dos personas en la cafetería. Una vez George había entrado en la cocina y le había preparado a un hombre un sándwich de jamón y huevo «para llevar». Dentro de la cocina vio a Al, con su sombrero hongo echado para atrás, sentado en un taburete junto a la ventanilla, con la boca de una recortada apoyada en el antepecho. Nick y el cocinero estaban en un ángulo, espalda contra espalda, los dos con una toalla de mordaza. George había preparado el sándwich, lo había envuelto en papel de aceite, colocado en una bolsa y entregado al hombre, que había pagado y se había ido.

—El chico listo puede hacer de todo —dijo Max—. Puede cocinar y todo. Con el tiempo harás feliz a alguna muchacha, chico listo.

—¿Ah, sí? —dijo George—. Su amigo, Ole Andreson, no va a venir.

—Le daremos diez minutos —dijo Max.

Max miró el espejo y el reloj. Las manecillas del reloj marcaron las siete, y luego las siete y cinco.

—Vamos, Al —dijo Max—. Más vale que nos marchemos. No va a venir.

—Le daremos cinco minutos —dijo Al desde la cocina.

En esos cinco minutos entró un hombre, y George le contó que el cocinero estaba enfermo.

—¿Por qué demonios no te buscas otro cocinero? —preguntó el hombre —. ¿O es que aquí no se sirven comidas? —Salió.

—Vámonos, Al —dijo Max.

—¿Y qué me dices de los dos chicos listos y el negro?

—Son legales.

—¿Te parece?

—Claro. Todo listo.

—No lo veo claro —dijo Al—. No me gustan los cabos sueltos. Hablas demasiado.

—Oh, qué demonios —dijo Max—. Teníamos que divertirnos un poco, ¿no?

—De todos modos, hablas demasiado —dijo Al. Salió de la cocina. Los cañones recortados de la escopeta le formaban un pequeño bulto bajo la cintura de su abrigo demasiado ceñido. Se alisó el abrigo con las manos enguantadas.

—Hasta luego, chico listo —le dijo a George—. Has tenido suerte.

—Es verdad —dijo Max—. Deberías apostar a las carreras.

Los dos salieron por la puerta. George los observó por la ventana, mientras pasaban bajo la lámpara de arco y cruzaban la calle. Con sus abrigos tan ceñidos y sus sombreros hongo parecían de una compañía de vodevil. George entró en la cocina por las puertas batientes y desató a Nick y al cocinero.

—No quiero volver a pasar por esto —dijo Sam, el cocinero—. No quiero volver a pasar por esto.

Nick se puso en pie. Nunca había tenido una toalla en la boca.

—Cuenta —dijo—. ¿Qué demonios pasaba? —Intentaba quitarse el susto asumiendo un aire de arrogancia.

—Querían matar a Ole Andreson —dijo George—. Iban a dispararle cuando entrara a comer.

—¿Ole Andreson?

—Eso mismo.

El cocinero se pasó los pulgares por las comisuras de los labios.

—¿Se han ido? —preguntó.

—Sí —dijo George—. Ahora ya se han ido.

—No me gusta —dijo el cocinero—. Esto no me gusta nada.

—Escucha —le dijo George a Nick—. Es mejor que vayas a ver a Ole Andreson.

—Muy bien.

—Es mejor que no te metas en esto —dijo Sam, el cocinero—. Es mejor que te quedes al margen.

—No vayas si no quieres —dijo George.

—Meterte en esto no te va a llevar a nada —dijo el cocinero—. Mantente al margen.

—Iré a verlo —le dijo Nick a George—. ¿Dónde vive?

El cocinero miró hacia otro lado.

—Los muchachos siempre saben lo que quieren —dijo.

—Vive en la pensión de Hirsch —le dijo George a Nick.

—Iré hasta allí.

En la calle, la lámpara de arco brillaba a través de las ramas desnudas de un árbol. Nick recorrió la calle junto a los raíles del tranvía, y en la siguiente farola tomó una calle lateral. Tres casas más arriba estaba la pensión de Hirsch. Nick subió los dos peldaños y llamó al timbre. Una mujer apareció en la puerta.

—¿Está Ole Andreson?

—¿Quieres verle?

—Sí, si está.

Nick siguió a la mujer por un tramo de escaleras y hacia el final de un pasillo. Llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—Alguien quiere verle, señor Andreson —dijo la mujer.

—Soy Nick Adams.

—Entra.

Nick abrió la puerta y entró en la habitación. Ole Andreson estaba echado en la cama vestido. Había sido boxeador profesional y la cama le quedaba pequeña. Tenía dos almohadones bajo la cabeza. No miró a Nick.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Estaba en Henry’s —dijo Nick— y llegaron dos tipos que nos ataron a mí y al cocinero y dijeron que iban a matarle.

Sonó estúpido cuando lo contó. Ole Andreson no dijo nada.

—Nos metieron en la cocina —añadió Nick—. Iban a matarlo cuando entrara a cenar.

Ole Andreson miraba la pared y no decía nada.

—George pensó que era mejor que se lo dijera.

—No puedo hacer nada al respecto —dijo Ole Andreson.

—Le diré cómo eran.

—No quiero saber cómo eran —dijo Ole Andreson. Miraba la pared—. Gracias por venir a contármelo.

—No hay de qué.

Nick miró aquel hombre grande echado en la cama.

—¿No quiere que vaya a avisar a la policía?

—No —dijo Ole Andreson—. Eso no serviría de nada.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—No. No se puede hacer nada.

—A lo mejor era un farol.

—No. No era un farol.

Ole Andreson se puso de lado, cara a la pared.

—Lo que pasa —dijo, hablándole a la pared— es que no me decido a salir. Llevo todo el día aquí.

—¿No podría irse del pueblo?

—No —dijo Ole Andreson—. Se ha acabado el ir de un lado a otro. —Miraba la pared—. Ahora ya no se puede hacer nada.

—¿No puede arreglarlo de ninguna manera?

—No. Me metí donde no debía. —Hablaba con una voz sin inflexiones—. No se puede hacer nada. Dentro de un rato me decidiré a salir.

—Será mejor que vuelva con George —dijo Nick.

—Hasta luego —dijo Ole Andreson. No miró a Nick—. Gracias por venir.

Nick salió. Mientras cerraba la puerta vio a Ole Andreson con la ropa puesta, echado en la cama mirando la pared.

—Lleva todo el día en su habitación —dijo la patrona cuando Nick llegó abajo—. Supongo que no se encuentra bien. Le he dicho: «Señor Andreson, debería salir y dar un paseo, con el bonito día de otoño que hace», pero no le apetecía.

—No quiere salir.

—Lamento que no se encuentre bien —dijo la mujer—. Es un hombre agradabilísimo. Era boxeador, ¿sabe?

—Ya lo sabía.

—Si no fuera por cómo tiene la cara nadie lo diría —dijo la mujer. Charlaban al lado de la puerta de la calle—. Es tan amable.

—En fin, buenas noches, señora Hirsch —dijo Nick.

—Yo no soy la señora Hirsch —dijo la mujer—. Ella es la propietaria de la pensión. Yo solo soy la encargada. Soy la señora Bell.

—Pues buenas noches, señora Bell —dijo Nick.

—Buenas noches —dijo la mujer.

Nick subió la calle hasta la esquina bajo la luz de la farola, y luego siguió los raíles del tranvía hasta Henry's. George estaba dentro, detrás de la barra.

—¿Has visto a Ole?

—Sí —dijo Nick—. Está en su habitación y no piensa salir.

El cocinero abrió la puerta de la cocina cuando oyó la voz de Nick.

—Ni siquiera pienso escucharos —dijo, y cerró la puerta.

—¿Se lo contaste? —preguntó George.

—Claro. Se lo dije, pero ya está al corriente de todo.

—¿Qué piensa hacer?

—Nada.

—Lo matarán.

—Supongo que sí.

—Debió de andar metido en algo en Chicago.

—Imagino —dijo Nick.

—Mal asunto.

—Muy malo —dijo Nick.

Se quedaron callados y George cogió una bayeta y limpió la barra.

—¿Qué haría? —dijo Nick.

—Traicionar a alguien. Por eso quieren matarlo.

—Voy a tener que irme de este pueblo —dijo Nick.

—Sí —dijo George—. No es mala idea.

—No soporto pensar que está en esa habitación esperando y sabiendo que van a cogerle. Es algo horrible.

—Bueno —dijo George—. Mejor que no pienses en ello.

«Che ti dice la patria?»

La carretera del desfiladero era dura y sin baches, y a primera hora de la mañana aún no se había levantado polvo. Más abajo estaban las colinas, con robles y castaños, y mucho más abajo todavía estaba el mar. Al otro lado había nieves montañosas.

Descendimos del desfiladero por un paisaje boscoso. Había bolsas de carbón apiladas a ambos lados de la carretera, y a través de los árboles se veían las cabañas de los carboneros. Era domingo y la carretera subía y bajaba, aunque cada vez estábamos a menor altura, atravesábamos pueblos y extensiones de maleza.

Había viñedos rodeando los pueblos. Los campos eran marrones, y las viñas ásperas y tupidas. Las casas eran blancas, y en las calles los hombres, con sus trajes de domingo, jugaban a la petanca. Junto a los muros de algunas casas había perales, y sus ramas caían en forma de candelabro sobre las tapias blancas. Los perales habían sido fumigados, y las tapias de las casas exhibían unas manchas metálicas verde azuladas causadas por el vapor de la fumigación. En torno a los pueblos había pequeños calveros donde crecían los viñedos, y luego los bosques.

En un pueblo, a unos veinte kilómetros por encima de Spezia, había un gran gentío en la plaza, y un joven que acarreaba una maleta se acercó a nuestro coche y nos preguntó si podíamos llevarlo a Spezia.

—Solo hay dos plazas, y están ocupadas —le dije. Teníamos un viejo Ford *coupé*.

—Puedo ir en la parte de fuera.

—Estará incómodo.

—Eso da igual. He de llegar a Spezia.

—¿Le llevamos? —le pregunté a Guy.

—Parece que de todos modos va a venir —dijo Guy. El joven nos entregó un paquete por la ventanilla.

—Cuiden de esto —dijo. Dos hombres ataron la maleta en la parte de atrás del coche, encima de otras maletas. Le estrechó la mano a los dos, nos explicó que para un fascista y un hombre tan acostumbrado a viajar como él

eso no era molestia, y se subió al estribo del lado izquierdo del coche, agarrándose por dentro, con la mano derecha metida por la ventanilla.

—Puede arrancar —dijo. El gentío lo saludó con la mano. Él devolvió el saludo con la mano libre.

—¿Qué ha dicho?

—Que podíamos arrancar.

—¿No es un encanto? —dijo Guy.

La carretera corría paralela a un río. Al otro lado del río había montañas. El sol evaporaba la escarcha de la hierba. Era un día frío y luminoso, y el aire entraba por el parabrisas abierto.

—¿Crees que le gusta ir ahí afuera? —Guy miraba la carretera. Nuestro invitado no le permitía ver por ese lado del coche. El joven sobresalía por un lado del coche como el mascarón de proa de un barco. Se había levantado el cuello de la americana y calado el sombrero, y su nariz parecía fría al viento.

—A lo mejor se cansa de ir así —dijo Guy—. Es el lado en el que llevamos la rueda mala.

—Oh, nos dejaría si pincháramos —dije—. No querría ensuciarse su ropa de viajar.

—Bueno, no me molesta —dijo Guy—, exceptuando la manera en que se inclina en las curvas.

Habíamos abandonado la zona de bosque; la carretera se alejaba del río para comenzar a ascender; el radiador hervía; el joven miraba irritado y suspicaz el vapor y el agua de color óxido; el motor chirriaba, y Guy tenía los dos pies en el pedal del acelerador; íbamos en primera y el coche subía y subía, retrocedía, avanzaba y subía, y por fin llegó arriba. El chirrido se detuvo, y en medio del reciente silencio se oyó un estruendoso borboteo en el radiador. Estábamos en lo alto de la última sierra que había por encima de Spezia y el mar. La carretera descendía con curvas breves y apenas pronunciadas. Nuestro invitado sobresalía demasiado en las curvas, y casi sacaba de la carretera nuestro inestable coche.

—No puedes decirle que no lo haga —le dije a Guy—. Es su instinto de conservación.

—Ese gran instinto italiano.

—El más destacado instinto italiano.

Fuimos descendiendo por las curvas, entre mucho polvo, un polvo que cubría los olivos. Spezia se extendía allá abajo, junto al mar. La carretera se hacía llana al llegar a la ciudad. Nuestro invitado asomó la cabeza por la ventanilla.

—Quiero parar.

—Para —le dije a Guy.

Redujimos la marcha y paramos a un lado de la carretera. El joven se apeó, se dirigió a la parte de atrás del coche y desató la maleta.

—Me bajo aquí, así no tendrán ningún problema por lo de llevar pasajeros —dijo—. Mi paquete.

Le entregué el paquete. Se metió la mano en el bolsillo.

—¿Qué le debo?

—Nada.

—¿Por qué no?

—No lo sé —dije.

—Entonces gracias —dijo el joven, no «Le estoy muy agradecido», ni «Muchísimas gracias» ni «Miles de gracias», cosas que le decías formalmente a un italiano cuando te entregaba un horario o te indicaba una dirección. El joven pronunció la forma más sucinta de «gracias» y nos observó con suspicacia cuando Guy arrancó el coche. Le dije adiós con la mano. Él era demasiado altivo para replicar. Proseguimos hasta Spezia.

—He aquí un joven que en Italia llegará lejos —le dije a Guy.

—Bueno —dijo Guy—, ya ha recorrido veinte kilómetros con nosotros.

Comida en La Spezia

Llegamos a Spezia y buscamos un lugar para comer. La calle era ancha y las casas altas y amarillas. Seguimos los raíles del tranvía hasta el centro de la ciudad. Sobre los muros de las casas se veían retratos multicopiados de un Mussolini de ojos saltones, con «vivas» de color negro pintados a mano y goterones de pintura en las paredes. Las calles laterales bajaban al puerto. Era un día radiante y la gente aprovechaba el domingo para salir. El adoquinado estaba rociado de agua, y en la tierra había trechos mojados. Nos acercamos a la acera para evitar el tranvía.

—Comamos en algún lugar sencillo —dijo Guy.

Nos detuvimos delante de dos carteles de restaurante que estaban al otro lado de la calle. Compré algunos periódicos. Los dos restaurantes estaban el uno al lado del otro. Una mujer, de pie en la entrada de uno de ellos, nos sonrió, cruzamos la calle y entramos.

Dentro estaba oscuro, y al fondo había tres chicas sentadas en compañía de una anciana. Delante de nosotros, en otra mesa, se sentaba un marinero. No

bebía ni comía. Un poco más allá, un joven ataviado con un traje azul escribía en una mesa. Llevaba el pelo engominado y reluciente e iba muy elegantemente vestido, con un aspecto muy cuidado.

La luz entraba por la puerta y a través de la ventana, donde había verduras, frutas y bistecs colocados en una vitrina. Salió una chica y nos tomó nota, y había otra chica de pie en la entrada. Nos dimos cuenta de que no llevaban nada debajo del vestido de andar por casa. La chica que nos tomó nota puso el brazo en torno al cuello de Guy mientras mirábamos el menú. En total eran tres chicas, y todas se turnaban para colocarse en la puerta. La anciana que había en la mesa del fondo hablaba con ellas, y las chicas volvían a sentarse a su mesa.

La única puerta que había en el comedor, aparte de la de la calle, era la de la cocina. Cubría el vano una cortina. La chica que nos había tomado nota salió de la cocina con los espaguetis. Los colocó sobre la mesa, trajo una botella de vino tinto y se sentó a la mesa.

—Bueno —le dije a Guy—, querías comer en un sitio sencillo.

—Esto no es sencillo. Esto es complicado.

—¿Qué dices? —preguntó la chica—. ¿Sois alemanes?

—Alemanes del sur —dije—. Los alemanes del sur son gente amable y encantadora.

—No te entiendo —dijo la chica.

—¿Cómo funciona este sitio? —preguntó Guy—. ¿He de dejarle que se me cuelgue del cuello?

—Desde luego —dije—. Mussolini ha abolido los burdeles. Esto es un restaurante.

La chica llevaba un vestido de una sola pieza. Se inclinó hacia delante, se puso las manos en los pechos y sonrió. Sonreía mejor por un lado que por el otro, y volvió hacia nosotros el lado bueno. El encanto del lado bueno había sido incrementado por algún hecho que le había aplanado el otro lado de la nariz, al igual que se aplana la cera caliente. Su nariz, sin embargo, no parecía cera caliente. Era muy firme y fría, solo que aplanada.

—¿Te gusto? —le preguntó a Guy.

—Te adora —le dije—. Pero no habla italiano.

—*Ich spreche Deutsch* —dijo, y le acarició el pelo a Guy.

—Háblale a la señorita en tu lengua nativa, Guy.

—¿De dónde sois? —preguntó la señorita.

—De Potsdam.

—¿Y os quedaréis aquí unos días?

—¿En esta adorable Spezia? —pregunté.

—Dile que tenemos que irnos —dijo Guy—. Dile que estamos muy enfermos y no tenemos dinero.

—Mi amigo es misógino —dije—, un viejo misógino alemán.

—Dile que le amo.

Se lo dije.

—¿Quieres cerrar la boca y sacarnos de aquí? —dijo Guy. La señorita le había colocado otro brazo en torno al cuello.

—Dile que es mío —dijo ella. Se lo dije.

—¿Quieres sacarnos de aquí?

—Estáis discutiendo —dijo la señorita—. No os queréis.

—Somos alemanes —dije—, viejos alemanes del sur.

—Dile que es un chico guapo —dijo la señorita. Guy tiene treinta y ocho años y está orgulloso de que en Francia lo tomen por un vendedor a domicilio.

—Eres un chico guapo —le dije.

—¿Quién dice eso? —preguntó Guy—. ¿Tú o ella?

—Ella. Yo no soy más que el intérprete. ¿No es por eso por lo que me has traído a este viaje?

—Me alegra de que lo diga ella —dijo Guy—. No me gustaría tener que dejarte a ti también.

—No sé. Spezia parece un lugar encantador.

—Spezia —dijo la señorita—. Estáis hablando de Spezia.

—Un lugar encantador —dije.

—Es mi país —dijo ella—. Spezia es mi hogar e Italia mi país.

—Dice que Italia es su país.

—Dile que tiene toda la pinta de ser su país —dijo Guy.

—¿Qué tenéis de postre? —pregunté.

—Fruta —dijo la señorita—. Tenemos plátanos.

—Los plátanos están bien —dijo Guy—. Tienen piel.

—Oh, él quiere plátano —dijo la señorita. Abrazó a Guy.

—¿Qué dice? —preguntó Guy, apartando la cara de ella.

—Está contenta porque quieres plátano.

—Dile que no quiero plátano.

—El *signor* no quiero plátano.

—Ah —dijo la señorita, decepcionada—, no quiere plátano.

—Dile que cuando tengo prisa tomo un taxi —dijo Guy.

—El *signor* toma un taxi cuando tiene prisa.

—No entiendo —dijo la señorita.

Delante de nosotros, el marinero, como una pieza de *attrezzo*, no se había movido. En el local nadie le prestaba la menor atención.

—Queremos la cuenta —dije.

—Oh, no. Deben quedarse.

—Escucha —dijo el joven atildado desde la mesa en la que escribía—, deja que se vayan. Estos dos no valen nada.

La señorita me cogió la mano.

—¿No os quedáis? ¿No le pides que se quede?

—Tenemos que irnos —dije—. Tenemos que llegar a Pisa, o si es posible a Florencia, esta noche. Podemos divertirnos en esas ciudades al final del día. Ahora es de día. Cuando es de día tenemos que hacer kilómetros.

—Quedarse un rato es agradable.

—Cuando es de día es necesario viajar.

—Escucha —dijo el joven atildado—. No te molestes en hablar con estos dos. Te digo que no valen nada y lo sé.

—Tráenos la cuenta —dije. Trajo la cuenta que le dio la anciana y regresó y se sentó a la mesa. Otra chica salió de la cocina. Recorrió todo el local y se quedó en la puerta.

Pagamos la cuenta y nos pusimos en pie. Las chicas, la anciana y el joven atildado estaban sentados juntos. El marinero estaba sentado con la cabeza entre las manos. Nadie le había dirigido la palabra durante todo el almuerzo. La chica nos trajo el cambio que la anciana había contado y regresó a su lugar en la mesa. Dejamos propina en la mesa y salimos. Cuando estábamos sentados en el coche, a punto de arrancar, la chica salió y se quedó en la puerta. Nos pusimos en marcha y la saludé con la mano. No me devolvió el saludo, pero se quedó mirándonos mientras nos alejábamos.

Después de la lluvia

Cuando cruzamos las afueras de Génova caía un chaparrón y, aunque íbamos despacio detrás de los tranvías y los camiones, salpicábamos la acera con un barro líquido, de manera que la gente se metía en un portal cuando nos veía llegar. En San Pier d’Arena, el barrio industrial de Génova, hay una calle ancha de dos carriles, y nos colocamos en el centro para no salpicar de barro a los hombres que volvían del trabajo. A nuestra izquierda estaba el Mediterráneo. Había temporal, y las olas rompían y el viento salpicaba el coche de agua. El lecho de un río que, cuando entramos en Italia, habíamos

visto ancho, seco y cubierto de piedras, estaba ahora lleno hasta los bordes de un agua parda. El agua parda cambiaba el color del mar, y a medida que las olas perdían color y densidad al romper, la luz se filtraba en el agua amarilla, y las crestas, separadas por el viento, azotaban la carretera.

Un coche grande nos adelantó, levantando una lámina de agua marrón que inundó el parabrisas y el radiador. El limpiaparabrisas automático se movía a izquierda y derecha, extendiendo la película de barro sobre el cristal. Nos paramos a comer en Sestri. En el restaurante no había calefacción, y comimos sin quitarnos el abrigo y el sombrero. A través de la ventana del restaurante podíamos ver el coche. Estaba cubierto de barro y aparcado junto a algunos barcos que habían sacado del mar y colocado lejos del alcance de las olas. En el restaurante podías verte el aliento.

La *pasta asciutta* era buena; el vino sabía a alumbre, y le echamos agua. Luego el camarero nos trajo un bistec con patatas fritas. Al fondo del restaurante había una mujer y un hombre. Él era de mediana edad, y ella era joven y vestía de negro. Ella se pasó la comida echando el aliento al aire frío y húmedo. El hombre lo miraba y negaba con la cabeza. Comían sin hablar y el hombre mantenía la mano bajo la mesa. Ella estaba de buen ver y parecía muy triste. Llevaban una bolsa de viaje.

Habíamos comprado los periódicos y le leí a Guy el relato de los combates de Shanghai[14]. Después de la comida, se fue con el camarero en busca de un lugar que no existía en el restaurante, y con un trapo limpié el parabrisas, los faros y las matrículas del coche. Guy volvió, nos metimos en el coche, dimos marcha atrás y nos fuimos. El camarero lo había llevado al otro lado de la calle, y habían entrado en una vieja casa. La gente de la casa se había mostrado suspicaz, y el camarero se había quedado con Guy para procurar que no robara nada.

—Aunque no sé por qué pensaban que iba a robarles, si no soy fontanero —dijo Guy.

Mientras subíamos un promontorio que había en las afueras de la ciudad, nos alcanzó un golpe de viento que casi vuelca el coche.

—Es una suerte que no sople hacia el mar —dijo Guy.

—Bueno —dije—, Shelley se ahogó no lejos de aquí.

—Eso fue por Viareggio —dijo Guy—. ¿Te acuerdas de a qué hemos venido a este país?

—Sí —dije—, pero no lo hemos conseguido.

—Esta noche habremos salido de Italia.

—Si podemos cruzar Ventimiglia.

—Ya veremos. No me gusta conducir de noche por esta costa. —Era primera hora de la tarde y no había sol. Abajo, el mar estaba azul, con cabrillas que se dirigían a Savona. Detrás, más allá del cabo, el agua azul y el agua marrón se unían. Delante de nosotros, un vapor volandero seguía la costa.

—¿Todavía puedes ver Génova? —preguntó Guy.

—Oh, sí.

—El siguiente cabo grande debería ocultárnosla.

—Todavía la veremos un buen rato. Aún veo el cabo de Portofino detrás.

Por fin dejamos de ver Génova. Volví la mirada y ya solo estaba el mar, y abajo, en la bahía, una línea de playa con barcos de pesca, y encima, en la ladera de la colina, una ciudad y cabos emergiendo de la costa.

—Ya no se ve —le dije a Guy.

—Oh, hace ya rato que ha desaparecido.

—Pero no podíamos estar seguros hasta que estuviéramos lejos.

Había una señal con el dibujo de curva peligrosa y las palabras *Svolta pericolosa*. La carretera doblaba el cabo y el viento entraba por una rendija del parabrisas. Debajo del cabo había una extensión llana junto al mar. El viento había secado el barro, y las ruedas comenzaban a levantar polvo. Por la carretera llana adelantamos a un fascista que iba en bicicleta, y de la cadera le colgaba una funda con su revólver. Iba en mitad de la carretera y nos desviamos para no atropellarlo. Nos miró cuando lo adelantamos. Delante había un paso a nivel, y cuando nos acercamos bajaron las barreras.

Mientras esperábamos, llegó el fascista en bicicleta.

—La matrícula está sucia.

Salí con un trapo. La había limpiado a la hora de comer.

—Se puede leer —dije.

—¿Eso cree?

—Léala.

—No puedo leerla. Está sucia.

La limpié con el trapo.

—¿Qué tal ahora?

—Veinticinco liras.

—¿Qué? —dije—. Podía haberla leído. Está sucia por culpa del estado de las carreteras.

—¿No le gustan las carreteras italianas?

—Están sucias.

—Cincuenta liras. —Escupió en la carretera—. Su coche está sucio y usted también está sucio.

—Muy bien. Deme un recibo y su nombre.

Sacó una libreta de recibos. Los recibos aparecían duplicados y en papel perforado, para poder darle uno al infractor y guardar el otro como resguardo. No había papel carbón que copiara la multa que se entregaba al infractor.

—Deme cincuenta liras.

Escribió con un lápiz indeleble, arrancó el recibo y me lo entregó. Lo leí.

—Aquí pone veinticinco liras.

—Me he equivocado —dijo, y lo cambió a cincuenta.

—Y ahora su resguardo. Ponga cincuenta en el papel que usted se queda.

Esbozó una hermosa sonrisa italiana y escribió algo en la hoja de resguardo, colocándola para que yo no pudiera verla.

—Siga —dijo—, antes de que se le vuelva a ensuciar la matrícula.

Estuvimos conduciendo dos horas hasta que oscureció, y aquella noche dormimos en Mentone. Parecía un lugar muy alegre, limpio, saludable y encantador. Habíamos entrado por Ventimiglia y llegado a Pisa y Florencia cruzando la Romaña hasta Rímini, y regresado de nuevo a Ventimiglia pasando por Forli, Imola, Bolonia, Parma, Piacenza y Génova. El viaje había durado diez días. Naturalmente, en un viaje tan corto no tuvimos tiempo de ver la situación del país y sus gentes.

Cincuenta de los grandes

—¿Cómo te va, Jack? —le pregunté.

—¿Has visto a ese Walcott? —dice.

—Solo en el gimnasio.

—Bueno —dice Jack—, voy a necesitar mucha suerte con ese chaval.

—Es incapaz de tumbarte —dijo Soldier.

—Ojalá tuvieras razón.

—No te tumbaría ni con un puñado de perdigones.

—Pasaría por lo de los perdigones —dice Jack—. No me importarían los perdigones.

—Parece fácil de tumbar —dije.

—Claro —dice Jack—, no durará mucho. No durará tanto como tú y yo, Jerry. Pero en este momento lo tiene todo.

—Lo matarás de un izquierdazo.

—Puede —dice Jack—. Claro. Tengo una oportunidad.

—Zúrralo como zurraste a Kid Lewis.

—Kid Lewis —dijo Jack—. ¡Ese semita!

Los tres, Jack Brennan, Soldier Bartlett y yo estábamos en Hanley's. Había un par de chicas sentadas en la mesa de al lado. Habían estado bebiendo.

—¿Qué quieres decir con semita? —dijo una de las chicas—. ¿Qué es lo que quieres decir con eso de semita, vagabundo irlandés?

—Vale —dijo Jack—. No pasa nada.

—Semitas —sigue diciendo la chica—. Estos irlandesotes siempre están con lo de semitas. ¿Qué quieres decir con eso de semita?

—Venga, vámonos de aquí.

—Semitas —sigue diciendo la chica—. ¿Alguna vez habéis pagado una copa? Vuestras esposas os cosen los bolsillos todas las mañanas. ¡Estos irlandeses y sus semitas! Ted Lewis podría darte una buena paliza.

—Claro —dice Jack—. Y vosotras también sois de las que lo regaláis todo, ¿no?

Nos fuimos. Ese era Jack. Era capaz de decir lo que quería cuando quería.

Jack comenzó a entrenarse en la granja sanatorio de Danny Hogan, pasado Jersey. Aquello era bonito, pero a Jack no le gustaba mucho. No le gustaba estar lejos de su mujer y sus hijos, y se pasaba casi todo el día cabreado y rezongando. Yo le era simpático y nos llevábamos bien, y también apreciaba a Hogan, pero al cabo de poco tiempo Soldier Bartlett comenzó a ponerle de los nervios. Un bromista acaba siendo algo insoportable cuando se pone borde. Soldier siempre se estaba metiendo con Jack, casi metiéndose con él sin parar. No era muy divertido ni muy agradable, y comenzó a cabrear a Jack. Eran cosas como la que sigue. Jack acababa con las pesas y el saco y se ponía los guantes.

—¿Quieres hacer guantes? —le decía a Soldier.

—Claro. ¿Qué quieres que te haga con los guantes? —le preguntaba Soldier—. ¿Quieres que te arree como si fuera Walcott? ¿Quieres que te tumbe un par de veces?

—Eso es —decía Jack. Pero ninguna de las dos cosas le hacía gracia.

Una mañana estábamos corriendo por la carretera. Habíamos salido a hacer unos kilómetros e íbamos de vuelta. Corríamos deprisa tres minutos, caminábamos uno, y luego volvíamos a correr tres minutos más. Jack nunca fue lo que se dice un esprínter. Se movía bastante rápido por el *ring* si tenía que hacerlo, pero en la carretera no era muy rápido. Cada vez que caminábamos, Soldier se metía con él. Subimos la colina hasta la granja.

—Bueno —dice Jack—, es mejor que vuelvas a la ciudad, Soldier.

—¿De qué hablas?

—Es mejor que vuelvas a la ciudad y te quedes en ella.

—¿Qué pasa?

—Estoy harto de oírte.

—¿Ah, sí? —dice Soldier.

—Sí —dice Jack.

—Te aseguro que acabarás más harto de recibir golpes cuando te pille Walcott.

—Claro —dice Jack—, quién sabe. Lo que sí sé es que estoy harto de ti.

Así que Soldier cogió el tren esa misma mañana y se fue a la ciudad. Yo le acompañé al tren. Estaba bien, pero triste.

—Solo estaba bromeando —dijo. Estábamos esperando en el andén—. No puede tratarme así, Jerry.

—Está tenso —dije—. Es un buen tipo, Soldier.

—Y un cuerno. Y un cuerno ha sido ese un buen tipo alguna vez.

—Bueno —dije—, hasta la vista, Soldier.

El tren había llegado. Se subió con su bolsa.

—Hasta luego, Jerry —dice—. ¿Irás a la ciudad antes de la pelea?

—No lo creo.

—Pues te veré entonces.

Subió al tren, el revisor se montó de un salto y el tren partió. Yo volví a la granja en la carreta. Jack estaba en el porche escribiéndole una carta a su mujer. El correo había llegado; cogí los periódicos, me fui al otro lado del porche y me senté a leer. Hogan salió por la puerta y se me acercó.

—¿Ha tenido una bronca con Soldier?

—Ninguna bronca —dije—. Simplemente le ha dicho que se volviera a la ciudad.

—Lo veía venir —dijo Hogan—. Nunca le ha tenido mucho aprecio a Soldier.

—No. No le tiene aprecio a mucha gente.

—Es bastante antipático —dijo Hogan.

—Bueno, conmigo siempre ha sido amable.

—Conmigo también —dijo Hogan—. Nunca he tenido queja de él. Pero es antipático.

Hogan entró en la casa por la puerta mosquitera y yo me quedé sentado en el porche leyendo los periódicos. Comenzaba el clima otoñal, y en Jersey hay un bonito paisaje en las colinas. Cuando acabé de leer el periódico me quedé allí sentado mirando el paisaje y la carretera que discurría junto al bosque, con los coches levantando polvo. El clima era bueno y el paisaje bastante bonito. Hogan apareció por la puerta y le dije:

—Oye, Hogan, ¿no hay nada que cazar por aquí?

—No —dijo Hogan—, solo gorriones.

—¿Has leído el periódico?

—¿Qué dice?

—Ayer Sande ganó tres carreras.

—Me lo dijeron anoche por teléfono.

—¿Los sigues de cerca, Hogan? —pregunté.

—Oh, estamos en contacto —dijo Hogan.

—¿Qué me dices de Jack? —digo—. ¿Aún apuesta?

—¿Él? —dijo Hogan—. ¿Te lo imaginas apostando?

Justo en ese momento Jack dobló la esquina con la carta en la mano. Llevaba un suéter, un viejo par de pantalones y zapatillas de boxeo.

—¿Tienes un sello, Hogan? —pregunta.

—Dame la carta —dijo Hogan—. Yo la mandaré.

—Dime, Jack —dije—, ¿no apostabas a los caballos?

—Claro.

—Lo sabía. Sabía que solía verte por Sheepshead.

—¿Por qué lo dejaste? —preguntó Hogan.

—Perdía dinero.

Jack se sentó en el porche a mi lado. Se recostó contra un poste. Cerró los ojos al sol.

—¿Quieres una silla? —preguntó Hogan.

—No —dijo Jack—. Estoy bien.

—Qué día más bonito —dije—. El campo está precioso.

—Preferiría estar en la ciudad con mi mujer.

—Bueno, ya solo te queda otra semana.

—Sí —dice Jack—. Otra semana.

Nos quedamos sentados en el porche. Hogan se fue a su oficina.

—¿Crees que estoy en buena forma? —me preguntó Jack.

—Bueno, eso no se sabe —dije—. Tienes una semana para estar a punto.

—No me vengas con evasivas.

—Bueno —dije—, muy bien no te veo.

—No puedo dormir.

—Estarás bien en un par de días.

—No —dice Jack—. Tengo insomnio.

—¿En qué piensas?

—Echo de menos a mi mujer.

—Dile que venga.

—No. Estoy demasiado viejo para eso.

—Daremos un buen paseo antes de que te acuestes, así estarás bien, te cansarás.

—¡Me cansaré! —dice Jack—. Estoy cansado todo el tiempo.

Estuvo así toda la semana. Por las noches no dormía y por las mañanas se levantaba con esa sensación, ya sabéis, cuando no puedes ni cerrar el puño.

—Está más pasado que la sopa del albergue —dijo Hogan—. No es nadie.

—Nunca he visto a Walcott —dije.

—Lo matará —dijo Hogan—. Lo partirá en dos.

—Bueno —dije—, a todo el mundo le toca alguna vez.

—Pero no así —dijo Hogan—. Pensarán que no ha entrenado. Le da mala fama a mi granja.

—¿Has oído lo que han dicho de él los periodistas?

—¡Que si lo he oído! Han dicho que estaba fatal. Han dicho que no deberían dejarle pelear.

—Bueno —dije—, siempre se equivocan, ¿no?

—Sí —dijo Hogan—. Pero esta vez tienen razón.

—¿Cómo demonios van a saber si un hombre está bien o no?

—Bueno —dijo Hogan—, no son tan tontos.

—Lo único que hicieron fue apostar por Willard en Toledo. Ese Lardner, que ahora es tan listo, pregúntale cuándo apostó por Willard en Toledo.

—Él no salió —dijo Hogan—. Solo escribe de los combates importantes.

—No me importa quiénes sean —dije—. ¿Qué demonios saben? Puede que sepan escribir, pero eso es lo único que saben hacer.

—Tú no crees que Jack esté en forma, ¿verdad? —preguntó Hogan.

—No. Está acabado. Lo único que necesita es que Corbett diga que va a ganar para rematarlo.

—Bueno, para Corbett será el favorito —dice Hogan.

—Claro. No lo dudo.

Aquella noche Jack tampoco durmió. La mañana siguiente era el último día antes de la pelea. Después de desayunar volvimos a salir al porche.

—¿En qué piensas, Jack, cuando no puedes dormir? —dije.

—Oh, me preocupo por cosas —dice Jack—. Me preocupo por la propiedad que tengo en el Bronx. Me preocupo por la propiedad que tengo en Florida. Me preocupo por los niños. Me preocupo por mi mujer. A veces pienso en combates. Pienso en ese semita de Ted Lewis y me cabreo. He comprado acciones y también me preocupan. Diablos, deberías preguntarme en qué no pienso.

—Bueno —dije—, mañana por la noche todo habrá acabado.

—Claro —dijo Jack—. Eso siempre ayuda mucho, ¿no? Supongo que eso lo arregla todo. Claro.

Estuvo cabreado todo el día. No nos entrenamos. Jack tan solo se movió un poco para desentumecer los músculos. Hizo un par de *rounds* sin *sparring*. Ni siquiera se le veía bien haciendo eso. Saltó un rato a la comba. No podía sudar.

—Más vale que hoy no se esfuerce mucho —dijo Hogan. Le habíamos estado observando mientras saltaba a la comba—. ¿Es que ya no suda?

—No puede sudar.

—¿Crees que tiene tisis? Nunca tuvo problemas con el peso, ¿verdad?

—No, no es tisis. Es que ya no le queda nada dentro.

—Debería sudar —dijo Hogan.

Jack se nos acercó, saltando a la comba. Avanzaba y retrocedía saltando a la comba, cruzando los brazos cada vez.

—Bueno —dice—, venga, buitres, ¿de qué estáis hablando?

—No creo que debas entrenarte más —dice Hogan—. No estarás fresco.

—Bueno, eso sería terrible —dice Jack, y se aleja saltando a la comba, haciendo que golpee el suelo con fuerza.

Aquella tarde John Collins apareció por la granja. Jack estaba en su habitación. John había llegado en coche. Le acompañaban un par de amigos. El coche se detuvo y todos salieron.

—¿Dónde está Jack? —me preguntó John.

—En su habitación, descansando.

—¿Descansando?

—Sí —dije.

—¿Cómo está?

Miré a los dos tipos que acompañaban a John.

—Son amigos suyos —dijo John.

—Está bastante mal —dije.

—¿Qué le pasa?

—No duerme.

—Diablos —dijo John—. Ese irlandés nunca pudo dormir.

—No está bien —dije.

—Diablos —dijo John—. Nunca está bien. Llevo diez años con él y nunca ha estado bien.

Los tipos que lo acompañaban se rieron.

—Quiero que estreches la mano al señor Morgan y al señor Steinfelt —dijo John—. Este es el señor Doyle. Ha estado entrenando a Jack.

—Encantado de conocerles —dije.

—Subamos a ver al muchachote —dijo el tipo llamado Morgan.

—Echémosle un vistazo —dijo Steinfelt.

Todos subimos.

—¿Dónde está Hogan? —preguntó John.

—Ha ido al granero con un par de clientes —dije.

—¿Tiene a mucha gente? —preguntó John.

—Solo a dos.

—La cosa está muy tranquila, ¿no? —dijo Morgan.

—Sí —dije—. Bastante tranquila.

Estábamos delante de la habitación de Jack. John llamó a la puerta. No hubo respuesta.

—A lo mejor duerme —dije.

—¿Para qué demonios duerme si es de día?

John giró el pomo y entramos todos. Jack estaba dormido, boca abajo, con la cara sobre el almohadón. Rodeaba el almohadón con los brazos.

—¡Eh, Jack! —le dijo John.

Jack movió un poco la cabeza sobre el almohadón.

—¡Jack! —dice John, inclinándose sobre él. Jack hundió la cabeza un poco más en el almohadón. John le tocó en el hombro. Jack se incorporó y nos miró. No se había afeitado y llevaba un suéter viejo.

—¡Dios mío! ¿Por qué no me dejas dormir? —le dice a John.

—No te cabrees —dice John—. No quería despertarte.

—Oh, no —dice Jack—. Claro que no.

—Ya conoces a Morgan y a Steinfelt —dijo John.

—Me alegro de veros —dice Jack.

—¿Cómo estás, Jack? —le pregunta Morgan.

—Bien —dice Jack—. ¿Cómo coño iba a estar?

—Tienes buen aspecto —dice Steinfelt.

—Sí, ¿verdad? —dice Jack—. Dime —le dice a John—. Eres mi mánager. Te llevas una buena tajada. ¿Por qué no estabas aquí cuando vinieron los periodistas? ¿Querías que apechugáramos Jerry y yo?

—Tenía a Lew peleando en Filadelfia —dijo John.

—¿Y a mí qué demonios me importa? —dice Jack—. Eres mi mánager. Te llevas una buena tajada, ¿no? En Filadelfia no estás ganando dinero a mi costa, ¿verdad? ¿Por qué demonios no estabas aquí cuando te necesitaba?

—Hogan estaba aquí.

—Hogan —dice Jack—. Hogan es tan tonto como yo.

—Soldier Bartlett estuvo unos días aquí entrenando contigo, ¿no? —dijo Steinfelt para cambiar de tema.

—Sí, estuvo aquí —dice Jack—. Ya lo creo que estuvo aquí.

—Dime, Jerry —me dijo John—. ¿Podrías ir a buscar a Hogan y decirle que quiero verle dentro de media hora?

—Claro —dije.

—¿Por qué demonios no puede quedarse? —dice Jack—. Quédate, Jerry.

Morgan y Steinfelt se miraron.

—Tranquilo, Jack —le dijo John.

—Será mejor que vaya a buscar a Hogan —dije.

—Muy bien, ve si quieres —dice Jack—. De todos modos, ninguno de estos tipos va a echarte de aquí.

—Iré a buscar a Hogan —dije.

Hogan estaba en el gimnasio del granero. Tenía a un par de pacientes de su granja con los guantes puestos. Ninguno de los dos quería pegar al otro por miedo a que le devolvieran el golpe.

—Ya está bien —dijo Hogan cuando me vio entrar—. Pueden parar la carnicería. Caballeros, dense una ducha y Bruce les dará unas friegas.

Bajaron por las cuerdas y Hogan se me acercó.

—John Collins ha venido a ver a Jack con un par de amigos —dije.

—Los vi llegar con su coche.

—¿Quiénes son los dos tipos que están con John?

—Son lo que vosotros llamáis un par de listillos —dijo Hogan—. ¿No los conoces?

—No —dije.

—Son Happy Steinfelt y Lew Morgan. Tienen una sala de billares.

—He estado fuera mucho tiempo —dije.

—Claro —dijo Hogan—. Ese Happy Steinfelt es un pez gordo.

—He oído hablar de él —dije.

—Es un tipo muy finolis —dijo Hogan—. Son un par de chorizos.

—Bueno —dije—. Quieren verte en media hora.

—¿Quieres decir que no quieren vernos hasta dentro de media hora?

—Exacto.

—Vamos a la oficina —dijo Hogan—. Al infierno con esos dos chorizos.

Más o menos media hora después Hogan y yo subimos. Llamamos a la puerta de Jack. Estaban charlando dentro de la habitación.

—Un momento —dijo alguien.

—Al diablo con este rollo —dijo Hogan—. Si quieren verme, estaré en la oficina.

Oímos que alguien descorría el pestillo. Steinfelt abrió.

—Entra, Hogan —dice—. Vamos a tomar una copa todos juntos.

—Bueno —dice Hogan—. Esto ya es otra cosa.

Entramos. Jack estaba sentado en la cama. John y Morgan estaban sentados en un par de sillas. Steinfelt seguía de pie.

—Sois unos muchachos de lo más misterioso —dijo Hogan.

—Hola, Danny —dice John.

—Hola, Danny —dice Morgan, y les estrecha la mano.

Jack no dice nada. Simplemente se queda sentado en la cama. No está con los demás. Está solo. Llevaba un viejo suéter azul y los pantalones y las botas

de boxeo. Le convenía afeitarse. Steinfelt y Morgan iban hechos unos dandis. John también. Jack seguía sentado allí, con su aspecto de tipo duro irlandés.

Steinfelt sacó una botella y Hogan trajo unos vasos y todo el mundo tomó una copa. Jack y yo tomamos una y los demás dos o tres.

—Más vale que guardéis algo para el viaje de vuelta —dijo Hogan.

—No te preocupes. Tenemos mucho —dijo Morgan.

Jack no había bebido nada desde que tomó su copa. Estaba de pie y los miraba. Morgan estaba sentado en la cama, donde había estado Jack.

—Toma una copa, Jack —dijo John, y le alargó el vaso y la botella.

—No —dijo Jack—. Nunca me gustaron los velatorios.

Todos rieron. Jack no se rio.

Todos estaban bastante animados cuando se marcharon. Jack estaba de pie en el porche cuando se metieron en el coche. Lo saludaron con la mano.

—Hasta luego —dijo Jack.

Cenamos. Jack no dijo nada durante la comida, aparte de «¿Me pasas esto?» o «¿Me pasas aquello?». Los pacientes de la granja sanatorio estaban en la misma mesa que nosotros. Eran unos tipos bastante simpáticos. Cuando acabamos de comer salimos al porche. Anochecía temprano.

—¿Quieres ir a dar un paseo, Jerry? —preguntó Jack.

—Claro —dije.

Nos pusimos la chaqueta y salimos. Había un buen trecho hasta la carretera principal, y cuando llegamos aún anduvimos unos dos kilómetros más. No dejaban de pasar coches, y nos hacíamos a un lado hasta que habían pasado. Jack no decía nada. Tras habernos metido en los matorrales para dejar pasar a un coche grande, Jack dijo:

—Al diablo con el paseo. Volvamos a la granja.

Atajamos por una carretera secundaria que subía la colina y cruzaba los campos. En lo alto de la colina no se veían las luces de la granja. Cuando llegamos a la entrada principal nos encontramos a Hogan en la puerta.

—¿Un buen paseo? —preguntó Hogan.

—Oh, estupendo —dijo Jack—. Escucha, Hogan. ¿Tienes algo de licor?

—Claro —dice Hogan—. ¿Qué te ronda por la cabeza?

—Que me lo suban a la habitación —dice Jack—. Esta noche voy a dormir.

—Tú eres el médico —dice Hogan.

—Sube a mi habitación, Jerry —dice Jack.

Arriba, Jack se sentó en la cama con la cabeza entre las manos.

—Esto es vida, ¿eh? —dice Jack.

Hogan llevó una botella de litro de licor y dos vasos.

—¿Quieres ginger ale?

—¿Qué crees que quiero, vomitar?

—Solo era una pregunta —dijo Hogan.

—¿Tomas una copa? —dijo Jack.

—No, gracias —dijo Hogan. Se fue.

—¿Y tú, Jerry?

—Tomaré una contigo —dije.

Jack sirvió un par de tragos.

—Ahora —dijo—, quiero tomármelo poco a poco, con calma.

—Échale un poco de agua —dije.

—Sí —dijo Jack—. Supongo que es mejor.

Tomamos un par de copas sin decir nada. Jack comenzó a servirme otra.

—No —dije—, ya no quiero más.

—Muy bien —dijo Jack. Se sirvió otro buen trago y añadió agua. Estaba un poco más animado.

—Menuda pandilla esos que vinieron esta tarde —dijo—. A esos dos no les gusta arriesgarse.

Luego, un poco después:

—Bueno —dice—, tienen razón. ¿De qué demonios sirve arriesgarse?

—¿Quieres otra, Jerry? —dijo—. Vamos, bebe conmigo.

—No lo necesito, Jack —dije—. Estoy bien.

—Solo una más —dijo Jack. La bebida lo estaba ablandando.

—De acuerdo —dije.

Jack me sirvió otra y un buen lingotazo para él.

—¿Sabes? —dijo—. Me gusta mucho el licor. De no haber boxeado habría bebido mucho.

—Claro —dije.

—¿Sabes? —dijo—, cuando boxeaba me perdí muchas cosas.

—Ganaste mucho dinero.

—Claro, de eso se trata. Sabes que me perdí muchas cosas, Jerry.

—¿A qué te refieres?

—Bueno —dice—, a mi mujer. No me gusta estar lejos de casa. Para mis hijas no es bueno. «¿Quién es tu viejo?», les dirá alguno de esos chavales de buena familia. «Mi viejo es Jack Brennan». Eso no les hará ningún bien.

—Diablos —dije—, lo único que importa es que tengan pasta.

—Bueno —dice Jack—, conseguí pasta para ellas, desde luego.

Se sirvió otra copa. La botella estaba vacía.

—Echa un poco de agua —dije. Jack añadió un poco de agua.

—¿Sabes? —dice—, no tienes ni idea de cómo echo de menos a mi mujer.

—Claro.

—No tienes ni idea. No puedes hacerte una idea de lo que es.

—Debería ser mejor estar en el campo que en la ciudad.

—Ahora —dijo Jack—, me da totalmente igual dónde esté. No te puedes hacer una idea de lo que es.

—Toma otra copa.

—¿Estoy trompa? ¿Estoy diciendo chorradas?

—Estás la mar de bien.

—No puedes hacerte una idea de lo que es. Nadie puede hacerse una idea de lo que es.

—Excepto la mujer —dije.

—Ella lo sabe —dijo Jack—. Ella lo sabe perfectamente. Lo sabe. Juégate lo que quieras a que lo sabe.

—Ponte un poco de agua —dije.

—Jerry —dice Jack—, no te puedes hacer una idea de lo que es.

Estaba bien y borracho. Me miraba fijamente. Su mirada parecía incluso demasiado fija.

—Dormirás bien —dije.

—Escucha, Jerry —dice Jack—. ¿Quieres ganar algo de dinero? Apuesta por Walcott.

—¿Sí?

—Escucha, Jerry. —Jack dejó el vaso—. No estoy borracho, ¿lo ves? ¿Sabes cuánto voy a apostar por él? Cincuenta de los grandes.

—Eso es mucha pasta.

—Cincuenta de los grandes —dice Jack—, y se paga dos a uno. Conseguiré veinticinco mil pavos. Apuesta dinero por él, Jerry.

—Parece buena idea —dije.

—¿Cómo voy a ganarle? —dice Jack—. No es ninguna trampa. ¿Cómo voy a ganarle? ¿Por qué no sacar algo de dinero?

—Ponte un poco de agua —dije.

—Después de esto se ha acabado —dice Jack—. Se acabó. Tengo que aguantar que me den una paliza. ¿Por qué no sacar algo de dinero?

—Claro.

—Hace una semana que no duermo —dice Jack—. Me paso la noche despierto hasta el culo de preocupaciones. No puedo dormir, Jerry. No tienes ni idea de lo que es no poder dormir.

—Claro.

—No puedo dormir. Eso es todo. Simplemente no puedo dormir. ¿De qué sirve haberte cuidado todos estos años si no puedes dormir?

—Es malo.

—No tienes ni idea de lo que es, Jerry, no poder dormir.

—Ponte un poco de agua —dije.

Bueno, a eso de las once Jack se queda dormido y lo llevo a la cama. Al final está tan borracho que no puede evitar dormir. Le ayudé a quitarse la ropa y a meterse en la cama.

—Hoy dormirás bien, Jack —le dije.

—Claro —dice Jack—, ahora dormiré.

—Buenas noches, Jack —dije.

—Buenas noches, Jerry —dice Jack—. Eres el único amigo que tengo.

—Venga, hombre —dije.

—Eres el único amigo que tengo —dice Jack—, el único amigo que tengo.

—Duérmete —dije.

—Me dormiré —dice Jack.

Abajo, Hogan estaba sentado detrás de su escritorio leyendo el periódico. Levantó los ojos.

—Bueno, ¿has conseguido dormir a tu amiguito?

—Está roque.

—Mejor para él que no dormir —dijo Hogan.

—Claro.

—De todos modos, te costaría Dios y ayuda explicarles algo así a esos periodistas deportivos —dijo Hogan.

—Bueno, yo también me voy a la cama —dije.

—Buenas noches —dijo Hogan.

Por la mañana bajé a eso de las ocho y desayuné. Hogan tenía a sus dos clientes en el granero haciendo ejercicio. Fui a observarlos.

—¡Un! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! —contaba Hogan—. Hola, Jerry —dijo—. ¿Ya se ha levantado Jack?

—No. Sigue durmiendo.

Me fui a mi habitación y recogí mis cosas para ir a la ciudad. A eso de las nueve y media oí que Jack se levantaba en la habitación de al lado. Cuando le oí bajar fui tras él. Jack estaba sentado a la mesa, desayunando. Hogan había entrado y estaba de pie junto a la mesa.

—¿Cómo estás, Jack? —le pregunté.

—No demasiado mal.

—¿Has dormido bien? —preguntó Hogan.

—He dormido estupendamente —dijo Jack—. Tengo la lengua un poco pastosa pero no me duele la cabeza.

—Claro —dijo Hogan—. Era licor del bueno.

—Ponlo en la cuenta —dice Jack.

—¿A qué hora quieres ir a la ciudad? —preguntó Hogan.

—Antes de comer —dice Jack—. En el tren de las once.

—Siéntate, Jerry —dijo Jack. Hogan se fue.

Me senté a la mesa. Jack estaba comiendo un pomelo. Cuando encontraba una pepita la escupía en la cuchara y la colocaba en el plato.

—Creo que ayer por la noche cogí una buena —comenzó a decir.

—Bebiste un poco.

—Supongo que dije muchas tonterías.

—No estuvo mal.

—¿Dónde está Hogan? —me preguntó. Había terminado con el pomelo.

—Está fuera, delante de la oficina.

—¿Qué te dije de apostar en la pelea? —preguntó Jack. Tenía la cuchara en la mano y hurgaba el pomelo con ella.

Entró la muchacha con un plato de huevos con jamón y se llevó la uva.

—Tráeme otro vaso de leche —le dijo Jack. La muchacha se fue.

—Dijiste que habías apostado cincuenta de los grandes por Walcott —dije.

—Y es cierto —dijo Jack.

—Eso es mucho dinero.

—No las tengo todas conmigo —dijo Jack.

—Podría pasar cualquier cosa.

—No —dijo Jack—. Se muere de ganas de conquistar el título. Todo el mundo estará de su parte.

—Nunca se sabe.

—No. Él quiere el título. Para él vale un montón de dinero.

—Cincuenta de los grandes es mucho dinero —dije.

—Son negocios —dijo Jack—. No puedo ganar. Sé que de todos modos no puedo ganar.

—En cuanto salgas al *ring* tendrás una oportunidad.

—No —dice Jack—. Estoy acabado. Son solo negocios.

—¿Cómo te sientes?

—Bastante bien —dijo Jack—. Dormir era lo que necesitaba.

—A lo mejor te va bien.

—Les ofreceré un buen espectáculo —dijo Jack.

Después de desayunar Jack le puso una conferencia a su mujer. Estaba dentro de la cabina telefónica.

—Es la primera vez que la llama desde que está aquí —dijo Hogan.

—Le escribe cada día.

—Claro —dice Hogan—, una carta solo cuesta dos centavos.

Hogan se despidió de nosotros dos y Bruce, el masajista negro, nos llevó al tren en la carreta.

—Adiós, señor Brennan —dijo Bruce cuando estábamos en el tren—. Espero que le dé una buena zurra.

—Hasta luego —dijo Jack. Le dio dos dólares a Bruce. Bruce había trabajado mucho con él. Pareció un tanto decepcionado. Jack me vio mirar a Bruce con sus dos dólares en la mano.

—Está todo en la factura —dijo—. Hogan me cobra los masajes.

En el tren que nos llevó hasta la ciudad Jack no habló. Se quedó sentado en un rincón del asiento con el billete en la cinta de su sombrero y mirando por la ventanilla. En cierto momento se volvió hacia mí y me dijo:

—Le dije a mi esposa que esta noche me alojaría en el Shelby —dijo—. Está a la vuelta de la esquina del Garden. Puedo irme a casa mañana por la mañana.

—Es una buena idea —dije—. ¿Tu mujer te ha visto boxear alguna vez, Jack?

—No —dice Jack—. Nunca me ha visto boxear.

Me dije que se imaginaba la paliza tremenda que iba a recibir si no quería volver a casa inmediatamente. Al llegar a la ciudad cogimos un taxi hasta el Shelby. Salió un botones que recogió nuestro equipaje y fuimos a la recepción.

—¿Cuánto cuestan las habitaciones? —preguntó Jack.

—Solo tenemos habitaciones dobles —dijo el recepcionista—. Puedo darle una bonita habitación doble por diez dólares.

—Eso es muy caro.

—Puedo darle una habitación doble por siete dólares.

—¿Con baño?

—Desde luego.

—Puedes compartir habitación conmigo, Jerry —dice Jack.

—Oh —dije—, dormiré en casa de mi cuñado.

—No quiero que pagues tu parte —dice Jack—. Lo que no quiero es desperdiciar la otra cama, ya que la pago.

—¿Quiere registrarse, por favor? —dice el recepcionista—. Número doscientos treinta y ocho, señor Brennan.

Subimos en el ascensor. Era una habitación grande y bonita con dos camas y una puerta que daba al baño.

—Es bastante bonita —dice Jack.

El botones que nos acompañó descorrió las cortinas y entró nuestras maletas. Jack no movió un músculo, así que le di al botones veinticinco centavos. Nos aseamos y Jack dijo que más valía que saliéramos a comer algo.

Comimos en el restaurante de Jimmy Hanley. Muchos de los muchachos estaban allí. Más o menos a media comida, entró John y se sentó con nosotros. Jack no dijo gran cosa.

—¿Cómo te va con el peso? —le preguntó John. Jack se estaba zampando un buen almuerzo.

—No me hace falta ni quitarme la ropa para dar el peso —dijo Jack. Nunca había tenido problemas con el peso. Era un peso welter nato y nunca había engordado. En la granja de Hogan había perdido peso.

—Bueno, nunca tuviste que preocuparte de eso —dijo John.

—Al menos hay una cosa.

Después de comer fuimos a pesarnos al Garden. El límite eran sesenta y seis kilos setecientos a las tres de la tarde. Jack se subió a la báscula con una toalla alrededor. La barra no se movió. Walcott acababa de pesarse y estaba ahí al lado, con mucha gente alrededor.

—Veamos cuánto pesas, Jack —dijo Freedman, el mánager de Walcott.

—Muy bien, y luego lo pesas a él. —Jack señaló a Walcott con la cabeza.

—¿Cuánto es? —les preguntó Jack a los tipos que lo pesaban.

—Sesenta y cuatro kilos novecientos gramos —dijo el gordo que lo estaba pesando.

—Estás muy bien, Jack —dice Freedman.

—Pésalo a él —dice Jack.

Walcott se acercó. Era un tipo rubio de espaldas anchas y brazos que parecían los de un peso pesado. Sus piernas eran más bien cortas. Jack le sacaba media cabeza.

—Hola, Jack —dijo. Tenía la cara toda señalada.

—Hola —dijo Jack—. ¿Cómo te sientes?

—Bien —dijo Walcott. Dejó caer la toalla y se subió a la báscula. Tenía la espalda y los hombros más anchos que hubieras visto nunca.

—Sesenta y seis kilos trescientos gramos.

Walcott se bajó de la báscula y le sonrió a Jack.

—Bueno —le dice John a Jack—. Jack te da más de un kilo y medio de ventaja.

—Y será más cuando suba al *ring*, muchacho —dice Walcott—. Ahora me voy a comer.

Volvimos y Jack se vistió.

—Es un chaval bastante duro —me dice Jack.

—Pues parece que le han dado bastante.

—Oh, sí —dice Jack—. No es muy difícil darle.

—¿Adónde vas? —le preguntó John a Jack cuando se hubo vestido.

—De vuelta al hotel —dice Jack—. ¿Te has encargado de todo?

—Sí —dice John—. Todo está arreglado.

—Voy a echarme un rato —dice Jack.

—Vendré a buscarte a las siete menos cuarto e iremos a comer.

—De acuerdo.

Ya en la habitación del hotel Jack se quitó los zapatos y el abrigo y se echó un rato. Yo escribí una carta. Le eché un vistazo un par de veces y vi que no dormía. Estaba echado, completamente inmóvil, pero de vez en cuando abría los ojos. Al final se incorpora.

—¿Quieres que juguemos un rato a las cartas, Jerry? —dice.

—Claro —dije.

Se fue a su maleta y sacó las cartas. Jugamos y me ganó tres dólares. John llamó a la puerta y entró.

—¿Quieres jugar a las cartas, John? —le preguntó Jack.

John dejó el sombrero sobre la mesa. Estaba mojado. El abrigo también estaba mojado.

—¿Está lloviendo? —pregunta Jack.

—Está diluviando —dice John—. Cogí un taxi y nos metimos en un atasco, así que al final me apeé y vine andando.

—Venga, echemos una partida —dice Jack.

—Deberías ir a comer.

—No —dice Jack—. Todavía no quiero comer.

De modo que jugaron a las cartas una media hora y Jack ganó un dólar y medio.

—Bueno, supongo que tenemos que ir a comer —dice Jack. Se acercó a la ventana y se asomó.

—¿Todavía llueve?

—Sí.

—Comamos en el hotel —dice John.

—De acuerdo —dice Jack—. Juguemos otra partida para ver quién paga la comida.

Al cabo de un rato Jack se pone en pie y dice:

—Tú pagas la comida, John. —Y bajamos las escaleras hacia el gran comedor.

Después de comer fuimos arriba y Jack siguió jugando a las cartas con John y le ganó dos dólares y medio. Jack se sentía bastante bien. John llevaba una bolsa con todas sus cosas dentro. Jack se quitó la camisa y el cuello y se puso un jersey y una sudadera para no coger frío cuando saliera, y metió su ropa de boxear y su albornoz en una bolsa.

—¿Estás listo? —le pregunta John—. Llamaré y diré que pidan un taxi.

No tardó en sonar el teléfono para avisarnos de que el taxi estaba esperando.

Bajamos en ascensor y salimos al vestíbulo, nos metimos en un taxi y fuimos hasta el Garden. Llovía copiosamente, pero había mucha gente por la calle. En el Garden no quedaban localidades. Cuando entramos, de camino a los vestuarios, vi lo lleno que estaba. Parecía que hubiera un kilómetro hasta el *ring*. Estaba todo oscuro. Solo estaban encendidas las luces encima del *ring*.

—Menos mal que, con esta lluvia, no programaron el combate en el campo de béisbol —dijo John.

—Tenían mucho público —dice Jack.

—Este combate atrae a mucha más gente de la que cabe en el Garden.

—Nunca se sabe qué tiempo hará —dice Jack.

John llegó a la puerta del vestuario y asomó la cabeza. Jack estaba sentado con el albornoz puesto, de brazos cruzados y mirando al suelo. A John lo acompañaban un par de segundos. Miraron a su espalda. Jack levantó la vista.

—¿Ya está en el *ring*? —preguntó.

—Acaba de bajar —dijo John.

Comenzamos a bajar. Walcott estaba subiendo al *ring*. La multitud le aplaudió con ganas. Trepó entre las cuerdas y juntó los puños y sonrió, y los sacudió ante la multitud, primero a un lado del *ring*, luego al otro, y a continuación se sentó. A Jack también le aplaudieron bastante cuando pasó

entre la multitud. Jack es irlandés, y a los irlandeses siempre los aplauden bastante. Un irlandés no tiene tanto público en Nueva York como un italiano o un judío, pero siempre los aplauden bastante. Jack subió y se agachó para pasar entre las cuerdas y Walcott se acercó desde su rincón y aguantó la cuerda para que Jack pudiera pasar. A la multitud le pareció un detalle maravilloso. Walcott puso la mano en el hombro de Jack y se quedaron así un momento.

—Así que vas a ser uno de esos campeones populares —le dice Jack—. Quita tu maldita mano de mi hombro.

—Tranquilo —dice Walcott.

Esto es demasiado para el público. Con qué caballerosidad se comportan los muchachos antes de la pelea. Cómo se desean buena suerte.

Solly Freedman se acercó a nuestro rincón mientras Jack se vendaba las manos y John se acercó al rincón de Walcott. Jack metió el pulgar en la rendija del vendaje y luego se vendó la mano perfectamente, sin arrugas. Lo aseguré con cinta adhesiva en la muñeca y dos veces por encima de los nudillos.

—Eh —dice Freedman—. ¿A qué viene toda esta cinta?

—Tócala —dice Jack—. Es suave, ¿verdad? No seas paleto.

Freedman se queda allí de pie todo el rato mientras Jack se venda la otra mano, y uno de los que le van a hacer de segundo le trae los guantes y yo se los pongo y se los ato.

—Dime, Freedman —pregunta Jack—, ¿de qué nacionalidad es este Walcott?

—No lo sé —dice Solly—. Me parece que es danés o algo así.

—Es de Bohemia —dice el muchacho que ha traído los guantes.

El árbitro los convoca al centro del *ring* y Jack se le acerca. Walcott llega sonriendo. Cuando se encuentran el árbitro pone un brazo en el hombro de cada uno.

—Hola, don popularidad —le dice Jack a Walcott.

—Tranquilo.

—¿Por qué te haces llamar «Walcott»? —dice Jack—. ¿No sabías que era un negro?

—Escuchad… —dice el árbitro, y les repite las palabras de siempre. En una ocasión Walcott le interrumpe. Agarra el brazo de Jack y dice:

—¿Puedo pegarle cuando lo tenga así?

—No me toques —dice Jack—. Que no te están filmando.

Regresaron a sus rincones. Le quité el albornoz a Jack y él se inclinó sobre las cuerdas y flexionó las rodillas un par de veces y restregó las zapatillas en la colofonia. Sonó la campana y Jack se volvió rápidamente y salió a la lona. Walcott se acercó a él y chocaron los guantes y en cuanto Walcott bajó las manos Jack le soltó la izquierda a la cara dos veces. No había nadie que boxeara mejor que Jack. Walcott fue a por él, avanzando siempre con la barbilla apretada contra el pecho. Su fuerte es el gancho y siempre lleva la guardia bastante baja. Todo lo que sabe hacer es acercarse y dar un puñetazo. Pero cada vez que se acerca Jack le coloca la izquierda en la cara. Es como si fuera algo automático. Jack levanta la izquierda y ya está en la cara de Walcott. Jack saca la derecha tres o cuatro veces, pero entonces le da a Walcott en el hombro o en lo alto de la cabeza. Es igual que todos esos que solo saben soltar ganchos. Lo único que temen es a otro que sea como él. Se cubre todas aquellas partes en las que puedes hacerle daño. Le importa un pito que le des con la izquierda en la cara.

Después de cuatro asaltos Jack lo tiene sangrando profusamente y con la cara llena de cortes, pero cada vez que Walcott se acerca a Jack le pega tan fuerte que Jack tiene dos grandes rojeces a los dos lados, justo debajo de las costillas. Cada vez que se acerca, Jack lo traba, a continuación suelta una mano y le lanza un uppercut, pero cuando Walcott suelta la mano, le da a Jack con tanta fuerza en el cuerpo que se puede oír desde la calle. Es un pegador.

La cosa sigue así durante tres asaltos más. No hablan. Se trabajan todo el tiempo. Nosotros también trabajamos mucho con Jack, entre un asalto y otro. No tiene muy buen aspecto, pero en el *ring* no se desgasta demasiado. No se mueve mucho, y lo de la izquierda es solo automático. Es como si estuviera conectado con la cara de Walcott y Jack solo tuviera que desearlo cada vez. Jack está siempre tranquilo en el cuerpo a cuerpo y no desperdicia energía. Sabe todo lo que hay que saber del cuerpo a cuerpo y consigue darle a Walcott de lo lindo. Mientras estaban en el rincón le he visto trabar a Walcott, soltar la derecha, girarla y lanzarle un uppercut con la base de la mano que ha impactado en la nariz de Walcott. Walcott estaba sangrando mucho y apoyó la nariz sobre el hombro de Jack como para darle a Jack algo de esa sangre, y Jack levantó el hombro con brusquedad y le dio contra la nariz, y luego bajó la mano derecha e hizo lo mismo otra vez.

Walcott estaba cabreado como una mona. Cuando acabó el quinto *round* odiaba a Jack a muerte. Jack no estaba cabreado; es decir, no estaba más cabreado de lo habitual. Desde luego conseguía que los tipos que luchaban con él odiaran el boxeo. Por eso odiaba tanto a Kid Lewis. Nunca consiguió

cabrear a Kid. Kid Lewis siempre tenía un par de trucos sucios nuevos que Jack ignoraba. Jack era todo un caballero, siempre y cuando se sintiera fuerte. Desde luego, a Walcott le estaba haciendo las mil perrerías. Lo más curioso es que Jack parecía un boxeador clásico. Y era porque también tenía estilo.

Después del séptimo *round*, Jack dice:

—Me empieza a pesar la izquierda.

A partir de ese momento comenzó a recibir una paliza. Al principio no lo parecía. Pero en lugar de llevar ahora él la iniciativa, el que la llevaba era Walcott, y en lugar de mantenerse a cubierto todo el rato ahora tenía problemas. Ya no podía mantener a Walcott a distancia con la izquierda. Era como si fuera el mismo de siempre, solo que ahora, en lugar de esquivar los puñetazos de Walcott, los recibía todos. Lo estaba zurrando con ganas en el cuerpo.

—¿En qué asalto estamos? —preguntó Jack.

—El undécimo.

—No puedo más —dice Jack—. Las piernas no me aguantan.

Walcott llevaba ya un buen rato castigándolo. Era como cuando el *catcher* recoge la pelota y absorbe parte del golpe. A partir de ese momento Walcott comenzó a atizar con fuerza. Desde luego era una máquina de pegar. Ahora Jack intentaba pararlo todo. No se notaba la terrible paliza que estaba recibiendo. Entre asalto y asalto yo le trabajaba las piernas. Los músculos le temblaban bajo mis manos mientras se las masajeaba. Estaba destrozado.

—¿Cómo va? —le preguntó a John, volviéndole la cara hinchada.

—La pelea es suya.

—Creo que puedo aguantar —dice Jack—. No quiero que este hijo de Hungría me tumbe.

El combate iba tal como él había imaginado. Sabía que no podía derrotar a Walcott. Ya no era tan fuerte como antes. Aunque podía aguantar. Iba a ganar mucho dinero y todo lo que quería era acabar de una manera que le hiciera sentirse orgulloso. No quería que lo noquearan.

Volvió a sonar la campana y le empujamos para que saliera. Salió lentamente. Walcott fue directo por él. Jack le metió la izquierda en la cara y Walcott la encajó, se agachó y comenzó a trabajar el cuerpo de Jack. Jack intentó trabarlo, y fue como intentar agarrarse a una sierra mecánica. Jack se separó y falló con la derecha. Walcott le alcanzó con un gancho de izquierda y Jack cayó a la lona. Cayó sobre las manos y las rodillas y se nos quedó mirando. El árbitro comenzó a contar. Jack nos miraba y negaba con la cabeza. Cuando el árbitro llegó a ocho John se le acercó. No oí lo que dijo por

culpa del público. Jack se levantó. El árbitro había mantenido apartado a Walcott con un brazo mientras contaba.

Cuando Jack estuvo en pie Walcott se dirigió hacia él.

—Vigila, Jimmy —oí que le gritaba Solly Freedman.

Walcott se acercó a Jack sin dejar de mirarlo. Jack le lanzó la izquierda. Walcott simplemente sacudió la cabeza. Acorraló a Jack contra las cuerdas, midió bien la distancia y soltó un gancho de izquierda muy ligero a un lado de la cara de Jack y le lanzó la derecha contra el cuerpo con toda la fuerza de que fue capaz. Debió de darle a poco más de diez centímetros por debajo del cinturón. Pareció que a Jack los ojos se le salían de las órbitas. Se quedaron clavados a lo lejos. Se le abrió la boca.

El árbitro agarró a Walcott. Jack retrocedió. Si se dejaba caer, allí se iban cincuenta de los grandes. Caminaba como si las entrañas fueran a salírsele.

—No ha sido un golpe bajo —dijo—. Ha sido un accidente.

El público chillaba tanto que no se oía nada.

—Estoy bien —dice Jack. Estaban justo delante de nosotros. El árbitro mira a John y niega con la cabeza.

—Vamos, polaco hijo de puta —le dice Jack a Walcott.

John estaba cerca de las cuerdas. Tenía la toalla a punto. Jack estaba de pie, a poca distancia de las cuerdas. Dio un paso adelante. Vi el sudor que le resbalaba por la cara como si alguien lo hubiera exprimido, y una gran gota le cayó por la nariz.

—Ven a luchar —le dice Jack a Walcott.

El árbitro miró a John y le hizo una señal a Walcott de que podían seguir.

—Ven aquí, atontado —dice.

Walcott se le acercó. Tampoco sabía qué hacer. No había imaginado que Jack pudiera aguantar tanto. Jack le metió la izquierda en la cara. Había un vocerío de mil demonios. Estaban justo delante de nosotros. Walcott le atizó dos veces. La cara de Jack estaba peor que nunca. ¡Menuda expresión tenía! Hacía grandes esfuerzos para no derrumbarse, y eso se le notaba en la cara. Se concentraba en esa parte del cuerpo que le habían machacado y procuraba no derrumbarse.

Entonces empezó a pegar. Su cara tenía un aspecto horrible todo el tiempo. Comenzó a pegar con las manos bajas, junto al costado, lanzándolas contra Walcott. Walcott se cubrió y Jack comenzó a lanzar golpes como un loco contra la cabeza de Walcott. Luego lanzó la izquierda y golpeó a Walcott en la entrepierna, la derecha impactó en Walcott justo donde este había

pegado a Jack. Muy por debajo de la cintura. Walcott cayó, se llevó las manos a ese lugar y rodó y se retorció.

El árbitro agarró a Jack y lo arrastró hacia su rincón. John salta al *ring*. El vocerío continuaba. El árbitro estaba hablando con los jueces y a continuación el locutor entró en el *ring* con el megáfono y dice:

—Walcott gana por descalificación del contrario.

El árbitro habla con John y le dice:

—¿Qué querías que hiciera? Jack le ha disculpado la falta al otro. Y cuando está grogui es él el que da un golpe bajo.

—Habría perdido de todos modos —dice John.

Jack está sentado en la silla. Le he sacado los guantes y se agarra ahí abajo con las dos manos. Cuando se aguanta las partes no pone tan mala cara.

—Ve y dile que lo sientes —le dice John al oído—. Quedará bien.

Jack se pone en pie y el sudor le cubre toda la cara. Le echo el albornoz por encima y él se agarra ahí abajo con una mano bajo el albornoz y cruza la lona. Han levantado a Walcott y lo están masajeando. En el rincón de Walcott hay mucha gente. Nadie habla con Jack. Se inclina hacia Walcott.

—Lo siento —dice Jack—. No quería hacerte falta.

Walcott no dice nada. Se le ve hecho polvo.

—Bueno, eres el campeón —le dice Jack—. Espero que te diviertas muchísimo siéndolo.

—Deja en paz al muchacho —dice Solly Freedman.

—Hola, Solly —dice Jack—. Siento haberle hecho falta a tu chico.

Freedman tan solo le lanza una mirada.

Jack volvió a su rincón caminando con esos divertidos saltitos y le hicimos bajar entre las cuerdas y entre las mesas de los periodistas y lo llevamos pasillo abajo. Mucha gente quería darle a Jack una palmada en la espalda. Se dirige hacia el vestuario entre todo ese gentío con el albornoz puesto. Es una victoria popular para Walcott. Así era como se apostaba el dinero en el Garden.

Una vez en el vestuario Jack se echó y cerró los ojos.

—Queremos ir al hotel y que venga un médico —dice John.

—Estoy destrozado por dentro —dice Jack.

—Lo siento mucho, Jack —dice John.

—No pasa nada —dice Jack.

Se quedó echado allí con los ojos cerrados.

—Esos dos nos la han querido clavar por la espalda —dijo John.

—Tus amigos Morgan y Steinfelt —dijo Jack—. Menudos amigos tienes.

Se queda allí echado, ahora con los ojos abiertos. En su cara todavía está esa terrible expresión demacrada.

—Es curioso lo rápido que piensas cuando hay en juego tanto dinero —dice Jack.

—Eres un gran tipo, Jack —dice John.

—No —dice Jack—. No ha sido nada.

Una sencilla indagación

Fuera, la nieve estaba más alta que la ventana. La luz del sol se filtraba por el cristal y daba en un mapa clavado a la pared de pino de la cabaña. El sol estaba alto y la luz entraba por encima de la capa de nieve. A lo largo del lado abierto de la cabaña habían cavado una trinchera, y el sol, en días claros, daba en la pared y reflejaba el calor en la nieve, ensanchando la trinchera. Era finales de marzo. El comandante estaba sentado a una mesa apoyada contra la pared. Su asistente estaba sentado a otra mesa.

En torno a los ojos del comandante había dos círculos blancos, señal de las gafas de sol que le protegían la cara del reflejo de la luz en la nieve. El resto de la cara se le había quemado, luego bronceado, y de nuevo quemado a través del bronceado. Tenía la nariz hinchada y pellejo suelto donde antes se le habían formado ampollas. Mientras trabajaba con sus documentos metió los dedos de la mano izquierda dentro de un platillo de aceite y se lo esparció por la cara, rozándose muy suavemente con la punta de los dedos. Iba con mucho cuidado al meter lo dedos en el borde del platillo para que cada uno solo cogiera una película de aceite, y después de haberse acariciado la frente y las mejillas, se acariciaba la nariz muy delicadamente entre los dedos. Cuando hubo acabado se puso en pie, cogió el platillo de aceite y se metió en la pequeña habitación de la cabaña en la que dormía.

—Voy a dormir un rato —le dijo al ayudante. En ese ejército un asistente no es un oficial—. Ya terminarás tú.

—Sí, *signor maggiore* —contestó el ayudante. Se reclinó en su silla y bostezó. Sacó del bolsillo un libro forrado con papel de periódico y lo abrió; luego lo colocó sobre la mesa y encendió la pipa. A continuación cerró el libro y volvió a metérselo en el bolsillo. Tenía demasiado papeleo que hacer. No podría disfrutar de leer hasta que acabara. Fuera, el sol se escondió detrás de una montaña y ya no hubo más luz en la pared de la cabaña. Entró un soldado y metió algunas ramas de pino, cortadas en longitudes irregulares, dentro de la estufa.

—No hagas ruido, Pinin —le dijo el ayudante—. El comandante está durmiendo.

Pinin era el ordenanza del comandante. Era un muchacho de tez oscura, y cargó la estufa, metiendo la leña con mucho cuidado, cerró la puerta y regresó a la parte de atrás de la cabaña. El ayudante siguió con su papeleo.

—Tonani —llamó el comandante.

—*Signor maggiore*?

—Haz venir a Pinin.

—¡Pinin! —gritó el ayudante. Pinin entró—. El comandante quiere verte —dijo el ayudante.

Pinin cruzó la habitación principal de la cabaña hacia la puerta del comandante. Llamó a la puerta entreabierta.

—*Signor maggiore*?

—Entra —oyó el ayudante que decía el comandante— y cierra la puerta.

Dentro de su habitación, el comandante estaba echado en una litera. Pinin se quedó de pie junto a la litera. El comandante apoyaba la cabeza en una mochila que había llenado con ropa para formar un almohadón. Su cara larga, quemada y untada con aceite miraba a Pinin. Tenía las manos sobre las mantas.

—¿Tienes diecinueve años?

—Sí, *signor maggiore*.

—¿Alguna vez has estado enamorado?

—¿A qué se refiere, *signor maggiore*?

—A si has estado enamorado… de una chica.

—He estado con chicas.

—No es eso lo que te he preguntado. Te he preguntado si has estado enamorado… de una chica.

—Sí, *signor maggiore*.

—¿Estás enamorado de ella ahora? No le escribes. He leído todas tus cartas.

—Estoy enamorado de ella —dijo Pinin—, pero no le escribo.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

—Tonani —dijo el comandante con el mismo tono de voz—, ¿oyes lo que estoy diciendo?

Nadie le respondió.

—No puede oírme —dijo el comandante—. ¿Estás seguro de que amas a una chica?

—Estoy seguro.

—¿Y —el mayor le lanzó una rápida mirada— de que no eres un depravado?

—No sé qué quiere decir con depravado.

—Muy bien —dijo el comandante—. No hace falta que te des esos aires de superioridad.

Pinin miró al suelo. El comandante miró su rostro atezado, cabizbajo y por encima de él, y sus manos. A continuación añadió, sin sonreír:

—Y desde luego no quieres… —El comandante hizo una pausa. Pinin seguía mirando al suelo—. Tu mayor deseo desde luego no es… —Pinin miraba al suelo. El comandante echó la cabeza hacia atrás y sonrió. Se sentía realmente aliviado; la vida en el ejército era demasiado complicada—. Eres un buen chico —dijo—. Eres un buen chico, Pinin. Pero no te des aires de superioridad, y ten cuidado de que no venga otro y te pille.

Pinin seguía de pie junto a la litera.

—No tengas miedo —dijo el comandante. Tenía las manos juntas sobre la manta—. No te haré nada. Puedes volver a tu pelotón, si quieres. Pero es mejor que sigas siendo mi ordenanza. Tienes menos posibilidades de que te maten.

—¿Desea algo de mí, *signor maggiore*?

—No —dijo el comandante—. Vete y sigue con lo que hacías. Deja la puerta abierta cuando salgas.

Pinin salió y dejó la puerta abierta. El ayudante lo miró cuando cruzó la habitación con aire avergonzado y salió por la puerta. Pinin se había sonrojado y se movía de una manera diferente a cuando había llevado la leña. El asistente lo vio alejarse y sonrió. Pinin llevó más leña para la estufa. El comandante, echado en su litera, mirando su casco forrado de tela y sus gafas de sol que colgaban de un clavo de la pared, le oyó caminar por la habitación de al lado. El muy pillastre, se dijo, me pregunto si me habrá mentido.

Diez indios

Después de un Cuatro de Julio, Nick, que volvía a casa ya tarde en la gran carreta de Joe Garner tras haber estado en el pueblo, vio a nueve indios borrachos junto a la carretera. Se acordaba de que eran nueve porque Joe Garner, que era el que conducía a la luz del crepúsculo, paró los caballos, saltó a la carretera y sacó a un indio a rastras de la rodada. El indio estaba dormido, boca abajo en la arena. Joe lo arrastró hasta los matorrales y regresó a la carreta.

—Con este son nueve —dijo Joe—, solo entre aquí y el límite del pueblo.

—Esos indios —dijo la señora Garner.

Nick iba en el asiento de atrás con los dos hijos de los Garner. Se asomaba para ver el indio que Joe había arrastrado fuera de la carretera.

—¿No era ese Billy Tabeshaw? —preguntó Carl.

—No.

—Pues sus pantalones parecían igualitos a los de Billy.

—Todos los indios llevan la misma clase de pantalones.

—Yo no le he visto —dijo Frank—. Papá bajó a la carretera y volvió a subir antes de que yo pudiera ver nada. Creía que estaba matando una serpiente.

—Esta noche muchos indios andarán distraídos, imagino —dijo Joe Garner.

—Esos indios —dijo la señora Garner.

Siguieron adelante. El camino se separaba de la carretera y subía las colinas. A los caballos les costaba tirar y los chicos bajaron y fueron andando. El camino era arenoso. Nick miró hacia atrás desde lo alto de la colina, junto a la escuela. Vio las luces de Petoskey, y, en la otra orilla de la bahía de Little Traverse, las luces de Harbour Springs. Volvieron a subirse al carro.

—Deberían poner un poco de grava en ese tramo —dijo Joe Garner. La carreta siguió internándose en el bosque por el camino. Joe y la señora Garner iban juntos en el asiento delantero. Nick estaba sentado entre los dos chicos. La carretera desembocaba en un claro.

—Justo ahí fue donde papá atropelló una mofeta.

—Fue más adelante.

—Tanto da dónde fuera —dijo Joe sin volverse—. Para atropellar una mofeta un lugar es tan bueno como cualquier otro.

—Anoche vi dos mofetas —dijo Nick.

—¿Dónde?

—Junto al lago. Buscaban pescado muerto en la orilla.

—Probablemente eran mapaches —dijo Carl.

—Eran mofetas. Creo que sé distinguir una mofeta.

—Deberías saber distinguirlas —dijo Carl—. Tienes una novia india.

—Deja de hablar así, Carl —dijo la señora Garner.

—Bueno, huelen casi igual.

Joe Garner se rio.

—Deja de reírte, Joe —dijo la señora Garner—. No toleraré que Carl hable así.

—¿Tienes una novia india, Nickie? —preguntó Joe.

—No.

—Sí que la tiene, papá —dijo Frank—. Prudence Mitchell es su novia.

—No lo es.

—Va a verla cada día.

—No es cierto. —Nick, sentado en la oscuridad entre los dos muchachos, se sintió vacío y feliz por dentro al oír que se metían con él por culpa de Prudence Mitchell—. No es mi novia —dijo.

—Escuchadle —dijo Carl—. Los veo juntos cada día.

—Carl no puede encontrar novia —dijo su madre—, ni siquiera una squaw.

Carl se quedó callado.

—A Carl no se le dan bien las chicas —dijo Frank.

—Tú cállate.

—Haces bien, Carl —dijo Joe Garner—. Las chicas siempre te llevan por el mal camino. Mira a tu padre.

—Claro, ahora dices eso —dijo la señora Garner, acercándose a Joe cuando el carro dio una sacudida—. Bueno, en tu época tenías muchas chicas.

—Seguro que papá nunca tendría por novia a una squaw.

—No te creas —dijo Joe—. Vigila que Prudie no se te escape, Nick.

Su esposa le susurró algo y Joe rio.

—¿De qué te ríes? —preguntó Frank.

—No se lo digas, Garner —le advirtió su esposa. Joe volvió a reír.

—Nickie puede quedarse con Prudence —dijo Joe Garner—. Yo ya tengo a una buena chica.

—Así se habla —dijo la señora Garner.

Los caballos tiraban con fuerza en la arena. En la oscuridad Joe les dio un golpecito con el látigo.

—Venga, tirad. Mañana tendréis que tirar más fuerte.

Bajaron la colina al trote, con la carreta dando tumbos. En la granja todo el mundo se apeó. La señora Garner abrió la puerta con llave, entró y salió con una lámpara en la mano. Carl y Nick descargaron las cosas de la parte trasera del carro. Frank se sentó delante para llevarlo al establo y preparar a los caballos para la noche. Nick subió los escalones y abrió la puerta de la cocina. La señora Garner estaba encendiendo el fuego. Vertía queroseno en la leña. Se volvió.

—Adiós, señora Garner —dijo Nick—. Gracias por traerme.

—Faltaría más, Nickie.

—Lo he pasado estupendamente.

—Nos gusta tu compañía. ¿Quieres quedarte a cenar?

—Es mejor que me vaya. Mi padre debe de estar esperándome.

—Buen, vete pues. Dile a Carl que venga, ¿quieres?

—Muy bien.

—Adiós, Nickie.

—Adiós, señora Garner.

Nick salió al corral y se dirigió al establo. Joe y Frank estaban ordeñando.

—Buenas noches —dijo Nick—. Lo he pasado muy bien.

—Buenas noches, Nick —le contestó Joe Garner—. ¿Te quedas a cenar?

—No, no puedo. ¿Le dirá a Carl que su madre quiere que vaya?

—Muy bien. Buenas noches, Nickie.

Nick anduvo descalzo por el camino que cruzaba el prado por debajo del granero. Era un camino liso y sentía el rocío fresco en los pies. Saltó una cerca que había al final del prado, bajó por un barranco, los pies mojados en el barro del pantano, y luego subió por entre el hayedo seco hasta que vio las luces de la cabaña. Saltó la cerca y se acercó al porche delantero. A través de la ventana vio a su padre sentado junto a la mesa, leyendo a la luz de la lámpara grande. Nick abrió la puerta y entró.

—Hombre, Nickie —dijo su padre—, ¿has tenido un buen día?

—Lo he pasado muy bien. Ha sido un Cuatro de Julio estupendo.

—¿Tienes hambre?

—Ya lo creo.

—¿Qué ha pasado con tus zapatos?

—Me los dejé en el carro, en casa de los Garner.

—Vamos a la cocina.

El padre de Nick iba delante con la lámpara. Se detuvo y levantó la tapa del refrigerador. Nick entró en la cocina. Su padre le puso un trozo de pollo frío en el plato y una jarra de leche en la mesa. Dejó la lámpara junto a la comida.

—También hay un poco de tarta —dijo—. ¿Te parece bien?

—Está más que bien.

Su padre se sentó en una silla junto a la mesa, cubierta con un hule. Formaba una sombra grande sobre la pared de la cocina.

—¿Quién ganó el partido?

—Petoskey. Cinco a tres.

Su padre se quedó mirando cómo comía y le llenó el vaso de leche. Nick bebió y se limpió los labios con la servilleta. Su padre alargó el brazo hacia la estantería para coger la tarta. Le cortó un buen trozo a Nick. Era tarta de arándanos.

—¿Qué has hecho hoy, papá?

—Esta mañana he ido a pescar.

—¿Qué has cogido?

—Solo percas.

Su padre miró a Nick comerse la tarta.

—¿Qué has hecho esta tarde? —preguntó Nick.

—Fui a dar una vuelta por el campamento indio.

—¿Viste a alguien?

—Los indios estaban todos en el pueblo, emborrachándose.

—¿Y no viste a nadie?

—Vi a tu amiga, Prudie.

—¿Dónde estaba?

—Estaba en el bosque con Frank Washburn. Me los encontré. Se lo estaban pasando la mar de bien.

Su padre no lo estaba mirando.

—¿Qué hacían?

—No me quedé a averiguarlo.

—Dime qué hacían.

—No lo sé —dijo su padre—. Los oí retozar por ahí.

—¿Cómo sabes que eran ellos?

—Los vi.

—¿No acabas de decir que no los viste?

—Oh, sí, los vi.

—¿Quién estaba con ella? —preguntó Nick.

—Frank Washburn.

—Estaban… estaban…

—¿Estaban qué?

—¿Estaban contentos?

—Eso creo.

Su padre se levantó de la mesa y salió por la puerta mosquitera de la cocina. Cuando volvió, Nick estaba mirando su plato. Había estado llorando.

—¿Quieres un poco más? —Su padre cogió el cuchillo para cortar más tarta.

—No —dijo Nick.

—Es mejor que te comas otro trozo.

—No, no quiero más.

Su padre quitó la mesa.

—¿En qué parte del bosque estaban? —preguntó Nick.

—Detrás del campamento. —Nick miró su plato. Su padre dijo—: Es mejor que te vayas a la cama, Nick.

—Está bien.

Nick entró en su habitación, se desvistió y se metió en la cama. Oyó que su padre deambulaba por la sala. Nick se quedó echado con la cara en el almohadón.

Me han roto el corazón, se dijo. Si me siento así es que me han roto el corazón.

Al cabo de un rato oyó que su padre apagaba la lámpara de un soplido y regresaba a su dormitorio. Oyó soplar el viento entre los árboles y lo sintió frío colarse por la mosquitera. Se quedó un largo rato con la cara en el almohadón, y al cabo, se le olvidó pensar en Prudence y al final se durmió. Cuando se despertó en plena noche oyó el viento en los abetos y las olas del lago llegando a la orilla, y se volvió a dormir. Por la mañana el viento era vendaval y las olas eran altas en la costa, y estuvo mucho rato despierto antes de acordarse de que le habían roto el corazón.

Un canario para regalar

El tren pasó a gran velocidad junto a una larga casa de piedra rojiza que tenía un jardín y cuatro gruesas palmeras con mesas a la sombra. Al otro lado estaba el mar. Luego cruzó una hendidura en una montaña de piedra rojiza y arcilla, y el mar solo se veía esporádicamente y de lejos.

—Lo compré en Palermo —dijo la señora americana—. Solo estuvimos una hora en tierra y era domingo por la mañana. El hombre quería que le pagara en dólares y le di un dólar y medio. La verdad es que canta estupendamente.

Hacía mucho calor en el tren y mucho calor en el coche cama. No entraba la menor brisa por la ventana abierta. La señora americana bajó las persianas y ya no se vio más el mar, ni de vez en cuando. Al otro lado había un cristal, luego una ventana abierta, y al otro lado de la ventana árboles polvorientos y una carretera grasienta y viñedos chatos, y colinas de piedra gris detrás.

Al entrar en Marsella salía humo de muchas chimeneas altas, y el tren aminoró la marcha y siguió una vía entre las muchas que se dirigían a la estación. El tren permaneció veinticinco minutos en la estación de Marsella, y la señora americana compró *The Daily Mail* y una botella de medio litro de agua Evian. Caminó un poco por el andén, pero se quedó cerca de los escalones del vagón porque en Cannes, donde pararon veinte minutos, el tren no dio señal alguna de que fuera a salir y lo cogió por los pelos. La señora americana era un poco sorda y le daba miedo que dieran alguna señal de partida y no la oyera.

El tren salió de la estación de Marsella, y no solo dejaron atrás el patio de maniobras y el humo de las fábricas, sino, volviendo la mirada, la ciudad de Marsella y el puerto con las colinas de piedra detrás y el último resplandor del sol en el agua. Mientras oscurecía, el tren pasó junto a una granja que ardía en medio de un campo. Varios coches se habían parado en la carretera, y en el campo se esparcían los colchones y demás objetos del interior de la granja. Mucha gente miraba arder el edificio. Cuando ya había oscurecido, el tren llegó a Aviñón. La gente subía y bajaba de los vagones. En el quiosco, los franceses, de regreso a París, compraban la prensa francesa. En el andén había soldados negros. Llevaban uniformes marrones, eran altos y tenían la cara

reluciente, con aspecto de estar bien afeitados a la luz eléctrica. Tenían la cara muy negra y eran demasiado altos para quedarse mirándolos. El tren dejó atrás la estación y los negros seguían allí. Un sargento blanco y bajito estaba con ellos.

Dentro del coche cama el mozo había bajado las tres camas empotradas en la pared y las había preparado para dormir. Por la noche la señora americana no podía dormir porque el tren era un *rapide* e iba muy deprisa y le daba miedo la velocidad de noche. La cama de la señora americana estaba junto a la ventanilla. El canario de Palermo, con una tela cubriendo la jaula, estaba a salvo de la corriente, en el pasillo que daba al compartimiento de los servicios. Fuera del compartimiento había una luz azul, y toda la noche el tren fue muy deprisa y la señora americana permaneció despierta a la espera de un descarrilamiento.

Por la mañana el tren estaba cerca de París, y la señora americana, después de salir de los servicios, con un aspecto muy saludable y de mediana edad americano, a pesar de no haber dormido, y después de que hubiera quitado la tela que cubría la jaula y colgado la jaula al sol, se fue al vagón restaurante a desayunar. Cuando regresó al coche cama, habían vuelto a empotrar las camas en la pared para convertirlas en asientos, el canario sacudía las plumas al sol que entraba por la ventanilla abierta, y el tren estaba mucho más cerca de París.

—Le encanta el sol —dijo la señora americana—. Ahora cantará un poco.

El canario sacudió las plumas y las picoteó.

—Siempre me han encantado los pájaros —dijo la señora americana—. Me lo llevo a casa, con mi hijita. Mire… ahora canta.

El canario gorjeó y se le erizaron las plumas del cuello, a continuación bajó el pico y comenzó a picotearse de nuevo las plumas. El tren cruzó un río y pasó entre un bosque cuidado con mucho esmero. Pasó por las afueras de muchas poblaciones de las inmediaciones de París. En las poblaciones había tranvías y grandes anuncios de la Belle Jardinière y Dubonnet y Pernod en los muros encarados al tren. Todo lo que se veía desde el tren parecía aún sin desayunarse. Llevaba varios minutos sin escuchar a la señora americana, que hablaba con mi mujer.

—¿Su marido también es americano? —preguntó la señora.

—Sí —dijo mi mujer—. Los dos somos americanos.

—Pensaba que eran ingleses.

—Oh, no.

—A lo mejor es porque llevo tirantes —dije. Había empezado a decir la palabra americana, *suspenders*, pero al momento lo cambié a la inglesa, *braces*, para mantener mi carácter británico. La señora americana no me oyó. La verdad es que estaba bastante sorda; leía los labios, y yo no había mirado en dirección a ella. Yo miraba por la ventana. Ella seguía hablando con mi esposa.

—Me alegro de que sean americanos. Los hombres americanos son los mejores maridos —estaba diciendo la señora americana—. Por eso nos fuimos de Europa, ya sabe. Mi hija se enamoró de un hombre en Vevey. —Se interrumpió—. Se enamoraron locamente. —Hizo otra pausa—. Me la llevé, desde luego.

—Y su hija, ¿lo superó? —preguntó mi esposa.

—No lo creo —dijo la señora americana—. No comía nada y tampoco dormía. He hecho todo lo que he podido, pero no parece interesarse por nada. Nada le importa. No podía permitir que se casara con un extranjero. —Hizo una pausa—. Alguien, un muy buen amigo mío, me dijo una vez: «Ningún extranjero puede ser un buen marido para una chica americana».

—No —dijo mi mujer—, supongo que no.

La señora americana admiró el abrigo de viaje de mi mujer, y resultó que la señora americana había comprado su ropa durante veinte años en la misma *maison de couture* de la rue Saint Honoré. Tenían sus medidas, y una *vendeuse* que la conocía y sabía cuáles eran sus gustos le escogía los vestidos y se los mandaba a Estados Unidos. Le llegaban a la oficina de correos que quedaba cerca de su casa, en la zona residencial de Nueva York donde vivían, y los impuestos nunca eran exorbitantes, pues abrían las cajas en la misma oficina de correos para tasar los vestidos, y estos eran siempre sencillos, sin encaje de oro ni ningún ornamento que los hiciera parecer caros. Antes de la actual *vendeuse*, Thérèse, había habido otra, llamada Amélie. Solo había habido esas dos en veinte años. La modista había sido siempre la misma. Los precios, no obstante, habían subido. Aunque el cambio los compensaba. Ahora también tenían las medidas de su hija. Ya era una mujer adulta y no había muchas posibilidades de que cambiaran.

El tren ya estaba entrando en París. Habían derribado las fortificaciones, pero la hierba no había crecido. Había muchos vagones sobre los raíles: coches restaurante de madera marrón y coches cama de madera marrón que seguirían hacia Italia a las cinco de la tarde, si ese tren seguía saliendo a las cinco; los vagones llevaban el cartel París-Roma; y había vagones con asientos en el techo en los trenes de cercanías, y a ciertas horas iban llenos de

gente, incluso en el techo, si es que eso se seguía haciendo, y pasaron junto a muchas paredes blancas y muchas ventanas de casas. Todo aquello estaba aún sin desayunar.

—Los americanos son los mejores maridos —le decía la señora americana a mi esposa. Yo estaba bajando las maletas—. Los hombres americanos son los únicos del mundo con los que una se puede casar.

—¿Cuánto hace que se fue de Vevey? —preguntó mi mujer.

—Hará dos años este otoño. Es a ella a quien le llevo el canario.

—El hombre del que estaba enamorado su hija, ¿era suizo?

—Sí —dijo la señora americana—. Era de una familia muy buena de Vevey. Iba a ser ingeniero. Se conocieron en Vevey. Daban largos paseos juntos.

—Conozco Vevey —dijo mi esposa—. Estuvimos en nuestra luna de miel.

—¿De verdad? Debió de ser estupendo. No tenía ni idea, claro, de que ella se había enamorado de él.

—Era un lugar encantador —dijo mi mujer.

—Sí —dijo la señora americana—. Es un lugar encantador, ¿verdad? ¿Dónde se alojaron?

—En el Trois Couronnes —dijo mi mujer.

—Es un hotel antiguo precioso —dijo la señora americana.

—Sí —dijo mi mujer—. Teníamos una habitación muy bonita y en otoño el campo era una maravilla.

—¿Estuvieron allí en otoño?

—Sí —dijo mi mujer.

Pasamos junto a tres vagones que habían descarrilado. Tenían un boquete surcado de astillas y los techos se habían hundido.

—Mirad —dije—. Ha habido un descarrilamiento.

La señora americana miró a tiempo de ver el último coche.

—Toda la noche he pasado miedo de que nos pasara a nosotros —dijo—. A veces tengo terribles presentimientos. Nunca volveré a viajar en un *rapide* por la noche. Debe de haber otros trenes cómodos que no vayan tan rápido.

El tren no tardó en adentrarse en la oscuridad de la Gare de Lyon, se detuvo y los mozos se acercaron a las ventanillas. Les entregué nuestro equipaje por la ventanilla y salimos al andén en penumbra; la señora americana se puso en manos de uno de los tres hombres de Cook’s, quien le dijo: «Un momento, señora, y buscaré su nombre».

El mozo acercó un carrito y amontonó en él el equipaje, y mi mujer se despidió y yo me despedí de la señora americana, cuyo nombre había encontrado el hombre de Cook’s en una página mecanografiada que formaba parte de un fajo de páginas mecanografiadas que se volvió a meter en el bolsillo.

Seguimos al mozo y al carrito por el largo andén de cemento que había junto al tren. Al final había una puerta y un hombre nos cogió los billetes.

Regresábamos a París para instalarnos en residencias separadas.

Un idilio alpino

Incluso a primera hora te acalorabas cuando bajabas al valle. El sol derretía la nieve de los esquís que cargábamos y secaba la madera. Era primavera en el valle, pero el sol calentaba mucho. Íbamos por la carretera de Galtur cargando nuestros esquís y nuestras mochilas. Cuando pasamos junto a la iglesia, acababa de terminar un funeral. Le dije: *Grüss Gott* al sacerdote cuando pasó a nuestro lado saliendo del cementerio. El sacerdote nos saludó inclinando la cabeza.

—Es curioso que los sacerdotes nunca te hablen —dijo John.

—Pensaba que les gustaría decir *Grüss Gott*.

—Nunca contestan —dijo John.

Nos detuvimos en la carretera y observamos al sacristán cubriendo el agujero de tierra con la pala. Un campesino de barba oscura y altas botas de piel estaba junto a la tumba. El sacristán dejó de echar tierra y se incorporó. El campesino de botas altas tomó la pala y siguió rellenando la tumba, esparciendo la tierra igual que un hombre esparce estiércol en un jardín. En aquella luminosa mañana de mayo la operación de rellenar una tumba parecía irreal. No me imaginaba que nadie pudiera morirse.

—Imagínate que te entierren en un día tan bonito como este —le dije a John.

—No me gustaría.

—Bueno —dije—, nadie nos va a obligar.

Seguimos por la carretera, pasamos junto a las casas del pueblo y llegamos a la posada. Llevábamos un mes esquiando en la Silvretta, y era agradable estar en el valle. En la Silvretta habíamos esquiado bien, pero era esquí de primavera, y la nieve solo era buena a primera hora de la mañana y última hora de la tarde. El resto del tiempo el sol la estropeaba. No había manera de resguardarse del sol. La única sombra la daban las rocas o la cabaña que había al abrigo de una roca, junto a un glaciar; y a la sombra el sudor se te helaba bajo la ropa interior. No te podías sentar fuera de la cabaña sin gafas de sol. Era agradable tostarse, pero el sol había sido muy cansado. Bajo él no había manera de descansar. Me alegraba alejarme de la nieve. La primavera estaba demasiado avanzada para seguir en la Silvretta. Yo estaba

un poco cansado de esquiar. Nos habíamos quedado demasiado tiempo. Me llegaba de nuevo el sabor de la nieve que había bebido, derretida del tejado de hojalata de la cabaña. El sabor era parte de la sensación que me provocaba esquiar. Me alegraba de que hubiera otras cosas aparte del esquí, y me alegraba de haberme alejado de la primavera antinatural de alta montaña y encontrarme en el valle en esa mañana de mayo.

El posadero estaba sentado en el porche de la posada, con la silla apoyada hacia atrás en la pared. Junto a él estaba el cocinero.

—*Ski-heil*! —dijo el posadero.

—*Heil*! —dijimos, y apoyamos los esquís en la pared y nos quitamos las mochilas.

—¿Cómo ha ido ahí arriba? —preguntó el posadero.

—*Schön*. El sol un poco excesivo.

—Sí. Demasiado sol en esta época del año.

El cocinero estaba sentado en su silla. El posadero entró con nosotros, abrió su oficina con la llave y sacó nuestro correo. Había un fajo de cartas y algunos papeles.

—Vamos a tomar una cerveza —dijo John.

—Muy bien. Beberemos dentro.

El dueño trajo dos botellas y nos las bebimos mientras leíamos las cartas.

—Mejor tomemos otra cerveza —dijo John. Esta vez las trajo una chica. Sonrió al abrir las botellas.

—Muchas cartas —dijo.

—Sí. Muchas.

—*Prosit* —dijo, y salió, llevándose las botellas vacías.

—Ya se me había olvidado el sabor de la cerveza.

—A mí no —dijo John—. Cuando estábamos en la cabaña pensaba mucho en ella.

—Bueno —dije—, ahora nos la podemos tomar.

—Nunca se debería hacer nada durante demasiado tiempo.

—Ya lo creo que ha sido demasiado —dijo John—. No es bueno hacer una cosa demasiado tiempo.

El sol entraba por la ventana abierta y brillaba a través de las botellas que había sobre la mesa. Las botellas estaban medio llenas. Había un poco de espuma en la cerveza que quedaba en las botellas, no mucha porque estaba muy fría. Formaba una especie de collar cuando la servías en los vasos altos. Miré por la ventana abierta hacia la carretera blanca. Los árboles que había junto a la carretera estaban empolvados de nieve. Más allá había un campo

verde y un arroyo. Había árboles siguiendo el arroyo y un molino con una noria. A través del lado abierto del molino vi un largo tronco y en él una sierra que subía y bajaba. Nadie parecía encargarse de ella. Cuatro cuervos caminaban sobre el campo verde. Un cuervo estaba posado en un árbol, mirando. Fuera, en el porche, el cocinero se levantó de su silla y enfiló el pasillo que llevaba a la cocina. Dentro, el sol atravesaba las botellas vacías que había en la mesa. John estaba inclinado hacia delante con la cabeza entre los brazos.

Por la ventana vi dos hombres que se acercaban a los escalones del porche. Entraron en el bar. Uno era el campesino con barba y botas altas. El otro era el sacristán. Se sentaron a la mesa que había bajo la ventana. Llegó la chica y se quedó junto a su mesa. Parecía que el campesino no la veía. Estaba sentado con las manos sobre la mesa. Llevaba su viejo uniforme del ejército, con coderas.

—¿Qué será? —preguntó el sacristán. El campesino no le prestó atención —. ¿Qué vas a beber?

—*Schnapps* —dijo el campesino.

—Y un cuarto de litro de vino tinto —le dijo el sacristán a la chica.

La chica llevó las bebidas y el campesino se bebió el *schnapps*. Miró por la ventana. El sacristán lo observaba. John había dejado caer la cabeza sobre la mesa. Estaba dormido.

El posadero entró y se dirigió a la mesa. Habló en dialecto y el sacristán le contestó. El campesino miraba por la ventana. El posadero salió del bar. El campesino se levantó. Sacó un billete doblado de diez mil coronas de su cartera de piel y lo desdobló. Apareció la chica.

—*Alles*? —preguntó.

—*Alles* —dijo él.

—Deja que pague el vino —dijo el sacristán.

—*Alles* —le repitió el campesino a la chica. Ella se llevó la mano al bolsillo del delantal, la sacó llena de monedas y contó el cambio. El campesino fue hacia la puerta. En cuanto se hubo ido el posadero volvió a entrar en el bar y habló con el sacristán. Se sentó con él. Hablaron en dialecto. Al sacristán se le veía divertido. El posadero estaba disgustado. El sacristán se levantó de la mesa. Era un hombre pequeño con bigote. Se asomó por la ventana y miró la carretera.

—Ya está entrando —dijo.

—¿En el Löwen?

—*Ja*.

Volvieron a hablar y el posadero se acercó a nuestra mesa. El posadero era un hombre alto y viejo. Miró a John, que dormía.

—Está muy cansado.

—Sí, nos hemos levantado temprano.

—¿Quieren comer pronto?

—Cuando sea —dije—. ¿Qué hay para comer?

—Lo que quieran. La chica les traerá la carta.

La chica les llevó el menú. John se despertó. El menú estaba escrito con tinta en una cartulina, y la cartulina estaba inserta en una madera con ranuras.

—Aquí tienes la *Speisekarte* —le dije a John. Miró la carta. Aún estaba dormido.

—¿Quiere tomar algo con nosotros? —le pregunté al posadero. Se sentó.

—Estos campesinos son animales —dijo el posadero.

—Vimos a ese hombre en el funeral, al entrar en el pueblo.

—La que había muerto era su esposa.

—Oh.

—Es un animal. Todos estos campesinos son animales.

—¿A qué se refiere?

—No se lo creería. No se creería lo que le ha pasado a este.

—Cuéntemelo.

—No se lo creería. —El posadero se dirigió al sacristán—. Franz, ven aquí. —El sacristán se acercó y se trajo su botellín de vino y su vaso.

—Estos señores acaban de llegar de la Wiesbadenerhütte —dijo el posadero. Nos estrechamos la mano.

—¿Qué quiere beber? —le pregunté.

—Nada. —Franz negó con el dedo.

—¿Otro cuartillo?

—De acuerdo.

—¿Entienden el dialecto? —preguntó el posadero.

—No.

—¿De qué va todo esto? —preguntó John.

—Va a contarnos lo que le pasaba al campesino que vimos llenando la tumba de tierra, cuando entramos en el pueblo.

—Es igual, no lo entiendo —dijo John—. Hablan demasiado deprisa para mí.

—Ese campesino —dijo el posadero— ha traído hoy a su esposa para que la enterraran. Murió en noviembre.

—En diciembre —dijo el sacristán.

—Eso no cambia nada. Murió en diciembre, pues, y él se lo notificó al ayuntamiento.

—El dieciocho de diciembre —dijo el sacristán.

—Sea como sea, no podía traerla para que la enterraran hasta que desapareciera la nieve.

—Vive al otro lado del Paznaun —dijo el sacristán—. Pero pertenece a esta parroquia.

—¿Y no podía traerla de ninguna manera? —pregunté.

—No. Hasta que la nieve se derrite, solo puede venir desde donde vive esquiando. De modo que hoy la trajo para que la enterraran, y el sacerdote, cuando vio la cara de la mujer, no quería enterrarla. Cuénteselo —le dijo el sacristán—. En alemán, no en dialecto.

—Lo del sacerdote ha sido muy divertido —dijo el sacristán—. En el informe al ayuntamiento dice que murió de un problema cardíaco. Ya sabíamos que tenía problemas de corazón. A veces se desmayaba en la iglesia. Llevaba mucho tiempo sin venir. Ya no tenía fuerzas para la subida. Cuando el sacerdote le destapó la cara le preguntó a Olz: «¿Su esposa sufrió mucho?». «No», dijo Olz. «Cuando llegué a casa estaba muerta en la cama».

»El sacerdote volvió a mirarla. Aquello no le gustaba.

»“¿Cómo es que tiene la cara así?”.

»“No lo sé”, dijo Olz.

»“Pues será mejor que lo averigüe”, dijo el sacerdote, y volvió a taparla con la manta. Olz no dijo nada. El sacerdote se lo quedó mirando. Olz se quedó mirando al sacerdote. “¿Quiere saberlo?”.

»“Debo saberlo”, dijo el sacerdote.

—Aquí viene la parte buena —dijo el posadero—. Escuchen. Sigue, Franz.

—«Bueno», dijo Olz, «cuando murió informé al ayuntamiento y la metí en el cobertizo, encima de la leña grande. Cuando comencé a utilizar la leña grande estaba rígida, y la puse de pie apoyada en la pared. Tenía la boca abierta, y cuando por la noche entraba en el cobertizo para cortar leña, le colgaba el farol en la boca».

»“¿Por qué lo hizo?”, le preguntó el sacerdote.

»“No lo sé”, dijo Olz.

»“¿Lo hizo muchas veces?”.

»“Cada vez que entraba en el cobertizo por la noche”.

»“Eso estuvo muy mal”, dijo el sacerdote. “¿Amaba a su esposa?”.

»“*Ja*, la amaba”, dijo Olz. “La quería mucho”.

—¿Lo han entendido todo? —preguntó el posadero—. ¿Han entendido toda la historia de su mujer?

—La he oído.

—¿Y la comida? —preguntó John.

—Pide —dije—. ¿Cree que es cierto? —le pregunté al posadero.

—Claro que es cierto —dijo—. Los campesinos son animales.

—¿Adónde se ha ido ahora?

—Se ha ido a beber a la posada de mi colega, el Löwen.

—No quiere beber conmigo —dijo el sacristán.

—Tampoco quiere beber conmigo, ahora que yo también sé lo de su mujer —dijo el posadero.

—Escucha —dijo John—. ¿Y si comemos?

—De acuerdo —dije.

Carrera de persecución

William Campbell mantenía una carrera de persecución con un espectáculo de variedades desde Pittsburgh. En una carrera de persecución, en las carreras de bicicletas, los corredores salen a intervalos iguales uno tras otro. Corren muy deprisa porque generalmente la carrera se limita a una distancia breve, y si pierden velocidad otro corredor que vaya detrás y mantenga el ritmo acabará cogiéndolos. En cuanto un corredor es adelantado queda fuera de la carrera y debe bajarse de la bicicleta y salir de la pista. Si ninguno de los corredores es atrapado, el ganador de la carrera es el que se ha acercado más al otro. En la mayor parte de las carreras de persecución, si hay solo dos corredores, uno de los dos es adelantado al cabo de diez kilómetros. El espectáculo de variedades pilló a William Campbell en Kansas City.

William Campbell había tenido la esperanza de ir un poco por delante del espectáculo de variedades hasta que llegaran a la costa del Pacífico. Siempre y cuando fuera delante del espectáculo de variedades como representante de la empresa, le pagaban. Cuando el espectáculo de variedades lo atrapo él estaba en la cama. Estaba en la cama cuando el director de la *troupe* entró en su habitación, y cuando el director hubo salido, William Campbell se dijo que igual le daba quedarse en la cama. Hacía mucho frío en Kansas City, y no tenía prisa por salir. No le gustaba Kansas City. Metió la mano bajo la cama y sacó una botella y bebió. Su estómago se sintió mejor. El señor Turner, el director del espectáculo de variedades, se había negado a beber.

La entrevista de William Campbell con el señor Turner había sido un poco rara. El señor Turner había llamado a la puerta. Campbell había dicho: «¡Adelante!». Cuando el señor Turner entró vio ropa encima de una silla, una maleta abierta, la botella en una silla junto a la cama, y alguien echado en la cama completamente cubierto por las mantas.

—Señor Campbell —dijo el señor Turner.

—No puede despedirme —dijo William Campbell desde debajo de las mantas. Debajo de las mantas se estaba caliente y cobijadito y todo era blanco —. No puede despedirme por haberme bajado de la bicicleta.

—Está borracho —dijo el señor Turner.

—Oh, sí —dijo William Campbell, hablándole directamente a la sábana y sintiendo su textura en los labios.

—Es usted un imbécil —dijo el señor Turner. Apagó la luz eléctrica. La luz había estado encendida toda la noche. Ahora eran las diez de la mañana—. Es usted un borracho y un imbécil. ¿Cuándo llegó a esta ciudad?

—Llegué anoche —dijo William Campbell, hablándole a la sábana. Descubrió que le gustaba hablar a través de la sábana—. ¿Alguna vez ha hablado a través de una sábana?

—No intente hacerse el gracioso. No es usted gracioso.

—No intento hacerme el gracioso. Tan solo hablo a través de una sábana.

—Desde luego que está hablando a través de una sábana.

—Ya puede irse, señor Turner —dijo Campbell—. Ya no trabajo para usted.

—Al menos eso lo sabe.

—Sé muchas cosas —dijo William Campbell. Apartó la sábana y miró al señor Turner—. Sé lo suficiente para que no me importe mirarle. ¿Quiere saber lo que sé?

—No.

—Bien —dijo William Campbell—. Porque la verdad es que no sé nada. Hablaba por hablar. —Volvió a taparse con la sábana—. Me encanta estar bajo una sábana —dijo. El señor Turner estaba de pie junto a la cama. Era un hombre de mediana edad con una gran barriga y calvo, y tenía muchas cosas que hacer.

—Debería dejarlo ahora mismo, Billy, y seguir una cura —dijo—. Yo se lo puedo arreglar si quiere.

—No quiero seguir ninguna cura —dijo William Campbell—. No quiero ninguna cura. Soy totalmente feliz. Toda mi vida he sido completamente feliz.

—¿Cuánto hace que está así?

—¡Menuda pregunta! —William Campbell inhalaba y exhalaba a través de la sábana.

—¿Cuánto tiempo lleva trompa, Billy?

—¿Es que no he hecho mi trabajo?

—Claro. Solo le he preguntado cuánto lleva trompa, Billy.

—No lo sé. Pero ha vuelto mi lobo. —Tocó la sábana con la lengua—. Lo he tenido una semana.

—Y un cuerno.

—Oh, sí. Mi querido lobo. Cada vez que bebo sale de la habitación. No soporta el alcohol. Pobrecillo. —Daba vueltas con la lengua en la sábana—.

Es un lobo encantador. Está igual que siempre. —William Campbell cerró los ojos e inhaló profundamente.

—Necesita una cura, Billy —dijo el señor Turner—. El Keeley le gustará. No está mal.

—El Keeley —dijo William Campbell—. No está lejos de Londres. —Cerró los ojos y los abrió, rozando la sábana con las pestañas—. Es que me encantan las sábanas —dijo. Miró al señor Turner—. Escuche, usted cree que estoy borracho.

—Está borracho.

—No, no lo estoy.

—Está borracho y ha tenido *delirium tremens*.

—No —dijo William Campbell, y se envolvió la cabeza con la sábana—. Querida sábana —dijo. Respiró suavemente contra ella—. Hermosa sábana. Me amas, ¿verdad, sábana? Todo está incluido en el precio de la habitación. Igual que en Japón. No —dijo—. Escuche, Billy, querido Billy el Escurridizo, tengo una sorpresa para usted. No estoy borracho. Estoy colocado hasta las cejas.

—No —dijo el señor Turner.

—Eche un vistazo. —William Campbell se subió la manga derecha de la chaqueta del pijama bajo la sábana y asomó el antebrazo—. Mire. —En el antebrazo, desde la muñeca hasta el codo, había pequeños círculos azules en torno a diminutos pinchazos azul oscuro. Los círculos casi se tocaban entre sí —. Es el nuevo descubrimiento —dijo William Campbell—. Ahora bebo de vez en cuando, solo para mantener al lobo fuera de la habitación.

—Hay una cura para eso —dijo Billy el Escurridizo Turner.

—No —dijo William Campbell—. No hay curas para nada.

—No puede abandonar así como así, Billy —dijo Turner. Se sentó en la cama.

—Cuidado con mi sábana —dijo William Campbell.

—A su edad no puede abandonar y atiborrarse de eso simplemente porque está en un lío.

—Hay una ley en contra de eso. Si es a lo que se refiere.

—No, me refiero a que tiene que luchar contra ello.

Billy Campbell acarició la sábana con los labios y la lengua.

—Querida sábana —dijo—. Puedo besar esta sábana y ver a través de ella al mismo tiempo.

—Deje ya lo de la sábana. Ahora no puede empezar a meterse eso.

William Campbell cerró los ojos. Comenzaba a experimentar una ligera náusea. Sabía que esa náusea aumentaría poco a poco, sin que existiera el alivio de vomitar, hasta que hiciera algo para remediarla. Fue en ese momento cuando le sugirió al señor Turner que tomara un trago. El señor Turner declinó la invitación. William Campbell echó un trago de la botella. Era una medida temporal. El señor Turner lo observó. El señor Turner llevaba en esa habitación mucho más tiempo del que debiera, tenía muchas cosas que hacer; aunque diariamente se relacionaba con gente que tomaba drogas, esas cosas le horrorizaban, y le tenía mucho aprecio a William Campbell; no deseaba abandonarlo. Lo sentía mucho por él, y le parecía que una cura podría ayudarlo. Sabía que había buenos centros de desintoxicación en Kansas City. Pero tenía que irse. Se puso en pie.

—Escuche, Billy —dijo William Campbell—. Quiero decirle algo. Le llaman Billy el Escurridizo. Eso es porque es usted capaz de escurrirse. A mí me llaman Billy a secas. Eso es porque nunca he podido escurrirme. Yo no puedo escurrirme, Billy. No puedo escabullirme. Me atrapa. Cada vez que lo intento, me atrapa. —Cerró los ojos—. No puedo escurrirme, Billy. Es terrible no poder escurrirte.

—Sí —dijo Billy el Escurridizo Turner.

—Sí ¿qué? —William Campbell se lo quedó mirando.

—Lo que estaba diciendo.

—No —dijo William Campbell—. Yo no decía nada. Habrá sido un error.

—Decía algo acerca de escurrirse.

—No. Es imposible que hablara de escurrirme. Pero escúcheme, Billy, y le contaré un secreto. Limítese a las sábanas, Billy. Aléjese de las mujeres y los caballos, y —se interrumpió— las águilas, Billy. Si ama a los caballos se encontrará con mierda de caballo, y si ama a las águilas se encontrará con mierda de águila. —Se calló y metió la cabeza bajo la sábana.

—Tengo que irme —dijo Billy el Escurridizo Turner.

—Si ama a las mujeres acabará metiéndose una dosis de esto —dijo William Campbell—. Si va con caballos…

—Sí, ya lo ha dicho.

—¿El qué?

—Lo de los caballos y las águilas.

—Oh, sí. Y si ama las sábanas. —Respiró sobre la sábana y restregó la nariz contra ella—. No sé qué pasa con las sábanas —dijo—. Acabo de empezar a amar esta sábana.

—Tengo que irme —dijo el señor Turner—. Tengo mucho que hacer.

—Está bien —dijo William Campbell—. Todo el mundo tiene que irse.

—Será mejor que me vaya.

—Muy bien, váyase.

—¿Se encuentra bien, Billy?

—No he sido más feliz en la vida.

—¿Y se encuentra bien?

—Estoy bien. Adelante, váyase. Yo me quedaré aquí un rato. A eso de mediodía me levantaré.

Pero cuando a mediodía el señor Turner volvió a la habitación de William Campbell, lo encontró durmiendo, y como el señor Turner era un hombre que sabía cuáles son las cosas valiosas de la vida, no lo despertó.

Hoy es viernes

Tres soldados romanos se hallan en una taberna a las once de la noche. Hay toneles en torno a la pared. Tras la barra de madera hay un tabernero hebreo. Los tres soldados romanos están un poco trompas.

SOLDADO PRIMERO: ¿Has probado el tinto?

SOLDADO SEGUNDO: No, no lo he probado.

SOLDADO TERCERO: Pues más vale que lo pruebes.

SOLDADO SEGUNDO: Muy bien, George, tomaremos una ronda de tinto.

TABERNERO HEBREO: Aquí tienen, caballeros. Este les gustará. *(Coloca una jarra de barro que ha llenado con el vino de uno de los toneles)*. Es un vino bastante bueno.

SOLDADO PRIMERO: Tome usted un trago. *(Se vuelve hacia el soldado tercero, que está apoyado en un tonel)*. ¿Qué pasa contigo?

SOLDADO TERCERO: Me duele la barriga.

SOLDADO SEGUNDO: Has estado bebiendo agua.

SOLDADO PRIMERO: Prueba un poco de tinto.

SOLDADO TERCERO: No puedo beber esa porquería. Me da dolor de barriga.

SOLDADO PRIMERO: Llevas aquí demasiado tiempo.

SOLDADO TERCERO: Demonios, ¿te crees que no lo sé?

SOLDADO PRIMERO: Dime, George, ¿puedes darle algo a este caballero para curarle la tripa?

TABERNERO JUDÍO: Lo tengo aquí mismo.

(El soldado tercero prueba la copa que el tabernero le ha preparado).

SOLDADO TERCERO: Eh, ¿qué has puesto, mierda de camello?

TABERNERO: Bébaselo todo, *tiniente*. Esto le curará.

SOLDADO TERCERO: Bueno, pero no puedo estar peor.

SOLDADO PRIMERO: Venga, arriésgate. El otro día George me dejó como nuevo.

TABERNERO: Usted se encontraba mal, *tiniente*. Sé cómo curar un dolor de tripa.

(El soldado tercero bebe de la copa).

SOLDADO TERCERO: Dios mío. *(Hace una mueca).*

SOLDADO SEGUNDO: ¡Ese tiro al aire!

SOLDADO PRIMERO: Oh, no lo sé. Yo creo que hoy se ha comportado.

SOLDADO SEGUNDO: ¿Por qué no se bajó de la cruz?

SOLDADO PRIMERO: No quería bajarse de la cruz. No era su estilo.

SOLDADO SEGUNDO: Enséñame a alguien que no quiera bajarse de la cruz.

SOLDADO PRIMERO: Demonios, tú no sabes nada. Pregúntale a George. ¿Quería bajarse de la cruz, George?

TABERNERO: Debo decirles, caballeros, que yo no estaba allí. Es algo que no ha despertado mi interés.

SOLDADO SEGUNDO: Escucha, yo veo a muchos de esos… aquí y en otros lugares. En cuanto me enseñes a uno que no quiera bajarse de la cruz cuando llega el momento, y me refiero a cuando llega el momento, me subo con él.

SOLDADO PRIMERO: Yo creo que hoy se ha comportado.

SOLDADO TERCERO: Se ha comportado.

SOLDADO SEGUNDO: Vosotros no sabéis de lo que hablo. No estoy diciendo si se ha comportado o no. Me refiero a cuando llega el momento. Cuando te clavan el primer clavo, cualquiera de ellos lo pararía si pudiera.

SOLDADO PRIMERO: ¿Tú lo seguiste, George?

TABERNERO: No, no me interesaba, *tiniente*.

SOLDADO PRIMERO: Me sorprendió su comportamiento.

SOLDADO TERCERO: Lo que no me gusta es que tengan que clavarlos. Eso debe de hacerte mucho daño.

SOLDADO SEGUNDO: Eso no es nada comparado con cuando los levantan. *(Hace el gesto de levantar con las dos manos juntas).* Cuando empiezan a sentir el peso de su propio cuerpo. Eso es lo que los destroza.

SOLDADO TERCERO: Algunos se ponen muy mal.

SOLDADO PRIMERO: ¿Es que no los he visto? Por eso os digo que hoy se ha comportado.

(El soldado segundo sonríe al tabernero hebreo).

SOLDADO SEGUNDO: Eres un auténtico seguidor de Jesucristo.

SOLDADO PRIMERO: Muy bien, venga, métete con él. Pero deja que te diga una cosa. Hoy se ha comportado.

SOLDADO SEGUNDO: ¿Qué me dices de un poco más de vino?

(El tabernero levanta la cabeza, expectante. El soldado tercero está sentado con la cabeza gacha. No tiene muy buen aspecto).

SOLDADO TERCERO: No quiero más.

SOLDADO SEGUNDO: Solo para dos, George.

(El tabernero saca una jarra de vino de tamaño menor que la anterior. Se inclina sobre la barra).

SOLDADO PRIMERO: ¿Sigues viendo a su chica?

SOLDADO SEGUNDO: ¿No estaba yo a su lado?

SOLDADO PRIMERO: Es guapa.

SOLDADO SEGUNDO: La conocí antes que él. *(Le guiña el ojo al tabernero).*

SOLDADO PRIMERO: La veía a menudo rondar por la ciudad.

SOLDADO SEGUNDO: Solía tener mucha clientela. Él no le trajo buena suerte.

SOLDADO PRIMERO: Oh, él no tiene suerte. Pero hoy se ha comportado.

SOLDADO SEGUNDO: ¿Qué ha pasado con su grupo?

SOLDADO PRIMERO: Bah, han desaparecido. Solo las mujeres se han quedado a su lado.

SOLDADO SEGUNDO: Menudos cagados eran todos. Cuando lo han visto allá arriba no han querido saber nada de él.

SOLDADO PRIMERO: Las mujeres se han quedado a su lado.

SOLDADO SEGUNDO: Eso sí, las mujeres se han quedado a su lado.

SOLDADO PRIMERO: ¿Viste cómo le clavé la lanza?

SOLDADO SEGUNDO: Un día te meterás en un lío por hacer eso.

SOLDADO PRIMERO: Era lo menos que podía hacer por él. Te diré que en mi opinión hoy se ha comportado.

TABERNERO HEBREO: Caballeros, tengo que cerrar.

SOLDADO PRIMERO: Tomaremos la última ronda.

SOLDADO SEGUNDO: ¿Para qué? Esto no te va a servir de nada. Venga, vámonos.

SOLDADO PRIMERO: Solo una ronda más.

SOLDADO TERCERO *(Levantándose del tonel)*: No, vámonos. Va. Esta noche me encuentro fatal.

SOLDADO PRIMERO: Solo una más.

SOLDADO SEGUNDO: No, vámonos. Nos marchamos. Buenas noches, George. Ponlo en la cuenta.

TABERNERO: Buenas noches, señores. *(Pone cierta cara de preocupación).* ¿Y no podría darme nada a cuenta, *tiniente*?

SOLDADO SEGUNDO: ¡Qué demonios, George! El miércoles es día de paga.

TABERNERO: Muy bien, *tiniente*. Buenas noches, caballeros.

(Los tres soldados romanos salen a la calle).

(En la calle).

SOLDADO SEGUNDO: George es un judiarro como todos los demás.

SOLDADO PRIMERO: Venga, George es un buen tipo.

SOLDADO SEGUNDO: Esta noche para ti todos son buenos tipos.

SOLDADO TERCERO: Venga, volvamos a los barracones. Esta noche me encuentro fatal.

SOLDADO SEGUNDO: Llevas aquí demasiado tiempo.

SOLDADO TERCERO: No, no es eso. Me siento fatal.

SOLDADO SEGUNDO: Llevas aquí demasiado tiempo. Eso es todo.

TELÓN

Relato banal

Ahí estaba, comiendo una naranja y escupiendo lentamente las pepitas. Fuera, la nieve se convertía en lluvia. Dentro, la estufa eléctrica parecía no dar calor, y el hombre, levantándose de su escritorio, se sentó encima de ella. ¡Qué a gusto se sintió entonces! Aquello, por fin, era vida.

Alargó el brazo para coger otra naranja. En París, Mascart había noqueado a Danny Frush. En Mesopotamia habían caído siete metros de nieve. Al otro lado del mundo, en la lejana Australia, los jugadores de críquet ingleses estaban afilando sus palos. Había aventura.

Leyó que mecenas de las artes y las letras habían descubierto *The Forum*. Es el guía, filósofo y amigo de la minoría pensante. Relatos premiados: ¿escribirán sus autores los *best sellers* del mañana?

Disfrutarás de esos relatos cálidos, sencillos, americanos, fragmentos de la vida real que ocurren en plena naturaleza, en edificios abarrotados o en cómodas casas, y por debajo de todos ellos transcurre un saludable sentido del humor.

Debo leerlos, se dijo.

Siguió leyendo. Los hijos de nuestros hijos… ¿qué será de ellos? ¿Quiénes serán? Hay que descubrir nuevos medios de hacerles sitio en el mundo. ¿Habrá que hacerlo mediante la guerra o con métodos pacíficos?

¿O tendremos que mudarnos todos a Canadá?

Nuestras convicciones más profundas… ¿la ciencia las trastocará? Nuestra civilización… ¿es inferior a otros órdenes más antiguos?

Y mientras tanto, en las lejanas y húmedas selvas de Yucatán, sonaba el ruido de las hachas de los recolectores de resina.

¿Queremos que haya grandes hombres… o los queremos refinados? Cojamos a Joyce. Cojamos al presidente Coolidge. ¿Qué estrella debe guiar a nuestros universitarios? Ahí tienes a Jack Britton. Ahí tienes al doctor Henry Van Dyke[15]. ¿Podemos conciliarlos? Mira el caso de Young Stribling.

¿Y qué me decís de las hijas que deben hacer sus propios sondeos? Nancy Hawthorne se ve obligada a hacer su propio sondeo en el mar de la vida. Valiente y juiciosamente, se enfrenta a los problemas que afectan a cualquier chica de dieciocho años.

Era un librillo espléndido.

¿Eres una chica de dieciocho años? Tomemos el caso de Juana de Arco. Tomemos el caso de George Bernard Shaw. Tomemos el caso de Betsy Ross.

Consideremos los siguientes asuntos teniendo en cuenta que estamos en 1925: ¿había alguna página subida de tono en la historia de los puritanos? ¿Lo de Pocahontas tenía dos caras? ¿Poseía una cuarta dimensión?

La pintura, y la poesía, moderna, ¿son arte? Sí y No. Tomemos a Picasso.

¿Los vagabundos poseen códigos de conducta? Que tu mente elucubre.

Hay aventura en todas partes. Los escritores del *Forum* van al grano, tienen humor e ingenio. Pero no intentan hacerse los listos ni son prolijos.

Vive la vida plena de la mente, estimulado por las nuevas ideas, embriagado por la aventura de lo inusual. Dejó el librillo.

Y mientras tanto, estirado en la cama de una habitación a oscuras de su casa de Triana, Manuel García Maera estaba con un tubo en cada pulmón, ahogándose de neumonía. Todos los periódicos de Andalucía dedicaban suplementos especiales a su muerte, que llevaban ya días esperando. Hombres y mujeres compraban fotos en color de cuerpo entero para recordarle, y al mirar las litografías perdían la imagen que habían tenido de él en la memoria. Su muerte aliviaba a los demás toreros, porque en el ruedo él siempre hacía cosas que a ellos solo les salían a veces. Todos marchaban bajo la lluvia detrás de su ataúd y había ciento cuarenta y siete toreros siguiéndole hasta el cementerio, donde lo enterraron en una tumba junto a la de Joselito. Después del funeral todos se sentaron en los cafés, a resguardo de la lluvia, y se vendieron muchas fotos en color de Maera a hombres que las enrollaron y se las metieron en el bolsillo.

Ahora me acuesto

Aquella noche nos tendimos en el suelo de la habitación y escuchamos comer a los gusanos de seda. Los gusanos de seda comían hojas de morera y toda la noche los oímos comer y el susurro que hacían entre las hojas. Yo no quería dormir porque había vivido demasiado tiempo con el convencimiento de que si alguna vez cerraba los ojos en la oscuridad y me dejaba ir, mi alma abandonaría el cuerpo. Llevaba así mucho tiempo, desde que una noche me habían hecho volar por los aires y sentí que abandonaba mi cuerpo y me iba y luego volvía. Intentaba no pensar nunca en ello, pero había empezado a ocurrirme desde entonces, por las noches, justo en el momento en que me iba a dormir, y solo con gran esfuerzo podía frenarlo. De manera que aunque ahora estoy bastante seguro de que realmente no se habría ido, lo cierto es que aquel verano no estaba para experimentos.

Ocupaba el tiempo de distintas maneras mientras estaba despierto. Pensaba en un río truchero en el que había pescado cuando era un muchacho y en mi mente pescaba muy concienzudamente en toda su extensión; pescaba concienzudamente bajo todos los troncos, todos los recodos del río, las zonas profundas y las claras extensiones de bajíos, a veces cogiendo algunas truchas y a veces sin coger nada. Dejaba de pescar a mediodía para almorzar; a veces sentado en un tronco que quedaba sobre el río; a veces en una ribera más elevada, bajo un árbol, y siempre almorzaba muy lentamente y contemplaba el río que había debajo mientras comía. A menudo se me acababa el cebo porque solo me llevaba diez gusanos en una lata de tabaco. Cuando los había usado todos tenía que encontrar más gusanos, y a veces se hacía difícil escarbar en la orilla del río, donde los cedros daban sombra y no había hierba, solo tierra mojada, y a menudo no podía encontrar gusanos. Aunque siempre encontraba cebo de uno u otro tipo, pero una vez, en el pantano, no encontré nada que me sirviera de cebo y tuve que abrir una de las truchas que había cogido y utilizarla.

A veces encontraba insectos en los prados del pantano, en la hierba o debajo de los helechos, y los utilizaba. Había escarabajos e insectos con patas que parecían tallos de hierba, y larvas en troncos viejos y podridos; larvas blancas de cabeza estrecha y marrón que no se quedaban en el anzuelo y se

perdían en la nada del agua fría, y garrapatas debajo de los troncos, donde a veces encontraba gusanos de pescar que se metían en el suelo en cuanto levantabas el tronco. Una vez utilicé una salamandra que estaba debajo de un tronco viejo. La salamandra era muy pequeña y bonita y ágil y tenía un color precioso. Tenía unos pies diminutos que intentaban agarrarse al anzuelo, y después de esa primera vez ya no volví a utilizar salamandras, aunque encontré muchas. Tampoco utilizaba grillos, por su manera de comportarse una vez estaban en el anzuelo.

A veces el río cruzaba un prado abierto, y en la hierba seca cogía saltamontes y los utilizaba de cebo y a veces cogía saltamontes y los lanzaba al río y los observaba flotar nadando en el río y dando vueltas por la superficie a medida que la corriente se los llevaba y desaparecían cuando asomaba una trucha. A veces, en el curso de la noche, pescaba en cuatro o cinco ríos distintos; comenzaba lo más cerca que podía de su nacimiento y luego iba río abajo. Si había pescado demasiado deprisa y aún no era la hora, volvía a pescar en el mismo río, comenzando por el lugar en el que desembocaba en el lago y remontándolo, intentando coger todas las truchas que se me habían escapado al ir río abajo. Algunas noches también me inventaba ríos, algunos de ellos muy emocionantes, y era como estar despierto y soñando. Aún recuerdo algunos de esos ríos, y creo que he pescado en ellos, y se me confunden con ríos que conozco de verdad. Les daba nombres e iba hasta ellos en tren y a veces caminaba durante kilómetros para llegar.

Pero había noches en las que no podía pescar, y esas noches me quedaba despierto y decía mis oraciones una y otra vez e intentaba rezar por toda la gente que había conocido. Me ocupaban muchísimo tiempo, pues si intentas recordar a toda la gente que has conocido, remontándote a las primeras cosas que recuerdas —que eran, en mi caso, el desván de la casa en que nací y la tarta nupcial de mis padres dentro de una caja de hojalata colgando de una de las vigas, y, en el desván, tarros con serpientes y otros especímenes que mi padre había coleccionado de muchacho y conservado en alcohol, y el alcohol había descendido tanto de nivel que el dorso de las serpientes y los especímenes quedaban a la vista y se habían vuelto blancos—, si te remontabas tan atrás te acordabas de muchísima gente. Si rezabas por todos ellos, diciendo un avemaría y un padrenuestro por cada uno, tardabas muchísimo tiempo y por fin era de día, y entonces te podías dormir, si te encontrabas en un lugar en el que pudieras dormir de día.

Aquellas noches intentaba recordar todo lo que me había pasado, comenzando por la época justo antes de ir a la guerra y pasando de una cosa a

otra. Descubrí que lo más remoto que recordaba era el desván de casa de mi abuelo. Entonces empezaba por ahí y así volvía a recordar, hasta que llegaba a la guerra.

Recuerdo que, después de que mi abuelo muriera, nos fuimos de esa casa a una nueva proyectada y construida por mi madre. En el patio trasero se quemaron muchas cosas que no íbamos a llevarnos con nosotros, y recuerdo que aquellos tarros del desván fueron arrojados al fuego, y que estallaron a causa del calor y hubo una llamarada causada por el alcohol. Recuerdo a las serpientes ardiendo en el patio trasero. Pero allí no había gente, solo cosas. Ni siquiera me acordaba de quién había quemado esas cosas, y seguía recordando hasta que aparecía gente y entonces paraba el recuerdo y comenzaba a rezar por ellos.

De la nueva casa recuerdo que mi madre estaba siempre limpiando y tirando cosas. Una vez que mi padre se fue varios días de caza hizo una buena limpieza en el sótano y quemó todo lo que no debería estar ahí. Cuando mi padre volvió de su cacería y se bajó de su calesa y ató el caballo, el fuego aún ardía en el camino que había junto a la casa. Fui a recibirlo. Me entregó la escopeta y miró el fuego.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—He estado despejando el sótano, cariño —dijo mi madre desde el porche. Estaba ahí de pie, sonriendo, para recibirle. Mi padre miró el fuego y le dio una patada a algo. A continuación se agachó y sacó algo de las cenizas.

—Trae un rastrillo, Nick —me dijo.

Me fui al sótano y llevé un rastrillo y mi padre rastrilló cuidadosamente las cenizas. Sacó algunas hachas de piedra y cuchillos de desollar de piedra y herramientas para fabricar puntas de flecha y piezas de cerámica y muchas puntas de flecha. Todo estaba negro y desportillado por el fuego. Mi padre los sacó cuidadosamente con el rastrillo y los esparció sobre la hierba. Su escopeta, en la funda, y sus zurrones de caza estaban sobre la hierba, donde los había dejado al bajarse de la calesa.

—Mete la escopeta y los zurrones en casa, Nick, y tráeme un periódico —dijo. Mi madre estaba dentro de casa. Cogí la escopeta, que era difícil de transportar y me iba golpeando la pierna, y los dos zurrones y me fui hacia la casa—. Coge primero una cosa y luego otra —dijo mi padre—. No intentes llevar demasiadas cosas de una vez. —Dejé los zurrones en el suelo y cogí la escopeta y le llevé un periódico del montón que tenía mi padre en el despacho. Mi padre extendió todos los utensilios ennegrecidos y desportillados sobre el periódico y los envolvió—. Las mejores puntas de

flecha han quedado destrozadas —dijo. Entró en la casa con aquel paquete y yo me quedé fuera en la hierba, con los dos zurrones. Al cabo de un rato los entré. Al recordar esa escena, como solo hay dos personas, rezaba por ambas.

Sin embargo, algunas noches ni siquiera podía recordar mis oraciones. Tan solo era capaz de llegar a «Así en la tierra como en el cielo», y entonces tenía que empezar otra vez y era totalmente incapaz de pasar de ahí. Entonces tenía que reconocer que aquella noche no podía recordar mis oraciones y renunciaba a decirlas e intentaba otra cosa. Así que algunas noches intentaba recordar todos los animales que había en el mundo por su nombre, y luego los pájaros y luego los peces y luego países y ciudades y luego clases de comida y los nombres de todas las calles de Chicago que podía recordar, y cuando ya no podía recordar nada más, simplemente escuchaba. Y no recuerdo una noche en la que no oyera algo. Si había alguna luz no me daba miedo dormirme, porque sabía que mi alma solo me abandonaría si estaba a oscuras. Así que, naturalmente, muchas noches estaba donde podía tener alguna luz y entonces me dormía, porque casi siempre estaba cansado y a menudo tenía mucho sueño. Y estoy seguro de que también muchas veces me dormí sin darme cuenta, pero nunca me dormía si era consciente de ello, y aquella noche escuchaba los gusanos de seda. Por la noche se puede oír comer a los gusanos de seda muy claramente, y me quedaba con los ojos abiertos y los escuchaba.

En la habitación solo había otra persona, y también estaba despierta. Durante mucho tiempo la escuché estar despierta. No podía permanecer tan callada como yo, quizá porque no tenía tanta práctica en quedarse despierto. Estábamos echados sobre unas mantas extendidas sobre paja, y cuando nos movíamos la paja hacía ruido, pero a los gusanos de seda no les asustaba ningún ruido que pudiéramos hacer, y seguían comiendo tranquilamente. También estaban los ruidos de la noche a siete kilómetros al otro lado de las líneas, pero eran distintos de los pequeños ruidos que se oían en la habitación a oscuras. El otro hombre que había en la habitación intentaba permanecer en silencio. Entonces volvió a moverse. Yo también me moví, para que supiera que estaba despierto. Él había vivido diez años en Chicago. Lo habían movilizado en 1914, cuando había regresado para visitar a su familia, y me lo habían puesto de ordenanza solo porque hablaba inglés. Le oí escuchar, de modo que me moví de nuevo bajo las mantas.

—¿No puede dormir, *signor tenente*? —preguntó.

—No.

—Yo tampoco puedo.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé. No puedo dormir.

—¿Te encuentras bien?

—Claro. Me encuentro bien. Es solo que no puedo dormir.

—¿Quieres charlar un rato? —pregunté.

—Claro. De lo que se pueda hablar en este maldito lugar.

—Este lugar está bastante bien —dije.

—Claro —dijo—. Está muy bien.

—Háblame de Chicago —dije.

—Oh —me dijo—, ya le conté todo lo que había visto.

—Háblame de cuando te casaste.

—Ya se lo he contado.

—Esa carta que recibiste el lunes… ¿era de ella?

—Claro. Me escribe continuamente. Está ganando mucho dinero con el negocio.

—Tendrás una buen negocio cuando vuelvas.

—Ya lo creo. Ella lo lleva muy bien. Está ganando mucho dinero.

—¿Crees que si hablamos los despertaremos? —pregunté.

—No. No pueden oírnos. De todos modos, duermen como cerdos. Yo soy diferente —dijo—. Soy nervioso.

—No levantes la voz —dije—. ¿Quieres fumar?

Fumamos diestramente en la oscuridad.

—Usted no fuma mucho, *signor tenente*.

—No. Acabo de dejarlo.

—Bueno —dijo—, tampoco le haría ningún bien, e imagino que tal como está tampoco lo echa de menos. ¿No ha oído decir que los ciegos no fuman porque no pueden ver el humo?

—No me lo creo.

—Yo también creo que es una chorrada —dijo—. Hace poco lo oí en alguna parte. Cosas que se oyen por ahí, ya sabe.

Los dos nos quedamos callados y yo escuché los gusanos de seda.

—¿Oye esos malditos gusanos de seda? —preguntó—. ¿Los oye masticar?

—Es divertido —dije.

—Oiga, *signor tenente*, ¿hay algo que no le deja dormir? Nunca lo veo dormir. No ha dormido ninguna noche desde que estoy con usted.

—No lo sé, John —dije—. A principios de la primavera pasada estuve bastante mal, y por las noches no se me va de la cabeza.

—Igual me pasa a mí —dijo—. No debería haberme metido en esta guerra. Soy demasiado nervioso.

—Tal vez las cosas mejoren.

—Dígame, *signor tenente*, ¿por qué se metió usted en esta guerra?

—No lo sé, John. En aquel momento quería hacerlo.

—Quería hacerlo —dijo—. Esa es una razón de peso.

—No deberíamos hablar en voz alta —dije.

—Duermen como cerdos —dijo—. De todos modos, tampoco entienden inglés. No saben nada de nada. ¿Qué piensa hacer cuando esto acabe y regrese a Estados Unidos?

—Conseguir un empleo en un periódico.

—¿En Chicago?

—Puede.

—¿Alguna vez ha leído lo que escribe ese Brisbane[16]? Mi esposa me lo recorta y me lo manda.

—¿Cómo están tus hijas?

—Están bien. Una de las niñas ya está en cuarto. Sabe, *signor tenente*, si no tuviera hijos ahora no sería su ordenanza. Me habrían hecho quedarme en el frente.

—Me alegro de que los tengas.

—Y yo. Son buenas chicas, pero quiero un varón. Tres chicas y ningún chico. No hay derecho.

—¿Por qué no intentas dormir?

—No, ahora no puedo dormir. Estoy totalmente despierto, *signor tenente*. Sabe, me preocupa que usted no pueda dormir.

—Todo irá bien, John.

—Pensar que un joven como usted no puede dormir.

—Todo irá bien. Hay que acostumbrarse.

—Tiene que dormir. No se puede vivir sin dormir. ¿Le preocupa algo? ¿Algo le ronda por la cabeza?

—No, John, creo que no.

—Debería casarse, *signor tenente*. Entonces dejaría de preocuparse.

—No lo sé.

—Debería casarse. ¿Por qué no se busca una italiana guapa que tenga mucho dinero? Podría conseguir la que quisiera. Es joven, tiene muchas condecoraciones y buena planta. Le han herido un par de veces.

—No hablo lo bastante bien el idioma.

—Lo habla bien. Al diablo con el idioma. No tiene que hablar con ellas. Solo casarse.

—Me lo pensaré.

—Conoce algunas chicas, ¿verdad?

—Claro.

—Bueno, pues cásese con la que tenga más dinero. En Italia, tal como las han educado, cualquiera es una buena esposa.

—Me lo pensaré.

—No se lo piense, *signor tenente*. Hágalo.

—De acuerdo.

—Un hombre debería casarse. Nunca lo lamentará. Todos los hombres deberían casarse.

—Muy bien —dije—. Intentemos dormir un rato.

—Muy bien, *signor tenente*. Volveré a intentarlo. Pero recuerde lo que le he dicho.

—Lo recordaré —dije—. Ahora duerme un rato, John.

—Muy bien —dijo—. Espero que pueda dormir, *signor tenente*.

Le oí girarse debajo de sus mantas, sobre la paja, y al poco se quedó muy callado y lo escuché respirar de manera regular. Luego comenzó a roncar. Estuve mucho tiempo escuchándolo roncar, y cuando dejé de escucharlo roncar me puse a escuchar comer a los gusanos de seda. Comían sin parar, y se oía ese susurro entre las hojas. Tenía otra cosa en que pensar, y me quedé en la oscuridad con los ojos abiertos y pensé en todas las chicas que había conocido y en qué clase de esposa sería cada una. Pensarlo fue muy interesante, y durante un tiempo desbancó a la pesca de la trucha e interfirió en mis oraciones. Pero al final regresé a la pesca de la trucha, porque descubrí que podía acordarme de todos los ríos y que siempre había algo nuevo en ellos, mientras que las chicas, tras haber pensado en ellas unas cuantas veces, se desdibujaban y ya no podía evocarlas, y al final se me desdibujaban todas y se convertían en la misma, y dejé de pensar en ellas casi por completo. Pero seguí rezando, y por las noches recé mucho por John, y su reemplazo fue licenciado del servicio activo antes de la ofensiva de octubre. Me alegré de que ya no estuviera, porque me habría supuesto una gran preocupación. Varios meses después vino a verme al hospital de Milán, y le decepcionó mucho que no me hubiera casado, y sé que le sabría muy mal si se enterara de que, a día de hoy, aún no me he casado. John iba a volver a Estados Unidos y tenía muy claro que el matrimonio era algo que lo arreglaba todo.

Después de la tormenta

No fue por nada concreto, algo relacionado con preparar el ponche, y luego comenzamos a pelear y yo resbalé y él se me puso encima, se me arrodilló encima del pecho y me ahogaba con las dos manos como si intentara matarme y todo el rato yo intentaba sacarme la navaja del bolsillo para cortarle y que me soltara. Todos estaban demasiado borrachos para quitármelo de encima. Me estaba ahogando y me golpeaba la cabeza contra el suelo y conseguí sacar la navaja y la abrí; y le hice un corte en el músculo del antebrazo y me soltó. No podría haber seguido sujetándome ni aunque hubiera querido. Cayó rodando a un lado y se sujetó el brazo y comenzó a gritar y dije:

—¿Para qué demonios querías ahogarme?

Le habría matado. Estuve una semana sin poder tragar. Me había hecho mucho daño en la garganta.

Bueno, me fui de allí y había muchos con él, y algunos vinieron detrás de mí y giré e iba por los muelles y me encontré con un tipo que dijo que alguien había matado a un hombre en la calle.

—¿Quién ha matado a quién? —dije. Y él me contestó:

—No sé quién lo ha matado, pero está bien muerto.

Y estaba oscuro, y había agua en la calle pero no luces y ventanas rotas y barcas volcadas por toda la población y árboles derribados y todo azotado por el viento y yo tenía un esquife y salí y encontré mi barco donde lo había dejado dentro de Mango Key y estaba en buen estado solo que lleno de agua. De modo que achiqué el agua y la bombeé y había luna pero muchas nubes y el tiempo era aún bastante malo pero yo salí con el barco; y cuando se hizo de día ya estaba fuera de Eastern Harbor.

Hermano, menuda tormenta. El mío fue el primer barco que salió y nunca se ha visto un mar así. Estaba tan blanco como un tonel de lejía y desde Eastern Harbour hasta Sou'west Key era imposible reconocer la costa. El viento había abierto un gran canal justo en mitad de la playa. Árboles y todo estaban arrancados y había un canal abierto y toda el agua blanca como la tiza y todo encima; ramas y árboles enteros y pájaros muertos, todo flotando. En el interior de los cayos estaban todos los pelícanos del mundo y todo tipo de

aves volando. Debieron de meterse dentro cuando supieron lo que se avecinaba.

Me estuve un día en Sou'west Key y nadie vino a por mí. Fui el primer barco que salió y vi un palo flotando y supe que debía de ser de algún barco que había naufragado y me puse a buscarlo. Lo encontré. Era una goleta de tres palos y solo se veía sobresalir del agua la parte superior de sus palos. Estaba en aguas demasiado profundas y no había manera de sacar nada. Así que me fui a buscar otra cosa. Había salido antes que todos los demás y sabía que debía pillar todo lo que hubiera. Desde donde estaba la goleta de tres palos bajé a las barras de arena y no encontré nada, así que seguí un buen rato. Estaba ya por la arenas movedizas y no encontré nada, así que seguí. Entonces fue cuando vi el faro de Rebecca y vi todo tipo de pájaros revoloteando sobre algo y hacia allí me dirigí para ver lo que era y desde luego allí lo que había era una buena nube de pájaros.

Sobresaliendo del agua vi algo que parecía el palo de una embarcación y cuando estuve cerca todos los pájaros alzaron el vuelo y se quedaron a mi alrededor. El agua allí estaba clara y había un palo asomando y cuando me acerqué vi que bajo el agua estaba todo oscuro como una larga sombra y cuando estuve encima vi que bajo el agua había un buque de pasajeros; justo ahí debajo del agua y grande como todo el mundo. Me coloqué exactamente encima. Estaba de lado y la popa estaba bien hundida. Las portillas estaban herméticamente cerradas y vi el cristal que brillaba en el agua y todo el barco; el barco más grande que he visto en mi vida allí echado y lo recorrí cuan largo era y luego eché el ancla y tenía el esquife en la cubierta y lo empujé al agua y remé con todos los pájaros a mi alrededor.

Tenía un tubo de vidrio como el que usamos para buscar esponjas bajo el agua y me temblaban tanto las manos que no podía sujetarlo. Todas las portillas estaban cerradas y a lo largo de la embarcación pero muy abajo, cerca del fondo, podías ver algo que debía de estar abierto porque había trozos de cosas flotando todo el tiempo. No sabía lo que eran. Solo trozos. Eso era lo que buscaban los pájaros. Nunca más se han visto tantos pájaros. Los tenía todos a mi alrededor, chillando como locos.

Lo pude ver todo claro y nítido. Vi que era redondeado y bajo el agua parecía que tuviera más de un kilómetro de eslora. Estaba sobre un banco de arena blanco y claro y el palo era una especie de trinquete o algún tipo de aparejo que sobresalía inclinado del agua porque la embarcación estaba ladeada. La proa no estaba muy hundida. Podía distinguir las letras de su nombre en la proa con la cabeza rozando la superficie del agua. Pero la

portilla más cercana estaba a cuatro metros de profundidad. Solo pude alcanzarla con el astil del arpón e intenté romperla pero no pude. El cristal era demasiado duro. Así que regresé al barco y cogí una llave inglesa y la até al extremo del astil del arpón, pero no pude romperlo. Ahí estaba yo mirando a través del tubo de vidrio ese barco de pasajeros con tantísimas cosas dentro y habiendo sido el primero en llegar y sin poder entrar. Allí dentro debía de haber cosas de un valor de cinco millones de dólares.

Me puse a temblar solo de pensar en las cosas que debía de haber ahí dentro. Al otro lado de la portilla que me quedaba más cerca pude ver algo pero a través del tubo de vidrio no distinguía el qué. No iba a hacer nada con el astil del arpón, así que me quité la ropa y di un par de inhalaciones profundas y me zambullí por la popa con la llave inglesa en la mano y buceé. Pude agarrarme un momento al borde de la portilla y vi que al otro lado había una mujer con el pelo flotando. La vi flotando claramente y golpeé dos veces el cristal con la llave inglesa, oí el sonido tintinar en mis oídos pero el cristal no se rompió y tuve que subir.

Me agarré al barco y recuperé el aliento, trepé y respiré un poco más y volví a zambullirme. Bajé y me agarré al borde de la portilla con los dedos y golpeé el cristal lo más fuerte que pude con la llave inglesa. La mujer había llevado el pelo sujeto y pegado a la cabeza y ahora flotaba en el agua. Vi los anillos que llevaba. Estaba muy cerca de la portilla y golpeé dos veces el cristal y ni siquiera se agrietó. Cuando subí pensé que no podría contener la respiración hasta llegar arriba.

Bajé una vez más y agrieté el cristal, solo lo agrieté, y cuando subí de nuevo me sangraba la nariz y me puse de pie sobre la proa del buque, con los pies desnudos sobre las letras de su nombre y mi cabeza apenas sobresaliendo del agua y descansé y regresé al esquife nadando y me subí a él y me quedé sentado a la espera de que dejara de dolerme la cabeza y mirando por el tubo de cristal, pero sangraba y tuve que lavar el tubo de cristal. Luego me tendí en el esquife y me puse la mano bajo la nariz para que dejara de sangrar y me quedé allí tendido mirando y había un millón de pájaros encima dando vueltas.

Cuando dejé de sangrar eché otro vistazo por el cristal y luego estuve paseándome por el barco en busca de algo que pesara más que la llave inglesa, pero no encontré nada; ni siquiera un gancho de pescar esponjas. Volví a mirar y el agua estaba más clara cada vez y podías ver todo lo que flotaba por encima de ese blanco banco de arena. Busqué tiburones con la mirada pero no vi ninguno. De haber habido alguno lo habría visto desde

lejos. El agua estaba muy clara y la arena muy blanca. En el esquife había un arpeo que hacía de ancla y lo corté y me zambullí con él. Me arrastró muy deprisa y me pasé la portilla e intenté agarrarme a algo pero no cogí nada y seguí bajando, resbalando por el casco curvo de la embarcación. Tuve que soltar el arpeo para poder agarrarme. Lo oí chocar contra algo y pareció que pasaba un año antes de que pudiera salir a la superficie. La marea había alejado el esquife y tuve que nadar hasta él con la nariz sangrándome en el agua mientras nadaba y di gracias de que no hubiera tiburones; pero estaba cansado.

Tenía la cabeza como si me la hubieran abierto y me tendí en el esquife y descansé y luego volví a levantarme. La tarde avanzaba. Bajé una vez más con la llave inglesa pero no sirvió de nada. La llave pesaba demasiado poco. No tenía sentido volver a zambullirse a no ser que tuvieras un martillo grande o algo lo bastante pesado para romper el cristal. Entonces volví a atar la llave inglesa al astil del arpón y observé a través del tubo de vidrio y fui dando golpes sobre el cristal de la portilla hasta que la llave inglesa se soltó y vi con el cristal, de manera clara y nítida, cómo se deslizaba por el casco y caía hasta las arenas movedizas y se perdía allí. Ya no podía hacer nada más. Había perdido la llave inglesa y había perdido el arpeo, así que remé de vuelta al barco. Estaba demasiado cansado para jalar el esquife y el sol estaba bastante bajo. Los pájaros estaban abandonando el buque y me encaminé hacia Sou'west Key remolcando el esquife y los pájaros delante de mí y detrás de mí. Estaba cansadísimo.

Aquella noche el viento siguió soplando y sopló una semana más. No había manera de librarse de él. Vino alguien del pueblo y me dijo que el tipo al que había rajado estaba bien, menos en el brazo, y volví al pueblo y me impusieron una fianza de quinientos dólares. Todo fue bien porque algunos de mis amigos juraron que el tipo me perseguía con un hacha, pero cuando volvimos al buque los griegos lo habían abierto con explosivos y lo habían limpiado. Volaron la caja fuerte con dinamita. Nadie sabe cuánto sacaron. El buque llevaba oro y se lo quedaron todo. Lo dejaron como una patena. Yo lo descubrí y no saqué un chavo de él.

En conjunto aquello fue un desastre. Dicen que el buque estaba justo delante del puerto de La Habana cuando el huracán lo alcanzó y que no pudo entrar o los propietarios no le dieron al capitán la oportunidad de regresar; dicen que él quería intentarlo; de modo que tuvo que seguir adelante y en la oscuridad intentaron surcar el golfo entre Rebecca y Tortugas, y el buque embarrancó en las arenas movedizas. A lo mejor perdió el timón. A lo mejor

ya ni siquiera podían guiarlo. Pero de todos modos no podían saber que había arenas movedizas y cuando el buque encalló el capitán debió de ordenar que abrieran los tanques del lastre para que se mantuviera firme. Pero había dado con las arenas movedizas y cuando abrieron los tanques se clavó primero de popa y luego se quedó casi volcado. Había cuatrocientos cincuenta pasajeros y la tripulación y todos debían de estar a bordo cuando lo encontré. Debieron de abrir los tanques del lastre en cuanto encalló y seguramente nada más tocar las arenas movedizas quedó encallado. Luego debieron de explotar las calderas y eso debían de ser aquellos trozos que salieron despedidos. Fue raro que no hubiera tiburones. Ni siquiera peces. Los habría visto en aquella arena blanca y clara.

Pero ahora había muchos peces; tarpones, de los más grandes. La mayor parte de la embarcación estaba ahora bajo la arena, pero esos peces viven en su interior; tarpones de los más grandes. Algunos pesan entre ciento treinta y ciento ochenta kilos. Un día iremos a pescar alguno. Desde donde está se ve el faro de Rebecca. Han puesto una boya para señalar el lugar. Está justo al final de la arenas movedizas justo al borde del golfo. Cien metros más y la embarcación lo habría cruzado. En la oscuridad de la tormenta no lo consiguieron; por la manera en que llovía era imposible que vieran Rebecca. Y tampoco estaban acostumbrados a algo así. El capitán de un buque de pasajeros no está acostumbrado a esas sacudidas. Ellos siguen un rumbo y me dicen que colocan una especie de brújula y el barco va solo. Probablemente no sabían dónde estaban cuando se toparon con el huracán pero por poco se salvan. Quizá también perdieron el timón. De todos modos, una vez en el golfo, y hasta llegar a México, ese era el único sitio en el que podía encallar. Debió de ser terrible cuando se vieron atrapados en ese viento y esa lluvia y el capitán ordenó que abrieran los tanques. Con ese viento y esa lluvia no debía de haber nadie en cubierta. Todos debían de estar abajo. En cubierta no habrían sobrevivido. Dentro debió de haber algunas escenas espeluznantes, porque el barco se hundió muy deprisa. Vi cómo las arenas movedizas se tragaban la llave inglesa. El capitán no podía saber que se trataba de arenas movedizas cuando encalló a no ser que conociera esas aguas. Solo sabía que no era roca. Debió de verlo todo desde el puente. Debió de saber lo que ocurría cuando el barco se quedó clavado. Me pregunto cuánto tardó en hundirse. Me pregunto si el oficial de cubierta estaba con él. ¿Creéis que se quedaron en el puente o que salieron a cubierta? No encontraron ningún cadáver. Ni uno. Nadie flotando. Con los salvavidas flotan un buen trecho. Todos debían de estar dentro. Bueno, los griegos se lo llevaron todo. Todo.

Debieron de llegar enseguida. Lo limpiaron. Primero llegaron los pájaros, luego yo, luego los griegos, e incluso los pájaros sacaron más tajada que yo.

Un lugar limpio y bien iluminado

Era tarde y el único cliente que quedaba en el café era un viejo sentado a la sombra que las hojas del árbol proyectaban al interceptar la luz eléctrica. De día la calle estaba llena de polvo, pero por la noche el rocío impedía que el polvo se levantara, y al viejo le gustaba sentarse hasta tarde porque era sordo, y por la noche había silencio y él notaba la diferencia. Los dos camareros que había dentro del café sabían que el hombre estaba un poco borracho, y aunque era un buen cliente, sabían que si se emborrachaba demasiado se iría sin pagar, por lo que no le quitaban ojo.

—La semana pasada intentó suicidarse —dijo uno de los camareros.

—¿Por qué?

—Estaba desesperado.

—¿Desesperado por qué?

—Por nada.

—¿Cómo sabes que por nada?

—Porque tiene mucho dinero.

Se sentaron juntos a una mesa cercana, arrimada a la pared junto a la puerta del café, y observaron la terraza, donde todas las mesas estaban vacías a excepción de la que ocupaba el hombre sentado a la sombra de las hojas del árbol, que el viento sacudía ligeramente. Una chica y un soldado pasaron por la calle. La luz de la farola brilló sobre la chapa de latón que colgaba del cuello del soldado. La chica llevaba la cabeza descubierta y caminaba deprisa detrás de él.

—La patrulla los cogerá —dijo uno de los camareros.

—¿Qué más da, si él se sale con la suya?

—Es mejor que no se queden en la calle. La patrulla los cogerá. Han pasado hace cinco minutos.

El viejo sentado a la sombra dio unos golpecitos con la copa sobre el platillo. El camarero más joven se le acercó.

—¿Qué quiere?

El viejo le lanzó una mirada.

—Otro coñac —dijo.

—Se emborrachará —dijo el camarero. El viejo le lanzó una mirada. El camarero se alejó.

—Se quedará ahí toda la noche —le dijo a su colega—. Tengo sueño. Nunca consigo acostarme antes de la tres. Ojalá se hubiera matado la semana pasada.

El camarero entró en el café para coger la botella de coñac y otro platillo de la barra y se dirigió a la mesa del viejo. Colocó el platillo sobre la mesa y llenó el vaso de coñac.

—Ojalá se hubiera matado la semana pasada —le dijo al sordo.

El viejo hizo un movimiento con el dedo.

—Un poco más —dijo.

El camarero le sirvió más hasta que el coñac rebasó la copa, bajó por el pie y llegó hasta el primer platillo de la pila.

—Gracias —dijo el viejo.

El camarero se llevó la botella. Volvió a sentarse a la mesa con su colega.

—Ya está borracho —dijo.

—Se emborracha cada noche.

—¿Por qué quiso matarse?

—¡Yo qué sé!

—¿Cómo lo hizo?

—Se ahorcó con una cuerda.

—¿Quién la cortó?

—Su sobrina.

—¿Por qué lo hicieron?

—Temían por su alma.

—¿Cuánto dinero tiene?

—Mucho.

—Debe de tener ochenta años.

—Yo diría que tiene más.

—Ojalá se fuera a casa. Nunca consigo acostarme antes de las tres. ¿Qué horas son esas de irse a la cama?

—Él se queda levantado porque le gusta.

—Está solo. Yo no estoy solo. Tengo una esposa que me espera en la cama.

—Él también tuvo una esposa.

—Ahora una esposa no le serviría de nada.

—No lo sabes. Quizá con una esposa estaría mejor.

—Ya le cuida su sobrina.

—Lo sé. Me has dicho que cortó la cuerda.

—No querría llegar a su edad. Un viejo es algo asqueroso.

—No siempre. Este viejo es limpio. Bebe sin derramar el licor. Incluso estando borracho. Míralo.

—No quiero mirarlo. Ojalá se fuera a casa. No tiene consideración por los que trabajan.

El viejo levantó la mirada del vaso y la dirigió a la plaza, a continuación a los camareros.

—Otro coñac —dijo, señalando el vaso. Se le acercó el camarero que tenía prisa por irse.

—No más —dijo. Hablaba con esas omisiones sintácticas que utilizan los estúpidos cuando se dirigen a los borrachos o a los extranjeros—. Esta noche no más. Ahora cerrado.

—Otra —dijo el viejo.

—No. No más. —El camarero limpió el borde de la mesa con una toalla y negó con la cabeza.

El viejo se puso en pie, contó lentamente los platillos, sacó un monedero de cuero del bolsillo y pagó lo que había bebido, dejando media peseta de propina.

El camarero lo observó ir calle abajo, un hombre muy viejo que caminaba vacilante pero con dignidad.

—¿Por qué no le dejas que se quede a beber? —preguntó el camarero que no tenía prisa.

—Quiero ir a acostarme.

—¿Qué importa una hora?

—A mí me importa más que a él.

—Una hora no importa.

—Hablas como un viejo. Puede comprarse una botella y bebérsela en su casa.

—No es lo mismo.

—No, no lo es —asintió el camarero que tenía esposa. No quería ser injusto. Solo tenía prisa.

—¿Y tú? ¿No te da miedo llegar a casa antes de lo habitual?

—¿Me estás insultando?

—No, hombre, solo era una broma.

—No —dijo el camarero que tenía prisa, poniéndose en pie tras haber bajado las persianas metálicas—. Tengo confianza. Soy todo confianza.

—Tienes juventud, confianza, y un trabajo —dijo el camarero de más edad—. Lo tienes todo.

—Y a ti, ¿qué te falta?

—Todo menos el trabajo.

—Tienes todo lo que yo tengo.

—No. Nunca tuve confianza, y ya no soy joven.

—Venga. Deja de decir tonterías y cierra.

—Yo soy de los que les gusta quedarse hasta tarde en el café —dijo el camarero de más edad—. Con todos los que no quieren irse a la cama. Con todos los que necesitan una luz para pasar la noche.

—Quiero irme a casa y meterme en la cama.

—Nosotros somos distintos —dijo el camarero de más edad. Se había vestido para irse a casa—. No es solo una cuestión de juventud y confianza, aunque esas cosas son muy hermosas. Cada noche me resisto a cerrar porque puede que haya alguien que necesite este café.

—Hombre, hay bodegas que abren toda la noche.

—No lo entiendes. Este es un café limpio y agradable. Está bien iluminado. La luz es muy buena, y además, ahora están las sombras de las hojas.

—Buenas noches —dijo el camarero más joven.

—Buenas noches —dijo el otro. Apagó las luces y prosiguió la conversación consigo mismo. Es la luz, desde luego, pero es necesario que el lugar sea limpio y agradable. No quieres música. Claro que no quieres música. Ni tampoco puedes estar de pie dignamente delante de una barra aunque eso sea todo lo que se puede conseguir a estas horas. ¿Qué le daba miedo? No era miedo ni pavor. Era una nada que conocía demasiado bien. Todo era una nada y un hombre también era una nada. Era solo eso, y luz era todo lo que necesitaba, y un poco de orden y limpieza. Algunos vivían en ella y nunca la sentían pero él sabía que todo era nada y pues nada y nada y pues nada. Nada nuestra que estás en la nada, nada sea tu nombre, nada a nosotros tu reino y hágase tu nada así en la nada como en la nada. La nada nuestra de cada día dánosla hoy y nada nuestras nadas así como nosotros nada a nuestros nadas, no nos dejes nada en la nada mas líbranos de la nada; pues nada. Nada te salve nada llena eres de nada, la nada esté contigo. Sonrió y estaba de pie delante de una barra en la que había una reluciente cafetera exprés.

—¿Qué quieres beber? —preguntó el barman.

—Nada.

—Otro loco más —dijo el barman, y dio media vuelta.

—Una copita —dijo el camarero.

El barman se la sirvió.

—La luz es clara y agradable, pero la barra no está lustrosa —dijo el camarero.

El barman le lanzó una mirada pero no dijo nada. Era demasiado tarde para iniciar una conversación.

—¿Quiere otra copita? —preguntó el barman.

—No, gracias —dijo el camarero, y salió. Le desagradaban los bares y las bodegas. Un café limpio y bien iluminado era otra cosa. A continuación, sin pensárselo dos veces, se fue a la habitación donde vivía. Se echaría en la cama y por fin, al rayar el alba, se dormiría. Después de todo, se dijo, probablemente no es más que insomnio. Seguramente muchos lo padecen.

La luz del mundo

Cuando el camarero nos vio en la puerta levantó la mirada y enseguida tapó con el cristal los dos cuencos de tapas gratuitas que había en la barra.

—Ponme una cerveza —dije. La sirvió, quitó la espuma que sobresalía con la espátula y retuvo el vaso en la mano. Puse la moneda de cinco centavos encima de la barra y él me acercó la cerveza.

—¿Qué quieres? —le dijo a Tom.

—Cerveza.

Sirvió la cerveza, le pasó la espátula y cuando vio el dinero le acercó la cerveza a Tom.

—¿Pasa algo? —preguntó Tom.

El camarero no le contestó. Tan solo fijó la mirada sobre nuestras cabezas y dijo: «¿Qué le pongo?» a un cliente que acababa de entrar.

—*Whisky* —dijo el hombre. El camarero sacó la botella, un vaso y un vaso de agua.

Tom extendió el brazo y quitó la tapa de cristal del cuenco de tapas. Eran pies de cerdo en salsa, y había una cosa de madera que funcionaba como unas tijeras, con dos tenedores de madera en los extremos para coger la comida.

—No —dijo el camarero, y volvió a colocar la tapa de cristal. Tom se quedó con los tenedores tijera en la mano—. Déjalo donde estaba.

—Ya sabes dónde te lo puedes meter —dijo Tom.

El camarero metió la mano debajo de la barra sin dejar de mirarnos. Puse cincuenta centavos en la barra y se enderezó.

—¿Qué quieres? —dijo.

—Cerveza —dije, y antes de ponerme la cerveza quitó el cristal que cubría los dos cuencos.

—Tus malditos pies de cerdo apestan —dijo Tom, y escupió lo que tenía en la boca en el suelo. El camarero no dijo nada. El hombre que había pedido el *whisky* pagó y salió sin mirar atrás.

—Tú sí que apestas —dijo el camarero—. Todos los mangantes apestáis.

—Dice que somos unos mangantes —me dijo Tommy.

—Oye —dije—. Vámonos de aquí.

—Venga, mangantes, largo de aquí —dijo el camarero.

—Yo he dicho que nos vamos —dije—. No ha sido idea tuya.

—Volveremos —dijo Tommy.

—No, no volveréis —dijo el camarero.

—Dile que se equivoca, y mucho —dijo Tom volviéndose hacia mí.

—Vamos —dije.

Fuera estaba oscuro y se estaba bien.

—¿Qué apestoso lugar es este? —dijo Tommy.

—No lo sé —dije—. Vamos a la estación.

Habíamos llegado a ese pueblo por un extremo e íbamos a salir por el otro. Olía a cuero y a casca y a los grandes montones de serrín. Cuando llegamos oscurecía, y ahora estaba oscuro y hacía frío y los charcos de agua de la carretera se estaban helando en los bordes.

En la estación había cinco putas esperando a que llegara el tren, y seis hombres blancos y cuatro indios. Estaba abarrotada y llena de un humo estadizo, y hacía calor a causa de la estufa. Cuando entramos nadie hablaba y la ventanilla de despacho de billetes estaba cerrada.

—Cierra la puerta, ¿quieres? —dijo alguien.

Miré a ver quién había hablado. Era uno de los hombres blancos. Llevaba unos pantalones que le iban cortos, chanclos de leñador y una camisa de lana a cuadros como los demás, pero gorro no, y tenía la cara blanca y las manos blancas y finas.

—¿Es que no vas a cerrar?

—Claro —dije, y cerré.

—Gracias —dijo. Uno de los hombres que estaban con él soltó una risita.

—¿Alguna vez te has metido con un cocinero? —me dijo.

—No.

—Puedes meterte con este —dijo señalando al cocinero—. Le gusta.

El cocinero apartó la mirada de él apretando mucho los labios.

—Se pone zumo de limón en las manos —dijo el hombre—. No las metería en el agua de fregar por nada del mundo. Mira qué blancas las tiene.

Una de las putas se rio fuerte. Era la puta más enorme que había visto en mi vida, y la mujer más enorme. Y llevaba puesto uno de esos vestidos de seda que cambian de color. Había otras dos puta que eran casi igual de grandes, pero la grande debía de pesar ciento sesenta kilos. Cuando la mirabas no te podías creer que fuera real. Las tres llevaban vestidos de seda de esos que cambian de color. Estaban sentadas en el banco la una junto a la otra. Eran enormes. Las otras dos no eran más que putas de aspecto normal, con el pelo rubio oxigenado.

—Mírale las manos —dijo el hombre, y con la cabeza señaló al cocinero. La puta volvió a reír y se estremeció de pies a cabeza.

El cocinero se volvió hacia ella y le dijo rápidamente:

—Eres una asquerosa montaña de carne.

Ella siguió riéndose y estremeciéndose.

—Oh, Dios mío —dijo la puta. Tenía una bonita voz—. Oh, mi buen Dios.

A las otras dos putas, las grandes, se las veía muy tranquilas y plácidas como si fueran un poco tontas, pero eran grandes, casi tan grandes como la más grande. Las dos debían de pesar casi ciento veinte kilos. Las otras dos estaban muy circunspectas.

Entre los hombres, aparte del cocinero y del que había hablado, había dos leñadores más, uno que escuchaba, interesado pero vergonzoso, otro que parecía a punto de decir algo, y los dos suecos. Había dos indios sentados en el extremo del banco y uno de pie apoyado en la pared.

El hombre que estaba a punto de decir algo me habló en voz baja:

—Debe de ser como subirse a una pila de heno.

Me reí y se lo conté a Tommy.

—Juro por Dios que nunca había estado en un lugar como este —dijo—. Mira qué trío.

Entonces habló el cocinero:

—¿Qué edad tenéis, muchachos?

—Yo tengo noventa y seis y él sesenta y nueve —dijo Tommy.

—¡Ja, ja, ja! —La puta grande se estremecía de la risa. Tenía una voz realmente bonita. Las otras putas ni sonreían.

—Oh, ¿es que no puedes ser educado? —dijo el cocinero—. Solo lo preguntaba para ser amable.

—Tenemos diecisiete y diecinueve —dije.

—¿Qué pasa contigo? —dijo Tommy volviéndose hacia mí.

—Eso está mejor.

—Podéis llamarme Alice —dijo la puta grande, y comenzó a estremecerse de nuevo.

—¿Es tu nombre? —preguntó Tommy.

—Claro —dijo—. Alice, ¿no? —Se volvió hacia el hombre que estaba sentado junto al cocinero.

—Alice. Eso es.

—Es la clase de nombre que te pondrías —dijo el cocinero.

—Es mi verdadero nombre —dijo Alice.

—¿Cómo se llaman las otras chicas? —preguntó Tom.

—Hazel y Ethel —dijo Alice. Hazel y Ethel sonrieron. No parecían unas lumbreras.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté a una de las rubias.

—Frances —dijo.

—¿Frances qué?

—Frances Wilson. ¿Y a ti qué más te da?

—¿Cómo te llamas tú? —le pregunté a la otra.

—Oh, no seas fresco —dijo.

—Solo quiere que seamos todos amigos —dijo el hombre que había hablado—. ¿No queréis que seamos amigos?

—No —dijo una de las rubias oxigenadas—. De ti no.

—Es un volcán —dijo el hombre—. Un auténtico volcán.

La rubia miró a la otra y negó con la cabeza.

—Malditos paletos —dijo.

Alice comenzó a reír otra vez y a estremecerse.

—No hay nada gracioso —dijo el cocinero—. Todas os reís, pero no hay nada gracioso. Muchachos, ¿adónde vais?

—¿Adónde vas tú? —le preguntó Tom.

—Quiero ir a Cadillac —dijo el cocinero—. ¿Habéis estado? Mi hermana vive allí.

—Él también tiene una hermana —dijo el hombre de los pantalones que le quedaban cortos.

—¿Puedes dejarlo ya? —preguntó el cocinero—. ¿No podemos hablar con educación?

—De Cadillac son Steve Ketchel y Ad Wolgast —dijo el hombre tímido.

—Steve Ketchel —dijo con voz de pito una de las rubias, como si el nombre le despertara algún recuerdo—. Su propio padre lo mató de un tiro. Sí, Dios mío, su propio padre. Ya no quedan hombres como Steve Ketchel.

—¿No se llamaba Stanley Ketchel? —preguntó el cocinero.

—Oh, cállate —dijo la rubia—. ¿Qué sabrás tú de Steve? Stanley. No, no era Stanley. Steve Ketchel fue el hombre más bueno y guapo que ha vivido sobre la tierra. Nunca vi un hombre tan limpio ni tan honesto ni tan guapo como Steve Ketchel. Nunca ha habido un hombre así. Se movía como un tigre y era el hombre más bueno y generoso que ha vivido sobre la tierra.

—¿Lo conociste? —preguntó uno de los hombres.

—¿Que si le conocí? ¿Que si le conocí? ¿Que si lo amé? ¿Eso me preguntas? Le conocí como tú nunca conocerás a nadie en este mundo y le

amé igual que tú amas a Dios. Era el hombre más estupendo, más bueno, más honesto, más guapo que ha vivido sobre la tierra, Steve Ketchel, y su propio padre lo mató como a un perro.

—¿Estuviste en la costa con él?

—No. Le conocí antes de eso. Fue el único hombre al que he amado.

Todo el mundo era muy respetuoso con la rubia oxigenada, que decía todo eso en una voz de pito muy teatral, pero Alice comenzaba a estremecerse otra vez. Lo noté porque estaba sentado a su lado.

—Deberías haberte casado con él —dijo el cocinero.

—Le habría perjudicado profesionalmente —dijo la rubia oxigenada—. Habría sido una rémora para él. Lo que necesitaba no era una esposa. Dios mío, menudo hombre era.

—Esa es una buena manera de verlo —dijo el cocinero—. ¿No le noqueó Jack Johnson?

—Eso fue trampa —dijo la rubia oxigenada—. Ese negrazo lo pilló por sorpresa. Acababa de tumbar a Jack Johnson, ese negro cabrón. El negro le ganó de chiripa.

Se abrió la ventanilla del despacho de billetes y los tres indios se acercaron.

—Steve lo tumbó —dijo la oxigenada—. Se volvió hacia mí y me sonrió.

—Creí que dijiste que no habías ido a la costa —dijo alguien.

—Fui para esa pelea. Steve se volvió hacia mí y me sonrió y ese negro hijo de puta del infierno dio un salto y le pegó por sorpresa. Steve podía darles una paliza a cien como ese cabrón.

—Era un gran boxeador —dijo el leñador.

—Por Dios si lo era —dijo la oxigenada—. Por Dios que ahora ya no hay boxeadores como él. Era un Dios, ya lo creo. Tan honesto y limpio y guapo y tan elegante y tan rápido como un tigre o como un trueno.

—Lo vi en la película de la pelea —dijo Tom. Todos estábamos muy conmovidos. Alice se estremecía de pies a cabeza y la miré y vi que estaba llorando. Los indios habían salido al andén.

—Para mí significaba más de lo que habría significado cualquier marido —dijo la oxigenada—. Estuvimos casados a los ojos de Dios y le pertenezco ahora y siempre le perteneceré y todo mi ser es suyo. No me importa mi cuerpo. Se lo pueden llevar. Mi alma pertenece a Steve Ketchel. Dios, menudo hombre era.

Todo el mundo se sentía fatal. Era algo triste y embarazoso. Entonces Alice, que seguía estremeciéndose, habló:

—Eres una maldita mentirosa —dijo con aquella voz grave—. Nunca te follaste a Steve Ketchel en tu vida y lo sabes.

—¿Cómo puedes decir eso? —dijo orgullosa la oxigenada.

—Lo digo porque es cierto —dijo Alice—. De los que estamos aquí soy la única que conoció a Steve Ketchel, y soy de Mancelona y le conocí y es cierto y tú sabes que es cierto y que Dios me fulmine aquí mismo si no es verdad.

—Que me fulmine a mí también —dijo la oxigenada.

—Es verdad, verdad, verdad, y tú lo sabes. No me lo invento y sé exactamente lo que me dijo.

—¿Y qué te dijo? —preguntó la oxigenada, con suficiencia.

Alice estaba llorando, y apenas podía hablar de lo mucho que se estremecía.

—Me dijo: «Eres un bombón, Alice». Eso es lo que me dijo.

—Eso es mentira —dijo la oxigenada.

—Es verdad —dijo Alice—. Eso es lo que me dijo de verdad.

—Es mentira —dijo orgullosa la oxigenada.

—No, es verdad, verdad, verdad, lo juro por Jesús y María.

—Steve no pudo haber dicho eso. No era su manera de hablar —dijo la oxigenada muy satisfecha.

—Es verdad —dijo Alice con su bonita voz—. Y tanto da que lo creas como que no. —Ya no lloraba, y estaba serena.

—Es imposible que Steve dijera eso —afirmó la oxigenada.

—Lo dijo —exclamó Alice, y sonrió—. Y recuerdo que cuando lo dijo yo sí que era un bombón, y ahora sigo siendo más bombón que tú, vieja botella de agua caliente reseca.

—A mí no puedes insultarme —dijo la oxigenada—. Montaña de pus. Tengo mis recuerdos.

—No —dijo Alice con su dulce y preciosa voz—, tú no tienes ningún recuerdo auténtico, excepto cuando te quitaron las trompas y empezaste a tomar morfina y cocaína. Todo lo demás lo has leído en los periódicos. Yo estoy limpia y tú lo sabes y gusto a los hombres, aunque sea grande, y lo sabes, y nunca he dicho una mentira y lo sabes.

—Déjame con mis recuerdos —dijo la oxigenada—. Con mis recuerdos auténticos y maravillosos.

Alice se la quedó mirando, y luego a nosotros, y su cara perdió esa expresión afligida y sonrió y su cara fue la más hermosa que yo había visto nunca. Tenía una cara hermosa y la piel tersa y hermosa y una voz preciosa y

era muy simpática y realmente afable. Pero Dios mío, qué grande era. Era grande como tres mujeres. Tom vio que la miraba y me dijo:

—Venga. Vámonos.

—Adiós —dijo Alice. Desde luego, tenía una hermosa voz.

—Adiós —dije.

—¿En qué dirección vais, muchachos? —preguntó el cocinero.

—En la contraria a la tuya —le dijo Tom.

Dios les conserve la alegría, caballeros

En aquellos días las distancias eran muy diferentes, el viento levantaba la tierra de las colinas que ahora son terreno llano, y Kansas City se parecía mucho a Constantinopla. Es posible que no os lo creáis. Nadie se lo cree; pero es cierto. Aquella tarde nevaba, y en el interior del escaparate de una tienda de coches, iluminado en medio del precoz crepúsculo, había un coche de carreras totalmente plateado con las letras Dans Argent en la capota. Yo creía que eso significaba el baile de la plata o el bailarín de la plata, y, un tanto desconcertado por su sentido, pero feliz al ver el coche y satisfecho por comprender un idioma extranjero, seguí andando por la calle nevada. Venía del salón de los Hermanos Woolf, donde en Navidad y el día de Acción de Gracias se servía una cena gratis a base de pavo, y me dirigía al hospital municipal, que estaba en lo alto de una elevada colina y desde el que se dominaba el humo, los edificios y las calles de la ciudad. En la recepción del hospital estaban los dos médicos del servicio de ambulancia, Doc Fisher y el doctor Wilcox, sentados, uno delante de un escritorio y el otro en una silla junto a la pared.

Doc Fisher era un tipo alto de pelo pajizo y boca fina, ojos divertidos y manos de tahúr. El doctor Wilcox era bajito, de pelo negro y llevaba un libro con índice, *La guía y amigo del médico joven*, el cual, al ser consultado sobre cualquier tema, te decía los síntomas y el tratamiento. También había un índice cruzado, de manera que al consultar los síntomas te indicaba también el diagnóstico. Doc Fisher había sugerido que en sucesivas ediciones se añadiera otro índice de referencias cruzadas, de manera que si se consultaban los tratamientos, se revelaran las dolencias y los síntomas. «Para refrescar la memoria», decía.

El doctor Wilcox se mostraba muy quisquilloso con el libro, pero no podía prescindir de él. Estaba encuadernado en cuero blando y le cabía en el bolsillo de la bata; lo había comprado siguiendo el consejo de uno de sus profesores, que le había dicho: «Wilcox, usted no tiene ningún futuro como médico, y he hecho todo lo que estaba en mi poder para impedir que le dieran el título. Ya

que es usted un nuevo miembro de esta distinguida profesión le aconsejo, en el nombre de la humanidad, que se haga con un ejemplar de *La guía y amigo del médico joven*, y lo utilice, doctor Wilcox. Aprenda a utilizarlo».

El doctor Wilcox no le contestó, pero ese mismo día se compró la guía encuadernada en piel.

—Vaya, Horace —dijo Doc Fisher cuando entré en la recepción, que olía a cigarrillos, yodoformo, ácido fénico y radiador sobrecalentado.

—Caballeros —dije.

—¿Qué se cuenta en la ciudad? —preguntó Doc Fisher. Afectó cierta extravagancia en el habla que me pareció el colmo de la elegancia.

—El pavo gratis del Woolf —contesté.

—¿Compartiste los manjares?

—Copiosamente.

—¿Había presentes muchos cofrades tuyos?

—Todos. Todo el personal.

—¿Mucho espíritu navideño jovial?

—No mucho.

—El doctor Wilcox, aquí presente, también ha compartido un poco —dijo Doc Fisher. El doctor Wilcox levantó la vista y lo miró, y luego a mí.

—¿Quieres un trago? —preguntó.

—No, gracias —dije.

—Eso está bien —dijo el doctor Wilcox.

—Horace —dijo Doc Fisher—, no te importa que te llame Horace, ¿verdad?

—No.

—El bueno de Horace. Tenemos un caso en extremo interesante.

—Ya lo creo —dijo el doctor Wilcox.

—¿Te acuerdas del tipo que estuvo aquí ayer?

—¿Cuál?

—El que buscaba la muceta de eunuco.

—Sí. —Yo estaba presente cuando entró. Era un muchacho de unos dieciséis años. Entró sin sombrero, muy alterado y asustado, pero decidido. Tenía el pelo rizado y los labios prominentes, y era fornido.

—¿Qué te pasa, hijo? —le había preguntado el doctor Wilcox.

—Quiero que me castren —dijo el muchacho.

—¿Por qué? —preguntó Doc Fisher.

—He rezado y he hecho de todo pero nada me ayuda.

—Te ayuda ¿a qué?

—A mantener a raya esa terrible lujuria.

—¿Qué terrible lujuria?

—La que siento. La que no puedo dejar de sentir. Rezo toda la noche.

—Dinos qué te ocurre —preguntó Doc Fisher.

El muchacho se lo contó.

—Escucha, muchacho —le dijo Doc Fisher—. No te pasa nada malo. Eso es lo que se supone que debes sentir. No pasa nada.

—No está bien —dijo el muchacho—. Es un pecado contra la pureza. Es un pecado contra nuestro Señor y Salvador.

—No —dijo Doc Fisher—. Es algo natural. Es como se supone que has de ser, y más adelante te considerarás muy afortunado.

—Oh, no lo entiende —dijo el muchacho.

—Escucha —dijo Doc Fisher, y le dijo algunas cosas al muchacho.

—No. No quiero escucharle. No puede obligarme a escucharle.

—Por favor, escúchame —dijo Doc Fisher.

—No eres más que un maldito necio —le dijo al muchacho el doctor Wilcox.

—Entonces, ¿no piensa hacerlo?

—¿Hacer el qué?

—Castrarme.

—Escucha —dijo el doctor Fisher—. Nadie va a castrarte. A tu cuerpo no le pasa nada. Tienes un cuerpo sano y no debes pensar en ello. Si eres religioso recuerda que de lo que te quejas no es un estado pecaminoso sino un medio de consumar un sacramento.

—No puedo impedir que ocurra —dijo el muchacho—. Me paso la noche rezando y también rezo de día. Es un pecado, es un pecado constante contra la pureza.

—Venga, ve y… —dijo el doctor Wilcox.

—Cuando me habla así no le escucho —le dijo el muchacho con dignidad al doctor Wilcox—. ¿Quiere hacerlo, por favor? —le pidió a Doc Fisher.

—No —dijo Doc Fisher—. Ya te lo he dicho, muchacho.

—Sácalo de aquí —dijo el doctor Wilcox.

—Me iré —dijo el muchacho—. No me toque. Me iré.

Eso había sido a eso de las cinco del día anterior.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—A eso de la una de la mañana —dijo Doc Fisher—, hemos ingresado al joven. Se había mutilado con una navaja de afeitar.

—¿Castrado?

—No —dijo Doc Fisher—. No sabía lo que significaba castrar.

—Podría morir —dijo el doctor Wilcox.

—¿Por qué?

—Ha perdido mucha sangre.

—Este magnífico médico aquí presente, el doctor Wilcox, estaba de guardia, y fue incapaz de encontrar esa emergencia en su libro.

—¿Por qué demonios cuentas eso? —dijo el doctor Wilcox.

—He intentado expresarlo de la manera más afable posible, doctor —dijo Doc Fisher mirándose las manos, unas manos que, siendo él alguien siempre dispuesto a hacer un favor y muy poco respetuoso con las leyes federales, le habían metido en líos—. Horace, aquí presente, es testigo de que solo me pronuncio en el tono más afable posible. Lo que el joven llevó a cabo fue una amputación, Horace.

—Bueno, pues me gustaría que no te metieras conmigo por eso —dijo el doctor Wilcox—. No hay ninguna necesidad de meterse conmigo.

—¿Meterme contigo, doctor, en el mismísimo aniversario del cumpleaños de nuestro Salvador?

—¿Nuestro Salvador? ¿No eres judío? —dijo el doctor Wilcox.

—Lo soy. Lo soy. Es que siempre se me olvida. Nunca le he concedido la debida importancia. Tienes razón. Tu Salvador, sin duda, tu Salvador… y cómo lo engatusaron el Domingo de Ramos.

—Qué listo eres —dijo el doctor Wilcox.

—Un excelente diagnóstico, doctor. Siempre he sido demasiado listo. Desde luego en la costa me pasé de listo. Evítalo, Horace. No tienes mucha tendencia, pero a veces veo un atisbo. Menudo diagnóstico… y sin libro.

—Al diablo contigo —dijo el doctor Wilcox.

—Todo a su debido tiempo, doctor —dijo Doc Fisher—. Todo a su debido tiempo. Si tal lugar existe, sin duda lo visitaré. Incluso ya he tenido algún vislumbre de él. La verdad es que poca cosa, un visto y no visto. Casi enseguida aparté la mirada. ¿Y sabes lo que dijo ese joven, Horace, cuando este magnífico médico que tenemos aquí lo ingresó? Dijo: «Le pedí que me lo hiciera. Le pedí muchas veces que me lo hiciera».

—Y encima en Navidad —dijo el doctor Wilcox.

—Que sea un día concreto no es importante —dijo Doc Fisher.

—Puede que no para ti —dijo el doctor Wilcox.

—¿Le ha oído, Horace? —dijo Doc Fisher—. ¿Le ha oído? Tras haber descubierto mi punto vulnerable, mi tendón de Aquiles, por así decir, el doctor quiere aprovecharse.

—Eres demasiado listo —dijo el doctor Wilcox.

Un cambio radical

—Muy bien —dijo el hombre—. ¿Qué me dices?

—No —dijo la chica—. No puedo.

—Más bien no quieres.

—No puedo —dijo la chica—. Eso es todo.

—Lo que significa que no quieres.

—Muy bien —dijo la chica—. Como quieras.

—Nada de como quieras. Ojalá fuera como yo quiero.

—Durante mucho tiempo lo ha sido —dijo la chica.

Era temprano, y en el café no había más que el camarero y estas dos personas sentadas a una mesa del rincón. Era final de verano y los dos estaban bronceados, así que en París parecían fuera de lugar. La chica llevaba un vestido de *tweed*, tenía la piel lisa, dorada del sol, el cabello era rubio y lo llevaba corto, y le crecía dejándole una frente ancha y bonita. El hombre la miró.

—La mataré —dijo.

—Por favor, no —dijo la chica. Tenía unas manos muy delicadas y el hombre las miró. Eran delgadas, bronceadas y muy hermosas.

—La mataré. Te juro por Dios que la mataré.

—Eso no te haría feliz.

—¿Es que no te podías haber metido en otra cosa? ¿No podías haberte metido en algún otro lío?

—Parece que no —dijo la chica—. ¿Qué piensas hacer?

—Ya te lo he dicho.

—No; hablo en serio.

—No lo sé —dijo él.

Ella lo miró y le acercó la mano.

—Pobre Phil —dijo. Él miró las manos de la chica, pero no las tocó.

—No, gracias —dijo él.

—¿Serviría de algo decir que lo siento?

—No.

—Ni contarte cómo fue.

—Preferiría no oírlo.

—Te quiero mucho.

—Sí, esto lo demuestra.

—Siento que no me entiendas —dijo ella.

—Lo entiendo. Ese es el problema. Que lo entiendo.

—Lo entiendes —dijo ella—. Y eso, claro, hace que sea aún peor.

—Desde luego —dijo él, mirándola—. Lo entenderé siempre. Día y noche. Sobre todo por la noche. Lo entenderé. No tienes que preocuparte por eso.

—Lo siento —dijo ella.

—Si hubiera sido un hombre…

—No digas eso. No habría podido ser un hombre. Lo sabes. ¿No confías en mí?

—Eso sí que es gracioso —dijo él—. Confiar en ti. Eso sí que es gracioso.

—Lo siento —dijo ella—. Parece que no diga otra cosa. Pero si nos comprendemos mutuamente, de nada sirve fingir lo contrario.

—No —dijo él—. Supongo que no.

—Volveré si quieres.

—No. No quiero.

Estuvieron un rato sin decir nada.

—Cuando te digo que te quiero no me crees, ¿verdad? —preguntó la muchacha.

—No digamos chorradas —dijo el hombre.

—¿De verdad no crees que te quiero?

—¿Por qué no lo demuestras?

—Antes no eras así. Nunca me pediste que te demostrara nada. No es muy amable de tu parte.

—Eres una chica divertida.

—Pues tú no eres nada divertido. Eres un buen hombre y me rompe el corazón irme y dejarte…

—Pero claro, tienes que hacerlo.

—Sí —dijo ella—. Tengo que hacerlo y lo sabes.

Él no dijo nada y ella lo miró y volvió a acercarle la mano. El camarero se encontraba en la otra punta del bar. Tenía la cara blanca, y la chaqueta también. Conocía a esos dos y los consideraba una pareja joven y guapa. Había visto romper a muchas parejas jóvenes y guapas y formarse nuevas parejas que no seguían siendo guapas durante mucho tiempo. El camarero no pensaba en eso, sino en un caballo. Dentro de media hora podría enviar a alguien al otro lado de la calle para averiguar si el caballo había ganado.

—¿No podrías ser bueno y dejarme marchar? —preguntó la chica.

—¿Qué crees que voy a hacer?

Dos personas entraron por la puerta y se sentaron a la barra.

—Sí, señor. —El camarero anotó los pedidos.

—¿Es que no puedes perdonarme, cuando sepas cómo fue? —preguntó la chica.

—No.

—¿No crees que todo lo que hemos compartido y hecho juntos debería hacerte más comprensivo?

—«El vicio es un monstruo de terrible semblante» —dijo amargamente el joven— que para ser una cosa u otra necesita ser visto. Entonces no sé qué, no sé cuántos, y luego lo abrazamos. —Ya no se acordaba de las palabras—. Soy incapaz de acabar una cita —dijo.

—No digamos vicio —dijo ella—. No es una palabra muy amable.

—Perversión.

—James —dijo uno de los clientes dirigiéndose al camarero—, tienes muy buen aspecto.

—Usted también tiene muy buen aspecto —dijo el camarero.

—El viejo James —dijo el otro cliente—. Estás más gordo, James.

—Es terrible —dijo el camarero— lo rápido que aumento de peso.

—Que no se te olvide añadir el coñac, James —dijo el primer cliente.

—No, señor —dijo el camarero—. Confíe en mí.

Los dos hombres que estaban en la barra echaron un vistazo a la pareja que estaba en la mesa, a continuación volvieron a mirar al camarero. La dirección cómoda era mirar hacia el camarero.

—Preferiría que no utilizaras esas palabras —dijo la chica—. No hay necesidad de pronunciar una palabra así.

—¿Cómo quieres que lo llame?

—No tienes por qué llamarlo de ninguna manera. No tienes por qué ponerle ningún nombre.

—Ese es el nombre que tiene.

—No —dijo ella—. Estamos hechos de muchas cosas distintas. Ya lo sabes. Tú mismo lo has dicho muchas veces.

—No tienes por qué volver a repetirlo.

—Porque eso hace que lo entiendas.

—Está bien —dijo él—. Está bien.

—Está mal, es lo que quieres decir. Lo sé. Todo está mal. Pero volveré. Te he dicho que volvería. No tardaré en volver.

—No, no volverás.

—Volveré.

—No, no volverás. Conmigo no.

—Ya lo verás.

—Sí —dijo él—. Eso es lo peor de todo. Que probablemente lo harás.

—Claro que lo haré.

—Adelante, pues.

—¿De verdad? —La chica no se lo podía creer, pero parecía feliz.

—Adelante. —A él su propia voz le sonó extraña. La estaba mirando, la manera en que movía la boca y la curva de los pómulos, sus ojos y la manera en que el pelo le crecía lejos de la frente y al borde de las orejas y en el cuello.

—No. Oh, eres demasiado bueno —dijo ella—. Eres demasiado bueno conmigo.

—Y cuando vuelvas me lo cuentas todo. —La voz de él sonaba muy rara. Él mismo no la reconocía. Ella lo miró rápidamente. Él estaba tomando una decisión.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó ella en tono serio.

—Sí —dijo él en tono serio—. Ahora mismo. —Su voz no era la misma, y tenía la boca muy seca—. Inmediatamente —dijo.

Ella se puso en pie y se alejó deprisa. No volvió la vista atrás. Él la observó marcharse. No tenía el mismo aspecto que antes de decirle que se fuera. El joven se levantó de la mesa, recogió los dos tíquets y se dirigió a la barra.

—Soy un hombre distinto, James —le dijo al camarero—. Estás viendo en mí a un hombre distinto.

—¿Sí, señor? —dijo James.

—El vicio —dijo el joven bronceado— es una cosa muy extraña, James. —Miró hacia la puerta. La vio bajar la calle. Cuando se miró en el espejo, vio a un hombre de aspecto realmente cambiado. Los otros dos que estaban en la barra se movieron para hacerle sitio.

—Tiene razón, señor —dijo James.

Los otros dos se apartaron un poco más, para que estuviera cómodo. El joven se vio en el espejo que había detrás de la barra.

—Te dije que era un hombre distinto, James —dijo. Al mirarse al espejo, vio que era totalmente cierto.

—Tiene muy buen aspecto, señor —dijo James—. Debe de haber pasado muy buen verano.

Tal como nunca serás

La ofensiva se había llevado a cabo a través de aquel campo, con el apoyo de fuego de ametralladora procedente de la carretera, que quedaba a un nivel más bajo, y del grupo de granjas. No había encontrado resistencia en el pueblo y había alcanzado la ribera del río. Siguiendo la carretera en bicicleta, bajándose para empujar el vehículo cuando la superficie de la carretera estaba en demasiado mal estado, Nicholas Adams comprendió lo que había ocurrido por la posición de los muertos.

Yacían solos o en grupos en la alta hierba del campo y por la carretera, los bolsillos del revés, y sobre ellos revoloteaban moscas, y en torno a cada cadáver o grupo de cadáveres había papeles desperdigados.

Entre la hierba y los campos de cereal, junto a la carretera, y en algunos lugares al azar de la carretera, había mucho material: una cocina de campaña que debieron de llevar cuando las cosas iban bien; muchas mochilas forradas de piel de ternero, granadas de mano, cascos, fusiles, a veces con la culata hacia arriba, la bayoneta clavada en la tierra, habían cavado un poco al final; granadas de mano, cascos, fusiles, herramientas para cavar trincheras, cajas de munición, pistolas para lanzar bengalas, las bengalas esparcidas por el suelo, botiquines, máscaras antigás, latas de máscaras antigás vacías, una ametralladora achaparrada y en su trípode dentro de un nido de casquillos vacíos, cinturones llenos asomando de las cajas, el depósito de refrigeración vacío a cada lado, el bloque de la recámara había desaparecido, los que la habían disparado estaban en extrañas posiciones, y en torno a ellos, en la hierba, más papeles de esos típicos.

Había misales, postales de grupo en las que aparecía la unidad de ametralladora de pie formando con rubicunda alegría, igual que la foto del equipo de fútbol para el anuario de la universidad; ahora estaban encorvados e hinchados en la hierba; postales de propaganda que mostraban a un soldado vestido con el uniforme austríaco doblando hacia atrás a una mujer sobre una cama; las figuras estaban dibujadas en un estilo impresionista; representadas de manera muy atractiva y sin nada que ver con una violación real, en la que a las mujeres les ponían la falda sobre la cabeza para asfixiarlas, mientras uno de los camaradas, a veces, se sentaba sobre la cabeza. Había muchas postales

provocativas como esa, que, evidentemente, se habían distribuido antes de la ofensiva. Ahora estaban esparcidas con las postales obscenas, fotográficas; las pequeñas fotos de chicas de pueblo hechas por fotógrafos de pueblo, las esporádicas fotos de niños, y las cartas, las cartas, las cartas. Siempre había muchos papeles rodeando a los muertos, y los restos dejados por ese ataque no eran una excepción.

Esos eran muertos recientes, y de momento tan solo se habían conformado con vaciarles los bolsillos. Nick observó que nuestros propios muertos, o lo que él aún consideraba nuestros propios muertos, eran sorprendentemente pocos. También tenían las guerreras abiertas y los bolsillos del revés, y por su posición mostraban el estilo y la técnica del ataque. El clima cálido los había hinchado por igual fuera cual fuese su nacionalidad.

Era evidente que el pueblo había sido defendido, al final, desde la línea de la carretera, que quedaba a un nivel más bajo, y que pocos o ningún austríaco habían abandonado la posición. Solo había tres cadáveres en la calle, y parecía que los habían matado mientras corrían. Las casas del pueblo estaban destrozadas por los proyectiles, y en las calles había muchos escombros de enlucido y mortero, y vigas rotas, azulejos rotos, y muchos agujeros, algunos amarillentos en el borde a causa del gas mostaza. Había muchos fragmentos de obús y bolas de metralla desperdigados entre los escombros. En todo el pueblo no se veía a nadie.

Nick Adams no había visto a nadie desde que se saliera de Fornaci, aunque mientras cruzaba en su bicicleta el paisaje de follaje superabundante había visto armas escondidas bajo pantallas de hojas de morera a la izquierda de la carretera, distinguiéndolas gracias a las ondas de calor que se producían en el aire por encima de las hojas allí donde el sol se reflejaba en el metal. Ahora cruzaba el pueblo, sorprendido de encontrarlo desierto, y llegó a la carretera que quedaba por debajo de la ribera del río. Al salir del pueblo había un espacio abierto en el que la carretera descendía, y pudo ver el plácido trecho de río y la curva de la ribera opuesta, y el barro blanco y recocido por el sol donde habían cavado los austríacos. La vegetación era exuberante y verdísima, igual que la última vez que la viera, y haberse convertido en un lugar de importancia histórica no lo había transformado.

El batallón estaba en la orilla izquierda del río. Había una serie de hoyos en lo alto de la orilla con hombres en su interior. Nick se fijó en dónde estaban apostadas las ametralladoras y los soportes de los cohetes de señales. Los hombres en los agujeros de la orilla dormían. Nadie le dio el alto. Siguió andando, y al doblar una curva en la orilla lodosa un alférez con barba de

pocos días y los ojos ribeteados de rojo e inyectados en sangre le apuntó con una pistola.

—¿Quién eres?

Nick se lo dijo.

—¿Cómo sé que es verdad?

Nick le enseñó la tésera con la fotografía, la identificación y el sello del tercer ejército. El alférez lo cogió.

—Me lo quedaré.

—No te lo quedarás —dijo Nick—. Devuélveme la identificación y aparta esa pistola. Métela aquí. En la funda.

—¿Cómo sé quién eres?

—La tésera te lo dice.

—¿Y si la tésera es falsa? Dame esa identificación.

—No seas imbécil —dijo Nick alegremente—. Llévame hasta el comandante de tu compañía.

—Debería mandarte al cuartel general del batallón.

—Vale —dijo Nick—. Escucha, ¿conoces al capitán Paravicini? ¿Uno alto con un bigotillo que es arquitecto y habla inglés?

—¿Lo conoces?

—Un poco.

—¿Qué compañía está bajo su mando?

—La segunda.

—Está al mando del batallón.

—Bien —dijo Nick. Le aliviaba saber que Para se encontraba bien—. Vamos al batallón.

Mientras Nick se alejaba del pueblo, tres bombas de metralla habían estallado en el cielo, a la derecha, encima de una de las casas en ruinas, y desde entonces los bombardeos habían parado. Pero la cara de ese alférez era la de alguien que estaba sometido a un bombardeo. Tenía la misma tensión, y la voz no sonaba natural. Su pistola ponía nervioso a Nick.

—Aparta eso —dijo Nick—. Entre ellos y tú hay todo un río.

—Si pensara que eres un espía te dispararía ahora mismo —dijo el alférez.

—Vamos —dijo Nick—. Volvamos al batallón. —Aquel oficial le estaba poniendo muy nervioso.

El capitán Paravicini, que hacía de comandante, más delgado y con más aspecto de inglés que nunca, se levantó cuando Nick le saludó. Estaba detrás de una mesa en el refugio subterráneo que hacía de cuartel general del batallón.

—Hola —dijo—. No te había reconocido. ¿Qué haces con este uniforme?

—Me han enfundado en él.

—Me alegro mucho de verte, Nicolo.

—Y yo. Tiene buen aspecto. ¿Cómo ha ido el espectáculo?

—Hemos montado una buena ofensiva. Ya lo creo. Un ataque de primera. Te lo enseñaré. Mira.

Le enseñó sobre el mapa cómo había ido el ataque.

—Vengo de Fornaci —dijo Nick—. Pude ver cómo había ido la cosa. Estuvo muy bien.

—Fue extraordinario. Totalmente extraordinario. ¿Estás asignado a este regimiento?

—No. Se supone que tengo que ir por ahí y dejar que vean el uniforme.

—Qué raro.

—Se supone que si ven un uniforme americano pensarán que van a venir más.

—¿Y cómo sabrán que es un uniforme americano?

—Usted se lo dirá.

—Oh. Sí, ya veo. Te mandaré un cabo para que te enseñe el lugar, así podrás recorrer las líneas.

—Como un maldito político —dijo Nick.

—Quedarías mucho más distinguido en ropa de paisano. Eso es lo que da auténtica distinción.

—Con un sombrero de fieltro.

—O con una chistera muy peluda.

—Debería llevar los bolsillos llenos de cigarrillos y postales y cosas así —dijo Nick—. Debería traer una mochila llena de chocolatinas, que debería distribuir con palabras amables y un golpecito en la espalda. Pero no había cigarrillos ni postales ni chocolate. De todos modos nos dijeron que nos diéramos una vuelta.

—Estoy seguro de que tu aparición levantará la moral de las tropas.

—Ojalá no estuviera tan seguro —dijo Nick—. Lo cierto es que todo esto me hace sentir muy mal. En principio, debería haberle traído una botella de coñac.

—En principio —dijo Para, y sonrió por primera vez, enseñando los dientes—. Qué bonita expresión. ¿Quieres un poco de grapa?

—No, gracias —dijo Nick.

—No contiene éter.

—Todavía tengo ese sabor en la boca —recordó Nick de repente y del todo.

—Sabes que yo no sabía que estabas borracho hasta que te pusiste a hablar mientras volvíamos en los camiones.

—Yo apestaba en cada ataque —dijo Nick.

—Yo soy incapaz —dijo Para—. Lo hice en el primer ataque, el primero de todos, y solo conseguí ponerme nervioso y que luego me entrara una sed terrible.

—Usted no lo necesita.

—En un ataque tú eres mucho más valiente que yo.

—No —dijo Nick—. Sé cómo soy y prefiero apestar. No me da vergüenza.

—Nunca te he visto borracho.

—¿No? —dijo Nick—. ¿Nunca? ¿Ni aquella noche que fuimos de Mestre a Portogrande y yo quería irme a dormir y utilizar la bicicleta de manta y la estiraba hasta ponérmela debajo de la barbilla?

—Eso no era en el frente.

—No hablemos más de cómo soy —dijo Nick—. Sé demasiado del tema para querer pensar más en él.

—Podrías quedarte aquí un rato —dijo Paravicini—. Échate una siesta si quieres. Aquí el bombardeo no ha hecho gran cosa. Todavía hace demasiado calor para salir.

—Supongo que no hay prisa.

—¿Cómo te encuentras, de verdad?

—Estoy bien. Me encuentro perfectamente.

—No. Hablo en serio.

—Me encuentro bien. No puedo dormir si no hay alguna luz encendida. Es todo lo que me pasa ahora.

—Ya dije que deberían haberte trepanado. No soy médico, pero eso lo sé.

—Bueno, pensaron que era mejor que se absorbiera, y así me he quedado. ¿Qué pasa? No le parezco un loco, ¿verdad?

—Yo te veo de primera.

—Es un fastidio que te declaren chalado —dijo Nick—. Nadie vuelve a confiar en ti.

—Yo me echaría una siesta, Nicolo —dijo Paravicini—. Esto no es el cuartel general del batallón tal como nosotros lo conocíamos. Simplemente estamos esperando a que nos saquen de aquí. Con el calor que hace ahora, no deberías salir. Es una tontería. Échate en ese camastro.

—Podría echarme un rato —dijo Nick.

Nick se echó en el camastro. Le decepcionaba sentirse así, y le decepcionaba más aún que el capitán Paravicini se hubiera dado cuenta. No era un refugio subterráneo tan grande como aquel en el que ese pelotón del reemplazo de 1899, recién llegado al frente, sufrió un ataque de histeria durante el bombardeo anterior al ataque, y Para los obligó a salir de dos en dos para que vieran que no les pasaría nada, y eso que él se había tenido que poner la correa para la barbilla bien tensa encima de la boca para que no le temblaran los labios. Sabiendo que no podrían resistirlo cuando llegara la hora de la verdad. Sabiendo que todo era una bobada: si no puede dejar de gritar, rómpele la nariz y así tendrá otra cosa en que pensar. Yo le pegaría un tiro a uno pero ahora ya es demasiado tarde. Todos estarían peor. Rómpale la nariz. Ahora será a las cinco y veinte. Solo tenemos cuatro minutos más. Rómpale la nariz a ese otro maricón idiota y saque su estúpido culo de aquí a patadas. ¿Cree que saldrán? Si no salen, dispare a dos y saque a los demás como sea. Manténgase detrás de ellos, sargento. No sirve de nada ir delante y encontrarte con que detrás no llevas a nadie. Empújelos para que avancen. Menuda chorrada. Muy bien. Eso está bien. A continuación, mirando el reloj, en ese tono tranquilo, en ese inapreciable tono tranquilo: «Savoia». Actuando con frialdad, sin entender lo que había pasado, después del derrumbe se quedó sin habla, todo un extremo se había derrumbado; fue lo que los sobresaltó; actuando con frialdad mientras subían aquella loma la única vez que lo había hecho sin estar borracho. Y a su regreso la caseta del teleférico se quemó, al parecer, y algunos de los heridos bajaron cuatro días después y algunos no bajaron, pero nosotros subimos y regresamos y bajamos… nosotros siempre bajábamos. Y ahí estaba Gaby Delys, qué raro, vestida de plumas; me llamaste muñeca hace un año tarará dijiste que te encantaba conocerme tarará vestido de plumas, sin plumas, la gran Gaby, y mi nombre es Harry Pilcer, solíamos salir de los taxis por el lado de la calle cuando se hacía muy pesado subir la colina y él podía ver esa colina cada noche cuando soñaba con el Sacré Coeur, hinchado y blanco como una pompa de jabón. A veces su chica estaba allí y a veces ella estaba con otro y él no podía entenderlo, pero en aquellas noches el río discurría mucho más ancho y tranquilo de lo que debería, y delante de Fossalta había una casa baja pintada de amarillo con sauces alrededor y un establo bajo y un canal, y él había estado allí mil veces y nunca la había visto, pero ahí estaba cada noche tan obvia como la colina, solo que le asustaba. La casa significaba más para él que ninguna otra cosa, y cada noche allí estaba. Eso era todo lo que necesitaba pero le daba miedo,

sobre todo cuando el bote estaba allí inmóvil entre los sauces del canal, pero las orillas no eran como las de este río. Era todo más bajo, como en Portogrande, donde los habían visto venir caminando pesadamente entre el suelo inundado manteniendo los fusiles en alto hasta que caían con ellos al agua. ¿Quién había ordenado aquello? Si todo eso no fuera tan endemoniadamente confuso podría seguirlo. Por eso se fijó en todo con tanto detalle, para almacenarlo ordenadamente en la memoria y saber dónde había estado, pero de repente todo se hacía confuso sin razón alguna, como ahora, echado en un camastro del cuartel general, con Para al frente de un batallón y él con el maldito uniforme americano. Se incorporó y miró a su alrededor; todos le observaban. Para había salido. Volvió a echarse.

La parte de París vino antes y no le dio miedo excepto cuando ella se iba con otro y el miedo a que cogieran el mismo taxista dos veces. Eso era lo que le daba miedo. Nunca el frente. Ahora ya nunca soñaba con el frente, pero lo que le daba miedo y no había manera de quitárselo de encima era esa casa amarilla y larga y la diferente anchura del río. Ahora estaba de nuevo en el río, había cruzado el mismo pueblo, y la casa no estaba. Y el río tampoco era así. Entonces, ¿dónde iba cada noche y cuál era el peligro, y por qué se despertaba empapado, más asustado de lo que nunca había estado en un bombardeo por culpa de la casa y el establo alargado y un canal?

Se incorporó; bajó las piernas cautelosamente; se le agarrotaban siempre que las tenía rectas durante mucho tiempo; le devolvió la mirada al ayudante, a los encargados de señales y a los dos mensajeros que estaban junto a la puerta y se puso el casco forrado de tela.

—Lamento no disponer de chocolate, postales o cigarrillos —dijo—. Sin embargo, llevo el uniforme.

—El comandante volverá enseguida —dijo el ayudante. En ese ejército el ayudante no es un oficial.

—El uniforme no es muy correcto —les dijo Nick—. Pero te ayuda a hacerte una idea. Dentro de poco vendrán millones de americanos.

—¿Cree que los soldados americanos llegarán hasta aquí? —preguntó el ayudante.

—Oh, sin duda, unos americanos el doble de grandes que yo, sanos, de corazón limpio, que duermen por la noche, que nunca han recibido una herida, que nunca han volado por los aires, a los que nunca les han aplastado la cabeza, que nunca han tenido miedo, que no beben, que son fieles a las chicas que dejaron en su país, muchos de ellos nunca han tenido ladillas, unos muchachos maravillosos. Ya verán.

—¿Es usted italiano? —preguntó el ayudante.

—No, americano. Mira el uniforme. Lo hizo Spagnolini, pero no es del todo correcto.

—¿De América del Norte o del Sur?

—Del Norte —dijo Nick. Notó que le empezaba otra vez. Se calmaría.

—Pero habla italiano.

—¿Y por qué no? ¿Le importa que hable italiano? ¿Es que no tengo derecho a hablar italiano?

—Tiene medallas italianas.

—Solo las cintas y los documentos. Las medallas vienen luego. O se las das a alguien para que las guarde y ese alguien desaparece; o se pierden con el equipaje. Puedes comprar otras en Milán. Lo que importa son los documentos. No lamente no tenerlas. Si permanece en el frente el tiempo suficiente conseguirá alguna.

—Soy un veterano de la campaña de Eritrea —dijo el ayudante fríamente —. Combatí en Trípoli.

—Es un honor conocerle —dijo Nick tendiéndole la mano—. Debió de ser una campaña muy dura. Me he fijado en las cintas. ¿Por casualidad estuvo en el Carso?

—Hace poco que me llamaron a filas para esta guerra. Mi reemplazo era demasiado viejo.

—Hubo un tiempo en que yo estaba por debajo del límite de edad —dijo Nick—. Pero ahora me han declarado inútil para el servicio.

—Pero ¿por qué está aquí?

—Estoy enseñando el uniforme americano —dijo Nick—. ¿No les parece importante? Queda un poco apretado en el cuello, pero pronto verán millones de soldados llevando este uniforme. Parecerá una plaga de langostas. El saltamontes, lo que en América denominamos saltamontes, en realidad es una langosta. El verdadero saltamontes en realidad es pequeño, verde y relativamente débil. No obstante, tampoco deben confundir la langosta de los siete años con la cigarra, que emite una nota peculiar pero sostenida que en este momento no recuerdo. Intento recordarlo pero no puedo. Casi la oigo pero enseguida se pierde. ¿Me perdonarán que interrumpa nuestra conversación?

—A ver si puedes encontrar al comandante —le dijo el ayudante a uno de los mensajeros—. Veo que le han herido —le dijo a Nick.

—En varios sitios —dijo Nick—. Si le interesan las cicatrices puedo enseñarle algunas muy interesantes, aunque preferiría hablar de los

saltamontes. Es decir, de lo que llamamos saltamontes, que son, en realidad, langostas. Hubo un tiempo en que esos insectos desempeñaron un papel muy importante en mi vida. Puede que le interese, y puede mirar el uniforme mientras se lo cuento.

El ayudante le hizo una señal con la mano al mensajero, que salió.

—Fíjese en el uniforme. Lo ha hecho Spagnolini, ¿sabe? Ustedes también pueden mirar —les dijo Nick a los encargados de las señales—. La verdad es que no tengo rango. Estamos bajo la autoridad del cónsul americano. No hay ningún inconveniente en que todos miren. Pueden mirar sin disimulo, si quieren. Les hablaré de la langosta americana. Siempre hemos preferido la que denominamos marrón de mediano tamaño. Duran más en el agua, y los peces las prefieren. Las más grandes son capaces de volar emitiendo un sonido un tanto parecido al que produce la serpiente de cascabel con sus cascabeles, un sonido muy seco, tienen alas de vivos colores, algunas de un rojo vivo, otras de rayas amarillas y negras, pero las alas se les destrozan en el agua y se convierten en un cebo muy frágil, mientras que la marrón de tamaño medio es un saltamontes rollizo, compacto y suculento que recomiendo en la medida en que uno puede recomendar algo que ustedes, caballeros, probablemente no verán nunca. Pero debo insistir en que nunca conseguirán reunir los insectos suficientes para un día de pesca si los persiguen con las manos o si intentan atizarles con un bate. Es un completo absurdo y una total pérdida de tiempo. Repito, caballeros, que así no conseguirán nada. El procedimiento correcto, y el que debería enseñarse a todos los oficiales en todos los cursillos de armamento de bajo calibre, si se me pidiera mi opinión, y quién sabe si alguna vez se me pedirá, es el uso de un cerco o de una red hecha de tela mosquitera normal. Dos oficiales sujetan la red en extremos alternos, o digamos en extremos opuestos, se inclinan, sostienen la extremidad inferior de la red en una mano y la extremidad superior en la otra y corren en dirección contraria al viento. Los saltamontes, que vuelan a favor del viento, chocan contra la red y quedan aprisionados en sus pliegues. No es nada difícil coger una gran cantidad, y, en mi opinión, todo oficial debería estar provisto de una ración de tela mosquitera suficiente para improvisar una de estas redes para cazar saltamontes. Espero haberme expresado con claridad, caballeros. ¿Alguna pregunta? Si ha habido alguna parte de mi explicación que no haya quedado clara, por favor, pregunten. Hablen. ¿Ninguna? Entonces me gustaría concluir con este comentario. En palabras de ese gran soldado y caballero, *sir* Henry Wilson: Caballeros, o bien deben gobernar o bien deben ser gobernados. Permítanme que se lo repita.

Caballeros, hay algo que me gustaría que recordaran. Algo que me gustaría que retuvieran cuando salgan de esta habitación. Caballeros, o bien deben gobernar… o bien deben ser gobernados. Eso es todo, caballeros. Buenos días.

Se quitó el casco forrado de tela, se lo volvió a poner, e, inclinándose, salió por la reducida entrada del refugio. Para, acompañado de dos mensajeros, avanzaba por la línea de la carretera. Al sol hacía mucho calor, y Nick se quitó el casco.

—Debería haber un sistema para mojar estos trastos —dijo—. Lo mojaré en el río. —Se encaminó hacia la orilla.

—Nicolo —llamó Paravicini—. Nicolo, ¿adónde vas?

—La verdad es que tampoco tengo que ir a ninguna parte. —Nick bajó la ladera con el casco en la mano—. Estos trastos son un maldito fastidio, secos o mojados. ¿Lleva siempre el suyo?

—Siempre —dijo Para—. Me está dejando calvo. Vamos adentro.

Una vez dentro, Para le dijo que se sentara.

—Sabe que no sirven absolutamente para nada —dijo Nick—. Recuerdo que cuando nos los dieron nos hacían sentirnos más seguros, pero he visto muchos llenos de sesos.

—Nicolo —dijo Para—. Creo que deberías regresar. Creo que sería mejor que te mantuvieras alejado del frente hasta que os lleguen esos suministros. Aquí no tienes nada que hacer. Si te paseas por ahí, y más con algo que valga la pena distribuir, los hombres se agruparán, y eso es una invitación a que nos bombardeen. No lo permitiré.

—Sé que es una tontería —dijo Nick—. No fue idea mía. Me enteré de que la brigada estaba aquí y pensé que podría verle, a usted o algún otro conocido. Podría haberme ido a Zenzon o a San Dona. Me gustaría ir a San Dona para volver a ver el puente.

—No quiero tenerte paseándote por ahí sin objeto —dijo el capitán Paravicini.

—Muy bien —dijo Nick. Notó que le empezaba otra vez.

—¿Lo entiendes?

—Por supuesto —dijo Nick. Intentaba resistirlo.

—Eso que has venido a hacer, mejor que sea por la noche.

—Naturalmente —dijo Nick. Sabía que ahora no podía pararlo.

—Estoy al mando del batallón —dijo Para.

—¿Y por qué no iba a estarlo? —dijo Nick. Ahí estaba—. Sabe leer y escribir, ¿verdad?

—Sí —dijo Para amablemente.

—El problema es que tiene un batallón muy pequeño que comandar. En cuanto vuelva a contar con efectivos le devolverán su compañía. ¿Por qué no entierran a los muertos? Los he visto antes. No me importa volver a verlos. Por mí pueden enterrarlos cuando quieran, pero creo que sería mucho mejor para usted. Acabarán poniéndose todos enfermos.

—¿Dónde has dejado la bicicleta?

—Dentro de la última casa.

—¿Crees que allí está segura?

—No se preocupe —dijo Nick—. Iré dentro de un rato.

—Échate un rato, Nicolo.

—Muy bien.

Cerró los ojos, y en lugar del hombre con la barba que lo observaba por encima de la mira del fusil, muy tranquilo antes de apretar el gatillo, el destello blanco y el impacto como si le hubiera golpeado con un palo, de rodillas, ahogándose agradable y sofocantemente, tosiendo sobre la roca mientras pasaban a su lado, vio una casa amarilla y alargada y un establo bajo y el río mucho más ancho que antes y mucho más lento.

—Dios mío —dijo—. Más vale que me vaya.

Se puso en pie.

—Me voy, Para —dijo—. Volveré por la tarde. Si han llegado suministros los traeré esta noche. Si no, volveré por la noche cuando tenga algo que traer.

—Todavía hace calor para ir en bici —dijo el capitán Paravicini.

—No se preocupe —dijo Nick—. Ahora estoy bien, y me durará un rato. Antes me dio, pero fue flojo. Están mejorando mucho. Sé cuándo me va a dar porque hablo mucho.

—Haré que te acompañe un mensajero.

—Preferiría que no lo hiciera. Conozco el camino.

—¿Volverás pronto?

—Desde luego.

—Deja que te acompañe…

—No —dijo Nick—. Como señal de confianza.

—Bueno, *ciao* pues.

—*Ciao* —dijo Nick. Echó a andar siguiendo la carretera hacia el lugar en el que había dejado la bicicleta. Por la tarde, una vez rebasara el canal, habría sombra en la carretera. A ambos lados estarían los árboles que las bombas no habían destruido. Fue en ese trecho donde, durante una marcha, vieron pasar el regimiento de caballería Terza Savoia cabalgando en medio de la nieve con

sus lanzas. La respiración de los caballos formaba columnas de vaho en el aire frío. No, eso fue en otro lugar. ¿Dónde?

Será mejor que me vaya a buscar la maldita bicicleta, se dijo Nick. No quiero perderme yendo a Fornaci.

La madre de un marica

Cuando murió su padre él no era más que un niño, y su mánager lo enterró a perpetuidad. Es decir, que estaría en la tumba permanentemente. Pero cuando su madre murió, su mánager se dijo que a lo mejor aquella calentura que sentían el uno por el otro no les duraría siempre. Eran amantes; claro que es marica, ¿no lo sabíais?, claro que lo es. De modo que a ella solo le contrató la tumba por cinco años.

Así que cuando él volvió a México desde España, le llegó la primera notificación. Le advertía de que ya habían transcurrido los cinco años y le preguntaba si le interesaba prolongar el período de sepultura de su madre. Si la quería a perpetuidad eran veinte dólares. Por entonces yo tenía la llave de la caja, y le dije deja que yo me encargue, Paco. Pero él dijo que no, que se encargaría él mismo. Se encargaría del asunto enseguida. Era su madre y quería hacerlo él mismo.

Al cabo de una semana le llegó la segunda notificación. Se la leí y le dije que pensaba que se había encargado de todo.

No, dijo, no lo había hecho.

—Deja que lo haga yo —le dije—. Tenemos dinero en la caja.

No, dijo. Nadie le decía lo que tenía que hacer. Lo haría cuando le pareciera que era el momento.

—¿Qué sentido tiene gastar dinero antes de lo necesario?

—Muy bien —dije—, pero que no se te olvide. —En esa época tenía un contrato de seis corridas a cuatrocientos pesos la corrida, además de la corrida de beneficio. Ganó más de quince mil dólares solo en la capital. Era tacaño, eso era todo.

La tercera notificación llegó a la otra semana y se la leí. Decía que si no pagaba antes del sábado siguiente, abrirían la tumba de su madre y sus restos serían arrojados en la fosa común. Él dijo que se encargaría del asunto por la tarde, cuando fuera a la ciudad.

—¿Por qué no me dejas hacerlo a mí? —le pregunté.

—No te metas en mis asuntos —dijo—. Esto es cosa mía y voy a encargarme yo.

—Muy bien, si eso es lo que quieres —dije—. Hazlo a tu manera.

Sacó el dinero de la caja, aunque nunca salía a la calle sin llevar encima cien pesos o más, y dijo que se encargaría de todo. Se fue con el dinero, y naturalmente pensé que estaba todo solucionado.

Una semana más tarde llegó la notificación de que como no habían obtenido respuesta a su último aviso, su madre había sido arrojada a la fosa común.

—Dios mío —le dije—, dijiste que pagarías y te llevaste el dinero de la caja, ¿y ahora así acaba tu madre? ¡Dios mío, piénsalo! Tu propia madre en la fosa común. ¿Por qué no dejaste que me encargara? Habría enviado el dinero cuando llegó la primera notificación.

—No es asunto tuyo. Es mi madre.

—No es asunto mío, pero sí era asunto tuyo. ¿Qué clase de sangre corre por las venas de un hombre que permite que le hagan esto a su madre? No mereces haber tenido madre.

—Es mi madre —dijo—. Ahora me resulta mucho más querida. Ahora no tengo que pensar que está enterrada en un lugar y ponerme triste. Ahora está siempre a mi alrededor en el aire, como los pájaros y las flores. Ahora siempre estará conmigo.

—Dios mío —dije—. Pero ¿qué clase de sangre es la tuya? No quiero ni que vuelvas a hablarme.

—Ahora está siempre a mi alrededor —dijo—. Ahora nunca estaré triste.

En aquella época gastaba un montón de dinero en mujeres para engañar a la gente y que todos pensaran que era un hombre, pero eso no surtía ningún efecto en quienes le conocían. Me debía seiscientos pesos y no me los pagaba.

—¿Para qué los quieres ahora? —me decía—. ¿No confías en mí? ¿No somos amigos?

—No se trata de que seamos amigos o de que no confíe en ti. Es que he pagado las facturas con mi propio dinero mientras tú estabas fuera y ahora necesito que me lo devuelvas y tú tienes el dinero para pagar.

—No lo tengo.

—Lo tienes —dije—. Ahora mismo lo tienes en la caja y puedes pagarme.

—Necesito ese dinero para otra cosa —dijo—. No estás al tanto de todas mis necesidades.

—Me quedé aquí todo el tiempo que pasaste en España y me autorizaste a pagar las facturas a medida que llegaran, todos los gastos de la casa, y mientras estabas fuera no me enviaste dinero, y pagué seiscientos pesos de mi propio dinero y ahora los necesito y puedes pagármelos.

—Te pagaré pronto —dijo—. En este momento el dinero me hace muchísima falta.

—¿Para qué?

—Para mis cosas.

—¿Por qué no me das algo a cuenta?

—No puedo —dijo—. El dinero me hace muchísima falta. Pero te pagaré.

En España solo había hecho dos corridas, allí no lo soportaban, enseguida le vieron el plumero, y mandó que le hicieran seis nuevos trajes de luces y así es como era él: le prepararon el equipaje tan mal que en el viaje de vuelta el agua de mar echó a perder cuatro y cuando llegó ni siquiera podía ponérselos.

—Dios mío —le dije—, te vas a España. Pasas allí toda la temporada y solo haces dos corridas. Te gastas todo el dinero que ganas en trajes de luces y luego el agua salada los estropea tanto que ni puedes usarlos. Esa es tu temporada, y luego me dices que estoy arruinando tu carrera. ¿Por qué no me pagas el dinero que me debes para que pueda marcharme?

—Quiero que te quedes —dijo—, y te pagaré. Pero ahora necesito el dinero.

—Te hace muchísima falta para pagar la tumba de tu madre y que pueda seguir enterrada, ¿verdad? —dije.

—Me alegra lo que ha pasado con mi madre —dijo—. Tú no lo entiendes.

—Doy gracias a Dios por no entenderlo —dije—. Págame lo que me debes o lo sacaré de la caja.

—Yo mismo guardaré la caja —dijo.

—No, no la guardarás.

Aquella misma tarde vino con un mangante, un tipo de su pueblo que estaba en la ruina, y me dijo:

—Este es un paisano mío que necesita dinero para volver a casa porque su madre está muy enferma.

El tipo no era más que un mangante, ya me entendéis, un don nadie al que no conocía de nada, pero que era de su mismo pueblo, y él quería hacerse el matador importante y generoso con un paisano de su pueblo.

—Dale cincuenta pesos de la caja —me dijo.

—Hace poco me dijiste que no tenías dinero para pagarme —dije—. Y ahora le das cincuenta pesos a este mangante.

—Es un paisano —dijo—, y está en un apuro.

—Perra —le dije. Le di la llave de la caja—. Dáselos tú mismo. Me voy a la ciudad.

—No te enfades —dijo—. Te pagaré.

Saqué el coche y me fui a la ciudad. Era su coche, pero él sabía que yo conducía mejor que él. Todo lo que él hacía, yo podía hacerlo mejor. Él lo sabía. No sabía leer ni escribir. Fui a ver a alguien para que me aconsejara qué podía hacer para conseguir que me pagara. Él salió y me dijo:

—Voy contigo y te pago. Somos buenos amigos. No hace falta reñir.

Fuimos a la ciudad. Yo conducía. Justo antes de entrar en la ciudad sacó veinte pesos.

—Aquí tienes el dinero —dijo.

—Perra sin madre —le dije, y le expliqué lo que podía hacer con el dinero —. Le diste cincuenta pesos a ese mangante y a mí me das veinte cuando me debes seiscientos. No aceptaría de ti ni cinco centavos. Ya sabes lo que puedes hacer con tus veinte pesos.

Salí del coche sin un peso en el bolsillo y sin saber dónde iba a dormir esa noche. Más tarde me mudé con un amigo y saqué mis pertenencias de su casa. No volví a hablar con él hasta este año. Me lo encontré una noche caminando con tres amigos, rumbo al cine Callao de la Gran Vía de Madrid. Me tendió la mano.

—Hola, Roger, viejo amigo —me dijo—. ¿Cómo te va? La gente comenta que dices cosas en mi contra. Que dices todo tipo de cosas injustas acerca de mí.

—Todo lo que digo es que nunca has tenido madre —le dije. Es el peor insulto que se le puede hacer a un hombre en español.

—Eso es verdad —dijo—. Mi pobre madre murió cuando yo era muy joven, y es como si nunca hubiera tenido madre. Es muy triste.

Ahí tenéis a un marica. Nada les afecta. Nada, nada les conmueve. Gastan dinero en sí mismos por vanidad, pero nunca pagan. Intenta que alguien se lo pague. Le dije lo que pensaba de él allí mismo, en medio de la Gran Vía, delante de sus tres amigos, pero ahora, cada vez que me lo encuentro, me habla como si aún fuéramos amigos. ¿Qué clase de sangre corre por las venas de un hombre así?

Escribe un lector

La mujer estaba sentada a la mesa de su dormitorio con un periódico doblado delante y solo interrumpía la lectura para mirar por la ventana y ver la nieve que caía y se derretía en el tejado. Escribió esta carta, y la escribió de un tirón, sin tener que tachar ni corregir nada.

Roanoke, Virginia
6 de febrero de 1933

Querido doctor:

Permítame que le escriba para pedirle un consejo muy importante. Tengo que tomar una decisión y no sé en quién confiar y no me atrevo a preguntárselo a mis padres. Así que acudo a usted. Y solo confío en usted porque no me hará falta verle. Esta es la situación. Me casé con un miembro del ejército de Estados Unidos en 1929, y ese mismo año lo destinaron a China, Shanghai, se estuvo allí tres años, y volvió a casa, y lo licenciaron hace unos meses, y se fue a casa de su madre en Helena, Arkansas. Me escribió para que fuera a su casa, fui y descubrí que estaba siguiendo un tratamiento de inyecciones y naturalmente le pregunté para qué eran, y descubrí que le trataban una enfermedad que no sé cómo se escribe, pero que sonaba a algo como «sífilus». ¿Sabe a qué me refiero? Quiero que me diga si vivir con él puede perjudicarme la salud. Desde su retorno de China no hemos tenido ningún contacto íntimo. Él me asegura que cuando acabe el tratamiento estará curado. ¿Cree que es verdad? A menudo oí decir a mi padre que si uno caía víctima de esa enfermedad más le valía estar muerto. Creo a mi padre, pero sobre todo quiero creer a mi marido. Por favor, por favor, dígame qué hacer. Tengo una hija que nació cuando su padre estaba en China.

Le doy las gracias y confío plenamente en su consejo. Atentamente,

y firmó con su nombre.

A lo mejor él puede decirme qué debo hacer, se dijo. A lo mejor me lo puede decir. En la foto que sale en el periódico es la impresión que da. Parece inteligente, desde luego. Cada día le dice a alguien lo que debe hacer. Debería saberlo. Quiero hacer lo que sea correcto. De todos modos, ha pasado tanto tiempo. Tanto tiempo. Ha estado tanto tiempo fuera. Dios mío, cuánto tiempo. Él tenía que ir a donde le mandaran, lo sé, pero no sé por qué tuvo que coger eso. Oh, ojalá no lo hubiera cogido. No me importa cómo lo cogió. Pero ojalá nunca lo hubiera cogido. A mí me parece que no tendría que haberlo cogido. No sé qué hacer. Dios mío, ojalá no tuviera ninguna enfermedad. No sé por qué tuvo que coger esa enfermedad.

Homenaje a Suiza

PRIMERA PARTE

Retrato del señor Wheeler en Montreux

El café de la estación era cálido y luminoso. La madera de las mesas relucía de tan restregada y había cestos de galletitas saladas en bolsas de papel glaseado. Las sillas eran labradas, pero los asientos estaban gastados y eran cómodos. Había un reloj de madera labrada en la pared y una barra en la otra punta del local. Fuera nevaba.

Dos de los mozos de la estación bebían vino joven en la mesa que estaba debajo del reloj. Entró otro mozo y dijo que el *Simplon-Orient Express* llevaba una hora de retraso en Saint-Maurice. Salió. La camarera se acercó a la mesa del señor Wheeler.

—El *Express* lleva una hora de retraso, señor —dijo—. ¿Quiere que le traiga un poco de café?

—Si cree que no me va a desvelar.

—¿Perdón? —dijo la camarera.

—Tráigame un poco —dijo el señor Wheeler.

—Gracias.

La camarera fue por el café a la cocina y el señor Wheeler miró por la ventana y vio caer la nieve a la luz que llegaba del andén.

—¿Habla algún otro idioma, además de inglés? —le preguntó a la camarera.

—Oh, sí, señor. Hablo alemán y francés, y los dialectos.

—¿Le gustaría beber algo?

—Oh, no, señor. Está prohibido beber en el café con los clientes.

—¿Aceptaría un cigarrillo?

—Oh, no, señor. No fumo, señor.

—Eso está bien —dijo el señor Wheeler. Volvió a mirar por la ventana, se bebió el café y encendió un cigarrillo.

—*Fräulein* —llamó. La camarera se le acercó.

—¿Qué desea, señor?

—A usted.

—No bromee así conmigo.

—No bromeo.

—Entonces no debe decirlo.

—No tengo tiempo para discutir —dijo el señor Wheeler—. El tren llegará en cuarenta minutos. Si sube arriba conmigo le daré quinientos francos.

—No debería decir esas cosas, señor. Le pediré al mozo que hable con usted.

—No quiero a ningún mozo —dijo el señor Wheeler—. Ni a un policía ni a ninguno de esos chicos que venden cigarrillos. La quiero a usted.

—Si sigue hablando así tendrá que marcharse. No puede quedarse aquí si sigue hablando así.

—¿Por qué no se va, entonces? Si se va no podré seguir hablando con usted.

La camarera se marchó. El señor Wheeler se fijó en si hablaba con los mozos. No lo hizo.

—¡*Mademoiselle*! —llamó. La camarera se acercó—. Tráigame una botella de Sion, por favor.

—Sí, señor.

El señor Wheeler la observó alejarse, y luego acercarse con el vino y ponerlo en su mesa. Miró el reloj.

—Le daré doscientos cincuenta francos —dijo.

—Por favor, no diga esas cosas.

—Doscientos cincuenta francos es mucho dinero.

—¡Deje de decirlas esas cosas! —dijo la camarera. Le estaba fallando el inglés. El señor Wheeler la miró interesadamente.

—Doscientos francos.

—Es usted odioso.

—¿Por qué no se va, pues? No puedo hablar con usted si no está aquí.

La camarera se alejó de la mesa y regresó a la barra. El señor Wheeler se bebió el vino y sonrió para sí un rato.

—*Mademoiselle* —llamó. La camarera fingió no oírlo—. *Mademoiselle* —volvió a llamar. La camarera se acercó.

—¿Desea algo?

—Mucho. Le daré trescientos francos.

—Es usted odioso.

—Trescientos francos suizos.

Se alejó y el señor Wheeler la observó. Un mozo abrió la puerta. Era el que se encargaba del equipaje del señor Wheeler.

—El tren está llegando, señor —dijo en francés. El señor Wheeler se puso en pie.

—*Mademoiselle* —llamó. La camarera fue hacia la mesa—. ¿Cuánto es el vino?

—Siete francos.

El señor Wheeler contó ocho francos y los dejó encima de la mesa. Se puso el abrigo y siguió al mozo hasta el andén, donde caía la nieve.

—*Au revoir*, *mademoiselle* —dijo. La camarera lo observó marcharse. Es feo, se dijo, feo y odioso. Trescientos francos por algo que se hace por nada. Cuántas veces lo he hecho por nada. Y aquí no hay a donde ir. Si tuviera más sentido común sabría que aquí no hay a donde ir. Ni tiempo ni lugar adonde ir. Trescientos francos por hacer eso. Hay que ver cómo son estos americanos.

El señor Wheeler, de pie en el andén de cemento, junto a sus maletas, miraba los raíles en dirección al faro de la locomotora que se abría paso en la nieve y se decía que la diversión le había salido muy barata. Aparte de la cena, de hecho solo había gastado siete francos en una botella de vino y uno más de propina. Setenta y cinco céntimos habría sido mejor. Se habría sentido mejor de haber dejado solo setenta y cinco céntimos de propina. Un franco suizo son cinco francos franceses. El señor Wheeler se dirigía a París. No le gustaba derrochar el dinero y no le interesaban las mujeres. Ya había estado antes en esa estación y sabía que no había piso de arriba. El señor Wheeler no era de los que se arriesgan.

SEGUNDA PARTE

El señor Johnson habla de ello en Vevey

El café de la estación era cálido y luminoso; las mesas relucían de tanto restregarlas y en algunas había manteles de tela de rayas rojas y blancas; y en otras había manteles de tela azules y blancos, y en todos ellos había cestos de galletitas saladas en bolsas de papel glaseado. Las sillas estaban labradas y los asientos de madera estaban gastados y eran cómodos. Había un reloj en la pared, una barra de cinc en la otra punta del local, y fuera nevaba. Dos de los mozos de la estación bebían vino joven en la mesa que había debajo del reloj.

Entró otro mozo y dijo que el *Simplon-Orient Express* llevaba una hora de retraso en Saint-Maurice. La camarera se acercó a la mesa del señor Johnson.

—El *Express* lleva una hora de retraso, señor —dijo—. ¿Quiere que le traiga un poco de café?

—Si no es demasiada molestia.

—¿Perdón? —dijo la camarera.

—Tomaré un poco.

—Gracias.

La camarera fue por el café a la cocina y el señor Johnson miró por la ventana y vio caer la nieve a la luz que llegaba del andén.

—¿Habla algún otro idioma, además de inglés? —le preguntó a la camarera.

—Oh, sí, señor. Hablo alemán y francés, y los dialectos.

—¿Le gustaría beber algo?

—Oh, no, señor. Está prohibido beber en el café con los clientes.

—¿Aceptaría un cigarrillo?

—Oh, no, señor —dijo ella riendo—. No fumo, señor.

—Yo tampoco —dijo Johnson—. Es una costumbre sucia.

La camarera se alejó y el señor Johnson encendió un cigarrillo y se bebió el café. El reloj de pared marcaba las diez menos cuarto. El reloj del señor Johnson iba un poco adelantado. El tren debía llegar a las diez y media, y una hora tarde significaba las once y media. Johnson llamó a la camarera.

—¡*Signorina*!

—¿Qué desea, señor?

—¿Le gustaría jugar conmigo? —preguntó Johnson. La camarera se sonrojó.

—No, señor.

—No me refiero a nada violento. ¿No le gustaría acompañarme a ver la vida nocturna de Vevey? Traiga una amiga, si quiere.

—Tengo que trabajar —dijo la camarera—. Tengo que acabar mi turno.

—Lo sé —dijo Johnson—. Pero ¿no podría conseguir una sustituta? En la guerra civil era algo que se hacía[17].

—Oh, no señor. Tengo que permanecer aquí en persona.

—¿Dónde aprendió inglés?

—En la Berlitz School, señor.

—Hábleme de sus estudios —dijo Johnson—. ¿Eran los estudiantes de la Berlitz un grupo desmadrado? ¿Había morreos y toqueteos? ¿Había muchos ligones? ¿Alguna vez se topó con Scott Fitzgerald?

—¿Perdón?

—Me refiero a si sus días de estudiante fueron los más felices de su vida. ¿Qué clase de pandilla había en la Berlitz el otoño pasado?

—Está de broma.

—Solo un poco —dijo Johnson—. Es usted una chica estupenda. ¿Y no quiere jugar conmigo?

—Oh, no señor —dijo la camarera—. ¿Quiere que le traiga algo?

—Sí —dijo Johnson—. ¿Podría traerme la carta de vinos?

—Sí, señor.

Con la carta de vinos en la mano, Johnson se acercó a la mesa donde estaban sentados los tres mozos. Levantaron la mirada. Eran viejos.

—*Wollen Sie trinken*? —preguntó. Uno de ellos asintió y sonrió.

—*Oui, monsieur*.

—¿Hablan francés?

—*Oui, monsieur*.

—¿Qué bebemos? *Connais-vous des champagnes*?

—*Non, monsieur*.

—*Faut les connaître* —dijo Johnson—. *Fräulein* —llamó a la camarera—. Beberemos champán.

—¿Qué champán prefiere, señor?

—El mejor —dijo Johnson—. *Laquelle est le best*? —preguntó a los mozos.

—*Le meilleur*? —preguntó el mozo que había hablado primero.

—Desde luego.

El mozo se sacó unas gafas de montura dorada del bolsillo de su chaqueta y estudió la lista. Pasó el dedo por los cuatro nombres mecanografiados y sus precios.

—Sportsman —dijo—. Sportsman es el mejor.

—¿Están de acuerdo, caballeros? —preguntó Johnson a los demás mozos. Uno de ellos asintió. El otro dijo en francés: «No los conozco personalmente, pero he oído hablar a menudo de Sportsman. Es bueno».

—Una botella de Sportsman —dijo Johnson a la camarera. Miró el precio en la carta de vinos: once francos suizos—. Traiga dos botellas. ¿Les importa si me siento con ustedes? —le preguntó al mozo que había sugerido Sportsman.

—Siéntese. Colóquese aquí, por favor. —El mozo le sonrió. Estaba cerrando las gafas y poniéndolas en la funda—. ¿Es su cumpleaños, señor?

—No —dijo Johnson—. No es una celebración. Mi esposa ha decidido divorciarse de mí.

—Qué me dice —exclamó el mozo—. Espero que no sea cierto. —El otro mozo negó con la cabeza. El tercero parecía un poco sordo.

—Sin duda es una experiencia como cualquier otra —dijo Johnson—, como la primera visita al dentista o la primera vez que una chica tiene la menstruación, pero me ha afectado.

—Es comprensible —dijo el mozo de más edad—. Lo entiendo.

—¿Ninguno de ustedes está divorciado, caballeros? —preguntó Johnson. Había dejado de hacer el payaso con el idioma, y llevaba unos minutos hablando buen francés.

—No —dijo el mozo que había pedido el Sportsman—. Aquí la gente no se divorcia mucho. Hay caballeros divorciados, pero no muchos.

—En nuestro país —dijo Johnson— es diferente. Casi todo el mundo está divorciado.

—Es cierto —confirmó el mozo—. Lo he leído en el periódico.

—Yo llevo cierto retraso —prosiguió Johnson—. Es la primera vez que me divorcio. Tengo treinta y cinco años.

—*Mais vous êtes encore jeune* —dijo el mozo. Se lo explicó a los otros dos—. *Monsieur n'a que trente-cinq ans*. —Los demás mozos asintieron.

—Es muy joven —dijo uno.

—¿Y de verdad es la primera vez que se divorcia? —preguntó el mozo.

—La primera —dijo Johnson—. Por favor, abra el champán, *mademoiselle*.

—¿Y es muy caro?

—Diez mil francos.

—¿Suizos?

—No, francos franceses.

—Oh, sí. Dos mil francos suizos. De todos modos no es barato.

—No.

—¿Y por qué se decide uno a divorciarse?

—Porque te lo piden.

—Pero ¿por qué te lo piden?

—Para casarse con otro.

—Pero eso es una idiotez.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Johnson. La camarera llenó las cuatro copas. Cada uno levantó la suya.

—*Prosit* —dijo Johnson.

—*A votre santé* —dijo el mozo. Los otros dos mozos dijeron: *Salut*. El champán sabía a sidra dulce y rosada.

—¿Es costumbre en Suiza responder siempre en un idioma distinto? —preguntó Johnson.

—No —dijo el mozo—. El francés es más cultivado. Además, esto es la Suiza francófona.

—Pero usted habla alemán.

—Sí. En mi pueblo se habla alemán.

—Ya —dijo Johnson—. ¿Y dice que nunca se ha divorciado?

—No. Sería demasiado caro. Además, tampoco me he casado.

—Ah —dijo Johnson—. ¿Y estos otros caballeros?

—Ellos están casados.

—¿Les gusta estar casados? —preguntó Johnson a uno de los mozos.

—¿Qué?

—Que si les gusta estar casados.

—*Oui. C'est normale*.

—Exactamente —dijo Johnson—. *Et vous, monsieur*?

—*Ça va* —dijo el otro mozo.

—*Pour moi* —dijo Johnson—, *ça ne va pas*.

—*Monsieur* va a divorciarse —explicó el primer mozo.

—Oh —dijo el segundo.

—Ajá —dijo el tercero.

—Bueno —dijo Johnson—, parece que el tema se ha agotado. A ustedes no les interesan mis problemas —dijo dirigiéndose al primer mozo.

—Claro que sí —dijo el mozo.

—Bueno, hablemos de otra cosa.

—Como quiera.

—¿De qué podemos hablar?

—¿Usted hace deporte?

—No —dijo Johnson—, pero mi esposa sí.

—¿Qué hace para divertirse?

—Soy escritor.

—¿Con eso se gana mucho dinero?

—No. Pero luego sí, cuando eres conocido.

—Es interesante.

—No —dijo Johnson—, no es interesante. Lo siento mucho, caballeros, pero tengo que dejarles. ¿Me harán el favor de beberse la otra botella?

—Pero el tren no llega hasta dentro de tres cuartos de hora.

—Lo sé —dijo Johnson. Vino la camarera y él pagó el champán y la cena.

—¿Va a salir, señor?

—Sí —dijo Johnson—, solo a dar un paseo. Dejaré las maletas aquí.

Se puso la bufanda, el abrigo y el sombrero. Fuera nevaba copiosamente. Se volvió y por la ventana vio a los tres mozos sentados a la mesa. La camarera les llenaba las copas con lo que quedaba de la botella abierta. Devolvió la botella sin abrir a la barra. Eso hace tres francos y pico por barba, se dijo Johnson. Se volvió y echó a andar por el andén. En el café había pensado que hablar le quitaría hierro al asunto; pero no había sido el caso; solo le había hecho sentirse asqueroso.

TERCERA PARTE

El hijo de un socio en Territet

El café de la estación de Territet estaba demasiado caldeado; era luminoso, y las mesas relucían de tanto restregarlas. En las mesas había cestos de galletitas saladas en bolsas de papel glaseado y posavasos para que la humedad de los vasos no dejara cercos en la madera. Las sillas estaban labradas pero los asientos de madera estaban gastados y eran bastante cómodos. Había un reloj de pared, una barra en la otra punta del local, y fuera nevaba. Había un anciano bebiendo café en una mesa debajo del reloj y leyendo el periódico de la tarde. Entró un mozo y dijo que el *Simplon-Orient Express* llevaba una hora de retraso en Saint-Maurice. La camarera se acercó a la mesa del señor Harris. El señor Harris acababa justo de cenar.

—El *Express* llega una hora tarde, señor. ¿Quiere que le traiga un poco de café?

—Si quiere.

—¿Perdón?

—De acuerdo —dijo el señor Harris.

—Gracias —dijo la camarera.

Fue por el café a la cocina y el señor Harris se puso azúcar, aplastó los terrones con la cucharilla, y miró por la ventana en dirección a la nieve que caía a la luz del andén.

—¿Habla algún otro idioma además del inglés? —le preguntó a la camarera.

—Oh, sí. Hablo alemán y francés, y los dialectos.

—¿Cuál le gusta más?

—Son todos muy parecidos, señor. No puedo decir que me guste uno más que otro.

—¿Quiere tomar una copa de algo o un café?

—Oh, no señor, en el café no se nos permite beber con los clientes.

—¿Aceptaría un cigarrillo?

—Oh, no señor —dijo la camarera riendo—. No fumo, señor.

—Ni yo tampoco —dijo Harris—. No estoy de acuerdo con David Belasco.

—¿Perdón?

—Belasco. David Belasco. Siempre se le puede identificar porque lleva el cuello de la camisa del revés. Pero no estoy de acuerdo con él. Aunque la verdad es que ya se ha muerto.

—¿Me disculpa un momento, señor? —preguntó la camarera.

—Desde luego —dijo Harris. Se sentó hacia delante y miró por la ventana. En la otra punta del local el anciano había doblado el periódico. Miró al señor Harris, y a continuación cogió su taza de café y su platillo y se dirigió a la mesa de Harris.

—Le ruego que perdone mi intromisión —le dijo en inglés—, pero se me acaba de ocurrir que quizá sea usted miembro de la National Geographic Society.

—Por favor, siéntese —dijo Harris. El caballero se sentó.

—¿Quiere otro café o una copa de licor?

—Gracias —dijo el caballero.

—¿Quiere tomar un *kirsch* conmigo?

—Puede. Pero deje que le invite.

—No, insisto. —Harris llamó a la camarera. El anciano sacó una cartera de cuero del bolsillo interior de su chaqueta. Le quitó una ancha goma elástica y extrajo varios documentos, seleccionó uno y se lo entregó a Harris.

—Este es mi carnet de socio —dijo—. En Estados Unidos, ¿conoce a Frederick J. Roussel?

—Me temo que no.

—Creo que es una gran eminencia.

—¿De dónde es? ¿De qué parte de Estados Unidos?

—De Washington, desde luego. ¿No está ahí la sede de la sociedad?

—Creo que sí.

—Lo cree. ¿No está seguro?

—Llevo mucho tiempo fuera —dijo Harris.

—Así que no es socio.

—No. Pero mi padre lo es. Lo es desde hace muchísimos años.

—Entonces debía de conocer a Frederick J. Roussel. Es uno de los miembros de la junta directiva de la sociedad. Observará que fue el señor Roussel quien me nominó para socio.

—Me alegro enormemente.

—Siento que no sea socio. Pero podría hacer que su padre lo nominara.

—Eso creo —dijo Harris—. Lo haré cuando regrese.

—Yo le aconsejaría que lo hiciera —dijo el caballero—. Lee la revista, supongo.

—Desde luego.

—¿Ha visto el número que trae las fotos en color de la fauna de Norteamérica?

—Sí, lo vi en París.

—¿Y el número que contiene las panorámicas de los volcanes de Alaska?

—Ese era una maravilla.

—También me encantaron las fotos de animales salvajes de George Shiras tercero.

—Eran buenas de narices.

—¿Perdón?

—Eran estupendas. Ese tipo, Shiras…

—¿Le llama ese tipo?

—Somos viejos amigos.

—Entiendo. Conoce a George Shiras tercero. Debe de ser un hombre muy interesante.

—Lo es. Es casi el hombre más interesante que conozco.

—¿Conoce también a George Shiras segundo? ¿También es interesante?

—Oh, no es tan interesante.

—Pensaba que sería muy interesante.

—Sí, es raro. No es tan interesante. Muchas veces me he preguntado por qué.

—Mmm —dijo el caballero—. Habría dicho que cualquier miembro de esa familia había de ser interesante.

—¿Se acuerda de la panorámica del desierto del Sáhara? —preguntó Harris.

—¿El desierto del Sáhara? Eso fue hace casi cincuenta años.

—Exacto. Era una de las favoritas de mi padre.

—¿No prefiere los números recientes?

—Probablemente. Pero está enamorado de la panorámica del Sáhara.

—Era excelente. Pero para mí su valor artístico superaba con mucho su interés científico.

—No lo sé —dijo Harris—. El viento levantando toda aquella arena y el árabe y su camello arrodillados de cara a La Meca.

—Por lo que recuerdo, el árabe estaba de pie sujetando las riendas del camello.

—Tiene toda la razón —dijo Harris—. Estaba pensando en el libro del coronel Lawrence.

—Creo que el libro de Lawrence trata de Arabia.

—Exactamente —dijo Harris—. Ha sido el árabe lo que me lo ha recordado.

—Debe de ser un hombre muy interesante.

—Creo que lo es.

—¿Sabe a qué se dedica ahora?

—Está en la Royal Air Force.

—¿Y sabe por qué?

—Le gusta.

—¿Sabe si pertenece a la National Geographic Society?

—Yo también me lo pregunto.

—Sería un socio de primera. Es la clase de persona que quieren como socio. Me encantaría nominarlo si usted cree que les gustaría tenerlo de socio.

—Yo creo que les gustaría.

—He nominado a un científico de Vevey y a un colega de Lausana y los dos han sido elegidos. Creo que estarían encantados de que nominara al coronel Lawrence.

—Es una idea espléndida —dijo Harris—. ¿Viene a menudo a este café?

—Vengo a tomar el café después de cenar.

—¿Da clases en la universidad?

—Ya estoy jubilado.

—Yo estoy esperando el tren —dijo Harris—. Voy a París y luego a El Havre, donde me embarcaré para Estados Unidos.

—Yo no he estado nunca en Estados Unidos. Pero me gustaría mucho ir. Quizá algún día asista a alguna reunión de la sociedad. Me encantaría conocer a su padre.

—Estoy seguro de que a él también le habría gustado conocerle, pero murió el año pasado. Por extraño que parezca, se pegó un tiro.

—Lo siento muchísimo. Estoy seguro de que su pérdida fue un golpe para la ciencia y para su familia.

—La ciencia se lo tomó muy bien. Esta es mi tarjeta —dijo Harris—. Las iniciales de mi padre eran E. J. en lugar de E. D. Sé que le habría gustado conocerle.

—Para mí habría sido un gran placer. —El caballero sacó una tarjeta de la cartera y se la entregó a Harris. Rezaba:

SIGISMUND WYER, doctor en ciencias
socio de la National Geographic Society
Washington, D. C., EE. UU.

—La guardaré donde no pueda perderse —dijo Harris.

Un día de espera

Entró en la habitación a cerrar la ventanas mientras todavía estábamos en la cama y vi que parecía enfermo. Estaba temblando, pálido, y caminaba lentamente como si le doliera moverse.

—¿Qué ocurre, Schatz?

—Me duele la cabeza.

—Será mejor que vuelvas a la cama.

—No, estoy bien.

—Vete a la cama. Cuando me vista iré a verte.

Pero cuando bajé ya estaba vestido, sentado junto al fuego, y parecía un niño de nueve años muy enfermo y desgraciado. Cuando le puse la mano en la frente noté que tenía fiebre.

—Vete a la cama —dije—, estás enfermo.

—Me encuentro bien —dijo.

Cuando el médico bajó le tomó la temperatura.

—¿Cuánto tiene? —le pregunté.

—Ciento dos.

Abajo, el médico me dejó tres medicamentos distintos, que venían en cápsulas de diferentes colores, con instrucciones para administrárselos. Uno era para bajar la fiebre, el otro un purgante, el tercero para la acidosis. Los gérmenes de la gripe solo pueden existir en un ambiente ácido, explicó. Parecía saberlo todo de la gripe, y dijo que no había de qué preocuparse, siempre y cuando la fiebre no pasara de ciento cuatro. Había una leve epidemia de gripe, y no había peligro alguno si evitabas la neumonía.

De nuevo en la habitación, anoté la temperatura del crío y la hora en que le daba las cápsulas.

—¿Quieres que te lea algo?

—Muy bien. Si quieres —dijo el niño. Estaba muy blanco y tenía unas ojeras oscuras. Estaba inmóvil en la cama y parecía totalmente ajeno a cuanto ocurría a su alrededor.

Le leí en voz alta un fragmento de *El libro de los piratas* de Howard Pyle; pero me di cuenta de que no seguía la lectura.

—¿Cómo te encuentras, Schatz? —le pregunté.

—De momento igual —dijo.

Me senté al pie de la cama y leí para mí mientras esperaba que fuera la hora de darle otra cápsula. Lo normal habría sido que se durmiera, pero cada vez que levantaba la cabeza del libro lo veía mirándome de una manera muy extraña.

—¿Por qué no intentas dormir? Te despertaré cuando sea la hora de la medicina.

—Prefiero estar despierto.

Al cabo de un rato me dijo:

—Papá, no tienes por qué quedarte conmigo, si te molesta.

—No me molesta.

—No, lo digo en serio. No tienes por qué quedarte si va a molestarte.

Me dije que a lo mejor hablaba así por la fiebre, y tras darle las cápsulas de las once salí un rato.

Era un día frío y despejado, el suelo estaba cubierto de aguanieve que se había helado, con lo que daba la impresión de que los árboles pelados, los arbustos, la broza cortada y toda la hierba del suelo estuvieran barnizados de blanco. Me llevé al joven setter irlandés a dar un paseo por la carretera y junto a un arroyo helado, pero se hacía difícil mantenerse en pie o caminar sobre la vítrea superficie, el perro pelirrojo resbalaba y patinaba y yo me caí dos veces, fuerte, y una vez se me cayó la escopeta y fue deslizándose por el hielo.

Levantamos una nidada de codornices en un lugar donde la orilla era elevada, arcillosa y cubierta de maleza, y maté a dos mientras desaparecían por encima del talud. Parte de la nidada aterrizó en los árboles, pero casi toda ella se desperdigó por los montones de broza, y hubo que saltar sobre los montículos de maleza varias veces para que echaran a volar. Era muy difícil disparar de pie sobre la broza helada y mullida, y maté a dos pero se me escaparon cinco; volví a casa contento por haber encontrado una nidada cerca de casa y feliz de que hubieran quedado tantas codornices, así podría cazarlas otro día.

En la casa me dijeron que el crío no había dejado que nadie entrara en su habitación.

—No podéis entrar —decía—. No debéis contagiaros.

Subí y lo encontré exactamente en la misma posición en que lo había dejado, pálido, pero con la cima de las mejillas enrojecidas por la fiebre, mirando fijamente, igual que antes, en dirección al pie de la cama.

Le tomé la temperatura.

—Ciento y algo —dije. Tenía ciento dos y cuatro décimas.

—Era ciento dos —dijo.

—¿Quién lo ha dicho?

—El médico.

—La temperatura es normal —dije—. No hay de qué preocuparse.

—No me preocupa —dijo—, pero no me la puedo quitar de la cabeza.

—No pienses en nada —dije—. Procura tranquilizarte.

—Estoy tranquilo —dijo, sin dejar de mirar al frente. Era evidente que hacía grandes esfuerzos por no decir algo.

—Tómate esto con agua.

—¿Crees que me hará bien?

—Naturalmente.

Me senté y abrí el libro de los *Piratas* y comencé a leer, pero me di cuenta de que no me seguía y me paré.

—¿A qué hora más o menos crees que moriré? —me preguntó.

—¿Qué?

—¿Cuánto crees que tardaré en morirme?

—No vas a morirte. ¿Qué te ocurre?

—Oh, sí, voy a morir. Le oí decir ciento dos.

—Nadie se muere por tener ciento dos de fiebre. Eso son tonterías.

—Sí que se mueren. En la escuela de Francia los niños dicen que si tienes cuarenta y cuatro de fiebre te mueres, y yo tengo ciento dos.

Llevaba todo el día esperando morirse, desde las nueve de la mañana.

—Pobre Schatz —dije—. Pobrecillo Schatz. Es como las millas y los kilómetros. No te vas a morir. Este es un termómetro diferente. En el de Francia lo normal es treinta y siete. En este es noventa y nueve.

—¿Estás seguro?

—Del todo —dije—. Es como las millas y los kilómetros. Ya sabes, como lo de cuántos kilómetros hemos recorrido cuando hacemos setenta millas con el coche.

—Oh —dijo.

Pero su mirada, fija en el pie de la cama, se relajó lentamente. El esfuerzo de contención también se relajó, y al día siguiente estaba tranquilísimo, y lloraba muy fácilmente por cosillas sin la menor importancia.

Una historia natural de los muertos

Siempre me ha parecido que las observaciones de los naturalistas han omitido la guerra como campo de estudio. Poseemos encantadoras y sólidas descripciones de la flora y la fauna de Patagonia del difunto W. H. Hudson, el reverendo Gilbert White ha escrito páginas muy interesantes sobre la abubilla en sus esporádicas y no del todo habituales visitas a Selborne, y el obispo Stanley nos ha proporcionado una valiosa *Historia familiar de los pájaros*, a pesar de estar dedicada a un público popular. ¿No podemos esperar ofrecerle al lector algunos hechos racionales e interesantes acerca de los muertos? Eso espero.

Cuando el perseverante viajero Mungo Park se encontraba, en un momento de su itinerario, a punto de desmayarse en mitad de un vasto desierto africano, desnudo y solo, pensando que sus días estaban contados y que ya poco más le quedaba por hacer que echarse sobre la arena y morir, la pequeña flor de un musgo, de extraordinaria belleza, le llamó la atención. «Aunque toda la planta —dice— no era mayor que uno de mis dedos, era incapaz de contemplar la delicada forma de sus raíces, sus hojas y sus cápsulas sin admiración. ¿Es posible que el ser que la plantó, regó y completó su perfección en ese oscuro rincón del mundo, algo que parece de tan nimia importancia, observe con desapego la situación y el sufrimiento de criaturas creadas a su propia imagen? Probablemente no. Reflexiones como esa me permitieron no desesperar; me puse en pie y, haciendo caso omiso al hambre y la fatiga, avancé, seguro de que la salvación estaba próxima; y no me engañé».

Con una predisposición al asombro y la adoración como esta, como dice el obispo Stanley, ¿es posible estudiar alguna rama de la historia natural sin incrementar esa fe, esperanza y amor que también nosotros, cada uno de nosotros, precisa en nuestro viaje por el páramo de la vida? Veamos, por tanto, qué inspiración podemos obtener de los muertos.

En la guerra los muertos son generalmente los machos de la especie humana, aunque no se puede decir lo mismo de los animales, y a menudo he

visto yeguas muertas entre los caballos. Otro aspecto interesante de la guerra es que solo en ella encuentra el naturalista la oportunidad de observar mulas muertas. En veinte años de observación de la vida civil nunca había visto una mula muerta, y había comenzado a albergar dudas de que esos animales fueran en verdad mortales. En raras ocasiones había visto lo que tomé por mulas muertas, pero al acercarme siempre resultaban ser criaturas vivas a las que su cualidad de completo reposo hacía parecer difuntas. Pero en la guerra esos animales sucumbían de la misma manera que los caballos, más corrientes y menos resistentes.

Casi todas las mulas que vi muertas se encontraban en carreteras de montaña o al pie de pronunciados declives, donde habían sido empujadas para despejar el camino. Parecía muy normal verlas en las montañas, donde uno se acostumbraba a su presencia, y menos fuera de lugar que, pongamos, en Esmirna, donde los griegos rompían las patas de todos sus animales de carga y los lanzaban al agua desde el muelle para que se ahogaran en esas aguas someras. Esa gran cantidad de mulas y caballos con las patas rotas que se ahogaron en esas aguas pedían a gritos a un Goya para que los dibujara. Aunque, literalmente hablando, tampoco se puede decir del todo que pidieran a gritos un Goya, pues Goya solo ha habido uno, y hace mucho que murió, y es en extremo dudoso que esos animales, si fueran capaces de pedir algo, pidieran que alguien llevara a cabo una representación pictórica de sus apuros, sino que más bien, de ser capaces de hablar, pedirían a alguien que aliviara su sufrimiento.

En relación con el sexo de los muertos, es un hecho que uno se acostumbra hasta tal punto a que todos los muertos sean hombres que ver a una mujer muerta resulta de lo más chocante. Presencié esa primera inversión del sexo habitual de los muertos tras la explosión de una fábrica de munición que estaba situada en el campo, cerca de Milán. Nos dirigimos en camiones a la escena del desastre por carreteras flanqueadas de álamos, junto a cunetas repletas de diminuta vida animal, que no pude observar con claridad debido a las grandes nubes de polvo que levantaban los camiones. Al llegar a la fábrica de munición, algunos nos pusimos a patrullar esos grandes almacenes de munición que por algún motivo no habían estallado, mientras otros se ponían a extinguir un incendio que se había declarado en la hierba de un campo adyacente; y al finalizar esas labores se nos ordenó que rastreáramos la inmediata vecindad y los alrededores en busca de cadáveres. Encontramos una buena cantidad y los transportamos a un improvisado depósito, y he de admitir, con toda franqueza, lo chocante que resultó descubrir que esos

muertos eran mujeres y no hombres. En aquellos días las mujeres todavía no habían comenzado a llevar el pelo corto, como hicieron en años posteriores en Europa y Estados Unidos, y lo más inquietante, quizá porque era a lo que estábamos menos acostumbrados, fue la presencia de ese pelo largo, y más inquietante aún, su ausencia. Recuerdo que después de haber registrado minuciosamente el lugar en busca de muertos enteros, empezamos a reunir fragmentos. Muchos los arrancamos de una gruesa alambrada que había rodeado la posición de la fábrica, y de las partes que aún quedaban en pie recogimos muchos pedazos arrancados que ilustraban demasiado bien la tremenda energía del explosivo de alta potencia. Muchos fragmentos los encontramos en medio del campo, a considerable distancia, arrastrados a lo lejos por su propio peso.

A nuestro regreso a Milán recuerdo que algunos de nosotros comentamos el hecho, y estuvimos de acuerdo en que su cualidad irreal y el hecho de que no hubiera heridos había paliado un horror que podría haber sido mucho mayor. Además, el hecho de haber acudido inmediatamente y que, en consecuencia, resultase aún lo menos desagradable posible transportar y manejar a los muertos, lo convertía en algo por completo distinto a las experiencias habituales en el campo de batalla. El agradable, aunque polvoriento, trayecto a través de la bonita campiña lombarda también sirvió para compensar lo desagradable de la misión, y a nuestro regreso, mientras intercambiábamos impresiones, todos coincidimos en que había sido una suerte que el fuego que se declaró justo antes de que llegáramos hubiera sido controlado rápidamente y no llegara a ninguno de los depósitos de municiones sin explotar, al parecer enormes. Coincidimos en que la recolección de los fragmentos había sido una tarea insólita; era asombroso que el cuerpo humano estallara en fragmentos que no seguían líneas anatómicas, sino que se dividían bastante caprichosamente, como la manera en que se fragmentaba un proyectil de alta potencia al estallar.

Un naturalista, a fin de obtener una observación precisa, a veces se limita a observar dentro de un período concreto de tiempo, y el mío será, en primer lugar, el que siguió a la ofensiva austríaca de junio de 1918 en Italia, momento en que los muertos estuvieron presentes en grandes cantidades, y como anteriormente nos habíamos retirado, al avanzar luego y recuperar el terreno perdido, resultó que las posiciones después de la batalla eran las mismas en que estábamos antes, y la única diferencia era la presencia de los muertos. Hasta que se los enterraba, los muertos iban cambiando de aspecto cada día. En las razas caucasianas el color pasa de blanco a amarillo, a verde

amarillento y luego a negro. Si permanecen el tiempo suficiente en medio del calor, la carne acaba pareciendo alquitrán de hulla, sobre todo donde se ha abierto o desgarrado, y posee una iridiscencia alquitranada bastante visible. Los muertos aumentan de tamaño cada día, hasta que a veces se hacen demasiado grandes para el uniforme que llevan, llenándolo hasta que parece que va a reventar. Las extremidades pueden aumentar de diámetro hasta extremos increíbles, y las caras se tensan y redondean como globos. Lo sorprendente, además de su progresiva corpulencia, es la cantidad de papel que se esparce en torno a los muertos. Su posición definitiva, antes de que se piense en enterrarlos, depende de dónde están situados los bolsillos del uniforme. En el ejército austríaco esos bolsillos se hallaban en la parte posterior del pantalón, con lo que los muertos, al cabo de poco tiempo, acababan todos boca abajo, con los dos bolsillos traseros del revés, y esparcidos en torno a ellos, en la hierba, todos los papeles que había en ellos. El calor, las moscas, las posiciones indicativas de los cadáveres en la hierba, y la cantidad de papel esparcido son las impresiones que se retienen. El olor de un campo de batalla cuando hace calor es algo imposible de evocar. Puedes recordar la presencia de ese olor, pero jamás, ocurra lo que ocurra, vuelves a experimentarlo. Es distinto al olor de un regimiento, que puede que te llegue de repente mientras estás viajando en tranvía y mires al otro lado y veas al hombre que te lo ha evocado. Pero lo otro desaparece de una manera tan absoluta como cuando has estado enamorado; recuerdas cosas que sucedieron, pero la sensación no puede evocarse.

Uno se pregunta qué habría visto ese perseverante viajero, Mungo Park, en un campo de batalla en medio del calor que le hiciera recuperar la confianza. A final de junio y julio siempre había amapolas entre el trigo, las moreras estaban llenas de hojas y se podían ver las ondas del calor alzándose desde los cañones de las armas allí donde les daba el sol a través de las cortinas de follaje; la tierra era de un amarillo vivo en los bordes de los hoyos donde habían impactado los proyectiles de gas mostaza, y cualquier casa derruida produce mejor impresión a la vista que una casa bombardeada, pero pocos viajeros habrían inhalado profundamente ese aire de principios de verano y habrían tenido los pensamientos que tuvo Mungo Park acerca de todos esos seres formados a Su imagen y semejanza.

Lo primero que averiguabas de los muertos era que, si recibían un impacto lo bastante fuerte, morían como animales. Algunos morían rápidamente a causa de una herida que jamás imaginarías que pudiera matar un conejo. Morían de pequeñas heridas igual que los conejos a veces mueren de tres o

cuatro perdigones que parecen incapaces de traspasarles la piel. Otros morían como gatos; con el cráneo roto y hierro en el cerebro, conseguían vivir dos días como gatos que se arrastran por la carbonera con una bala en el cerebro, y no mueren hasta que les cortas la cabeza. Es posible que los gatos no mueran siquiera entonces, pues dicen que tienen nueve vidas, no lo sé, pero casi todos los hombres mueren como animales, no como hombres. Nunca había visto una de esas muertes llamadas naturales, y lo achacaba a la guerra, y al igual que el perseverante viajero, Mungo Park, sabía que había algo más; ese algo más siempre ausente, hasta que entonces vi una.

La única muerte natural que he visto, si no tenemos en cuenta el desangrarse, que no está mal, fue una muerte debida a la gripe española. En tal caso te ahogas a causa del moco, te asfixias, y como sabéis la muerte del paciente es como sigue: al final acaba siendo de nuevo un niño, aunque con toda su fuerza viril, y llena las sábanas como si fueran un pañal con una enorme y final catarata amarilla que sigue fluyendo y goteando incluso cuando ya ha muerto. De modo que ahora quiero considerar la muerte de cualquier autodenominado humanista[18], porque un viajero perseverante como Mungo Park o como yo vive y quizá vivirá para ver la muerte de miembros de esta secta literaria y presenciar así cómo ejecutan su noble mutis. En mis reflexiones de naturalista se me ha ocurrido que, aunque el decoro es algo excelente, tiene que haber gente indecorosa si la raza debe perpetuarse, pues la posición prescrita para la procreación es indecorosa, tremendamente indecorosa, y se me ocurrió que a lo mejor eso es quizá lo que son, o fueron, esas personas: los hijos de una decorosa cohabitación. Pero a pesar de cómo fueran sus inicios, espero ver el final de unos cuantos, o especular cómo los gusanos pondrán a prueba esa esterilidad largamente conservada; con sus pintorescos panfletos convertidos en chirigota y toda su lujuria en notas al pie.

Aunque quizá sea legítimo traer a colación a estos autoproclamados ciudadanos en una historia natural de los muertos, y a pesar de que esa designación quizá ya no signifique nada cuando esta obra se publique, también es injusto para con los otros muertos, que no murieron jóvenes por propia elección, que no poseyeron revistas, y que, sin duda, en su mayor parte, ni siquiera leyeron jamás una revista, y a los que he visto en medio del calor con media pinta de gusanos consumiendo lo que había sido su boca. Para los muertos no siempre hacía calor, casi siempre era la lluvia lo que los limpiaba cuando estaban encima de la tierra y los ablandaba cuando estaban dentro, y a veces seguía lloviendo hasta que la tierra era barro y desaparecía y

tenías que volver a enterrarlos. O en invierno, en las montañas, tenías que cubrirlos de nieve, y cuando en primavera la nieve se derretía, otro tenía que enterrarlos. En las montañas había hermosas zonas de enterramiento, la guerra en las montañas era la guerra más hermosa de todas las guerras, y en una de esas montañas, un lugar llamado Pocol, enterraron a un general al que un francotirador le incrustó un tiro en la cabeza. Ahí es donde se equivocan los escritores que escriben libros titulados *Los generales mueren en la cama*[19], pues ese general murió en una trinchera excavada en la nieve, en lo alto de las montañas, con un gorro alpino en el que llevaba una pluma de águila y un agujero en la parte delantera por el que no cabía el meñique, y un agujero en la parte de atrás en el que te cabía el puño, si tenías un puño pequeño y querías meterlo ahí, y mucha sangre en la nieve. Era un general condenadamente bueno, y también lo fue el general Von Behr, que comandaba el Alpenkorps bávaro en la batalla de Caporetto y lo mató la retaguardia italiana mientras iba en su coche de Estado Mayor y entraba en Udine al frente de sus tropas, así que los títulos de esos libros deberían ser *Los generales normalmente mueren en la cama*, si es que pretendemos ser precisos en dicha cuestión.

En las montañas, a veces, también caía la nieve sobre los muertos que estaban fuera del hospital de campaña, situado en el lado que quedaba protegido de los bombardeos por la montaña. Los metían en una gruta excavada en la ladera antes de que la tierra se helara. Fue en esta gruta donde un hombre, cuya cabeza estaba partida como lo estaría un jarrón, aunque se mantenía unida por las membranas y un vendaje hábilmente aplicado, ahora empapado y endurecido, con la estructura del cerebro afectada por un trozo de acero roto, permaneció un día, una noche y un día. Los camilleros le pidieron al médico que fuera a echarle un vistazo. Lo veían cada vez que iban hasta allí, e incluso cuando no lo miraban lo oían respirar. Los ojos del médico estaban rojos, y los párpados hinchados, casi cerrados por el gas lacrimógeno. Observó al hombre dos veces; una a la luz del día, la otra con una linterna. Eso también le hubiese servido a Goya para hacer un buen grabado, me refiero a la visita con la linterna. Tras observarlo por segunda vez, el médico creyó a los camilleros que le dijeron que el soldado seguía vivo.

—¿Y qué queréis que haga? —preguntó el médico.

Ellos tampoco querían que hiciera nada. Pero al cabo de un rato le pidieron permiso para sacarlo y colocarlo con los que estaban malheridos.

—No. No. ¡No! —dijo el médico, que estaba ocupado—. ¿Qué os pasa? ¿Os da miedo?

—No nos gusta oírlo ahí con los muertos.

—No le escuchéis. Si lo sacáis luego tendréis que volverlo a meter.

—Eso no nos importa, capitán.

—No —dijo el médico—. No. ¿Me habéis oído decir no?

—¿Por qué no le da una sobredosis de morfina? —preguntó un oficial de artillería que estaba esperando que le vendaran una herida del brazo.

—¿Crees que tengo la morfina para eso? ¿Te gustaría que tuviera que operar sin morfina? Tienes una pistola, ve y pégale un tiro.

—Ya se lo han pegado —dijo el oficial—. Si los médicos también resultaran heridos se comportarían de otra manera.

—Muchísimas gracias —dijo el médico, agitando un fórceps en el aire—. Miles de gracias. ¿Qué te parecen mis ojos? —Los señaló con el fórceps—. ¿Te gustaría tenerlos así?

—Gas lacrimógeno. Para nosotros es suerte que te alcance el gas lacrimógeno.

—Porque entonces abandonáis las líneas —dijo el médico—. Porque venís corriendo aquí con vuestro gas lacrimógeno para que os evacuen. Os frotáis los ojos con cebolla.

—No sabe lo que dice. No pienso hacer caso de sus insultos. Está loco.

Entraron los camilleros.

—Capitán médico —dijo uno de ellos.

—¡Fuera de aquí! —dijo el médico.

Los camilleros salieron.

—Le voy a pegar un tiro a ese pobre hombre —dijo el oficial de artillería —. Soy un hombre humanitario. No le dejaré sufrir.

—Pégale un tiro, pues —dijo el médico—. Pégale un tiro. Asume la responsabilidad. Yo redactaré el informe. Herido rematado por un teniente de artillería en el puesto de primeros auxilios. Dispárale. Adelante, pégale un tiro.

—Usted no es un ser humano.

—Mi profesión es cuidar de los heridos, no matarlos. Eso lo dejo para los caballeros de artillería.

—Entonces ¿por qué no cuida de él?

—Ya lo he hecho. He hecho todo lo posible.

—¿Por qué no lo evacua en el funicular?

—¿Quién eres tú para hacerme preguntas? ¿Eres un oficial superior? ¿Estás al mando de este hospital de campaña? Haz el favor de responderme.

El teniente de artillería no dijo nada. Los otros que estaban en la tienda eran soldados, y ellos dos eran los únicos oficiales presentes.

—Contéstame —dijo el médico, sujetando una aguja con sus fórceps—. Dame una respuesta.

—Que le jodan —dijo el oficial de artillería.

—Muy bien —dijo el médico—. Muy bien, he oído lo que has dicho. Está bien. Está bien. Ya veremos.

El oficial de artillería se puso en pie y se dirigió hacia él.

—Que le jodan —dijo—. Que le jodan. Que jodan a su madre. Que jodan a su hermana…

El médico le lanzó a la cara el platillo lleno de yodo. Mientras se dirigía hacia él, cegado, el teniente intentó sacar la pistola. El médico se deslizó rápidamente detrás de él, le puso la zancadilla, y cuando lo tuvo en el suelo le dio de patadas y le quitó la pistola con sus guantes de goma. El teniente se quedó sentado en el suelo con la mano buena en los ojos.

—¡Lo mataré! —dijo—. Lo mataré en cuanto pueda verlo.

—Yo soy el jefe —dijo el médico—. Estás perdonado, ahora que sabes que soy el jefe. No puedes matarme porque tengo tus pistolas. ¡Ayudante! ¡Ayudante!

—El ayudante está en el funicular —dijo el sargento.

—Límpiale los ojos a este hombre con alcohol y agua. Le ha entrado yodo. Tráeme la palangana para lavarme las manos. Luego me ocuparé de este oficial.

—No va a tocarme.

—Agárrale fuerte. Delira un poco.

Entró uno de los camilleros.

—Capitán médico.

—¿Qué quiere?

—El hombre de la gruta de los muertos…

—Fuera de aquí.

—Ha muerto, capitán médico. Pensé que le alegraría saberlo.

—¿Lo ves, mi pobre teniente? Discutimos por nada. Estamos en guerra y discutimos por nada.

—Que le jodan —dijo el teniente de artillería. Seguía sin ver nada—. Me ha dejado ciego.

—No es nada —dijo el médico—. Te pondrás bien. No es nada. Una discusión por nada.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —chilló de pronto el teniente—. ¡Me ha dejado ciego! ¡Me ha dejado ciego!

—Agárralo fuerte —dijo el médico—. Tiene mucho dolor. Agárralo bien fuerte.

Vino de Wyoming

Era una calurosa tarde en Wyoming; las montañas estaban muy lejos y se veía nieve en las cumbres, pero no proyectaban ninguna sombra, y en el valle los campos de cereales eran amarillos, la carretera estaba polvorienta a causa de los coches que pasaban, y todas las casitas de madera en los límites del pueblo se cocían al sol. En el porche trasero de la casa de Fontan había un árbol que daba sombra, y yo estaba sentado allí, a una mesa, y *madame* Fontan me trajo cerveza fría del sótano. Un coche se desvió de la carretera principal, se acercó por la secundaria y se detuvo junto a la casa. Dos hombres se bajaron y cruzaron la verja. Coloqué las botellas debajo de la mesa. *Madame* Fontan se levantó.

—¿Dónde está Sam? —preguntó uno de los hombres en la puerta mosquitera.

—No está aquí. Está en las minas.

—¿Tiene cerveza?

—No. No tengo cerveza. Esta es la última botella. Se ha acabado.

—Y él, ¿qué bebe?

—Esta es la última botella. Se ha acabado.

—Venga, vámonos a algún lugar donde podamos tomar cerveza de verdad —dijo uno de ellos, y se fueron hacia el coche. Uno de ellos iba dando tumbos. El coche se estremeció al arrancar, dio media vuelta en la carretera y se alejó.

—Ponga la cerveza sobre la mesa —dijo *madame* Fontan—. ¿Qué pasa? Sí, muy bien. ¿Qué pasa? No deje la botella en el suelo.

—No sabía quiénes eran —dije.

—Son borrachos —dijo—. Ese es el problema. Luego se van a otro lado y dicen que han conseguido la cerveza aquí. A lo mejor ni siquiera se acuerdan. —Hablaba francés, pero solo era francés de vez en cuando, y había muchas palabras inglesas, y también algunas construcciones.

—¿Dónde está Fontan?

—*Il fait de la vendage*. Oh, Dios mío, *il est* loco *pour le vin*.

—Pero ¿a usted le gusta la cerveza?

—*Oui, j'aime la bière, mais Fontan, il est* loco *pour le vin*.

Era una mujer vieja y rolliza, con una encantadora tez rubicunda y el pelo blanco. Era muy limpia, y la casa estaba muy limpia y ordenada. Había nacido en Lens.

—¿Dónde ha comido?

—En el hotel.

—*Mangez ici. Il ne faut pas manger à l'hôtel ou au restaurant. Mangez ici*.

—No quiero causarle molestias. Y además, todos comen en el hotel.

—Yo nunca he comido en el hotel. A lo mejor allí comen bien. Desde que estoy en Estados Unidos solo he comido una vez en un restaurante. ¿Sabe qué me dieron? ¡Me sirvieron un cerdo que estaba crudo!

—¿De verdad?

—No quiero mentirle. ¡Era un cerdo que no estaba cocido! *Et mon fils il est marié avec une américaine, et tout le temps il a mangé* les alubias en lata.

—¿Cuánto lleva casado?

—Oh, Dios mío, no lo sé. Su esposa pesa ciento dos kilos. No trabaja. No cocina. Le da alubias en lata.

—Entonces, ¿qué hace?

—Todo el rato lee. *Rien que des* libros. *Tout le temps* se está en la cama y lee libros. Ya no puede tener más hijos. Está demasiado gorda. Ya no hay sitio.

—¿Qué problema tiene?

—Ella lee libros todo el tiempo. Él es un buen chico. Trabaja duro. Trabajó en las minas; ahora trabaja en un rancho. Nunca había trabajado en un rancho, y el dueño del rancho le dijo a Fontan que nunca había visto a nadie trabajar mejor en ese rancho que el chico. Luego llega a casa y ella no le da de comer.

—¿Por qué no se divorcia?

—No tiene dinero para divorciarse. Además, *il est* loco *pour elle*.

—¿Es guapa?

—Eso es lo que él cree. Cuando la trajo a casa pensé que iba a morirme. Es tan buen chico y trabaja siempre tanto y nunca se va por ahí ni causa problemas. Y un día se va a trabajar a los campos petrolíferos y vuelve a casa con esa *indienne* que entonces pesaba ochenta kilos.

—¿Es *indienne*?

—Es india, ya lo creo. Dios mío, sí que lo es. Todo el rato dice *hijodeputa malditasea*. No trabaja.

—¿Dónde está ahora?

—*Au show*.

—¿Dónde es eso?

—*Au show*. En el cine. Todo lo que hace es leer e ir al cine.

—¿Tiene más cerveza?

—Dios mío, sí. Claro. Venga a comer con nosotros esta noche.

—Muy bien. ¿Qué traigo?

—No traiga nada. Nada en absoluto. A lo mejor Fontan tendrá algo de vino.

Aquella noche fui a cenar a casa de Fontan. Nos sentamos en el comedor, ante un mantel limpio. Probamos el vino joven. Era muy ligero y claro y bueno, y aún sabía a uvas. En la mesa estaban Fontan y *madame* y el muchacho, André.

—¿Qué ha hecho hoy? —preguntó Fontan. Era un hombre mayor, de cuerpo menudo y fatigado de tanto trabajar en la mina, bigote gris con las puntas hacia el suelo y ojos vivos; había nacido en la Francia central, cerca de Saint-Étienne.

—He trabajado en mi libro.

—¿Todo bien en sus libros? —preguntó *madame*.

—Se refiere a que está escribiendo un libro. Es escritor. Un *roman* —le explicó Fontan.

—Papá, ¿puedo ir al cine? —preguntó André.

—Claro —dijo Fontan. André se volvió hacia mí.

—¿Qué edad cree que tengo? ¿Cree que aparento catorce años? —Era un muchacho menudo, pero tenía cara de dieciséis.

—Sí. Aparentas catorce.

—Cuando voy al cine me agacho e intento parecer pequeño. —Tenía una voz muy aguda, que le estaba cambiando—. Si les doy veinticinco centavos se los quedan, pero si les doy solo quince me dejan entrar igual.

—Entonces solo te doy quince centavos —dijo Fontan.

—No. Dame el cuarto de dólar. Lo cambiaré por el camino.

—*Il faut revenir tout de suite après le show* —dijo *madame* Fontan.

—Volveré enseguida. —André se fue a la puerta. Fuera era de noche y refrescaba. Dejó la puerta abierta y entró una brisa fresca.

—*Mangez*! —dijo *madame* Fontan—. No ha comido nada. —Había comido dos platos de pollo y patatas fritas, tres mazorcas de maíz dulce, pepinos a rodajas y dos platos de ensalada.

—A lo mejor quiere un poco de *tagta* —dijo Fontan.

—Debería haberle traído un poco de *tagta* —dijo *madame* Fontan—. *Mangez du fromage*. *Mangez du quiso* cremoso. *Vous n'avez rien mangé*. Debería haber traído *tagta*. Los americanos siempre comen *tagta*.

—*Mais j'ai rudemente bien mangé*.

—*Mangez! Vous n'avez rien mangé*. Cómaselo todo. No guardamos nada. Acábeselo.

—Coma más ensalada —dijo Fontan.

—Le traeré más cerveza —dijo *madame* Fontan—. Si trabaja todo el día en una fábrica de libros debe de tener hambre.

—*Elle ne comprend pas que vous êtes écrivain* —dijo Fontan. Era un delicado hombrecillo que utilizaba la jerga y conocía las canciones populares de cuando hizo el servicio militar, a finales de la década de 1890—. Lo que hace es escribir libros —le explicó a *madame*.

—¿Usted mismo escribe los libros?

—A veces.

—¡Oh! —dijo *madame*—. ¡Oh! Usted mismo los escribe. ¡Oh! Bueno, si hace eso también debe de tener hambre. *Mangez*! *Je vais cherchez de la bière*.

La oímos bajar al sótano por las escaleras. Fontan me sonrió. Era muy tolerante con la gente que no tenía su experiencia ni su mundología.

Cuando André volvió del cine seguíamos sentados en la cocina y hablábamos de la caza.

—El día del Trabajo fuimos todos al río Clear —dijo *madame*—. Oh, Dios mío, debería haber estado allí. Fuimos todos en camión. *Tout le monde est allé dans le truck. Nous sommes partis le dimanche. C'est le truck de Charley*.

—*On a mangé, on a bu du vin, de la bière, et il y avait aussi un français qui a apporté de l'absinthe* —dijo Fontan—. *Un français de la Californie*!

—Dios mío, *nous avons chanté*. Se acerca un granjero y nos pregunta qué es todo aquello y le damos de beber y se queda con nosotros un buen rato. También vienen algunos italianos, y también quieren quedarse con nosotros. Cantamos una canción acerca de los italianos y no la entienden. No sabían que no los queríamos, y la verdad era que no queríamos saber nada de ellos, y al cabo de un rato se fueron.

—¿Cuánto pescado cogieron?

—*Très peu*. Fuimos a pescar un rato, pero luego nos pusimos a cantar otra vez. *Nous avons chantez, vous savez*.

—Por la noche —dijo *madame*—, *toutes les femmes ont dormi dans le truck. Les hommes à côté du feu*. Por la noche oigo a Fontan que viene a buscar algo de vino, y le digo, Fontan, Dios mío, dejad algo para mañana. Mañana no tendrán nada para beber, y entonces lo lamentarán.

—*Mais nous avons tout bu* —dijo Fontan—. *Et le lendemain il ne reste rien*.

—¿Qué hicieron?

—*Nous avons pêché sérieusement*.

—También había buenas truchas, desde luego. Dios mío, sí. Todas iguales; un cuarto de kilo.

—¿Cómo eran de grandes?

—Un cuarto de kilo. El tamaño justo para comérselas. Todas del mismo tamaño; un cuarto de kilo.

—¿Qué le parece Estados Unidos?

—Es mi país, ya ve. De modo que me gusta, porque es mi país. *Mais on ne mange pas très bien. D'antan, oui. Mais maintenant, no*.

—No —dijo *madame*—. *On ne mange pas bien*. —Negó con la cabeza—. *Et aussi, il y a trop* de polaco. *Quand j'étais petite ma mère m'a dit, «vous mangez comme les* polacos». *Je n'ai jamais compris ce que c'est qu'un* polaco. *Mais maintenant en Amérique je comprends. Il y a trop* de polacos. *Et*, Dios mío, *ils sont sales, les* polacos.

—Un sitio estupendo para cazar y pescar —dije.

—*Oui. Ça, c'est le meilleur. La chasse et la pêche* —dijo Fontan—. *Qu'est-ce que vous avez comme fusil*.

—Una escopeta del calibre doce.

—*Il est bon*, la escopeta —dijo Fontan asintiendo con la cabeza.

—*Je veux aller à la chasse moi-même* —dijo André con su voz aguda de niño.

—*Tu ne peux pas* —dijo Fontan. Se volvió hacia mí—. *Ils sont des sauvages, les* chicos, *vous savez. Ils sont des sauvages. Ils veulent shooter les uns les autres*.

—*Je veux aller tout seul* —dijo André, con estridente entusiasmo.

—No puedes ir —dijo *madame* Fontan—. Eres demasiado joven.

—*Je veux aller tout seul* —dijo André con su voz estridente—. *Je veux shooter les rats d'eau*.

—¿Qué son las *rats d'eau*? —pregunté.

—¿No lo sabe? Seguro que sí. Es lo que llaman rata almizclera.

André había sacado la escopeta del calibre veintidós del armario y la tenía en las manos bajo la luz.

—*Ils sont des sauvages* —explicó Fontan—. *Ils veulent shooter les uns les autres*.

—*Je veux aller tout seul* —dijo André con su voz chillona. Miraba desesperadamente por el cañón de la escopeta—. *Je veux shooter les rats d'eau. Je connais beaucoup de rats d'eau*.

—Dame la escopeta —dijo Fontan. Me volvió a repetir—: Son salvajes. Se dispararían el uno al otro.

André sujetó la escopeta con fuerza.

—*On peut mirer. On ne fait pas de mal. On peut mirer*.

—*Il est* loco por disparar —dijo *madame* Fontan—. *Mais il est trop jeune*.

André volvió a colocar la escopeta del veintidós en el armario.

—Cuando sea mayor cazaré ratas almizcleras y también liebres —dijo en inglés—. Una vez salí con papá y él le dio a una liebre y no la mató y yo le disparé y le di.

—*C'est vrai* —asintió Fontan—. *Il a tué* una liebre.

—Pero él le dio primero —dijo André—. Quiero ir a cazar solo y disparar solo. El año que viene ya podré. —Se fue a un rincón y se puso a leer un libro. Yo le había echado un vistazo cuando entramos en la cocina para sentarnos después de la cena. Era un libro de la biblioteca: *Frank en una lancha cañonera*.

—*Il aime les* libros —dijo *madame* Fontan—. Es mejor eso que irse por ahí de noche con los demás chicos y robar.

—Los libros son buenos —dijo Fontan—. *Monsieur il fait les* libros.

—Sí, es cierto, son buenos. Pero demasiados libros son malos —dijo *madame* Fontan—. *Ici, c'est une maladie, les* libros. *C'est comme les* iglesias. *Ici il y a trop de* iglesias. En *France il y a seulement les catholiques et les protestants… et très peu de protestants. Mais ici rien que de* iglesias. *Quand j'étais venu ici je disais*, oh, Dios mío, ¿qué son todas estas iglesias?

—*C'est vrai* —dijo Fontan—. *Il y a trop des* iglesias.

—El otro día —dijo *madame* Fontan—, había una niña francesa con su madre, la prima de Fontan, y me dijo: «*En Amérique il ne faut pas être catholique*. No es bueno ser católico. A los americanos no les gusta que seas católico. Es como la ley seca». Yo le dije: «¿Qué vas a ser? ¿Eh? Es mejor ser católico si eres católico». Pero ella me dijo: «No, no es bueno ser católico en América». Pero yo creo que es mejor ser católico si ya lo eres. *Ce n'est pas bon de changer sa religion*. Dios mío, no.

—¿Va a misa aquí?

—No, en América no voy, solo muy de vez en cuando. *Mais je reste catholique*. No es bueno cambiar de religión.

—*On dit que Schmidt est catholique* —dijo Fontan.

—*On dit, mais on ne sait jamais* —dijo *madame* Fontan—. No creo que Schmidt sea *catholique*. No hay muchos *catholiques* en América.

—Nosotros somos *catholiques* —dije.

—Claro, pero usted vive en Francia —dijo *madame* Fontan—. *Je ne crois pas que Schmidt est catholique*. ¿Alguna vez ha vivido en Francia?

—*Les* polacos *sont catholiques* —dijo Fontan.

—Eso es cierto —dijo *madame* Fontan—. Van a la iglesia, luego se pelean a navajazos cuando vuelven a casa y se pasan el domingo matándose entre ellos. Pero no son católicos de verdad. Son polacos católicos.

—Todos los católicos son iguales —dijo Fontan—. Un católico es como cualquier otro.

—No creo que Schmidt sea católico —dijo *madame* Fontan—. Si es católico, la cosa tiene muchísima gracia. *Moi, je ne crois pas*.

—*Il est catholique* —dije.

—Schmidt es *catholique* —caviló *madame* Fontan—. Jamás lo habría pensado. Dios mío, *il est catholique*.

—*Marie, va chercher de la bière* —dijo Fontan—. *Monsieur a soif… moi aussi*.

—Sí, de acuerdo —dijo *madame* Fontan desde la habitación de al lado. Bajó las escaleras y oímos crujir los peldaños. André estaba en un ángulo, leyendo. Fontan y yo estábamos sentados a la mesa, y él sirvió cerveza en nuestros dos vasos de la última botella que quedaba, dejando un poco en el fondo.

—*C'est un bon pays pour la chasse* —dijo Fontan—. *J'aime beaucoup shooter les canards*.

—*Mais il y a très bonne chasse aussi en France* —dije.

—*C'est vrai* —dijo Fontan—. *Nous avons beaucoup de gibier là-bas*.

Madame Fontan subió las escaleras con las botellas de cerveza en la mano.

—*Il est catholique* —dijo—. Dios mío, Schmidt *est catholique*.

—¿Cree que será presidente? —preguntó Fontan.

—No —dije.

Al día siguiente subí en coche a casa de Fontan, crucé el pueblo por el lado sombrío, luego por la carretera polvorienta, me metí por la carretera secundaria y dejé el coche junto a la cerca. Volvía a hacer calor. *Madame* Fontan se acercó a la puerta trasera. Parecía la señora Santa Claus, limpia, con la cara sonrosada y el pelo blanco, caminando como un pato.

—Dios mío, hola —dijo—. Dios mío, qué calor. —Volvió a meterse en la casa por cerveza. Me senté en el porche de atrás y miré entre la cortina de follaje del árbol; vi el calor, y más lejos, las montañas. Eran montañas marrones y marcadas con surcos, y encima de ellas había tres cumbres y un glaciar con nieve que podías ver a través de los árboles. La nieve parecía muy blanca y pura e irreal. *Madame* Fontan salió y colocó las botellas sobre la mesa.

—¿Qué ve allí lejos?

—La nieve.

—*C'est jolie, la neige*.

—Tome un vaso conmigo.

—Muy bien.

Se sentó en una silla a mi lado.

—Schmidt —dijo—. Si es presidente, ¿cree que permitirá el vino y la cerveza?

—Claro —dije—. Confíe en Schmidt.

—Ya pagamos setecientos cincuenta y cinco dólares en multas cuando arrestaron a Fontan. La policía nos ha arrestado dos veces, y una el gobierno. Todo el dinero que ganamos mientras Fontan trabajó en las minas y yo hice de lavandera. Lo pagamos todo. Metieron a Fontan en la cárcel. *Il n'a jamais fait de mal à personne*.

—Es un buen hombre —dije—. Es un delito.

—Tampoco cobramos demasiado. El vino a un dólar el litro. La cerveza a diez centavos la botella. Nunca vendemos la cerveza antes de que sea buena. En muchos lugares venden la cerveza nada más hacerla, y luego todo el mundo tiene dolor de cabeza. ¿Y qué pasa con eso? Meten a Fontan en la cárcel y se quedan con setecientos cincuenta y cinco dólares.

—Es una vergüenza —dije—. ¿Dónde está Fontan?

—Con el vino. Ahora tiene que vigilarlo para que esté en su punto —dijo sonriendo. Ya no pensaba en el dinero—. *Vous savez. Il est* loco *pour le vin*. La noche pasada trajo un poco a casa, el que usted bebió, y un poco del joven. El más reciente. Todavía no está hecho, pero bebió un poco, y esta mañana se puso unas gotas en el café. *Dans son café, vous savez! Il est* loco *pour le vin!*

Il est comme ça. Son pays est comme ça. Donde yo vivo, en el norte, no beben vino. Todo el mundo bebe cerveza. Al lado de donde vivíamos había una gran fábrica de cerveza. Cuando yo era pequeña no me gustaba el olor del lúpulo en los carros. Ni en los campos. *Je n'aime pas les houblons*. Dios mío, ni pizca. El propietario de la fábrica nos dijo a mi hermana y a mí que fuéramos a la fábrica y bebiéramos cerveza, y que luego nos gustaría el lúpulo. Es verdad. Luego nos gustó muchísimo. Mandó que nos dieran cerveza. Y entonces nos gustó muchísimo. Pero Fontan, *il est* loco *pour le vin*. Una vez mató una liebre y quería que se la cocinara con vino, que hiciera una salsa negra con vino, mantequilla y setas y cebolla y de todo, para la liebre. Dios mío, le preparé la salsa, se la comió y dijo: «*La sauce est meilleure* que la liebre». *Dans son pays c'est comme ça. Il y a beaucoup de gibier et de vin. Moi, j'aime les pommes de terre, le saucisson, et la bière. C'est bon, la bière. C'est très bon pour la santé*.

—Es buena —dije—. Y el vino también.

—Usted es como Fontan. Pero hay una cosa que nunca había visto. No creo que usted la haya visto tampoco. Había americanos que venían y se echaban *whisky* en la cerveza.

—No —dije.

—*Oui*. Dios mío, sí, es cierto. *Et aussi une femme qui a vomis sur la table*!

—*Comment*?

—*C'est vrai. Elle a vomis sur la table. Et après elle a vomis dans ses* zapatos. Y luego vuelven y dicen que quieren volver y hacer otra fiesta al sábado siguiente, y yo digo ¡no, Dios mío, no! Cuando volvieron, cerré la puerta con llave.

—Tienen mal beber.

—En invierno, cuando los muchachos se van al baile, vienen en coche y se esperan fuera y le dicen a Fontan: «Eh, Sam, véndenos una botella de vino», o compran cerveza, y entonces sacan una botella de licor del bolsillo y lo echan en la cerveza y se lo beben. Dios mío, esa fue la primera vez que lo vi en mi vida. Ponen *whisky* en la cerveza. Dios mío, ¡eso no lo entiendo!

—Quieren marearse para saber que están borrachos.

—Una vez vino un tipo y me dijo que quería que les preparara una gran cena y se beben una o dos botellas de vino, y sus chicas también vienen, y luego se van a bailar. Muy bien, dije. Así que les preparé una gran cena, y cuando vinieron ya habían bebido mucho. Luego se echaron *whisky* en el vino. Dios mío, sí. Le dije a Fontan: «*On va être malade*!». «*Oui*», *il dit*.

Luego esas chicas se ponen a vomitar, unas chicas majas, estupendas. Se pusieron a vomitar en la mesa. Fontan intentó llevarlas del brazo y enseñarles que podían vomitar en el lavabo sin problemas, pero dijeron que no, que estaban muy bien allí en la mesa.

Fontan había entrado.

—Cuando volvieron cerré la puerta con llave. «No», dije. «Ni por ciento cincuenta dólares». Dios mío, no.

—En francés hay una palabra para la gente que se comporta así —dijo Fontan. Se le veía muy viejo y fatigado a consecuencia del calor.

—¿Cuál?

—*Cochon* —dijo de manera delicada, sin saber muy bien si utilizar una palabra tan fuerte—. Eran como *cochons. C'est un mot très fort* —se disculpó —, *mais vomir sur la table*. —Negó tristemente con la cabeza.

—*Cochons* —dije—. Eso es lo que son: *cochons. Salauds*.

La ordinariez de la palabra le resultó desagradable a Fontan. Prefirió hablar de otra cosa.

—*Il y a des gens très gentils, très sensibles, qui viennent aussi* —dijo—. Hay oficiales del fuerte. Son muy simpáticos. Buena gente. Todo el mundo que ha estado alguna vez en Francia quiere venir a beber vino. Les encanta el vino.

—Había un hombre —dijo *madame* Fontan— al que su mujer nunca deja salir. De modo que él le dice que está cansado y se va a la cama, y cuando ella se va al cine el hombre viene directamente aquí, a veces en pijama con un abrigo por encima. «María, dame un poco de cerveza», dice, «por el amor de Dios». Se sienta con el pijama puesto y se bebe la cerveza, y luego se pone en pie y se vuelve al fuerte y se mete en la cama antes de que su mujer vuelva del cine.

—*C'est un original* —dijo Fontan—, *mais vraiment gentil*. Es un buen tipo.

—Dios mío, ya lo creo que es un buen tipo —dijo *madame* Fontan—. Cuando su mujer vuelve del cine él siempre está ya en la cama.

—Mañana me marcho —dije—. Voy a la reserva Crow. Vamos a la apertura de la temporada del urogallo.

—¿Ah, sí? Vuelvan antes de marcharse. ¿Volverán?

—Desde luego.

—Cuando vuelvan el vino ya estará hecho —dijo Fontan—. Beberemos una botella juntos.

—Tres botellas —dijo *madame* Fontan.

—Volveré —dije.

—Contamos con ustedes —dijo Fontan.

—Buenas noches —dije.

* * *

Volvimos de la partida de caza a primera hora de la tarde. Llevábamos levantados desde las cinco de la mañana. El día antes habíamos tenido buena caza, pero aquella mañana no habíamos visto ni un urogallo. En el coche descapotable pasamos mucho calor, y nos detuvimos a comer a la sombra, bajo un árbol que había a un lado de la carretera. El sol estaba alto, y la zona de sombra era muy pequeña. Comimos sándwiches y *crackers* untadas con relleno para sándwich, y estábamos sedientos y cansados, y nos alegramos cuando por fin tomamos de nuevo la carretera principal de vuelta al pueblo. Nos topamos con una colonia de perrillos de las praderas, y detuvimos el coche y les disparamos con la pistola. Matamos a dos, pero lo dejamos pronto, porque las balas perdidas rebotaban en las rocas y la tierra, y más allá de los campos había unos árboles que seguían un curso de agua, con una casa, y no queríamos que una bala perdida llegara a la casa y nos metiera en un lío. Así que seguimos el viaje y al final comenzamos a bajar la carretera que desembocaba en las casas de las afueras del pueblo. Al otro lado del llano se veían las montañas. Aquel día estaban azules, y la nieve que había en lo alto brillaba como el cristal. El verano acababa, pero la nieve nueva aún no se había instalado en las altas montañas; solo se veía la nieve vieja derretida por el sol y el hielo, cuyo brillo, incluso desde tan lejos, nos llegaba con gran intensidad.

Queríamos tomar algo fresco y un poco de sombra. Estábamos quemados y teníamos ampollas en los labios a causa del sol y de la tierra alcalina. Cogimos la carretera secundaria que llevaba a casa de Fontan, paramos el coche delante de la casa y entramos. En el comedor se estaba fresco. *Madame* Fontan estaba sola.

—Solo tengo dos botellas de cerveza —dijo—. Todo se ha acabado. No es una buena noticia.

Le di algunas aves.

—Esto está bien —dijo—. Muy bien. Gracias. Esto está bien. —Llevó las aves a un lugar más fresco. Cuando acabamos la cerveza me puse en pie—. Tenemos que irnos —dije.

—¿Volverán esta noche? Fontan va a traer el vino.

—Volveremos antes de marcharnos.

—¿Se van?

—Sí. Tenemos que irnos por la mañana.

—Qué pena que se vaya. Vengan esta noche. Fontan traerá el vino. Haremos una *fête* antes de que se vayan.

—Vendremos antes de irnos.

Pero aquella tarde hubo que enviar unos telegramas y revisar el coche —uno de los neumáticos se había rajado y había que vulcanizarlo—, y, sin el coche, me fui andando al pueblo a hacer algunas cosas que no se podían pasar por alto antes de irnos. Cuando llegó la hora de cenar estaba demasiado cansado para salir. No teníamos ganas de tener que charlar en un idioma extranjero. Todo lo que queríamos era acostarnos temprano.

Mientras estaba echado en la cama antes de dormirme, con todos los pertrechos del verano amontonados a mi alrededor para hacer las maletas, el aire fresco de las montañas entrando por las ventanas abiertas, me dije que era una vergüenza no haber ido a casa de Fontan… pero no tardé en dormirme. Toda la mañana siguiente estuvimos ocupados haciendo las maletas y apurando los últimos días del verano. Almorzamos y a las dos estábamos a punto para salir.

—Debemos ir a despedirnos de los Fontan.

—Sí, tenemos que ir.

—Me temo que nos esperaban anoche.

—Supongo que podríamos haber ido.

—Ojalá hubiéramos ido.

Nos despedimos del recepcionista del hotel, y de Larry y de nuestros amigos del pueblo, y luego fuimos a casa de Fontan. Tanto *monsieur* como *madame* estaban en casa. Se alegraron de vernos. A Fontan se le veía viejo y fatigado.

—Pensábamos que vendrían anoche —dijo *madame* Fontan—. Fontan trajo tres botellas de vino. Como no vinieron, nos las bebimos.

—No podemos quedarnos más que un momento —dije—. Solo hemos venido a despedirnos. Queríamos venir anoche. Teníamos intención de venir, pero estábamos demasiado cansados del viaje.

—Tomen un poco de vino —dijo Fontan.

—No hay vino. Te lo bebiste todo.

Fontan parecía muy disgustado.

—Traeré un poco —dijo—. Tardaré solo unos minutos. Anoche me lo acabé. Lo había traído para ustedes.

—Sabía que estarían muy cansados. «Dios mío», dije, «están demasiado cansados para venir» —dijo *madame* Fontan—. Trae un poco de vino, Fontan.

—Le llevaré en el coche —dije.

—De acuerdo —dijo Fontan—. Así iremos más deprisa.

Fuimos por la carretera y al cabo de poco más de un kilómetro cogimos otra secundaria.

—Le gustará ese vino —dijo Fontan—. Ha salido bueno. Puede bebérselo esta noche para cenar.

Nos detuvimos ante una casa de madera. Fontan llamó a la puerta. Nadie respondió. Fuimos a la parte de atrás. La puerta de atrás también estaba cerrada con llave. Había latas vacías alrededor de la puerta trasera. Miramos por la ventana. Dentro no había nadie. La cocina estaba sucia y pringosa, pero todas las puertas y ventanas estaban perfectamente cerradas.

—La hija de puta. ¿Adónde se ha ido? —dijo Fontan. Estaba desesperado —. Sé dónde hay una llave —añadió—. Quédese aquí. —Le vi ir carretera abajo hasta la casa de al lado, llamar a la puerta, hablar con la mujer que salió a abrirle y por fin volver. Tenía una llave. Probamos con la puerta de delante y la de atrás, pero ninguna se abrió—. Esa hija de puta —dijo Fontan—. A saber adónde ha ido.

Miré por la ventana y pude ver el lugar donde guardaban el vino. Cerca de la ventana te llegaba el olor del interior de la casa. Era un olor dulzón y nauseabundo, como a casa india. De repente Fontan cogió una tabla suelta y comenzó a excavar la tierra junto a la puerta de atrás.

—Puedo entrar —dijo—. Hija de puta, puedo entrar.

En el patio trasero de la casa de al lado había un hombre trajinando con las ruedas delanteras de su viejo Ford.

—Es mejor que lo deje —le dije—. Ese hombre le verá. Está mirando.

Fontan se incorporó.

—Probaremos una vez más con la llave —dijo. Probamos con la llave y no funcionó. Solo giraba media vuelta en las dos direcciones.

—No podemos entrar —dije—. Será mejor que nos vayamos.

—Haré un agujero bajo la puerta trasera —propuso Fontan.

—No, no le dejaré que se arriesgue.

—Lo haré.

—No —dije—. Ese hombre le verá. Y luego le quitará el vino.

Nos fuimos al coche y volvimos a casa de Fontan, parándonos un momento a devolver la llave. Fontan no abrió la boca más que para maldecir

en inglés. Hablaba de manera incoherente y estaba abatido. Entramos en la casa.

—¡Esa hija de puta! —dijo—. No hemos podido coger el vino. El vino que yo mismo hice.

Toda la felicidad que había en la cara de *madame* Fontan desapareció. Fontan se sentó en un rincón con la cabeza entre las manos.

—Tenemos que irnos —dije—. No se preocupen por lo del vino. Bébanselo a nuestra salud.

—¿Adónde se ha ido esa loca? —preguntó *madame* Fontan.

—No lo sé —dijo Fontan—. No sé adónde ha ido. Ahora tendrán que marcharse sin el vino.

—No pasa nada —dije.

—Eso no está bien —dijo *madame* Fontan. Negó con la cabeza.

—Tenemos que irnos —dije—. Adiós y buena suerte. Gracias por los buenos ratos que hemos pasado.

Fontan negó con la cabeza. Estaba avergonzado. *Madame* Fontan parecía triste.

—No se preocupe por lo del vino —dije.

—Él quería que probaran ese vino —dijo *madame* Fontan—. ¿Vendrán el año que viene?

—No. Quizá el otro año.

—¿Lo ves? —le dijo Fontan a su mujer.

—Adiós —dije—. No piense más en el vino. Bébanselo a nuestra salud. —Fontan negó con la cabeza. No sonreía. Sabía cuándo estaba destrozado.

—Esa hija de puta —se dijo Fontan.

—Anoche tenía tres botellas —dijo *madame* Fontan para consolarse. Él negó con la cabeza.

—Adiós —dije.

Madame Fontan tenía lágrimas en los ojos.

—Adiós —dijo. Lo sentía muchísimo por Fontan.

—Adiós —dijimos. Todos nos sentíamos muy mal. Se quedaron de pie en la entrada y nosotros nos metimos en el coche y puse en marcha el motor. Dijimos adiós con la mano. Se quedaron juntos y tristes en el porche. A Fontan se le veía muy viejo, y a *madame* Fontan, triste. Nos dijo adiós con la mano y Fontan entró en la casa. Cogimos la carretera principal.

—Les ha sabido muy mal. Fontan estaba muy afectado.

—Deberíamos haber ido anoche.

—Sí, deberíamos haber ido.

Cruzamos el pueblo y salimos a la lisa carretera, con el rastrojo de los campos de trigo a cada lado y las montañas a la derecha. Parecía España, pero era Wyoming.

—Espero que tengan mucha suerte.

—No la tendrán —dije—, y Schmidt tampoco será presidente.

Se interrumpió la carretera de cemento. Ahora era grava, y abandonamos la planicie y comenzamos a subir entre dos estribaciones; la carretera formaba una curva e iniciaba el ascenso. La tierra era roja, crecía la salvia en matas grises, y a medida que la carretera iba ascendiendo podíamos ver más allá de las colinas y la planicie del valle, hasta las montañas. Ahora estaban más lejos y se parecían más que nunca a España. La carretera formaba otra curva y volvía a subir, y delante había unos urogallos cubriéndose de polvo en la carretera. Levantaron el vuelo cuando nos acercamos, batiendo veloces las alas, despegando inclinados y aterrizando en la ladera de abajo.

—Son tan grandes y hermosos. Son más grandes que las perdices europeas.

—Es un territorio estupendo para la *chasse* —dice Fontan.

—¿Y cuando la *chasse* desaparezca?

—Entonces estarán listos.

—El chico no.

—Dime por qué iba a salvarse él —dije.

—Deberíamos haber ido anoche.

—Oh, sí —dije—. Deberíamos haber ido.

El jugador, la monja y la radio

Los trajeron a eso de la medianoche, y durante toda la noche todos los que estaban en el pasillo oyeron al ruso.

—¿Dónde le han dado? —le preguntó el señor Frazer a la enfermera de noche.

—En el muslo, creo.

—¿Y el otro?

—Oh, ese me temo que se va a morir.

—¿Dónde le han dado?

—Dos veces en el abdomen. Solo han encontrado una de las balas.

Los dos trabajaban en la remolacha, uno era mexicano y el otro ruso, y estaban sentados tomando café en un restaurante que abría toda la noche cuando apareció alguien por la puerta y comenzó a dispararle al mexicano. El ruso se metió debajo de la mesa y al final le alcanzó una bala perdida dirigida al mexicano, cuando este ya estaba tendido en el suelo con dos balas en el abdomen. Eso era lo que contaba el periódico.

El mexicano le dijo a la policía que no tenía ni idea de quién le había disparado. Pensaba que era un accidente.

—¿Un accidente que le dispararan ocho tiros y le dieran dos veces?

—Sí, señor —dijo el mexicano, que se llamaba Cayetano Ruiz.

—Un accidente que llegara a darme, el cabrón —le dijo al intérprete.

—¿Qué dice? —preguntó el sargento de detectives, mirando al intérprete desde el otro lado de la cama.

—Dice que fue un accidente.

—Dile que cuente la verdad, que va a morirse —dijo el detective.

—No —dijo Cayetano—. Dile que estoy muy mareado y preferiría no hablar tanto.

—Dice que está contando la verdad —dijo el intérprete. A continuación, hablándole en confianza, le dijo al detective—: No sabe quién le disparó. Le dispararon por la espalda.

—Sí —dijo el detective—. Lo entiendo, pero ¿por qué todas las balas le entraron por delante?

—A lo mejor se estaba volviendo —dijo el intérprete.

—Escucha —dijo el detective, sacudiendo el dedo índice casi delante de la nariz de Cayetano, que, de un amarillo céreo, se proyectaba desde su cara de muerto, en medio de la cual sus ojos estaban tan vivos como los de un halcón—. Me importa un pito quién te disparó, pero tengo que aclarar este caso. ¿No quieres que se castigue al hombre que te disparó? Díselo —le dijo al intérprete.

—Dice que digas quién te disparó.

—Mándalo al carajo —dijo Cayetano, que estaba muy cansado.

—Dice que no llegó a ver al hombre —dijo el intérprete—. Ya le he dicho que le dispararon por la espalda.

—Pregúntale quién disparó al ruso.

—Pobre ruso —dijo Cayetano—. Estaba en el suelo cubriéndose la cabeza con los brazos. Comenzó a pegar berridos cuando le dispararon y aún no ha parado. Pobre ruso.

—Dice que alguien que no conoce. A lo mejor el mismo que le disparó a él.

—Escucha —dijo el detective—. Esto no es Chicago. Tú no eres un gángster. No tienes que comportarte como en una película. No pasa nada porque nos digas quién te disparó. Cualquiera diría quién le disparó. Eso es lo correcto. Supongamos que no me dices quién es y que le dispara a otro. Supón que le dispara a una mujer o a un niño. No puedes dejarle que se salga con la suya. Dígaselo —le dijo al señor Frazer—. No me fío de este maldito intérprete.

—Soy completamente de fiar —dijo el intérprete. Cayetano miró al señor Frazer.

—Escucha, amigo —dijo el señor Frazer—. El policía dice que no estamos en Chicago, sino en Hailey, Montana. Tú no eres un bandido ni tienes nada que ver con el cine.

—Ya lo creo —dijo en voz baja Cayetano—. Ya lo creo.

—Uno puede denunciar a su agresor sin perder su honor. Dice que todo el mundo lo hace. Dice que qué pasaría si después de dispararte a ti, ese hombre le dispara a una mujer o a un niño.

—No estoy casado —dijo Cayetano.

—Se refiere a cualquier mujer y a cualquier niño.

—Ese hombre no está loco —dijo Cayetano.

—Dice que deberías denunciarlo —remató el señor Frazer.

—Gracias —dijo Cayetano—. Es usted un gran traductor. Hablo inglés, pero mal. Lo entiendo perfectamente. ¿Cómo se rompió la pierna?

—Me caí de un caballo.

—Qué mala suerte. Lo siento mucho. ¿Le duele mucho?

—Ahora no. Al principio sí.

—Escuche, amigo —comenzó a decir Cayetano—, me siento muy débil. Ya me perdonará. Además, me duele mucho; muchísimo. Es muy posible que muera. Por favor, haga salir a este policía de aquí porque estoy muy cansado. —Hizo como si fuera a colocarse de lado; se quedó inmóvil.

—Se lo he dicho todo exactamente como lo dijo usted, y él me ha dicho que le diga, de verdad, que no sabe quién le disparó y que está muy débil y que desea que lo interrogue más tarde —dijo el señor Frazer.

—Más tarde probablemente estará muerto.

—Es muy posible.

—Por eso quiero interrogarle ahora.

—Le digo que alguien le disparó por la espalda —dijo el intérprete.

—Oh, por el amor de Dios —dijo el sargento de detectives, y se metió la libreta en el bolsillo.

* * *

En el pasillo, el sargento de detectives y el intérprete estaban junto al señor Frazer, que iba en silla de ruedas.

—Supongo que también cree que alguien le disparó por la espalda, ¿no?

—Sí —dijo Frazer—. Alguien le disparó por la espalda. Y usted, ¿qué cree?

—No se ofenda —dijo el sargento—, pero ojalá supiera hablar español.

—¿Por qué no aprende?

—No tiene por qué ofenderse. No me hace ninguna gracia tener que hacer todas esas preguntas. Si supiera hablar español, sería diferente.

—No tiene por qué hablar español —dijo el intérprete—. Soy un intérprete de toda confianza.

—Oh, por el amor de Dios —dijo el sargento—. Bueno, hasta pronto. Vendré a verle.

—Gracias. Aquí estaré.

—Supongo que se encuentra usted bien. Ha tenido mala suerte. Muy mala suerte.

—Todo va mucho mejor desde que me ensamblaron el hueso.

—Sí, pero es mucho tiempo. Mucho, mucho tiempo.

—No deje que nadie le dispare por la espalda.

—Y que lo diga —dijo el sargento—. Y que lo diga. Bueno, me alegro de que no se lo haya tomado a mal.

—Hasta luego —dijo el señor Frazer.

* * *

El señor Frazer estuvo mucho tiempo sin ver a Cayetano, pero todas las mañanas la hermana Cecilia le llevaba noticias de él. Dijo que ya no se quejaba, y que estaba muy mal. Tenía peritonitis, y no creían que sobreviviera. Pobre Cayetano, dijo la monja. Tenía unas manos tan bonitas y una cara tan hermosa y nunca se quejaba. Ahora el olor era realmente terrible. La monja decía que Cayetano se señalaba la nariz con un dedo y sonreía y negaba con la cabeza. El olor le hacía sentirse incómodo. Le avergonzaba, decía la hermana Cecilia. Oh, era un paciente tan bueno. Siempre sonreía. No se confesaba con el sacerdote, pero prometía decir sus oraciones, y no había ido a visitarlo ningún mexicano desde que lo ingresaron. Al ruso lo habían dado de alta a final de semana. Nunca sentí nada por el ruso, dijo la hermana Cecilia. Pobrecillo, él también sufrió. Era una bala grasienta y sucia y la herida se infectó, pero armaba mucho alboroto, y además a mí siempre me gustaron los malos. Ese Cayetano es un mal tipo. Oh, debe de ser realmente malo, un malo de pies a cabeza, es tan guapo y de complexión tan delicada y jamás ha trabajado con las manos. Nunca ha trabajado en la remolacha. Sé que nunca ha trabajado en la remolacha. Tiene las manos finísimas, sin callos. Sé que es malo, en uno u otro sentido. Ahora bajaré y rezaré por él. Pobre Cayetano, lo está pasando fatal y ni un suspiro. ¿Por qué le habrán disparado? ¡Oh, ese pobre Cayetano! Ahora mismo voy a bajar a rezar por él.

Bajó enseguida y rezó por él.

* * *

En aquel hospital había una radio que no funcionaba muy bien hasta que se hacía de noche. Decían que era porque había mucha mena en el suelo o algo relacionado con las montañas, pero de todos modos no funcionaba bien hasta que comenzaba a oscurecer; aunque toda la noche funcionaba estupendamente, y cuando una emisora se despedía hasta el día siguiente podías ir más hacia el oeste y coger otra. La última que podías coger era Seattle, Washington, y debido a la diferencia horaria, cuando acababan la

emisión, a las cuatro de la mañana, en el hospital eran las cinco de la mañana; y a las seis podías sintonizar la orquesta de los juerguistas matinales de Mineápolis. Eso también era por la diferencia horaria, y al señor Frazer le gustaba imaginarse la pinta que tendrían eso juerguistas matinales al bajarse del tranvía con sus instrumentos a cuestas y entrar en el estudio antes de que amaneciera. A lo mejor se equivocaba y guardaban sus instrumentos en el lugar en el que tocaban, pero siempre se los imaginaba acarreando sus instrumentos. Nunca había estado en Mineápolis, y probablemente no iría nunca, pero sabía qué aspecto debía de tener a esa hora de la madrugada.

Por la ventana del hospital se veía un campo de barrilla asomando en la nieve, y una colina pelada de arcilla. Una mañana el médico quería enseñarle al señor Frazer dos faisanes que estaban en la nieve, y al empujar la cama hacia la ventana la lamparita que tenía para leer se cayó de la cama de hierro y le dio al señor Frazer en la cabeza. Ahora eso no parece tan divertido, pero en aquel momento lo fue. Todos estaban mirando por la ventana, y el médico, un médico excelente, estaba señalando los faisanes y acercando la cama hacia la ventana, y entonces, justo en ese momento, un numerito cómico, el señor Frazer se queda sin sentido tras ser golpeado en la coronilla por la base de plomo de la lamparita. Parecía la antítesis de la curación o de todo lo que induce a la gente a estar en un hospital, y a todo el mundo le pareció divertido, como si les hubieran gastado una broma al señor Frazer y al médico. Todo es mucho más sencillo en un hospital, incluidas las bromas.

Desde la otra ventana, si la cama se giraba, podías ver la ciudad, cubierta un poco de humo, y las montañas Dawson, que parecían montañas de verdad, cubiertas por la nieve del invierno. Esas eran sus dos vistas, ya que la silla de ruedas había resultado prematura. Si te encuentras en un hospital, la verdad es que es mejor quedarse en la cama; pues dos vistas, con tiempo para observarlas, desde una habitación cuya temperatura puedes controlar, son mucho mejores que vistas más numerosas contempladas durante unos minutos desde habitaciones vacías y calurosas que esperan que alguien las ocupe, o que acaban de ser abandonadas, en las que te meten y te sacan con tu silla de ruedas. Si te quedas mucho tiempo en una habitación, la vista, sea cual sea, adquiere un gran valor y se convierte en algo muy importante, y no la cambiarías por nada, ni siquiera por verla desde un ángulo distinto. Al igual que ocurre con la radio, hay ciertas cosas a las que les coges cariño y les das la bienvenida, y en cambio las nuevas te contrarían. Las mejores canciones de ese invierno fueron: «Sing Something Simple», «Singsong Girl» y «Little White Lies». Al señor Frazer le parecía que ninguna otra canción era tan

satisfactoria. «Betty Co-ed» también era una buena canción, pero la parodia de la letra que inevitablemente acudía a la mente del señor Frazer se volvía cada vez más obscena, y al no haber nadie que la apreciara, por fin la abandonó y dejó que la canción regresara al mundo del fútbol.

A eso de las nueve de la mañana comenzaban a usar la máquina de rayos X, y en ese momento la radio, que por entonces solo sintonizaba Hailey, dejaba de funcionar. Mucha gente de Hailey protestaba por la máquina de rayos X del hospital, que los dejaba sin recepción matinal, pero nunca se emprendió acción alguna, aunque mucha gente opinaba que era una pena que el hospital no utilizara su máquina a una hora en que la gente no escuchara la radio.

Más o menos a la hora en que se hacía necesario apagar la radio entró la hermana Cecilia.

—¿Cómo está Cayetano, hermana Cecilia? —preguntó el señor Frazer.

—Oh, se encuentra muy mal.

—¿Delira?

—No, pero creo que se va a morir.

—¿Y cómo está usted?

—Estoy muy preocupada por él. ¿Sabe que nadie, absolutamente nadie ha venido a verlo? Si fuera por esos mexicanos, moriría como un perro. Son horribles, de verdad.

—Esta tarde, ¿quiere subir y escuchar el partido?

—Oh, no —dijo la hermana Cecilia—. Me alteraría demasiado. Estaré en la capilla rezando.

—Deberíamos poder oírlo bastante bien —dijo el señor Frazer—. Juegan en la costa, y con la diferencia horaria empezará lo bastante tarde para que podamos oírlo.

—Oh, no. Sería incapaz de oírlo. Las finales de béisbol casi acaban conmigo. Cuando los Athletics bateaban yo rezaba en voz alta: «¡Oh, Señor, dirige su mirada al batear! ¡Oh, Señor, que le dé a alguna! ¡Oh, Señor, que le dé sin equivocarse!». Luego, cuando ocuparon las bases en el tercer partido, ¿se acuerda?, eso fue demasiado para mí. «¡Oh, Señor, haz que la lance fuera del campo! ¡Oh, Señor, que la mande por encima de la valla!» luego, sabe, cuando los Cardinals salían a batear era sencillamente horroroso. «¡Oh, Señor, que no vean la pelota! ¡Oh, Señor, que no la vean ni pasar! ¡Oh, Señor, que las fallen todas!». Y este juego es aún peor. Es Notre Dame. Nuestra Señora. No, estaré en la capilla. Por Nuestra Señora. Juegan por Nuestra Señora. Ojalá

algún día usted escribiera algo para Nuestra Señora. Podría hacerlo. Sabe que podría hacerlo, señor Frazer.

—No se me ocurre qué podría escribir de ella. Casi todo está ya escrito —dijo el señor Frazer—. A usted no le gustaría cómo escribo. Y a ella tampoco.

—Escribirá acerca de ella alguna vez —dijo la hermana—. Sé que lo hará. Debe escribir acerca de Nuestra Señora.

—Será mejor que suba a oír el partido.

—Sería demasiado para mí. No, estaré en la capilla haciendo lo que pueda.

Aquella tarde llevaban unos cinco minutos jugando cuando entró una novicia en la habitación y dijo:

—La hermana Cecilia quiere saber cómo va el partido.

—Dígale que ya han hecho un ensayo.

Al cabo de un rato volvió a entrar la novicia.

—Dígale que están arrasando —dijo el señor Frazer.

Un poco más tarde tocó el timbre para que acudiera la enfermera de planta.

—¿Le importaría bajar a la capilla o enviarle el recado a la hermana Cecilia de que Notre Dame está ganando catorce a cero al final del primer cuarto y de que todo va bien? Ya puede dejar de rezar.

A los pocos minutos la hermana Cecilia entró en la habitación. Estaba muy emocionada.

—¿Qué significa eso de catorce a cero? No sé cómo va el juego. En béisbol eso es una buena ventaja. Pero de fútbol no sé nada. Puede que no signifique nada. Voy a bajar a la capilla y rezar hasta que acabe.

—Ya les han ganado —dijo Frazer—. Se lo prometo. Quédese y escuche el partido conmigo.

—No. No. No. No. No. No. No —dijo—. Me voy a la capilla a rezar.

El señor Frazer mandaba recado cada vez que Notre Dame marcaba, y al final, cuando hacía mucho rato que había oscurecido, mandó que le dijeran el resultado final.

—¿Cómo está la hermana Cecilia?

—Están todos en la capilla —dijo la enfermera.

A la mañana siguiente apareció la hermana Cecilia. Rebosaba satisfacción y confianza.

—Sabía que no podían derrotar a Nuestra Señora —dijo—. No podían. Cayetano también está mejor. Mucho mejor. Van a venir a visitarlo. Todavía no puede recibir visitas, pero van a venir a verlo y eso le hará bien y saber que

los suyos no lo han olvidado. Fui a la comisaría de policía a ver a ese muchacho, O'Brien, y le dije que tenía que enviar a algunos mexicanos a visitar al pobre Cayetano. Esta tarde mandará a algunos. Así ese pobre hombre se encontrará mejor. Es una vergüenza que nadie haya venido a verlo.

A eso de las cinco de la tarde tres mexicanos entraron en la habitación.

—¿Se puede? —preguntó el más grande, de labios gruesos y bastante gordo.

—¿Por qué no? —contestó el señor Frazer—. Siéntense, caballeros. ¿Quieren tomar algo?

—Muchas gracias —dijo el grande.

—Gracias —dijo el más moreno y bajito.

—No, gracias —dijo el flaco—. Se me sube a la cabeza. —Se dio unos golpecitos en la cabeza.

La enfermera trajo unos vasos.

—Por favor, deles la botella —dijo Frazer—. Lo hacen en Red Lodge —les explicó.

—El que hacen en Red Lodge es el mejor —dijo el grande—. Mucho mejor que el de Big Timber.

—Ya lo creo —dijo el más bajito—, y también cuesta más.

—En Red Lodge hay de todos los precios —dijo el grande.

—¿Cuántas válvulas tiene la radio? —preguntó el que no bebía.

—Siete.

—Muy bonita —dijo—. ¿Y cuánto cuesta?

—No lo sé —dijo el señor Frazer—. Es alquilada.

—Ustedes, caballeros, ¿son amigos de Cayetano?

—No —dijo el grande—. Somos amigos del que lo hirió.

—La policía nos ha enviado —dijo el más bajo.

—Tenemos un pequeño negocio —dijo el grande—. Él y yo —dijo señalando al que no bebía—. Él también tiene un pequeño negocio —dijo señalando al bajito y moreno—. La policía nos dice que vengamos, y venimos.

—Me alegro de que hayan venido.

—Lo mismo digo —replicó el grande.

—¿Quieren tomar otra copita?

—¿Por qué no? —dijo el grande.

—Con su permiso —dijo el más bajito.

—Yo no —dijo el flaco—. Se me sube a la cabeza.

—Es muy bueno —dijo el bajito.

—¿Por qué no prueba un poco? —le preguntó el señor Frazer al delgado —. Deje que se le suba a la cabeza.

—Luego viene el dolor de cabeza —dijo el flaco.

—¿No podrían enviar a algún amigo de Cayetano a visitarle? —preguntó Frazer.

—Él no tiene amigos.

—Todo el mundo tiene amigos.

—Él no.

—¿A qué se dedica?

—Es jugador de naipes.

—¿Es bueno?

—Creo que sí.

—A mí —dijo el bajito— me ganó ciento ochenta dólares. Ahora ya no hay ciento ochenta dólares en el mundo.

—A mí —dijo el flaco— me ganó doscientos once dólares. Imagínese qué cantidad.

—Yo nunca he jugado con él —dijo el gordo.

—Debe de ser muy rico —sugirió el señor Frazer.

—Es más pobre que nosotros —dijo el mexicano menudo—. Lo único que tiene es la camisa que lleva puesta.

—Y esa camisa ahora vale poco —dijo el señor Frazer— agujereada como está.

—Ya lo creo.

—¿El que le hirió también era jugador?

—No, trabajaba en la remolacha. Ha tenido que irse de la ciudad.

—Fíjese en lo que le digo —dijo el menudo—. Era el mejor guitarrista de la ciudad. El mejor.

—Qué pena.

—Ya lo creo —dijo el grande—. Hay que ver cómo tocaba la guitarra.

—¿Ya no quedan buenos guitarristas?

—Ni sombra de guitarristas.

—Hay un acordeonista que no está mal —dijo el grande—. ¿Le gusta la música?

—¿Cómo no iba a gustarme?

—¿Quiere que vengamos esta noche con música? ¿Cree que la hermana lo permitiría? Parece muy amable.

—Estoy seguro de que lo permitirá cuando Cayetano pueda oír música.

—¿Está un poco loca? —preguntó el flaco.

—¿Quién?

—La hermana.

—No —dijo el señor Frazer—. Es una mujer estupenda, de gran inteligencia y simpatía.

—Desconfío de todos los sacerdotes, monjes y hermanas —dijo el flaco.

—Tuvo malas experiencias de pequeño —dijo el más bajo.

—Yo era acólito —dijo el flaco con orgullo—. Ahora no creo en nada. No voy a misa.

—¿Por qué? ¿Se le sube a la cabeza?

—No —dijo el flaco—. El alcohol es lo que se me sube a la cabeza. La religión es el opio de los pobres.

—Pensaba que el opio de los pobres era la marihuana —dijo Frazer.

—¿Alguna vez ha fumado opio? —preguntó el grande.

—No.

—Ni yo tampoco —dijo el grande—. Parece ser que es muy malo. Empiezas y no puedes parar. Es un vicio.

—Como la religión —dijo el flaco.

—Este —dijo el mexicano más bajo— es enemigo acérrimo de la religión.

—Hay que ser enemigo acérrimo de algo —dijo cortésmente el señor Frazer.

—Respeto a los que tienen fe aun cuando sean ignorantes —dijo el flaco.

—Bien —dijo el señor Frazer.

—¿Qué podemos traerle? —preguntó el mexicano grande—. ¿Le falta algo?

—Me gustaría poder comprar cerveza si hay cerveza buena.

—Le traeremos cerveza.

—¿Otra copita antes de irse?

—Es muy bueno.

—Le estamos dejando sin.

—Yo no puedo tomar. Se me sube a la cabeza. Luego me duele la cabeza y tengo el estómago revuelto.

—Adiós, caballeros.

—Adiós y gracias.

Salieron y luego hubo cena y radio, lo más bajita posible para poder oírla, y las emisoras fueron despidiendo la emisión en este orden: Denver, Salt Lake City, Los Angeles y Seattle. Al señor Frazer la radio no le evocaba ninguna imagen de Denver. Podía imaginarse Denver por el *Denver Post*, y corregir la imagen con *The Rocky Mountains News*. Tampoco se formaba ninguna

imagen de Salt Lake City o Los Angeles a partir de lo que oía de esos lugares. Todo lo que intuía de Salt Lake City era que parecía un lugar limpio pero aburrido, y se mencionaban demasiadas salas de baile en demasiados hoteles para poder imaginarse Los Angeles. No era un entusiasta de las salas de baile. Pero llegó a conocer muy bien Seattle, la compañía de taxis con sus grandes coches blancos (todos equipados con radio) en los que montaba cada noche hasta el bar de carretera en el lado canadiense, donde seguía el curso de las fiestas por las selecciones musicales que pedían los oyentes. Cada noche vivía en Seattle a partir de las dos de la mañana, escuchando las canciones que solicitaban todas esas personas distintas, y era tan real como Mineápolis, donde los juerguistas se levantaban de la cama todas las mañanas para dirigirse al estudio. El señor Frazer le tenía un gran cariño a Seattle, Washington.

* * *

Los mexicanos volvieron con cerveza, aunque no era buena. El señor Frazer los recibió pero no tenía ganas de hablar, y cuando se fueron supo que no volverían. No se encontraba muy bien de los nervios, y cuando estaba así le desagradaba ver gente. Se puso mal de los nervios al cabo de cinco semanas, y aunque le alegraba haber mantenido el tipo durante tanto tiempo, también lamentaba verse obligado a hacer el mismo experimento cuando ya sabía el resultado. El señor Frazer ya había pasado por todo eso. Lo único que le resultaba nuevo era la radio. La estuvo escuchando toda la noche, estaba tan baja que apenas la oía, y estaba aprendiendo a escucharla sin pensar.

* * *

Aquel día la hermana Cecilia entró en la habitación a eso de las diez de la mañana con el correo. Era muy guapa, y al señor Frazer le gustaba verla y oírla hablar, pero el correo, que supuestamente procedía de un mundo diferente, era más importante. No obstante, en el correo no había nada de interés.

—Se le ve mucho mejor —dijo la hermana Cecilia—. Pronto saldrá de aquí.

—Sí —dijo el señor Frazer—. Esta mañana se la ve muy feliz.

—Oh, y lo estoy. Esta mañana me siento como si fuera una santa.

El señor Frazer se quedó un tanto sorprendido al oírla.

—Sí —añadió la hermana Cecilia—. Eso es lo que quería ser. Santa. Desde pequeña he querido ser santa. De pequeña creía que si renunciaba al mundo y entraba en un convento sería santa. Eso era lo que quería ser y lo que pensaba que tenía que hacer para serlo. Esperaba ser santa. Estaba absolutamente segura de que lo sería. Hubo un tiempo en que pensé que lo era. Estaba tan feliz y me parecía algo tan fácil y sencillo. Cuando despertaba por la mañana esperaba ser santa, pero no lo era. Nunca lo fui. Y deseo tanto serlo. Todo lo que quiero es ser santa. Es lo que siempre he querido. Y esta mañana me sentí como si lo fuera. Oh, espero llegar a serlo.

—Lo será. Todo el mundo consigue lo que quiere. Eso es lo que siempre me dicen.

—No sé cómo. Cuando era pequeña parecía muy sencillo. Sabía que sería santa. Cuando descubrí que es algo que no ocurre de la noche a la mañana me dije que era cuestión de tiempo. Ahora me parece casi imposible.

—Yo diría que tiene muchas posibilidades.

—¿De verdad lo cree? No, no quiero que me animen. No me anime. Quiero ser santa. Quiero ser santa.

—Desde luego que será santa —dijo el señor Frazer.

—No, probablemente no lo seré. Pero ¡oh, si pudiera ser santa! Sería completamente feliz.

—Tres a uno a que será santa.

—No, no me anime. Pero ¡oh, si pudiera ser santa! ¡Si pudiera ser santa!

—¿Cómo está su amigo Cayetano?

—Se pondrá bien, pero está paralizado. Una de las balas le dio en el nervio gordo que baja por el muslo y tiene la pierna paralizada. No lo descubrieron hasta que estuvo lo bastante bien para poder moverse.

—A lo mejor el nervio se regenera.

—Rezo para que sea así —dijo la hermana Cecilia—. Debería verlo.

—No tengo ganas de ver a nadie.

—Sabe que le gustaría verlo. Podrían traerlo en silla de ruedas.

—De acuerdo.

* * *

Lo llevaron en silla de ruedas. Estaba delgado, tenía la piel transparente y necesitaba un corte de pelo. Lucía unos ojos picarones y unos dientes negros cuando sonreía.

—¡Hola, amigo! ¿Qué tal?

—Ya lo ves —dijo el señor Frazer—. ¿Y tú?

—Vivo y con la pierna paralizada.

—Malo —dijo el señor Frazer—. Pero el nervio puede regenerarse y quedar como nuevo.

—Eso me han dicho.

—¿Te duele?

—Ahora no. He pasado una temporada que la tripa me dolía a rabiar. Pensaba que el dolor me mataría.

La hermana Cecilia los observaba feliz.

—Ella dice que ni has suspirado —dijo el señor Frazer.

—Demasiada gente en la sala —dijo el mexicano con desaprobación—. ¿Qué clase de dolor siente usted?

—Bastante fuerte. Aunque no tanto como el tuyo. Cuando la enfermera se va grito una hora, dos horas. Me relaja. Ahora estoy mal de los nervios.

—Tiene la radio. Si yo tuviera una habitación privada y radio gritaría y chillaría toda la noche.

—Lo dudo.

—Hombre, sí. Es muy saludable. Pero no lo puedes hacer con tanta gente.

—Al menos —dijo el señor Frazer— todavía tienes las manos bien. Me han dicho que te ganas la vida con las manos.

—Y la cabeza —dijo dándose unos golpecitos en la frente—. Pero la cabeza no vale mucho.

—Tres paisanos tuyos estuvieron aquí.

—La policía los envió a visitarme.

—Trajeron cerveza.

—Probablemente era mala.

—Era mala.

—Esta noche, enviados por la policía, vienen a darme una serenata. —Se rio, y a continuación se dio unos golpecitos en la tripa—. Aún no puedo reír. Como músicos son fatales.

—¿Y el que te disparó?

—Otro tonto. Le gané treinta y ocho dólares a las cartas. Tampoco es para matar a nadie.

—Esos tres me dijeron que ganas mucho dinero.

—Soy más pobre que las ratas.

—¿Cómo es eso?

—Soy un pobre idealista. Soy víctima de las ilusiones. —Se rio, a continuación sonrió y se dio unos golpecitos en el estómago—. Soy jugador profesional, pero me gusta jugar. Jugar de verdad. Jugar partidillas de nada es deshonesto. Para jugar a lo grande necesitas suerte. No tengo suerte.

—¿Nunca?

—Nunca. Carezco completamente de suerte. Fíjese en ese cabrón que acaba de dispararme. ¿Sabe disparar? No. El primer disparo se pierde en la nada. El segundo es interceptado por un pobre ruso. Cualquiera diría que eso es suerte. ¿Y qué ocurre? Que me dispara dos veces en el vientre. Él tiene suerte. Yo no tengo suerte. No le daría a un caballo ni aunque lo sujetara por el estribo. Todo es suerte.

—Pensaba que te había disparado primero a ti y luego al ruso.

—No, primero al ruso, luego a mí. El periódico se equivocó.

—Y tú, ¿por qué no le disparaste?

—Nunca llevo pistola. Con la suerte que tengo, si llevara pistola me colgarían diez veces al año. Soy un tahúr de poca monta, solo eso. —Se interrumpió, para añadir a continuación—: Cuando gano dinero juego, y cuando juego pierdo. Jugando a los dados he ganado tres mil dólares y lo he acabado perdiendo todo apostando al seis. Con buenos dados. Más de una vez.

—¿Por qué seguir?

—Si vivo lo suficiente, la suerte cambiará. Llevo quince años de mala suerte. Si alguna vez tengo buena suerte, seré rico. —Sonrió—. Soy un buen jugador. La verdad es que disfrutaría siendo rico.

—¿Tienes mala suerte con todos los juegos?

—Con todos y con las mujeres. —Volvió a sonreír, enseñando sus dientes negros.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Y qué se puede hacer?

—Continuar, poco a poco, y esperar a que cambie la suerte.

—¿Y con las mujeres?

—Ningún jugador tiene suerte con las mujeres. Está demasiado concentrado. Trabaja de noche. Cuando debería estar con la mujer. Nadie que trabaje de noche puede retener a una mujer si ella vale algo.

—Eres un filósofo.

—No, hombre. Un jugador de ciudades de provincias. Una pequeña ciudad, luego otra, otra, luego una grande, y luego a empezar otra vez.

—Y luego un tiro en la barriga.

—La primera vez —dijo—. Solo me ha pasado una vez.

—¿Te cansa hablar? —preguntó el señor Frazer.

—No —dijo—. Usted debe de cansarse.

—¿Y la pierna?

—La pierna tampoco me hace demasiada falta. Estoy bien con pierna o sin ella. Seré capaz de moverme.

—Te deseo suerte, de verdad, de todo corazón —dijo el señor Frazer.

—Lo mismo digo —respondió Cayetano—. Y que se le pase el dolor.

—No durará, sin duda. Está pasando. No tiene importancia.

—Que pase rápidamente.

—Lo mismo digo.

* * *

Aquella noche los mexicanos tocaron el acordeón y otros instrumentos en la sala, y fue alegre, y el ruido de las inhalaciones y las exhalaciones del acordeón, y los cascabeles y la percusión y el tambor llegaban por el pasillo. En aquella sala había un jinete de rodeo que se había roto el espinazo en Midnight una tarde calurosa y polvorienta, ante un nutrido público, y cuando estuviera lo bastante bien para salir del hospital aprendería a trabajar el cuero y a trenzar sillas de mimbre. Había un carpintero que se había caído de un andamio y se había roto los dos tobillos y las dos muñecas. Había aterrizado como un gato pero sin la elasticidad de un gato. Podían arreglárselos para que volviera a trabajar, pero tardaría mucho tiempo en curarse. Había un muchacho de una granja, de unos dieciséis años, al que le habían soldado mal una pierna rota y se la habían tenido que volver a romper. Estaba Cayetano Ruiz, jugador de provincias con una pierna paralizada. Al final del pasillo, el señor Frazer los oía reír y disfrutar con la música que tocaban los mexicanos que había enviado la policía. Los mexicanos se lo pasaban bien. Entraron, muy contentos, a ver al señor Frazer, y le preguntaron si deseaba que tocaran algo en especial, y por la noche volvieron dos veces más de *motu proprio* para tocar.

La última vez que tocaron el señor Frazer estaba echado con la puerta abierta de su cuarto y escuchaba aquella música mala y ruidosa y no podía parar de pensar. Cuando le preguntaron qué querían que tocaran, dijo que «La cucaracha», que posee esa siniestra ligereza y esa cualidad pegadiza de muchas de las melodías que han guiado a la muerte a los hombres. La tocaron

con estruendo y sin emoción. La melodía era mejor que muchísimas otras, en opinión del señor Frazer, pero el efecto fue el mismo.

A pesar de tanta emoción, el señor Frazer siguió pensando. Generalmente evitaba pensar siempre que podía, menos cuando escribía, pero ahora estaba pensando en los que tocaban y en lo que el mexicano menudo había dicho.

La religión es el opio del pueblo. Ese hombrecillo dispéptico lo creía. Sí, y la música es el opio del pueblo. El amigo se-me-sube-a-la-cabeza no pensaba lo mismo. Y ahora la economía es el opio del pueblo; y también el patriotismo es el opio del pueblo en Italia y Alemania. Y las relaciones sexuales; ¿eran el opio del pueblo? De parte del pueblo. De algunos de los mejores de entre ese pueblo. Pero el alcohol era el soberano opio del pueblo, oh, un opio excelente. Aunque algunos prefieren la radio, otro opio del pueblo, un opio barato que él había utilizado. A todo eso lo acompañaba el juego, un opio del pueblo como no hay otro, uno de los más antiguos. La ambición era otro opio del pueblo, junto con la fe en cualquier nueva forma de gobierno. Lo que querías era siempre el mínimo gobierno, siempre menos gobierno. La libertad, aquello en lo que creemos, era ahora el nombre de una revista de la editorial MacFadden. Creíamos en ella aunque todavía no le hubieran encontrado un nuevo nombre. Pero ¿cuál era el verdadero? ¿Cuál era el real, el auténtico opio del pueblo? Lo sabía bien. Acababa de esfumarse por la esquina de esa parte perfectamente iluminada de su mente que aparecía después de tomar dos o más copas por la tarde; que él supiera estaba allí (aunque por supuesto no estaba allí). ¿Qué era? Lo sabía perfectamente. ¿Qué era? Naturalmente; el pan era el opio del pueblo. ¿Lo recordaría, tendría sentido cuando se hiciera de día? El pan es el opio del pueblo.

—Escuche —le dijo el señor Frazer a la enfermera cuando entró—. ¿Podría hacer venir a ese mexicano flaco y menudo, por favor?

—¿Le gusta la canción? —dijo el mexicano en la puerta.

—Muchísimo.

—Es una tonada histórica —dijo el mexicano—. Es la tonada de la auténtica revolución.

—Escuche —dijo el señor Frazer—. ¿Por qué deberían operar a la gente sin anestesia?

—No le entiendo.

—¿Por qué no son buenos todos los opios del pueblo? ¿Qué quiere hacer con el pueblo?

—Deberían rescatarlo de la ignorancia.

—No diga bobadas. La educación es un opio del pueblo. Debería saberlo. Usted ha recibido cierta educación.

—¿No cree en la educación?

—No —dijo el señor Frazer—. En el conocimiento, sí.

—No le sigo.

—Muchas veces yo no me sigo a mí mismo con placer.

—¿Quiere oír «La cucaracha» otra vez? —preguntó preocupado el mexicano.

—Sí —dijo el señor Frazer—. Toque otra vez «La cucaracha». Es mejor que la radio.

La revolución, se dijo el señor Frazer, no es ningún opio. La revolución es una catarsis; un éxtasis que solo puede prolongarse mediante la tiranía. Los opios son para antes y para después. Estaba pensando con claridad, quizá con demasiada claridad.

Seguirían tocando un poco más, se dijo, y se llevarían «La cucaracha» con ellos. Luego tomaría una copita de su matagigantes y pondría la radio, podías poner la radio tan baja que apenas se oyera.

Padres e hijos

Había una señal de desvío en el centro de la calle principal del pueblo, pero los coches la habían pasado olímpicamente de largo, por lo que, creyendo que se trataba de alguna reparación ya finalizada, Nicholas Adams siguió conduciendo por la calle vacía y adoquinada, se detuvo en los semáforos intermitentes en ese domingo de poco tráfico, que desaparecerían el año que viene, cuando no se pudieran satisfacer los pagos del sistema de señalización; siguió bajo los frondosos árboles de la pequeña población que son parte de tu corazón si ese es tu pueblo y has caminado debajo de ellos, pero que para un forastero son solo demasiado frondosos y tapan el sol y hacen que las casas sean húmedas; pasó ante la última casa y desembocó en la carretera que subía y bajaba en la lejanía, con pendientes de tierra roja rebanadas limpiamente y el renuevo de los árboles a ambos lados. No era su región, pero era mediados de otoño y le gustaba cruzarla y contemplarla. El algodón ya se había cosechado, y en los calveros había parcelas de maíz, algunas veteadas de sorgo rojo, y conduciendo cómodamente, su hijo dormido en el asiento de al lado, el trayecto del día ya cumplido, sabiendo a qué población llegarían para pasar la noche, Nick observó qué campos de trigo contenían soja o guisantes, cómo se disponían los matorrales y los árboles talados, dónde se ubicaban las cabañas y las casas en relación con los campos y bosques; acechaba mentalmente el campo al pasar; evaluaba cada calvero en su condición de guarida y fuente de alimentos e imaginaba dónde encontraría una nidada y en qué dirección remontarían el vuelo las aves.

Cuando cazas codornices, una vez que los perros las han encontrado, no debes interponerte entre ellas y su guarida habitual, porque cuando se levanten se te tirarán encima, algunas remontando el vuelo bruscamente, otras rozándote las orejas, zumbando y alcanzando un tamaño que nunca les has visto adquirir en el aire cuando vuelan, y lo único que puedes hacer es volverte y disparar por encima del hombro cuando se alejan, antes de que desplieguen las alas y se dirijan hacia la espesura. Mientras acechaba aquel campo en busca de codornices tal como su padre le había enseñado, Nicholas Adams comenzó a pensar en su padre. En lo primero que pensaba siempre era en sus ojos. La recia constitución, los movimientos enérgicos, los hombros

anchos, la nariz ganchuda de halcón, la barba que le cubría la escasa mandíbula, eran cosas en las que nunca pensabas: eran siempre los ojos. Los protegía la formación de las cejas; estaban profundamente engastados, como si para ese valioso instrumento se hubiese ideado una protección especial. Veían mucho más deprisa y mucho más lejos que el ojo humano normal, y eran el gran don de su padre. Su padre tenía tan buena vista como un carnero de las montañas o un águila, literalmente.

Estaba de pie con su padre a la orilla del lago, y por entonces su vista también era muy buena, y su padre decía:

—Han izado la bandera. —Nick no veía la bandera ni el asta—. Allí —decía su padre—, es tu hermana Dorothy. Ha izado la bandera y ahora va al embarcadero.

Nick miraba al otro lado del lago y veía la orilla boscosa; detrás, los altos árboles madereros, el cabo que protegía la bahía, las colinas de color claro de la granja y el blanco de su propia casa en medio de los árboles, pero no podía ver ninguna asta de bandera, ni ningún embarcadero, solo el blanco de la playa y la curva de la orilla.

—¿Ves las ovejas que hay en la ladera, hacia el cabo?

—Sí.

Eran una mancha blanquecina sobre el verde grisáceo de la colina.

—Puedo contarlas —decía su padre.

Al igual que todos los hombres que poseen una facultad que sobrepasa las necesidades humanas, su padre era muy nervioso. Pero también era sentimental, y, como casi todos los hombres sentimentales, era causante y víctima de la crueldad. También tenía muy mala suerte, y no toda era culpa suya. Había muerto en una trampa que él mismo había ayudado a colocar, y antes de morir todo el mundo le había traicionado de maneras distintas. A todas las personas sentimentales las traicionan muchas veces. Nick era incapaz de escribir acerca de él, aunque lo haría más adelante, pero la zona de codornices hizo que Nick se acordara de cómo era la época en que él era apenas un muchacho, y Nick le agradecía dos cosas: la caza y la pesca. Su padre era tan experto en esas dos actividades como inexperto en el sexo, por ejemplo, y a Nick le alegraba que hubiera sido así; pues alguien tiene que darte tu primera arma o la oportunidad de conseguirla y utilizarla, y si has de aprender algo de la caza o la pesca tienes que vivir donde haya, y ahora, a los treinta y ocho años, le encantaba cazar y pescar exactamente igual que la primera vez que fue con su padre. Era una pasión que nunca había remitido, y le estaba muy agradecido a su padre por habérsela dado a conocer.

Por lo que respecta a la cuestión en la que su padre no era experto, ya naces con el equipamiento que tendrás toda la vida, y todo hombre aprende lo que tiene que saber sin que nadie le aconseje; y tanto da dónde vivas. Recordaba muy vivamente las dos informaciones que su padre le había dado a ese respecto. Una vez que estaban de cacería Nick le disparó a una ardilla roja que estaba en un abeto. La ardilla cayó, herida, y cuando Nick la recogió el animal le mordió limpiamente en la base del pulgar.

—Maldito maricón —dijo Nick, y aplastó la cabeza de la ardilla contra el árbol—. Mira, me ha mordido.

Su padre lo miró y dijo:

—Chupa la herida hasta que quede limpia y ponte un poco de yodo cuando llegues a casa.

—Maldito maricón —dijo Nick.

—¿Sabes lo que es un maricón? —le preguntó su padre.

—Pero si maricón se lo llamamos a todo —dijo Nick.

—Un maricón es un hombre que tiene relaciones sexuales con animales.

—¿Por qué? —dijo Nick.

—No lo sé —dijo su padre—. Pero es un crimen repugnante.

La imaginación de Nick se vio a la vez estimulada y horrorizada por esa idea, y pensó en varios animales, aunque ninguno le pareció atractivo o práctico, y ese fue todo el saber sexual que le legó su padre, exceptuando otro tema. Una mañana leyó en el periódico que Enrico Caruso había sido arrestado por achuchar a una muchacha.

—¿Qué es achuchar?

—Es uno de los crímenes más repugnantes —respondió su padre. En la imaginación de Nick el gran tenor contaba con la complicidad de un chucho para hacerle algo extraño, extravagante y repugnante a una hermosa mujer que se parecía a las fotos de Anna Held que se veían en el interior de las cajas de puros. Decidió, con considerable horror, que cuando tuviera edad intentaría achuchar al menos una vez.

Su padre resumió el tema afirmando que la masturbación producía ceguera, locura y muerte, y que un hombre que iba con prostitutas contraía repugnantes enfermedades venéreas, y que lo que había que hacer era abstenerse de tocar a nadie. Por otro lado, su padre tenía los mejores ojos que había visto nunca, y Nick le quiso mucho y durante mucho tiempo. Ahora que sabía cómo había ido todo, ni siquiera valía la pena recordar la época anterior a cuando las cosas se torcieron. Si escribía se liberaría de ello. Escribiendo se había librado de muchas cosas. Pero seguía siendo demasiado pronto. Aún

había demasiadas personas vivas. De modo que decidió pensar en otra cosa. No había nada que hacer con su padre, y era algo que había reflexionado muchas veces. El estupendo trabajo que los de la funeraria habían hecho en la cara de su padre permanecía nítido en su mente, y todo lo demás estaba bastante claro, incluyendo las responsabilidades. Había felicitado al empleado de la funeraria. Y este se había sentido orgulloso y petulantemente complacido. Pero la última cara que había visto de su padre no la había creado el de la funeraria. Solo había llevado a cabo algunas reparaciones vigorosamente ejecutadas de dudoso mérito artístico. La cara se había hecho a sí misma a lo largo de mucho tiempo. Se había modelado deprisa en los tres últimos años. Era una buena historia, pero aún había demasiada gente con vida para contarla.

La propia educación de Nick acerca de las cuestiones mencionadas anteriormente había tenido lugar en el bosque de abetos que había detrás del campamento indio. Se llegaba por un sendero que salía de su casa y llegaba a la granja cruzando el bosque, y luego a través de una carretera que serpenteaba entre los calveros hasta el campamento. Era como si aún pudiera sentir todo ese sendero en sus pies descalzos. Primero venía la tierra cubierta de agujas de pino que cruzaba los abetos por detrás de la casa, donde los troncos caídos se convertían en polvo de madera, y donde unas astillas largas de madera colgaban como jabalinas en aquel árbol alcanzado por un rayo. Cruzabas el arroyo por encima de un tronco, y si te caías te manchaba la mugre negra del pantano. Para salir del bosque tenías que sortear una cerca, y el sendero se endurecía al sol y cruzaba un campo de cultivo y acedera y gordolobo, y a la izquierda el tembloroso tremedal del fondo del río donde se alimenta el chorlo gritón. Junto a ese arroyo estaba el cobertizo, y más abajo había estiércol fresco y tibio, y, ya agrietado en lo alto, el más viejo. Luego había otra cerca y el sendero duro y caliente que iba del cobertizo a la casa y la carretera arenosa y caliente que bajaba hasta el bosque, cruzando el arroyo, esta vez sobre un puente, donde crecían las eneas que empapabas de queroseno para hacer las antorchas que se utilizan para ir a arponear peces de noche.

Luego la carretera principal viraba a la izquierda, orillando el bosque y subiendo la colina, y te internabas en el bosque por un camino ancho de arcilla y pizarra, fresco bajo los árboles, y ensanchado para poder transportar la corteza de abeto que los indios cortaban. La corteza de abeto se amontonaba en largas hileras, y se la protegía con una especie de cubierta de corteza, como una casa, y los troncos ya pelados se veían enormes y amarillos

allí donde habían talado los árboles. Dejaban los troncos en el bosque para que se pudrieran, ni siquiera aclaraban ni quemaban las copas. Lo único que querían era la corteza para la curtiduría de Boyne City; en invierno la transportaban por el lago cuando estaba helado, y cada día había menos bosque y más claros cálidos, sin sombra, donde crecían las malas hierbas.

Pero todavía quedaba mucho bosque, bosque virgen donde los árboles se alzaban altos antes de que se viera ninguna rama, y caminabas sobre la tierra marrón, limpia, mullida de agujas sin sotobosque, y era fresca en los días de más calor, y los tres estaban echados y apoyados contra el tronco de un abeto más ancho que la longitud de dos camas, con la brisa soplando en las copas y la fresca luz filtrándose a manchas, y Billy dijo:

—¿Vuelves a querer a Trudy?

—¿Tú qué dices?

—Ajá.

—Vamos.

—No, aquí.

—Pero Billy…

—Déjate de Billy. Él mi hermano.

* * *

Luego estuvieron sentados, los tres, escuchando una ardilla negra que estaba en las copas, donde no podían verla. Esperaban que volviera a chillar, porque cuando lo hacía meneaba la cola, y Nick dispararía en cuanto viera el menor movimiento. Su padre solo le daba tres cartuchos al día para cazar, y él tenía una escopeta de calibre veinte de un solo cañón, aunque muy largo.

—La hija de puta no se mueve nunca —dijo Billy.

—Dispara, Nickie. Asústala. La veremos saltar. Dispárale otra vez —dijo Trudy. Era más de lo que solía decir.

—Solo me quedan dos cartuchos —dijo Nick.

—Hija de puta —dijo Billy.

Volvieron a apoyarse contra el árbol y se quedaron en silencio. Nick se sentía vacío y feliz.

—Eddie dice que una noche de estas vendrá a dormir con tu hermana Dorothy.

—¿Qué?

—Eso ha dicho.

Trudy asintió.

—Eso es lo que más desea —dijo Trudy. Eddie era su hermanastro mayor. Tenía diecisiete años.

—Si Eddie Gilby apareciera alguna noche y hablara con Dorothy, ¿sabes lo que le haría? Así es como lo mataría. —Nick montó la escopeta y casi sin apuntar apretó el gatillo, formando un agujero tan grande como la mano en la cabeza o la barriga de ese mestizo cabrón de Eddie Gilby—. Así mismo. Así mismo lo mataría.

—Entonces mejor que no vaya —dijo Trudy. Metió la mano en el bolsillo de Nick.

—Más vale que se ande con ojo —dijo Billy.

—Es un bocazas —dijo Trudy, explorando el bolsillo de Nick—. Pero no lo mates. Te meterías en un buen lío.

—Así mismo lo mataría —dijo Nick. Eddie Gilby estaba en el suelo, con el pecho destrozado. Orgulloso, Nick le puso el pie encima.

—Le arrancaría la cabellera —dijo, feliz.

—No —dijo Trudy—. Eso es asqueroso.

—Le arrancaría la cabellera y se la enviaría a su madre.

—Su madre está muerta —dijo Trudy—. No lo mates, Nickie. No lo mates, hazlo por mí.

—Cuando le hubiera cortado la cabellera lo arrojaría a los perros.

Billy estaba muy deprimido.

—Mejor que se ande con cuidado —dijo con aire lúgubre.

—Lo harían pedazos —dijo Nick, contento con la imagen. A continuación, tras haber escalpado a ese mestizo renegado, de pie, contemplando cómo los perros lo hacían pedazos, la cara impasible, cayó hacia atrás contra el árbol, alguien le sujetaba por el cuello, Trudy le sujetaba, lo asfixiaba, gritaba:

—¡No lo mates! ¡No lo mates! ¡No lo mates! No. No. No. Nickie. Nickie. ¡Nickie!

—¿Qué pasa contigo?

—No lo mates.

—Tengo que matarlo.

—No es más que un bocazas.

—Muy bien —dijo Nickie—. No lo mataré si no se presenta por mi casa. Suéltame.

—Está bien —dijo Trudy—. ¿Quieres que hagamos algo ahora? Ahora estoy bien.

—Si Billy se va. —Nick había matado a Eddie Gilby, luego le había perdonado la vida, y ahora era un hombre.

—Vete, Billy. Siempre estás de carabina. Vete.

—Hijo de puta —dijo—. Ya estoy harto de esto. ¿A qué hemos venido? ¿A cazar o a qué?

—Coge la escopeta. Queda un cartucho.

—Muy bien. Voy a matar una gran ardilla negra ahora mismo.

—Te pegaré un grito —dijo Nick.

Luego, mucho tiempo después, Billy aún no había vuelto.

—¿Crees que haremos un bebé? —Trudy cruzó sus piernas morenas, feliz, y se restregó contra Nick. Algo dentro de Nick estaba lejos, muy lejos.

—No lo creo —dijo él.

—Haremos muchos bebés, qué demonios.

Oyeron disparar a Billy.

—Me pregunto si habrá cazado alguna.

—No te preocupes —dijo Trudy.

Billy apareció entre los árboles. Llevaba la escopeta al hombro y sujetaba una ardilla negra por las patas delanteras.

—Mira —dijo—. Más grande que un gato. ¿Habéis acabado?

—¿Dónde la has encontrado?

—Allí. Primero la vi saltar.

—Tengo que irme a casa —dijo Nick.

—No —dijo Trudy.

—Tengo que llegar para la cena.

—Muy bien.

—¿Quieres cazar mañana?

—Muy bien.

—Puedes quedarte la ardilla.

—Muy bien.

—¿Sales después de cenar?

—No.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Estupendo.

—Dame un beso en la cara —dijo Trudy.

Ahora, mientras Nick iba por la carretera y oscurecía, ya había dejado de pensar en su padre. El final del día nunca se lo recordaba. El final del día pertenecía tan solo a Nick, y no se sentía bien hasta el momento en que conseguía estar solo. Su padre regresaba a sus recuerdos en otoño, o a principios de primavera, cuando había agachadizas en la pradera, o cuando veía gavillas de maíz, o cuando veía un lago, o si alguna vez veía un caballo o una calesa, o cuando veía u oía gansos salvajes, o en un acechadero de patos; al recordar aquella vez en que un águila cayó a través de la nieve arremolinada sobre un señuelo cubierto de lona, y se alzó, batiendo las alas y con las garras atrapadas en la lona. Su padre, de repente, estaba con él en huertos abandonados y en campos recién arados, en matorrales, en pequeñas colinas, o cuando había hierba muerta, siempre que partía troncos o trajinaba agua, junto a moliendas de maíz, lagares y presas, y siempre que hacía una hoguera. Su padre no había conocido las poblaciones donde él había vivido. Después de los quince años no había compartido nada con él.

Su padre tenía escarcha en la barba cuando hacía frío y en verano sudaba mucho. En la granja le gustaba trabajar al sol porque no tenía ninguna obligación de hacerlo y le encantaba el trabajo manual, aunque a Nick no. Nick quería a su padre pero detestaba su olor, y una vez tuvo que llevar un juego de ropa interior de su padre porque se le había quedado pequeña, y le dio náuseas y se la quitó y la dejó en el arroyo debajo de dos piedras y dijo que la había perdido. Le dijo a su padre lo que sentía cuando este se la hizo poner, pero su padre le contestó que estaba recién lavada. Cuando Nick le pidió que la oliera, su padre se la acercó a la nariz indignado y dijo que estaba limpia y fresca. Cuando, después de haber ido a pescar, Nick volvió a casa sin la ropa y dijo que la había perdido fue azotado por mentir.

Luego se sentó en la leñera con la puerta abierta, la escopeta cargada y amartillada, con la mirada fija en su padre, que estaba sentado en el porche leyendo el periódico, y pensó: «Puedo volarle los sesos. Puedo matarlo». Finalmente sintió que se le esfumaba la cólera y sintió náuseas de estar allí con la escopeta que su padre le había regalado. Luego se fue al campamento indio, caminando en la oscuridad, para librarse del olor. En su familia solo había una persona a la que le gustaba ese olor, una de sus hermanas. Todos los demás evitaban cualquier contacto con él. Cuando empezó a fumar dejó de tener el olfato tan fino. Lo prefería. Un olfato tan fino estaba bien para un perro de caza, pero a un hombre no le ayudaba.

—Papá, háblame de cuando eras niño e ibas a cazar con los indios.

—No me acuerdo. —Nick se sobresaltó. Ni se había dado cuenta de que el niño estaba despierto. Lo miró, sentado junto a él en el asiento. Se había sentido bastante solo, pero ese crío había estado con él. Se preguntó por cuánto tiempo—. Nos pasábamos el día fuera cazando ardillas negras —dijo—. Mi padre solo me daba tres cartuchos al día porque decía que eso me enseñaría a cazar, y que no era bueno para un muchacho ir por ahí pegando tiros. Iba con un muchacho llamado Billy Gilby y con su hermana Trudy. En verano salíamos casi cada día.

—Qué nombres más raros para unos indios.

—Sí, ¿verdad? —dijo Nick.

—Pero cuéntame cómo eran.

—Eran ojibways —dijo Nick—. Y muy simpáticos.

—Pero ¿cómo eran?

—Es difícil de decir —empezó Nick Adams. Cómo podía explicarle que ella fue la primera en hacer lo que nadie ha hecho nunca mejor y mencionar sus piernas morenas y rollizas, su vientre plano, sus pechos pequeños y duros, aquellos brazos que sujetaban fuerte, una lengua rápida y escrutadora, los ojos planos, el sabor agradable de la boca, y luego la sensación incómoda, tensa, dulce, húmeda, deliciosa, tensa, dolorosa, plena, final, interminable, de nunca acabar, que no acabará nunca, que de repente acaba, el gran pájaro remonta el vuelo como un búho en el crepúsculo, solo que era pleno día en el bosque y las agujas de abeto se te clavaban en la tripa. De manera que cuando vas a un lugar donde han vivido indios hueles su ausencia y todas las botellas vacías de matapenas y las moscas que zumban no apagan el olor a hierba de búfalo, el olor a humo y ese otro como a piel de marta recién arrancada. Ni todos los chistes de indios ni las viejas squaws lo quitan. Ni el olor dulzón y nauseabundo que acaban teniendo. Ni cómo acabaron. No fue cómo acabaron. Todos acabaron igual. Hace mucho tiempo bueno. Ahora no bueno.

»Y acerca de lo otro. Cuando has abatido un pájaro que vuela has abatido todos los pájaros. Son todos distintos y vuelan de maneras distintas, pero la sensación es la misma y el último es tan bueno como el primero. Podía darle las gracias a su padre por eso.

—A lo mejor no te gustarían —le dijo Nick al chaval—. Pero yo creo que sí.

—Mi abuelo también vivió con ellos cuando era pequeño, ¿verdad?

—Sí. Y cuando yo le preguntaba cómo eran decía que tenía muchos amigos entre ellos.

—¿Alguna vez viviré con ellos?

—No lo sé —dijo Nick—. Eso es cosa tuya.

—¿Hasta qué edad he de esperar para tener una escopeta y poder cazar solo?

—Si veo que eres una persona prudente, hasta los doce años.

—Ojalá ya los tuviera.

—Pronto los tendrás.

—¿Cómo era mi abuelo? Lo único que recuerdo de él es que me regaló una escopeta de aire comprimido y una bandera estadounidense aquella vez que volví de Francia. ¿Cómo era?

—Es difícil describirlo. Era un gran cazador y un gran pescador y tenía una vista maravillosa.

—¿Mejor que tú?

—Era mucho mejor tirador, y su padre también fue un gran cazador de aves.

—Seguro que no era mejor que tú.

—Oh, sí que lo era. Disparaba muy deprisa y muy bien. Preferiría verle disparar a él que a ninguna otra persona que he conocido. Siempre le decepcionó mucho mi manera de disparar.

—¿Por qué nunca vas a rezar a la tumba de mi abuelo?

—Vivimos en una parte distinta del país. Está muy lejos de aquí.

—En Francia eso no tendría importancia. En Francia iríamos. Creo que debería ir a rezar a la tumba de mi abuelo.

—Algún día iremos.

—Espero que no vivamos en un lugar que no me permita ir a rezar a tu tumba cuando mueras.

—Tendremos que hacer algo al respecto.

—¿Crees que podríamos hacer que nos enterraran a todos en un sitio que nos resultara práctico? Podrían enterrarnos a todos en Francia. Eso estaría bien.

—No quiero que me entierren en Francia —dijo Nick.

—Bueno, pues entonces en un lugar de Estados Unidos que nos vaya bien. ¿No nos podrían enterrar a todos en el rancho?

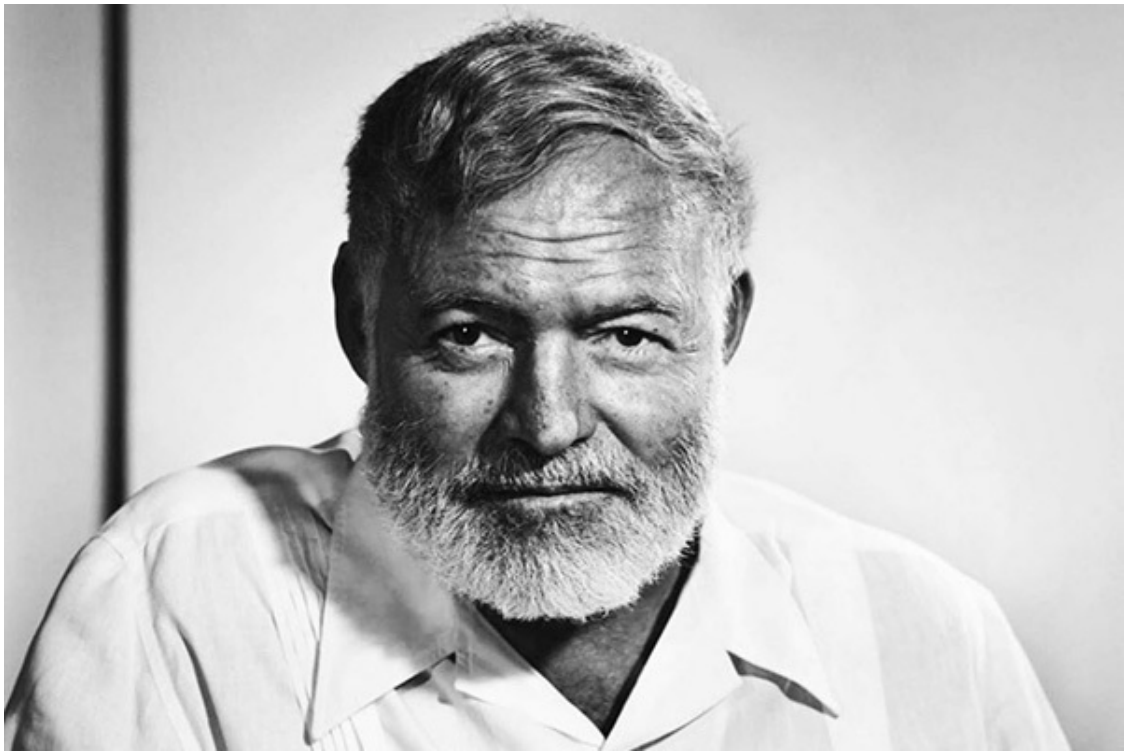
—Esa es una buena idea.

—Así me podría parar en la tumba de mi abuelo de camino al rancho.

—Eres tremendamente práctico.

—Bueno, no me gusta pensar que nunca he visitado la tumba de mi abuelo.

—Tendremos que ir —dijo Nick—. Ya veo que tendremos que ir.



ERNEST HEMINGWAY, nacido en 1899 en Oak Park, Illinois, forma parte ya de la mitología del siglo XX, no solo gracias a su obra literaria, sino también a la leyenda que se formó en torno a su azarosa vida y a su trágica muerte. Hombre aventurero y amante del riesgo, a los diecinueve años, durante la Primera Guerra Mundial, se enroló en la Cruz Roja. Participó también en la guerra civil española y en otros conflictos bélicos en calidad de corresponsal. Estas experiencias, así como sus viajes por África, se reflejan en varias de sus obras. En la década de los años veinte se instaló en París, donde conoció los ambientes literarios de vanguardia. Más tarde vivió también en lugares retirados de Cuba o Estados Unidos, donde pudo no solo escribir, sino también dedicarse a una de sus grandes aficiones: la pesca, un tema recurrente en su producción literaria. En 1954 obtuvo el Premio Nobel. Siete años más tarde, sumido en una profunda depresión, se quitó la vida. Entre sus novelas destacan *Adiós a las armas*, *Por quién doblan las campanas* o *Fiesta*. A raíz de un encargo de la revista *Life* escribió *El viejo y el mar*, por la que recibió el Premio Pulitzer en 1953.

Notas

[1] Fridtjof Nansen (1861-1930), explorador y científico noruego, ganó el Premio Nobel de la Paz en 1938 por haber coordinado las operaciones de ayuda a los necesitados de la Cruz Roja en las regiones rusas del Volga y el sur de Ucrania. Fue el primer embajador noruego en Gran Bretaña. (*N. del T.*) <<

[2] Referencia a las carreras de los magnates de la industria cárnica Philip Armour (1833-1901) y Gustavus Swift (1839-1903). *Armour*, «armadura». (*N. del T.*) <<

[3] La Selva Negra. (*N. del T.*) <<

[4] James G. Blaine (1830-1891) fue presidente del Congreso, senador y secretario de Estado en dos ocasiones. También fue aspirante a candidato a la presidencia de Estados Unidos por el Partido Republicano en la convención de 1876, pero, acusado de corrupción por los demócratas, su candidatura no prosperó. (*N. del T.*) <<

[5] Uno de los apodos que tenía Hemingway entre sus amigos. (*N. del T.*) <<

[6] La primera novela importante de George Meredith (1828-1909), novelista y poeta inglés. Publicada en 1859, fue tachada de inmoral. (*N. del T.*) <<

[7] Obra de Maurice Henry Hewlett (1861-1923), poeta, ensayista y novelista inglés. Fue sobre todo autor de novelas románticas. (*N. del T.*) <<

[8] Hugh Seymour Walpole había nacido en 1884; en el año en que transcurre este relato era uno de los autores anglosajones más famosos de la época. Falleció en 1941. (*N. del T.*) <<

[9] Cuerpo de élite del ejército italiano en la Primera Guerra Mundial. (*N. del T.*) <<

[10] Miklós Horthy (1868-1957) fue comandante en jefe de la armada austrohúngara durante la Primera Guerra Mundial. Después de la contienda se unió a las fuerzas contrarrevolucionarias que derrocaron el gobierno bolchevique de Béla Kun. Fue nombrado regente en 1920. Aliado con el Eje en la Segunda Guerra Mundial, fue depuesto al final de la contienda. (*N. del T.*) <<

[11] Max Beerbohm (1872-1956), ensayista y crítico inglés. Fue un conocido personaje de la vida pública londinense, la cual caricaturizó sin piedad. (*N. del T.*) <<

[12] En inglés la confusión, más comprensible, es entre *daughter*, «hija», y *doctor*, «médico». (*N. del T.*) <<

[13] Después de la Primera Guerra Mundial, tras la Conferencia de Paz celebrada en París, Grecia reclamó Esmirna. Al no ver atendida su reclamación, en 1922 envió una expedición militar que acabó en completa derrota. El ejército se sublevó e impuso una dictadura militar bajo el mando del general Nikolaos Plastiras. (*N. del T.*) <<

[14] En 1927 Chan Kai-shek expulsó a los comunistas del poder e inició una campaña militar para la conquista y unificación de toda China. Ese mismo año se apoderó de Shanghai. (*N. del T.*) <<

[15] Jack Britton (1885-1962) nació en Nueva York y fue campeón de los pesos welter entre 1916 y 1922. Henry Jackson Van Dyke (1852-1933) nació en Germantown, Pensilvania; fue pastor de la Iglesia presbiteriana, profesor de literatura, embajador de Estados Unidos en los Países Bajos y presidente del Instituto Nacional de las Artes y las Letras; publicó numerosas obras y fue un autor muy citado en su tiempo. (*N. del T.*) <<

[16] Arthur Brisbane (1864-1936) nació en Buffalo, Nueva York, y fue un maestro de los grandes titulares y el sensacionalismo. Al frente del *New York Journal*, fue el director de periódico mejor pagado de su tiempo. (*N. del T.*) <<

[17] Se refiere a los que pagaban para que alguien fuera al ejército por ellos durante la guerra civil de Estados Unidos. (*N. del T.*) <<

[18] Solicito ahora la indulgencia del lector por mencionar un fenómeno ya extinguido. La referencia, como todas las referencias a las modas, quita intemporalidad al relato, pero la conservo a causa del leve interés histórico y porque su omisión daría al traste con el ritmo. <<

[19] Su autor, Charles Yale Harrison, participó en la Primera Guerra Mundial, y publicó dicha obra en 1930. En España fue editada por Cenit ese mismo año. (*N. del T.*) <<